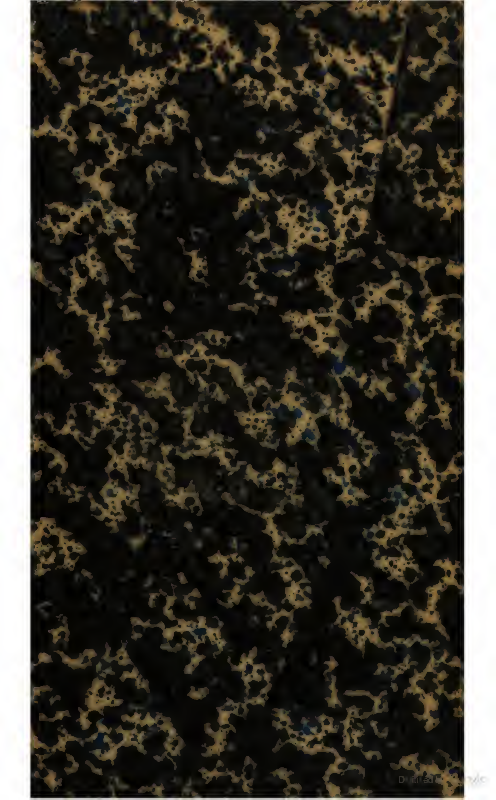
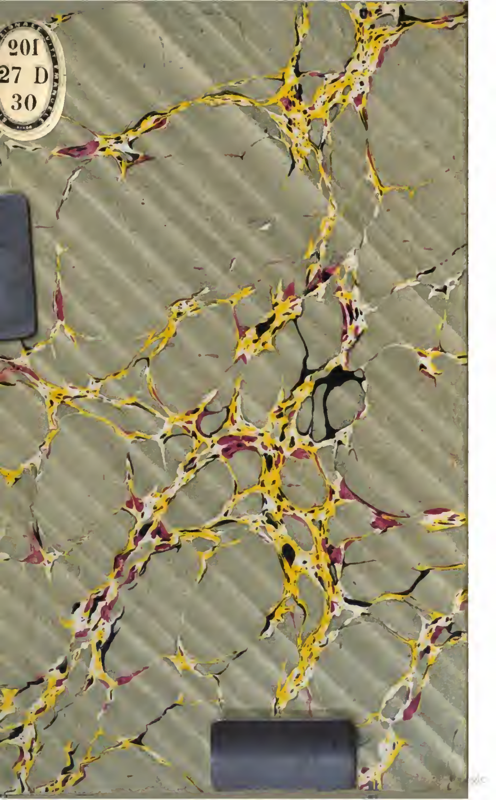




201
27 D
30



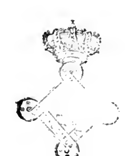
EL CATOLICISMO

EN PRESENCÍA DE SUS DISIDENTES.

TOMO SEGUNDO.



Besanzon. — Imprenta de la viuda Deis.





EL SEPULCRO DE N. S. JESUCRISTO







EL SEPULCRO DE N. S. JESUCRISTO

EL

CATOLICISMO

EN PRESENCIA

DE SUS DISIDENTES

POR

D. JOSÉ IGNACIO VICTOR EYZAGUIRRE

PRESBÍTERO

EDICION ADORNADA CON HERMOSAS LÁMINAS Y EL RETRATO DEL AUTOR.

TOMO SEGUNDO



PARIS

LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS,

Sucesores de D. V. Salvá,

CALLE DES SAINTS-PÈRES, Nº. 6.

1856.

EL CATOLICISMO

EN PRESENCIA DE SUS DISIDENTES.

CAPÍTULO PRIMERO.

Las riberas del Danubio. — La Servia, sus antecedentes y su actualidad. — La religion del Estado. — La Rusia haciendo sentir allí su influjo. — El clero y su condicion social. — El Uladika secularizado por el zar. — Belgrado. — Los montes Kárpatas y los Balkans. — Valaquia. — Diversidad de administracion religiosa. — Dones del zar. — Sesenta y seis iglesias griegas en Bukaresti. — ¿Qué utiliza de esto la sociedad? — ¿Qué la Religion? — Un domingo en Giurgevo. — Silistria. — Lances repugnantes en Tuldscha. — Varna. — Turcos observantes. — Conversacion de una santipe. — Misiones católicas en los Principados. — Estadística.

Navegaba yo el 24 de junio (1) por un gran rio, que despues de oponer en sus rápidas corrientes y en el caudal inmenso de sus aguas una formidable barrera á la ambicion de los Romanos, señala sus límites hoy á los dos mas vastos imperios de la Europa. Sus riberas, en parte bajas y elevadas en parte, ya presentan pueblos edificados sobre colinas, ya grandes campiñas sometidas con frecuencia á las inunda-

(1) 1853.

ciones y cubiertas de pantanos insalubres. Las ciudades de Hungría parecian desfilar al traves de la corriente, y la majestad del Danubio inclinarse formando curvas en presencia de las imponentes fortalezas de Buda y Peterwardein. ¡Cuántas ideas se ofrecian entónces á mi imaginacion! Pronto iba á atravesar países para mí desconocidos, iba á visitar luego la tierra mas célebre en la historia religiosa y política, y á conocer por mí mismo la cuna de la humanidad y de la civilizacion. ¡El Oriente! Allí la famosa Bizancio con la soberbia majestad de sus palacios, con sus tradiciones que añudan tantos siglos, y con la gloria de mil hazañas á nada comparables sino á las proezas de los héroes de Roma y de la Grecia que heredó ella, reuniendo la historia de estas dos naciones. Esa misma Grecia, fecunda madre de los sabios que legaron en sus códigos modelos de prudencia y de sabiduría á todos los gobiernos civilizados; esa Grecia que dejó al mundo tan bellos ejemplos de virtudes morales que imitar. ¡Pero todo esto se encorva, se anonada y desvanece en presencia de la Palestina!!! Allá donde una sucesion de misterios encadena y arrastra en pos de sí la historia de todo el género humano, allí donde entra un pueblo rescatado por un libertador y de donde se derrama otro redimido por uno Nuevo con su muerte. La imaginacion se engolfa en un mar de reflexiones, cuando con sus ojos ve ese mundo á quien ántes la distancia y lo solemne de sus tradiciones no se lo permitian divisar sino como envuelto en velos misteriosos. Viajar por la Palestina, visitar el país bíblico, habia sido siempre en mí un deseo ardiente: las piadosas peregrinaciones de Chateaubriand y las bellas pinturas de Lamartine estimulaban mi deseo; pero, por vehemente que fuese, su ejecucion juzgué siempre un imposible. ¡Este imposible ahora se realiza! Una serie de acontecimientos extraños, y que han de quedar para siempre consignados en la historia de uno de los Estados de Sur-América, contribuyeron á darle realidad. Y no soy en este caso un juguete del destino;

no : yo cumplo una disposicion de la Providencia, y soy afortunado llenando al mismo tiempo mi deseo.

Entraba en la Servia, cuya historia cuenta tantos siglos, y cuya actualidad hoy está para tantos como envuelta en un oscuro manto; Semlin y Belgrado estaban delante de mi vista, mostrando en su fisonomía que del esplendor imperial que en otro tiempo hizo glorioso el nombre de Douchan, no resta hoy mas que una pálida sombra en un príncipe tributario que se sienta sobre su trono. El pueblo servio, que contaba en otro tiempo bajo su bandera tantas provincias desde la Romelia hasta la Transilvania, y desde el mar Adriático hasta la Macedonia, apénas hoy posee un pequeño territorio; y el que en 1356 amenazó la capital del imperio de Oriente, no tiene sino un millon de individuos que obedecen sus leyes. Debilitado por las conquistas de los Turcos y de los Austriacos, por las divisiones intestinas y por su misma legislacion defectuosa, no podrá fácilmente experimentar alguna favorable reaccion. El valor de dos hombres extraordinarios (1), que pudo apénas restituirle esa sombra de libertad que disfruta hoy, no marchará mas léjos, aun cuando llegase á inflamar el pecho de alguno de sus sucesores. Ese país medio desierto no presenta grandes atractivos, ni sus sombrías montañas parecen destinadas mas que para cobijar á los que huyen de la cimitarra y de la Nevoicha (2) de los musulmanes. La Servia, con todas las formas republicanas que le dan su constitucion, no está ménos expuesta á los vaivenes frecuentes que cualquiera de los otros países, cuyas costumbres y cuya ilustracion no son suficientes para salvarles del azote cruel de la anarquía que amaga hoy á todos los Estados. Su organizacion, á una con el carácter popular, creyendo á sus panegiristas, la pone á cubierto de toda tentativa revolucionaria; pero estando á los hechos, aprende-

(1) Karageorge en 1804 y Miloche Obrenowitch en 1815.
(2) Famosa prision subterránea cerca de Belgrado.

mos lo contrario. Los movimientos, las conspiraciones y los cambios de gobierno se han sucedido con rapidez, describiendo á grandes líneas la imposibilidad de una administracion en que á un pueblo entero se conceda accion directa.

El órden religioso tambien ha sufrido frecuentes alteraciones despues de Focio, que entrañó todos los países del Oriente en su desgraciado cisma. Una ley civil creó en el siglo catorce (1) el patriarcado, designó para él al metropolitano de la Servia, y este continuó ejerciendo las atribuciones de tal dignidad, hasta que el mismo gobierno vino á ponerle trabas en su ejercicio, estableciendo un sínodo que fué llamado administrador de la Iglesia servia. Este se reune anualmente en Belgrado, «y es compuesto por cierto número de curas, de obispos y del arzobispo, que lo preside como metropolitano. Él nombra los obispos y elige al metropolitano con aprobacion del gobierno para todos, y la investidura por el patriarca de Constantinopla para el último solamente. El sínodo forma tambien el segundo y último recurso en negocios eclesiásticos en toda la Servia. El tribunal de cada obispo es el primero en su resorte. El sínodo propone solamente al ministerio de instruccion pública, sin tener autoridad para establecer nada por sí solo. Los curas son nombrados por el obispo correspondiente, y con mucha frecuencia á peticion de la parroquia. Los sacerdotes se casan, son populares, y regularmente queridos del pueblo. El sacerdote servio ruega á Dios con el pueblo en la iglesia ó bajo los árboles santos para salvar los hombres y bendecir los campos; se bate con el pueblo en el campo de batalla, y se divierte con él en las fiestas populares.» A este bosquejo que del estado actual de la Iglesia de Servia nos dan dos escritores nacionales (2), añadiremos solamente que una multitud de clérigos rusos, establecidos allí y empleados en las escuelas

(1) Año de 1349.
(2) Iankovitch y Grovitch.

y en las parroquias, fortifican mas y mas la influencia del sínodo moscovita en los negocios eclesiásticos, así como la del zar en los políticos. El pueblo ilustrado los mira de reojo, y ya alguno ha previsto consecuencias funestas para la Iglesia y para la nacion que se han de seguir de aquella influencia. Los obispos son cuatro, á saber: los de Belgrado, Chabast, Negotin y Tehatchak.

Algunos eclesiásticos hacen ciertos estudios en un mediano colegio establecido en Bogoslavia, pero son muy pocos, y el clero por lo general es ignorante como el de Rusia, por el que trata de nivelarse tomándolo por su modelo. Sus costumbres tampoco corresponden á su estado, pues mezclados casi siempre en los negocios públicos, descuidan los que por su ministerio les convienen mejor. Mas de una vez han dado muestras de buenos militares, como el archimandrita Melenti contra los Turcos, por ejemplo.

El órden religioso en la provincia de Montenegro difiere del que acabamos de hablar, sin embargo que los habitantes de uno y otro país hayan sido ántes miembros de una sola nacion. Mas sabido es que los Uladikas de Montenegro administraban á la vez ambos poderes en aquel país montañoso y entre aquellos habitantes semibárbaros. El Uladika tan pronto estaba en el altar ofreciendo á Dios sacrificios por el pueblo, ó con su báculo pastoral en mano exhortando á la paz, mansedumbre y caridad, como puesto á caballo armado de su espada y al frente de una division de soldados fogosos que median sus fuerzas con la tropa turca, y mantenian la independencia nacional. El verdadero orígen de este doble poder no debemos buscarlo en otro motivo que en las circunstancias de un país tan falto de ilustracion como pobre de recursos y de hombres capaces para la direccion de los negocios públicos. El Uladika es elegido por los jefes de los pueblos, que en nombre de estos le prestan juramento de fidelidad; mas el carácter de obispo lo recibe hoy del sínodo ruso, que disputó esta atribucion al metropolitano de los

Servios, que ántes la ejercia. En 1852 el Uladika Daniel (1) fué á San Petersburgo, y obtuvo del zar la separacion del principado temporal del episcopado, y reservándose aquel abdicó este en el sínodo moscovita, que nombró por obispo á otro miembro de la familia Niegoche. De esta manera, despues de haber corrido dos siglos unidos en los Uladikas los dos mas altos poderes que se conocen en la sociedad, la autoridad del zar los separó con ganancia de la *ortodoxia* tan á propósito para preparar mayores expansiones á la influencia moscovita. El clero cristiano de Montenegro cuenta diez monasterios con ciento veinte y cinco monjes y doscientos treinta presbíteros casados.

Belgrado, que presenció tantos combates, resistió tantos asaltos, y cuenta tantas glorias, se eleva majestuosamente entre el Danubio y el Save; una roca escarpada, fortificada de una manera inexpugnable, sirve de cuartel á la guarnicion otomana. ¡Allí ví por primera vez tremolar el estandarte de la média luna! ¡Allí diez minaretos que distinguen á otros tantos edificios dedicados al culto mahometano! En el seno de la ciudad, falta de aseo y de elegancia, se elevan numerosas iglesias que pertenecen al rito griego, y algunas al católico romano.

La majestad del Danubio en este lugar solo puede compararse con la de esos rios inmensos que cruzan las regiones del Nuevo Mundo. Las arboledas que arrastran sus verdes ramos sobre las aguas, los campos cubiertos de sementeras, las chozas pequeñas de los pescadores y hasta los trajes irregulares de los paisanos llevan la imaginacion á los bordes del Amazónas ó del Misisipí. Pero aun es mas imponente cuando recogiendo la gran masa de sus aguas en un solo cuerpo, se precipita el Danubio en el estrecho paso que le abren los montes Kárpatas y los Balkans, para correr luego treinta leguas con una velocidad indescribible. Los cuadros

(1) Daniel Petrovitch Niegoche.

de esta especie que de cuando en cuando ofrece la naturaleza dan idea al entendimiento de la grandeza del Criador.

La Valaquia y la Bulgaria no tardaron en ofrecerse á mi consideracion con la pobreza y la ignorancia que allí reinan por todas partes. Miéntras que la Bulgaria reconoce al sultan por su único soberano, ella cuenta una inmensa mayoría de cristianos, siendo muy raros entre sus habitantes los Turcos, y estos casi todos comerciantes transeuntes; miéntras que en la Valaquia, donde un príncipe nacional, cristiano de religion, tiene el gobierno del Estado, los mahometanos son numerosos, y poseen mezquitas y santones. Los Griegos de Bulgaria son gobernados por el arzobispo cismático de Widin y tres sufragáneos nombrados por el sínodo de la provincia con aprobacion del sultan.

No es igual á la de Bulgaria la disciplina de Valaquia, donde la influencia rusa se ha dejado conocer de un modo poderoso y ostensible. El sínodo moscovita sanciona la eleccion de metropolitano que hacen los obispos de la provincia, y aquel necesita ir á recibir en San Petersburgo la investidura de jefe eclesiástico de la Valaquia. El zar, que poco á poco ha extendido su influencia en los principados del Danubio, tomando á la religion por instrumento que ha hecho servir constantemente al desarrollo de sus planes políticos, envia de cuando en cuando sus dones á estos obispos, encargándoles que los presenten al Señor en sus iglesias como señal de su fe sinceramente *ortodoxa*. De esta manera ha alcanzado un prestigio admirable sobre el ánimo y sobre la conciencia de hombres accesibles al interes, y sin valor ni espíritu suficiente para sobreponerse á consideraciones de la tierra. Los cálices y custodias enviados por Nicolas á las iglesias de Valaquia, de Bulgaria y de la Servia tenian propósito muy diverso del que veian una multitud ignorante y unos sacerdotes interesados. « El virtuoso zar, el protector generoso de la *ortodoxia*, el padre de la fe, » como le llamaban los obispos de aquellos disidentes, quiere ganarse el corazon

del pueblo y de sus sacerdotes, para unir mas tarde estos países al grande imperio de Oriente, bello ensueño que preocupa desde atras á los zares moscovitas.

Bukaresti ofrece el espectáculo de sesenta y seis iglesias griegas reunidas en una poblacion de ochenta mil almas, de las que debemos rebajar un tercio que no pertenecen á su comunion; de un clero numerosísimo y de innumerables monasterios que se elevan en medio de jardines, cuya belleza contrasta singularmente con las calles inmundas y sucias casas de aquella triste ciudad. ¿Qué objeto puede tener esa multitud de templos? ¿cuáles bienes producen? Hé aquí la consideracion que naturalmente ofrece un espectáculo semejante. Conozco el objeto de los templos en toda sociedad, y soy el primero en sostener su absoluta necesidad; pero no sé cuál pueda ser el que se propusieron los vecinos de Bukaresti al erigir un número tan exorbitante. Ménos sé cuáles son los bienes que producen, cuando sin dificultad puede afirmarse que las costumbres allí dominantes distan mucho de merecer el nombre de cristianas. La inaccion que en todas partes caracteriza á ese clero, que cual ramo cortado del árbol de la vida no da fruto alguno de virtud ni de buenas obras, jamas se ve tan marcada como aquí: él no se mueve para promover con su palabra ni con su ejemplo la regeneracion de las costumbres horriblemente viciadas, ni para despertar la fe profundamente dormida entre sus correligionarios. Allí donde hay sesenta y seis iglesias y mas de mil eclesiásticos, « son las costumbres tan relajadas que pasa por una de las ciudades mas disolutas del mundo. » ¿Qué ha utilizado pues la sociedad de esa multitud de templos siempre desiertos y de ese coro de monjes y presbíteros tan numeroso, cuando la disolucion de costumbres la carcome y la hará morir necesariamente? ¿Y la Religion habrá obtenido por su parte alguna ventaja? Bien lo responde un pueblo cuyas creencias se reducen á signos exteriores, y cuya religion toda consiste en el fanatismo que lo

caracteriza. No son la ignorancia ni la preocupacion quienes pueden inspirar ni dirigir la fe de las naciones : á estos vicios acompañan otros muchos, y sus frutos no serán sino viciosos tambien, y de ningun modo á propósito para producir reacciones saludables en los pueblos. Yo convengo que en algunos casos la multitud de templos es prueba manifiesta de la devocion : esos edificios cuya magnificencia asombra, y en los que compite la riqueza artística con los objetos que inspiran fe hablando al corazon el lenguaje elocuente de la piedad, convengo, repito, que prueban existir hombres que abren sus arcas y derraman sus tesoros para levantar templos á Dios, explicándole en ellos el deseo puro que vive en su corazon de que se multipliquen los lugares donde reciba adoracion su santo nombre. Mas una multitud de iglesias pobres donde se oficia sin la debida compostura, donde el pueblo no encuentra objetos aparentes para animar su devocion, y donde léjos de hallar ejemplos fervorosos de piedad, ve encaramados, como en un inexpugnable atrincheramiento, la ambicion y el interes que especulan con la fe del pueblo, ¿de qué aprovecharon á este, repetimos, tales iglesias?

No es mas fervorosa la devocion de los párrocos ó protopopes de las ciudades inferiores de la Valaquia. Un domingo recorrí las calles de Giurgevo, y á pesar que eran solo las diez de la mañana, ya todas las iglesias estaban cerradas, y ningun pope ví fuera de los que se divertian observando el movimiento causado en la poblacion por la llegada del vapor que nos habia conducido.

Silistria, tan célebre por los sitios que repetidamente ha sufrido, y en los que el poder moscovita en vano pretendió rendir la fortaleza de esta plaza, siempre memorable desde el tiempo de Constantino, su fundador, se veía rodeada de un gran campamento, en el que una division del ejército otomano hacia sus ejercicios militares. Silistria me ha parecido una de las poblaciones ménos malas entre todas las de los Principados : sus altos minaretos, coronando las in-

mensas fortificaciones que defienden la ciudad, producen un efecto pintoresco. No es así el que causan las ruinas de Hirsova, ni las calles estrechas, tortuosas y sucias de Brahilow, de Matschin, de Galatz y de Tuldscha. En esta vi por primera vez escenas que repugnan ciertamente á personas educadas en otros principios que los mahometanos. Unas cuantas familias de oficiales otomanos entraron á tomar pasaje sobre la cubierta del vapor : el marido, las mujeres, los niños y los esclavos hacian un conjunto chocante por su fisonomía, y mucho mas chocante aun por la apreciacion moral que podria hacerse del papel que desempeñaban en la familia algunas de aquellas personas.

Las famosas bocas del Danubio habian ya quedado atras, y la ciudad de Varna sobre el mar Negro presentaba un movimiento extraordinario : una division del ejército otomano estacionada en ella coronaba con gruesa artillería sus fortificaciones, y la ponia en estado de hacer una resistencia larga y vigorosa, en caso de sufrir algun ataque. El ramadan miéntras tanto principiaba, y los vecinos de Varna de religion mahometana, recostados en los mostradores de sus tiendas, ó á la sombra de cortinas, no hacian otra cosa que repasar las cuentas de su rosario, evitando cuidadosamente todo motivo de impaciencia y todo género de molestia que pudieran hacerles perder el mérito de su ayuno. Un soldado llegóse en mi presencia á uno de estos observantes, y díjole alguna cosa al oido : el viejo Musulman, levantando un gran baston : « Mira, si no estuviésemos en dias tan santos, le gritó, llevarias ahora lo que mereces; pide al profeta te perdone, como yo por él tambien lo hago. »

En la catedral de Varna nos recibió una santipe, y en su larga relacion pintó la cadena de injusticias y violencias que, segun ella, experimentan allí los cristianos : hacia votos fervorosos por el zar, que á su juicio era el único medio de poner término á aquellos infinitos males. Mucho pareció afectarse nuestro guia oyendo á la santipe : él, como de su

misma comunion, participaba tambien de sus ideas, pero « en la espada del protector de la *ortodoxia* divisaba la pronta redencion de sus correligionarios. » Los Griegos de todas partes repetian este mismo relato : mas tuve ocasion, y repetidas veces, para persuadirme que su imprudente conducta y sus bravatas temerarias y continuas eran casi siempre el orígen de los lances desagradables que en esta época inauguraban la desastrosa guerra que estalló mas tarde entre la Rusia y la Turquía.

Hemos echado una rápida ojeada sobre las Iglesias griego-cismáticas del Danubio; mas existen todavía en los Principados otros disidentes, formando algunos de ellos numerosas comuniones, como la de los Romanos (1) por ejemplo, que tienen su patriarca en la Valaquia, y otras ménos numerosas que no cuentan con auxilios para establecer su jerarquía administrativa. Por la simple relacion que acabamos de hacer, formada en vista de los datos que nos prestan nuestras propias observaciones, y los que nos ofrecen escritores disidentes del catolicismo, fácilmente se conoce cuán distantes se encuentran estas iglesias de poseer el carácter de *unidad* que algunos de sus escritores han pretendido para ellas. Por cierto esa multitud de patriarcas, de metropolitanos y de obispos, cada uno con sus pretensiones de supremacía sobre los otros, está muy distante de formar un solo cuerpo con las demas comuniones cismáticas del Oriente, en cuyos pastores se encuentran las mismas exigencias; tanto en estos como en aquellos creemos divisar mas bien las monstruosas cabezas de la bestia del Apocalípsis, enemigo cruel de Jesucristo, el mas hermoso entre los hijos de los hombres, autor de una sola Iglesia indivisible, y cuya fe no admite separacion entre sus creyentes.

Relaciones que debemos á escritores dotados de la mas severa imparcialidad, nos dicen bien los obstáculos que los

(1) Se suponen descendientes de una colonia de Trajano.

misioneros católicos necesitan superar para sostener sus templos y sus escuelas entre hombres que reputan como virtud hostilizar á cuantos disienten de su fe; en medio de pastores cuyo carácter no es la prudencia ni la sencillez que recomienda el Evangelio, y bajo el influjo de autoridades que participan de las preocupaciones de aquellos y del supersticioso fanatismo de estos. Pero la Iglesia de Dios, figurada en el árbol cuyas ramas se extienden sobre todas las naciones de la tierra, sin sucumbir bajo los golpes, ni detenerse en presencia de los obstáculos, marcha con paso firme, extendiendo sus espirituales conquistas sobre los corazones y los entendimientos que arrancó de su seno la mala fe, la ambicion y demas vicios personificados en los fautores del cisma del Oriente. *El catolicismo triunfa en todas partes.* Este es el gran hecho de influjo universal que hoy experimentan todos los pueblos del globo, y que por sí solo demuestra la divinidad de la verdadera y única Iglesia de Jesucristo. En Bosnia, Bulgaria, Moldavia y Valaquia existen vicarios apostólicos de órden episcopal, á quienes incumbe dirigir las misiones esparcidas por todos estos vastos territorios. Doscientos sesenta mil católicos existian en 1852 (1), doscientos sesenta mil que, mediante la proteccion visible que concede la Providencia al catolicismo y el celo de los pastores encargados de su direccion, aumentarán dia por dia « hasta llenar la medida, y sobrepasar las previsiones de la prudencia humana, empeñada en fijar límites á las disposiciones de Dios. » Las misiones de Bosnia y Bulgaria las desempeñan religiosos de San Francisco, la de Moldavia los PP. Conventuales; y la pobreza y las virtudes de sus individuos, que conocí y pude apreciar personalmente, son edificantes. En la Valaquia ejercen las funciones del apostolado los clérigos de la Pasion, y su celo y constancia son superiores á todo elogio.

(1) Tomo este dato de los escritores servios no católicos que he citado poco ántes.

CAPÍTULO II.

El Bósforo. — Santa Sofía. — Primeras impresiones en Constantinopla. — ¡Cuántos recuerdos! — Las mezquitas y los cementerios. — El ramadan. — Cómo se solemniza. — Asistencia de la corte á la mezquita de Karcah-Cherif. — El gran scheislan. — Desposorio del sultan en la mezquita de Top-Kana. — Lances desagradables. — El bairan. — Mezquitas de Eyoub y de Achemed.

La hermosura incomparable del Bósforo realiza los bellísimos paisajes que concibe y dibuja la imaginacion de los poetas, reuniendo en un lugar todo lo que hay de grande, precioso y deleitable en la naturaleza. Allí se ven montañas salpicadas de verdes bosquecillos, prados cubiertos de jardines olorosos y soberbios palacios, cuyas formas caprichosas nos ponen en relieve el gusto singular de los Orientales; mil embarcaciones construidas de mil formas diferentes, equipadas muchas con esplendor imperial, y mil hombres que en ellas se pasean por un mar cristalino, completan el soberbio espectáculo que el viajero contempla al entrar por el Bósforo en la antigua Bizancio. Las costas de Europa, divididas solamente por un canal estrecho de las de Asia, unen á las dos partes mas importantes del Viejo Mundo, y de donde las ciencias y las artes salieron para derramarse sobre toda la haz de la tierra. Desde el puente divisaba yo un viejo edificio, cuyos minaretos se elevan sobre todos los demas, y á quien sus formas religiosas anuncian desde luego como uno de los templos de Cristo que sobrevivieron al asedio y toma de Constantinopla, para ser trasformados en mez-

quitas de Mahoma. ¡ Santa Sofía ! ¡ el orgullo de la corte imperial de Constantino ! Sí, ella era efectivamente; y como un hombre de formas colosales sobresale del resto del ejército, así ella eleva su soberbio cuello, engalanado con tantos recuerdos históricos en medio de la multitud de mezquitas que la rodean.

Muy distante estoy de creer los pronósticos vulgares en la corte del zar, que aseguran la corona de Bizancio á la raza moscovita y la posesion de Santa Sofía á los sucesores del cismático patriarca Focio; ni ménos creo que esto pudiese influir saludablemente sobre la necesidad que allí siente el hombre de los dos grandes elementos religion y civilizacion. El curso natural de los sucesos humanos que realizan las disposiciones de la Providencia, pudiera quizá elevar alguna vez la cruz donde hoy está plantada la creciente; mas ¿ permitiria Dios en este caso que la bella basílica cayese en poder de los que la profanaron tantas veces, convirtiéndola en campo de batalla ? ¿ ó la arrancaria de manos de los Osmalinos, que la destinaron á un culto extraño, para depositarla en las de los Griegos, que la harian servir á otro supersticioso ? No lo creemos ni por un instante.

La primera vista de Constantinopla sorprende; pero apénas comienzan á subirse sus calles estrechas y disparejas, á verse de cerca sus sucios edificios, y á experimentarse su falta de policía, todas las primeras impresiones desaparecen como por encanto. En vez de los palacios del Bósforo no se ven mas que casas negras y levantadas sin ninguna arquitectura, y en lugar de bellísimos jardines el aspecto repugnante de los cementerios con que se tropieza á cada paso Con D. Roberto Waddington y un Griego nos echámos á andar por aquella inmensa poblacion. ¡ Ah, cuántos recuerdos encontrábamos á cada paso por siempre tristes para la causa del linaje humano ! Aquí la columna de Marciano y el acueducto de Valens nos recuerdan las gloriosas empresas de los soberanos del Oriente ; allí el edificio de Santa Irene,

convertido hoy en arsenal, nos explica al vivo la piedad eminente de los augustos fundadores de esta ciudad, en otro tiempo reina del Oriente. Acá los muros que se desploman, las fortalezas que se arruinan, y los mas bellos monumentos de las glorias de los emperadores cristianos que desaparecen, nos pintan al vivo el carácter negligente y la pereza habitual en que han caido los descendientes de Bayaceto y Soliman, que atravesaron la mitad de Europa al frente de soldados siempre victoriosos; y allá trescientas mezquitas que ocupan el lugar de los templos cristianos, y de las que entran y salen constantemente pelotones de devotos, anuncian que una sola cosa vive en este pueblo, y es la ignorancia, que sirve de apoyo á una religion imposible de conciliar con las luces del entendimiento ni con la dignidad del hombre.

Tres cosas mas notables, entre otras muchas, dan á primera vista idea de las costumbres turcas. Las mezquitas donde la mayoría de una poblacion fanática se agolpa cada dia á ejecutar sus abluciones en fuentes preparadas en el atrio del edificio. Los creyentes se descalzan irremediablemente al penetrar su recinto para ellos venerando, y luego, despojándose de sus ropas, hacen tres lavatorios en su cuerpo, divididos por genuflexiones, inclinaciones y postraciones que acompañan con rezos que dicen vueltos al Oriente. Esta ceremonia, que purifica, segun ellos, su conciencia de toda mancha, les rehabilita para entrar dignamente en la mezquita, y adorar en el santuario á Alá y su profeta con alma pura y viva fe. Pero el interior de estos edificios no ofrece á sus devotos objeto alguno que pueda alimentar su piedad, ni nada se ve en ellos fuera de la cátedra en que el muftí ó mueslin explica cada viérnes el Alcoran, un gran letrero en el frontispicio ó lugar mas santo en que está escrito y cubierto con un velo: «*No hay Dios sino uno solo, y Mahoma su profeta,*» algunos otros pasajes del Alcoran distribuidos en las murallas y los sepulcros de individuos de

la familia imperial, ó de algunos ricos que pagaron á peso de oro ocupar un puesto en el santuario del profeta. Las puertas y ventanas de estas casas de oracion que dan á los lugares públicos son guardadas escrupulosamente durante el tiempo de la oracion, y solo el dinero puede abrirlas al curioso que quiera ver con sus ojos cuanto tienen de ridículo y absurdo las ceremonias prevenidas en la ley del Alcoran (1). Inútil es decir que todas estas ritualidades no tienen hoy cabida sino entre los viejos creyentes y la plebe; los que reciben educacion en los colegios montados á la europea, los que conocen los idiomas extranjeros y han adquirido algun género de cultura, los que pasan por ilustrados en los círculos sociales, ninguno de todos estos se purifica con abluciones, ni con genuflexiones, y si entran en las mezquitas, es con el único objeto de ser vistos, alcanzar fama de hombres religiosos, y obtener los destinos que solicitan. El Alcoran reserva los empleos para los buenos creyentes, y excluye de ellos á los que no lo son. Saliendo de la mezquita, el buen mahometano no concurrirá á visitas, ni á diversiones; irá á su casa con un continente recogido, ó haciendo visajes bajo las impresiones de esa agitacion que le inspiran los principios de su fe.

Los cementerios presentan grandes intervalos en los barrios mas poblados de Constantinopla. Pero los Turcos estiman en mucho vivir cerca de sus muertos, y no solo conservan á estos en el centro de las poblaciones, sino que los mas ricos los entierran en la puerta ó en el jardin de su misma casa. El hedor que suelen despedir en todos estos lugares los cadáveres medio sepultados, no puede ménos de contribuir en gran manera á las crueles epidemias que con frecuencia diezman la capital de la Turquía, así como todas sus grandes ciudades. No describiré las escenas que dia por

(1) Llegando á Egipto encontrará una descripcion de ellas el lector, pues son las mas solemnes que he visto.

dia ofrecen estos cementerios con motivo de las exequias que hace cada familia por sus muertos : basta á mi propósito decir que ellas copian fielmente las libaciones de los antiguos paganos, y que el vino se derrama sobre las tumbas de los muertos, del mismo modo que correria en los banquetes de los vivos.

Las calles fueron otro objeto que llamó mi atencion : enjambres de perros que las recorren con franqueza bajo el salvoconducto que les dispensa la ley, grupos de hombres ociosos que conversan constantemente, algun derswiche repugnante que las atraviesa recibiendo de todos muestras de respeto, montones de escombros que obstruyen el paso de los transeuntes, y disformes pedrones que hacen insoportable el pavimento, completan su fisonomía. Pero sin embargo de estas menguas que dan malísima idea de la civilizacion de Constantinopla, los Turcos aferrados á sus viejas tradiciones recibirán como insulto cualquiera observacion dirigida á suponer que hay defectos en la corte del « emperador de los poderosos emperadores y repartidor de coronas imperiales. »

Se celebraba la fiesta del ramadan, tiempo el mas solemne del año mahometano, cuando me encontraba en Constantinopla. El ramadan impone á los sectarios del Alcoran una severa abstinencia durante el noveno mes de su año, y los dispone para la solemnidad del gran bairan, tiempo en que concluye la peregrinacion á la Meca. El principio del ramadan es anunciado por salvas de artillería en todas las ciudades y villas del imperio. El ayuno obliga á toda clase de personas desde que el sol sale hasta que se pone, y estos dos momentos son tambien señalados cada dia por repetidas salvas de cañon. El ayuno no solo se reduce á la abstinencia de comidas, sino tambien de bebidas y de perfumes : cualquiera trasgresion que se haga en público de esta ley es castigada por la autoridad como delito cometido contra religion. Mas estos hombres que durante el dia

se han abstenido de comer y de beber, esperan sentados á la puerta de sus casas el momento de quebrantar su ayuno; y apénas llega cuando se arrojan sobre la pipa, las viandas y las bebidas con avidez incomparable. Los banquetes entónces se prolongan, y el buen musulman se cree obligado á comer hasta la hartura. Pero esto no es bastante; la religion le incita á comer de nuevo á média noche: á esa hora sale de cada mezquita un mueslin, acompañado de sus empleados subalternos, que tocando una especie de tambor, triste sobremanera, da vuelta por las calles que le pertenecen, anunciando que el ramadan continúa el siguiente dia, y que por consecuencia es necesario comer para no estar desfallecido. Cuando á la mañana siguiente nace el sol, el fiel servidor de Mahoma se recoge á dormir, harto de comida y muy satisfecho de observar á la letra los mandamientos del profeta.

La corte toma parte en esta pública penitencia, y el sultan asiste á las mezquitas á postrarse humilde, acompañado de sus grandes. Le ví concurrir á la de Karcah-Cherif, rodeado de toda la pompa imperial, que de ninguna manera convenia al espíritu de compuncion que se supone presidiendo en aquellas ceremonias. En el palacio de Dolma-Baghiche subió sobre un soberbio caique, y seguido por otros cuatro no ménos magníficos que ocupó su servidumbre, atravesó hasta el puente de Mohamoned, en donde le esperaba la corte. El sultan montó allí uno de seis caballos enjaezados ricamente que le fueron presentados por los oficiales del estado mayor, y al punto marchó la comitiva en el órden siguiente: la gran guardia compuesta de coroneles y oficiales superiores, llevando cada individuo dos esclavos al estribo; los ministros de Estado, seguidos tambien por esclavos que llevaban de la brida otros caballos, enjaezados con tanto lujo como los que montaban sus amos; el almirante y el gran visir, acompañados por ocho esclavos cada uno; y finalmente el sultan, seguido de un nume-

roso acompañamiento, vestido de riquísimos uniformes. Esta comitiva desfiló al frente de batallones que hacian honores militares á su soberano. Llegado este á la mezquita, recibió el culto del incienso que le tributaron ulemas vestidos de blanco: el gran scheislan ó jefe de la religion, puesto de pié á la entrada, besó la mano á S. M. I., y le introdujo hasta una especie de divan cubierto de terciopelo verde, donde hizo su oracion durante média hora. Por importantes que sean las atribuciones del scheislan, cuando este se encuentra en presencia del legítimo representante de Mahoma, no es mas que un simple particular. Todo lo honroso, grande y solemne corresponde á aquel en cuya presencia el Alcoran no permite sea acatado ningun otro individuo sobre la tierra. Miéntras esto sucedia, los gritos de los mueslines, que desde los balcones de los minaretos de todas las mezquitas avisaban al pueblo que « el gran señor hablaba con el profeta, » hacian resonar la ciudad con un ruido bien desagradable. Los vivas de la muchedumbre y de la tropa se unieron á las salvas de la artilleria, para victorear al sultan cuando finalizó su oracion.

Pero no fué esta la única muestra de *penitencia* con que el gran señor santificó su ramadan: otra ceremonia prescrita por el Alcoran tuvo lugar en la noche del siguiente dia en la mezquita de Top-Kana. El frontispicio de esta y sus cúpulas brillaban, merced á una iluminacion soberbia, como tambien las cúpulas y los minaretos de todas las mezquitas de Constantinopla. Las fortificaciones y los buques de guerra hicieron á las ocho repetidas salvas de artillería, señal de acercarse el sultan, que en efecto no tardó en llegar á la puerta de Top-Kana, rodeado de su corte. Mas esta no le acompaña en tal ocasion al interior de la mezquita; el scheislan y los ulemas mas dignos y condecorados son los únicos que entran con él: ¿á qué? ¡á cumplir la ceremonia del desposorio del soberano con la fe del islamismo, personificada en una doncella que recibe por esposa aquella

noche para no volverla á ver quizá jamas! Yo no sé lo que pasó durante el largo tiempo que el sultan permaneció encerrado con los ulemas, pues la vista de esta ceremonia es prohibida para todo otro que no sea uno de los llamados á intervenir en ella misma. Los Turcos se entusiasman en estas solemnidades, las miran como santas, y encuentran á todas su sentido místico; mas ¡ ay! la razon y la moral dan un grito de reprobacion contra ceremonias como la de Top-Kana, donde una niña de doce años, arrancada de su familia cuando contaba apénas cinco, y conducida desde los montes de la Circasia ó desde los confines de la Nubia, se ve forzada á servir de pábulo á los vicios de un sensual, para pasar despues encerrada el resto de su vida. ¡Desgraciados los pueblos á cuya vista la religion ofrece como santos semejantes espectáculos!

El Griego que nos servia de guia nos obligaba miéntras tanto á seguirle por entre una multitud inmensa que rodeaba Top-Kana; mas no contento con llegar hasta el atrio de este vasto edificio, quiso entrar en la plaza que rodea la mezquita. El cabo de guardia advertia á gritos que no entrase allí persona que no fuese musulman; mas el Griego, acostumbrado como todos los de su nacion á contradecir á los Turcos, ningun caso hizo de aquella prevencion, y dió un paso adelante para penetrar el lugar vedado á los cristianos. Mas, castigado luego con un feroz culatazo que recibió del centinela, volvió atras sin ánimo de llevar adelante su propósito. «Estos malditos, gritaba el cabo de guardia, no se contentan con amenazarnos con guerra, sino que qüieren tambien burlarse de nuestra religion en nuestra misma presencia.» No dejaba el Turco de tener razon, pues los Griegos, y los Rusos sus protectores, que conminaban entónces á la Puerta del modo mas atrevido, ninguna reserva tenian en su conducta. El sultan salió al fin con el mismo aparato que habia entrado, y fué saludado por un *viva* entusiasta de todos los ulemas, mueslines y niños de

mezquita que miraban asegurada mas y mas la fidelidad de su soberano al islamismo con la *nueva* obligacion que acababa de contraer, recibiendo por esposa una bella Circasiana.

Al ramadan siguió el bairan, no era el gran bairan sino el pequeño el que tenia lugar en esa época; mas no obstante el piadoso Abdul-Mejild asistió continuamente á las mezquitas, desde cuyos minaretos á todas horas hacian oir los mueslines sus gritos desagradables en la ciudad, exhortando á sus creyentes á la oracion. Para los Turcos, en este tiempo sacratísimo toda obra servil les es prohibida, y se les manda consagrarse á los ejercicios de religion. El sultan dispensa durante él muchas gracias, y el scheislan tiene derecho para hablarle cuantas veces necesite, á fin de hacerle las advertencias que convengan al esplendor del representante del profeta y á la fe de este.

Entre los lugares que se visitan con mas frecuencia durante el bairan, dos suelen preferir los sultanes, porque á ellos se ligan grandes recuerdos que hacen el orgullo de su persona y de su nacion toda. Uno es el Eyoub, mezquita de la que es jefe inmediato el scheislan : en esta son inaugurados los sultanes por el muftí y el cadí de la Meca; en esta colgaron sus espadas los grandes conquistadores despues de la toma de Constantinopla; y en esta, en fin, recibieron, despues de insignes triunfos obtenidos sobre los enemigos del Alcoran, el título de *Victoriosos*, que les recomienda á los ojos de todo mahometano, los dignos sucesores del padre y fundador de su creencia. Este lugar, que ocupa una extension vastísima, está colocado en uno de los extremos de la poblacion; la mezquita se eleva en medio de huertos y jardines, que sirven de cementerio á los scheislans, muftís, cadís y á otros personajes muy principales que de todas las provincias del imperio piden se les sepulte en aquel sitio sagrado. « Cuando el profeta haya de recoger á sus creyentes, hará oir su voz en la Meca, en Medina, en Jerusalen y en Eyoub ántes que en otros lugares. » Ved



allí una tradicion muy respetada por los viejos creyentes. Los bosques de cipreses, los altos minaretos, el graznido de las cigüeñas y los turbantes de los sepulcros imprimen sobre este lugar una fisonomía en extremo melancólica. Ni una persona ví en todos sus contornos. Los cementerios cristianos respiran vida · en las losas de los sepulcros, en las cruces, en las estatuas se traduce una palabra que anuncia existir todavía aquel cuyos despojos recibió la tierra y deposita la fria tumba. Él no ha muerto, pues que su alma vive, y esa misma carne que la muerte reduce á polvo volverá á levantarse y á vivir tambien alguna vez. Esta esperanza, hablando al corazon, anima el espíritu del que medita apoyado sobre el sepulcro del pariente ó del amigo. « *Él duerme, y dispertará algun dia.* » Su alma miéntras tanto vive en la eternidad, y sus ruegos hasta allá penetrarán, animados por la fe y caridad que nos une « en el seno de Aquel por quien todo vive. » Mas no inspiran por cierto sentimientos semejantes los cementerios mahometanos, sobre cuyas tumbas el baile y las comidas son el único sufragio que puede servir de mérito al difunto. Esta religion material que elevó la carne sobre el espíritu quiere que aquella domine todavía cuando la disolucion la anonada en las entrañas de la tierra, derramando sobre esta lo que sirve ordinariamente de fomento á los placeres.

El otro lugar sagrado para los Turcos es la mezquita del sultan Achemet, en la que han venido á depositarse las riquezas de tantos santones. Estos, queriendo honrar al profeta, instituyeron rentas para mantener todas las palomas que en ella busquen asilo. Todos los dias al salir el sol los mueslines derraman trigo en gran cantidad en los patios que rodean la mezquita, repitiendo la misma ceremonia al medio dia y al ponerse el sol. De esta manera los que no cuidaron de establecer una sola casa para asilo de sus semejantes pobres é inválidos, derraman sus tesoros para alimentar palomas; y los que no respetaron sitio alguno

cuando trataban de perseguir á los disidentes de sus absurdas supersticiones, consagraban lugares donde los brutos viniesen á asilarse huyendo de sus perseguidores. Yo, despues de ver llenas las calles de Constantinopla de pobres y mendigos de nuestra misma especie, Turcos, Armenios, Griegos y de todas las regiones del Oriente, que pedian un pedazo de pan para alimentarse, ví derramar el trigo que se negaba á aquellos, para servir á los brutos de alimento. El espíritu que nutre la fe del islamismo explica muy bien esta conducta, que es á los ojos del cristiano una impiedad jamas justificable. Pero hechos de esta clase son naturales al hombre cuya conciencia no conoce otra ley que los ciegos impulsos de una razon extraviada, ó los caprichos de una devocion que se alimenta de supersticiones. El cristianismo extrae la imaginacion, el corazon y el espíritu del individuo de aquellos escollos en que pudiera fácilmente tropezar; y dándole la caridad como su regla de conducta, le señala un sendero recto por donde llegar al término que se propone. Volney, Lamartine y los demas que creyeron ver practicada de un modo idéntico la beneficencia por los cristianos que por los mahometanos, y por cuantos no conocen la doctrina del Evangelio, podrán respondernos si existe alguna relacion entre la piedad que inspira salvar al hombre, en quien se ve la imágen de Dios y la semejanza de nosotros mismos, y la devocion que funda rentas para alimentar brutos, miéntras deja perecer al racional, que vale ménos que aquellos á sus ojos. Los que así ven deliran tanto como los viejos musulmanes, bienhechores generosos de la mezquita de Achemet.

CAPÍTULO III.

El Koran. — Gran pensamiento que preocupa á los Turcos desde su origen. — El Koran no es un código suficiente. — Decadencia y sus causas principales. — Vacíos en la legislacion, falta de instituciones, poligamia y esclavitud. — Influencia de los ulemas. — Reformas iniciadas. — Los derswiches y sus monasterios. — Barrera formidable que necesita salvarse para obrar una regeneracion en la Turquía. — ¿Qué juzgan hoy del islamismo sus creyentes? — Religion material del pueblo.

Del fondo del Asia salia á principio del siglo séptimo un hombre atrevido, imponiendo con las armas en la mano una nueva fe á las tribus de la Arabia y á las familias errantes del desierto. Declarándose profeta y enviado de Dios, probó su mision con patrañas bien fáciles de presentar con aire de verdad á hombres bárbaros y supersticiosos por naturaleza y por instinto. Á los dogmas esenciales de la unidad de Dios y de la inmortalidad del alma añadió la promesa de un paraíso lleno de goces carnales, y propio para halagar la sensualidad que distingue á los indígenas del Oriente. El fatalismo, enseñado con todas las consecuencias espantosas que encierra su doctrina, auxilió eficazmente la conquista, y los afiliados en la nueva fe se hicieron distinguir de las demas naciones por la marca de la circuncision. Con esta y las abluciones halagó el nuevo profeta á los judíos, así como á los paganos con ciertos sacrificios en ocasiones solemnes, y á los cristianos con la limosna, el ayuno y la oracion. La poligamia quedó autorizada, é investido el hombre de un poder absoluto y tiránico sobre sus consortes, los derechos de la mujer perecieron; quedando condenada esta á figurar solo

en el largo rol de la esclavitud doméstica sancionado por la fe del Alcoran. Pero Mahoma, sin ser mas profeta que tantos impostores que con talento superior explotaron en diferentes siglos la credulidad ignorante de los pueblos, ni era legislador, ni era político; así es que el código que dió á sus afiliados estuvo muy léjos de llenar las necesidades del gran pueblo que iba á regirse por sus instituciones. Un pensamiento sí que inspiró en aquella multitud de tribus que reunia su espada, una idea que llenaba de ardor entusiasta á hombres que no conocian mas que las costumbres bárbaras de la Arabia y del Kurdistan: la dominacion universal. Ya la Arabia habia caido toda bajo el dominio de Mahoma, ya sus sucesores hacian pesar su yugo sobre las mas bellas provincias del Asia, ya el imperio bizantino habia desaparecido, y el pabellon de la Creciente tremolaba en las fortalezas donde poco há se ostentara el sacro estandarte de la Cruz. La débil resistencia opuesta por los Griegos á la pujanza otomana no tardó en convertirse en verdadera esclavitud, y Polonia, Venecia y Alemania temblaron amenazadas por Selim y Bayazeto. Una multitud que se creía llamada por Dios para dar leyes al mundo, y obraba bajo la impresion de un paraíso que se le abria muriendo en la ejecucion de tan gloriosa empresa, no era á la verdad fácil de ser contrarestada; mas esta muchedumbre que paseara victoriosa su bandera desde el norte del Asia hasta el mediodía de la Europa sentia debilitarse sus fuerzas á la vez que se alejaba del teatro de sus primeras conquistas. Ese fanatismo que encendieran en el pecho musulman las promesas del profeta, dejaron de entusiasmar, á medida que sus creyentes perdieron la fe, á medida que las faltas de su código se hacian mas notables en presencia de las necesidades, y á medida que su religion, sus costumbres y su política principiaron á experimentar el rechazo uniforme y constante de las naciones europeas.

Considerado atentamente el Alcoran, se echan de ver

aquellas faltas : nada hay en él escrito relativamente á administracion, ni nada en órden al derecho civil ni penal. Mas á pesar de todo esa reunion de disposiciones llovidas sucesivamente del cielo, cual fecundo rocío, como pretendió Mahoma, es lo único que interesa saber al musulman. « Todo lo que no se registra en ella es enteramente inútil y profano ; » y bajo el imperio de esta fe obraba un célebre califa cuando hacia quemar la preciosa biblioteca de Alejandría, depósito de todos los tesoros de la erudicion griego-romana. El Sunnah completa el Alcoran recogiendo en un cuerpo las leyes tradicionales que tuvieron su orígen en palabras y hechos atribuidos á Mahoma, y en las decisiones dadas por los califas, sus primeros sucesores. Él ha sido comentado por los doctores musulmanes, y cuando el texto y sus comentarios no están de acuerdo, el scheislan y los ulemas reunidos consultan el Alcoran, y resuelven segun su espíritu. Del mismo defecto de que adolece aquel se resienten tambien los demas libros escritos bajo sus inspiraciones, y esta falta de un código perfecto es sin duda una de las causas principales que comenzaron á preparar la decadencia del imperio formado por el fervor de los primeros creyentes del profeta.

La ausencia total de instituciones no ha influido ménos en su ruina, abriendo paso á los vicios que hacen decaer las monarquías mas poderosas, así como las repúblicas mas florecientes. Las buenas instituciones son el alma de los pueblos, realizan el cultivo de sus individuos, purifican sus costumbres, y dan solidez á las creencias, que ordinariamente vemos impulsándoles en el camino glorioso de las reformas. Nada de esto existe en Turquía, ántes por el contrario, á mas de aquella imprevision de las leyes y de la ausencia total de instituciones, la pluralidad de mujeres, la esclavitud y la mala administracion de justicia la arrastran á su disolucion. El Alcoran permite á cada uno de sus afiliados desposarse con cuatro, y esta mala aplicacion de las costumbres patriarcales produce el abatimiento de la mujer,

la priva de sus derechos, introduce la rivalidad en el seno de la familia, é inspira enemistades entre sus individuos. Los que han creido ver en la esposa cristiana un ser degradado desde que se la somete al cuidado y jurisdiccion del marido, forjaron á esta en el tipo de las musulmanes: no encontraron diferencia entre la dignidad que da á aquella el Evangelio, declarándola en todo igual á su esposo, recomendándola al respeto, al amor y á la fidelidad de este, y declarando que no es su sierva sino su compañera; y la prision estrecha, el trato degradante y la falta absoluta de representacion en que la constituye el Alcoran. No sé cómo calificar una pretension tan absurda, y que nada prueba sino, ó mala fe, ó ignorancia suma de parte de sus autores. Penetre quien pueda los palacios de los ricos ó las habitaciones de los pobres, é indague cuál es la suerte de la mujer musulman: bien sea que la fortuna la haya elevado hasta colocarla al lado de un hombre de primer rango, ó bien pertenezca á otra esfera ménos elevada, en uno y otro caso su condicion será igual; para ella no existe la sociedad, su voz en el hogar doméstico se pierde entre otras muchas, y su nombre mismo se confunde con el de cualquiera persona empleada en el servicio del jefe de la familia. Alternando con sus compañeras de infortunio, que son sus verdaderas rivales, rodeada de siervos que dividen tambien con ella las atenciones y el amor de su marido, y sometida á una rigorosa vigilancia; esa mujer es un esclavo que encerrado en el recinto de su casa arrastra una existencia penosa, sin encontrar consuelo de ninguna especie que le compense sus continuos sinsabores.

La esclavitud no es ménos disolvente para la sociedad que aquella degradacion lo es para la familia: esos millares de individuos sin voluntad ni representacion propia que se mueven á la voz de un amo, no son los que pueden contribuir á la conservacion ni ménos al progreso del Estado. Salidos de las provincias abrasadas de la Nubia ó de las regio-

nes mas lejanas de la Arabia Pétrea, vendidos luego á un rico por unas pocas piastras, son empleados en el trabajo de sus propiedades ó en el cuidado de sus asnos y de sus camellos. Un motivo cualquiera le hará mudar de dueño, pues sigue la suerte de las cosas, ni mas ni ménos que los demas muebles que constituyen la propiedad de su señor. De dominio en dominio él atravesará quizá todas las provincias del imperio, probará en ellas toda suerte de condiciones, experimentará todos los grados del infortunio, y terminará su carrera del mismo modo que la principió, sin haber sido jamas dueño de su voluntad, ni salido de la condicion humillante que le igualaba con los brutos animales. Muchas veces he reflexionado sobre la desgracia que preside la suerte de estas criaturas, y especialmente cuando observando el trato que reciben de sus amos, veía puesto de relieve y en grandes proporciones todo el horror de la degradacion humana. Esos hombres que cargados con el ajuar doméstico marchan por los valles de la Siria ó por las soledades del Egipto revueltos con las bestias, trasportándolo de un punto á otro; esos hombres desnudos totalmente que bajan de la Nubia amontonados en el seno de una embarcacion sin cobertor que les defienda de un sol quemante; esos hombres encerrados, en fin, en los depósitos que existen en casi todas las grandes capitales de la Turquía, revueltos sin diferencia de sexo, y que son exhibidos por sus guardianes á los compradores del mismo modo que un efecto en el mercado, y cuyas propiedades se publican con ofensa del pudor y de la moral y con insulto de la naturaleza misma; todos esos, repito, á nada pueden contribuir sino á labrar la ruina social, aumentando el número de los seres infelices que maldicen con su existencia la mano que les oprime. Algunos hechos que hemos presenciado y vamos á puntualizar mas tarde, manifiestan bien hasta dónde llega la extension de estas dos esclavitudes que autoriza el Alcoran. Miéntras tanto esa servidumbre espantosa que so-

portan estos disidentes del cristianismo, será uno de los vestigios numerosos que encontramos todavía en Asia, África y América del pesado yugo que oprimió la raza humana, hasta que el Evangelio vino á redimirla.

Cuando vamos á numerar la influencia supersticiosa de los ulemas como otra de las causas de la postracion del imperio otomano, no entendemos por este cuerpo solamente á los encargados del culto, pues que, propiamente hablando, no hay algunos que tengan solo esta incumbencia entre los mahometanos, sino la multitud de teólogos, jurisconsultos y profesores de colegio, en cuyas manos han venido á reunirse el poder para explicar el Alcoran y el encargo de instruir la juventud; circunstancia que les da una influencia poderosa sobre el pueblo, y que en diferentes ocasiones han sabido bien emplear en provecho de sus propios intereses. Unidos los ulemas alguna vez con los genízaros, suscitaron al poder obstáculos hasta derribarlo: mezclados casi siempre en la política, su voz se alza constantemente contra las innovaciones, por imperiosas que sean las circunstancias que las exijan; y en fin no se prestan sino con disgusto á todo lo que puede contribuir á levantar su sociedad de la postracion en que la tienen sumida la ignorancia y el fanatismo. Las disposiciones mas oportunas de los sultanes han fracasado en esta barrera formidable, y mas de una vez vió la nacion al gran sultan resignar su poder, por exigirlo así los ulemas apoyados en la firme resolucion de un pueblo decidido á hacerlos respetar, como intérpretes de la voluntad de su profeta. Abdul-Mejild ha sido quizá el primero que sostuvo sus reformas con energía que le hace honor; pero tambien es verdad que él contaba con apoyo de ejércitos extranjeros, que supieron sofocar desde sus primeros síntomas la irritacion que aquellas medidas excitaban en el cuerpo de los ulemas, propagándose por la multitud infinita de sus adictos. Destierros, cambios y arrestaciones numerosas en el personal de los puestos mas

elevados entre aquellos fueron necesarios entónces (1) para apagar la chispa que, salida del santuario, amenazaba incendiar todas las provincias de un imperio minado ya por todas partes.

Los ulemas, segun su rango, tienen mayor ó menor representacion en la sociedad, el scheislan los preside, y á él toca, por derecho que le da la tradicion de muchos siglos, ceñir la espada al soberano el dia de su inauguracion en el trono, á él aconsejarle en los mas arduos negocios del Estado, y á él sellar la interpretacion dada á los difíciles puntos de la ley. Sus *felfas* ó decisiones son ejecutadas ciegamente, y tienen tambien fuerza de ley. En los primeros tiempos del islamismo, quien subia á este alto puesto era inamovible, concediéndose solamente á personas de la familia imperial. Los rangos inmediatos al gran mufti ó scheislan los ocupan las altas dignidades de la magistratura, y los siguientes los que dirigen la instruccion pública. Las diversas circunstancias que ha atravesado el imperio turco causaron graves alteraciones en estas dignidades. Hoy todo su personal es amovible, y pende de la voluntad del sultan. Los ulemas se distinguen ordinariamente por su traje blanco y un turbante tambien blanco, están siempre al lado de los que gobiernan, y sirven como de mediadores á cuantos pretenden alcanzar justicia de los grandes potentados. Pero el cuerpo de ulemas ha perdido mucho de su influencia despues de aquellas severas providencias, y la Europa ha visto iniciarse para la Turquía una época de reformas importantes, y que si se llevan á cabo, preservarán al Estado de su ruina total. El islamismo no puede sostenerse sino miéntras subsistan sumidos en la ignorancia los pueblos que lo abrazaron, miéntras una legislacion intolerante le preste su auxilio, y miéntras, en una palabra, la cualidad de ciudadano turco esté identificada por las leyes

(1) A principio de 1834.

con la de creyente mahometano; pero apénas lleguen á faltarle estos elementos, entónces veremos desaparecer la fe del profeta, del mismo modo que los gruesos nubarrones de primavera se deshacen heridos por los ardientes rayos de un hermosísimo sol. Algunos viejos creyentes, para quienes es delito todo cuanto envuelve novedad, conservarán en relieve las viciosas y ridículas formas del islamismo; pero ellos pasarán tambien, y del Alcoran poco despues nada se conservará fuera de su nombre y de sus leyes guardadas fielmente por la historia. La marcha de los sucesos nos autoriza para pensar de esta manera: comparando lo que pasaba ahora medio siglo en el territorio musulman con los acontecimientos que se realizan delante de nuestros propios ojos, no podremos dudar que la época de regeneracion ha llegado para la Turquía, así como que los obstáculos que la impedian principian poco á poco á removerse. Ya los seminarios que erigidos á la sombra de las mezquitas recibian á los jóvenes de mas adelantadas disposiciones para instruirse en el cuerpo del derecho y en las tradiciones religiosas, cuentan solo individuos de la clase pobre ó hijos de los mismos ulemas que los presiden: el cristianismo, objeto de rabia para la multitud, ha llegado á ser mirado con tolerancia por unos y con indiferencia por otros; una infinidad de pobres corre cada dia á las dispensarias y casas de caridad en Constantinopla, Alepo, Smirna, Beyrouth, Jafa, Damasco, Alejandría, Jerusalen, y en fin en todas las populosas ciudades del imperio para ser curados de sus enfermedades por las religiosas: estas son recibidas como ángeles tutelares en todas partes, y para ellas están abiertas no solo las habitaciones de los ricos, sino los palacios mismos del soberano, donde son llamadas para dispensar su ministerio de hacer bien. Los misioneros, que despliegan una caridad incomparable en medio de las epidemias, y corriendo las campiñas y los pueblos derramando sobre hombres de cualquiera creencia los consuelos que deman-

daba su situacion, son condecorados con la medalla de honor que los sultanes reservan para premiar los servicios mas señalados rendidos á la patria. La procesion del *Córpus* recorre las calles de Pera con toda la pompa de sus ceremonias, y escoltada por una guardia de honor; los templos y sus ministros son respetados religiosamente, y los cementerios mismos para sepultar á los cristianos gozan de privilegios que las leyes reservaban para los adoradores del profeta. Estos hechos anuncian una revolucion verdadera, sino en todas las provincias del imperio, al ménos en las mas importantes, y desde donde ese movimiento, tomando cada dia mayores proporciones, se propagará hasta los pueblos mas interiores y remotos. Los que esperan de la Rusia salvacion para la Turquía, poniendo la tolerancia que acreditan estos hechos frente á la opresion que mortifica á los disidentes del cisma griego en los vastísimos Estados del zar, podrán decirnos si la intolerancia moscovita ofrece mejores garantías á la causa de la civilizacion que aquella libertad que bajo la dominacion de los sultanes gozan hoy en Turquía los hombres de toda religion.

Por las calles de las ciudades, por los mercados y los campos se encuentran con frecuencia ciertos hombres vestidos de pieles de animales y descalzos: su barba larga y su fisonomía pensativa les da cierto aire misterioso que pudiera recordar la edad de los profetas. Estos hombres son los derswiches, reputados como los monjes de la religion mahometana. Desde Konich ó Iconio (1) donde tuvieron su principio, se han derramado en todas las provincias dominadas por el islamismo. Su nombre de *pobres* les recomienda á sus creyentes, y por su profesion deben ocuparse de la enseñanza de su ley, y de recoger limosnas para fomentar su congregacion. En su orígen los derswiches pertenecieron todos á una misma familia religiosa, mas hoy se en-

(1) Ciudad de la Caramania en la Turquía de Asia.

cuentran divididos en diversas sociedades, que haciéndose graves cargos unas á otras, son rivales y enemigos entre sí. Se diferencian en sus trajes: unos pretenden ser mas observantes que los demas, y los hay quienes atraviesan desnudos provincias enteras, afectando una pobreza y austeridad de costumbres asombrosas. La generalidad de los mahometanos venera á los derswiches, pero no la clase rica, ni ménos los que pasan por ilustrados: todos estos los desprecian y les cierran las puertas de su casa, dándoles los epítetos de impostores y corrompidos. Ignoro si la mayoría de estos hombres merecerá ó no apodos semejantes; lo que sé es que habiendo hecho á Dios voto de pobreza y castidad se les ve correr tras del dinero, castigar con azotes y con fuego su cuerpo por una cantidad pactada, y abusando de la hospitalidad, cometer en la casa de sus huéspedes hechos que ofenden á la pureza prometida. Tambien son muy conocidas las supercherías de que se valen para deslumbrar con hechos que sorprenden á un vulgo ignorante y crédulo, que llama *milagro* lo que no le admiraria si pudiese penetrar los secretos de la impostura; y en fin, los artificios de que se valen para procurarse la veneracion de los devotos, hoy ya son generalmente conocidos de los Europeos en los países orientales (A). Siempre memorables serán las providencias tomadas por el general Ibrahim-Pachá para reprimir las imprudencias de los derswiches. La época de sus conquistas es la de su decadencia, pues que los persiguió de muerte como corruptores de la moral del pueblo. Á mí me repugnaba la fisonomía de esos hombres desnudos, y que llevando algunos envuelta en el pescuezo una larga culebra, que crian desde pequeña, persuaden al pueblo que las bestias feroces se someten á su voz. Meca y Medina, ciudades santas de los musulmanes, lo son á la vez de los derswiches: allí van estos á terminar su carrera, despues que han adquirido algun dinero y completado un número determinado de años de profesion, y allí sobre el sepulcro del

profeta les encuentra el decreto del cadí de la Meca, que les declara santos, perfectos y obradores de milagros. Estos hechos tan repugnantes manifiestan bien por sí solos que la Turquía, abierta como hoy va á estar para todas las naciones, recibiendo en su seno una multitud de Europeos que la cruzarán en toda direccion, y teniendo sus habitantes libertad para abrazar la fe que encuentren mas conforme con sus convicciones, no podrá permanecer mas tiempo en ese estado de degradacion que tanto repugna á los principios y á la doctrina de la moral. Los que viven explotando las preocupaciones de los pueblos lucharán decididamente contra los elementos de ilustracion, excitarán la fe de sus creyentes, harán frecuentes llamamientos á la conciencia de la multitud, amenazarán la autoridad con voces destempladas, y predicarán quizá la rebelion contra el poder legítimo; pero todo esto no será mas que el síntoma de su disolucion. ¡Desgraciada la autoridad que con conciencia segura de hacer el bien deje intimidarse por gritos hijos del interes individual, y retroceda en la realizacion de sus propósitos benéficos! ¡pero mas desgraciado aun el pueblo que sintiendo sobre sí el peso molesto de hombres que le sacrifican se empeñe en mantenerlos, consintiendo que á su nombre se embarguen las providencias oportunas de la administracion resuelta á perseguirlos! Este es sin embargo otro de los obstáculos que en la Turquía se opone á la accion del verdadero bien destinado á regenerarla.

La pena capital sancionada por el Alcoran contra los desertores de su ley no puede subsistir sino sostenida por la accion de congregaciones y de individuos de la naturaleza de los ulemas y de los derswiches. El mahometano que estimulado por las inspiraciones de su entendimiento y de su corazon se resuelve á cambiar de fe, necesita decidirse al mismo tiempo á abandonar su patria, sus propiedades, sus amigos y parientes, pues que la ley del profeta á ningun apóstata de sus creencias permite vivir entre los fieles. De esta injus-

ticia monstruosa son adherente necesario las disposiciones relativas á los súbditos del sultan nacidos en el cristianismo: su falta de personería para acusar ó demandar en los tribunales á un mahometano, su inhabilidad para ser nombrado juez ó componedor en cualquiera ocasion, y aun para ser aducido en juicio como testigo. Cuando esta barrera formidable se haya salvado, cuando ese mismo gobierno que inició ya las vitales reformas que pedia la situacion del país la haya removido, entónces la Turquía marchará de plano por la via de la única regeneracion posible que existe para la sociedad, à saber: la regeneracion cristiana. No de un cristianismo material como el que profesan en su seno los cismáticos orientales, porque á la verdad no habria llenado su objeto si arrojando el libro del Alcoran fuese à tomar el del Evangelio explicado por los secuaces de Focio de una manera contraria á la que enseñó su mismo autor. Ni hay mucha diferencia, á decir verdad, entre el fanatismo y la intolerancia que inspira á los musulmanes el libro de su profeta, y el fanatismo y la intolerancia que muestran los popes cismáticos de Rusia, de Grecia y de Turquía. Ni están mas avanzados en instituciones, ni en beneficencia los Estados cismáticos que separándose de la Puerta hoy son independientes, que los gobernados aun por el sultan; y esta será una mas despues de tantas otras demostraciones que verifican aquel juicio. La regeneracion por el catolicismo, que inspira caridad en vez de intolerancia, y amor en lugar de fanatismo, es la única que puede causar en el imperio otomano la regeneracion que necesita. La regeneracion por el catolicismo, repetimos, pues este es quien posee arbitrios para apoderarse del corazon, para plantar en él el principio religioso, y para despertar é ilustrar la conciencia, elevándola á reguladora de las acciones en el hombre. Una religion material que se alimenta de signos vacíos para el mismo que los practica, cuyos principios no son conocidos de la generalidad del pueblo, cuyo orígen fué la rebelion, y cuyos

frutos son ceguedad y muerte, no es por cierto el elemento que pudiera regenerar á naciones postradas por los vicios.

Hemos indicado ya que las viejas preocupaciones han ido perdiendo terreno á medida que las instituciones católicas hicieron experimentar al pueblo su accion benéfica. Los que piensan con libertad en materias religiosas, los que estudian el orígen y desarrollo de su fe en otros libros que los salidos de los ulemas, todos estos descubren fácilmente ese tejido de imposturas y de contradicciones que forma la religion del Alcoran. « ¿Cómo podré creer, decia uno de estos, la mision de Mahoma, ni sus viajes por el cielo, ni su peregrinacion del templo de la Meca al de Jerusalen sobre el caballo que le trajo el ángel Gabriel, cuando veo que el profeta no pudo salvarse en la derrota que experimentó en la batalla de Ohad? — El conocimiento de una impostura hace naturalmente desconfiar. » Esto es lo que pasa entre los mahometanos ilustrados : no encontrando despues de meditar las pruebas de su religion mas que patrañas repugnantes, concluyen por nada creer, ni conservan en el fondo de su corazon ninguna clase de fe en los dogmas que enseña el Alcoran. Los que han sido educados en Europa, á esta falta de religion añaden todavía los sistemas materialistas que aprendieron fácilmente en los colegios, careciendo de principios que pudieran haberles servido de precaucion. « Los hombres ilustrados son filósofos; » y estas pocas palabras de que usaba aquel mismo explican perfectamente el estado religioso de la clase elevada entre los mahometanos.

En el pueblo bajo no sucede así; él conserva sus viejas tradiciones, él ayuna el ramadan con mas escrupulosidad que los ulemas y derswiches, y con la misma hace tambien sus abluciones; mas ese pueblo no ha tenido todavía ocasion de dudar, porque una legislacion de hierro le privó de los medios por donde pudiera ilustrar su conciencia. Pero esta religion del pueblo no podemos calificarla, sino como hábitos materiales que sin nacer del corazon alimenta la hi-

pocresía, mil veces mas perjudicial que la irreligion misma. En efecto, el mahometano de la clase baja será con provecho de sus intereses reputado hombre timorato, si asiste con frecuencia á la mezquita, si hace profundas y continuas inclinaciones, si reza en alta voz al canto del mueslin, si ora tres veces cada dia, aun cuando este tiempo le tome en el camino, ocupado en negocios de gravedad, ó en campañia de otras personas. Yo los he visto arrodillados en la calle y en medio de la muchedumbre al oir la voz de aquel que desde la galería de los minaretos predica orar á Alá (1); los he visto empezar allí sus rezos en alta voz vueltos al Oriente, y sin cuidar que se riesen ó no los Europeos que estaban presentes. Pero estos hombres que tanto aprecian las exterioridades, no son por eso ni mas severos en sus costumbres, ni mas dulces para el trato familiar con los demas. Ganada reputacion de devotos, descansan tranquilos sobre ella; pero miéntras tanto sus mujeres y sus esclavos lamentan el tratamiento perverso que reciben, los amigos observan que son fáciles para perjurar, y cualquiera podrá percibir sin trabajo que toda su religion ni consiste ni se alimenta mas que de supersticiosas exterioridades. Ese mismo hombre que no se atrevió á penetrar en la mezquita sino despues de haber lavado su cuerpo con repetidas abluciones, y despues de dejar en la puerta su calzado, conservará sin temor mil manchas en su alma, infinitamente mas sucias que las del cuerpo, y cometerá acciones que deshonran á Dios mucho mas que presentarse calzado á orar en su presencia.

(1) Estos tres tiempos son al salir el sol, al ponerse y al medio dia.



CAPÍTULO IV.

Cisma del Oriente. — Divisiones entre los cismáticos. — Simonía. — Educacion del clero. — Influjo del gobierno en la eleccion de obispos. — Los monasterios. — Fanatismo y sus consecuencias. — El episcopado anglicano fraterniza con este desórden. — Mision católica de Constantinopla. — Los establecimientos de beneficencia. — Trabajos de los protestantes.

Al pisar la tierra clásica del cristianismo, en vano buscaríamos la fortaleza jamas vencida de Atanasio, ni la elocuencia siempre triunfante de Crisóstomo, ni la ciencia profunda de Basilio, ó del memorable teólogo de Nazianzo. Todo cuanto contribuyó para dar celebridad á los países orientales en la primera edad del cristianismo ha desaparecido, y una serie de calamidades con que la Providencia castiga su doble delito de herejía y rebelion no permite ver sino vicios é ignorancia, allí donde brillaron las virtudes y las letras. Quien recuerde esa serie de hombres eminentes que presidieron los primeros patriarcados hermoseando al cristianismo con los rasgos mas bellos de santidad, y dejándole al pasar la herencia inapreciable de sus profundos conocimientos consignados en preciosos libros, y encuentre hoy la simonía, la ignorancia y otros vicios que nos repugna nombrar encaramados en el lugar que ellos dejaron, comprenderá bien la magnitud del crímen que merece castigo tan formidable. Nadie podrá fijar todavía el tiempo de la duracion de este, porque si la mano de Dios corrige la soberbia con la humillacion, y el cisma con la disolucion de

los miembros sublevados, deja el azote tan presto como estos vuelven á humillarse. ¡Ojalá den este paso los disidentes orientales con la presteza que pide la gravedad de su mal!

La Iglesia de Occidente ha seguido inalterable su marcha primitiva; sus santos y sus sabios no dejaron de ser un solo dia el faro luminoso á cuya luz todas las naciones estudiaron las virtudes y las ciencias. Mortificada sin cesar por plagas de toda especie, abandonada del poder humano, y entregada á sus propias fuerzas, tan léjos de sucumbir bajo los golpes de sus enemigos, no ha perdido ni un ápice de su brio, ni empañado el mas lijero rayo de su esplendor. No así la desgraciada Iglesia de Oriente: trabajada por sus propias miserias ántes que por la persecucion, y entregada á los enemigos del cristianismo á consecuencia de intestinas divisiones, no es ya mas que un esqueleto cubierto de ropaje ignominioso. No pretendo desenvolver los pliegues de su vestido, ni hacer exhibicion de las miserias que bajo ellos se ocultan: ¿para quién será agradable recorrer las hojas del proceso donde figuran vicios que arrastraron al malhechor hasta el cadalso? Que la reflexion sobre sus faltas pueda abrir sus ojos alguna vez, é inspirarle compasion por sí mismo, será el único voto noble y generoso que podrá abrigarse en favor del delincuente, y este es el que nosotros hacemos con la catolicidad entera por la Iglesia cismática de Oriente.

La division que introdujo el cisma de Focio no se conservó largo tiempo sin pulular nuevas escisiones. Hoy son dos las que separan principalmente á los cristianos en Oriente; y, como dos ramos cortados del árbol de la Iglesia católica hace brotar cada una otras mil sectas. Aquellas son la Iglesia griega ó el cisma primitivo de Focio, y la Armenia que, nacida de este en su orígen, pero abjurando la division y la herejía muchas veces para volver otras tantas á caer, no tiene mas puntos de contacto con su madre que los

errores comunes á los dos. Ambas son rivales, y se profesan entrañable enemistad.

Los defensores del cisma oriental, que pretendieron hacernos ver brillando la unidad donde nada se encuentra fuera de cisma y division, han simulado olvidar los tristes sucesos de que el mundo todo es testigo, y manifiestan á todas luces hasta dónde llega el espíritu que separa entre sí á las desgraciadas comuniones del Oriente. Todas pretenden tener sus derechos para permanecer separadas de las demas, todas se llaman depositarios de la doctrina de Cristo y tradiciones apostólicas, y todas quieren justificar con razones que no existen su proceder, por contrario que sea al espíritu del Salvador. Estas pretensiones y aquella rivalidad mas de una vez han provocado serios conflictos entre sus miembros; y así en Grecia como en Armenia, en Siria como en Palestina, en momentos de excitacion se han librado á la suerte de las armas derechos que el Evangelio prohibe defender de otra manera que con la paciencia y la caridad. Frescos viven en la memoria de los habitantes del Asia Menor los trágicos sucesos de Adana (1), en que divididos los ciudadanos en dos partidos que obedecian á dos obispos diferentes, buscaron los unos la proteccion de los musulmanes contra los otros, y atacándolos con espada en mano sembraron desolacion, terror y muerte por todo aquel desgraciado país; frescos los recuerdos de ruidosas desavenencias nacidas entre el patriarca de Constantinopla y los obispos de Grecia, que no quisieron reconocer su jurisdiccion despues de la emancipacion política de aquel reino; continuas son las divisiones que agitan á los cismáticos en Constantinopla, donde cada dia desocupa un obispo la silla patriarcal, para que éntre á ocuparla otro que supo con dinero y con promesas ganarse la voluntad del pueblo y de sus magistrados; y continua tambien la agitacion en que viven los

(1) Tuvieron lugar en 1849.

demas patriarcas, pues que necesitan someterse á las sinrazones y á los caprichos de sus gobernados, á trueque de no ser depuestos por estos mismos en una de esas asonadas que, frecuentes entre los cismáticos, concluyen siempre abortando un nuevo obispo. Estos son hechos que todos conocen, y que manifiestan bien cuán distantes viven aquellos de la unidad y del espíritu que prescriben los cánones primitivos.

Independientemente de las sectas ménos notables que se alimentan en el seno de aquellas dos grandes comuniones, llega á diez el número de las cabezas ó jefes que cuenta la Iglesia griega, y á tres los de la armenia: aquellos son el patriarca de Constantinopla, el santo sínodo de Rusia, el patriarca *independiente* de Chipre, el sínodo de Grecia, el arzobispo de Monte Sinaí, los patriarcas de Moldavia y de Valaquia, el patriarca de la Servia griega, el de la Servia austríaca y el patriarca de Montenegro; y esto es concediendo que los otros tres patriarcas de Jerusalen, Antioquía y Alejandría estén ligados estrechamente á la cátedra de Constantinopla y vivan con ella en una misma comunion. De entre estas cabezas es verdad que algunos conservan ciertas ritualidades exteriores para mostrar su union con las cátedras mas antiguas, poco importa sea con esta ó con aquella. Así, por ejemplo, el patriarca de Montenegro y el *cathólicos* de Georgia concurren á San Petersburgo para recibir del sínodo moscovita la investidura y consagracion episcopal; pero miéntras tanto este sínodo á nadie reconoce como superior, ni con nadie comunica sino con aquellos que vienen á sometérsele, no movidos por su conciencia sino por el influjo del emperador de Rusia; y el sínodo de Grecia, en fin, del todo independiente, se cree legítimo primado de la Iglesia oriental, y rechaza cualquiera otra jurisdiccion que pretenda entrometerse en sus negocios eclesiásticos. Nada significan las circulares que los patriarcas de Constantinopla suelen mandar á todos estos cuando son

inaugurados en su silla, pues el tenor de sus mismas cartas manifiesta bien cuán distantes se encuentran unos de otros. En la última el obispo Anthimio decia al sínodo de Aténas ser necesario que marchasen unidos, especialmente en los tiempos actuales... « Vosotros sabeis que *es esta la tercera vez que subo á la silla de Constantinopla,* de la que en dos ocasiones tambien he descendido á consecuencia de las divisiones que nos atormentan. » Miéntras tanto nada le habla de obediencia, nada de adhesion á la *Nueva Roma*, pues le consta que ninguna puede prometerse de los que han roto los vínculos de su comunion. ¿Quién no descubre entre todas estas sutilezas el único hecho cierto que presentan las comuniones griegas, á saber, su division?

Los Armenios, de la misma manera que los Griegos, divididos en diversos cuerpos, ven tambien levantadas en su seno varias cabezas. Fuera del patriarca de Echmiazin, que se llama *ecuménico* ó universal, pretenden el mismo título los de Ararath y de Constantinopla, alegando derechos que contradicen los de aquel que se dice sucesor de Gregorio Iluminator y del ilustre S. Narces.

Si en medio de un cisma semejante que separa á los disidentes unos de otros, colocándoles bajo pastores rivales, pudiera decirse encontrarse unidos espiritualmente por la confesion de una misma fe, habria al ménos alguna especie de unidad; pero ni esto existe desde que, tanto entre los Griegos como entre los Armenios, los que poseen alguna instruccion religiosa la han recibido mezclada con los antiguos errores derramados con profusion en el Oriente. Entre los Armenios en particular, las herejías de Jacobo y de Nestorio cuentan todavía sectarios á millares; mas hemos dicho *los que poseen alguna instruccion religiosa*, pues la mayoría de los cismáticos ninguna tiene, y toda su religion consiste en ceremonias materiales y en oraciones vocales, cuyo sentido no conocen. Y no es el pueblo tan solo el que vive

sin conocer su religion; sobre el clero pesa este mismo mal, bien grave y doloroso ciertamente.

Pero hay otros todavía que no lo son ménos, y se dejan sentir especialmente en las elecciones de los obispos y patriarcas. Como todos estos necesitan formal beneplácito del sultan para ser instituidos en las sillas que existen en el territorio de la Puerta, sus manejos para obtenerlo son los que castigó el Príncipe de los Apóstoles en Simon el Mago, y la Iglesia desde sus primeros siglos condenó del modo mas enérgico y severo. Los pachás, los cadís y los amigos del gobierno reciben como precio de cada aprobacion sumas estipuladas de dinero, y que paga sin escrúpulo el electo ántes que su metropolitano le imprima el sagrado carácter con la imposicion de sus manos. Este tráfico es tan público, y se practica tan sin rebozo, que el sucesor de Mahoma lo echaba en cara á los sucesores de Focio, diciéndoles en un *firman:* « Será necesario usar en lo sucesivo de mas circunspeccion en la eleccion de ministros, y cuidar sobre todo alejar á cuantos tienen el cinismo de decir: Yo gozo de una dignidad que me ha costado lo que es mio. » Ni pueden explicarse, sino teniendo en consideracion este comercio indigno, los cambios de obispos que sufren á cada paso las diócesis de la Turquía, y buscando su orígen en el interes de los hombres influyentes á quienes importa ver con frecuencia nuevas elecciones de obispos como medio de aumentar su riqueza.

La clase de educacion que recibe el clero griego no permite esperar de sus miembros otro proceder mas regular. No es el órden comun elevar al sacerdocio jóvenes instruidos con esmero en seminarios, ni hacer subir á la cátedra episcopal á los que se envejecieron en el estudio de las ciencias eclesiásticas. Cualquiera hombre del campo, un aprendiz de oficio, el criado de una familia son ordinariamente los que llegan al presbiterado, sin mas vocacion que la bien imperiosa de su pobreza, sin otro título que su osadia, y sin

otras aptitudes que saber escasamente leer su propio idioma. Cuando yo veía en Grecia á los presbíteros sentados á la puerta de su casa, vestidos como cualquier jornalero, fumando su pipa, rodeados de sus hijos y luciendo una vida ociosa y tan inútil á la sociedad que les tiene en su seno como á la religion de quien se dicen ministros; cuando en el Asia Menor, en Siria y Antioquía los veía discurrir por los mercados, sentados en los mostradores de los artesanos ó en los bancos de las tabernas, y cuando en un pueblo de Palestina ví levantarse al párroco de un círculo de jugadores en la calle pública, para ir á recibir á los que llegaban á visitar un santuario de su iglesia, nada extrañas me parecian escenas tan repugnantes, pues son consecuencia necesaria de aquella falta de educacion.

No se crea ser mas aventajada la que en los claustros reciben los monjes en cuyas manos recae siempre el báculo pastoral; con lijeras excepciones la misma ignorancia y los mismos defectos vemos arraigados entre estos que en aquellos. Los domésticos y familiares de los obispos son ordinariamente llamados para servirles de coadjutores en las funciones de su ministerio, y especialmente los metropolitanos, usando de su mayor poder, cometen tambien mayores abusos en la institucion de los obispos. Reunir dinero para optar despues por su medio á las dignidades, ved ahí la ocupacion preferente de los monjes que se encuentran con mejores aptitudes y con mas aspiraciones que los demas. Triste cosa es descender á hechos personales; pero nada hay tan sagrado como abogar por la verdad, ni tan justo como aducir todo cuanto interesa á su santa causa. Sin este desórden no podríamos ver, por ejemplo, al portero del templo del Santo Sepulcro instituido patriarca de Jerusalen (1), ni al sirviente del arzobispo de Alepo, consagrado por su señor

(1) Cirilo, ántes obispo de Lyda y hoy patriarca de Jerusalen. 1854.

para sucederle y sublevado mas tarde contra su autoridad, pasar del cisma griego al protestantismo anglicano. ¿Qué podrá esperar la religion de hombres de esta clase? Una suerte tan triste como la que arrastra en el Oriente, ó una degradacion tan vergonzosa de parte de sus mismos ministros y creyentes como la que le cabe entre los cismáticos en todo el mundo. Lo que la mano del hombre arranca de su centro y hace servir á objetos extraños de su fin, pierde la dignidad que recibió en su creacion; y por santo que sea concluye reducido á nulidad. ¡Ojalá los hombres, aprovechando el triste ejemplo que ofrecen las Iglesias orientales, arrancadas de la unidad católica por la ambicion y retenidas distante por la soberbia y demas vicios, se abstengan de tocar las cosas santas, desviándolas del fin á que las destinó la providencia inefable de su Autor!

Los monasterios que en los seis primeros siglos del cristianismo fueron la mas bella entre las flores que encerraba en su seno la Iglesia de Jesucristo, bajo la influencia del cisma ajada y marchita su hermosura, se trasformaron en feo borron que armoniza con todas las otras manchas de los disidentes. El espíritu que animó á los memorables Padres del desierto, Antonio, Basilio, Sábas y Macárco, emigró de sus monasterios junto con la caridad que los unia al cuerpo místico, cuya cabeza es el Hijo de Dios y su vicario sobre la tierra el Pontífice Romano. El lugar de la caridad lo ocupa la codicia, que estimula á sus individuos á dedicarse á negociaciones impropias en personas que prometieron á Dios vivir en pobreza rigorosa; y su dignidad abacial ó archimandrita la adjudican los obispos á la mejor propuesta, como podria darse la provision de un artículo cualquiera para un establecimiento público á un especulador de profesion. Por eso los cargos de los monasterios de la Palestina son de grandísima importancia, especialmente los de aquellos que cuidan un santuario, ó poseen anexo un recuerdo venerable cualquiera. No olvidaré que los monjes

de San Sábas, al recibir cincuenta piastras turcas (1) con que les recompensaba yo el hospedaje de una noche pasada en su monasterio, sin haber recibido de ellos ninguna especie de servicio que no necesitaba: « Dénos V. un poco mas, me decian, pues tenemos rematado esto demasiado caro.... » Ni tampoco olvidaré que el archimandrita armenio, guardian del Santo Sepulcro, desempeñaba su comision en virtud de treinta mil piastras pagadas á la caja del patriarca, que le aseguraba por dos años la posesion de su empleo, que le pone en aptitud de explotar la devocion de los pobres peregrinos de su comunion. ¡ Ved ahí la caridad de los monasterios de la Iglesia oriental ! Amontonar dinero, comprar con él despues la dignidad episcopal, es todo el conato de sus religiosos. Ménos vive entre estos el celo apostólico, bello característico que imprimió en la frente de su Iglesia el Salvador del mundo. Miéntras que en Occidente una de las mas bellas páginas de la historia de la Iglesia es sin contradiccion aquella donde se escriben los trabajos evangélicos de los hijos de S. Benedicto, S[to] Domingo, S. Francisco, S. Ignacio de Loyola y S. Vicente de Paúl; miéntras que millares de presbíteros de todas las naciones educados en sus seminarios penetran en las regiones mas remotas, por difíciles que parezcan; y miéntras que esta nueva Sion puede asegurar con verdad que ha invitado á los hijos de Abrahan de todas las tribus y naciones de la tierra, desde el Oriente hasta el Occidente y desde el Septentrion hasta el Mediodía, á tomar asiento en el gran convite del Evangelio; la Iglesia Oriental ha mostrado su incapacidad para esta grande obra. Á medida que se aleja mas y mas de la unidad, su fuerza de accion desaparece, y su falta de espíritu apostólico se hace mas notable. Sus presbíteros perdieron con el matrimonio la vocacion al ejercicio

(1) Dos pesos en moneda española, diez francos en francesa y ocho chelines en inglesa.

del apostolado, y sus monjes la perdieron tambien con el olvido absoluto de los estatutos de su primitiva disciplina. ¡Qué doloroso espectáculo es este para el cristiano! ¡Ver por sus propios ojos la postracion de los seminarios que produjeron un dia á los Cirilos y Epifanios, y al inmortal S. Juan Crisóstomo! ¡ver invadidos por la herejía y por los vicios los que fueran ántes castillos inexpugnables desde donde los soldados de Jesus se derramaban por la Siria y Palestina, por el Egipto y la Etiopia, por la Persia y la Mesopotamia, por la Armenia y la Abisinia, esparciendo en todas partes con las luces de la fe la fragancia de sus virtudes! ¡Ah! ese espectáculo solemne que presentaban al mundo las obras fervorosas de cincuenta mil monjes derramados por las lauras de los desiertos y por los monasterios de las ciudades ha pasado; ¡y ojalá que no sea para siempre!

Los anales eclesiásticos nos pintan á los primitivos habitantes de los monasterios de Oriente consagrados exclusivamente al estudio y á la meditacion; y á la verdad no podria concebirse de otro modo cómo hubieran podido enriquecer al mundo con un número, que sin exageracion se puede decir maravilloso, de obras, en que trasmitieron á las edades venideras preciosos comentarios de la palabra de Dios y la sublime teología de la Religion cristiana. La ciencia y las bellas letras de Occidente recibieron un eficaz impulso con los preciosos manuscritos que encerraban las bibliotecas de Oriente, y arrojó sobre las playas de Italia la furiosa tempestad que echó á rodar el antiguo trono de los Césares de Bizancio. Pero cuando se compara esa vasta erudicion, ese profundo saber que encerraban los monasterios de Oriente con la ignorancia imponderable en que les vemos caidos, el alma se cubre de mortal tristeza, y tanto mas cuanto piensa que en las calamidades y desastres que abruman á la generacion presente, en su seno hubieran debido elaborarse los elementos que salven á la posteridad

de los abismos de la disolucion social. No ha sucedido así; y « el corazon se estrecha al notar cómo van perdiendo de su fuerza y lustre con el trascurso de los siglos, al observar cómo, despues de los estragos sufridos por aquel desgraciado país á causa de las invasiones, de las guerras, y finalmente por la accion mortífera del cisma de Constantinopla, las antiguas moradas de tantos varones eminentes en sabiduría y santidad van desapareciendo de las páginas de la historia, cual antorchas que se extinguen, cual fuegos dispersos y amortiguados que se descubren acá y acullá en un campamento abandonado (1). » Repetidas veces hemos notado ser la falta de ciencia uno de los males de mayor gravedad que trabaja á los institutos religiosos caidos en el cisma; y no debe maravillarnos por eso encontrar como sembradas todas las Iglesias del Oriente de tantas supersticiones y de tantos abusos, que no deben estimarse tambien sino como su necesaria consecuencia.

El fanatismo es entre todos estos tristes descarríos á que se lanza la razon humana privada de los auxilios que le prestan la ciencia y la virtud; el fanatismo, repetimos, es el que se deja sentir mas al vivo en el Oriente. Un patriarca que con sus pretensiones exageradas, con sus consejos desacertados y sus resoluciones violentas prepara en gran parte los conflictos que provocan la guerra devastadora que aflige hoy al viejo continente (2); los archimandritas que en las mismas circunstancias derraman en el pueblo doctrinas contrarias á los principios de justicia; y los monjes que salen de sus monasterios para ponerse á la cabeza de nuevos cruzados que han de combatir, no por la restauracion de la unidad cristiana, sino por establecer en el Oriente el despotismo de un tirano que tiene oprimidos bajo su yugo insoportable millones de católicos en el norte de la

(1) *El protestantismo*, etc. (Bálmes.)
(2) Germanos de Constantinopla.

Europa, son á la verdad hechos que figuran en primera línea entre los que registra la historia contemporánea; pero no acreditan ménos que ellos el fanatismo de sus actores, las rivalidades, las persecuciones y la opresion que experimentan los católicos en todos los países donde se encuentran en número inferior á los cismáticos. Los monjes son en esos casos los que excitan á la plebe á cometer todo género de excesos; los monjes quienes dirigen asonadas que conmueven poblaciones enteras, y los monjes los que rubrican convenciones indignas con los enemigos del nombre cristiano, en las que se resuelve el sacrificio de comuniones católicas y la muerte de sus pastores. ¡Ah, que los hechos recientes de Bed-Jala, los atentados cometidos contra la persona del patriarca latino de Jerusalen, el horrible complot fraguado para quitar la vida á los religiosos Franciscanos en medio de un tumulto que debia estallar miéntras la procesion del Santo Sepulcro, y fué descubierto providencialmente pocas horas ántes de su ejecucion (1), bien claro dicen todo esto! Pero la pluma se resiste á trazar hechos de tal naturaleza.... Estas escenas repugnantes para la conciencia del hombre lo son tanto mas cuanto van dirigidas por el fanatismo, que no tolera contradiccion en las empresas que dirigen una fe extraviada, y mas que todo el interes individual. Dejemos á los infelices popes formar por sí mismos el proceso sobre el cual todo el género humano será llamado á pronunciar su fallo alguna vez; miéntras tanto nuestras lamentaciones por los Lugares santos que profanan, por los pueblos que mantienen en tinieblas, y por el nombre cristiano que cubren de ignominia delante de los infieles, no añadirán sino una mas á las mil que al cristianismo entero arranca el triste estado de las Iglesias disidentes del Oriente.

Pero lo que debe asombrarnos ciertámente es ver á los

(1) El Viérnes santo de 1849.

miembros del episcopado anglicano levantar su voz para unirse á un cuerpo tan monstruoso, protestar « encontrarse unidos á él por fuertes simpatías, » y reconocer en su repugnante figura la bella obra del Señor. ¡Los que derramaban amargas invectivas contra esa dignidad augusta, contra esa marcha solemne y majestuosa de la Iglesia católica, « simpatizaban de un modo fraternal » con los que todo el mundo ve manchados por vicios repugnantes! En obsequio de la justicia diremos, sí, que los cuatro obispos que ocupan actualmente las sillas metropolitanas de la Iglesia anglicana han estado muy léjos de apoyar semejantes manifestaciones. Mas por repetidas y fraternales que fueron las cartas dirigidas por aquellos personajes, asegurando á los patriarcas de las Iglesias de Oriente « su vivo deseo de estar unidos á ellos en el espíritu de Jesucristo, » ni una sola vez merecieron respuesta; al contrario, el patriarca de Antioquía, consultado por uno de sus cólegas sobre la que deberia darse á los obispos anglicanos: « Ninguna, dijo, pues no nos conviene tener negocios con Ingleses. » De este modo se cortó la fraternal correspondencia, « destinada á estrechar los lazos que deben unir á los miembros de un mismo cuerpo: » no del de Cristo por cierto, pues á este nada manchado ni nada defectuoso pertenece. Aquel era un proceder lógico de parte de los obispos orientales: ya en el siglo pasado (1) habian sostenido una polémica con algunos miembros del episcopado anglicano, que á ellos y á los obispos de la Iglesia rusa provocaban para un arreglo que uniese en un cuerpo solo todas las comuniones disidentes del catolicismo; arreglo que no tuvo efecto, porque examinadas las creencias y las pretensiones de las tres que deseaban unirse, no estaban conformes entre sí; y entónces mismo los patriarcas de Constantinopla, de Antioquía y de Jerusalen decian al sínodo de Rusia: « Os aconsejamos fraternalmente

(1) 1723.

no entrar en discusion sobre puntos doctrinales de nuestra fe ortodoxa con los Ingleses (B). »

¿Y qué hace el catolicismo en el foco de aquel fanatismo, en el lugar mismo en que se realizaron los sucesos de Focio y de sus sucesores en el cisma? El catolicismo que armado de la virtud del Cielo nada sabe temer jamas, en Constantinopla, centro del cisma, como en todos los demas países sometidos al influjo de sus disidentes, derrama sus principios y desarrolla su accion, siempre fecunda, con esa serenidad imperturbable, documento cierto de su divinidad. Yo he visto con emocion celebrarse con toda la pompa del culto católico los divinos oficios en la catedral del Espíritu Santo, he visto predicar con libertad en los templos que tienen establecidos los Dominicanos, los Conventuales, los Capuchinos, los Recoletos, los Padres de Tierra Santa y los Lazaristas, y he visto á los religiosos de estas mismas comunidades atravesar las calles de la ciudad vestidos de su hábito, sin ser molestados con la mas lijera muestra de descortesía por los Turcos. Pero espectáculo todavia mas bello ofreció al mundo entero la procesion del *Córpus Christi* recorriendo las calles de Pera (1), magníficamente decoradas, y seguida por una guardia de honor otomana, que le hacia los mismos honores que pudieran haberle rendido batallones compuestos de soldados católicos; mas bello, repetimos, es oir retumbar en las colinas de Stamboul el sonido de las campanas que llaman á los cristianos á los oficios de sus templos, con la misma libertad que los gritos del mueslin convidan á los creyentes de Mahoma á reunirse en sus mezquitas. La solemnidad imponente del culto católico atrae á los templos una multitud de disidentes que contemplan atónitos unida la grave majestad de las ceremonias á las bellas armonías del órgano y de los cánticos sagrados; y no son los cismáticos tan solo los que acuden, tambien los Turcos

(1) Barrio de Constantinopla en que se encuentra la catedral latina.

quedan absortos largo rato, mirando desde el atrio lo que pasa en el interior. Ocho iglesias del rito católico latino están abiertas en Constantinopla, y el número de individuos de esta comunion se estima en el de veinte mil, sin contar los transeuntes (C). El obispo latino tiene ademas bajo su jurisdiccion los católicos griegos, caldeos, sirios y maronitas, que poseen sus templos separados y con sacerdotes que celebran los oficios en el rito de su comunion.

Los católicos armenios están regidos por un obispo nombrado por el Papa, y á quien el sultan llama *patriarca*, y reconoce en el mismo rango que á los patriarcas de las comuniones disidentes, aunque no tenga bajo su jurisdiccion mas que diez y ocho mil personas. Los católicos armenios están diseminados por todas las provincias limítrofes á Constantinopla, y poseen iglesias de su rito en todas las ciudades; mas no sucede así con los del rito latino, que no las tienen sino en Salónica, en Bujukdere y en otros pueblos de ménos importancia.

Hace honor al catolicismo la multitud de establecimientos de beneficencia que sostiene en el seno del islamismo y en el centro de accion del cisma griego, su enemigo capital. Las Hermanas de la caridad poseen dos grandes hospitales: el verdaderamente magnífico de Gálata, construido en su mayor parte á expensas de una señora francesa que, despues de destinar su pingüe fortuna á esta obra, consagró tambien en ella su persona al servicio de los pobres, contiene cerca de trescientos enfermos, y mas de doscientos el de Pera. ¡Qué espectáculo tan edificante ofrecen estas religiosas curando con sus propias manos las llagas repugnantes de los enfermos, sea cual fuere la religion ó el culto á que pertenezcan! Una multitud de Turcos, Israelitas y Cristianos invade cada dia sus dispensarías, y ellas con paciencia inalterable á todos oyen, á todos consuelan y á todos sirven con solicitud y ternura maternal. No lo es ménos el que presentan las dos escuelas en que religiosas del mismo ins-

titulo educan cerca de ochocientas niñas, el bello establecimiento en que los Hermanos de las escuelas cristianas instruyen en las primeras letras cuatrocientos muchachos, y los colegios de S. Benedicto y de Bebek, en que los Lazaristas enseñan cerca de seiscientos jóvenes. Tal ha sido la conducta constante de las congregaciones católicas, derramar en todas partes la fe y la civilizacion con fervor y abnegacion que formarán por sí eternamente su mejor elogio. La educacion de los pobres ocupa con particularidad el cuidado de estos institutos, de tal modo que nadie podrá con justicia atribuir á especulacion los esfuerzos de su celo desde que ningun individuo deja de ser instruido par falta de dinero. Los Lazaristas poseen una imprenta que les proporciona todos los libros necesarios para sus establecimientos. Los Turcos empiezan á conocer el mérito del catolicismo, que produce tan útiles establecimientos : profesan á las religiosas una veneracion profunda, y algunos han preferido para sus hijos los colegios de los Lazaristas á la enseñanza de sus ulemas, cuyos defectos no pueden ocultárseles. No pueden gloriarse de haber obtenido iguales resultados los ministros anglicanos y los metodistas de Norte-América establecidos en Constantinopla : á pesar que su número es muy considerable, y grande la cantidad de Biblias distribuidas en el pueblo, el de sus prosélitos hasta hoy no es conocido. Estos ministros, venidos al Levante desde tierras tan remotas, no dejan por eso de lograr otro fruto de sus trabajos, y mas positivo para ellos por cierto que el de convertir almas; son las gruesas cantidades que les dan como paga las Sociedades bíblicas que los envian.

CAPÍTULO V.

Gallipoli. — La Romelia. — Adrianópolis. — Extension que toma la mision católica de Sofia con la libertad de que goza. — Comparacion. — Nuevos excesos de fanatismo que se dejan ver á cada paso. — ¿Á qué están hoy reducidos los establecimientos del monte Athos? — Atrincheramientos de la rebelion. — Salónica. — La Grecia. — Sensacion profunda que producen los monumentos de Aténas. — Prision de Sócrates. — La cruz del Areopago. — El Parthenon y el templo de Teseo consagrados al culto cristiano. — ¿Por qué no lo están hoy? — Grandes columnas de Júpiter Olimpo. — El templo de Baco. — Analogía. — Lámpara solitaria.

La fisonomía del interior de la Turquía europea es casi siempre uniforme : vastos territorios incultos, pueblos miserables, mezquitas y sucios cementerios son el espectáculo ordinario que ofrecen á la consideracion del viajero aquellos países, donde tan risueños paraísos figurara la mitología de los paganos y la imaginacion ardiente de los poetas. Gallipoli y la Romelia, tan florecientes bajo el imperio del Oriente, no presentan hoy sino ruinas y vastas soledades, donde el alma mil motivos encuentra para entregarse á la meditacion de la inconstancia de las cosas humanas. Esos campos presenciaron sucesivamente la victoria de la Cruz sobre el paganismo romano, y la ruina del imperio cristiano vencido y conquistado por la potencia otomana. Adrianópolis, la mayor de las ciudades de la Romelia, donde tantos bellos monumentos de la grandeza y esplendor de los Romanos se conservan aun, deja ver convertidas en mezquitas las soberbias iglesias dedicadas á Cristo por el fervor de sus

adoradores. El arzobispo griego, considerado en su comunion como el inmediato en rango al de Constantinopla, rodeado del fausto que le proporcionan las contribuciones que le pagan sus ciento treinta mil afiliados y los cincuenta y siete monasterios sometidos á su jurisdiccion, no ha tenido medios para dedicar á Dios templos mas decentes y mas dignos que los que posee allí la religion griega. Repugna ciertamente ver al ministro vestido de telas ricas, sentado en un gran trono, rodeado de subalternos pendientes todos de su voz; miéntras tanto el objeto de ese culto, sin solemnidad que hable al corazon, sin pompa que eleve los sentimientos del alma, y sin esa grandeza que el Autor de la religion quiso imprimir en las ceremonias que inspiró él mismo para servir de símbolo á los del cristianismo, ve consagrados al siervo los respetos debidos al Señor. En las catedrales griegas he presenciado este espectáculo, que si bien puede dejar satisfecho el amor propio de quien lo ofrece, no es el mas á propósito para dar ideas ventajosas de su celo por el honor de la Majestad Divina.

Los católicos de la Romelia, asistidos por los vicarios apostólicos de Sofía, de Duratzo y Calamata, se aumentan considerablemente, merced al fervor de sus misioneros. Los Capuchinos cuentan ya en estos puntos diversos establecimientos, por graves que hayan sido los obstáculos de todo género opuestos á su celo por los disidentes. En esos lugares, regados en otro siglo con sangre de cristianos que derramaba con profusion la cuchilla mahometana, creyendo ofrecer á Dios una accion meritoria, hoy no es esta el enemigo encarnizado con quien tiene que combatir dia por dia la constancia de los fieles. Merced al celo de las potencias católicas, y merced tambien á las luces que penetran en el gabinete turco, los pachás no son ya los perseguidores dados del nombre cristiano; los Griegos les han sucedido, y á estos vemos desplegar esa actividad incansable para perseguir á los verdaderos creyentes del Evangelio que caracterizó á los ma-

hometanos. En todos los países que domina el poder otomano, reina tan completa tolerancia cual no conceden jamas otros gobiernos europeos que se dicen cristianos. Los Capuchinos, expulsados de Tiflis, por ejemplo, y establecidos libremente en Sofía y en Trebisonda, garantizan bien la verdad de nuestro dicho. Cuando hemos visto al zar pretendiendo para sí el derecho de proteger á los cristianos, apoyando su demanda en la fuerza que le presta medio millon de bayonetas, y comparado luego la tolerancia del gobierno turco con la intolerancia moscovita, hemos creido ver á esta dando con sus hechos un rechazo á aquella absurda y temeraria pretension. Quiere proteger á los cristianos de un territorio ajeno el que en el propio los persigue, expulsa sus misioneros, cierra sus templos, y protesta á cada paso contra el culto que profesan. Esta proteccion, si algunos la necesitan, son por cierto los católicos, para ponerse á cubierto de ese rencor que contra ellos abrigan los Griegos disidentes en todas partes. En la Romelia se oyen á cada paso sus clamores, lamentando los males que aquellos les hacen experimentar, y la justicia del sultan mas de una vez ha castigado con rigor á estos verdaderos opresores de hombres inocentes.

El monte Áthos levanta su cabeza entre los promontorios que entran en el mar de Grecia; mirado con respeto en todas las edades, fué célebre, principalmente cuando un crecido número de cenobitas consagrados al estudio de las letras ponian al alcance de todos los tesoros que encerraban los preciosos manuscritos de sus bibliotecas. ¿Mas á qué han venido á reducirse los venerandos monasterios del monte Áthos? Ántes de la revolucion de Grecia, que concluyó con su ereccion en reino independiente de la Puerta Otomana, él contaba veinte y dos conventos, quinientas capillas, cuatro mil monjes y un número crecido de ermitaños que vivian en grutas abiertas en las escabrosidades de la montaña. Todos estos individuos cultivaban la tierra, cuidaban grandes vi-

ñas, y educaban un número de abejas tan considerable, que la cosecha de la cera llegaba en sus colmenas anualmente á cuarenta mil quilógramos (1), que se exportaban por Álvara, pueblo habitado por quinientos monjes. En medio de este país monacal se encontraba el vasto seminario que proveía de teólogos á la Iglesia griega y de obispos á sus catedrales. Su situacion actual es muy diferente, tanto en el número de los conventos como en el de sus moradores ó profesos. El número de aquellos llega á veinte, y muchos de ellos, sumamente pobres, han adoptado la costumbre de reconocer como *goumenos* ó abad al que trae en su turno mas copiosa limosna al monasterio, por lo ménos durante todo el tiempo que corra, hasta que otro mas afortunado, juntando una cantidad mayor, arranque de sus manos el báculo abacial. Ingenioso disfraz de una verdadera simonía, que abre paso hasta los puestos mas altos en aquellos claustros á sugetos los ménos aparentes para desempeñarlos. « La manera de vivir de todos estos monjes, dice un viajero moderno, se asemeja mucho á los usos dominantes entre los del monte Sinaí. Cada convento contiene muchas capillas, y se encuentran tambien estas en gran número en diversos puntos de sus posesiones con casas que ellos llaman *kellia*, y que manifiestan haber sido ántes celdas de ermitaños; pero hoy son habitadas por uno ó dos monjes, que cuidan los jardines y viñas del contorno. Estas casas, que ordinariamente están construidas á distancia de los conventos, se llaman *metochies*. Los monjes disfrutan una vida tranquila: en general son muy poco instruidos; no obstante gozan de gran veneracion entre los religiosos de los otros conventos griegos que existen en el Sinaí, Líbano, Antioquía, Alejandría, Damasco, Grecia y Rusia. Todos estos ven en los monasterios de la *Montaña Santa* su modelo y el lugar donde las reglas monacales se observan del modo

(1) 80,000 libras aproximadamente.

mas perfecto, y las ceremonias se practican de la manera mas santa. » Esto es cuanto queda del célebre monte Áthos, y en verdad muy poco para el que conoce la grandeza de sus monasterios, en la época en que sus habitantes gozaban colosal reputacion de sabios, y sus penosas investigaciones influian en las cuestiones mas difíciles de la literatura griega que solian agitarse entre los eruditos de Europa. Los monjes dejaron el trabajo, ímprobo para ellos, de traducir los pergaminos que nos revelaban las ideas y los pensamientos de siglos distantes : la abnegacion y el amor á las ciencias que distinguió á tantos individuos formados en sus claustros emigraron, y los viejos pergaminos de sus bibliotecas no se mueven ya sino por la solicitud del viajero que mediante algunas monedas obtiene permiso para hojearlos. Como los otros del Oriente, no son ya estos conventos asilo del talento que busca silencio y soledad para entregarse al estudio sin reserva; sus celdas no ocultan alguno de esos hombres desengañados del mundo, que no quieren vivir sino para la meditacion de las verdades que encierran la filosofía mas profunda é importante de la vida; y sus reglas, en fin, no nivelan la conducta del que abandonó familia, patria, fortuna y esperanzas, por decir á Dios con verdad : « Sois vos la herencia que elegí, y vos solo la esperanza de mi corazon. » En vez de todo esto encontraremos el foco de las rebeliones de la Grecia y el mas formidable atrincheramiento de los que predicaban sublevacion y guerra contra autoridades legalmente constituidas.

Salónica (1), cuyos fieles merecieron cuidados tan especiales á S. Pablo, Salónica, que abrazó las verdades del Evangelio con gozo tan intenso, y las practicó con tal fervor « que pudo servir de modelo para todos los cristianos de Acaya y Macedonia, » no conserva hoy con certidumbre ni la memoria de los sitios ennoblecidos con la presencia de

(1) La antigua Tesalónica.

aquel primer Apóstol de las Gentes. Caida en el cisma del Oriente, soporta todas sus consecuencias, y especialmente la desidia de sus sacerdotes que olvidaron del todo lo que les escribia aquel: « *No apagueis vuestro espíritu* (1). » Viven todavía los arcos soberbios erigidos á César y á Constantino, vencedores en las inmediaciones de Salónica; viven los recuerdos de Teodosio, que apagó allí con sangre humana el fuego de la rebelion, y aun los lugares de placer subsisten manchados por las abominaciones del paganismo: miéntras tanto ningun monumento se encuentra que recuerde el mas memorable de los sucesos que ha presenciado Salónica, ni una cruz siquiera grabada en alguna piedra consagrada á la memoria de los triunfos de S. Pablo. Y no se diga que los mahometanos han derribado algun soberbio templo, ó alguna pirámide colosal levantada para señalar este acontecimiento tan glorioso para el cristianismo; ningun monumento de esta naturaleza han destruido los mahometanos en Salónica: trasformaron los templos cristianos en mezquitas, pero conservaron hasta sus nombres primitivos como les oimos decir: por ejemplo, la mezquita de S. Demetrio. La cátedra que muestran los Griegos como de S. Pablo, es evidentemente de época muy posterior al siglo del Apóstol.

Las inspiraciones que el alma siente al divisar esos grupos de montañas, esa tierra y esos mares á cuyos nombres se liga la historia de mil héroes y de mil sabios junto con los clásicos recuerdos de una de las mas célebres naciones, la trasportan, decia Chateaubriand, al país que trazaron á una las bellas poesías de Píndaro, las obras de Homero y la historia toda de la famosa Grecia. Pero cuando se piensa en lo que era la Grecia de Solon, Leonídas y Pericles, y se mira lo que es hoy cuando solo escombros se ven en todas partes como últimos restos de pueblos he-

(1) Cap. v, carta Iª.

róicos é ilustrados, la admiracion y el dolor nos hablan en medio del silencio pavoroso que preside á las ruinas solitarias. « Si estas ruinas, que recuerdan ilustres memorias, descubren la vanidad de las cosas humanas, debemos convenir sin embargo que valen algo aquellos nombres que sobreviven á los imperios que inmortalizan los tiempos y las ciudades. » Ningun país en el mundo ha sufrido trasformaciones tan completas como la Grecia: aquellas costumbres severas y aquel patriotismo acendrado que producian generaciones de héroes, y ese amor al estudio y á la meditacion que formaba legisladores, filósofos y poetas, fueron declinando para dar entrada á los placeres y á las aspiraciones personales, que acarrearon primero al Estado su postracion y despues su ruina á los individuos. « Se han investigado las causas de la decadencia del imperio romano, y se podrian formar gruesos volúmenes de las que apresuraron la caida de los Griegos. No fueron las mismas las que destruyeron á Aténas y á Sparta que las que arruinaron á Roma: aquellas no cayeron por el peso de su mole inmensa, ni por la grandeza de su dominacion. Ménos fueron las riquezas las que influyeron para precipitar su ruina, pues sabido es que ni el oro de sus aliados ni la abundancia que el comercio proporcionó á Aténas fueron extraordinarios, y que ni entre sus ciudadanos se vieron aquellas asombrosas riquezas, origen frecuente de la corrupcion de costumbres. La República fué siempre tan pobre que vivió muchas veces á expensas de los reyes de Asia, los cuales contribuian tambien á los gastos de sus mas célebres monumentos. » La verdadera causa de su ruina fué primero la guerra que dividió á dos naciones llamadas á vivir perpetuamente unidas por identidad de costumbres, de intereses y forma de gobierno; lo fueron tambien las divisiones intestinas que consumian á Aténas, y de las que eran víctimas los ciudadanos mas ilustres, y en fin lo fué el monstruoso desórden que producia la ingerencia que las leyes daban en los ne-

gocios públicos á una muchedumbre antojadiza. « Hay un pueblo, decian los diputados de Corinto á los Spartanos, que solo ansía por novedades : pronto en pensar, pronto en obrar, y cuyo arrojo excede con mucho á sus fuerzas (1). » Este pueblo novelero é irreflexivo no podia ser de larga vida, despues que sobre sus propias lijerezas venia á amontonar las venganzas de sus émulos los Spartanos. Aquellas prepararon los triunfos de estos, de modo que por la misma puerta que abriera la discordia para arrojar del seno de la patria á los hombres mas meritorios, entraba triunfante en Aténas el soldado de Sparta, poniendo el sello á la desgracia de la nacion griega.

Pero estas dos célebres Repúblicas no han corrido en su ruina la misma suerte : miéntras que Sparta yace enteramente olvidada, todos nombran á Aténas con entusiasmo, y las glorias todas de la Grecia parece que á ella sola pertenecieran exclusivamente. Los combates de Leuctra y Mantinea borraron, se puede decir, el nombre de la fiera Sparta, cuyas glorias eran adquiridas principalmente por su fuerza y su valor; pero Aténas, reducida á escombros, recibe la visita de sus vencedores : uno llora sobre sus destruidos monumentos, otro hace inscribir su nombre en el rol de sus ciudadanos, y algunos se honran con el título de discípulos de Demóstenes y de Platon. El emperador Adriano adorna con bellas obras la patria de Perícles, Constantino el Grande se llena de gozo sabiendo que en Aténas se le ha dedicado una estatua, y Juliano, al dejar la Academia, da muestras de su profundo sentimiento. « Los Crisóstomos, los Basilios y los Cirilos vinieron, como Ciceron y como Ático, á estudiar la elocuencia en su verdadera fuente ; y hasta en la edad média es llamada Aténas la *Escuela de las ciencias*. Cuando Europa dispierta de la barbarie, clama al instante por Aténas, y en todas partes pregunta por ella ;

(1) Thucídides, lib. I.

cuando llega á saber que existen aun sus ruinas, todos los sabios corren á verlas, cual si hubiesen hallado las cenizas de su madre. » ¡Justo premio debido á las virtudes y á las luces, que los hombres respetaron en todos los siglos y en todas las naciones!

Muy distante todavía de Aténas divisaba ya las columnas del Parthenon, pero á semejanza de los troncos secos de una frondosa selva que tronchó furioso el huracan. No tardé en acercarme, y de pié sobre el Acrópolis contemplé la imponente majestad que forma el conjunto de las ruinas de ese hermosísimo edificio. Mas ¡ah! en él así como en el Erecteo, en el teatro de Heródes Ático, en los templos de Baco, de Júpiter y de Teseo, en el Odeon y en todos los otros restos de monumentos que en un tiempo fueron el esplendor y orgullo de la Grecia, y hoy miramos esparcidos por Aténas, no me parecia ver mas que esqueletos carcomidos, sembrados en un campo de batalla. Cuanto mas se contemplan estas ruinas, tanto mas se aprecia la grandeza de la nacion que fué capaz de concebir y llevar á cabo obras semejantes; pero tambien se comprende la magnitud del golpe que la precipitó hasta caer como los monumentos, hechura de sus manos. Yo atravesaba las estrechas callejuelas abiertas al traves de aquellas inmensas ruinas : estatuas mutiladas, cornisas y chapiteles quebrados y amontonados á uno y otro lado encontraba en rededor de mí; á cualquier parte que volviese la vista no veía sino ruinas, montañas áridas y campos sin cultivo. Parado en medio del Pnix, apénas encontraba restos de esa cátedra desde donde los oradores arengaban á la multitud agolpada para oirles. Todos los alrededores estaban desiertos; y Aténas misma, aunque vuelve á nacer de entre los escombros, es envuelta de un manto de tristeza y bajo la influencia de una atmósfera á quien la impresion de las ruinas y de los recuerdos hace monótona y melancólica.

Pocas impresiones pueden recibirse tan tristes como las

que produce el aspecto de tantas ruinas agrupadas, por decirlo así, en el recinto de la antigua Aténas. Las viejas ciudades del Oriente dejan contemplar con frecuencia escombros de templos consagrados por el culto pagano, grandes coliseos en cuyo seno vieron unos hombres morir á otros devorados por las fieras, vastas plateas sobre las cuales pueblos estimulados por pasiones violentas, cuyos excesos no vedaba su fe, representaron escenas las mas repugnantes; pero todos estos lugares, cubiertos hoy de yerba y de árboles silvestres, nada representan tan al vivo como la ruina de una religion que minaba con sus vicios la existencia de los pueblos que la profesaban, ni nada mas que la desaparicion de hechos tan chocantes para la razon como para la conciencia no corrompida aun. No sucede así con las ruinas de la Grecia: el Parthenon, el Pnix, el Propyleo y el Areopago nos recuerdan los esfuerzos combinados del poder y de la inteligencia humana por elevar á una nacion hasta el mas alto apogeo de grandeza y esplendor. Si á su lado se ven recuerdos tan degradantes para el hombre como los que ofrecen el templo de Baco y el Júpiter Olimpo, es para convencernos que ese hombre abandonado á sus propias luces nada puede producir bello ni perfecto. Sócrates mismo, el mas célebre de sus filósofos, la inteligencia mas esclarecida de sus sabios, defendiendo allí el suicidio en su postrera hora, no hace sino arrojar un rayo mas de luz sobre aquella verdad, demostrada por los monumentos, la filosofía y la historia toda de los Griegos. Desde el Acrópolis miraba yo la prision del filósofo, recordando al lado de sus virtudes morales, y del celo por reformar las costumbres relajadas de su época que tanto le distinguieron, los vacíos que dejó y los defectos en que incurrió.

Ni Sócrates ni ningun filósofo pudo discurrir doctrina tan pura, ni sistema de moral tan perfecto como el que los sabios de la Grecia oyeron desarrollar en el Areopago á un hombre extranjero. Sócrates y su escuela, enseñando la

existencia de un Ser perfecto y de quien todo depende, no acertaron á recomendarle al culto de los pueblos sino con el nombre de « *Dios no conocido.* » Pero aquel, sin trepidar un momento : « Ese que vosotros adorais sin conocer, les dice, ese mismo es el que yo os anuncio. Ese Dios, siendo Señor de cielo y tierra, no mora en templos edificados por los hombres, sino que llena el universo, y da vida y respiracion á todo. » Esa voz produce una impresion profunda en las mas altas capacidades del Areopago, y los que habrian desdeñado recibir lecciones de los filósofos mas distinguidos, rinden su entendimiento á este hombre desconocido que cautiva los corazones con la persuasion admirable de su palabra. El cristianismo se gana prosélitos entre los Griegos mas ilustres, y Pablo cuenta entre sus discípulos al distinguido Dionisio Areopagita. El Areopago no existe, ni de él he visto mas que una escala derruida, los vestigios de sus cimientos y uno que otro pedazo de cornisa esparcidos por el suelo. Tambien sus doctrinas perecieron, y hoy nadie las estudia, sino como hechos consignados en la historia para trasmitirlos á las edades venideras. Miéntras tanto aquella doctrina inefable que desarrollaba Pablo en presencia de sus sabios, subsiste sin alteracion despues de atravesar casi veinte siglos; sus verdades han llegado á ser el dogma de la mayoría de los pueblos, y sus misterios cada dia encuentran nuevos creyentes, que rinden el entendimiento y el corazon bajo el yugo suave del Evangelio. ¡Ved ahí un hecho sorprendente mas que todos los soberbios monumentos que nos restan de la sabiduría y del esfuerzo de los Griegos! La fe simbolizada en esa cruz que vemos esculpida sobre las enormes piedras del cimiento del Areopágo, ha atravesado ya diez y nueve siglos; atravesará diez y nueve mas, y cuando haya contado uno por uno todos cuantos han de sucederse hasta la consumacion de los tiempos, estará tan jóven, tan fuerte y tan hermosa como cuando salió del corazon del Verbo destinada á renovar toda

la tierra. Esas enormes columnas del Parthenon y del Olimpo, que admiramos hoy en pié, caidas y deshechas, atravesarán despues los mares para ir á hermosear los palacios que habrán de fabricarse en los países hasta hoy desconocidos en el interior de Australia, ó para enriquecer los museos científicos que se abrirán en las regiones ahora cubiertas por espesos bosques en la Oceania; las inmensas moles amontonadas para formar los cimientos del Areopago, holladas por la planta de mil generaciones nuevas, serán reducidas á polvo... ningun vestigio quedará de todas esas obras del esfuerzo de tantas sucesiones de héroes y de sabios : pero miéntras tanto la obra por excelencia de ese Dios desconocido para ellos no habrá perdido ni la mas mínima de sus bellezas.

El Parthenon y el templo de Teseo estuvieron, ántes de la caida del imperio griego, consagrados al culto cristiano; ambos conservan todavía restos de los frescos que les decoraron. El primero llevó el nombre de Santa María, y el segundo el de S. Jorge; pero los sacerdotes que con sus divisiones y rivalidades acababan de perder Bizancio y con ella la gran basílica de Santa Sofia, dedicada desde su principio á Jesucristo, ménos pudieron conservar el Parthenon ni el templo de Teseo, que ocuparon con Aténas los islamitas. No son los cismáticos los que están llamados á permanecer hasta el fin de los tiempos, ni los que dividieron la unidad del principio religioso, acarreándose á sí mismos la disolucion y la muerte, pueden dar vida á ninguna obra puesta bajo su inmediato influjo. Así vemos que la Iglesia de Occidente conservó intactos sus templos de Roma al frente de Atila y bajo el yugo de Alarico; y miéntras la presencia venerable de su Pontífice bastó para salvar de la devastacion y del incendio los monumentos preciosos que encierra la ciudad eterna, la Iglesia de Oriente, invadida por los musulmanes, ni uno pudo preservar de la profanacion mahometana, no sirviendo la persona de sus obispos sino

para atizar discordias que abrian el paso á los infieles mas que la pujanza misma de su poder. Pero aun mas: libertada la Grecia de la dominacion otomana, las bóvedas del templo de Teseo no han vuelto á resonar con el canto de la salmodia, y ni una sola piedra del Parthenon hemos visto movida por el celo de los sucesores de Focio, empeñados en repararlo para que vuelva á servir al culto de María. El primero es un museo donde se guardan las estatuas y los relieves que escaparon mejor de la devastacion; y la suntuosa obra de Perícles se conserva del mismo modo que la dejaron las bombas de los Venecianos y la artillería de los Turcos.

Las grandes columnas del templo de Júpiter Olimpo se ven en medio de un campo despoblado; cerca de ellas bebian y danzaban reunidos una multitud de hombres y mujeres la primera vez que yo las visitaba, renovando las escenas repugnantes que sucedian allí mismo, cuando la sangre de animales coronados de rosas y laureles regaba el pavimento del altar, entre la bulliciosa algazara de un pueblo que buscaba la embriaguez y los placeres en los sacrificios mismos con que honraba la majestad de sus dioses. Pero estas ideas se me ofrecian mas vivas todavía cuando miraba el templo de Baco cavado en las rocas del Acrópolis: en esa caverna resonaron un dia los ecos voluptuosos de las bacantes; esos muros estuvieron cubiertos con figuras ofensivas al pudor, y los alrededores de ese sitio fueron testigos de excesos de todo género, que el hombre en la ceguedad de su razon llegó á estimar como sacrificio agradable á Dios. En el fondo de la gruta, en el altar mismo de donde un lord inglés arrancó la estatua de Baco para venderla despues á peso de oro, está colocada hoy una imágen de María. Una humilde lamparita ardia colgada sobre el altar, y alumbraba á la mas pura entre las vírgenes en el sitio donde se realizaron los crímenes mas escandalosos que pudo cometer la insaciable brutalidad de las pasiones humanas.

Pero cuando se observan estos lugares que en su fisonomía, en su disposicion y en su figura misma parecen haber sido calculados para fomentar pasiones vergonzosas, la imaginacion se fija naturalmente en las analogías con que algunos individuos se empeñan por unir aquella época con la nuestra. No parecen tan culpables los que, guiados por la luz opaca de una razon extraviada, sancionaron el culto de Baco con todas sus ritualidades voluptuosas, como los que á despecho de la antorcha clarísima de la revelacion quieren renovarlas en medio de un siglo de luces y en el seno de las naciones mas civilizadas. ¿Qué fueron las ceremonias del culto de la Razon, sino un remedo de las festividades de Baco? ¿y qué son hoy mismo las monstruosas consecuencias del socialismo, sino la sancion de todas las abominaciones consagradas por el del discípulo de Sileno? Si la especie humana se siente humillada cuando considera que ha podido representar escenas tan vergonzosas como algunas de las que autorizaba el culto pagano, ¿no tendrá ménos razon para estarlo cuando tome el peso á las consecuencias de los sistemas viciosos que se empeña en propagar el socialismo de nuestros dias? Ambos están basados en un mismo principio, y sus consecuencias son tambien las mismas. Pero, como aquella lámpara de la caverna del Acrópolis, existe aun en la conciencia de la sociedad el elemento religioso que muestra la espantosa deformidad de aquellos principios disolventes. Estos podrán existir en muchos individuos, del mismo modo que existieron en el paganismo, esto es, miéntras vivió el hombre entregado á sí mismo; mas en el individuo en cuya alma vive la fe, su resplandor disipará las tinieblas de los vicios y de las pasiones que estos forman.

CAPÍTULO VI.

La cima del monte Himeto. — Santificacion de una fiesta. — Catedral de Aténas. — Nuevos vestigios de fanatismo. — Supersticion grosera autorizada por los ministros de la religion. — Ruinas de Corinto. — El golfo de Lepanto. — Las islas Jónicas. — Tolerancia. — El sepulcro de S. Spiridion. — Syra. — Recuerdo consagrado en Grecia á la Americana mas ilustre. — Ilusiones. — Las Ciclades. — ¿Qué hace el catolicismo en Grecia? — ¿Á quiénes se deben los primeros estudios de sus antigüedades?

Muy de mañana principiaba á subir el monte Himeto, desde donde me proponia reunir en un solo golpe de vista el cuadro de ruinas y desolacion que ya habia contemplado parcialmente. En efecto, desde su cima, la mas alta de la Grecia, descubrí lugares tan célebres como el Acrópolis de Corinto, el mar Egeo, el templeo de Egina, Maratona, el golfo de Salamina, las llanuras de Ática, cortadas por la cadena del Pentélico, y á lo léjos la cumbre del Parnaso que se eleva sobre las demas montañas que lo rodean, del mismo modo que la sabiduría de las musas que lo habitaron se elevaba sobre la ciencia de todos los mortales en la imaginacion de los poetas. Pero al contemplar tantos lugares famosos en la historia y en la poesía, la imaginacion va siempre á parar al mismo punto; lo que fueron y lo que son : las grandes ciudades, los templos soberbios, la generacion de sabios, la succesion de héroes, los ejércitos florecientes, la flota de dos mil embarcaciones, todo, todo ha desaparecido, y nada queda fuera de pueblos miserables que se levantan entre las ruinas, hombres envilecidos por una larga escla-

vitud que los habitan, y el eco vago de la soledad hoy de asiento sobre una tierra habitada en otro tiempo por pueblos alegres y bulliciosos. ¿Y qué ha sido de estos pueblos? ¿dónde los hallaremos? podriamos preguntar con el vizconde de Chateaubriand. No oiremos otra respuesta que la del Oráculo: « *El Señor mortifica ó da la vida, precipita ó vuelve á levantar segun le agrada.* » Descendiendo del Himeto nos era forzoso detenernos en la plazuela de un convento de monjes; entrámos hasta su huerto, y nada ménos me pareció que un monasterio. Una multitud de personas se habian reunido para celebrar el dia de S. Pedro, y preparaban un festin dentro de los jardines de los religiosos. Ninguno de estos vi, y la iglesia estaba tan sola como lleno de gente el interior del monasterio.

No era mas numeroso el concurso de las iglesias de Aténas en aquel dia solemne. Entré en la catedral á la hora de los oficios de la tarde; un protopope cantaba en el coro, y otro rezaba alternando con aquel; los asistentes no llegaban á veinte, y de estos ninguno era eclesiástico, excepto los dos que oficiaban. Muy escasa ha sido siempre la concurrencia que he encontrado en las iglesias cismáticas del Oriente; pero no me admira cuando considero que jamas he visto predicar á los popes en estas iglesias, ni aun en sus grandes solemnidades. Mucho canto, mucha profusion de ceremonias, mucho lujo de *Kyries*, golpes de pecho, postraciones y de cuanto alimenta una religion material y supersticiosa, ved ahí todo cuanto he visto; pero nada de lo que ilustra el entendimiento, robustece en el alma las virtudes é inspira al corazon verdaderos sentimientos cristianos, ni nada de los medios que dejó Jesucristo para conservar en los domésticos y propagar entre los extraños los principios de su fe: la enseñanza y la predicacion. Fanatismo y relajacion de costumbres son la consecuencia necesaria de una religion superficial; y la Grecia soporta uno y otro. Ruidosas han sido las tropelías cometidas contra el Dr King, ministro

metodista, cuya casa fué invadida y robada por el populacho de Aténas entusiasmado por sus popes, que señalaban á aquel como propagador de nuevas herejías entre los jóvenes de su colegio; y muy conocida la constante lucha que necesitan sostener los presbíteros católicos para conservarse en sus templos y ejercer su ministerio, no obstante que la constitucion política del reino garantiza el libre ejercicio de todas las religiones. La supersticion del pueblo es tanta como el fanatismo de sus popes que la fomentan: para conocer hasta qué punto sube, basta oir que aun se cree en Aténas la virtud prodigiosa de la *piedra de la fecundidad* para curar á las estériles, y que las mujeres, de cualquier rango ó condicion que sean, no rehusan descender la pendiente privilegiada.

Mas preguntad á ese clero dónde están las casas de educacion para el pueblo que dirige, dónde los establecimientos de caridad puestos á su cuidado, y dónde las obras evangélicas de que se ocupa: él guardará silencio, « porque sus manos están vacías. » Llegará tiempo en que sus mismos creyentes le pedirán cuenta; y entónces, en vez del ejercicio de todas aquellas obras tan conformes al Evangelio, de quien se decia ministro, no exhibirá otras que los tristes vestigios de fanatismo y de supersticion sembrados por do quiera se dejó sentir la influencia de su poder.

Corinto domina majestuosamente campiñas cubiertas de vegetacion verde y frondosa, cual no habia visto en otra parte de la Grecia. « Miéntras que los Césares levantaban sus muros, y dedicaban á sus dioses templos que parecian nacer de entre las ruinas, un obrero desconocido erigia silenciosamente un monumento, que permanece en pié en medio de los escombros que se ven de aquellas obras colosales. Era un extranjero que decia de sí mismo: Tres veces me azotaron, una me apedrearon, tres veces naufragué. He hecho muchos viajes, peligré en la corriente de los rios, peligros sufrí de caer en manos de ladrones, peligros de parte

de los Gentiles y de los de mi nacion, peligros en las ciudades, en los desiertos y entre los falsos hermanos; he sufrido todo género de trabajos y de fatigas, he sufrido vigilias, hambre, sed, penas, frio y desnudez.» Este hombre, desconocido de los grandes, despreciado de la muchedumbre, arrojado como la basura, no tuvo al principio de su obra mas compañero que Crispo y Cayo con la familia de Stéfafanas: tales fueron los arquitectos de un templo indestructible y los primeros fieles de Corinto. El viajero recorre el recinto de esta célebre ciudad, y ni una sola ruina encuentra de los altares del paganismo; pero aun halla iglesias cristianas entre las càbañas de los Griegos. Desde el cielo puede aun el Apóstol dar la paz á sus convertidos, y decirles: «Pablo á la Iglesia de Dios, que está en Corinto.» El interior del pueblo es sumamente triste, y los últimos rayos del sol que le iluminaban cuando lo visité, imprimian sobre las ruinas que conserva, cual vestigio de su esplendor pasado, una imponente fisonomía.

Al nombre de Lepanto están ligados recuerdos bien gloriosos para las naciones europeas que, amonestadas por un monje cuya cabeza coronaba la tiara del pontificado, abatieron sobre sus aguas el poder otomano, y salvaron la Europa toda de la devastacion con que la amenazaban los sucesores de Mahometo. Esta victoria, eternamente gloriosa, reportada por príncipes unidos por sentimientos é intereses idénticos, señaló término á las conquistas de la Creciente, y dató su descenso gradual. Si la desunion y la falta de cordura de los príncipes griegos les habia abierto las puertas de la Europa, y permitídoles avanzar casi hasta las costas de Italia, la íntima liga de las potencias de Occidente les detuvo; y obligándoles á volver atras, les demostró no ser invencibles como creían.

En Patras, las mujeres de los clérigos cismáticos que asistian à la iglesia, vestidas con los capotillos negros de sus maridos, llevando cubierta la cabeza con bonete tambien

clerical, y oyendo la misa que celebraban aquellos, me ofrecieron un conjunto repugnante. Las funciones augustas que desempeña el sacerdote en el altar, parecen ajadas cuando se las ve bajo el influjo de estas mezclas que abaten la dignidad del hombre, separado de los demas para ofrecer por ellos á Dios el sacrificio del Cordero inmaculado. Digan cuanto piensen los que abogan por la conveniencia del matrimonio de los eclesiásticos, sus teorías tendrán cuanta fuerza quieran; pero mayor que esta sin comparacion es la que ofrecen los inconvenientes que de él resultan. El clero ruso, sometido á la influencia de sus mujeres, y el griego, degradado en parte por las escenas que representan las santipes, pueden mas que todo sobre la conciencia que juzga imparcialmente de las cosas. Cuando en los templos de la Grecia veía yo á estas mujeres vestidas con hábitos clericales, cuando las veía intervenir tambien en las funciones del culto, ocupar en el templo asientos de honor, y querer tener como una especie de superioridad sobre los individuos encargados al cuidado espiritual de sus maridos, presenciaba muy al vivo algunos de los gravísimos inconvenientes que abogan contra el matrimonio de los clérigos.

En Cefalonia busqué la hermosa estatua que los liberales levantaron á Pio IX luego que dió la ley de amnistía é instituyó el consejo de gobierno. Pero mi diligencia era inútil, pues los mismos que la habian levantado corrieron á derribarla, cuando estuvieron persuadidos que el ilustre Pontífice era liberal sin ser revolucionario, y que su indulgencia nacia de su religion, sin abrigar simpatías de ninguna especie por los injustos perturbadores de la tranquilidad pública, que pagaban con balazos sus actos de generosidad. El Papa habia perdido su mérito en concepto de los liberales de Cefalonia, no poniéndose al lado de los revolucionarios, y no entregando la ciudad eterna á Mazzini y Garibaldi, y con ella la suerte de la Italia toda. Estatuas levantadas por hombres que piensan de un modo tan irregular, nada contri-

buyen para glorificar los individuos á quienes se dedican.

La catedral católica de Corfú, la hermosura y solemnidad de sus oficios, la dignidad y compostura de sus sacerdotes puesta al frente del clero disidente, hace resaltar mejor los defectos de que adolece este. En todas las islas Jónicas los cultos tienen del gobierno la misma proteccion, de tal modo que cualquier atentado cometido contra uno, será castigado como si fuese cometido contra la religion del Estado. Pero no es á los Griegos á quien se debe esta ley basada sobre la justicia que la reclama, allí donde desde muchos siglos atras existen ciudadanos que pertenecen á distintas creencias; no por cierto: es al gobierno británico, que con ella quiso poner término á eternas querellas que nacian cada dia entre los miembros de las diversas comuniones. Ni el senado ni su presidente, que tanto alarde de principios republicanos liberales han hecho en distintas épocas, dieron la menor muestra de tolerancia cuando suprimian las comunidades católicas, miéntras conservaban intactas las de los monjes disidentes. Contradiccion repugnante á la justicia, única base sobre la que puede descansar el sistema republicano. En obsequio de esa misma justicia debe decirse que miéntras los Griegos republicanos secundaban en todas partes el fanatismo de sus popes, que castigan á los individuos de su comunion que abjuran el cisma yociano, las autoridades británicas, que protegen los verdaderos intereses de las islas Jónicas, dejaban en plena libertad á los soldados de la guarnicion para oir las conferencias religiosas de un presbítero español, y ningun estorbo ponian á la libre voluntad con que un número crecido de aquellos abjuró públicamente el protestantismo inglés, y entró en el gremio de la unidad católica (1). Los que ponen trabas al libre albedrío del hombre que obra en conformidad con la justicia no son republicanos, ni la eterna palabrería con que á cada momento desarrollan sis-

(1) 1853.

temas liberales de gobierno, que ganan el corazon de los incautos, importa mas que un disfraz con que cubren su egoísmo miserable para evitar el castigo que merece. Los que en Cefalonia reducian á polvo la estatua de Pio IX que acababan de levantar, y los que en Corfú, Zante y Patras se ocupaban en maquinaciones que tendian á derrocar la autoridad del lord comisionado de la Gran Bretaña, no alcanzaron quizá á percibir esta verdad; pero los hechos de sus directores con libertad y con poder para obrar alguna vez lo han dejado ver bastante claro.

La iglesia de S. Spiridion me ofreció ese espectáculo que el viajero encuentra en todos los templos de la comunion griega, á saber, comercio con objetos de piedad. El cuerpo de S. Spiridion, vestido con ricos atavíos de plata y oro, se ve de pié; y la caja que lo contiene, descubierta por uno de sus frentes, permite divisarlo perfectamente. Un pope sentado cerca del altar exige una contribucion á todo individuo que se acerca para visitarlo: nosotros católicos, y que no podíamos doblar nuestra rodilla delante de ningun cadáver expuesto por los Griegos á la veneracion pública (1), permanecíamos de pié mirando aquellos ricos adornos; pero sin embargo el pope se nos acercó para cobrarnos la contribucion, que nos dijo adeudar por haber visto á S. Spiridion. Los devotos llegaban de rodillas hasta el altar; y allí, despues de santiguarse con agua bendita, santiguaban tambien del mismo modo la vidriera rezando sus interminables *Kyries*.

Las calles de Syra, edificada sobre la cima de un cerro para servir de capital á la antigua Scyros, descendiendo por entre rocas escarpadas, vienen á unirse con la nueva pobla-

(1) Está prohibido por diversos decretos de la Congregacion de Ritos, atendiendo en unos casos la ninguna seguridad que ofrecen tales cuerpos de haber pertenecido al santo que se supone, y en otros no estar canonizados con la ritualidad ni por la autoridad establecida por la Iglesia.



cion que se levanta sobre el sitio ocupado en otro tiempo por Hermópolis. Cuatro mil católicos habitan la parte antigua, miéntras que la poblacion moderna se compone en su mayor parte de disidentes. La catedral de los primeros se eleva precisamente en la cumbre mas alta, y sus soberbios campanarios, percibidos desde muy léjos, realizan la bella alegoría del Evangelio, que en la ciudad construida sobre el monte representó la sublime perfeccion de la virtud cristiana. Penetrando el recinto sagrado de este templo, no ví por cierto altares ni estatuas dedicados á Aquíles, que el culto pagano suponia educado en Syra, ni recuerdo alguno de Apolo y de las ninfas que fijaron en ella su morada. Á un héroe de otra especie se referian los honores de aquel templo, á un héroe cuyo sepulcro veneré en el Nuevo Mundo, cuyo nombre es para este uno de sus timbres mas ilustres, á un héroe, en fin, que sin embargo de pertenecer al sexo débil, su gloria se extiende por dos mundos, sus virtudes se refieren en todos los idiomas, y à su culto se erigen templos en todos los países de la tierra. En la patria de los Incas contemplé bellas estatuas consagradas á la oscura vírgen Rosa, en el centro de la Europa oí cantar himnos en alabanza suya, y ahora en el suelo de las musas y de las ninfas visitaba una catedral dedicada á su memoria. Algunos siglos atras las Griegas tejian allí coronas de flores para ofrecer á las hijas de los dioses, en la fuente que les estaba consagrada; hoy esas flores y esas coronas vendrán á depositarse al pié de la humilde sierva de Jesucristo, que pasó su vida rogando por los hombres y abrazada de la Cruz. Coronas para engalanar las cabezas de las ninfas, no volverán á tejerse jamas, miéntras tanto en Asia, África, América y Europa no dejarán de repetirse alabanzas inmortales en honor de la heroína de la caridad Rosa de Lima.

El mar, como dormido en el seno de una calma profunda, me permitió ver uno de esos espectáculos grandiosos de la naturaleza que en las noches del estío son frecuentes en las

costas de Grecia. La luna llena despedia su luz, como torrente que mezclándose con las aguas de aquel mar tranquilo las pintaba de color plateado. En estos mismos lugares, en medio de las bellezas de un panorama semejante, la mitología del paganismo nos representa las escenas mas voluptuosas, y no obstante que repugnan á la moral, ¡ el hombre llamó dioses á los seres que desempeñaban en ellas el papel mas degradante !...

Délos, Tínos y Minon, célebres ántes, no ofrecen hoy mas que pueblos sin importancia, y Nájos, Sámos y Chio conservan apénas los recuerdos que les ha legado su historia de dos mil años. Yo tenia á la vista las Cíclades, pero sin divisar en ellas los paisajes sorprendentes con que dibujaron los poetas la patria de Homero, de Ariadna y de Teseo. Rocas desnudas sobre una tierra caliza y aldeas pobres habitadas por hombres mas miserables aun, hé aquí todo lo que he visto en el país que la mitología pinta como el mas rico y bello del universo.

¿ Pero qué hace el catolicismo en todos estos países, cuna primero de la superstición pagana y foco despues del fanatismo griego ? No es difícil satisfacer esta pregunta, despues que su accion está de manifiesto, y los efectos que produce son palpables para todo el mundo. Un obispo que reside en Syra cuida de las misiones de la Grecia, y forma un clero indígena en un seminario que preside y fundó uno de sus antecesores. Casi todas las islas han recibido sacerdotes y misioneros ; y en Aténas, aumentado prodigiosamente el número de los católicos, se construye un suntuoso templo para sustituir al pequeño y humilde que ha servido hasta hoy para las funciones de su culto. En el Pireo y en Misolongi he visto tambien á los presbíteros católicos ejerciendo su ministerio en bellas iglesias, y enseñando los primeros rudimentos del saber humano en la patria de los célebres filósofos y literatos de la Grecia. Si en Aténas, capital del reino, no puede ostentar todavía esos grandes establecimientos de

caridad que tanto le honran en todas partes, cúlpese á la oposicion sostenida de los popes que de palabra y con obras han mostrado su aversion á cuanto tenga orígen en la Iglesia católica; cúlpese tambien á la debilidad del gobierno que, sin la energía bastante para poner coto al fanatismo de un clero ignorante y atrevido, prefiere que el pueblo carezca de establecimientos esenciales para su instruccion, para su educacion y para su salud ántes que excitar su enojo y con este su formidable oposicion; y cúlpese, en fin, al mismo pueblo que, aconsejado por sus sacerdotes, se abandonó á los actos mas reprensibles de fanatismo, cuando vió abrirse en su seno instituciones que tenian por objeto sacarlo de la grosera ignorancia que lo devora, y derramar sobre él los bienes intelectuales y materiales que dispensa el cristianismo practicado con la ilustracion, paciencia y caridad de que carecen las iglesias cismáticas de Oriente. En la República jónica, donde al catolicismo se ha dado la misma libertad que á cualquiera otra religion, no ha sucedido como en Grecia. Un metropolitano, que lo es tambien de todos los obispos del Archipiélago, ha establecido en Corfú institutos de caridad, que puestos frente á la inaccion para lo bueno que trabaja á los disidentes de la Grecia, explican muy bien al pueblo la diferencia esencial que existe entre una y otra comunion. Zante y Cefalonia, dirigidas tambien por obispos católicos, han recibido igual beneficio: los Jesuitas, los Hermanos de las escuelas cristianas y los Capuchinos abrieron sus escuelas y sus misiones, y el espíritu católico se muestra floreciente, á pesar de la constante lucha que está llamado á sostener con los disidentes de todas las comuniones, que le combaten sin cesar.

Pero aun ha hecho todavía mas. Á él y solo á él se deben las primeras noticias de los monumentos de la Grecia. El Sr de Chateaubriand, señalando este servicio inmenso del catolicismo á la literatura y á la civilizacion en general: «Ningun viajero, dice, habia salido aun de su casa para ver

al Parthenon, cuando ya los religiosos, como desterrados entre aquellas famosas ruinas, esperaban á los anticuarios y á los artistas para hospedarlos. Preguntaban los sabios por la ciudad de Cecrope... y existian en Francia quienes hubieran podido darles muy buenas y muy sábias noticias; pero no ostentaban su sabiduría, y postrados al pié de la Cruz, ocultaban en la humildad del claustro lo que habian aprendido, y sobre todo lo que habian sufrido durante veinte años en las ruinas de Aténas (1).»

Los Jesuitas fueron los primeros que penetraron en Grecia y dieron de ella noticias á la Europa, que parecia olvidarse totalmente de la patria de Solon y de Temístocles. Los Jesuitas se retiraron de Aténas, ocupada por los Turcos, para ir á buscar á los cristianos sobre las costas de Negroponto; pero entónces mismo entraban allí los Capuchinos, y principiaban á hacer adquisiciones preciosas para las ciencias y las artes. Estos hechos seran quiza ignorados por muchos: los que en el proceso que forman contra las órdenes religiosas no se hacen cargo de los servicios de toda especie que prestaron á la sociedad, los desconocerán completamente; pero esto nada menoscaba el nuevo mérito que aquellos se labraron iniciando y protegiendo estos descubrimientos, que tanto honran á las ciencias y á las artes. No debemos olvidar que era un religioso el que « hospedaba en Aténas á Chamller, miéntras que otros socorrian á los viajeros en la China, en el Canadá y en los desiertos del África y de la Tartaria. »

Tambien los metodistas norte-americanos tienen sus misioneros en Aténas, y ya hemos indicado que uno de estos fué víctima de los arrebatos fanáticos de su plebe irritada. La obra mas importante que acometieron estos misioneros fué el establecimiento de un colegio para la educacion de jóvenes. Como una parte muy considerable de la juventud

(1) *Itinéraire de Paris à Jérusalem*, tom. I.

griega entró en este liceo para recibir su educacion, y como sus directores enseñaban sin rebozo principios contrarios á la fe de la iglesia nacional, el clero elevó sus quejas al gobierno, quien ninguna cosa entónces resolvió. Nada satisfecho aquel de esta falta de celo con que se permitia semejante propaganda, inspiró aquellos ataques contra el establecimiento del Sr King. En este todos los alumnos contribuyen con una fuerte pension, de tal modo que los individuos que carecen de fortuna no tienen tampoco medios para recibir en él ningun género de enseñanza. Esta es la única obra del protestantismo en la Grecia: no he visto á alguno de sus misioneros alejarse de las grandes poblaciones para marchar á pié buscando los cristianos descarriados, ni ménos atravesando descalzos provincias enteras, á trueque de ganar para Dios las almas de los prójimos. Estas misiones se reducen á derramar entre los jóvenes la semilla de la insubordinacion que entraña el protestantismo de Norte-América, á inspirar el orgullo que acompaña á las ideas de la superioridad del propio juicio, y á la vez á reunir las ganancias que deja un número crecido de discípulos, que pagan á peso de oro las lecciones que reciben. Sus efectos por lo mismo no son maravillosos; y si tanto asustaron á los popes de Aténas, fué porque á estos eran enteramente desconocidas las empresas de tales misioneros. La juventud griega sin instruccion alguna religiosa pierde su fe, es verdad; y á los popes se les arrebata todo el prestigio de que gozan entre sus creyentes. Mas esto tarde ó temprano debia suceder. « Un error es vencido muchas veces por otro error, hásta que la verdad, triunfando, entra á ocupar el lugar que le pertenece, » decia el gran Bossuet.

CAPÍTULO VII.

El mar Negro. — Ojeada sobre el estado de la Iglesia armenia. — Competencias entre el patriarca de Etchmiatzine y el zar. — Extension del cisma. — Supersticiones paganas. — ¿Existe unidad entre los Griegos y los Armenios disidentes? — Vestigios de las misiones occidentales en Armenia. — Melquitar y su apostolado. — Los melquitaristas y sus trabajos. — Misiones católicas de Armenia y sus rasgos heróicos. — Divisiones lamentables. — La voz de la Iglesia. — El patriarca armenio católico. — Scútari. — Un monumento. — Observacion. — Las ruinas de Calcedonia.

Las vastas regiones del Asia que bañan las aguas del mar Negro, llenas de recuerdos de los primeros siglos del linaje humano, lo están tambien de los que dejaron estampados el celo y la paciencia de los apóstoles del cristianismo en seis siglos de predicacion y de martirio. Los bellos campos regados por las corrientes de diversos rios donde algunos creyeron ver el Eden, cuna del primer hombre; y las verdes montañas donde la mano de Dios hizo descansar el Arca de la Alianza, despues de atravesar todas las regiones de la tierra sobre las aguas del diluvio universal, no son mas hermosas que los rasgos de celo y de paciencia con que el inmortal Gregorio Iluminator ennobleció los valles de Artajax y la cumbre del Ararat, ni mas memorables que los documentos imperecederos de profunda sabiduría que en tantos libros legaron á los pueblos de Oriente Narces, Isaac, Jacobo y los demas Padres de la Iglesia armenia. Nosotros mismos no podemos hoy recordar aquellos hechos, ni leer estas obras sino conmovidos, ya por la grandeza de alma

que mostró el primero en las duras pruebas á que fué sometida su fortaleza, y ya por la clarísima luz que brilla en los escritos de los segundos. El cristianismo, que triunfó llevando en su vanguardia á estos hombres de memoria imperecedera, conservó sin mengua su esplendor en las vastas regiones de la Armenia, miéntras fiel esta á la unidad católica miró los documentos religiosos que le dieron sus ilustres padres como única regla para explicar el símbolo de fe que enseñaron Jesucristo y sus Apóstoles. Mas luego que la ambicion de poder, apoyada por la ignorancia y por los vicios, echó raíces en aquella tierra que tanto sudor costara á los Apóstoles adquirir para la Iglesia, el cisma con todas sus lamentables consecuencias la redujeron al estado tristísimo en que la vemos postrada hace tantos siglos.

Con la muerte de Isaac el Grande concluyó la serie de sus santos patriarcas, y principió la de males infinitos que lamenta. Dividida políticamente, invadida por conquistadores poderosos, y presa de diferentes señores, dejaba de obedecer un amo para ir á besar las cadenas de otro. Any, tan célebre por sus bellos palacios, Ardachad, residencia de sus reyes, Van, fundada por Semíramis, Edesa, corte del primer rey cristiano, y Erivan, famosa por sus fortalezas, han ido desapareciendo como por encanto: el viajero no encuentra de ellas mas que escombros, y á los nietos de los que las habitaron corriendo de un lugar á otro, obedeciendo la voz de amos altaneros. « Dispierta, Jeremías, dispierta, grita el gran historiador de Armenia, para contar estos males que sufrimos y predecir los infinitos que nos esperan todavía. »

Bien que jamas la Iglesia armenia cismática pudo ostentar ese signo glorioso de la unidad que lleva en su frente la obra de Dios como garantía de su divinidad, sus divisiones no obstante, multiplicándose cada vez mas, hacen tambien mas perceptibles los males que la trabajan, preparando su

perpetua muerte. Segun lo observado por nosotros mismos y los datos que hemos adquirido, los Armenios separados del seno del catolicismo son regidos por patriarcas residentes en Etchmiatzine, Constantinopla y Jerusalen. Los dos últimos son nombrados por el sultan, y el primero, que pretende los honores de primado sobre todos sus cólegas en el episcopado, lo es por el clero y por los fieles, que tienen derecho de elegir segun los usos de aquella Iglesia. Dueños los Rusos de una parte de la grande Armenia, Etchmiatzine quedó bajo el poder del zar, quien desde luego pretendió obligar al patriarca á someterse á la obediencia del sínodo moscovita; mas el constante rechazo recibido por el monarca dió á conocer mas bien la naturaleza de la unidad que existe entre todas las comuniones que comprende en su seno el cisma oriental. «Yo no reconozco, decia el patriarca Narces (1) al zar Nicolas, otro sínodo que el de mi nacion, y no es el de San Petersburgo sino el armenio, ni los usos ni la disciplina de la Iglesia rusa son los nuestros; y en órden á las demas cosas pertenecientes á la religion, existen tambien notables diferencias entre nosotros y aquellos.» Urgido á pesar de todo esto para cumplir la voluntad del autócrata, él se expatrió, y fijó su residencia en los dominios de la Puerta Otomana, sin haber vuelto á entrar en Etchmiatzine hasta tener garantías suficientes de su completa independencia del santo sínodo.

Como la nacion armenia se encuentra diseminada por todos los países del Levante, los patriarcas en todos estos instituyen obispos tomados de entre los monjes de su nacion. Por lo general son los monjes armenios mas instruidos que los griegos; mas forzados los superiores á recibir á falta de otros en el seno de sus comunidades una multitud de personas que buscan en el claustro un medio para llegar algun dia á las dignidades de la Iglesia, ni son mas religiosos ni

(1) En 1828.

mas desprendidos que aquellos. Fuertes contribuciones que pesan sobre los monasterios y sobre las parroquias lucrativas fomentan el lujo que distingue á los patriarcas y á las grandes dignidades de la Iglesia armenia en todas partes. La Georgia, la grande y la pequeña Armenia y el Kurdistan son los puntos principales en que está arraigado el cisma, ó, hablando con mas propiedad, en donde mil supersticiones condenadas por el cristianismo viven protegidas y autorizadas por los que se llaman sus ministros. Entristece verdaderamente la consideracion de que pueblos ilustrados ántes por pastores tan celosos y sabios tan profundos como los de Armenia, hayan podido caer en un estado tal de ignorancia y de supersticion como aquel en que hoy les vemos postrados. Los errores de Eutíques, de Nestorio y del monje Jacobo vician la doctrina de estos cristianos, tenidos por herejes aun por los mismos cismáticos sucesores de Focio. Ademas los sacrificios de animales, los adivinos y la abstinencia de comidas que la supersticion estima como inmundas, están allí autorizadas por los obispos : en vano la voz del gran Narces, consignada en sus obras luminosas, se alza enérgica contra estos usos, resto abominable de las costumbres paganas; entre sus sucesores esa voz pasará inapercibida, de los sacerdotes ninguno irá á beber en ellas la doctrina pura del cristianismo, y entre los simples fieles ni su nombre será casi conocido. Ningun varon apostólico sale del recinto de sus claustros para combatir aquellos vicios, ningun obispo celoso sube á su cátedra para derramar luces sobre el pueblo, ni ningun sabio eminente declama en los círculos de su alta sociedad contra tantos males que la postran : silencio, desolacion y ruina, ved ahí lo único que se encuentra en estos países, que parecen oprimidos por la maldicion de Dios.

Lo expuesto da mérito bastante para conocer que no existe unidad entre la Iglesia armenia y la griega, sino que ambas forman cuerpos distintos, separados por doctrinas

diferentes, por usos diferentes y por disciplina tambien diferente. En vano un escritor griego se esfuerza por probar que los obispos de Armenia, « aunque independientes del patriarca de Constantinopla, viven unidos á él espiritualmente, y su primado, que llevó ántes el nombre de *cathólicos*, está hoy sometido al sínodo de Rusia : » esta es una paradoja desmentida por los hechos y por la naturaleza misma de los sugetos á que se refiere. Los vanos esfuerzos del zar para someter al obispo de Etchmiatzine y la guerra constante que se hacen una á otra todas estas comuniones cismáticas que se estiman mutuamente como herejes, significan mas que juntas todas las bellas palabras de los que escriben distantes de los sucesos. No debemos olvidar á este respecto que ningun obispo armenio figura en los sínodos de las Iglesias griegas del Oriente, ni ménos entre los que forman el rol de las dignidades que reconoce el sínodo moscovita. El hecho verdadero es que los tres patriarcas de la Iglesia armenia cismática son absolutamente independientes de todo poder eclesiástico, que entre ellos mismos existe apénas comunicacion para darse noticia de los individuos elevados por el clero á la dignidad episcopal, y que han rehusado y rehusan abiertamente suscribir cualquier acto que parezca atentar, aun cuando sea remotamente, á esa exagerada independencia, verdadero orígen del cisma Oriente.

Pero es bello y consuela ciertamente encontrar, en medio del estado deplorable á que las divisiones condujeron la desgraciada Armenia, frescos todavía los vestigios de la mision católica, empeñada en levantar de su caida estos hermosos países, resucitando la fe y las virtudes muertas en el espíritu de sus desgraciados habitantes. La Compañía de Jesus trabajó con fervor en la Armenia Menor, y contó numerosos establecimientos para su instruccion en los principios religiosos y sociales. Extinguidos los Jesuitas por Clemente XIV, este dió á los Capuchinos las misiones de

aquellos, que hasta hoy conservan en las montañas de Georgia, pertenecientes al sultan, y en Trebisonda. La grande Armenia fué á la vez teatro del celo y de la constancia de los PP. Predicadores, que tuvieron allí sus iglesias y conventos hasta la division total del reino entre la Persia, la Rusia y la Puerta Otomana. Arrojados sucesivamente, como todos los otros Europeos, de un lugar á otro lugar, prófugos, errantes de país en país y de provincia en provincia, no conservan hasta hoy sino los lugares mas inmediatos á la Caldea, donde tienen sus hospicios, escuelas y misiones. Empero entre los monjes indígenas existen todavía congregaciones que mantienen intactas la doctrina y las tradiciones católicas, y fueron en todo tiempo esforzados auxiliares de los celosos apóstoles venidos de Occidente.

La Europa y el Asia conocen el apostolado de Melquítar, y la obra debida á sus trabajos evangélicos ha llenado de gloria al catolicismo en nuestros dias. Él no era sin embargo mas que un humilde religioso salido de un monasterio católico de Sebaste de Armenia (1), y que desempeñó el profesorado en otro de Pasene. Él recorrió toda la Armenia predicando la unidad, y organizó en Constantinopla su sociedad melquitarista; perseguido por los cismáticos, vino á refugiarse en la Morea, y vejado allí nuevamente por los Turcos, arribó á Venecia, donde en la isla de S. Lázaro realizó completamente los vastos proyectos de su asociacion católica, para trabajar por la conversion é ilustracion de los Armenios. Considerada atentamente la mision de Melquítar, se ven en ella ciertos rasgos providenciales que hacen esperar grandes cosas del sugeto en quien aparecieron. El Pontífice aprobó su mision, y erigió en comunidad religiosa su asociacion; la república de Venecia protegió ardientemente su celo, y los hombres poderosos de la nacion armenia le concedieron recursos para llevar adelante su

(1) Llamado de la *Santa Cruz*. Regla de S. Antonio Abad.

atrevida empresa de traer á la unidad todos sus compatriotas. La congregacion melquitarista, compuesta exclusivamente de Armenios, tiene conventos en Iliria, Hungría y Transilvania, y ademas colegios en Viena, Padua, Paris y Constantinopla, donde reciben educacion mas de dos mil jóvenes de la misma nacion. ¿Qué no podrá esperar la unidad católica de todos esos bellísimos planteles? Los sucesos ya lo dicen: en todas partes donde los Armenios son numerosos, se deja notar la marcha progresiva del catolicismo; la ilustracion que los jóvenes reciben en aquellos establecimientos principia á derramarse en los pueblos de las dos Armenias; las costumbres se presentan mas morigeradas, especialmente en la clase alta de la sociedad, y en cada uno de sus individuos se dispierta el deseo de instruccion, que es la fuente inagotable de los remedios que necesita un pueblo sumido en la ignorancia mas profunda. « El catolicismo sobre todo, dice un escritor ilustrado, renace con nuevo esplendor en estos países, donde Dios permitió estuviese temporalmente escondido para cumplir los juicios impenetrables de su divina providencia. Los sucesos que hemos presenciado llenan el alma de esperanzas y de consuelos. La fuerza intrínseca que pierden el islamismo y las sectas cristianas en estado de decrepitud pasa entera á robustecer el cuerpo de la Iglesia católica, y se muestra á la vez sobre muchos puntos con el vigor, vida y unidad que son propios de la verdad que ella posee (1). »

No se ha descuidado la Iglesia en auxiliar con oportunas providencias estos felices resultados del celo de sus operarios. Un obispo del rito armenio con residencia en Constantinopla y cinco nuevas diócesis sometidas al patriarcado se han erigido desde el año 1850 hasta el de 54, nuevos seminarios se han abierto para la educacion de su juventud en Constantinopla y en Alepo, y nuevos esfuerzos se hacen to-

(1) *Correspondance et Mémoires d'Orient*, t. I. (M. E. Boré.)

davía para introducir en las provincias mas interiores y lejanas las mismas luces y los mismos recursos que se proporcionan en aquellos puntos mas en contacto con los países civilizados de la Europa. Bien lo manifiestan las misiones de la Mesopotamia y Caldea establecidas por los Dominicanos, Jesuitas y Capuchinos, cuyas *Memorias* nadie podrá leer sin sentirse vivamente conmovido. En aquellos países lejanos y bajo un clima mortífero para los Europeos, allá los verdaderos apóstoles de la Cruz van á predicar la unidad que rescata á los hombres de la muerte, llevando la luz que les da vida. De los primeros solo en el año de 1849 diez fueron víctimas de la fiebre que asoló el interior de la grande Armenia, incluso el arzobispo de Nínive Ilmo. Mischiay, delegado de la Santa Sede. Tres años despues encontré en Siria á uno de los que habian sobrevivido á la epidemia, y volvia de Europa buscando á Nínive, entre cuyas ruinas tenia su residencia. «¡Pero V. morirá, sin duda, le dije, como murieron poco há todos sus compañeros! — Puede ser, me respondió con sangre fria; pero en mi lugar vivirán otros que continuarán la obra que allí tenemos principiada, y no podrá concluirse sino con el sacrificio de algunos. Morir llenando su puesto, es alcanzar vida eterna.... » Llevaba consigo algunos compañeros reunidos voluntariamente en Génova y Florencia, y aceptados por la Propaganda para aquella penosísima mision. Casi todos eran jóvenes y tenian concluida con lucimiento la carrera de sus estudios para el profesorado: el deseo de perfeccionar otra ciencia mas sublime les traía á los países interiores del Asia, y á vivir entre gentes rudas y sin disciplina; era esta la ciencia que se estudia en el gran libro del Evangelio, que aconseja al cristiano dar la vida por su prójimo. ¡Cuántos de ellos habrán ya perfeccionado su sacrificio! ¡Cuántos ceñirán la corona debida á su heróica caridad!.... Igual cosa sucedia á los Jesuitas al mismo tiempo, muriendo el primero un religioso polaco que llevaba hechos cinco viajes desde

Alemania hasta Kurdia, sin otro negocio que el establecimiento de las misiones de la Armenia. Los Capuchinos españoles han establecido en Orfa el centro de su predicacion, y entre los triunfos que reportó su celo sobre el cisma y la herejía, no son los menores las retractaciones hechas por el arzobispo de Orfa, por el obispo de Mardin y por otras dignidades eclesiásticas de diversas comuniones que encierra la Iglesia cismática.

Estos brillantes progresos debian sufrir la prueba que son llamadas ordinariamente á soportar las obras de Dios. Contradicciones, desavenencias, controversias acaloradas sobre puntos difíciles de rito y de disciplina, suscitadas en el seno de estas nuevas conquistas de la unidad católica, amenazaron sumirla de nuevo en la oscuridad del cisma. El enemigo de la verdad esparció la simiente de la discordia en el seno del catolicismo armenio, dividido en dos partidos, de los cuales el uno se dijo defensor de las costumbres y de los ritos de sus mayores, y el otro pedia las variaciones y las reformas que pareciesen convenientes segun las actuales circunstancias de la Iglesia. Numerosos escritos salidos de las imprentas de Venecia, de Constantinopla y de Trieste, y sociedades organizadas de propósito para sostener los que erróneamente se llamaban *derechos nacionales*, dieron pábulo á la desunion, colocando un gran número de católicos á los bordes del abismo, cuando una voz augusta se levanta desde el Vaticano, y cual faro luminoso ilustra las conciencias extraviadas de los unos, reprime el celo excesivo de los otros, y amonesta á todos obrar de acuerdo con la humildad y la prudencia. « Amamos de todo corazon á los Armenios, decia el inmortal Pio IX, y por eso les rogamos y les exhortamos á unirse mas estrechamente con los vínculos de la concordia y de la caridad, á marchar unidos íntimamente en el camino de la perfeccion, conservando con la mas escrupulosa solicitud la unidad de espíritu que tan encarecidamente nos encarga Jesucristo, fundador de nues-

tra fe. Una experiencia harto triste ha mostrado á los Armenios qué suerte de calamidades no acarreó la division de los espíritus á su esclarecida patria, que en el seno de la unidad fué siempre feliz... Contad ahora esos males uno á uno, si podeis, y meditad la voz del divino Oráculo : *Todo reino dividido se arruinará*. Que nada sea en lo sucesivo para vosotros tan precioso como la unidad, mantener un solo corazon y la conservacion de la paz. » Esta voz paternal produjo todos sus efectos saludables, y la armonía volvió á reinar en el seno de los católicos armenios. Mucho realce da á la caridad evangélica del Príncipe de los pastores la tierna solicitud que muestra su lenguaje paternal. La palabra del Hijo de Dios, manso y humilde de corazon, jamas se ve representada tan bien como cuando rebosa la misericordia y la dulzura en la boca de aquellos que serán los órganos por que ha de hablar hasta la consumacion de los siglos. Los triunfos mas brillantes de la Iglesia de Cristo son todos obtenidos con las armas de la paciencia y de la caridad.

El patriarca armenio católico, que la historia llama de Cilicia, reside hoy en Bonsmar del monte Líbano, donde dirige un seminario para educar al clero de su nacion. Y á la verdad, conociendo él mejor que los Occidentales los resortes preferentes para llamar á sus connacionales al sendero de que les tiene separados el cisma, creemos que ha de ser tambien él quien obrará principalmente la regeneracion de aquellos pueblos numerosísimos. El número de católicos en Armenia se estima hoy en cien mil individuos.

Siguiendo por el Asia Menor encontraba por todas partes ese espectáculo que ofrecen por un lado el fanatismo de los cismáticos, y por otro la barbarie de los Turcos. En Scútari ví á los Armenios danzar, comer y beber sobre sus cementerios, como pudieran hacerlo en un salon destinado para el efecto, miéntras que los mahometanos honraban de la misma manera á sus amigos y parientes. Pero las tristes im-

presiones que me dejaban estas costumbres del paganismo, practicadas por cristianos en presencia de sus presbíteros, muy pronto fueron sustituidas por otras de diversa especie que me produjo un gran monumento levantado en medio del panteon de los mahometanos. Nadie ignora que el Asia encierra los despojos de las primeras notabilidades de la nacion otomana : aunque separada de Constantinopla por el mar, la mayor parte de los ricos creyentes que mueren en Stamboul mandan sean conducidos á Scútari sus despojos mortales; porque : « La Europa, dicen, puede algun dia no pertenecernos, mas del Asia somos propietarios, y nadie vendrá á expulsarnos jamas. » De aquí es que el cementerio de Scútari ocupa una vastísima extension, llena de sepulcros que se levantan de la tierra sin órden ni simetría alguna, como los árboles de un inmenso bosque no cultivado por la industria del hombre. Muchos de estos monumentos son suntuosos, pero entre todos uno me llamó la atencion, y es sin duda el mas grande, el mas bello y magnífico de cuantos allí ví. No entendiendo su epitafio, escrito en carácter y en idioma árabe, pregunté á mi guia á cuál de los hombres célebres del imperio otomano pertenecia ese suntuoso mausoleo. — « Señor, no es hombre el que reposa allí, me respondió, sino el famoso caballo de Mahmoud II, padre de nuestro soberano actual. — ¿Y el cuerpo de un caballo tiene sepultura entre los creyentes del profeta? — Como el sultan es dueño de honrar á quien él quiera, y es sucesor legítimo de Mahoma, á quien representa, nadie podrá disputarle el derecho de dar sepultura á sus caballos que le sirvieron con fidelidad, ni ningun creyente se considera deshonrado por tener su sepulcro al lado de un fiel servidor del hijo primogénito del profeta. » — Él expresaba efectivamente lo que sentia y lo que, como él, sienten quizá los demas que profesan el Alcoran. Una analogía, sin embargo, séame permitido observar que existe entre la conducta de Mahmoud y la de Federico de Prusia. El cementerio de Postdam, donde

están sepultados bajo bellas tumbas de mármol los perros y un caballo de aquel rey filósofo, ¿causa ménos extrañeza que el grandioso monumento levantado en Scútari para depositar los huesos de otro?

Scútari es ciudad santa para los mahometanos, como punto donde reunidos los devotos que se disponen á emprender la peregrinacion de la Meca, reciben en la mezquita de Mohamed el adios del sultan, quien entrega personalmente á un pachá, nombrado para presidirla, los presentes que su devocion ó su política envia á depositar sobre la tumba del profeta. Hace un siglo que Scútari y Damasco, los dos grandes puntos de reunion señalados á los peregrinos de la Meca, recibian en su seno cincuenta mil hombres, que marchaban llenos de ardor, creyendo ser al fin de su viaje santos, amigos de Dios y herederos legítimos del paraíso. La cinta verde, reservada para decorar el turbante de los que vuelven de la Meca, causaba tal entusiasmo, que pueblos enteros se movian cada año en Asia y África emprendiendo la peregrinacion. Los desiertos de la Arabia quedaban sembrados de cadáveres de hombres y camellos, que perecian á millares sofocados por el calor del estío, por la falta de agua y por la multitud misma de los concurrentes. Pero este fervor se resfria, hasta el extremo que en 1850 apénas veinte mil mahometanos salieron de Scútari y Damasco para ir á visitar la tumba de su profeta.

Un inmenso campamento ocupaba los alrededores de Scútari cuando yo la visitaba, numerosos cuarteles se habian dispuesto para recibir una gruesa division del ejército egipcio que acababa de llegar de Alejandría; mas con haber allí mas de viente mil soldados venidos del Cairo, de Jouah, del Aboukir y de la Nubia, ningun desórden se notaba: yo, como qualquier otro individuo, pude penetrar su campamento y visitarlo sin contradiccion alguna; miéntras tanto una nacion poderosa de la Europa, contra quien se reunian estas fuerzas, una nacion grande, que se dice *cristiana* é

ilustrada, no permite á los extranjeros pisar su territorio, sino despues de llenar mil molestos requisitos.

La antigua Calcedonia llamó la atencion de los paganos por los oráculos de Apolo; mil extranjeros venian cada dia para conocer allí su suerte, oyéndola de una voz que juzgaban infalible. Cuando el paganismo, obligado por la luz admirable que emana de la Cruz, tuvo que huir para ocultar en el interior de África y en las selvas impenetrables de la América las miserables patrañas con que burlaba la credulidad de los pueblos, Calcedonia vió de nuevo venir hombres de todas partes, para oir las explicaciones que el Espíritu infalible de Dios dió allí sobre ciertos artículos de su fe. Yo marchaba sobre el suelo de Calcedonia; el resto de una muralla y un trozo de columna que resistió en pié mil elementos combinados para derribarlo, ¡ved ahí cuanto existe de esta famosa ciudad! Pero en ese viejo murallon parecíame mirar un símbolo de la constancia impenetrable á los tiros de la herejía, que caracterizó á los sabios que sellaron en su seno la fe católica; y en esa columna el monumento eterno que en sus discusiones levantaron á la única doctrina enseñada por Jesucristo al universo. Calcedonia ha desaparecido, y sus basílicas, que ostentaron el esplendor augusto de las asambleas que celebraron reunidos en su recinto los pastores de la Iglesia, no existen; pero su fe existe, y no perecerá jamas.



CAPÍTULO VIII.

Smirna. — El monte Págus. — La iglesia de S. Policarpo. — Restos del anfiteatro. — Impostura descubierta. — Lance desagradable. — Misiones y colegios. — Un espectáculo que conmueve. — Servicios que prestan las escuelas católicas de Oriente al comercio y á los viajeros. — Hospitales. — Una observacion. — Condecoracion dada por el sultan reconocido. — Las Spórades. — Páthmos. — La jóven prisionera. — Ródas, sus ruinas y sus tradiciones. — Tarso, Mersina y Alejandrete. — Antioquia. — Tragedia. — Una reflexion.

Es indudable que las preocupaciones disponen nuestro juicio, y las que yo tenia de Smirna, despues de verla llamada *Paris de Oriente*, ó *Marsella trasladada á la costa de Asia*, eran grandiosas. Por cierto se desvanecieron cuando me encontré frente á una poblacion rodeada de bosques de cipreses, que, mirada desde el mar, le dan una fisonomía monótona y sobremanera triste. Las ruinas del anfiteatro que se ven lejanas, contribuyen por su parte á aumentar el aspecto producido por aquellos árboles, símbolo de la muerte. « Bajemos á Smirna, » oí decir : bajámos; y á mí me pareció entrar en una ciudad de duelo, donde la tristeza y el dolor acostumbran darse cita para llorar sobre la tumba de la civilizacion de Oriente. El monte Págus, que la domina, conserva los restos de fortalezas que en su orígen no pertenecieron á los Turcos. Á su pié existen vestigios de otra fortaleza inexpugnable ciertamente para todas las potencias de la tierra... Son las ruinas de un templo : sus escombros apénas se distinguen, pero sus recuerdos viven



imperecederos en la memoria de todos los Cristianos. En su recinto vivió un octogenario que junto con la fe cristiana aprendió en la escuela de los Apóstoles á reunir tesoros para el cielo, dando los bienes de la tierra. Sus fervorosas instrucciones reunen en su rededor un número considerable de individuos que le piden con ansia les admita á profesar su misma fe; pronto crece la congregacion, y él viene á ser padre de una de las siete grandes Iglesias de Asia. Dios habla á este anciano venerable. « Sé tu tribulacion y tu pobreza, le dice; mas rico eres, cuando eres blasfemado por aquellos que dicen ser judíos, y no son sino sinagoga de Satanas. No temas ninguna de estas cosas que has de padecer. Satanas ha de echar en cárcel á algunos de vosotros para que seais probados, y tendréis tribulaciones por diez dias. Sé fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida (1). » Este hombre santo era Policarpo : una furiosa tormenta se levanta contra él : arrastrado por sus perseguidores, es conducido al tribunal del procónsul, quien le sentencia á morir quemado vivo. Buscando con la vista el lugar de estas escenas, no tardé en percibir las ruinas del anfiteatro donde el mártir de Jesucristo espiró abrasado por el fuego, en medio de la algazara de una plebe que gozaba presenciando tan crueles espectáculos (2).

Visitando la antiquísima iglesia de los Franciscanos, veneré un pequeño resto de las reliquias de S. Policarpo. ¡Oh, que el ángel de Smirna vele desde el cielo por la fe de hijos que le fueron tan queridos! ¡Haga vuelvan á la unidad los que separados del Pastor universal viven sentados á la sombra de la muerte! ¡Que vean la luz todos cuantos viven en tinieblas en este pueblo ennoblecido con los rasgos de su fortaleza heróica y con la purpúrea divisa de su sangre! Al contemplar este lugar, mi alma se trasladaba al tiempo re-

(1) Apocalipsis, cap. II.
(2) Año 166 de Jesucristo.

moto en que pasaba aquella horrible escena, y no podia ménos de admirar la fortaleza con que un hombre de ochenta y siete años desafiaba el poder de los tiranos, y con valor invencible sufria el martirio por su fe. ¡Qué satisfaccion para el católico cuando, al visitar los lugares regados por la sangre de los mártires, observa que su creencia es la misma que aquellos murieron sosteniendo! Jamas podrán experimentarla los disidentes: la historia de su religion carece de esta página, una de las mas bellas, y la que mas se prolonga en la del catolicismo: ¡el martirio! Hasta poco há la entrada en el recinto del anfiteatro estaba vedada á los Europeos, y los Turcos encargados de guardarla maltrataban á cuantos pretendian visitarlo; mas estos inconvenientes han cesado ya, y los escombros del anfiteatro, salpicados con sangre de cristianos, son un monumento mas en que estudia el viajero la grandeza de alma y la intrepidez heróica con que los primeros discípulos de Jesus triunfaron del poder humano en el Oriente como en todos los países de la tierra. ¿Pero quién protege hoy á estos hombres que confiesan la fe de S. Policarpo en el lugar de su martirio? me preguntaba á mí mismo. — Verdad es que el anfiteatro está destruido, no existen en él las fieras cebadas en carne humana, las hogueras encendidas se apagaron, y la cuchilla está caida de las manos de los verdugos; ¿mas acaso los enemigos que rodean á los adoradores de Cristo en estos paises, ennoblecidos con los mas bellos triunfos del Evangelio, son ménos crueles que los tiranos que condenaban al fuego á sus heróicos confesores? No por cierto. Mas una mano invisible existe levantada para proteger á sus creyentes, y no es la de los príncipes que se llaman protectores del cristianismo, pues miéntras que ellos viven envueltos en negocios extraños á la Religion, esta sigue constantemente su marcha progresiva. Apénas pasan los crudos golpes que le descargaron el poder otomano y la exaltacion fanática del cisma, cuando ella, cual guerrero invencible, se

levanta, y reconociendo sus dominios de otro tiempo camina con paso firme á ocuparlos de nuevo. El mahometano la creyó muerta, y el Griego cismático gozaba de su ruina, miéntras que ella padecia solo fatiga momentánea; y vivia bajo la proteccion de Dios, que conserva su vida entre los furores de la persecucion, y la hace renacer de la sangre de sus mártires.

Ocupado de estas ideas, bajaba el monte Págus, cuando una turba de niños salida de las habitaciones vecinas se lanzó arrojándonos un diluvio de piedras: uno de nosotros volvió sobre aquellos imberbes para intimidarlos, pero la presencia de algunos Turcos llegados allí casualmente pudo, para contenerlos, mas que todo el ademan amenazante de aquel. No eran mahometanos los que nos perseguian, sino de esa familia ántes numerosa «como las arenas del mar ó como las estrellas del cielo,» y que hoy, sin haber disminuido su número, «se extiende sobre toda la tierra, para ser pisoteada como la basura del muladar.» Los Turcos se muestran tolerantes, y aun á veces complacientes con los viajeros europeos que respetan sus costumbres y sus creencias.

Los Griegos pretendieron que S. Policarpo terminó su sacrificio en el lugar donde poseen un monasterio llamado de S. Elías. Pudieron al principio dar ciertas apariencias de verdad á esta que no era sino suposicion; mas las ruinas del anfiteatro fueron halladas despues, y las seguridades que los monjes daban á un pueblo entusiasta por la memoria de su primer apóstol, aparecieron lo que realmente eran, imposturas hijas del interes. ¡Qué bien conviene con este hecho lo que nos decia nuestro guia, griego de religion: «Nuestros sacerdotes son muy interesados, todo lo hacen por dinero; cada vez que concurrimos á la Iglesia, quieren quitarnos hasta la última piastra!...» Siete templos, algunos de ellos bastante hermosos, poseen los católicos en Smirna, cuya mision desempeñan individuos de

cinco congregaciones diferentes (1). Entre los colegios de educacion, los mas numerosos son el de Lazaristas y el de Armenios melquitaristas : en el primero, auxiliado por la Propaganda de Roma, se educan mas de doscientos individuos; allí veinte y tres jóvenes griegos oían las lecciones de filosofía que daba un presbítero cristiano en el mismo lugar en que la explicaron sabios profundos del paganismo salidos del Ateneo de Grecia : los Hermanos de las escuelas cristianas contaban trescientos alumnos, y las demas parroquias estaban llenas de niños. Las hijas de S. Vicente de Paúl abrazaban con su celo inmenso cuatrocientas cincuenta niñas, á muchas de las cuales dan hasta el sustento y el vestido. ¡Ah! allí ví tiernas jóvenes cuyos padres, perseguidos por la adversidad, llegaron á mirar el crímen como recurso legítimo en sus necesidades mas premiosas : en estas playas remotas no invocaron ellas en vano el nombre de la caridad, despues de probar bien la amargura que derrama en el corazon sensible la estóica indiferencia con que miran los del siglo la desgracia ajena. Allí ví cuatrocientas cincuenta jóvenes redimidas de la ignorancia que caracteriza á los pueblos de Oriente, é instruidas en todo género de conocimientos útiles á su estado; pero aun ví mas : setenta y tres párvulos que rodeaban á las religiosas en su casa de huérfanos, y á quienes estas, trasformadas en madres, acariciaban tiernamente. Aquellos seres infelices, abandonados de todos ménos de la Religion, no son hijos de católicos, quizá ni su tercera parte; lo son de Turcos, de cismáticos y de protestantes : en estas casas impera la caridad, que no distingue creencias ni opiniones, y á todos admite á participar de sus consuelos sin otro titulo que su desgracia. Jamas he contemplado poesía tan sublime como la que describen los huérfanos de Smirna. La sagrada estatua de la Madre de Jesus, que, colocada en el centro de la casa,

(1) Franciscanos, Capuchinos, Lazaristas, Jesuitas y Dominicanos.

tiene abiertos sus brazos, para estrechar á los desgraciados en su amoroso pecho; tantas religiosas venidas de países remotos para colmar de beneficios en tierra extraña, bajo la influencia de un clima mortífero y con riesgo inminente de su vida, á los seres mas infelices; la fisonomía particular de estos mismos, el gemido profundo que saliendo de sus corazones inocentes va á depositarse al pié de la mejor de las madres escribiendo con grandes caractéres : *Monstra te esse Matrem;* todo forma un conjunto verdaderamente sublime, y que no podrán explicar sino las víctimas arrebatadas á la miseria, la inocencia salvada de los peligros y la desgracia consolada generosamente. Al catolicismo, que posee sin detrimento la caridad cristiana, una é indivisible, es dado solamente presentar cuadros tan sublimes y tan majestuosos como este. ¿Cuándo han salido de las comuniones disidentes señoras animadas por la misericordia para penetrar el Asia y el África, buscando los hijos de los Árabes y de los Turcos que perecian? ¿Cuándo se dió cuenta en los meetings de propaganda de Lóndres ó de New-York del sacrificio hecho por hijas de familia que abandonaban su casa, sus relaciones y conveniencias, para marchar al Oriente sin mas objeto que hacer bien? Jamas : ni yo las he encontrado en ningun punto de los que visité en Asia, África, América y Europa.

Es incalculable el servicio que prestan en el Oriente las escuelas católicas : prescindiendo de la enseñanza de los principios religiosos que derraman el gérmen de civilizacion que tanto importa á la sociedad entera, la de los idiomas ha facilitado inmensamente el comercio y los viajes en aquellos países. Los misioneros, es verdad, necesitan toda la constancia que inspira la virtud para no desmayar en su ardua tarea de civilizar países poco há tan conocidos por su barbarie como fueron célebres por su ilustracion, y gracias á ellos el viajero europeo que ántes pasó por Smirna sin hallar quien le dirigiese un saludo en idioma culto, en-

cuentra hoy muchos que le felicitan por su llegada en su propia lengua; encuentra á los naturales mismos sirviendo de subalternos en las casas de comercio, y en el seno de las familias trocado en amor el odio intenso que profesaban á los Europeos. Este cambio feliz no es obra ciertamente de los viajeros que visitan los países sin detenerse, ni lo es de los comerciantes ocupados solo de sus especulaciones; es fruto de las escuelas y sazonado por el genio bienhechor que acompaña en todas partes las empresas del catolicismo. Los mahometanos, á pesar de sus arraigadas preocupaciones contra la educacion europea, conocen ya el bien que les reportan las escuelas de las misiones, y confiesan que, merced á estas, pueden expedirse con mas facilidad en sus transacciones mercantiles.

Los hermosos hospitales de Smirna no son mas que una bella reproduccion de los de Constantinopla, y el tipo de los que la solicitud fervorosa de diversas congregaciones de caridad ha fundado en todos los pueblos principales de Levante. Mas una cosa singular se observa en los individuos que los sirven : miéntras que el cólera asiático ha diezmado á Smirna así como á todas las ciudades del Oriente, y miéntras que los habitantes sin excepcion, huyendo del contagio, corrian á ocultarse en el interior de los montes ó de los bosques, las religiosas permanecian en medio de la peste, cuidando á los enfermos, que morian á millares, y cargando no pocas veces ellas mismas los cadáveres para sepultarlos en los cementerios. Los misioneros á la vez recorrian las calles y los campos, distribuyendo medicinas para el cuerpo y para el alma, sin tener ninguno en cuenta para nada el cuidado de sí mismo, y ofreciendo en este desprendimiento de sí propio, para consagrarse con heróica abnegacion al servicio de los prójimos, una nueva muestra de la virtud que distinguió en todos los siglos á los institutos monásticos. Las autoridades musulmanes, en medio de la impresion profunda que les causó esta conducta evangélica, se

apresuraron por elevarla al conocimiento del sultan: en Smirna, en Beyrouth, en Alepo y en Damasco, su celo y caridad con los enfermos de toda religion habia sido el mismo; y una condecoracion fué decretada para todos por el sultan Abdul-Mejild, quien ademas expidió firmanes, manifestando á todas las provincias de su vasto imperio el esclarecido mérito contraido por los misioneros y las religiosas de Caridad curando á sus vasallos apestados.

Dejando á Smirna, las Spórades llamaron mi atencion, y entre todas las islas que forman el Archipiélago, una pequeña, de cuyo seno se elevan cerros bajos, áridos y casi desnudos de vegetacion, me recordaba las escenas mas imponentes que pudo presenciar alguna vez la vista humana. Desierta casi del todo, apénas deja ver sobre una de sus colinas la torre de un convento y en su rededor algunas casas miserables. ¡Páthmos! era la isla que veía, y en su recinto pasaron los sucesos que nos describe el libro del Apocalipsis. « Juan, discípulo de Jesus, desterrado en Páthmos por la fe, fué arrebatado en espíritu un domingo, y oyó en pos de sí una gran voz como trompeta que decia: Escribe en un libro lo que ves. — Yo me volví para ver la voz que hablaba, y ví siete candeleros de oro y en medio de ellos al Hijo del hombre, vestido de ropa talar, ceñido con una cinta de oro; su cabeza y sus cabellos eran blancos, sus ojos como llama de fuego, sus piés semejantes al laton fino cuando está en un horno ardiente, y su voz como el ruido de muchas aguas. Tenia á su derecha siete estrellas, y salia de su boca una espada de dos filos, y su rostro resplandecia como el sol. Luego que le ví caí á sus piés como muerto; mas puso él su mano sobre mí, diciéndome: *No temas: soy el primero y el postrero, el que vivo y he sido muerto; hé aquí que vivo en los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del infierno. Escribe lo que has visto, y lo que ha de suceder despues de esto.* » — Rasgos tan misteriosos y sublimes dan á Páthmos un aspecto solemne á los

ojos del entendimiento que los recuerda, teniendo entre las manos aquel libro sagrado, cuyas figuras son hasta hoy un secreto impenetrable. Del seno de la montaña se eleva un pico harto mas elevado que los otros, cubierto de arbustos y matorrales que le dan un aspecto frondoso y agradable : quizá el Profeta del Nuevo Testamento eligió en su destierro este lugar para su mansion favorita, y quizá en él mismo, léjos del trato de todos, fué donde oyó la voz y vió las imágenes que nos dejó escritas.

Leyendo las amenazas que S. Juan dirige á las siete Iglesias mas florecientes del Asia, por su falta de celo para rechazar las doctrinas erróneas de los herejes, por su criminal condescendencia en admitir personas licenciosas en su comunion, y por su tibieza en el ejercicio de las virtudes, se ve desde luego hasta qué punto se han cumplido todas ellas. Habia dejado á Smirna, donde la verdad no hace sus conquistas sino luchando cuerpo á cuerpo con el cisma, la supersticion, la sensualidad y el fanatismo, y acababa de contemplar el suelo de Éfeso, de la que apénas quedan el nombre y uno que otro escombro del bello templo de Diana, orgullo de la Grecia; y no fué la espada de los Turcos quien apagó estas antorchas de la primitiva Iglesia, sino las falsas doctrinas, la corrupcion de costumbres y el tedio y la negligencia. La irreligion y la sensualidad son para los Estados, así como para los individuos, disolventes mas eficaces todavía que los golpes de la barbarie.

Un coronel turco llamaba á bordo la atencion de todos desde nuestra salida de Smirna : llevaba consigo una jóven Circasiana, á la que en un rincon de la primera cámara rodeaban siempre dos negras y dos esclavos de visaje insoportable. Sus guardas no le permitian alzarse el velo, ni contestar los saludos de extremada cortesía que le dirigian algunos jóvenes franceses, ni ménos cambiar por otro el lugar en que la dejó su amo. Miéntras tanto este se ocupaba en reconocer un gabinete, en el que encerró luego á su her-

mosa prisionera y con ella á las negras, sus guardianes. El calor insoportable y la falta de ventilacion enfermaron á la Circasiana, y el coronel necesitó consultar al facultativo. Como era natural, este quiso verla, mas aquel se excusó diciendo que podia él satisfacer á todas las preguntas necesarias. El doctor ordenó, entre otras cosas, pasearla sobre cubierta; el coronel cumplió esta prescripcion, pero á média noche, y cuando todos dormian profundamente, continuando durante el dia el mismo encierro, causa verdadera de la enfermedad. La Circasiana era mujer del coronel, contaba apénas diez y ocho años de edad, de los cuales tres habia estado casada. En Smirna habia yo visto á las mujeres de los Turcos llevar el rostro cubierto, y vivir escondidas dentro de gruesas murallas y de espesas celosías; mas nunca pudiera creer que su encierro fuese una prision tan dura como la que experimentaba aquella mujer infeliz. ¡ Para ella no vivian mas seres racionales que un hombre que recibió por esposo sin conocerle ántes, y unos esclavos repugnantes colocados cerca de su persona para acechar escrupulosamente hasta el mas mínimo de sus movimientos ! Las bellas costas del Asia, la poesía de la Grecia y de los Archipiélagos, que dispertaban la atencion de los viajeros, para ella pasaban desapercibidos. ¡ No existia mas mundo que la estrecha cámara que la encerraba ! El celo de los que maliciosamente acusaron al cristianismo de haber encadenado á la mujer, criada libre por Dios, no ha sido tan noble ni tan generoso que hiciera á alguno dejar las holgadas capitales de Europa para venir á ejercer su mision de libertar al bello sexo en los países musulmanes: nunca tan bien como en Turquía, donde millones de mujeres arrastran igual suerte que aquella triste Circasiana, pudieran aprovechar sus fogosas declamaciones. El cristianismo, constituyendo á la mujer al lado de su esposo : « Compañera os doy, le dice, y no esclava ; » programa bien explícito de las doctrinas que profesa con relacion á su dignidad. Nunca chocan tanto

como al lado de este aquellos lances en que vemos trastornados los principios que Dios y la naturaleza dictaron para reglar la conducta de los hombres.

Ródas, tan famosa por las proezas de sus caballeros como por su importancia marítima, no es hoy mas que un vasto monton de ruinas; sus soberbios muros van desapareciendo carcomidos por los siglos, sin que el gobierno que la arrancó del poder de los cruzados se ocupe en reparar las brechas que se ven abiertas en sus vastísimas fortificaciones. Desde el terrado de la basílica de San Juan, donde subí con trabajo por las muchas piedras que faltan en los escalones, miré la antigua y la moderna Ródas. Poderosa la primera por su comercio, llena de fábricas y de talleres, habitada por cincuenta mil individuos y gobernada por los caballeros, fué uno de los baluartes inexpugnables que sirvieron de apoyo á los ejércitos numerosos de soldados que, llenos de entusiasmo, atravesaban el Mediterráneo para libertar los Lugares santos del yugo musulman. Pero de esta Ródas ya no existen sino sus calles solitarias y sus preciosos recuerdos. Agrúpense sobre un terreno desierto montones inmensos de piedras, en muchas de las cuales se ven todavía inscripciones y jeroglíficos; gruesos cañones inutilizados en la guerra y esparcidos entre los escombros; templos convertidos en mezquitas y algunos viejos palacios próximos á caer, y se tendrá idea de lo que queda de la famosa Ródas. De sus escombros ha nacido otra poblada por diez mil Orientales, que se comunican por oscuras y sucias callejuelas, carecen de industria, no conocen ley, y las garantías de su individuo y de su propiedad penden del querer de un soberano y de sus agentes subalternos. Ródas floreció bajo la influencia de la legislacion cristiana, esencialmente liberal y de progreso, y cayó cuando la indolencia profunda y la falta de instituciones que caracterizan al islamismo se apoderaron de su gobierno. Despues de contemplar algunas horas este cuadro que aflige, descendiendo del terrado eché á andar por la

calle de los Caballeros. Allí los suntuosos palacios del gran maestre y del arzobispo, el hospital, el colegio, grandes portadas decoradas con las armas de las familias mas antiguas de Francia, y otros muchos edificios que sin duda fueron insignes, se distinguen perfectamente. Pero esa *calle de los Caballeros*, habitada hace tres siglos por nobles, dignidades y grandes oficiales, estaba silenciosa; no se divisaba sino uno que otro Turco, que fumaba tranquilamente su pipa recostado en aquellos terrados que no trabajaron sus abuelos. Los ladridos de los perros que encontraba al pasar era el único ruido que interrumpia de cuando en cuando este silencio, en todo semejante al que reina sobre las frias losas de los sepulcros.

Tres años hace que los Capuchinos consiguieron que el gobierno de la Puerta les permitiese abrir en el barrio franco de Ródas una escuela; y merced á esta, ochenta niños reciben hoy la educacion de que carecieron sus mayores. Chateaubriand nos ha conservado los preciosos recuerdos de la imágen pintada sobre un gran trozo de mármol, y cuya historia se remonta hasta el siglo catorce, fecha en que recibia culto en un gran templo que le edificara la piedad de los cruzados. Esta imágen venerable, á quien tantas tradiciones se ligan del esplendor de Ródas, objeto de ruidosas disputas entre católicos y cismáticos, verdadera notabilidad como curiosidad artística, y fuente fecunda de consuelos y esperanzas para todos los cristianos del Oriente, se conserva en la iglesia de los Capuchinos, desde que hallada fresca é intacta el año de 1600 por un esclavo que hacia excavaciones en un jardin, volvió á reanimar con su presencia la fe en aquellos países desgraciados.

Dejé á Ródas el mismo dia siguiendo mi viaje para Mersina, adonde llegué el siguiente. Pisaba ya las costas de Siria, me encontraba en el suelo de la antigua Tarso, rival de Damasco y de Alejandría en riqueza y poblacion. Un lugarejo de diez ó doce casas sobre una costa llena de vegetacion,

y que á pesar de los ardores del estío parecia robusta y vigorosa, era cuanto veía en Mersina; Tarso mismo, colmado tantas veces de favores por los emperadores romanos, conserva apénas de su antiguo esplendor una sombra débil. El puerto que abrigó las numerosas naves cargadas con las riquezas mas preciosas del Oriente, no tenia mas que algunos pequeños caiques, ni «el mar Grande, cuyas aguas cruzaban las flotas poderosas de Tiro y del rey de Asiria,» presentaba otras embarcaciones que las harto miserables de los Griegos y de los Turcos. El Cydnus, cuya madre atravesó antiguamente su recinto regando sus bellísimos jardines, no la baña en la actualidad, contentándose con enviarle sus aguas por medio de pequeños canales. Una cosa grande queda solo á Tarso, y es el nombre de Pablo, Apóstol de las Gentes, que tiene el honor de contar entre sus hijos.

Alejandrette, donde arribé el siguiente dia, es tan triste como Mersina. Algunos Árabes, corriendo á caballo por playas desiertas, y tropas de camellos que marchaban cargados con direccion á Damasco; hé aquí todo lo que se veía sobre las masas de ruinas que recuerdan la antigua Issun. En este estado que presentan los puertos mas famosos de la Siria, cualquiera verá cumplida á la letra la prediccion de Isaías: «Voz de Dios, voz de Dios á la Siria. Tu poder será despedazado, tus ciudades convertidas en polvo, las naves, que son tu esperanza, no parecerán mas; tus tierras quedarán desiertas, porque tu corazon está henchido de soberbia, y no quisiste conocer el poder de tu Señor.»

Ni es mas ventajosa la situacion de aquella Antioquía, reina del Oriente, cabeza de mil ciudades populosas, corte de los Antíocos, y que orgullosa con su gran prosperidad, intentó señalar límites al poder de los Romanos. El recinto que contuvo cien mil habitantes, ricos de conveniencias materiales, hoy apénas cuenta doce mil, y estos pobres en su mayor número. La que fué cuna del cristianismo, por decirlo así, pues que en su seno principió á darse el nombre

de *cristianos* á los discípulos de Jesus, vive extranjera para la fe que enseñó este; y allí donde los primeros fieles eran acogidos con muestras tan sinceras de íntimo gozo, la sangre de un sacerdote celoso y ejemplar, vertida recientemente, iniciará un dia proceso formidable contra otros que tambien quieren llamarse *discípulos de Jesus*. Tres mil Griegos disidentes de la Iglesia, regidos por un obispo que se firma *patriarca de la ciudad de Dios* (1), componen la mayoría de los cristianos que al presente habitan Antioquía.

Los católicos, en número muy corto, estaban sin pastor (2), y su pequeño templo se encontraba solitario. Una terrible tragedia les habia dejado en orfandad. Un celoso Capuchino, salido de Damasco, cuidaba esta pequeña grey, aumentándola con la copiosa bendicion del Cielo, el fervor de sus palabras y los ejemplos edificantes de su vida. Él se hizo amable entre los Turcos por su caridad y noble desinteres: no obstante en el seno de Antioquía se tramaba una conspiracion contra la inocente vida del P. Basilio, que no tardó en aparecer cosido á puñaladas en su misma casa. La voz pública acusó á los autores de tan feroz asesinato: los que persiguieron al Crisóstomo, vástago el mas frondoso de Antioquía, ningun escrúpulo podian abrigar al empapar sus manos en la sangre de aquel representante de la fe y de los principios católicos, por cuya defensa vivió mártir aquel ilustre doctor. Este reciente y harto doloroso hecho manifiesta que hoy no son los Turcos sino los cismáticos los peores enemigos del catolicismo y de la civilizacion entera.

Mas ese patriarca, que se titula *de la ciudad de Dios*, ¿qué hace para levantar los muros de Israel, restituyendo á su silla el esplendor que le dieron las virtudes de sus antepasados? ¿Dónde están las obras que ejecutan sus coadjutores

(1) En tiempo del emperador Teodosio, Antioquía recibió el nombre de THÉOPOLIS, ó *Ciudad de Dios*.
(2) Año de 1852.

en el episcopado para regenerar un pueblo sumido en la ignorancia y en los vicios? Él posee un suntuoso palacio en la corte moscovita, adonde va con frecuencia á depositar al pié del trono del poderoso zar sus quejas contra los musulmanes, enemigos de la *ortodoxia;* él tiene otro en Constantinopla, en el que reside con frecuencia: miéntras tanto ni á la sombra de estos palacios edificados en las cortes de los soberanos, ni en el suelo de la patria á la de su propia Iglesia se ha levantado un seminario, ni se ha abierto una casa de asilo para los mendigos de su comunion. El tiempo ha llegado en que pueblos que soportan el castigo que merece el cisma, tienen á su frente « pastores que se apacientan á sí mismos, en vez de apacentar á los demas.» La Religion y la humanidad levantan su voz para acusar esta conducta: la Religion, porque su ministerio es de velar sobre los pueblos que recibieron la fe; y la humanidad, porque el hombre colocado bajo la egida del Evangelio, ha recibido en sus pastores los maestros de su entendimiento y los directores de su corazon. ¡Oh! pero cuando aquella Religion ha perdido su primer carácter, cuando aquellos pastores han enmudecido, y cuando los directores del corazon humano sin luces bastantes para gobernarse ellos mismos tropiezan y caen delante del pueblo de que se dicen encargados, ¿ qué podrá este prometerse de útil y provechoso?



CAPÍTULO IX.

Reflexion hecha en presencia de Laodicea. — Últimos rayos de esplendor pasado. — Paisaje verdaderamente oriental. — Trípoli. — Beyrouth. — Misioneros anglicanos. — Un ministro de su propaganda y un noble ruso. — Las casas de enseñanza. — Obstáculos opuestos á la educacion. — Una jóven convertida. — Escuelas normales. — Hospital de S. Vicente de Paúl. — Israelitas socorridos. — Parroquias católicas. — Gran ceremonia mahometana. — Catedral siro-católica.

El católico que visita los países orientales experimenta á cada paso la dulce satisfaccion que le inspiran los templos de su comunion, levantados en los lugares mismos donde existieron los primeros del cristianismo. Una mano invisible y poderosa, desbaratando los esfuerzos de los disidentes, les ha impedido apoderarse de esos sitios tan venerandos, ya por los recuerdos bíblicos que les están ligados, ó ya porque con su presencia y su fervor los consagraron los primeros PP. de la fe. Esta reflexion hacia encontrándome en Latakia, la antigua Laodicea. Un Turco se ofreció para llevarme á la mision católica; y atravesando en efecto bellísimos jardines, me colocó en el mismo sitio ocupado en otro tiempo por el primer templo cristiano construido en Laodicea, y que hoy pertenece á una mision de religiosos Franciscanos. La voz que dirigiendo terribles amenazas contra un obispo que ejercia su ministerio con tibieza en este mismo lugar, decia: « Soy testigo fiel y verdadero, sé tus obras, y que no eres frio ni caliente; por eso comenzaré á vomitarte. Dices: Rico soy, lleno estoy de bienes y de nada necesito; miéntras

tanto eres cuitado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Te aconsejo que compres de mi oro refinado, para que seas rico, y te vistas de ropas blancas, de modo que no se descubra la vergüenza de tu desnudez. Unge tus ojos con colirio para que veas... Ármate de celo y arrepiéntete (1),» jamas podia presentarse á mi imaginacion con mayor viveza que cuando acababa de atravesar huertos, y ver en estos á los popes divertidos en tomar sus flores y sus frutos, miéntras el pueblo de que se han encargado se recrea con otros frutos que prohibe la santidad del Evangelio. Es digno de notarse que la escuela de esta mision siendo la única del pueblo dirigida por Europeos, han necesitado sus maestros para instituirla pasar por la doble prueba que les hicieron sufrir los vejámenes de los Turcos y las persecuciones de los Griegos.

Como último rayo del esplendor pasado subsiste en Laodicea, pero convertido en mezquita, un templo de soberbia construccion, y cuyos jeroglíficos anuncian haber pertenecido á los monjes de S. Antonio. Tambien se ven algunos restos de castillos que levantaron los cruzados, y cuyas murallas y fortificaciones, parte caidas y parte en pié, explican bien la disolucion que amenaza al imperio á que pertenecen.

Una soberbia tienda de campaña arreglada sobre el puente del vapor, y la bandera otomana puesta sobre su palo mayor, anunciaban venir á bordo algun alto personaje del gobierno: este era, en efecto, el bajá de Siria con una numerosa comitiva de ulemas, cadis, militares y criados. La cubierta del *Leonidas* representaba por la noche uno de esos paisajes cuya fisonomía, semejante á los sueños orientales, puede con razon estimarse como exagerada ántes de palparse su realidad. La tienda del bajá alumbrada con hermosas lámparas, cuya luz reflejaba sobre los objetos agrupados en su rededor, la claridad inmensa de la luna plateando las aguas

(1) Apocalipsis, cap. III.

de un mar tranquilo, la diversidad de hombres reunidos, la diferencia de sus costumbres, trajes é idiomas, la guardia del bajá de pié á la puerta de su tienda, sus cortesanos echados sobre ricos almohadones fumando en desmesuradas pipas, los Turcos en corrillos saboreando cuentos que les referia algun isman, los monjes sirios con su barba hasta la cintura leyendo en voz alta su breviario á la luz de una candela, los marineros franceses saltando al compas de un clarinete, y los Griegos entonando sus canciones al son triste de sus flautas, algunos eclesiásticos de Paris, un diplomático austriaco y dos oficiales napolitanos que observaban admirados este cuadro, animado por tantas variaciones, y en fin, yo mismo, separado de mi país por tres mares y cuatro mil leguas de distancia, todos pareciamos habernos reunido allí para representar en un solo panorama las fisonomías, el idioma, las costumbres y la fe de Asia, África, América y Europa. ¿Mas qué objeto habia reunido en las cortas dimensiones de una embarcacion á tantos individuos venidos de países tan remotos unos de otros? No era difícil adivinarlo, puesto que ellos mismos lo repetian á cada instante. Á excepcion del bajá y su comitiva, y uno que otro comerciante, todos los demas marchaban á postrarse delante del Sepulcro de Jesus crucificado. ¡Atraccion prodigiosa que ejerce un influjo igual bajo todos los climas y en todos los países de la tierra! ¡Ah, y qué bien la presagiaba el que hace tres mil años: « Vendrán, decia, gentes de las regiones mas lejanas para adorar los vestigios de tus pasos! »

Trípoli, á quien la belleza del país, su comercio floreciente, la vecindad de Damasco y de otras poblaciones numerosas del Asia le aseguran un porvenir grandioso, en el órden moral posee tambien hoy un lugar importante. Escuelas donde se educan mas de trescientos niños, y misiones donde se regenera é ilustra una multitud para quien nada existia fuera de un mundo material, y una fe que consiste solo en ceremonias exteriores, dan á esta ciudad pequeña

una fisonomía mas culta que todas las edificadas en las costas de la Siria. Diversas congregaciones religiosas (1) tienen allí establecimientos de enseñanza, y su trabajo incesante ha traido al catolicismo la mayoría de los cristianos que la habitan.

Trozos de hermosas columnas de granito y bellos chapiteles que pertenecieron como aquellas á regios edificios, me indicaban pisar el suelo de alguna ciudad célebre en otro tiempo. Me encontraba en Beyrouth efectivamente, y aquellas muestras de su antigua suntuosidad recien sacadas de las entrañas de la tierra, pertenecieron quizá al palacio ó al teatro de Heródes Agripa. Como gran centro de comercio, llama á su seno una concurrencia numerosa de Asiáticos y Europeos; ella florece, y su poblacion es una de las mas considerables de la Siria (2). El movimiento continuo de los almacenes y bazares, la agitacion que se percibe en los que trafican sus calles estrechísimas, ese deseo tan pronunciado de adquirir fortuna que encontraba en tantos millares de extranjeros avecindados en Beyrouth, me hacia apreciar tanto mas la abnegacion de otros individuos tambien extranjeros, pero ocupados en negocios de otra especie que los terrenos y materiales. Mas entre estos individuos los hay representantes de diversas creencias: todos, es verdad, abandonaron su país para ir á propagar los dogmas de su profesion, todos ofrecieron un sacrificio al parecer meritorio dejando los deudos y familia; pero no todos soportan las amarguras de la Cruz que el Autor del cristianismo ató indisolublemente á la propaganda de su doctrina. Cuando encontraba en Beyrouth misioneros interesados en especulaciones mercantiles, misioneros acompañados de las prendas que deben ser mas caras á su corazon, los hijos y la mujer, y misioneros, en fin, que habitan sus casas y rodeados de

(1) Franciscanos, Lazaristas, Carmelitas y Jesuitas.
(2) De 40 á 50,000 almas, de las que 12,000 son católicos.

las conveniencias que hacen cómoda la vida en todas partes, no podia ciertamente comparar su sacrificio con el que inspira en otros el que dijo: « Os envío como corderos en medio de los lobos; no lleveis bolsa, calzado ni provisiones, comed lo que os pusieren por delante, y predicad á todos el Reino de Dios. » Piense cada uno como quiera; pero á pesar de los encomios que los meetings bíblicos de Lóndres y New-York han dispensado á los Evangélicos, los resultados de estas dos clases de propaganda son bien diferentes. Uno de aquellos conversaba en Alepo con un noble ruso que hacia el viaje del Oriente; y le hablaba de los trabajos que tenia entablados entre diversas comuniones cristianas, pero cuyo resultado no seria obra sino del tiempo y de la reflexion de los individuos que se proponia convertir.—« ¿Por qué no trabaja V. predicando de viva voz como los Apóstoles? le preguntó el Ruso. — Los tiempos han variado; al hombre que tiene en sus manos la Santa Biblia le basta la palabra de esta para persuadirse de la verdad del cristianismo. — Pero es necesario que V. explique sus pasajes oscuros. ¿Cómo quiere V. que uno de estos Orientales, ignorantes y groseros, vaya á entender la virtud del cristianismo leyendo simplemente el texto de la Biblia? Si no se les dan las explicaciones necesarias, esté V. seguro que las Biblias que se les distribuyan correrán la misma suerte que los millares de ejemplares que he visto inútilmente depositados en Alepo. Mas permítame preguntarle: ¿Por qué trabaja V. por convertir á los que son cristianos? ¿Acaso el protestantismo que VV. enseñan es mejor que la *ortodoxia*, que profesamos nosotros y profesan tambien estos? Vaya V. á predicar á los Árabes y á los Turcos, que no conocen á Cristo, y no sirva de escollo á los que le conocen y confiesan.—¿Qué quiere V.? yo debo misionar, porque para esto soy pagado por la propaganda de New-York, y me es mas fácil hacerlo entre los Griegos, cuyo idioma conozco, que entre los Árabes y Turcos, cuyas lenguas me son desconocidas. Los papistas dirigen sus trabajos con esmero

entre la plebe de aquellos, hablándoles su propio idioma; yo hago lo mismo dirigiéndome á los *ortodoxos* y católicos en la suya, para recomendarles la lectura de la Biblia. » — Esto no pudo satisfacer al noble ruso, que estimaba como verdadero atentado la propaganda del ministro norte-americano entre los individuos de su comunion. Él, contándome este lance, repetia muchas veces, pero siempre con sorpresa: « Debo misionar, porque para esto soy pagado por la propaganda de New-York. »

« El mas bello espectáculo que presenta la Iglesia Romana, dice un protestante, es el de sus misiones numerosas, donde sus apóstoles se muestran animados del celo mas ardiente. Este es un hecho esclarecido que hace honor á aquella Iglesia, y nosotros somos los primeros en reconocerlo. » A este género de apóstoles pertenecen los individuos que con abnegacion superior á todo elogio predican en los templos, curan en los hospitales, y en señanen numerosos establecimientos abiertos en Beyrouth. Solo la paciencia que inspira la caridad cristiana puede vencer los graves obstáculos que encuentra entre los Orientales la ilustracion, con especialidad cuando se trata de darla á la mujer. Imbuidos por el islamismo en falsas ideas acerca de la mision de aquella, creen no solo inútil sino aun perjudicial concederle cualquiera especie de instruccion. « Para los hombres puede ser útil la enseñanza, especialmente de los idiomas, dicen; ¿pero con qué objeto educar á las mujeres, cuyo ministerio está reducido á cuidar de su casa y de sus hijos? » La pereza natural, la volubilidad de genio y la diferencia de cultos suscitan al mismo tiempo otra infinidad de escollos en que podria fracasar cualquiera empresa que no estuviese fundada sobre esa inagotable caridad que inspira el Evangelio. El Turco, el Griego, el Sirio y el Armenio hacen cada dia sus encargos al rector del colegio ó á la superiora del monasterio de no perturbar las creencias religiosas de sus hijos. ¡Como si el error pudiera hermanarse con la verdad, ó la luz estar junta

alguna vez con las tinieblas! Los obispos griegos han pasado mas adelante : sin haber abierto ningun colegio para instruir á la juventud de su comunion, condenan en largas pastorales los de niñas dirigidos por religiosas católicas; y algunos se han empeñado en arrancar por fuerza de estos asilos de la indigencia las huérfanas recogidas por la misericordia y la caridad : en Constantinopla, en Smirna y Beyrouth estos sucesos son recientes. Pero tan léjos de persuadir los superiores á ningun disidente del catolicismo para que asista á las instrucciones que se hacen para los católicos, dejan á todos en completa libertad para proceder en cuanto pertenece á religion. Mas, las eficaces impresiones de ese « espiritu que donde quiere sopla, » ¿quién es tan poderoso que pueda borrarlas, ni tan previsor que alcance á prevenirlas? Unas veces el ejemplo, otras la curiosidad y muchas los estímulos de la propia conciencia han sido el principio de conversiones brillantes realizadas en estos establecimientos.

Tuve ocasion para instruirme de un suceso en que la inocencia, forzada á suscribir lo que resistia el corazon, dispertaba todas las simpatías nobles y generosas. Una jóven, hija del S***, comerciante rico de Beyrouth, pidió con instancias á sus padres le permitiesen permanecer en el colegio, miéntras el retiro que las niñas católicas hacían para prepararse á su primera comunion. « ¿ Y qué haréis allí? le decian sus padres : no podeis asistir á la misa de los católicos, ni oir los sermones de sus presbíteros; ¿qué haréis pues durante tres dias en el establecimiento? » Mas el corazon y el convencimiento arrastraban al seno de la unidad á la jóven Helena.... « Yo estoy, decia á sus padres, anegada en lágrimas, yo estoy convencida que el catolicismo es la verdadera Iglesia... la nuestra no es mas que un ramo cortado : tengo ya diez y seis años; ¿por qué no habréis de permitirme entrar en su seno? Dejadme obedecer la voz de mi conciencia..... Vivo muriendo todo el tiempo que estoy

separada del único rebaño de Jesus.» Mas aquellos padres, insensibles á la voz que levantaba la angustiada conciencia de su hija, insensibles á sus ruegos y á sus lágrimas: «Tranquilizaos, le decian; la Iglesia griega y la latina son una misma; el patriarca de Constantinopla es tan obispo como el Pontífice Romano. No os haréis católica, porque nosotros no lo somos.» Respuesta que envuelve un grave insulto hecho á la conciencia. Sin embargo esta jóven perseveraba aun en su propósito, cuando tuve ocasion de conocerla en el colegio. Como este suceso ocurren otros muchos: personas convencidas hasta la evidencia de la necesidad y verdad de la unidad católica, desean abrazarla; pero su resolucion viene á estrellarse en el capricho ignorante de sus mayores, que, como los padres de Helena: «Todo es una misma cosa,» les responden, ó á veces de una manera peor, harto mas dolorosa para el cuerpo y mas conforme al modo brusco de aquellas gentes.

Otra institucion de grande importancia observé desarrollarse en Beyrouth con inmensa utilidad de la civilizacion: tal es el colegio para preceptoras, primero de este género que se ha conocido en el Oriente. Las escuelas del Líbano estaban dirigidas por personas ineptas para el importante cargo de formar el corazon tierno de los niños, y el colegio de Beyrouth, socorriendo esta necesidad, tomó á su cargo la educacion de maestras llenas de conocimientos útiles, de sólidos principios y de virtudes ejemplares.

Inmediato á aquel gran colegio, donde la accion católica tan eficazmente desarrolla el gérmen de vida y civilizacion para los pueblos orientales, veía otro vasto edificio, en cuya puerta agolpado un número crecido de individuos parecian buscar con ansia alguna cosa: allá fuí yo tambien, y mezclado con los que entraban, me encontré junto con ellos en un salon del hospital de S. Vicente de Paúl. Un médico frances se ocupaba en recetar, y cuatro Hermanas de la caridad desempeñaban los oficios de cirujano y boticario en beneficio de aquella multitud de pobres, venida desde léjos para

consultar sus enfermedades. Un hombre de barba cana y mas larga que la de los otros, y de fisonomía grave y taciturna, me llamó la atencion entre todos los concurrentes: vestia hábito talar como los Turcos, pero sin el turbante sobre el gorro que distingue á aquellos; su semblante era triste y melancólico, de tal modo que por su fisonomía cualquiera comprenderia bien la pena que le causaban los pedecimientos de dos niños que, cubiertos de lastimosa lepra, traía de la mano. Luego que se presentó á la puerta, dejando el mas pequeño la mano de su padre, se dirigió con pasos trémulos á una de las religiosas, que divisándole venir corrió hácia él, y tomándole en sus brazos le llevó al médico, volviendo luego por su hermano. El facultativo reconoció las llagas de los chicos, que iba desatando la religiosa, y esta, concluida la operacion, acomodando muy bien á sus enfermos, partió á preparar las medicinas que necesitaban, y que aplicó poco despues con el mismo amor que lo habria hecho una madre con sus hijos. Deseaba yo saber quién fuese aquel hombre, cuyos hijos tanto interes inspiraban á aquellas buenas hermanas; lo pregunté á estas mismas, quienes me dijeron: «Es un pobre judío, cuyos hijos padecen hace mucho tiempo; todos los dias viene á estas horas para que se les cure.» Un judío era el objeto que tanto amor inspiraba á las Hijas de caridad. ¡Qué hermosa es esta virtud cuando, siguiendo el curso que le señala el Evangelio, se derrama sobre toda clase de personas sin excepcion!...

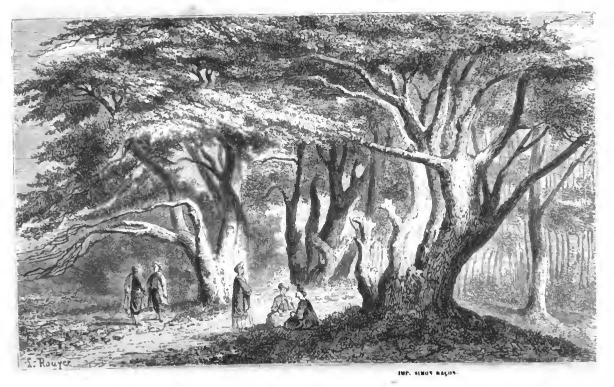
La Propaganda de Roma tiene confiada á los Capuchinos la parroquia de Beyrouth, y estos cuidan de las escuelas públicas establecidas para los niños. Los Franciscanos y Jesuitas los auxilian, y el efecto de sus trabajos combinados bien se deja percibir en las costumbres y en la instruccion de los cristianos.

Impresiones muy tristes me causaban los cortejos repugnantes que solian desfilar por las calles volviendo de las mezquitas, donde habian ido á presentar algun muchacho

que salia por primera vez de su casa, despues de recibida la cruel marca que ordena llevar á sus creyentes la ley del Alcoran. Los de las personas ricas, precedidos de músicas y tambores, llamaban mas la atencion para hacerlos todavía mas odiosos á la imaginacion. Yo ví llevar á dos de aquellos montados sobre caballos ricamente enjaezados, vestidos con mantos de escarlata, con espadas de plata entre sus manos, y rodeados de esclavos que llevaban la brida. Los ulemas les seguian, y una multitud de muchachos les victoreaban, como si aquel dia fuese el de su triunfo. Para los que viven familiarizados con semejantes espectáculos no deben parecerles extraños; á mí que no los conocia me disgustaban, como bárbaros é hijos de una ley dura que arrebata al individuo su dignidad espiritual, para darle por única religion señales materiales que nada significan, ni nada bueno producen en beneficio de los hombres. Los mahometanos, sin embargo, llenando su ceremonial, les dan grande importancia, y celebran en ella el puesto de soldado de Mahoma, que ha conseguido el niño mediante las incisiones dolorosas hechas en su cuerpo por el cuchillo del ulema. Ese pueblo que se agolpa para victorear á los que consiguieran semejante distincion, no comprende sin embargo este contenido; él va allí esperando una moneda, y cuando la haya recibido, jamas volverá á acordarse del triste cortejo que acompañó por interes. ¡Ved ahí la majestad de las grandes ceremonias mahometanas!




VITTORIO EMANUELE
BIBLIOTECA IN ROMA



IMP. SIMON RAÇON.

EL MONTE LIBANO

CAPÍTULO X.

Vista imponente del monte Líbano. — Los cedros de la cumbre. — Los Maronitas. — Los Drusos. — Suposiciones de Dumas. — El verdadero becerro. — Mision de los Evangélicos en el Líbano. — Señales de ferverosa piedad. — Lauras de los antiguos anacoretas. — El patriarca maronita y sus sesenta y siete monasterios. — Grandes seminarios. — El clero maronita. — Las monjas árabes. — Aphec. — Ojeada sobre Balvec. — Damasco. — Los derswiches é Ibrahim Pachá. — Condicion de los cristianos mejorada. — Patriarcado católico. — Suceso lastimoso. — Recuerdos. — Djoun. — Lady Ester Stanhope. — Sidon. — Tiro. — Los pozos de Salomon. — Las montañas de Saron. — Tolemáida. — Un ejemplo de abnegacion.

Allá en el Nuevo Mundo habia contemplado alguna vez las plateadas cimas de los Ándes, que nacidas en el seno de los Esquimales, atraviesan majestuosamente las vastísimas regiones de la América, y mueren sofocadas entre las ondas tempestuosas que levanta la lucha eterna de dos Océanos. Aquel magnífico espectáculo exhibido por la *gran Cordillera* en la extension de un mundo que recorre, lo veía reproducirse alejándome de Beyrouth en otra sucesion de montes elevados, que si bien no presentan las enormes masas que aquellos gigantes de la creacion, sobradamente compensan esta falta con la imponente majestad y hermosura graciosa derramada sóbre sus formas, símbolo de las obras mas privilegiadas y perfectas del Criador. « Ved ahí el monte Líbano, me decia á mí mismo comenzando á subir sus caminos erizados; ved ahí el Líbano, *símbolo de la gloria del Señor, y cuya tierra produce elevados planteles de virtud.* »

Los cedros, únicas reliquias de esplendor del Líbano, existen á seis mil piés de altura sobre el nivel del mar. «Pero el Líbano se ve humillado, tronchados sus cedros mas robustos, y tirados á lo largo del valle sus ramos frondosísimos. Abre, Líbano, tus puertas, y devore el fuego tus cedros; aulla, oh abeto, porque cayeron los cedros; aullad, encinas de Basan, porque cortados han sido los bosques mas fuertes.» Este llanto de los profetas, leido sobre los despojos del Líbano, presenta humillada la soberbia y presuncion humana por el eco de aquella voz tan poderosa que con solo su aliento arrancó los cedros, tronchó sus enormes ganchos, y los esparció como plumas por el viento. Isaías anunció que los bosques del Líbano serian derribados con acero, quedando en pié un número tan escaso de cedros que podria ser contado por un niño: la simple vista nos prueba hasta qué punto fué verdadera su profecía; ahora doscientos años se contaban veinte y tres, y hoy ya existe apénas la mitad de estos patriarcas del mundo vegetal y testigos de las edades bíblicas, como los ha llamado un viajero contemporáneo. Aquí en la cumbre del Líbano, en presencia de estos árboles que vieron á mil generaciones diferentes sucederse unas en pos de otras, que sintieron la influencia de cien monarquías y de cien legisladores, extendiendo mi vista descubria la mas interesante y mas enérgica de cuantas perspectivas pueden ofrecerse. Pisaba el suelo del reino de Tiro, donde treinta mil hombres escogidos en Israel cortaron cedros en el Líbano; miraba de léjos las aguas del mar Grande, donde mil embarcaciones recibian maderos para construir la casa del Señor; veía las tierras de aquel Azur, cuya fuerza era comparada á la de los torbelillos de altar mar; contemplaba el Thabor y el Carmelo, cuyos picos descuellan entre los montes con la belleza de una flor de primavera; é iba á entrar en aquella Palestina que manó leche y miel para saciar á los hijos de Jacob. Pero ni en los collados de la montaña resonaban los golpes de hacha de aquella muchedumbre, ni el mar Grande tenia sobre sus aguas un solo buque

para recibir cedros del Líbano : la fortaleza de Azur desapareció, y sus regiones viven en silencio; al Thabor pasó su gloria, el Carmelo está marchito, y la Palestina convertida en un monton de piedras... Habria gritado llamando á Hiran y á los príncipes de Judá para preguntarles ¿dónde estaba su antigua gloria?... Mas ¡ah! que todos estos pasaron... Llamé mas bien á los profetas; estos viven, y me respondieron : « Arrasó el Señor los pueblos, dejólos solitarios, arrojó y destruyó sus habitantes, para que conozca todo el mundo que Dios es el Rey de reyes, y que en su mano están los imperios de la tierra. »

Dos naciones que fueron siempre rivales, pueblan el Líbano y sus inmediaciones; y su diversidad de orígen, creencias y costumbres excita con frecuencia la una contra la otra. Los Maronitas fueron los primeros que llegaron al Líbano, dirigidos por Maron, piadoso obispo de Botriz, quien reuniendo en rededor de su monasterio de Kanobin á los cristianos que huian de la persecucion de los Árabes, les conservó en la fe con su ejemplo y con sus instrucciones. Aumentado el número de los que huian con nuevas persecuciones que en distintos puntos del Asia se iniciaban contra el cristianismo, los Maronitas llegaron á formar un pueblo numeroso que por su valor y disciplina se hizo respetar del imperio otomano. Ellos hicieron parte del reino de Jerusalen durante los cruzados, y conquistados despues por los musulmanes, entre los sufrimientos de toda especie que les acarreara su dominacion, ningun otro bien conservaron tan intacto como la pureza de su fe católica; se distinguen por la dulzura de su carácter y por su fidelidad y sencillez de costumbres. Miéntras los pueblos orientales parecen adormecidos para el trabajo, el Maronita despliega una constante actividad; su genio emprendedor le lleva á todas partes, y así en el comercio como en la agricultura no omite sacrificios para realizar empresas arriesgadas. El cultivo mismo del Líbano está demostrando esta virtud que tanto le

honra. «Esos terrenos que se ven trabajados fueron ganados palmo á palmo, la tierra que los fecundiza fué acarreada allí en cortas cantidades, y plantar cada uno de esos árboles ha costado lo que en Europa un huerto entero. Despues de este inmenso trabajo, cada vez que llega el tiempo de recoger su fruto, es necesario sostener continuas disputas, y estar prevenidos contra cada especie de atentados. Las nieves del invierno, los hielos de la primavera, las rocas que ruedan con los aluviones, los torrentes que se precipitan, todo aquí amenaza sucesivamente. Mas á fuerza de industria se ha podido abrir caminos á la impetuosidad de las aguas, oponer diques á la caida de los peñascos, sostener el suelo, limpiar los escombros, y prever todos los cataclismos (1).

Los Drusos componen la otra, y deben su orígen á Durzi, Turco de nacimiento y mahometano de religion. Adoran al kalifa Haken, creyéndole profeta tan santo como Mahoma, y á diversas divinidades representadas por figuras de animales. Segun su fe, el kalifa Haken volverá á la tierra el dia del juicio universal, para premiar á cada hombre segun sus méritos; ni los cristianos ni los judíos podrán tener parte en el reino eterno de aquel, y peregrinarán toda la tierra hasta purgar el delito de su ceguedad : el Evangelio es para ellos una profecía todavía por cumplirse, y cuya realidad tendrá lugar en el seno de los Drusos. Desterrados de la Meca, se buscaron un abrigo y una patria en las montañas del Líbano : la crueldad y la perfidia fueron siempre su carácter nacional, los robos y la mala fe les alcanzaron fama en todos los países orientales, y admira por cierto como poseyendo cualidades tan desfavorables hayan podido merecer las simpatías de una de las potencias mas fuertes y mas ilustradas de la Europa.

En la imaginacion de Dumas, « los Drusos son descendientes de los Israelitas que adoraron el becerro de oro en

(1) *Syrie moderne.* (Jules A. David.)

el desierto, conservan todavía las creencias de sus padres, y sus mujeres llevan sobre su cabeza el cuerno de una vaca, como triste vestigio de su idolatría. Las pobres lo ponen tal como es arrancado de la frente del animal, y las ricas revestido de oro y plata (1). » Deslices como este cometen con frecuencia los escritores que buscan en la novedad un mérito mas para sus composiciones; y no es por cierto aquella suposicion el primer sacrificio que hacen de la verdad los escritos del novelista, empeñado en conseguirlo para las suyas. Las mujeres de los Drusos, sin llevar los dorados cuernos que existieron solamente en la imaginacion de Dumas y de otros como este, adornan su cabeza con un largo tubo de plata ó de cobre, ancho en su base y casi de forma piramidal, que atan fuertemente con cintas y cadenas de metal. Los blancos velos que penden de la punta de aquel ridículo atavío descienden hasta cubrir sus piés, y les dan el aspecto de fantasmas. El becerro que adoran los Drusos es la representacion del dios Haken; los ministros de su culto pertenecen indistintamente á los dos sexos, y son distinguidos con el nombre de sabios (*akal*). En lugares dados se reunen en asambleas todos ellos, no para entregarse á la oracion, que no conocen, sino para ocuparse de negocios ocultos relativos las mas veces á delitos : fanático é ignorante el pueblo druso, cree serle todo permitido y comete sin escrúpulo los mayores crímenes siempre que puede contar con el secreto. En un dia señalado celebran una fiesta todos los sacerdotes y sacerdotisas, escenas lúbricas siguen á la lectura de un discurso que lee el mas anciano de los akals, y los frutos de este acto religioso son sagrados y reputados como predestinados, sean cuales fueren las obras de su vida. El catecismo de los Drusos tiene cierta semejanza con el de los francmasones en cuanto á los signos misteriosos y secreto inviolable que él hace prometer á los

(1) La *Presse*. (A. Dumas.)

iniciados. Á estas gentes se ha dirigido una mision evangélica salida de New-York, y que despues de haber comenzado sus trabajos en Beyrouth sin obtener resultado favorable, vino á fijar su residencia en uno de los lugares mas deliciosos del Líbano. Pero ni los Drusos, ni los Maronitas, ni ninguno de los Orientales simpatiza con las frias y abstractas doctrinas de los Evangélicos; y la mision de Abeih correrá la misma suerte que todas las otras del Oriente, luego que el oro de las sociedades bíblicas deje de pagar sus misioneros, y entónces la mision de los Evangélicos habrá concluido, sin poder gloriarse de haber realizado algo de provecho.

En el valle de Kadisca se ven todavía las grutas que habitaron millares de anacoretas y de solitarios; y á la verdad ninguna voz puede haber tan elocuente como la que permanece escrita en estos libros perennemente abiertos, y que acusan la frialdad de nuestro siglo, recordándole la vida fervorosa de aquellos hombres de penitencia y amantes de la soledad. Durante los ocho primeros siglos del cristianismo, los que abrazaban tal vida, mas rigorosa por cierto que la de los monjes, elegian grutas contiguas unas á otras, á las que reunidas llamaban *lauras*, y constituian bajo la direccion del abad del monasterio mas vecino. Esta manera de vivir, distantes de una sociedad cuyas intrigas y corrupcion conocian bien, tuvo tan numerosos imitadores, que la historia nos pinta llenos los desiertos de Nitria y de Tebáida y las soledades del Líbano y Palestina de lauras que habitaban millares de anacoretas. Hoy cuando las costumbres de los cristianos han perdido tanto del fervor que les caracterizó en los siglos primitivos, no son muchos los que van á encerrarse en aquellas; sin embargo, oí que existian algunos en los lugares mas escondidos de Kadisca, y yo ví cruces plantadas por otros en los valles desiertos del Jordan y del mar Muerto.

El patriarca maronita tiene bajo su jurisdiccion sesenta y

siete conventos, que encierran cerca de mil cuatrocientos monjes, y quince monasterios con trescientas religiosas. Extraño parecerá á muchos un número tan crecido de reclusos, y su consideracion se dirigirá naturalmente á escudriñar qué hacen encerrados en los monasterios tantos individuos. No es difícil la respuesta, cuando el proceder de los monjes para nadie es misterioso como el de los clubs, sus enémigos. Su proceder está perfectamente nivelado por una regla que es comun á todos: « Amor de Dios y amor del prójimo, » y hasta la mas pequeña de sus acciones debe conformarse á una constitucion que es peculiar á cada instituto. No fueron estas fruto del trabajo de sociedades secretas, como las que hoy dirigen á los encargados de volcanizar la Europa, preparando el cataclismo que la precipitará en el cáos, no; son la obra de maduras deliberaciones, sometidas á la autoridad correspondiente, y ejecutadas bajo la garantía que conceden las leyes de cada país. No obstante, preciso es descender individualmente á los monjes del monte Líbano, y decir en qué se ocupan los habitantes de sus sesenta y siete monasterios. Las naciones ilustradas, ántes de llegar al grado perfecto de cultura, recorrieron la misma escala donde han quedado estacionados los Maronitas; y de esos monasterios que arrancó el huracan furioso de la revolucion salieron los individuos que impulsaron su movimiento progresivo. Este servicio que rindieron á la Europa las órdenes religiosas, es el que prestan hoy los monjes á la sociedad en el monte Libano; y aunque atrasados en luces para dar lecciones científicas, enseñan muy bien los primeros rudimentos del saber humano y el principio fundamental de todos, que es la ciencia de la fe. Pero todavía hacen mas: enseñan á trabajar la tierra, á sembrar y recoger sus frutos; su suelo es el mas bien cultivado en toda la montaña, y ellos con el sudor de su rostro han hecho útiles aun los riscos para que contribuyan á la plantacion; tienen talleres, enseñan la herrería, la carpintería y el di-

bujo; son sastres y zapateros, y reciben aprendices en todos estos oficios; protegen ademas á los débiles, socorren á los pobres, y ponen en paz á las familias agitadas por la discordia. Dividen las horas del dia entre el trabajo y la oracion, porque sus cuidados no solamente se dirigen á socorrer la sociedad visible, sino tambien á la espiritual é invisible á que pertenecemos. Ved ahí en lo que se ocupan mil y cuatrocientos monjes.

En el monasterio de Keshaja, residencia del abad general de la órden de S. Antonio, ví en movimiento la imprenta que provee de alfabetos y de libros á todas sus escuelas. El mérito de este establecimiento podrán apreciarlo tan solo quienes conozcan las dificultades que fué necesario vencer para colocarle allí. ¡Cosa singular! cuantas imprentas he encontrado en el interior de la Siria, en Palestina y en el Alto Egipto, ocupadas en propagar la civilizacion, pertenecen á institutos religiosos; son de Franciscanos, de Lazaristas, de Dominicanos, de Jesuitas ó de otras congregaciones. Los que en Europa y en América se titulan *propagadores de las luces* no han ido á establecer imprentas entre las rocas escarpadas del monte Líbano, ni á las tierras mortíferas de Nínive ó el Aboukir: donde están sus intereses, allí solo hay para ellos tinieblas que ilustrar, y allí hombres que redimir de la ignorancia. ¡Los *frailes* fueron á llevar la civilizacion donde ellos no irán jamas!

Los colegios son numerosos en el Líbano, y entre los dirigidos por el clero indígena, el de Ainvaraca es adelantado comparativamente á los demas. Su jóven director, maronita de nacimiento y alumno de la Propaganda de Roma, á mas de los idiomas orientales, que le son como nativos, posee algunos de Europa, cuyo estudio ha introducido en su colegio. El de Ghazir, dirigido por los Jesuitas, recibió á los alumnos mas aventajados en los seminarios indígenas que enviaban los obispos para completar su educacion, hasta que los movimientos de Europa de 1848 privaron á sus directores de

recursos para mantenerlos. Cerca de cien alumnos, de las familias mas acomodadas su mayoría, y un número considerable de otros que son educados gratúitamente, completan hoy el personal del establecimiento. Tres hombres que llenos de celo arrostran allí todo género de contradicciones por hacer felices á los otros, tres hombres que viven aislados y sin mas sociedad que la de los idiotas del Líbano y Bárbaros del desierto, tres hombres que no disfrutan mas comodidad que la muy estrecha del religioso, ¿qué esperanza les sostiene en su vida de abnegacion y de sacrificios? me preguntaba á mí mismo. ¿Será atesorar bienes de la tierra? pero yo los he visto carecer á veces aun de lo preciso para sus necesidades personales; ¿halagar sus oidos oyendo repetir su nombre unido á títulos tan especiosos y retumbantes como el de *Principes del Libano*? ¡Ah! ménos, pues esa vanidad ridícula, si llegase á humillar la hidalguía de alguno, no podria quedar satisfecha desde que no poseen piastras ni pesetas para regalar. Otro fin existe pues en esos hombres y otro interes que no conocen los que jamas viajaron mil leguas, ni atravesaron mares ni desiertos para ir á examinar de cerca su conducta llena de nobleza. Miéntras que en Europa y en América la prensa se agitaba, ya condenando, ya defendiendo á la Compañía y á sus individuos, aquellos, gozando la dulce tranquilidad que inspiran en el alma la inocencia y la virtud, educaban sus alumnos, y se ejercitaban ellos mismos en el árabe y el egipcio para atravesar despues el desierto de la Arabia, é ir á predicar la fe y la civilizacion mas allá del Nilo y de la columna de Pompeyo en idiomas desconocidos en Europa. Ghazir tiene escuelas sucursales en Beljafa y en Raifun, y á los Jesuitas perteneció tambien el colegio que en Antoura dirigen los Lazaristas con excelente resultado. En el seminario de Bonsmar son educados, á la vista del patriarca, que en él reside, los jóvenes armenios que aspiran al sacerdocio. No muy distante este lugar de Alepo, Cilicia y Capadocia, que fueron sucesivamente me-

trópolis de la Armenia católica, ofrece á los patriarcas oportunidad para cuidar con mayores ventajas los intereses de la Religion, que les ha confiado la Iglesia. El seminario de Bonsmar, semillero fecundo desde muy atras de obispos dignos y celosos sacerdotes, trabaja con actividad en la grande obra de traer á la unidad la parte de la nacion salida de su seno.

El clero maronita es numeroso, y como no todo él se ha educado en los seminarios, muchos de sus individuos no son tan instruidos como pudiera desearse; mas en compensacion él alimenta una fe viva y sincera, es sólidamente piadoso y abunda en celo y caridad. Cada uno de sus individuos pertenece por lo regular al clero de una iglesia, y como estas son pobres, los sacerdotes lo son tambien. Á trescientas cincuenta y siete llegan las iglesias que están abiertas en el Líbano: he visto algunas adornadas con imágenes de papel, y cuyos paramentos sagrados, sumamente raidos, apénas podian cubrir los hábitos tambien raidos del clérigo celebrante; mas la devocion de este y de los concurrentes suplian aquel defecto, que en otra circunstancia y en otro lugar podria ser grave delito. En Karva, en Miruba, en Eden y en otros pueblos admiré tanto el ahinco de los fieles por acercarse á los sacramentos, como la infatigable constancia de sus presbíteros dispuestos siempre par administrarlos: mañana y tarde estaban esas pobres iglesias llenas de personas. El clero maronita, para dividir el tiempo y celebrar sus fiestas, sigue el calendario romano, usa en la misa y en los oficios de lengua siríaca, exceptuando la Epístola y el Evangelio, que se cantan en árabe para inteligencia del pueblo; sus vestiduras sagradas y pontificales son las mismas que ordena el rito de Roma.

Á la sombra de las iglesias y en casas tan pobres como estas mismas, no es raro encontrar pendiente de la puerta una campanilla que suena sin cesar tirada por manos infantiles, y todavía mas débiles por su sexo femenil; el viajero que

pida ser admitido en estas humildes chozas, encontrará escondido en su interior un espectáculo mas bello que el pasado esplendor del monte Líbano. Verá comunidades de vírgenes escondidas á todos, ménos á los niños que las buscan cada dia para recibir sus lecciones, y coros inocentes que trabajan con el cuerpo y el espíritu en la escuela y en la meditacion por la felicidad de un mundo á quien les ligan, no los vínculos de la carne, que cortaron, sino los mas santos de la caridad. ¡Oh, qué espectáculo tan tierno es ver llenos de niñas esos asilos de la virtud, y á sus pobres habitantes repartirles el mas precioso de todos los tesoros! Estas humildes religiosas son Salesas, y entre sus conventos hay algunos cuyos individuos pertenecen á familias venidas de la Arabia.

Descendiendo del Líbano por el lado del Oriente nada percibia semejante al opuesto que dejaba: en vez de pueblos, huertos, iglesias y monasterios, solo divisaba un país desierto y peñascos desnudos de vegetacion. Algunos arbustos encontraba entrando en la antigua Celesyria, pero pálidos y marchitos por los rayos de un sol abrasador. No pueden describirse los sentimientos que se experimentan mirando este inmenso país, desierto casi del todo, y donde en tiempos remotos se realizaron sucesos memorables, de que nos ha conservado algun recuerdo la Escritura Santa. De Aphec, que sirvió de refugio á Benadab, rey de Siria, vencido por Acab, no quedan mas que las ruinas de un gran templo que creen algunos seria el de Vénus Aphacite, y ni un vestigio siquiera de aquella muralla tan enorme que uno solo de sus lienzos oprimió al caer veinte y siete mil soldados.

Balbec presenta el mismo cuadro dibujado como el anterior bajo la influencia siniestra de desolacion y de amargura; una diferencia existe, no obstante, entre ambas: las ruinas de la ciudad célebre del Sol, la famosa Heliópolis, parecen animadas de cuando en cuando por el murmullo de una poblacion compuesta de habitantes cristianos, musulmanes y judíos. El gran templo de Baal se deja ver cual vasto

cementerio, cuyas tumbas son las columnas tronchadas, los caidos chapiteles y las cornisas sembradas en toda la extension del pavimento. Penetrando esas montañas de escombros, ¿qué va á contemplar el transeunte miéntras tanto? Los gabinetes arruinados donde sacerdotes paganos se entregaban en secreto á las ceremonias supersticiosas de su religion, y los tronos y los nichos que ocuparon las estatuas de los ídolos, símbolos de los vicios que manchaban aquellas nocturnas festividades. Si el primor artístico que se advierte en la mayor parte de estas ruinas sorprende al arquitecto que las contempla atónito, el entendimiento, que penetra mas allá de lo que ven y palpan los sentidos, se horroriza de los excesos que recuerdan esas ruinas, y se cometieron sobre esa misma tierra que cubren los escombros de los edificios que las cobijaron.

La voz apostólica retumba sobre las ruinas de Balbec como sobre las de Aténas, de Alejandría y de Corinto, como si se propusiese levantarlas animándolas del espíritu vital que inspira la palabra del Señor. Á los Lazaristas ha cabido esta gloria de ilustrar á los hombres, que por cierto es mas honrosa que cuantas pudieron adquirir los filósofos que fueron á contemplar el curso de los sucesos humanos, sentados sobre los escombros de Balbec, ó el de los movimientos de los planetas sobre las ruinas de Palmira. En Balbec residen obispos católicos del rito maronita y del armenio, á cuya comunion pertenece la mayoría de sus habitantes cristianos.

Damasco, tan célebre por los recuerdos históricos que nos dejó miéntras fué capital de la Siria, como despues por la trasformacion que la mano de Dios obró á sus puertas súbitamente en el corazon de Saulo, es una de las ciudades mas populosas del imperio turco. Á los mahometanos, que forman dos tercios de su poblacion, ha distinguido un fanatismo intolerante ántes que la ciudad fuese ocupada por el ejército egipcio mandado por Ibrahim Pachá en 1840. Las órdenes dadas por este y las medidas que adoptó para mejo-

rar la situacion moral y política de la Siria, cambiaron notablemente aquel espíritu exaltado, enemigo de todo bien. Golpes mortales dados en lo mas santo del Koran, es decir, en el sacerdocio, debilitaron el fanatismo; y la influencia de los derswiches, que en Damasco se sentia mas que en alguna otra parte, apoyada por la supersticion de ciudadanos opulentos, desaparecia casi del todo. El general Ibrahim expidió un decreto desterrándoles de la Siria por *embusteros é inmorales.* Para él nada valia la sensacion que su providencia iba á causar en una plebe afeminada por la sensualidad. Creía superior una sola bayoneta de su ejército á todos los moradores de una populosa ciudad turca. Se mantuvo inexorable á los reclamos que se le dirigieron; y cuando los derswiches, haciendo alarde de su desobediencia á la ley y apoyados en el prestigio imponente que les daba la fe en la conciencia del pueblo, se paseaban por las calles de Damasco, Ibrahim los hizo capturar en número de trescientos, y atados á los pilares de los cuarteles, azotarlos en castigo de su insubordinacion, obligándoles á cumplir inmediatamente el tenor de su decreto bajo pena capital. Los supersticiosos musulmanes esperaron el castigo que habria de reducir á polvo al sacrílego Pachá, mas su esperanza fué vana: la impudencia de los derswiches quedó castigada por entónces, y la supersticion del pueblo principió á debilitarse con rapidez.

Los cristianos, sobre ser tratados vilmente, no podian ántes de Ibrahim sino habitar el *barrio franco*, ni tenian derecho para pedir justicia, ni aun les era permitido disfrutar ciertas comodidades de la vida que permiten, no ya las riquezas sino la medianía, como andar á caballo, por ejemplo, dentro del recinto de Damasco. El ilustrado Pachá apreciaba, como debia, estos tristes efectos de una vergonzosa intolerancia, y arrasándolos con el filo de su espada, cual si removiese barreras opuestas por los vicios, dió libertad á los cristianos. No carece de espiritualidad su respuesta

dada á las observaciones de los muftís, que reprobaban una de sus disposiciones. « Desde hoy estarán elevados en Damasco los Francos sobre los Turcos, le decian. — ¿Por qué? — V. E. acaba de permitirles que se paseen á caballo en nuestras calles, y ninguno dejará de hacerlo. — En vuestra mano está evitarlo: si montan ellos á caballo, montad vosotros en camellos, y conservaréis vuestra superioridad. » Auxiliado con tales providencias, hizo el catolicismo progresos considerables, abrió sus templos, estableció escuelas y fundó colegios para la instruccion pública. Si ese gobierno poderoso cuya bandera domina todos los Océanos, cuando cruzaba el mar de las Antillas para impedir la introduccion de esclavos en Cuba, no hubiese mandado sus escuadras para reducir nuevamente á esclavitud moral y material á los habitantes de Siria y Palestina, hoy el cristianismo los habria civilizado, y vivirian en posesion de los derechos que solo gozan los hombres á la sombra del Evangelio. Mas y no obstante los diversos tropiezos levantados nuevamente contra el cristianismo en toda la Siria despues de la retirada de Ibrahim, se encuentran en Damasco mas de veinte mil católicos y diez mil cismáticos de diferentes comuniones. Los Franciscanos y los Capuchinos, los Lazaristas y los Jesuitas trabajan en la direccion de aquellos con celo infatigable. Los últimos reciben en sus colegios una juventud deseosa de instruccion, miéntras los primeros abren sus escuelas á los niños y sirven el ministerio parroquial. Como los sacerdotes que desempeñan la mision católica de Oriente hablan el idioma del país en que viven, en las parroquias de Damasco se predica cada domingo en árabe y en turco. Mucho llamó mi atencion el recogimiento del auditorio, y mucho mas la gravedad con que un muchado vestido de traje talar encarnado cantaba en idioma vulgar la Epístola en cada misa. Esa voz tierna repetia ahora al pueblo, ya las amonestaciones paternales que le hizo casi dos mil años há un fervoroso convertido, ó ya las solemnes predic-

ciones que cantaron los profetas en pueblos vecinos á la Siria.

El patriarca griego católico reside en Damasco al frente de su seminario. Un anciano, que pasó su juventud en los colegios mas adelantados de Italia, y á quien la literatura árabe debe excelentes traducciones de obras de teología y de liturgia, ocupa una silla que la hicieron venerable en otros siglos la ciencia y la piedad de muchos Padres esclarecidos de la Iglesia (1). Su catedral presenta repetidas veces el bello espectáculo del pastor rodeado de sus ovejas para alimentarlas con el pan de vida eterna, y las escuelas el bien edificante de un octogenario en medio de niños, que satisfacen sus preguntas llenas de interes por su progreso en el cultivo de su entendimiento. Si los últimos sínodos presididos en Jerusalen por este prelado no tuvieron la aprobacion competente, su pronta y entera sumision á la voz del Príncipe de los pastores le hizo tanto honor como pudieran á cualquier obispo acuerdos los mas oportunos que hubiese hécho en servicio de la Iglesia de Dios.

Un suceso lastimoso contristó la comunion católica de Damasco no hace mucho tiempo (2), y sobre sus sangrientos detalles se han escrito gruesos volúmenes que circulan en diversos idiomas europeos. La sangre de un sacerdote conducido engañosamente por hombres que solicitaban los auxilios de sus conocimientos médicos hasta el barrio de los Israelitas, sacrificado allí, y despues de él su criado, que le buscaba; ¡ved ahí el crímen que le consternó, y con ella á cuantos aborrecen la traicion, la crueldad y la impostura que con toda la deformidad que le es propia se dejan ver en el proceso iniciado para la averiguacion de aquel delito abominable! El P. Tomas fué la víctima, y su nombre se oía repetir en Damasco hacia treinta años entre los católicos como de

(1) El ilustrísimo Sr Masloun ha traducido al árabe algunas obras de S. Francisco de Sáles, S. Ligorio y Séñeri.
(2) 1840.

sacerdote celoso, y entre los disidentes como propagador de la vacuna, como médico caritativo y como protector de los afligidos y de los inocentes. El cadáver de este hombre venerable, dividido en trozos, fué encontrado por la policía, merced á las celosas pesquisas hechas por el cónsul de Francia, y su sangre habia servido para amasar el pan que envia cada año la sinagoga á sus afiliados en la solemnidad pascual. Estos hechos se probaron hasta la evidencia; pero á pesar de todo, el proceso quedó escondido bajo sacos de oro que Judíos europeos amontonaron en el divan de Damasco, para ocultar un crímen tan enorme, y que añade una nueva mancha á las infinitas que recaen sobre la nacion israelita. El P. Tomas dejó de existir, asesinado alevosamente y del modo mas cruel (1); pero los numerosos individuos arrancados por él á la supersticion judáica viven todavía acusando la ceguedad de sus connacionales, cuyos pechos son capaces de abrigar sentimientos tales como los que manifiestan aquellos delitos espantosos. Las víctimas que hace veinte siglos sacrifican dia por dia los enemigos del catolicismo, jamas podrán inspirar temor al corazon de sacerdotes que, cuando abrazaron el apostolado, bien sabian que la Cruz era su herencia, y que en ella debian sellar en caso necesario su mision.

Nada existe en Damasco de su antigua suntuosidad: aquellos soberbios muros flanqueados por torres que fueron creidas alguna vez indestructibles, los vemos caidos á trechos; los hermosos templos, entre los que la catedral de S. Zacarías figuraba el primero por el esplendor de su arquitectura, están profanados por el culto de Mahoma; algunos pequeños adornos que llevaron ciertas casas en época venturosa, se conservan, aunque mutilados é imperfectos, y son las únicas reliquias que publican la pasada magnificencia de la famosa

(1) Los permenores de esta tragedia pueden verse en la obra del cónsul frances en Damasco, M. Achille, cuyo título es: *Affaires de Syrie.*

capital de Siria. Una calle miéntras tanto, conservando el mismo nombre que tenia ahora veinte siglos, sirve de monumento á uno de los sucesos mas felices para el cristianismo: es la *Via recta*, que atraviesa toda la ciudad, llevando consigo los detalles de la conversion de Pablo, Apóstol de los Gentiles. « Levántate, dice Dios á Ananías, y busca en casa de Júdas, que mora en la *Via recta*, á Saulo de Tarso..... anda presto, porque le he elegido para llevar mi nombre delante de las gentes, de los reyes y de los hijos de Israel. Ananías impone sus manos al recien convertido, cuyos ojos se abren nuevamente, se levanta, recibe el bautismo, y lleno de Espíritu del Cielo predica en las sinagogas á Jesus, verdadero Hijo de Dios. En vano preguntaban todos: ¿No es este quien vino á Damasco para conducir presos á Jerusalen á los que creían en Cristo? Pablo mucho mas se esforzaba y confundia á los Judíos de Damasco probándoles la divinidad de Jesucristo. » Todo el maravilloso contenido de este cuadro se contempla allí agrupado en rededor á la mano del Señor que trasforma el corazon de Saulo, la obediencia de Ananías, la hospitalidad de los primeros cristianos y la fortaleza apostólica de un perseguidor de Cristo trasformado en discípulo suyo. Se cree generalmente que la mezquita que existe en el centro de la *Via recta*, edificada sobre los cimientos de una iglesia cristiana, fué el lugar donde existió la casa de Ananías, á quien habló la voz de Dios. Fuera de los muros de la ciudad se muestra un sitio que se dice ser el de la conversion maravillosa del Apóstol, mas esto no se sabe positivamente.

Pero me era necesario ya volver, y perdiendo algo de lo andado tomar la ruta de la costa para ir á Nazareth, pasando por Sidon, Tiro y Tolemáida. Por poéticos que sean los colores con que los viajeros nos pintaron á lady Ester de Stanhope, yo no habria tomado tal ruta si se tratase solo de conocer á esta dama, tan célebre por sus predicciones que tanto influyeron en Lamartine, que creyó verlas cumplidas

en la revolucion de 1848. Se trataba de tomar el camino conveniente, y sobre este mismo quedaba Djoun, que hicieron tan conocido las excentricidades de la fantástica reina de Palmira. No he visto á esta dama, que ya no existe; mas el motivo de sus ruidosos viajes la privan ciertamente del apoteósis que quieren consagrarle sus admiradores y panegiristas. Sin grandeza de alma para resistir las desgracias, y aun sin la religion que pudiera inspirársela, lady Stanhope dejó Lóndres para ir á ensanchar en el Oriente sus ideas singulares, y dar pábulo á su imaginacion romántica. Uno de sus parientes escribia al custodio de la Tierra Santa, diciéndole entre otras cosas: « Esta ilustrísima y honorable señora viaja por el Levante, porque así lo exigen su salud y su gusto; pero yo le he de agradecer continúe sus bondades y le proporcione arbitrio, á fin que venga á reunirse conmigo en esta isla de Menorca. » Mas uno era el pensamiento del señor Sidney Smith, y otro muy diferente el de lady Stanhope, su parienta, que despues de correr gran parte del Levante, encontró muy á propósito la colina de Djoun, para resucitar en sus alturas pintorescas el palacio de las Hadas, desde donde ella, cual nueva sibila, atravesase con ojo penetrante los siglos del porvenir, para hacer resonar luego el desierto con el eco de sus predicciones. El atractivo de las piastras que derramaba entre los Árabes y su altivez á nada comparable le alcanzaron el nombre de *Reina*, que á pesar de su ilimitado republicanismo le sonaba bien; su belleza extraordinaria la hizo pasar alguna vez por divinidad en el entendimiento estúpido de los Beduinos, sin que ella rehusase sus inciensos; y sus excentricidades, coloreadas por las inspiraciones poéticas de los Orientales, la presentaron siempre como un ser grande, pero desconocido é indefinible para estos. Sabidas son por todos las aventuras de esta mujer en su desierto, y el caballo que educaba para el *Mesías*, que, segun ella, habia de venir á residir en su palacio y á acompañarla en sus paseos, es todavía proverbial

por su brio en los contornos de Saida. Sensible es que Volney, tan ateo como lady Stanhope, no hubiese escrito cuarenta años despues; sin duda la vida y las aventuras de la sibila de Djoun le habrian suministrado material copioso para formar episodios mas hermosos que los que ha dejado en sus *Ruinas de Palmira*. Lady Stanhope dejó de vivir en 1839 rodeada de miseria, y su palacio le ha sobrevivido bien poco, pues de él apénas se ven las murallas desplomadas y próximas á caer.

Dejando atras la colina de Djoun, á poca distancia encontré Saida, la antigua Sidon, capital de los Fenicios, pero sin talento como la cantó Homero, sino oprimida bajo las ruinas de sus palacios como la contemplaron los profetas. Saida era capital de provincia y residencia de su gobierno, hasta que un firman de Dejerzar la trasladó á S. Juan de Acre; pero una página de la historia del mas piadoso rey de Francia, Luis IX, le dará eternamente mayor realce que la silla del pachá. « Los cruzados ocupaban á Sidon, y con su ardor característico restablecian sus muros y edificios, destruidos totalmente. El ejército musulman, cayendo sobre ellos de repente, los pasó á cuchillo, robó sus casas, y se marchó al instante. El rey estaba á la sazon en Tiro, y apénas oye la triste nueva, cuando puesto á la cabeza de su tropa lijera llega á Sidon, para vengar la sangre de sus hermanos. Pero el espantoso espectáculo de millares de valientes que ve tirados en las calles y en el campo le detiene; manda sepultarlos, mas no hay quien se encargue de llenar tan triste deber, pues la putrefaccion era tal que temian los vivos correr la suerte de los muertos. Luis invita al legado del Papa para bendecir un cementerio, y luego, cargando él mismo un cadáver sobre sus hombros, dice en alta voz á sus soldados : « *Vamos á cubrir con un puñado de tierra á los mártires de Jesucristo.* » Todos imitaron el ejemplo de su rey, y los cruzados muertos por la espada mahometana recibieron los honores de la sepul-

tura (1).» La arena del mar ha cubierto tal cual recuerdo que pudiera verse de la antigua magnificencia de Sidon, destruida por el tiempo y los combates.

Tiro dista siete leguas escasas de Sidon, y atravesando yo el territorio que divide estas dos grandes capitales, rivales en otro tiempo, me sentia poseido, no de respeto que me inspirase la solemne majestad de sus recuerdos, ni el soberbio esplendor de sus pasadas glorias, sino la presencia del Salvador, que santificó este país con sus visitas tantas ocasiones. El cuadro sublime de la mujer gentil que nos dibuja la pluma inspirada de un evangelista (2), fijo en mi mente, me hacia contemplar cada lugar, cada colina y cada bosquecillo, como testigo del prodigio que aquel nos representa. Estas dulces emociones inspiradas por la fe son mas bellas que toda la poesía con que adornaron sus paisajes los viajeros en Oriente. En ellas encontramos, no figuras estériles que mueren en la imaginacion donde nacieron, sino el símbolo de nosotros mismos que representa alguna circunstancia solemne de nuestra vida. La desolacion de Tiro se percibe mejor que la de Sidon, merced á los escombros y á las ruinas que existen todavía. La *Reina de los mares*, celebrada por la historia, la fábula y la poesía, arrasada por Nabuco, y vuelta á levantarse de su postracion sobre las aguas de un mar sereno y cristalino; tomada de nuevo muchas veces, y vuelta otras tantas á levantarse, esclava de diferentes señores, y sometida á su voluntad y á sus caprichos, recuperó bajo la dominacion de los cruzados mucho de su antigua nombradía. El Evangelio tuvo en Tiro un número crecido de creyentes desde el tiempo de Jesucristo: ellos murieron victimas de su fe, y su sangre fué derramada con tal profusion, que anegó sus calles y sus plazas, del mismo modo que las furiosas batallas de los Asirios. Mas

(1) *Corre pondance d'Orient*, t. V. (M. Poujoulat.)
(2) S. Mateo, cap. xv.

esa Cruz, por cuyo amor morian tantas víctimas, debia al fin levantarse victoriosa y dominar la *Reina de los mares.* Así sucedió; y nosotros contemplamos todavía el inmenso monumento alzado en memoria de ese triunfo por el primer soberano á quien fué dado conocer que la Cruz ignominiosa era árbitra de los tronos y de las victorias. Este es la basílica de S[to] Tomas, levantada por Constantino el Grande y ocupada hoy por las pobres casuchas de algunas familias mahometanas. Aunque la mayor parte del vasto edificio está destruida, lo que permanece en pié y los escombros de la parte caida nos retratan con fidelidad su magnificencia primitiva. Un pueblo miserable que tiene por nombre Sur, establecido sobre los vestigios de Tiro, ved ahí cuanto queda de la gran ciudad «habitada por un pueblo numeroso como las arenas del mar, cuyos príncipes abundaron en riquezas, habitaron palacios de mármol, y eran servidos por esclavos numerosos.» ¡Los escombros de un templo destinado á un culto que no conocieron sus príncipes, y unas pocas familias venidas del desierto para apropiarse los tesoros que creían encontrar bajo el polvo de sus ruinas!

No tardé en llegar á los pozos de Salomon (1): sus muros son gruesos como los de una fortaleza, y la época de su construccion parece efectivamente remontarse hasta aquel monarca, que, segun se cree, hizo construir esos inmensos depósitos para conducir las aguas que se precipitan del Líbano hasta el palacio del rey de Tiro, que le habia provisto tan generosamente de maderas para su gran templo de Jerusalen.

Mas feliz que Tiro, la antigua Tolemáida ostenta sus altos muros sobre el mar, que atraviesa el viajero cuando viene á estudiar en la tierra clásica de la fe los dogmas y las tradiciones primitivas del linaje humano, y á recordar sobre los lugares mismos los sucesos mas memorables que pudieron

(1) Rao-el-Ain.

realizarse jamas sobre la tierra. Me encontraba ya en Palestina, y adonde quiera que volviese mi vista, divisaba recuerdos sagrados para la Religion. Voy á examinarlos: las misiones de Tolemáida, dirigidas por Jesuitas y Carmelitas, no me detendrán; ni la antigua Porfiria, cuyas reliquias se ven cerca de la moderna Caifa, me demorará mas que el tiempo necesario para preparar mi subida á la cumbre del Carmelo. Á la sombra de una iglesia recien fabricada me detuve algunas horas, y diré para honor del sacerdocio católico lo que allí no pude ver sin conmocion: un párroco de setenta años desempeñaba el oficio de albañil, miéntras un jóven religioso lego le servia las piedras y la cal; ¡ vedlo ahí ! Él continuó tranquilo su trabajo, despues de haberme recibido con la mayor cordialidad y mandado á su ayudante me acompañase á la iglesia. « Temo, me decia, que vengan las aguas, y destruyan en una hora el trabajo de tantos dias.» Si Lamartine hubiese presenciado un espectáculo semejante, no hubiera llamado *príncipes orientales* á los misioneros del Levante. La abnegacion de este religioso carmelita no es única: en casos semejantes he tenido ocasion de conocer igual virtud en los misioneros católicos de Oriente.




EMANVELE
VITTORIO
IN ROMA
BIBLIOTECA



NAZARET

CAPÍTULO XI.

El monte Carmelo. — Sus recuerdos venerables. — Palestina contemplada desde la cumbre de la montaña. — La Santa Biblia vindicada. — Excursion por la Galilea. — Torrente Cison. — Elías acusado como revolucionario. — Su respuesta señaló quiénes deben ser denominados así. — Nazareth. — Casa de la Encarnacion. — Taller de S. José. — Monte del Precipicio. — Mesa de Cristo. — Estacion cotidiana. — Fuente de María. — Imposturas refutadas. — Séforis. — Caná de Galilea. — Reconocimiento de los niños árabes. — ¿Lo aprendieron acaso de los Europeos?

El Carmelo fué tenido siempre como una montaña santa, y venerada del mismo modo que el Sinaí y el Horeb. Se levanta, cual elevado promontorio, entre Tiro y Cesarea, se extiende como cinco leguas hácia el Oriente, se eleva en su parte mas alta dos mil piés, y se abate variando de formas y aun de nombre durante la larga continuacion de su carrera. En la division hecha de la tierra prometida cayó en suerte á la tribu de Azer, que se acampó al Septentrion, á Zabulon, que plantó sus tiendas al Oriente, y á Issacar, que tomó posesion del Mediodía. El mar baña su base occidental, que en forma de punta elevadísima se introduce hasta muy adentro de las ondas, para anunciar al peregrino que viene desde América ó Australia, que ha arribado á la tierra de sus deseos, y terminado su penoso viaje. Chateabriand pinta con viveza la impresion que causa la primera vista de este monte, donde tantos acontecimientos bíblicos y tantas tradiciones venerables descansan agrupados en rededor de sus colinas y á la sombra de sus terebintos y palmeras. «Me despertó, dice, una confusa gritería, y abriendo los ojos ví á los peregrinos

mirando con ansia á la proa del navío. Todos se apresuraban á señalarme el Carmelo, que no tardé yo tambien en divisarlo, como una figura redonda debajo de los rayos del sol; y entónces me arrodillé segun el uso de los Latinos. No sentí en mí aquella especie de inquietud que tuve cuando descubrí las costas de la Grecia; pero al ver el país originario de los Israelitas y la patria de los Cristianos, me sentí penetrado de temor y de respeto. Iba á desembarcar en la tierra de los milagros, donde tuvo su orígen la poesía mas sublime, y donde, aun hablando humanamente, se realizó el suceso mas admirable de cuantos mudaron la faz del universo, cual fué la venida del Mesías; iba á tocar aquellas costas que recorrieron, como yo, Godofre de Bullon, Raimundo de S. Giles, Tancredo el Bravo, Roberto el Fuerte, Ricardo Corazon de Leon, y aquel S. Luis cuyas virtudes fueron admiradas por los mismos infieles. Siendo yo un peregrino desconocido, ¿cómo me atreveré á pisar aquella misma tierra, ennoblecida por tan ilustres peregrinos (1)?»

El Carmelo fué la habitacion favorita de los profetas; y los mas grandes sucesos de Elías, el patriarca de todos, allí se encuentran consignados: aquel dejó á Eliseo con su manto la gruta del Carmelo, y despues de este sus discípulos la conservaron hasta la predicacion del Evangelio. Los monjes sucedieron á los profetas, y las grutas habitadas por justos que esperaban á Cristo, lo fueron desde luego por los que profesaron vivir segun la doctrina de este. La santa montaña vió elevarse monasterios sobre sus colinas, y la gruta de Elías fué convertida en templo por los fervorosos cenobitas. Las incursiones del Occidente en el Oriente, que desgraciadamente sucumbieron bajo la espada musulman, trasformaron la silenciosa montaña en fortificaciones militares, y el estampido del cañon retumbó en las grutas de los solitarios, que no escuchaban hasta entónces mas que los gemidos de la peniten-

(1) *Itinéraire de Paris à Jérusalem.*

cia. Los monjes abrieron sus puertas á los Franceses heridos bajo los muros de S. Juan de Acre; y cuando Napoleon se retiró de enfrente de la plaza, aquellos fueron perseguidos y su monasterio abrasado por las llamas. Un religioso salió de Roma (1) para reparar sus ruinas; y el pachá Abdalah, para desvanecer hasta la sombra de esperanza que pudiera abrigar de realizar su empresa, hizo minar los muros y saltar las piedras de los cimientos. Mas no renunció por eso aquel á su designio: fué á Constantinopla, y mediante las recomendaciones de la Francia obtuvo un firman que permitia la reconstruccion del arrasado monasterio, que no tardó en aparecer levantado por las generosas oblaciones de todo el catolicismo. Este edificio, que puede llamarse magnífico en toda la extension de la palabra, tiene en su centro una bella iglesia consagrada al culto de la Madre de Dios: bajo del altar mayor se ve la gruta del profeta Elías, desde donde asegura la tradicion haber contemplado este la pequeña nube que subió del mar, y bañó luego toda la tierra con la abundancia de sus aguas, símbolo verdadero de la Vírgen María, á quien se dedicó tambien esta cueva convertida en oratorio. Quince cenobitas de la reforma Sta Teresa moran en el convento, en cuyos alrededores no se encuentra habitante alguno, siendo así la representacion mas perfecta que puede darse de la vida solitaria de los antiguos monjes. ¡Qué sentimientos tan profundos dispertaba en mi alma el sonido imponente de la campana de média noche, resonando en medio del silencio eternal de aquel desierto! ¡Pero cuánto mas profundos todavía los que le inspiraba el grave y sublime canto de los sacerdotes, que, de entre todas las privaciones de que se compone su vida austera, alzan su voz convidando al universo *á regocijarse en el Señor* (2)! Estas impresiones son

(1) El hermano Juan Bautista, carmelitano descalzo, que reedificó el monasterio.

(2) *Venite, exultemus Domino!!!*

desconocidas para los que desconociendo tambien el espíritu de los institutos monásticos, preguntan con extrañeza: « ¿ *Qué hacen* esos monjes en su desierto? » Lamartine dedica unas pocas páginas de su viaje á estos fervorosos religiosos. « He visto, dice, á uno de los Padres del Carmelo que ha pasado cuarenta años en una casita dando hospitalidad á los pobres: dos veces cada dia subia y bajaba la montaña para ir á orar con sus hermanos. La dulce expresion de serenidad de alma y alegría de corazon que brillaba en sus maneras me asombró. » Este mismo contento que admiraba Lamartine en uno de los religiosos, yo lo encontré en todos ellos sin que me asombrase, porque *el regocijo* es resultado de la virtud del corazon.

No muy distante de la iglesia se ve la gruta de Eliseo, y en ella se cree haber oido el profeta los lamentos de la Sunamítis, que le pedia la resurreccion de su hijo; y casi al pié de la montaña está la gran caverna llamada hasta hoy *Escuela de los profetas*, á la que medí veinte y tres piés de largo y catorce de ancho: hoy sirve de almacen á un pescador árabe, por cuya casa es necesario entrar para visitarla. En su rededor se ven algunas otras pequeñas grutas abiertas entre las rocas, que parecen haber sido habitadas en un tiempo por personas que profesaban ermitaje.

En medio del jardin se eleva un modesto monumento de figura piramidal; él cubre los restos de los soldados franceses muertos por los Turcos que ocuparon el monasterio despues de la retirada de Bonaparte.

Sentado en la cumbre del Carmelo me entregaba á meditaciones que inspira la vista de Palestina. De las faldas opuestas de la montaña veía salir Galilea y Samaria: la feracidad de la primera sorprende; no obstante, sus cerros verdes y sus árboles frondosos parecen humillados delante del Thabor, que levanta su cabeza sobre todos, ostentando la gloria de que lo llenó la majestad del Hijo de Dios. Los campos de Esdrelon y las llanuras de Zabulon, cubiertos de verdura, están

publicando su antigua abundancia; allí crecen la encina y el terebinto, formando bosques á veces casi impenetrables; las vides se agrupan en los bajos que dejan las diversas crestas de los cerros, y en su alrededor se multiplican fácilmente los olivos, las higueras y palmeras. En esta region pintoresca, desierta casi del todo, resuena de cuando en cuando el grito salvaje del Árabe que abre con su arado el trecho de terreno que le producirá pan, ó la carrera del Beduino que atraviesa los valles para ir á guardar en la montaña los despojos del viajero que acaba de robar. El número de las poblaciones que se encuentran en Galilea es reducido como el de sus habitantes; situadas por lo regular en los cerros, nada participan de la belleza del país. El mal gusto y la pobreza de sus edificios, la suciedad de sus calles y habitaciones, las maneras agrestes de sus dueños contribuyen á darles un aspecto bien desagradable; pero sobre todo el aire sombrío y triste que parece dominarlas, se hace trascendental al viajero que las visita. Esta es la fisonomía verdadera de Séforis, Caná, Nain, Nazareth y Tiberíades, de las cuales las dos últimas son las mas considerables.

El aspecto de la Judea es de otra naturaleza: allí se presentan todavía mas al vivo la desolacion, el dolor, la muerte, la maldicion de Dios y su reprobacion; sus montañas áridas lo son aun mas por los montones de piedras de que están sembradas, y sus viñedos, sus olivos y sus palmeras no aparecen sino tristes, sirviendo como testigos de una felicidad pasada. Observando aquellas piedras cuidadosamente, fijándose en los restos de los muros que triunfando de la longevidad y de las revoluciones se dejan ver alguna vez, comparando su calidad y su naturaleza, se percibe fácilmente que fueron extraidas de las inmensas concavidades que se encuentran en los cerros, y llevadas para formar los parapetos y barreras que facilitaban el cultivo de aquellos hasta su mayor elevacion. Estas no son simples conjeturas, sino consecuencia que nace de la observacion concienzuda é im-

parcial que haga cualquiera en aquel país. Verdad es que el terreno de la Judea es pedregoso por su naturaleza, y bien lo acreditan las infinitas rocas que lo cubren en parte; pero no lo es ménos que un número infinito de esas piedras que hoy lo inutilizan, llevan esculpidas en sí mismas señales que obligan á reconocerlas como de orígen diferente. Aquellos riscos y estos montones de piedras son hoy habitacion de sabandijas que brota un suelo maldito : el chacal se oculta en sus agujeros durante el dia, cuando los abandona la hiena y la pantera para ocuparse en sangrientas excursiones. No he visto allí ninguna de esas inocentes avecitas que alegran con su canto otras regiones, ni mas volátiles que cuervos en bandadas que añaden nuevas sombras á un cuadro por sí tan espantoso.

¡Esta es la tierra, sin embargo, que fluia miel y leche, la tierra sobre la cual se derramaban las bendiciones del Cielo, y prometia Dios como herencia á su pueblo predilecto!.... ¿Y dónde están los jardines, dónde los bosques de olivos, vides é higueras bajo cuya sombra descansaba un pueblo fatigado por la guerra? No veo mas que un suelo cortado por profundas grietas, cubierto de ruinas y de piedras que lastiman los piés del caminante, sin exceptuar los mulos y camellos. No obstante, y prescindiendo de la Escritura Santa, donde la voz de Dios consignó aquellas solemnes promesas, esta tierra era famosa entre los Egipcios, Persas y Caldeos por su prodigiosa feracidad : no conocemos algun trastorno natural que haya sufrido, y por consiguiente es necesario buscar otro acontecimiento que haya producido en ella un cambio tan asombroso. Y ese pueblo, innumerable como las arenas del mar ó como las estrellas del cielo, ¿dónde está? ¿cómo ha dejado desiertas las colinas y los campos donde durante dos mil años cultivó sus huertos y jardines? Ese hogar paterno que oyó los primeros gemidos y recibió el postrer aliento de sus mayores, y cuyo título de posesion era nada ménos que la palabra de un Dios á quien adora, ¿podrá

acaso serle indiferente? Todas las naciones que figuraron en el rol del linaje humano subsisten aun, trasformadas algunas si se quiere por nuevas costumbres, conquistadas otras por diferentes razas, y con su nombre cambiado muchas por el de sus dominadores; mas el hecho es que existen cual página viviente de la historia, que las liga á la gran cadena que forman los sucesos de todos los pueblos de la tierra; sus ciudades conservan regularmente su nombre primitivo, y algunas de sus familias, poderosas ahora dos mil años, vivas aun en sus vástagos que florecen, pueden decir á sus connacionales: « Mirad, aquel es el lugar que habitaron mis abuelos hace veinte siglos... » Pero aquel pueblo cuya historia es la mas antigua del género humano, cuyos historiadores escribieron bajo inspiraciones celestiales, cuyo gobierno teocrático en su primera época es el único de esta forma que ha visto la tierra, y cuya cronología toda es una sucesion de milagros, de profecías y de acontecimientos singulares, ¿qué se ha hecho? De sus grandes ciudades han desaparecido unas, y escombros amontonados sirven como testigos para acreditar que existieron las demas; tumbas de profetas que alzan su cúpula carcomida en el fondo de valles solitarios, pirámides arruinadas que cubren las cenizas de algunos ilustres personajes de sus tribus, sepulcros de reyes y de príncipes que dirigieron los destinos de esta gran nacion hace tres mil años; ¡ved ahí cuanto queda del pueblo mas famoso del universo, y que por consiguiente era llamado á conservarse con preferencia entre todos los demas! ¡Él no existe ya en la tierra de sus padres, en la tierra cuya posesion recibió del mismo Dios! No se ha refundido en otra raza, ni ménos ha cambiado de nombre; él está derramado como el agua sobre la haz de la tierra; su suerte la pintaron los profetas muchos siglos ántes del suceso, y sus predicciones se cumplieron. « Justo es el Señor, leía yo abriendo la Escritura, justo es, y yo le provoqué á ira: oid, pueblos, mis desgracias, y juzgad de mi dolor. Descargó el Señor su indignacion, y nada perdonó de cuanto

habia en la casa de Jacob; destruyó en su furor las fortalezas de la vírgen de Judá, las echó por tierra, y amancilló al reino y á sus príncipes. Quebrantó en la ira de su furor todo el poder de Israel, retiró atras su derecha á vista del enemigo, y encendió en contorno de Jacob fuego como de llama devoradora. Entezó su arco como enemigo, afirmó su derecha como adversario, y mató cuanto habia hermoso á la vista en el pabellon de la hija de Sion. Derramó como fuego su indignacion, se hizo el Señor como enemigo, precipitó á Israel, precipitó todas sus murallas, desbarató sus fortificaciones, y llenó de abatimiento á hombres y mujeres de la hija de Judá. Desbarató como un huerto su tienda, demolió su tabernáculo, entregó al rey y al sacerdote al oprobio y á la indignacion. Hizo el Señor lo que pensó, cumplió su palabra que tenia dada desde tiempos antiguos, destruyó y no perdonó, alegró á los enemigos de su pueblo, y ensalzó la pujanza de su adversario. Pecado grande cometió Judá, por eso su suerte se ha cambiado; marchó á la servidumbre y á la afliccion, se esparció entre las naciones sin hallar jamas reposo. » Hé aquí la triste profecía que descubre el delito y el castigo que obraron aquel grande cambio, y hé aquí la respuesta que se dió hace casi veinte siglos á todos los que contemplando esta tierra infeliz echaron de ménos su abundancia, sus riquezas y sus glorias. Quien medite un instante sobre el estado del país bíblico despues de leer los profetas, y recuerde luego que vió los hijos de Jacob diseminados por Asia, África, América y Europa, conservando siempre su nombre, sus usos y sus tradiciones, verá hasta qué punto se cumplieron aquellas amenazas, vindicando hasta la evidencia la veracidad de la Biblia. Muchas horas estuve sobre la cumbre del Carmelo, y muchas mas habria permanecido todavía : tan solemne, imponente y majestuoso es el cuadro que allí ofrece el brazo de esa inmutable justicia que eleva ó abate las naciones, y robustece ó debilita los tronos de sus reyes. Pero me fué necesario bajar : la noche se acercaba, el sol escondia

sus últimos resplandores en el seno inmenso del Mediterráneo, y desde la altura del Carmelo ya no percibia mas que el Thabor, el Hermon y el Saron, como negras sombras que hacian duelo sobre la tierra de promision rociada con sangre del Justo, cuya muerte allí lloraron los profetas.

Dejé la cumbre del Carmelo, pero no sus apacibles colinas, que se extienden hácia la Galilea, adonde me dirigia, atravesando lugares que hizo memorables la victoria de Débora, y despues ennobleció todavía mas el celo de Elías, tan firme, tan intrépido y tan ilustrado. No tardé en llegar al Cison, cuyas aguas arrastraron los cadáveres de cuatrocientos cincuenta impostores que separaban al pueblo de su religion y de sus leyes. «Él es quien revuelve á Israel,» decian entónces por Elías Acab y todos los demas que quisieran ver triunfantes las supersticiones de pocos individuos que explotaban en su favor la credulidad de un pueblo inclinado á dejarse alucinar. «Él es quien revuelve á Israel.» Mas ¡ah! no era el profeta por cierto, pues no son revolucionarios los que sostienen la dignidad de las leyes, ni ménos lo son los que vindican las instituciones sagradas de los pueblos. Muy fácil es á los que tienen en sus manos el poder dar tales epítetos á los que contradicen sus medidas en oposicion abierta con la ley; pero no es su dicho la voz llamada á juzgar en este caso; ni lo es tampoco la de esa turba interesada que rodea el solio de los grandes, y solo puede medrar con la ruina de sus émulos.

«No soy yo quien turbo á Israel; sois vosotros, que no respetais las leyes, quienes provocais la revolucion,» respondió Elías. Contestacion categórica y la mas terminante que podia dar el diputado legítimo por Dios para enseñar al pueblo el respeto que se debe á la majestad de las instituciones; y contestacion categórica que señala á la vez en los trasgresores de las leyes, sea cual fuere su rango, los verdaderos revolucionarios que comprometen la paz de los Estados poniéndolos al borde de su ruina. La injusticia de la acusacion levantada contra Elías quedó de manifiesto, y el Carmelo y

el Cison brillaron iluminados por el fuego que mandó el Cielo para probar la virtud de su profeta.

Á medida que dejaba atras los campos de Esdrelon, me acercaba á una escarpada montaña, y despues de algunas horas de fatiga para subirla, me encontré delante de Nazareth, que como una gran fortaleza se extiende en la falda de los cerros. Algunos jardines y olivares se ven contiguos á la ciudad, y muchos mas podria haber si sus cuatro mil habitantes fuesen todos laboriosos. Un convento de Franciscanos se eleva en el centro de la poblacion; penetrando su recinto, cerrado con espesa muralla á manera de castillo, se llega presto á la suntuosa iglesia edificada sobre el lugar donde hace dos mil años habitaba una familia dichosa, sirviendo á Dios en la oscuridad y en el retiro. Ricos mármoles, pinturas exquisitas y bellas colgaduras decoran este edificio; y las armas de los reyes europeos han venido á honrarse en la habitacion humilde de una Vírgen de Nazareth. En el centro de la iglesia se desciende por dos soberbias escalas de mármol blanco á la pequeña casa donde el ángel Gabriel decia á la mas afortunada de las vírgenes : « Dios te guarde, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres. Una columna de granito está señalando el lugar que ocupó el ángel; un altar soberbio de alabastro indica aquel en que María, turbada y pensativa : « ¿Cómo puede esto suceder, le respondia, cuando yo no conozco varon? » El alma se conmueve cuando colocada en los lugares donde sucedieron estos hechos, palpa, por decirlo así, esos secretos profundos de la fe, que contemplando hacian exclamar al inmortal Bossuet : « ¡Castos misterios del cristianismo, necesario es ser puro para comprenderos! » En el sitio donde se eleva el altar que yo veía, allí mismo el Hijo de Dios vistió la carne, y el Verbo del Padre se hizo siervo para redimir el linaje humano. Letras de oro grabadas sobre alabastro refieren este misterio incomprensible; gentes venidas de todas las naciones

allí se postran, sellan con sus labios y riegan con sus lágrimas el lugar donde brotó la fuente perenne de la redencion : Hic Verbum caro factum est, leí poseido de un temor secreto, y sin tardar un instante en postrarme en medio de una muchedumbre de todas las comuniones del Oriente. En este lugar subterráneo, trasformado en paraíso por la abundancia del amor de un Dios que abatiendo su dignidad se confundió con sus crituras, el reconocimiento de estas hace arder á toda hora muchas lámparas que le dan la claridad del dia. El santuario comunica con una gruta cavada en la piedra viva, y que puede creerse serviria para los menesteres interiores de aquella familia santa; convertida hoy tambien en capilla, se ve erigido en su recinto un altar en honor de S. José. En la parte exterior, y que sirve como de atrio al santuario, existen tambien dos riquísimos altares de pórfido, mármol y alabastro, dedicados al ángel Gabriel y á los santos padres de la Virgen María. Las lámparas de plata, los bellísimos cuadros, obra de pinceles sobresalientes, los ornamentos y los mármoles, todos son dones enviados por la piedad de casas reinantes en Europa (D).

Nazareth fué habitado largo tiempo por Jesus, y nos recuerda muchos sucesos de su vida. Allí visité yo el *taller de S. José*, ó el sitio donde la constante tradicion asegura haber trabajado el Salvador en union de su padre putativo en obras de carpinteria. En otro tiempo un suntuoso templo, cuyos vestigios aun se ven, cubrió este lugar santo; pero hoy no existe mas que una modesta iglesia distante pocos minutos de la casa de la Anunciacion, y en cuyo pórtico está escrito : Hic erat subditus illis.

Jesucristo, desempeñando su oficio de Mesías, derramó en Nazareth en el seno de los suyos la semilla del Evangelio. « Entrando un dia en la sinagoga, se levantó á leer; y cuando le fué dado el libro de Isaías, profeta, lo desarrolló y halló el lugar donde está escrito : El Espíritu del Señor

sobre mí; por lo que me ha ungido para dar buenas nuevas á los pobres, me ha enviado para sanar á los contritos de corazon, para anunciar á los cautivos redencion y á los ciegos vista, para poner en libertad á los quebrantados, para publicar el año favorable del Señor y el dia del galardon. Arrollando aquellas páginas proféticas, y dándolas al ministro de quien las habia recibido, empezó á decir en medio del asombro de cuantos le miraban : Hoy se ha cumplido esta Escritura en vuestros oidos..... Sin duda diréis esta semejanza : Médico, cúrate á ti mismo : todas aquellas cosas que has hecho en Cafarnaum hazlas tambien aquí.... En verdad os digo que ningun profeta es acepto en su patria. Muchas viudas habia en Israel en los dias de Elías, cuando fué cerrado el cielo por tres años y seis meses, cuando hubo una grande sequedad en toda la tierra; mas á ninguna de ellas fué enviado Elías sino á una mujer viuda en Sarepta de Sidonia. Y muchos leprosos habia en Israel en tiempo de Eliseo, profeta, mas ninguno de ellos fué limpiado sino Naaman de Siria. » Los miembros de la sinagoga se indignaron oyendo este discurso, porque la verdad mortifica frecuentemente al amor propio : la asamblea se convirtió en tumulto, y Jesus fué arrojado de Nazareth. Pero esta sinagoga de donde el Salvador de los hombres salió entónces ignominiosamente, hoy está convertida en iglesia, donde se le adora como Dios y Redentor, y su doctrina se predica como salvacion para el mundo. Yo ví en ella funcionando sacerdotes armenios de la comunion católica.

Jesus, arrojado de la sinagoga y arrebatado por una muchedumbre de furiosos, fué conducido á la cumbre del monte para ser despeñado; las rocas que forman este precipicio son verdaderamente espantosas, y su pendiente recta y profunda; mas el Salvador, cuya hora no habia llegado aun, dejando á aquellos enemigos de la verdad, se retiró. Vestigios antiguos manifiestan que allí existió un edificio en otro tiempo, y que probablemente fué alguna iglesia destinada á

recordar aquel suceso de la vida de Jesus. Antiquísimas tradiciones aseguran que la Vírgen María, informada del proyecto abominable de los que conducian á su Hijo al precipicio, corrió para salvarle, si posible fuese, y llegada á la mitad del camino, poseida de susto y de pavor, cayó exánime : esta tradicion es anterior al tiempo de Constantino, pues en el lugar que se dice haber pasado este suceso, se muestran las ruinas de un convento de monjas que edificó la piedad de santa Helena.

Jesus, resucitado y triunfante de sus enemigos, honró á Galilea con su presencia, y puede creerse que visitaria tambien á Nazareth; tradiciones piadosas lo aseguran así, y á trescientos pasos de la sinagoga existe una pequeña capilla y en ella la que se dice *Mesa de Cristo*. Es esta una enorme piedra sobre la que creen algunos haber comido el Salvador con sus discípulos. Una inscripcion grabada sobre la piedra lo dice tambien así (E).

Los religiosos de S. Francisco cuidan todos estos santuarios, y en la iglesia de la Anunciacion celebran cada dia una solemne procesion, en la que llevando los religiosos y los peregrinos cirios encendidos, visitan sus altares y capillas. Pero esta ocupacion devota y de tanta edificacion para los fieles no es la que tienen solamente los sacerdotes que habitan el vasto monasterio de Nazareth. Allí visité dos hermosísimas escuelas, en las que son enseñados ochenta niños y casi igual número de niñas. La escuela de los primeros la hacen los religiosos, y la de las segundas personas seglares de su mismo sexo, pagadas por aquellos. Á los niños pobres se les da ademas de comer en el convento y á las niñas fuera de él. Allí ví reunirse al sermon de los domingos la parroquia católica latina, que servida por un sacerdote español cuenta ya cerca de mil fieles, que se distinguen por el fervor y sencillez de sus costumbres; y allí, en fin, ví dar lecciones de latin, frances é italiano en un pequeño colegio dirigido por individuos de la misma comunidad. Cuando se con-

sidera que todo esto se hace gratúitamente, se comprenderá mejor su mérito, y sabrá apreciarse de la manera debida el sacrificio de los individuos que, sin esperar retribucion alguna de los hombres, viven para trabajar en la noble empresa de hacer felices á sus semejantes.

Los Griegos disidentes desempeñan en Palestina una mision muy diversa: no es la de civilizar, no es la de ilustrar, no por cierto, pues no poseyendo ellos ni civilizacion ni luces, ménos podrán comunicarlas á los otros. Oscurecerlo todo, sembrar divisiones por todas partes, inspirar fanatismo; ved ahí su única mision. Dos monjes rusos edificaron un monasterio sobre la fuente que llaman de María, distante un cuarto de legua de Nazareth, y este nombre ya les dió motivo para propagar entre los suyos, que «cuando la que habia de ser Madre de Dios iba á buscar agua á aquella fuente, el ángel Gabriel le dió el aviso de su maternidad.» Para dar colorido á esta historieta la fuente ha sido decorada con altares; y su agua, sacada desde allí, es conducida hasta un público depósito, para que su manantial, cubierto con el templo, no sea visitado sino con el solemne aparato que un santuario.

Esta impostura, opuesta al sentido del Evangelio, que coloca á María en la ciudad de Nazareth, se encuentra refutada por mil monumentos, que son como la crónica viviente del lugar en que se inició la redencion del linaje humano. Un soberbio templo fué construido por la madre de Constantino sobre la casa de María, y en su pórtico se escribió: «*Este es el santuario donde se puso el primer fundamento de la salud humana.*» Desde el siglo cuarto, en que el lustre de la nobleza romana, santa Paula, visitó este templo, hasta el 25 de marzo de 1251, en que san Luis, rey de Francia, penetró tambien su sagrado recinto, desnudos sus piés y ceñida con cilicio su cintura, una serie no interrumpida de ilustres personajes depositaron sus ofrendas al pié de los altares. Eduardo, príncipe de Inglaterra, arrojó despues de Nazareth á los musulmanes que destruyeron la soberbia basilica; mas hasta entónces, en

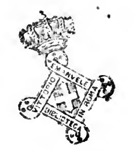
medio de escombros y de ruinas, el lugar que contuvo la humilde habitacion de la Virgen de Nazareth no fué desconocido. Las columnas de pórfido que señalaban el sitio ocupado por aquella y por el ángel durante la celestial visita quedaron en pié, y los raros cristianos que habitaban la desolada ciudad encendian allí sus lámparas por la noche. En 1620 los Franciscanos obtuvieron un firman para reconstruir la iglesia, y los viejos arcos y estropeados chapiteles del de Santa Helena no habian desaparecido. Hoy mismo sus restos se dejan contemplar todavía, y las viejas columnas de pórfido, aunque rota una por la codicia de los Árabes, que pensaban encontrar tesoros en su seno, viven en pié para desmentir aquellas fábulas, hijas del interes y de la ignorancia.

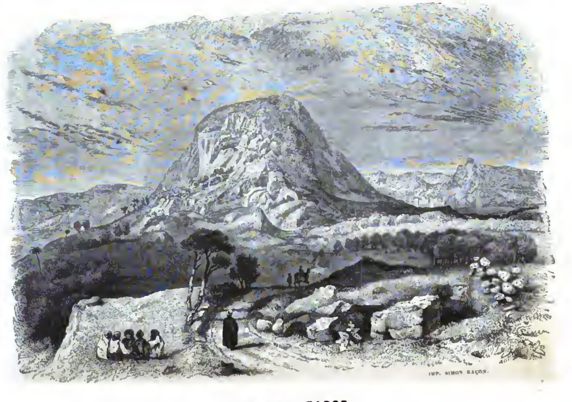
Salí de Nazareth con direccion á Tiberíades, y á una hora de distancia encontré la villa de Séforis, donde poseen los católicos una pequeña iglesia dedicada á san Joaquin y santa Ana, de quienes creen algunos ser la patria : como en todos los lugares de la Palestina donde hay hombres ó sucesos célebres para la fe que recordar, en Séforis se encuentran restos magníficos de templos consagrados á aquellos dos ilustres personajes. Los religiosos de Nazareth concurren allí dos veces en el año, para celebrar con la pompa solemne de la Iglesia el nacimiento de ambos.

Caná, ciudad importante de Galilea y célebre por el primer milagro obrado por Jesucristo, queda enfrente de Séforis y á la misma distancia que esta de Nazareth. Edificada sobre una colina alta y rodeada de otras mas bajas, domina sus alrededores plantados de verdes arboledas; el pueblo se divide en tres barrios, de los cuales habitan dos los Griegos cismáticos y uno los musulmanes. Del convento latino no quedan mas que los cimientos, y una cruz que anuncia pertenecer aquellas ruinas y el lugar que las contiene á los PP. de la Tierra Santa; aquellas se dice ocupan el sitio donde hizo Jesucristo la conversion del agua en vino. Cuando me paseaba mirando las enormes basas de piedra que sostuvieron las colum-

nas del suntuoso templo, me vi rodeado de repente por una multitud de niños árabes que me pedian *bakchis* (un regalo); muchas piastras distribuidas entre ellos no bastaron para contentarlos, y los mismos que ya tenian recibidas algunas, pedian mas y con mayor empeño, obligándome á recibirles pedazos de piedras que yo les veía levantar del suelo, y ellos llamaban reliquias de las vasijas que contuvieron el vino milagroso. Nada me admiraba que los Árabes me diesen piedras por reliquias, cuando su religion no respeta las que veneran los cristianos, y cuando á trueque de recibir algun dinero profanarian las mas santas; pero ver á sacerdotes que se dicen de Jesucristo presentar del modo mas serio fresca y entera una de aquellas vasijas, burlando así la credulidad de los sencillos por el interes de unas pocas monedas, me asombraba. Sensible es que Lamartine, al referir el lance de las *jarras*, omitiese decirnos que son cismáticos los que las exhiben, y que ningun monje católico existe en Caná de Galilea.

Al montar á caballo llovia sobre mí un aguacero de piedras; eran probablemente las mismas que no acepté como reliquias: nada valieron las piastras distribuidas, los mismos que las guardaban se empeñaban mas en ofender. ¡ Ved ahí la gratitud de aquellos pequeños Árabes que correspondian á pedradas el dinero que recibieron ! En hombres sin civilizacion de ningun género nada deben admirarnos ocurrencias semejantes; los que en Europa se llaman ilustrados, y dicen combatir por la ilustracion, han dado á aquellos el ejemplo. Los rojos de Helvecia, que corrian á pedradas á los monjes de San Bernardo, que sacaban de entre la nieve y arrancaban de los precipicios á los viajeros extraviados, los que pegaban fuego al hospicio donde tantos millares se cobijaron durante la tormenta, ¿ no exhiben escenas mas repugnantes que la ingratitud de los Árabes ? ¿ ó aprendieron estos su conducta de aquella que observan los civilizados Europeos ?


VITTORIO EMANUELE
BIBLIOTECA
IN ROMA



EL MONTE TABOR

CAPÍTULO XII.

Campo de las Espigas. — Monte de las Bienaventuranzas. — Lugar de la multiplicacion de los panes. — Saphed. — Planes de Hittin. — Tiberíades. — Circunstancia desfavorable. — Tradicion israelita. — Los rabinos de Tiberíades. — El mar de Genezareth. — Paseo en rededor del lago. — País de los Gerazenos. — Ilusiones. — Cafarnaum, Coratzain y Betsáida. — Majestad del Thabor. — Subida. — Misa entre las grandiosas ruinas de su cumbre. — Un monje del Thabor mártir del dinero. — El Hermon. — Campo de Débora. — Nephet-Dor. — Ruinas de Cesarea.

Cada paso que adelanta el viajero en Palestina va acompañado de recuerdos é impresiones, en los que todo lo grande y majestuoso de los cielos desciende á mezclarse con los seres de la tierra, para hablar al corazon de los mortales ilustrados por la Religion. Salia yo de Nazareth, habia visto los vestigios, por así decir, que dejó Dios hecho niño y vestido de carne humana, contemplado en Caná las primeras muestras que dió de su poder, y entraba en los campos de la Galilea, donde los sermones de Jesus, cual rayo despedido por el sol, anunciaron á un mundo que esperaba tantos siglos haber llegado el tiempo de su redencion. Los valles, las aguas, las montañas, sus bosques, y hasta las piedras, parecen conmoverse para cantar la gloria del Señor, que un dia las hollaba con la planta de su pié, ó las hacia resonar con el eco de su voz. Atravesaba el campo de las Espigas, formado por la abertura que hacen los montes de Galilea á tres cuartos de legua de Caná, y los despojos del trigo que los Árabes acababan de cosechar me recorda-

ban el falso celo de los Fariseos, que dió ocasion para que allí predicase el Maestro Divino aquellas sublimes máximas que explican la profunda filosofía del cristianismo. « El Hijo del hombre es el Señor; misericordia quiero y no sacrificio. » Los Apóstoles, hambrientos, cortaban algunas espigas y comian; aquellos hipócritas viéndolos: « Mira, dijeron al Salvador, cómo quebrantan tus discípulos la ley, haciendo lo que no es lícito el sábado. — ¿No habeis leido, les respondió Jesus, que David, cuando tuvo hambre, tomó los panes que reservaba la ley para los sacerdotes? ¿y no habeis leido tambien que estos mismos en el templo quebrantan el sábado sin pecado? Pues sabed que aquí está quien es mayor que el templo. »

Recordando los sucesos que acompañaron la predicacion de esta doctrina celestial, el alma siente mil inspiraciones religiosas; esa muchedumbre que sigue al Salvador del mundo, los enfermos que se agolpan para tocar sus vestidos, y los discípulos que introducen nuevos creyentes á su Maestro, forman el conjunto del espectáculo admirable que ofreció la Galilea, y cuya fama conmovió las montañas de Judá y los países vecinos de Tiro y de Sidon. En una de las lomas de Hittin me detuve largo rato; ni una persona veia fuera de las que componian nuestra comitiva, y el silencio que reinaba en toda aquella espaciosa region, unido á recuerdos que conserva el Evangelio, imprimia sobre fragmentos de edificios que miraba caidos á mis piés la imágen del espíritu triunfante sobre la carne y del mundo ilustrado con doctrina venida de los cielos. ¡Ah! una multitud aquí mismo se agolpó un dia para oir preceptos ignorados hasta entónces de los hombres; y el Salvador, á la faz de un mundo que afectó desconocerle, llenó su alto ministerio de Maestro, Legislador y Consejero. No enseñó la sabiduría humana, sino la ciencia de la eternidad, ni sancionó teorías, sino leyes prácticas, y que con la vivísima claridad de sus consejos hizo su ejecucion mas fácil todavía. Aquí

abrió el reino de los cielos al corazon sencillo é inocente, bendijo al humilde dándole la posesion perfecta de sí mismo, prometió consuelos eternos al que llora sus extravíos, y abundancia de medios para progresar al que corre ansioso tras de las virtudes. — Aquí predicó misericordia, y llamó *Bienaventurados* á los que practican las obras que esta inspira, prometió el cielo al alma sin doblez, premió á los pacíficos con el dichoso título de *Hijos de Dios*, y bendijo las penas y congojas de todos los que sufren los penosos efectos de la injusticia humana. Ved ahí la filosofía sublime del Evangelio compendiada por su Divino Autor, que « abrió su boca para enseñar á los pequeños y mansos de corazon. » Este es el *Monte de las Bienaventuranzas*, mas célebre por la doctrina de Jesucristo que el Académus y el Areopago, ilustrados por las cátedras de los famosos oradores y filósofos de la Grecia. En él mismo descubrió al mundo un manantial perenne de bienes y consuelos mas apreciables que cuantos prometen los hombres, la fortuna y la elevacion terrena. « Vosotros rogaréis, esta es vuestra riqueza, dice á los que le escuchan, pues todo lo que pidiéreis se os dará por El que tiene todas las cosas en sus manos. » — Aquí enseñó el *Padre nuestro*, la oracion por excelencia, que repitió despues sobre el monte de las Olivas.

La dulzura del Salvador tenia cautiva á esa muchedumbre prodigiosa que, despues de seguirle por los valles frondosos de la Galilea, no le dejó cuando entraba en un desierto árido cerca de Tiberíades. Jesus levantó la vista desde el monte, donde estaba sentado entre sus discípulos, y « viendo que esa multitud venia á Él, dijo á Felipe: « ¿ Dónde compraremos pan para que coman estos? — Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos pescados, dijo Andres, hermano de Pedro; ¿pero qué es esto para tanta gente?.... » Jesus les ordenó, no obstante, distribuir aquellos pocos panes y pescados entre cinco mil personas sentadas sobre la yerba, y cuando se hubieron saciado todos:

« Recoged, les dijo, los fragmentos, para que no se pierdan. » Así lo hicieron, llenando doce canastas que sobraron de los cinco panes y dos peces distribuidos (1).

De léjos miraba desde aquí la ciudad de Saphet, edificada en lo mas alto del Hittin á manera de una inmensa fortificacion: en sus inmediaciones nació Tobías, y ella domina la Iturea, la Tracónite, los desiertos de Bosra y el país dado á las tribus de Zabulon y Nephtalí.

Los llanos de Hittin, tristemente célebres por la gran victoria que obtuvo Saladino sobre los cruzados mandados por Guido de Lusignan, rey de Jerusalen, y Raimundo, conde de Trípoli, que decidió la pérdida de Palestina para los cristianos (2), presentan una tierra árida, sin árbol ni verdura alguna que pueda templar los rayos de un sol abrasador. No tardé en llegar á su extremidad y en divisar desde esta el mar de Genezareth, que se extiende entre montañas con la pompa solemne de que le visten sus recuerdos divinos.

La ciudad de Tiberíades, edificada por Hérodes Agripa en el lugar mas fértil de Galilea, domina el pequeño mar; y en ruinas como se encuentra vive solo para unir los eslabones de esa larga cadena de maldiciones y calamidades que la postraron completamente. Fortificada por soberbias murallas y elevadas torres, hoy están reducidas estas á montones de escombros, sobre los que pasean lobos y chacales durante el silencio de la noche. Sin embargo, Tiberíades conserva esa importancia que dan la adversidad, una poblacion considerable y sociedades de literatos establecidas en su seno y de las que luego vamos á ocuparnos.

La circunstancia de mi llegada era muy desfavorable para visitarla: una sublevacion habia tenido lugar entre los Drusos, y cinco mil soldados árabes acababan de entrar en Tiberíades para dirigirse luego á las montañas del Líbano. Esta

(1) S. Juan, cap. VI.
(2) El 5 de julio de 1187.

tropa, sin moral ni disciplina militar, se divertia cometiendo extorsiones de toda clase, y disparando sus fusiles por mero placer en las calles de la poblacion. Desde el terrado del convento de Franciscanos, único hospedaje que abre allí sus puertas al viajero, contemplé la vasta extension que ocupan las ruinas de la corte de Agripa, así como el triste panorama que presentan unidos los escombros y la miseria de la ciudad actual. Los únicos grandes edificios que se elevan hoy en el recinto de esta son el templo católico y la sinagoga, poco distantes uno de otro.

Una tradicion muy respetada por todos los Israelitas asegura que el Mesías vendrá á Tiberíades, Betulia, Cafarnaum y Jerusalen, cuyas ciudades por eso veneran ellos como lugares santos. Tiberíades cuenta entre sus pobladores al ménos cuatro mil Hebreos, y continuamente se ven desfilando por sus silenciosas calles largas tropas de camellos, que conducen familias israelitas que dejaron Constantinopla, Alemania ó la Polonia, por venir á morir en las riberas de Genezareth, ciertos que el Mesías bendecirá algun dia su sepulcro, cuando Señor de todas las naciones atraviese triunfante los campos y caminos que las rodean. Es seguro que muchos de los rabinos que habitan esta ciudad descienden de los que existian en el mismo lugar en el tiempo de Jesucristo, así como tambien lo es que su sinagoga es considerada como la mas sábia del Oriente, y aun de todo el mundo.

Los rabinos de Tiberíades adquirieron gran reputacion desde el Talmud y la Masora, elaborados en su seno; un doctor de la escuela de Tiberíades dió á S. Jerónimo lecciones de hebreo, y en esta misma ciudad fueron encontrados en distintas épocas muchos libros de las Santas Escrituras escritos en griego y en hebreo. Hasta hoy esta escuela se conserva, pero de la manera que lo permiten las desgracias y la obcecacion de sus miembros y doctores: los jóvenes nacidos en Oriente y Occidente que son destinados para rabinos, haciendo en su academia sus estudios al lado de los viejos

profesores del Talmud, adquieren entre los suyos reputacion tan colosal, cual no podrian alcanzar cursando en alguna de las otras escuelas de Asia, Italia ó Alemania. Mas El que vino á cumplir las figuras anunciadas en la ley que explican los rabinos suprimió sus sinagogas y academias, estableciendo una nueva jerarquía y una nueva Iglesia, á cuyo seno llamó á todas las naciones; en Tiberíades encomendó su gobierno á un pescador, dándole poder para hacer leyes. Este es el grande hecho que anuncia el templo católico que se levanta en el recinto de la ciudad dedicado á S. Pedro, á quien fué dicho : « Apacienta mis ovejas. »

El mar ofrece uno de los espectáculos mas imponentes de Palestina : llamado *Lago de Genezareth* por los Judíos unas veces y otras *Mar de Galilea*, no tomó el nombre de *Tiberíades* sino cuando Heródes hizo edificar en sus playas una ciudad en honor de Tiberio, que acababa de subir al trono de los Césares. Mide cinco leguas de largo, y su ancho en la mayor extension no pasa de dos; su agua es buena para beber y fácil de sacarse porque no tiene en su ribera sino un peso muy lijero; es tan fria que ninguna alteracion produce á su temperatura el calor del sol, á que la exponen los naturales del país en el estío; y en su seno se encuentran diversas especies de pescados no conocidos en otra parte. « La tierra que le circunda, y que lleva su mismo nombre, admira por su belleza y fecundidad al mismo tiempo. No hay plantas que su naturaleza no sea capaz de producir, ni nada que el arte y el trabajo de sus habitantes no hagan contribuir al provecho de estas ventajas. El aire es templado y propio para la produccion de toda clase de frutos; allí se ven los árboles de los países frios, y creciendo á su lado los que necesitan muchos grados de calor : las palmas, los nogales, los olivos, las higueras y todos cuantos podrian apetecerse, allí todos se encuentran reunidos. Parece que la naturaleza, en esfuerzos de amor hácia este bello país, quiso divertirse, esparciendo sobre su dichoso suelo plantas rivales unas de

otras, criando de esta manera una region que nada tiene que envidiar á las mas agradables y felices de la tierra (1).» Todo esto que escribia el célebre cronista de los hechos de los Judíos, despues de la derrota que estos sufrieron combatiendo con la flotilla de Vespasiano, que dominó las aguas del Genezareth, subsiste todavía, á excepcion de lo que depende de la industria y del trabajo del hombre. La naturaleza indudablemente no ha cambiado, pero los esfuerzos humanos que deben secundarla no aparecen. Las montañas que le rodean, áridas y blanquizcas, ofrecen desde sus lomas puntos de vista sorprendentes; pero las miradas codiciosas del observador van á perderse entre objetos tristes, macilentos y salvajes. Buscad los beltos jardines, buscad las frondosas arboledas, preguntad por los nogales y palmeras que esa naturaleza feraz y caprichosa hacia crecer á un tiempo á las orillas del lago; preguntad por las higueras y viñedos « que regalaban diez meses en el año con frutos exquisitos á los moradores de este país afortunado (2). » Nada veréis ni nada encontraréis, porque nada existe; nadie tampoco os responderá, porque toda esta tierra ha quedado solitaria.

Dando vuelta en rededor del mar, se conoce mejor la desolacion de este paraíso de Galilea. Yo buscaba al Occidente aquella Cafarnaum tan opulenta y populosa, edificada sobre alturas cuyo pié bañan las aguas, aquella Cafarnaum á quien Jesus distinguió con el nombre de *ciudad suya*, y llamó á su fe con prodigios repetidos, y encontré por único vestigio de su existencia pasada uno que otro fragmento de columnas y algun monton de tierra que encerrará en su seno las piedras que le sirvieron de cimiento. Una voz terrible se oyó un dia en aquel sitio, ahora desierto : « Cafarnaum, que te elevas hasta el cielo, descenderás hasta el in-

(1) *De bello jud.*, lib. III. (Josephus.)
(2) *El mismo.*

fierno (1). » Esta voz no salia de un torbellino de fuego como la de Elías, ni se oyó entre el estampido de los rayos como la del que daba leyes en el Sinaí: pasó inapercibida para muchos, y los mas despreciaron á su Autor. No obstante, Cafarnaum cayó oprimida por el peso de la maldicion, y el que la pronunció, paseando hoy sobre las alas de los vientos y sentado entre el resplandor de querubines, pregunta al polvo de sus escombros: «¿Dónde está tu fuerza, Cafarnaum, dónde está tu fuerza?»

Siguiendo la misma costa, Betsáida, que dominaba la ensenada mas hermosa, y una de las bocas del Jordan que entra allí á depositar sus aguas en el lago, y Coratzain construida en la ribera opuesta de aquel rio, no ofrecen mas que una que otra cabaña de pescadores, y de vez en cuando tribus que vienen del desierto y atraviesan sobre sus ruinas «en caballos mas lijeros que leopardos y mas corredores que los lobos en la noche.» Al Oriente, en el país de los Gerazenos, ningun vestigio queda de Geraza y Magedon, destruidas por los Romanos; se ven, sí, grutas abiertas en las rocas, y son estas las tumbas á que alude el Evangelio al referir que «saliendo Jesus de la barca, se llegó á él un hombre que venia de los sepulcros poseido del espíritu inmundo, habitaba entre las tumbas, y habiendo roto los grillos y las cadenas, sin que nadie pudiera sujetarle, corria por los montes hiriéndose con piedras (2).» Pero estas costas despojadas como se encuentran, sin villas, jardines ni arboledas, ¡qué magníficas se me presentaban engalanadas con tantos y tan sublimes pasajes de la vida de Cristo que presenciaron! Marchitas parecen las flores mas fragantes, y secos los laureles de verdor mas fresco al lado de la majestad sublime que ostenta el Hijo de Dios vivo, hollando con su planta las aguas de Genezareth, imperando los vien-

(1) S. Mateo, cap. XI.
(2) S. Márcos, cap. V.

tos desde la frágil nave, y congregando los peces á su voz en la red tendida en vano tantas veces. Yo atravesaba las aguas de ese mismo mar, que puras y tranquilas parecian un espejo inmenso..... ¡Quizá por aquí mismo atravesó la barca de Jesus! ¡ Quizá aquí mismo extendia su mano para fortificar al discípulo cuya fe desfallecia! ¡ Ah! en el mar borrascoso de la vida, entre las furiosas tempestades que levantan los opuestos intereses de los hombres, ¡ojalá se extienda esa misma mano que nos salve! ¡ Y ojalá el mortal, que atollado en otras ondas todavía mas furiosas, apénas domina un corazon rebelde, pueda siempre exclamar con viva fe : « ¡ Mándame que venga á ti! »

Muy de mañana salí de Tiberíades, y cuatro horas despues me encontraba al pié del bello monte Thabor. El cielo estaba completamente despejado, un sol brillante derramaba su luz sobre los verdes bosquecillos que cubren á trechos la montaña, y el vasto campo de Esdrelon parecia sumido en un profundo silencio cuando principié á subir á pié una cuesta pendiente y trabajosa para llegar á su cumbre. Dos horas de fatiga fueron luego remuneradas con exceso; ¡ no he visto lugar mas delicioso que la cumbre del Thabor! Es un llano que se extiende média legua, cubierto completamente de yerba lozana y flores olorosas, de gruesos árboles, rosas, laureles y mil arbustos que forman bosques frondosísimos. Á una elevacion de mil setecientos cincuenta y cinco piés sobre el Mediterráneo y dos mil trescientos ochenta sobre Tiberíades, contemplé el panorama mas hermoso que existe en todo el mundo. Al Sur mi vista se detenia sobre los lejanos montes de Gelboé y sobre los de Efrain y de Judá, al Occidente en el Carmelo, al Norte se paseaba en Galilea, recorria las cimas elevadas del Antilíbano, los picos blanquecinos del Hermon y el pintoresco mar de Tiberíades; seguia el curso del Jordan para ir á descansar mas léjos en la cumbre del Nebo. Pero á todo este sublime panorama aventajaba con mucho el que descubria

leyendo en S. Mateo : « Llevó Jesus á sus discípulos Pedro, Santiago y Juan á un monte muy alto y se trasfiguró delante de ellos. Su rostro resplandeció como el sol, y sus vestidos se pusieron blancos como la nieve. Moises y Elías aparecieron al mismo tiempo hablando con él.... Una nube luminosa los cubrió, y una voz salia de la nube diciendo : *Este es mi Hijo amado, en quien yo tengo mis complacencias; escuchadle.* » Verdad es que el Evangelio no da el nombre de la montaña ennoblecida con la gloria del Hijo de Dios, pero encontramos viva la tradicion y constante el testimonio de los escritores mas respetables de los primeros siglos del cristianismo que señalan al Thabor como lugar donde se operó aquella inefable maravilla (F).

Sobre este altar sublime que se eleva hácia el cielo, fundado por el Eterno Padre para manifestar la gloria de su Hijo, se perciben todavía muy distintamente una iglesia y un monasterio de Benedictinos. Debajo de una bóveda rasgada y entre mil escombros casi cubiertos por la yerba, celebré la misa con la solemnidad sublime que inspiran el profundo silencio del desierto, la compañía apacible de los árboles y el fragante olor de los lirios y azucenas.

Poco distante de las ruinas de la abadía, un monje ruso, pensando establecer un convento para su comunion, echó los cimientos de un oratorio, y se fabricó dos celdas para sí y para los peregrinos que subian á visitar la montaña santa. No tardaron en descubrirle los Beduinos; y cuando por el número de peregrinos que habian subido y por el tiempo que llevaba sobre el monte, calcularon que tendria reunida alguna cantidad considerable de dinero, rodearon su celda una mañana, y le mandaron entregarla. El religioso protestó que ninguna moneda poseía, y poniendo su celda á disposicion de todos pidió que la registrasen á su satisfaccion : « Eso es muy largo, le dijo el cabo árabe, venga pronto el dinero. » Como este no llegaba, tomando al monje de la mano, mandó le fuese cortado el dedo pulgar, marti-

rio que sufrió el recluso, insistiendo en su negativa. Mas quien sufrió el dolor agudo que debió ocasionarle la brusca amputacion de un dedo, perdió todo su brio cuando oyó la voz terrible del Beduino que mandaba cortarle la cabeza: abriendo entónces un pequeño agujero en un rincon de la celda, sacó su bolsa, que puso en manos del cabo, quien mandó apalearle, para castigar su doble delito de mentira y de codicia (1). Mas sorprende que un religioso prefiera perder sus dedos y exponerse á morir por un poco de dinero que este atentado de los Beduinos. El monje en este lance no mostró virtud muy acrisolada; sin embargo mañana morirá, y el mundo verá al zár canonizándole, y á la Iglesia moscovita inscribiendo su nombre en el catálogo de sus mártires. El cismático que visite la cumbre del Thabor dentro de cincuenta años irá á postrarse al pié de los altares dedicados al que derramó su sangre, no defendiendo los misterios del dogma, sino ¡un talego de monedas! Un ilustre profesor de Cracovia marchaba un dia por aquel mismo país; los Árabes le rodean y piden el dinero, que puso en sus manos sin trepidar un instante: se marchan aquellos, y distantes ya oyen gritos del que acaban de robar; miran y lo ven que corre llamándoles con indecible ahinco; se vuelven y le escuchan con asombro que: «Tomad, les dice, estas pocas monedas que habia olvidado en la punta de mi manto; diciendo que no tenia mas os engañé, pero sin advertirlo.» ¡Respeto á la verdad llevado hasta su elevacion mas perfecta por el admirable Juan Kancio! ¡Ved ahí la leccion que reciben del catolicismo los monjes cismáticos del Thabor!

El monte Hermon, raso y sin árboles de ninguna especie, parece colocado frente del Thabor para hacer con su tristeza y aridez mas espléndida la gloria y magnificencia de aquel. Elevándose no obstante sobre las montañas bajas

(1) 1832.

que lo circundan, deja percibir su cumbre, cubierta casi siempre por nieve, y en uno de sus picos mas altos la ermita de un santon, al que corren los Árabes de las inmediaciones en demanda de milagros. No sé á qué atribuir la sombría impresion que causa la vista de este monte cuando de él fué dicho : « Se regocijará en presencia del brazo que lo formó. »

Bajado del Thabor atravesé un pobre lugar que llaman Devorich, y donde Sísara, general de las tropas de Jabin, rey de Azor, fué muerto por Jahel despues de la derrota que acababa de sufrir en los planes del Cison. Débora, instrumento principal de la victoria, y Barac, general de los soldados vencedores, cantaron allí sobre los carros y despojos arrebatados al enemigo : « Oid, reyes : se salvaron las reliquias del pueblo, porque Dios combatió entre sus valientes. »

Volví á entrar en Nazareth, repasé Caifa y las aguas del Cison, y atravesé de nuevo las apacibles soledades del Carmelo; iba á visitar la ciudad de Josué, y queria descansar sobre las inmensas ruinas de la famosa Cesarea. Dejando aquellas atras, anduve vastas llanuras hasta llegar al pié de las montañas de Athlit, y descender en el pueblo de Tantoura : este es Dor, cuyo rey mató Josué, dando su corte y sus Estados á la tribu de Manases. Ningun cristiano existe en la poblacion actual, y mi guia me condujo para recibir el hospedaje á una casa contigua á la mezquita, y cuyo dueño era un santon. Esta ciudad, corte de reyes, emporio despues del comercio de los Judíos, y últimamente sede de obispos cristianos llenos de sabiduría y de virtud, hoy cuenta apénas quinientos mahometanos, que se ocupan en sembrar la tierra que les da un poco de trigo que conducen á los graneros de Jafa. Dificulto que existan hombres tan bárbaros y fanáticos como los moradores de Dor : les oí disputar toda la tarde, ví á los muchachos derribar por placer á una anciana y burlarla en la presencia misma de sus pa-

dres, me exigieron adelantada la paga del alojamiento, y rehusaron venderme la comida que necesitaba, *porque era cristiano.*

Cesarea cubre con sus ruinas una extension de muchas millas; penetrando entre estas se distinguen perfectamente las calles y las plazas, los templos y los coliseos, los castillos y los palacios, las columnas de granito y los chapiteles de mármol. Aun se conserva el acueducto que llevaba á la ciudad las aguas del Zerka; he visto en pié dos pórticos muy bien conservados, escalas y varios lienzos de muralla que parece formarian parte de algun edificio fuerte. Un superior del Carmelo encontró entero en 1780 un bello altar de pórfido que media nueve palmos de largo; ¡y quién sabe cuántas otras obras preciosas de la antigüedad habrá sepultadas bajo de aquellas inmensas ruinas! Corriendo entre estas de un lado á otro, como el hombre cuya atencion llaman á la vez muchos objetos grandes, parado en la robusta basa de una columna caida, me parecia divisar las sombras venerables de tantos ilustres personajes que honraron la desgraciada Cesarea. El hombre inspirado que confundió con la elocuencia y precision de su doctrina la sinagoga, el Areopago y la filosofía de todos los tiempos; el hombre de fuerza divina que con su valor impuso silencio á los falsos profetas y con su virtud venció la corrupcion de Roma; el doctor de los Gentiles, el clarin del Evangelio, ¡el invencible Pablo! predicó en Cesarea, instruida ya en las verdades de la fe por el Príncipe de los Apóstoles. Pero entónces Cesarea nadaba en opulencia, Heródes habia agotado sus infinitos tesoros para hacerla célebre, y bien demuestran hasta qué grado debió serlo los montones de ruinas y las grandes dimensiones de sus plazas y de sus palacios. De estas reflexiones me sacaron los gritos del dragoman, que me decia andar panteras por allí; tendí la vista, y efectivamente dos pasaban á corta distancia: y entrando por las cavidades de aquellos edificios, medio cubiertas por arbustos

y montones de escombros, desaparecieron bajo las bóvedas de los palacios que alguna vez habitaron los reyes de la tierra. Retirándome de aquel lugar peligroso, encontré várias tribus de Beduinos que mudaban sus tiendas de un lugar á otro. Despues de haber corrido los montes desiertos de la Judea y del Saron, venian á fijarlas quizá sobre las ruinas solitarias de Cesarea. ¡Oh inconstancia de las cosas humanas! Esa familia que salió de otro desierto y atravesó el Jordan, siguiendo el paso lento de sus camellos y de sus asnos, cuando se recueste á la sombra de esas bóvedas ruinosas, ni advertirá siquiera que la mano del hombre colocaba un dia las piedras de sus arcos, levantaba esos templos, castillos y palacios, y tiraba esas calles á cordel. No obstante, los trozos de pórfido que afianzarán los mástiles de sus tiendas y los bellos trozos de mármol que le servirán para atar sus bestias de carga, fueron conducidos con ingente gasto desde las montañas de Egipto ó de las costas de Sicilia. La mano del hombre es poderosa; pero hay uno cuyo soplo levanta, como plumas que arrebata el viento, los mas imponentes monumentos que alzaran uniendo sus esfuerzos cien generaciones.



CAPÍTULO XIII.

Monte de Garizin. — Ojeada sobre la Samaria. — Estado de sus grandes ciudades. — Sebaste. — Naplusa. — La sociedad bíblica y los Samaritanos. — Monasterio griego y su propaganda. — Punto de contacto entre tres sociedades cismáticas. — Pozo de Jacob. — Sus contornos inmortalizados por el Taso. — Montes de Efrain y de Judea. — Valle del Terebinto. — Santuario del Bautista. — Excursion por el desierto. — La gruta de S. Juan. — Casa de la Visitacion. — Ruinas de un convento. — Fuente de S. Felipe. — Observacion á Volney. — ¿Cómo debemos apreciar las obras de los que escriben prevenidos? — Los Beduinos de Gaza.

Dejo á mi derecha la senda que conduce á la famosa Jope, atravieso los extensos valles del Saron, ningun vestigio encuentro de la ciudad de Antipatro, y me dirijo buscando Samaria, por mas que pierda una parte del camino andado. Los montes de Saron, de Garizin y de Efrain se me presentan desnudos de su ropaje hermoso, y las ciudades que su orgullo fueron en vano buscaria; su polvo lo pisan los camellos, y sobre la tierra donde estuvieron sus cimientos descansan echados la hiena, el lobo y la pantera. Los fértiles valles donde levantaban sus tiendas los patriarcas y sus hijas apacentaban los rebaños, llevándoles á beber á los pozos que abrian sus hermanos; allí donde Jacob compraba frondosos campos que daba al hijo mas querido, no veia mas que alguna cabaña pobre ó las tiendas de los Beduinos que me dibujaban la edad de los patriarcas. Dos testigos ví levantados miéntras tanto, y que depondrán eternamente

contra esta tierra desolada: el Hebal y el Garizin, que presenciaron el voto de fidelidad que hicieron á Dios sus habitantes, y escucharon la voz de este, que decia: » Si obedeces á Jehovah, lloverán sobre ti sus bendiciones; pero si quebrantas sus preceptos, su maldicion te arruinará. Serán malditos tus campos y ciudades, malditos tus cosechas y graneros, maldito el fruto de tu vientre, de tu tierra y tus rebaños. Enviará el Señor maldicion sobre tus obras.... Se volverá de bronce el cielo para ti, y de hierro la tierra que pisas; dará el Señor á tu tierra polvo en vez de lluvia, y descenderá del cielo ceniza sobre ti hasta que seas desmenuzado. Caerás delante de tus enemigos; saldrás por un camino contra ellos, huirás por siete, y serás disperso por todos los reinos de la tierra.... Te herirá el Señor con locura, ceguedad y frenesí. Un pueblo que no conoces comerá el fruto de tu tierra. Serás el escarnio y la irrision de todas las naciones donde el Señor te llevará (1).» La fertilidad de todo este país fué proverbial miéntras Israel se mantuvo fiel, la historia nos conserva de ella recuerdos que durarán siempre; su estado actual nosotros lo miramos, y no es ya la historia sino nuestros propios ojos los que nos demuestran cuán á la letra se cumplió aquella maldicion que conminaba á un pueblo infiel. « Hay hombres que dicen: Ningun milagro sucede en nuestros dias, ni oimos ya levantarse la voz de los profetas en medio de nosotros. Pero han cubierto sus ojos para no ver, y aunque los muertos volviesen á vivir en su presencia misma, tampoco los verian. Los pueblos que resistieron con mayor obstinacion las palabras del Mesías, Coratzain y Cafarnaum, memorables por su incredulidad, los habitantes de Nazareth que se empeñaron en precipitar á Jesucristo, y los de Jerusalen que le hicieron morir pendiente de la cruz, ¿no son precisamente los que vemos hoy reducidos á la nada? Los que no creyeron á Moises ni á los

(1) Deuteronomio, cap. XXVIII.

profetas, ménos creerian en profetas nuevos que se empeñasen en despertar su fe (1).» Contemplando las ciudades de Samaria, muchas veces he recordado este pasaje que un ilustrado viajero de nuestros dias escribia entre las ruinas de las desoladas ciudades de Palestina.

El cumplimiento literal de los vaticinios que leemos en la Escritura Santa hablan á nuestra fe un lenguaje tan elocuente como los profetas, y su abatimiento y pavorosa soledad no son ménos concluyentes que los milagros mas esclarecidos. El hombre mas despreocupado, aquel mismo que hace alarde de su falta de fe, no se conmueve ménos que el piadoso cuando ve este cuadro, tanto mas sombrío cuanto mas se contempla. « ¡ Ay ! ¡ yo corrí esta tierra devastada ! ¡ yo visité lugares donde brilló tanto esplendor, y no he visto mas que abandono y soledad ! ... ¡ Busqué los antiguos pueblos y sus obras, y no he visto mas que su vestigio, semejante al que el viajero estampa al pasar sobre la arena ! ¡ Los templos se arruinaron, los palacios se desplomaron, los puertos se cegaron, las ciudades están destruidas, y la tierra y sus habitantes no son mas que un lugar desierto y de sepulcros (2) ! » Volney es quien así habla, y su testimonio para los *espíritus fuertes* es sin duda irreprochable.

Si escribiese yo mi itinerario, no señalaria un paso dado sin acompañarlo de recuerdos que datan de cuarenta siglos, ni contaria travesías sino hechas por campos de patriarcas, y por trazas de pueblos y ciudades que albergaron un dia al Dios que adoraron los profetas. Betulia con los hermosos recuerdos de su hermosa Judith, y Bethel y Jesrahel con su prosperidad y sus desgracias, Jacob volviendo de la Mesopotamia y la tumba de José, ¡ qué cuadros tan interesantes no dibujan en la imaginacion !

Aquella Samaria, orgullo de los soberbios de Efrain, co-

(1) Mislin.
(2) *Ruines*, cap. II, (Volney.)

rona del Someron y corte de los reyes de Israel, está trasformada en un pueblo de chozas; y donde un soberano edificó palacios de marfil que excitaban la curiosidad de todos, ni una casa existe que pueda merecer el nombre de tal. Perdida por los Israelitas, y ocupada sucesivamente por los Medos y los Macedonios, cambiado su nombre por el de Sebaste, regada muchas veces con la sangre de sus reyes y de sus príncipes, ocupada y perdida despues por los cruzados, deja ver todavía restos de templos y palacios que rivalizaron en grandeza con los de Roma. El sitio del palacio de Heródes ocupa una extension considerable: sobre él están tiradas columnas soberbias de mármol jaspe, enteras y en pié algunas todavía, las basas de otras que se ven tronchadas, y enormes piedras que pertenecieron al suntuoso edificio en que el altivo monarca quiso dar idea al mundo de su grandeza y poder. No léjos de estas aparecen otras imponentes ruinas; la cruz de Malta, grabada en algunas de las piedras, demuestra que son los restos de un gran templo que los caballeros edificaron á S. Juan sobre el sepulcro que encerró en otro tiempo sus reliquias.

Naplusa dista dos horas de Sebaste y ocupa un sitio al este de Sichen, cuidad memorable en la historia de los Judíos. Los Samaritanos separados de las tribus por el cisma edificaron un templo en la cumbre del monte Garizin, y consagraron sacerdotes para las funciones de los sacrificios. Hasta hoy se conservan algunas familias de los antiguos Samaritanos, ocupando un barrio pobrísimo de la ciudad; y su jefe toma entre ellos el nombre de *sacerdote levita.* La Providencia parece conservarlas entre los esfuerzos que en todo tiempo han hecho sus correligionarios del judaísmo para atraerlas á su comunion, como una prueba mas de la veracidad bíblica.

El obispo anglo-prusiano de Jerusalen envió á uno de sus compañeros de propaganda protestante á evangelizar á los Samaritanos de Naplusa en 1847, ó por mejor decir, á com-

prar sus conciencias con dinero, del mismo modo que se negocian las mercancías en el bazar de la ciudad. Las monedas se consumieron, pero los que las habian recibido como precio de su fe no se creyeron ligados á esta sino miéntras duraron aquellas. La propaganda concluyó, y ningun protestante existe en Naplusa.

Los Griegos disidentes son los únicos cristianos que allí se conocen, y en un monasterio señalan sus monjes muchas reliquias que exponen á la veneracion de sus fieles, aun cuando sean tan inverisímiles y ridículas como las *vasijas* de Caná. Pero nada les arredra cuando se trata de reliquias y santuarios : codiciosos por eso siempre de nuevos adoradores que las visiten, y sean la *fuente perenne de recursos para su vida*, trabajaron tambien en la conversion de los Samaritanos. ¡ La pobreza abre tantos caminos á las esperanzas del poderoso, que piensa triunfar de todos con el oro !

Pero es singular sin duda ver á unos disidentes entablando misiones para convertir á otros que no lo son ménos que ellos. Los creyentes del sacerdocio de Enrique VIII y de su hija Isabel trabajan por convertir á los que consintieron en el de Manases; y los que siguieron el estandarte de la rebelion levantado por un obispo ambicioso de honor y de poder, tocan la conciencia de otros que obedecieron tambien una voz que sublevó en su provecho diez tribus del reino de Israel. La rebelion, comun á todos tres, es un punto de contacto que pudiera servir para unirles algun dia.

El pozo de Jacob, cavado en el campo que compró á Hemor aquel patriarca, es en el que habló Jesucristo á la mujer de Sichen; y bien lo manifiestan monumentos de todas las edades que han venido á amontonarse en rededor de sus bordes, para honrar un lugar sagrado y memorable en ambos Testamentos. Jacob, que edifica allí un altar y adora al Dios de sus padres, era bellísima figura de Jesucristo, que erige allí mismo en altar el corazon de cada hombre, declarando « que el Padre busca adoradores que le honren

en espíritu y en verdad. » Este pozo, que los cristianos llamaron desde los primeros siglos *Pozo de la Samaritana*, está al lado derecho del camino y á veinte minutos de Naplusa; su boca es rasa, y no puede percibirse por consiguiente sino acercándose á ella: en otro tiempo fué profundo, como lo significó la mujer replicando al Salvador: « Señor, el pozo es hondo; » mas hoy no lo es tanto, pues está lleno de escombros que le ciegan en parte. Columnas rotas de granito, caidas á su lado, demuestran que hubo alguna capilla ó rico pabellon que lo cubria. Una iglesia y ántes un convento de religiosas aseguran los anales eclesiásticos haber existido allí en el siglo cuarto.

Los alrededores de Naplusa presentan huertos y jardines que muestran bien la fecundidad de aquel suelo. Selvas espesas existieron allí en otro tiempo; el Taso las inmortalizó, colocando en ellas el bosque donde el invencible Tancredo encontró los maderos indispensables para poner en movimiento las máquinas que habian de abrir brecha á los cruzados en los muros de la ciudad santa. Esas selvas hoy no existen, y el terreno parece arrasado, como todo el resto de Palestina. Siguiendo caminos escabrosos y subiendo las montañas de Efrain y de Judá durante muchas horas, mi corazon se sentia bajo la influencia de la opresion que es natural en el que atraviesa sitios que alimentan el dolor, ó ve imágenes que respiran amargura, desolacion y llanto. « Al contemplar aquellos solitarios y estériles parajes, comprendí muy bien por qué los profetas iban á lamentarse á los sitios encumbrados de los montes de Judea. »

El valle del Terebinto adonde descendí al fin, aunque muy angosto, es uno de los que pudieran citarse como muestra de la antigua frondosidad de Palestina. El terebinto es un árbol cuyos ramos se asemejan al laurel; conserva su hermosura en todas las estaciones, y sus bosquecillos embellecen con frecuencia este lugar, que por eso tomó su nombre, tan repetido en la Escritura. Viñas, higueras, nopales y olivares

se unen para animar su paisaje, á quien otra poesía que la natural hacen infinitamente mas grande y mas solemne. Un pastorcillo de Belen que mete en su saco cinco piedras escogidas en la madre del torrente que serpentea al pié de las montañas, y despidiéndolas con su honda, las hinca en la frente del enemigo de la patria, lo derriba y corta luego la cabeza con su propia espada; es poesía mas bella y mas sublime que cuantas pudieron inventar las imaginaciones fecundas de Homero y de Virgilio. Otro niño nacia en el fondo del mismo valle mil años despues que David, y su voz que predicaba á las turbas en el vecino desierto, resonando en los montes de Judea, dejaba oir: « Sabed que ha llegado el Reino de Dios. » La casa de este niño buscaba yo, siguiendo el camino que hizo el Salvador del mundo, cuyo reino anunciaba su santo Precursor. Un bello edificio decorado con las armas del rey de España me anunció ese lugar venturoso, donde dió sus primeros pasos el que venia á enderezar las sendas tortuosas de los hombres. ¡Ah! los soberbios relieves con que la mano de hábiles artistas ha representado la sucesion de misterios que precedieron al nacimiento de S. Juan, la compendió con admirable laconismo el Evangelista en estas palabras que la dibujan perfectamente: « Era hombre enviado de Dios, y venia para dar testimonio de la luz. » La pequeña casa donde nació, convertida en capilla y cubierta con preciosos mosáicos, deja ver en su centro la siguiente inscripcion al pié de un altar: HIC NATUS EST ILLE QUI PLUS QUAM PROPHETA EST (1). En el templo resuenan coros de voces infantiles que publican los misterios de este lugar cubierto por las bóvedas sagradas: yo ví desfilar por las naves doce niños vestidos de ropa talar mas blanca que la nieve.... « ¿Qué hacen? ¿adónde van? » me preguntaba. La voz de Bossuet venia á responderme: « ¡Son el candor y la pureza los únicos que deben publicar

(1) Aquí nació aquel que es mas que profeta.

la inocencia del Bautista! » Descendiendo á la cueva de su nacimiento, y postrados aquellos inocentes delante del altar, cantaban con suave melodía:

Ut queant laxis resonare fibris,
Mira gestorum famuli tuorum,
Solve polluti labii reatum,
Sancte Joannes.

Muchas lámparas que arden constantemente, los soberbios relieves hechos en mármol, las bellas pinturas del célebre Rivera, el canto de los niños y las armoniosas variaciones del órgano, dan á la capilla subterránea del Bautista un aspecto misterioso y solemne al mismo tiempo. El convento de S. Juan está situado en medio de un pequeño pueblo, que los Árabes llaman *Aïn-Karin*.

Siguiendo una legua mas por el valle del Terebinto, subí una colina escarpada, y entré en la cueva donde pasó su niñez el Precursor, ocupado en prepararse para el alto ministerio de anunciar la venida del Hijo de Dios. Tiene la gruta la misma forma que una pequeña celda, y mide de diez á doce piés de largo y seis de ancho. Yo habia hecho venir conmigo todos los niños de coro de la iglesia de S. Juan, los que, miéntras celebraba, hicieron resonar el desierto cantando el *Antra deserti...* Todo él habia resonado ántes con el eco inspirado de otra voz que salia de aquella gruta, y decia á la muchedumbre que la rodeaba: *Preparad los caminos del Señor*. Esta cueva no tiene hoy adorno de ninguna especie, pero sí conserva trazas de variaciones que le imprimió la mano del hombre. Á un lado de la colina se ven las ruinas de un templo y de un monasterio, cuyos monjes darian probablemente á la gruta del Bautista la forma que hoy presenta.

Bajando de la colina, á dos millas de distancia se ven otras grandes ruinas de un convento de mujeres; la tradicion coloca en este sitio la visita hecha por María, Madre de

Jesus, á su prima Isabel, que lo fué del Precursor. Un lugar tan venerando se encuentra en completo abandono; se miran los desplomados muros del templo, queda aun una pieza baja que parece haber servido de sacristía, pero nadie habita allí, donde un dia voces inspiradas entonaban cánticos sublimes que ahora son el honor del cristianismo. Una vez cada año los sacerdotes de S. Juan vienen á celebrar el oficio de la Visitacion entre los escombres de esos edificios devastados por la barbarie. Yo los hice resonar tambien con las voces inocentes de los niños, que entonaron el *Magnificat*, cantado allí por primera vez; y en presencia de aquellos montes silenciosos ofrecí al Padre el sacrificio de su Hijo.

Atravesando las montañas de Judea, me dirigí al camino que va de Jerusalen á Gaza; para llegar á él desde el convento de S. Juan, la senda es malísima, sigue ya por estrechos desfiladeros, y ya por olivares que crecen en las sinuosidades de los cerros. Despues de marchar una legua, llegué en fin á la fuente de S. Felipe, objeto que me proponia visitar. Al lado derecho del camino, viniendo de Gaza, se ve esta, que la tradicion asegura ser la misma que indica el capítulo VIII de los *Hechos de los Apóstoles* al referir el bautismo administrado por el diácono Felipe al tesorero de la reina de Etiopia. « El Ángel de Dios, leemos en la Biblia, dijo á Felipe: Levántate y marcha al Mediodía por el camino que desciende de Jerusalen á Gaza. Levantándose Felipe fué. Y hé aquí un grande de la corte de Candace, reina de los Etíopes, y superintendente de sus tesoros, que habia venido para adorar en Jerusalen, y se volvia sentado sobre su carro leyendo al profeta Isaías. El Espíritu dijo á Felipe: Acércate á ese carro; y llegándose Felipe, oyó lo que leía, y le dijo: ¿Entiendes acaso lo que lees? ¿Cómo puedo entenderlo, respondió el Etíope, si no hay quien me lo explique? Y rogó á Felipe que subiese y se sentase con él. El lugar de la Escritura que leía era este: *Como oveja fué*

llevado al matadero, y como cordero mudo delante del que le trasquila; así él no abrió su boca. En su abatimiento su juicio fué exaltado. ¿Su generacion quién la contará? ¿por qué quitada será su vida en la tierra? Ruégote me digas de quién habla aquí el profeta: ¿acaso de sí mismo ó de algun otro? preguntó el Etíope. Y abriendo Felipe su boca, dando principio por esta Escritura le anunció á Jesus. Siguiendo el mismo camino, llegaron á un lugar donde habia agua, y dijo á Felipe el Etiope: *Hé aquí agua, ¿quién impide que yo sea bautizado?* — Nadie, si crees de todo corazon. — Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios. Mandando parar el carro descendieron los dos al agua, y bautizó Felipe al tesorero. El Espíritu de Dios arrebató á Felipe, y el Etiope siguió gozoso su camino. » Consecuentes los católicos con la antiquísima tradicion, adornaron esta fuente con diferentes relieves de mármol que aun subsisten.

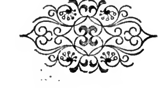
Volney, visitando la Palestina y buscando en toda ella argumentos contra la veracidad bíblica, dice que corrió el camino que desciende de Jerusalen á Gaza, y que abierto al traves de montañas pedregosas, de peñascos y de rocas, ningun vestigio ofrece que pueda haber sido carril en otro tiempo. La consecuencia era muy lógica, el valido de la reina Candace sentado con Felipe sobre un coche que rodaba por ese camino, era una solemne impostura. Yo atravesé el mismo camino, y puedo asegurar que no solo fué carril, sino que hoy tambien podria de nuevo serlo fácilmente. — Que fué carril bien lo demuestra la senda, que conserva una posicion igual, no obstante que se encuentra abierta entre montañas que la cruzan con frecuencia. Lo demuestran las canteras de mármol que se trabajaron desde el tiempo de los Judíos inmediatas á la fuente, y se continuaron trabajando muchos siglos despues. Si Volney hubiese hecho investigaciones concienzudas, comparando los grandes trozos de mármol que se ven tirados en Naplusa y Cesarea, restos de palacios reales, con los que existen aun cerca de aquella can-

tera, los habria encontrado perfectamente iguales, é iguales tambien todos con los que fueron conducidos despues de esta misma para decorar otros lugares santos de Jerusalen y de Belen. No se pudo hacer esta operacion sino por medio de carros que necesitaron camino para rodar; ni los camellos, ni los asnos pueden arrastrar, ni ménos cargar sobre sus espaldas esos trozos colosales que vemos ya esparcidos entre ruinas, ó ya decorando suntuosas iglesias edificadas durante el siglo cuarto en Palestina. Conociendo esto, la razon basta para demostrar que no pudo suceder de otra manera. Hoy mismo podria volver á ser carril ese camino con un poco de trabajo y de dinero; los peñascos y las rocas que tan grandes parecieron á Volney, son derrumbes que precipitaron los aluviones y los terremotos en quince siglos, durante los cuales nadie fué á repararlos, ni á romper siquiera las piedras que rodaban de los cerros. Pero el viajero á quien poco há acabamos de oir, deplorando la trasformacion que por todas partes ofrece la Palestina, queria ver conservados en su primitivo estado sus caminos. Contradiccion propia de hombres que forman juicio ántes de examinar, y avanzan el fallo al conocimiento de las razones en que deben apoyarlo.

¿Cómo debemos apreciar los escritos de hombres en quienes se notan estos tristes efectos de la pasion? La sana razon y el buen criterio responderán acertadamente á cada uno; yo solo observaré que Volney incurre en otras contradicciones semejantes, y que bien demuestran su juicio prevenido de antemano sobre los objetos que visitaba. «Yo no consultaré jamas escritos de hombres apasionados, ni iré á buscar luces en obras de quienes no tuvieron las suficientes para conocer preocupaciones que impiden llegar á la verdad,» ha dicho un escritor que los liberales de Francia veneran hoy como uno de sus oráculos.

Miéntras pensaba yo en Volney, sentado cerca del borde de la fuente, algunos Beduinos pensaban en mí, y juntos

llegaron cinco á pedirme un *bakchis*. Nadie habia por allí que pudiera evitar cualquiera intencion torcida de estos, el país es desierto completamente, y yo procurando complacerlos, saqué el dinero que llevaba, y se lo distribuí sin dilacion. Uno de ellos tuvo la exquisita cortesía de tomarme el bolsillo de la mano, para observar si quedaba algo en él, devolviéndomelo en seguida.





IMP. SIMON RAÇON.

JERUSALEN

CAPÍTULO XIV.

Aspecto de Jerusalen. — Entrada. — Interior de la ciudad. — Monte Sion. — No quedará piedra sobre piedra. — Los Judíos. — Monte Moriah. — Barrio de los musulmanes. — Barrio de los cristianos. — Ruinas y recuerdos de todas las edades. — Su poblacion actual. — Patriarca latino. — Seminario. — Los Padres de la Tierra Santa. — Sus misiones y sus conventos. — Hospicios de peregrinos. — Protestantes hospedados. — Recursos con que cuentan. — Chateaubriand, Volney y Lamartine. — Hermanas de la caridad. — Convento griego. — Monjes armenios. — Un monasterio cofto. — Tradicion. — Los Sirios.

Dos horas habia caminado dejando atras las montañas de Judá : Jerusalen no podia estar distante, y mi corazon bien me lo decia. Las lomas se sucedian no obstante unas á otras, y la ciudad santa parecia ocultarse, tras de cada una, de los ojos siempre fijos en el rumbo donde esperaban verla. El sol iba à esconder sus postreros resplandores, un viento abrasador venido de la Arabia traía consigo nubes de arena, ningun ser viviente se movia en la vasta extension que alcanzaba á percibir mi vista, y el silencio mas profundo no era interrumpido sino de vez en cuando por la furia de aquel elemento, detenido en los estrechos valles de Josafat y Siloé. Un cuadro sombrío presentaba la patria de los profetas, y en medio de él ví los muros de Sion, levantados sobre un suelo cubierto de peñascos y rodeado de montes blanquecinos. ¡ Qué aspecto tan terrible ofrece la ciudad santa ! Jamas olvidaré la impresion que me causó. He visto en Asia ciudades desiertas, cuyas ruinas solitarias cubren espesos bosques, he visto guarecerse las fieras bajo las bóvedas que

fueron morada de soberanos, y he visto trasformadas en desiertos ciudades populosas que redujeron á polvo los terremotos; pero el imponente aspecto que ofrecen todas aquellas ruinas, nada comun tiene con el de Jerusalen. Posee esta la triste fisonomía del dolor, unido á las sombras impenetrables del misterio.

Entré en Jerusalen por la puerta de S. Estéban: antiguamente exigia la guardia un tributo á todos los viajeros; mas hoy no subsiste para los Europeos la ley que así lo disponia, con humillacion de los cristianos que vienen á buscar los vestigios de su Dios para adorarlos.

Contemplando el interior de Jerusalen se conoce hasta dónde llega el colmo de su desgracia. Edificada sobre las colinas de Sion, Moriah y Acra, se conserva, aunque reducida, en los mismos lugares que ocupó desde su orígen. En nuestros dias, un gran número de literatos han demostrado evidentemente esta verdad, estudiando la topografía de la antigua Jerusalen (1). Sus calles son estrechas, lóbregas y sumamente disparejas, muchas están cubiertas de inmundicias que apestan, otras embarazadas por montones de escombros, y algunas cortadas por edificios levantados con permiso de una autoridad de quien todo lo pueden conseguir las dádivas y el favor. Ninguna clase de policia se encuentra para reprimir en ellas los abusos de unos, ni para proteger á los otros: el *cavas* ó porra que llevan los dragomanes de los cónsules ó de las autoridades y la bayoneta de los soldados, es el único poder que se deja sentir en aquellos sombríos callejones. Ellos maltratarán á quienes no les ofenden, abusando de ese poder que el baston que tienen en sus manos les concede en la imaginacion de hombres idiotas; la verdadera autoridad, el poder legítimo nada hará, ni nada dirá para refrenar tales excesos. En esta ciudad no hay trá-

(1) Véase á Schubert, Linz, Kieppert, Schultz, todos protestantes y miembros de las Academias científicas mas célebres de Lóndres y Berlin.

fico, ni industria de ninguna clase, los hombres parecen muertos como los monumentos; no hay mas que ruinas y sepulcros, y sus habitantes, pobrísimos casi todos, se pasean silenciosos sobre el polvo de los monumentos que elevaron al pasar sinnúmero de generaciones.

Subid al monte Sion, revolved su polvo, buscad la ciudad de David, el palacio de Heródes y tantas otras grandiosas construcciones que le dieron celebridad; ni vestigio hallaréis alguno: el lugar de la primera lo ocupa una fortaleza (1), la mas considerable de la poblacion; y sobre los cimientos del segundo veréis levantado un templo anglo-prusiano. Quiero repetir una reflexion que hacia un juicioso protestante visitando este lugar: « El palacio de Heródes con todos los edificios de Agripa, con las cisternas y los jardines que lo circundaron, ha desaparecido enteramente; un solo testigo ocular ha hecho mencion de él, y es Josefo, historiador judío. Ningun peregrino pregunta al pasar dónde estaban aquellas salas magníficas en que cien convidados comian con Heródes; mas hasta el último de los venidos en los tiempos presentes pregunta con ardor tierno, cuál es el lugar donde Jesus comió con sus discípulos el Cordero pascual y celebró con ellos la santa Cena (2). » La casa de María, madre de Juan Márcos, en el monte Sion está ocupada por un convento de Sirios. Los monjes armenios disidentes poseen gran parte del mismo monte, y en su grandioso convento muestran el lugar donde Heródes mandó cortar la cabeza á Santiago el Mayor; « la España, que tanto veneró á su Apóstol, hizo allí construir una hermosa iglesia; pero los Españoles fueron arrojados de ella por los Armenios (3). » Fuera de los muros de la ciudad poseen estos mismos otro monasterio sobre el sitio de la casa de Caifas, y bajando un poco al Sur,

(1) El Kal'ah.
(2) *Reise in das Morgenland*, tom. II. (Dr Van Schubert.)
(3) *Les Saints Lieux*, tom. II. (Mislin.)

se encuentra el antiguo de Franciscanos, edificado sobre el Cenáculo, donde los misterios mas profundos y adorables del cristianismo sucedieron la víspera de la muerte de Jesucristo, donde tantas veces habló este á sus discípulos despues de resucitado, y donde descendió sobre ellos el Espíritu Paráclito que les habia prometido. Mas este convento no existe desde el año de 1561 : su posesion habia sido asegurada por los sultanes en firmanes repetidos ; pero esto no impidió que se les arrojase de allí, bajo pretexto que el monte Sion era un lugar fuerte, y los Francos no debian ocuparlo. El Cenáculo fué convertido en mezquita, y los derswiches tomaron posesion del claustro de los religiosos. La primera catedral cristiana que existió en Jerusalen estuvo edificada en el monte Sion, y en su recinto descansaron las cenizas de los confesores ilustres de Jesucristo : Estéban, Gamaliel, Nicodémus y Abibon. Cerca de la puerta de Sion se ve el *barrio de los Leprosos*, y en él en cabañas miserables viven los plagados de esa sucia enfermedad.

Los Judíos habitan un barrio entre el monte Sion y el sitio de su antiguo templo, ciertamente muy reducido para su número, que algunos hacen subir á mas de siete mil (G). Mas de todos estos ninguno ha nacido en Jerusalen, sino que viene su mayor parte de Europa para adorar á Dios junto á las ruinas de su templo, y tener sepultura en el valle de Josafat. « Esperan todavía al Mesías, que no volverá á venir sino para juzgarles, rompiéndoles el velo que vemos extendido sobre su corazon (1). »

Alguno quiso ver en la opresion de los cristianos el orígen de los males que alligen á los Judíos (2); pero sabido es que no fueron los cristianos los que les pasaron á cuchillo despues de arrasarles su hermosa capital, sin dejar de ella piedra sobre piedra, ni tampoco fueron los cristianos quienes

(1) Carta II á los de Corinto.
(2) *Voyage en Syrie.* (Volney)

los diseminaron por toda la tierra. Hoy mismo no son cristianos los que gobiernan en Jerusalen, y no obstante les vemos arrastrando la misma degradacion y la misma miseria que en todas partes donde viven reunidos. Una sinagoga sè eleva en el centro de este barrio, y su estado ruinoso y sucio está muy en armonía con el de los creyentes que recibe los sábados en su seno. Un rabino preside la sinagoga, explica en ella la ley, y desempeña las funciones de sacerdole.

El monte Moriah se eleva al Oriente de la ciudad; á su pié se extiende el valle de Josafat, y sobre él estuvo construido el gran templo de Salomon, que destruyeron los Caldeos y reedificaron sucesivamente Zorobabel y Heródes Ascalonita. Destruidos estos tambien, sobre el mismo lugar se edificó una iglesia destinada al culto de María, que allí habia sido consagrada á Dios; esta pereció tambien, y hoy vemos elevarse la mezquita de Omar, tan sagrada para los mahometanos como las de Meca y de Medina. Su aspecto es imponente, y su elevada cúpula, sostenida por columnas de mármol, domina todos los edificios del alrededor: construida en una extension de terreno semejante á una gran plaza, tanto esta como sus avenidas están cerradas perpetuamente para todo el que no sea creyente de Mahoma. Bajo sus bóvedas creen los mahometanos estar el lugar terrible donde Jacob vió en sueño misterioso subir los hombres de la tierra al cielo, así como la piedra sobre que derramó aceite é hizo promesas al Señor. Yo he rodeado muchas veces este vastísimo edificio, y me he preguntado: ¿Dónde están las víctimas y dónde los perfumes cuya fragancia penetró hasta el cielo? ¿dónde los pontífices y los levitas que rociaban el pueblo, y dónde el altar teñido con la sangre de los animales? ¡Ah! nada se ve ya; la voz que inspiraba á los profetas gritó en Jerusalen: « Del templo no quedará piedra sobre piedra; » y mucho despues otra cuyo orígen nadie supo: « ¡Ay del templo! ¡ay del templo, dijo, durante treinta dias! » El templo pereció abrasado, y ni las piedras de sus

fundamentos fueron encontradas mas; los que en él ofrecian víctimas lloran su ruina y su profanacion, miéntras que impostores y adivinos engañan donde fué el santuario de la Verdad eterna á tribus que vienen del desierto para adorar la piedra donde bajó Mahoma, cuando llegaba de la Arabia Feliz, despues de haber estado en el paraíso y tratado con Dios los negocios de su religion (H). Inmediata á esta mezquita se ve otra llamada de Ahá, edificada en el mismo sitio que contuvo el templo de la Vírgen María, de que hicimos mencion ántes: algunos creen que allí era tambien la habitacion de Ana, la profetisa que saludó á Jesus en su presentacion.

Preguntad por el sitio de la fortaleza *Antonia* y por el Pretorio de los Romanos, preguntad por el soberbio palacio de los soberanos sacrificadores, por las régias moradas de tantos príncipes, retoño glorioso de los ilustres Macabeos; ni las piedras que vemos esparcidas nos darán cuenta de la suerte que corrieron esos soberbios edificios, porque no les pertenecen.... nada existe. La piscina, cuyas aguas movia el ángel y donde obró Jesus la milagrosa curacion de un paralítico, la vemos llena de escombros y medio destruida ocupando la parte este del monte Moriah. Esta piscina, que el Evangelio llama de Betsáida y tenia la virtud prodigiosa de curar ciertos enfermos, parece haber sido construida por Salomon para que sirviese á los domésticos del templo, para lavar las víctimas que habian de ofrecerse en los sacrificios. Chateaubriand midió su largo de ciento cincuenta piés y su ancho de cuarenta; su profundidad es muy considerable, su material es de cal y piedra, así como su construccion es semejante tambien al de los otros estanques que se atribuyen á aquel príncipe. El monte Moriah, lleno de tantos edificios, de escombros y recuerdos, es como la historia monumental de mil acontecimientos grandes y prodigios admirables que refieren los templos dedicados á la gloria del Señor; pero hoy es un sitio de congoja para el alma que lo ve profanado por el culto de una religion que autoriza vicios que ofenden

á la majestad del Dios que adoró Salomon, y fueron símbolo del Mesías prometido.

El barrio de los musulmanes rodea á la gran mezquita de Omar, y es el mas extenso de la poblacion, aun cuando el número de sus habitantes sea diminuto. Dos casas de derswiches se encuentran en su recinto, y una de ellas, donde se recogen los ciegos y enfermos de esta institucion, es precisamente el hospicio que fundó la virtuosa madre del Gran Constantino, para recibir á los peregrinos que llegaban á Jerusalen de todos los países cristianos. En este barrio se ven algunas mezquitas, todas ellas pobres y sucias, y pertenecen á diferentes sectas mahometanas que tienen creyeutes en Jerusalen; algunas, ya ruinosas, no tardarán en caer, y sus escombros harán todavía mas dificultoso el tránsito de sus callejuelas.

Siguiendo la calle Hâreth-el-Nussârah se entra en el cuartel de los cristianos, donde tantos vestigios quedan aun de mil instituciones que agrupó el cristianismo en rededor del sepulcro de su Fundador. Los recuerdos de los caballeros de San Juan, de las abadías de diversos institutos monacales, de los hospitales de los cruzados y de los hospicios para peregrinos conmueven el corazon que los busca en vano. Al traves de callejuelas oscuras ó entre habitaciones solitarias se oirá el suspiro del peregrino armenio, que vino á pié desde el interior de Asia, y paga con dinero el albergue que le dan los sacerdotes de su comunion; se oirán tambien las lamentaciones de los Griegos, que ven explotado su bolsillo donde el Salvador del mundo mandaba hospedar los peregrinos; se encontrarán Etíopes, Sirios, Egipcios, Caldeos, hombres y mujeres, que andan por las calles buscando limosna de que vivir; pero no se hallará abierto ni un establecimiento en cuya puerta se lea la inscripcion que la madre de un emperador mandó poner en el suyo: OMNIBUS PEREGRINIS SEPULCRUM DOMINI VISITANTIBUS.

Ruinas y recuerdos de todas las edades salen al encuentro

de la vista en cada sitio, como si quisieran detenerla para contemplar las desgracias que publican; ruinas y recuerdos que dejaron los pueblos en un lugar por donde atravesaron todos durante seis mil años que abrazan las páginas de su historia; y ruinas y recuerdos que subsistirán agrupados cerca de una tumba que sirve de centro á todas las edades y á todos los sucesos de las generaciones humanas. ¡Ved ahí un misterio para mí escondido entre tantas ruinas! Este sitio que piso lo atravesaron las naciones mas famosas de la tierra, lo pisaron los Egipcios y los Medos, los Asirios y los Persas, los Griegos y los Romanos; Asia, África y Europa se lo disputaron sucesivamente, y cuando una lo abandonó á su competidor victorioso, los secretos del Santuario fueron siempre el primer objeto que llamó la atencion de este. Pompeyo y Alejandro, los guerreros mas célebres del mundo, cuyos ejércitos hicieron temblar los reyes y enmudecer la tierra, respetan su templo y ofrecen víctimas sobre su altar. Cuando el poder asombroso de aquellos pueblos se ha eclipsado, cuando de esas naciones que dieron leyes á todo el mundo no existe mas que la memoria, cuando el mismo templo donde inclinaron la frente y doblaron su rodilla aquellos conquistadores desapareció tambien, un sepulcro se elevó en el monte de los malhechores, frente á frente de aquel templo; y desde entónces las naciones que atraviesan el Asia, el África y la Europa no van á buscar el santuario ni el tabernáculo para ofrecer víctimas á Dios, sino que rodean esa tumba; y los reyes mezclados con su pueblo, los guerreros y sus soldados inmolan sobre él su corazon, lleno de amor y gratitud. Un Nuevo Mundo se descubre, y las nuevas generaciones que pueblan el Occidente vuelven su vista hácia esa tumba, y ofrecen para decorarla el oro y la plata de sus minas; de la misma manera que los reyes indios del Oriente ofrecieron en el antiguo templo sus inciensos y sus perfumes. Un Dios hecho hombre, Mesias y Redentor de los hombres, liga en esa tumba á todos los pueblos

entre sí. *De Sion sale la ley, y en Jerusalen la voz de Dios enseña su palabra.* Jerusalen adquirió una nueva importancia, y maldita de Dios, como lo fué, por haber dado muerte al Redentor que le anunciaron sus profetas, y cuya gloria simbolizó su templo, viene á ser todavía mas solemne y misteriosa reuniendo en su seno las maldiciones y las bendiciones, la justicia y la misericordia.

Nada debe pues admirarnos ver llegar á Jerusalen todos los cristianos, y cobijarse todas las comuniones en rededor de la tumba sagrada del Cristo, que dió al mundo su Evangelio como herencia. Los católicos fueron los primeros que se conquistaron un sitio, y sus sacerdotes jamas abandonaron los santuarios de Jerusalen, que regaron mil y mil veces con su sangre. El patriarcado de la ciudad santa fué restablecido en 1848 por el Sumo Pontífice Pio IX, consagrando él mismo al Doctor D. José Valerga por patriarca. He visto muchas veces la estrechez en que vive en medio del seminario que ha instituido para formar presbíteros indígenas, salidos de los Árabes y Beduinos, y que derramados entre estos serán sin duda sus apóstoles. Todo lo alcanzan el celo y la paciencia, y el patriarca Valerga manifestó mas de una vez estas virtudes.

Ántes del restablecimiento del patriarcado, el custodio de la Tierra Santa y superior de los PP. Franciscanos era la primera autoridad católica que existia en Palestina. En el siglo trece, cuando las potencias cristianas se veían obligadas á abandonar el reino de Jerusalen, que conquistaran á fuerza de sacrificios y con el precio de innumerables vidas, S. Francisco de Asis desembarcaba en Tolemáida (1), y marchaba á Jerusalen para establecer en el Santo Sepulcro custodios mas fuertes é intrépidos que los caballeros, y mas durables que el reino de los cruzados. Estos custodios eran los humildes religiosos de su profesion, que instaló él mismo en Jerusalen

(1) Año de 1219.

y Tolemáida. En diversas ocasiones fueron muertos inhumanamente por diferentes tribus de Árabes, que robaron los monasterios, despues de matar á sus pacíficos moradores; pero luego venian otros de Europa á llenar el lugar que dejaban sus hermanos, que murieron mártires. Durante seiscientos años, la crónica de estos religiosos no presenta mas que suplicios en que morian unos, y vejámenes que atormentaban incesantemente á los demas. Debe asombrarnos por cierto leer que llegan á mil quinientos los Franciscanos que perecieron en Palestina á manos de los infieles, y que pasan de seis mil los que murieron víctimas de crueles epidemias durante seis siglos. « Por los documentos que leí en el convento de Jerusalen, dice Chateaubriand, se ve que los infelices religiosos que guardan el Santo Sepulcro necesitaron vivir durante muchos siglos defendiéndose dia por dia de la tiranía y de las tropelías de los mahometanos (1). » Dijimos poco há que su primera habitacion fué el monte Sion; arrojados de allí, se trasladaron á San Salvador, cuya iglesia y monasterio, á pesar de haber pertenecido á una comunion católica, tuvieron que comprar á las autoridades turcas á peso de oro. Aquí subsisten hasta hoy en la parte baja de la ciudad en un convento cerrado como fortalezá, y en cuyo centro se eleva su iglesia, pequeña por cierto é insuficiente para las necesidades de la poblacion católica. El convento de San Salvador encierra sesenta religiosos, y debe considerarse como el seminario de las misiones que tienen los Franciscanos en Siria, Palestina y Egipto (1). En él los religiosos poseen oficinas y talleres donde aprenden muchos jóvenes diferentes oficios, y una buena imprenta, la primera que ha existido en Jerusalen.

En todos los conventos los religiosos de Palestina tienen casas para recibir á los peregrinos, á quienes hospedan y auxilian con lo necesario para continuar su viaje. En la de

(1) *Itinéraire de Paris à Jérusalem*, tom. II.

Jerusalen, el extranjero que llega allí para visitar los Lugares santos puede permanecer un mes entero, y durante este tiempo es servido gratúitamente de cuanto necesita: en Belen y Nazareth dan del mismo modo hospedaje por quince dias, y por ocho en los demas conventos donde es costumbre detenerse por necesidad ó por devocion. Si los PP. de Tierra Santa exigiesen alguna compensacion siquiera por los víveres que consumen los viajeros, alguno podria haber dicho con apariencia de verdad que hacian negocio con los peregrinos; mas cuando á estos nada piden, sino que al contrario se desviven por atenderles y obsequiarles, y no cesan de repetir á cada uno que nada debe, solo la ingratitud y mordacidad pudo inventar aquella impostura despreciable, que desmintieron mil viajeros distinguidos, católicos y protestantes, de todas las naciones cristianas del Viejo y del Nuevo Mundo (1).

Estos hospicios están abiertos para hombres de todas las comuniones cristianas: yo ví en el de Jerusalen los oficiales de un buque de guerra inglés, viajeros de Norte-América y dos señoras, miembros de comuniones disidentes de la Prusia; estas personas no fueron á recibir hospedaje que no da el obispo anglo-prusiano, sino que pidieron el que ofrece á todos el hospicio católico de los PP. de Tierra Santa (2).

Los recursos con que se contó al instituir estos hospicios, único auxilio que encuentran el peregrino y el viajero que visitan la Palestina, fueron las limosnas que la Europa y la América católicas enviaban á la Tierra Santa. En época pasada fueron estas muy considerables, y los religiosos pudieron cubrir cómodamente los enormes gastos que demandan la conservacion de sus misiones, la reparacion de sus templos y conventos, y el pago de infinitos impuestos y gabelas á que

(1) Pueden verse muchos de estos documentos al fin de una obrita titulada: *Lugares Santos de Palestina*, rubricados por personas distinguidas de Francia, Inglaterra, Alemania, España, Italia y Estados de América.

(2) Las señoras son alojadas en departamento separado.

están sujetos los superiores de cada hospicio para conservarse en paz con los jefes territoriales. Chateaubriand indica algunas de estas contribuciones, que, aun cuando disminuidas considerablemente, subsisten todavía como pequeña muestra de su enormidad en otro tiempo. Pero á la vez que disminuyen estas, la afluencia de peregrinos aumenta en proporcion de cincuenta por uno cada año, y las remesas disminuyen, especialmente desde la emancipacion de los Estados de América y la guerra civil de España. Seria de desear que una voz gritase en todos los países cristianos del mundo que existe aun la Palestina, que los sitios consagrados en ella por el grande acontecimiento de la redencion humana realizado por el Hijo de Dios tambien existen; pero que necesitan para conservarse el auxilio de los que creen. Sin este no caerán, es verdad, en poder de los Turcos, que, contenidos por las naciones cristianas, no podrán ya restablecer jamas su despótico arbitraje sobre los Lugares de la Tierra Santa; pero sí caerán fácilmente en poder de comuniones disidentes del catolicismo, que los comprarán á los ministros de la Puerta, si alguna vez los Latinos llegan á abandonarlos; sí, los ocuparán, repetimos, los Griegos y los Armenios cismáticos, que los han disputado sin cesar á los Latinos, hasta el extremo de provocar la sangrienta lucha en que hoy vemos envueltas á las naciones mas poderosas de Europa. Los cuatro mil quinientos católicos que existen diseminados en Palestina son generalmente pobres, y léjos de poder contribuir en algo para sostener los santos Lugares, las misiones y sus ministros, piden á estos, al contrario, que les auxilien con limosnas para vivir. Solo el convento de San Salvador de Jerusalen provee de habitacion y alimento á ochenta familias, Belen, Nazareth y los demas dan segun sus facultades, y todos la enseñanza y el alimento á los niños de sus escuelas que lo reclaman. Tampoco las limosnas de los peregrinos podrian bastar á aquel objeto: he visto los libros del procurador, en que se registran cuidadosamente, especificándose

la cantidad que da cada persona, y el resultado total es por cierto muy corto: la mayor parte de los viajeros nada deja, otros muy poca cosa, y raros son los que dan algo que pueda llamarse considerable. Pocos dejan, si, de ser exigentes en pedir á los religiosos regalos que ni estos pueden ofrecerles, ni los viajeros deberian solicitar. Yo he visto tres individuos que llegaron á Jafa en pasaje, que ningun género de comodidad podia ofrecerles, arrojar la comida que tomaban los demas, de mejor condicion por cierto que la que se sirve á los religiosos en su refectorio. Aquellos nada dieron, y lo mismo sucede con la mayor parte de los viajeros (J).

Muy raros son los peregrinos cuya memoria es tan grata para los custodios de Tierra Santa que señalen con letras grabadas sobre duro mármol el lugar de su habitacion, como he visto el del vizconde de Chateaubriand. Los que á pesar de sus ideas republicanas se gozaban en el especioso título de *Príncipes del desierto* que les dieron estúpidos Beduinos en cambio de pesetas, y los que despues de recibir gratúitamente el hospedaje de los religiosos en una época que « sin el auxilio de estos hubiera sido imposible viajar en el Oriente (1), » pagaban este beneficio pintando con pálidos colores el desinteres de sus bienhechores; ninguno de estos ha dejado, como aquel, en Palestina generosos beneficios que recordar. El *Príncipe del desierto*, el Sr de Lamartine, ese hombre que sorprende á tantos cuando leen entre sus bellas impresiones los rasgos de su generosidad referidos por él mismo, fué bien limitado cada vez que abrió su bolsa para dejar alguna muestra de gratitud en los conventos que le hospedaban (K). Pero los sentimientos del inmortal autor del *Genio del Cristianismo*, que « arrodillado al pié del Santo Sepulcro y con sus ojos clavados en la piedra no pudo

(1) « Aun los mismos Ingleses convienen que sin los conventos de Tierra Santa seria imposible visitar la Siria. » *Voyage*, etc., tom. I. (De Salle.) Conozca todo el mundo la gratitud del Sr Volney, cuya pluma zahirió con injusticia á los PP. de Tierra Santa.

levantarse en média hora, » distaban infinitamente de los que manifestaron en el mismo lugar Volney y Lamartine. Cuando la novedad ó la poesía lleva al Oriente á los viajeros para correr como locos dominados por la petulancia, sus relaciones mas tienen de romanticismo que de verdad, y no será su testimonio sobre el que descansaremos en nuestras prudentes investigaciones, sino en el de quien haga sus observaciones dirigido por espíritu mas puro é imparcialidad mas severa. Nadie podrá leer miéntras tanto sino con satisfaccion lo que el embajador de la Gran Bretaña en Constantinopla decia al custodio de Tierra Santa : « Estoy autorizado por S. M. para haceros entregar veinte mil piastras turcas... S. M. conoce sus méritos, y esta informado de su hospitalidad con los viajeros ingleses (1). » Estos mismos sentimientos poco mas ó ménos animaban al gobierno de Prusia, cuando al acordar el establecimiento de un hospital en Jerusalen ponia á disposicion del custodio seis camas, « porque nadie como él conocia las necesidades de los miserables; » camas que no admitió el custodio por no serle necesarias.

Las Hermanas de S. José asisten en Jerusalen un hospital para los enfermos y una escuela para niñas : en ambos establecimientos existian ocupadas seis religiosas francesas, que curaban los enfermos de todas las creencias sin distincion de personas, y educaban los huérfanos, sin otra regla que las inspiraciones admirables de su caridad. Estas fervorosas vírgenes consagradas á Dios en el suelo de su patria, lo abandonaron por amor del mismo para vivir cerca de la tumba de su Amado, regándola con lágrimas como Magdalena, y bañándola incesantemente con los aromas de sus obras, mas fragantes y preciosas que el *pistico* comprado por aquella para derramar sobre el cuerpo de Jesus. Los es-

(1) Oficio de sir Robert Liston, enviado extraordinario de S. M. B. 10 de febrero de 1815. *Original en el archivo de San Salvador de Jerusalen.*

tablecimientos de las Hermanas de S. José están montados bajo el mismo pié que los de las otras instituciones de caridad; y sus resultados en Jerusalen, Jafa y Belen, donde tienen sus establecimientos de Palestina, son conocidos de todos, que las bendicen como á sus ángeles tutelares.

Los disidentes de la doctrina católica entraron para sembrar la herejía en Tierra Santa, aumentar con los males de la rebelion las amarguras de Jerusalen, y añadir los escándalos del cisma á las profanaciones con que deshonraban los mahometanos la tumba del Salvador. Los Griegos tienen un convento, donde estuvo ántes la casa de los caballeros de S. Juan; en él reside el patriarca cismático de Jerusalen, varios obispos titulares, y entre estos *el del fuego*, que forma una especie de categoría entre los mismos obispos, una multitud de protopopes y archimandritas, cuarenta monjes que se alternan en los oficios de la comunidad, y algunos hermanos y muchachos que tambien visten hábito monacal. Su convento es grande, y se encuentra en el barrio de los cristianos. El zar ha establecido en este monasterio un obispo ruso, y llamado á Constantinopla el patriarca Cirilo, aquel tomó el gobierno de su iglesia cismática. Monjes y dignidades de aquella misma nacion prohijados poco á poco en la comunidad, han hecho sentir demasiado la influencia moscovita hasta su expulsion por la guerra en 1853.

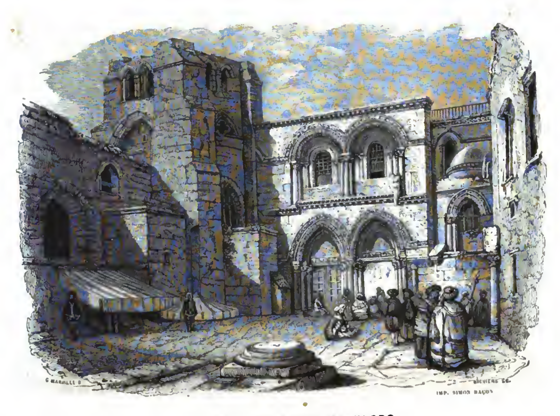
El convento de los armenios en el monte Sion es vastísimo y espléndido, y el divan del patriarca y de los obispos recuerda los salones con que se nos pinta la opulencia de los Orientales. Cuando Chateaubriand visitó al patriarca Arsenio « cubierto con ropas de seda, sentado en ricos almohadones, comiendo dulces exquisitos y bebiendo café de Moka, » le comparó á los Turcos opulentos; hoy cuando yo he visto á su sucesor ocupando un palacio soberbio, edificado con enorme gasto, le he encontrado semejante á un soberano de Oriente. Al lado de este edificio suntuosísimo

viven en claustros los monjes, y entre estos algunos jóvenes que son educados para obtener en el monacato las dignidades eclesiásticas. Yo entré en este seminario durante uno de los ejercicios de devocion que hacian en su iglesia de Santiago, y calculo su número en el de treinta : sea por la falta de costumbre, ó sea porque el uso es chocante de por sí, mucho me disgustó ver entrar en la iglesia á los monjes y á sus educandos, y sentarse sobre el pavimento, del mismo modo que la gente del pueblo entre los Orientales. El número total de monjes armenios en los dos conventos que poseen en Jerusalen pasa habitualmente de sesenta.

Al lado del monasterio de los Griegos tienen el suyo los Coftos, y en él reside un obispo. Una tradicion coloca dentro de él el lugar del sacrificio de Abrahan; mas los Samaritanos la rechazan, pretendiendo que tuvo lugar sobre la cumbre del Garizin. No obstante, dos presbíteros etíopes se empeñaban en mostrarme el sitio en que estuvo arrodillado Isaac, y el matorral que enredó los cuernos del carnero... Los Coftos en Jerusalen, á imitacion de los Griegos, suplen con invectivas todo lo que el tiempo borra en la historia y en las tradiciones humanas. Á mí me sorprendió ver alojadas dentro de este monasterio mujeres venidas peregrinando de los países orientales, y que reciben los monjes dentro de la vasta extension de su recinto, sin temer siquiera la justa crítica de los demas, que no podrá serles favorable.

Los Sirios, en fin, edificaron su monasterio, y en él residen obispos y archimandritas, popes y monjes, que representan su comunion en la ciudad santa. Pero, por doloroso que sea, nosotros preguntaremos : ¿Qué hacen tantas dignidades y tantos sacerdotes en Jerusalen? ¿Á qué ha venido esa multitud de hombres que se dicen discípulos de Jesucristo, y desconocen sin embargo la autoridad visible instituida por este? — Les trajo la mision de su interes, y vamos á ver cómo la sirven.....


VITTORIO EMANUELE
BIBLIOTECA
IN ROMA



IGLESIA DEL SANTO SEPULCRO

CAPÍTULO XV.

Autenticidad de los Lugares santos. — Pretorio de Pilato. — Iglesia de la Flagelacion. — El arco del *Ecce Homo*. — *Via Crucis* ó calle de la Amargura. — Los Judíos contribuyendo á la memoria de las caidas. — Subida al Calvario. — Gran basílica del Santo Sepulcro. — Su incendio y reconstruccion. — Guardia turca. — Los peregrinos. — Solemne procesion visitando los Santuarios contenidos en el templo. — Piedra del Ángel. — EL SANTO SEPULCRO. — Huerto de la Magdalena. — Convento subterráneo. — Los oficios de média noche. — Figuras misteriosas. — Visitas solitarias. — Oficios de los disidentes. — El coro de los Griegos. — ¡El centro de la Tierra! — Sepulcros de Godofre de Bullon y del rey Balduino.

¿Á qué ha venido esa multitud, decíamos, de hombres de todas las naciones de Oriente y de Occidente? ¿Á qué ha venido esa multitud que atravesó los desiertos y los mares: de Francos, Griegos, Armenios, Latinos y Cristianos de todas las comuniones que se agolpan en Jerusalen? ¡Ah! una voz que se levanta de todos los confines de la tierra, nos dice que es Palestina, país de recuerdos y misterios, donde mil fuentes de vida, de esperanza y de gozos inefables se abren para inundar el corazon fervoroso del cristiano. ¡Los Lugares santos!

La veracidad de las tradiciones que nos señalan el lugar preciso donde la bondad de Dios desarrolló el vasto plan de la redencion humana, sacrificando su único Hijo, está probada hasta la evidencia. Mil escritores, católicos y protestantes, mahometanos y judíos, en victoriosas apologías nos dejaron de ellos una crónica tan completa, que poner en

duda su autenticidad, seria proceder contra las reglas de la crítica y de la filosofía. Los cristianos que habitaron constantemente Jerusalen hasta su ruina por Tito; la serie no interrumpida de cuarenta obispos que moran bajo las ruinas de la ciudad santa, ya escondidos en las cavernas de los montes vecinos, ó ya en las hendiduras de los sepulcros para escapar del furor de sus perseguidores; los ídolos que levantó el poder de los monarcas sobre el Sepulcro y el Calvario, en Belen y en Jerusalen, para alejar á los cristianos de lugares adonde les reunia su ardiente amor; los dones de Constantino que los honra; los altares sacrílegos de Vénus, de Júpiter y Adónis que caen; los suntuosos templos que edificó aquel emperador en el Calvario, en Sion y en Belen, y en todos los sitios que acató la piedad de los cristianos y profanaron las estatuas de aquellos ídolos; esos mismos templos que se conservan hasta la época de los cruzados; los caballeros que los reparan; los cristianos que los conservan hasta hoy; y una serie de escritores contemporáneos á todos estos sucesos que los defienden, entre los que encontramos capacidades tan esclarecidas como S. Jerónimo, Eusebio de Cesarea, Cirilo de Jerusalen, Teodoreto, Sozomeno y otras de los siglos tercero y cuarto que presentan á una como indisputable la autenticidad de los Lugares santos, son demostraciones todas evidentes de por sí. Pero en nuestro siglo existen hombres que no admitirán el testimonio de alguno de aquellos, porque á su nombre precede la palabra *San*, ni el de otro, porque es obispo, ni los demas, por motivos que solo ellos podrán dar: á estos citaremos otra clase de autoridades, y les diremos:

« La circunstancia sobre que principalmente se fundaba la duda acerca si el lugar que ocupó el Gólgota y el Santo Sepulcro es aquel en que la devocion de los fieles los veneró mas tarde, era que estos sitios se encontraron en el interior de los muros de la ciudad, lo que hubiera estado en contradiccion evidente con la Escritura, como tambien con la dis-

posicion y los usos de la capital de los Judíos. Se zanjó esta dificultad por las averiguaciones que se hicieron acerca de la situacion y de la circunferencia de los muros de la ciudad en tiempo de Jesucristo; y por medio de aquellas investigaciones se ha demostrado que el muro que existia entónces no se dirigia de la ciudadela de David hácia el Oeste, como el actual, sino desde el ángulo oriental de la ciudadela junto al Nordeste, despues por la parte del Norte, y en fin hácia la puerta actual de Damasco. Segun este antiguo delineamiento de la ciudad, todo el ángulo occidental, que parecia á la vista como un agregado tan contrario á la simetría, y en el que se encuentran el convento latino, la mayor parte del convento griego y la iglesia del Santo Sepulcro, está fuera de los antiguos muros, de los que se ven restos incontestables cerca de la puerta Judiciaria. Esta parte de la ciudad actual, en la que ya en tiempo de Jesucristo habia casas aisladas (Bezetha) que estaban rodeadas de jardines, fué sin ninguna duda, bajo el reinado de Claudio y por el cuidado de Agripa I, rodeada de una muralla (que era el tercer circúito). Pero este cambio del antiguo ámbito de la ciudad no tuvo lugar sino cerca de diez años despues de la crucifixion de Jesucristo.

» Independientemente de estas pruebas puramente negativas que alejan toda duda, todavía hay otras positivas que justifican la autenticidad del Santo Sepulcro y del Cavalrio.

» El amor, que tiene ojos tan atentos y perspicaces para descubrir los vestigios del muy Amado, reconoció y encontró bien pronto el sitio del Gólgota, aun en medio de las ruinas, despues de la destruccion de Jerusalen por Tito. El pequeño rebaño intimidado de los discípulos, con las alas de la paloma, « que conoce el camino de la patria, » visitó muchas veces este lugar santificado, y celebró en él el recuerdo de la mayor de las victorias.

» El emperador Adriano, que tenia una inteligencia tan culta (mas la alta cultura no le protege contra su mal-

querer hácia la simplicidad del cristianismo), queriendo poner término à las peregrinaciones que los Nazarenos hacian al Gólgota, que pertenecia entónces à *Ælia Capitolina*, hizo construir, sesenta años despues de la destruccion de Jerusalen, un templo de Vénus en el sitio en que Jesucristo fué crucificado; una estatua de Júpiter se elevó al mismo tiempo sobre la roca en que se hizo el Santo Sepulcro. Las impurezas del culto de Vénus alejaron sin duda las palomas del desierto, acostumbradas al aire puro del cielo; no obstante, esta vez aun, como sucede á menudo, fué el odio en lugar del amor el que preparó el camino. Apénas habian trascurrido dos siglos (era el año 326 despues de Jesucristo), cuando la emperatriz Helena, al hacer su peregrinacion y estando en Jerusalen con amplios poderes para ejecutar la voluntad de su hijo el emperador Constantino, buscó aquellos santos Lugares para consagrarlos en templos cristianos; precisamente entónces los restos de esos templos paganos fueron los que dieron indicios ciertos para la direccion de las excavaciones. Cuando, despues de haber quitado los escombros, encontraron al pié de la roca del Gólgota la gruta del Santo Sepulcro, exactamente como la habian pintado las relaciones de las antiguas edades; cuando fué purificada en medio de los cánticos de triunfo de los cristianos, y consagrada de nuevo como lugar de devocion, entónces la arquitectura cristiana se mostró, para su primera obra, llena de una belleza juvenil (1). »

« Si quereis conocer mi opinion, escribe el Dr Schultz, os diré que la tradicion que señala el sitio del Santo Sepulcro me parece digna de fe, consideradas las circunstancias que he mencionado, y que todo contribuye para hacernos creer que su iglesia está edificada sobre el verdadero Gólgota (2). »

Al testimonio de estos dos ilustrados protestantes pudiéra-

(1) *Reise in das Morgenland*, tom. II. (Schubert.)
(2) *Jérusalem*, pág. 100.

mos añadir fácilmente el de otros ingleses y alemanes que profundizaron la materia, y son respetados en sus comuniones como notabilidades en cuestiones bíblicas. La luz que arrojan tantas tradiciones, tantos estudios, tantas averiguaciones antiguas y modernas, tantos escritores desde los siglos mas remotos hasta el nuestro, obligarán á confesar á cualquiera que el lugar de cada paso de la historia de la redencion humana está conocido sin duda alguna (1).

Estos son los que vamos á recorrer ahora, atravesando calles abandonadas, solitarias y cubiertas de inmundicias. Vengamos primero al Pretorio de Pilato, para seguir desde allí por la calle de la Amargura hasta el monte Calvario. El Pretorio debió ser en aquella época un vastísimo edificio; estaba dividido por una calle de las principales, sobre la cual, por medio de una galería sostenida por un arco, se comunicaban las dos partes. En la del Nordeste, donde hoy vemos edificado un cuartel de tropas, existia el palacio del gobernador; y allí presentado Jesucristo á Pilato, recibió la ignominiosa sentencia de azotes, dada por un juez sin valor para salvar al inocente. Jesus, sacado despues del palacio que habitaba el juez, pasando la calle, fué llevado al atrio que quedaba en la parte opuesta, y allí, atado á una de las columnas del edificio, sufrió los azotes que dieron sobre su cuerpo los verdugos.

Hasta no hace mucho tiempo este lugar santo, regado con la sangre del Hijo de Dios, no presentaba mas que los escombros de una antigua iglesia, y las basuras que los Judíos y musulmanes iban á depositar sobre ellos maliciosamente; pero cuando en 1838 Maximiliano, duque de Baviera, viajó por Palestina, asombrado de encontrar en semejante abandono un lugar tan venerando, hizo reedificar la iglesia, y despues adornarla cuidadosamente. En el mismo pretorio fué tambien Jesus coronado de espinas.

(1) Esto mismo concluia Gibon, tom. IV.

La Escala santa, como se llama aquella del Pretorio que subió el Salvador despues de ser azotado, fué conducida á Roma en tiempo de Constantino. Jesus, debilitado por un largo martirio y por la sangre derramada en él, creyó Pilato ser un espectáculo propio para conmover á sus enemigos, y le presentó á estos desde el arco que unia las dos partes del edificio; pues por su situacion debió dominar todos los alrededores donde el pueblo podia reunirse, cuales eran el atrio y la calle. El arco y galería que hoy vemos, edificados guardando, segun se cree, las proporciones y formas del antiguo, parecen del tiempo de los cruzados: la galería sirve de habitacion y de mezquita á un derswiche, que no permite entrar en su recinto á ningun cristiano. Para el que se ocupe, como Lamartine, de observar solamente la antigüedad de las piedras, este arco podrá dar materia para críticas amargas; pero para quien no considera el edificio material, sino que, con ojo mas penetrante que el de poetas sin fe, mira realizado allí un suceso el mas imponente que pudo alguna vez presenciar el hombre, así desplomado y ruinoso como se encuentra, es objeto venerable y deplora su profanacion. Á mí poco importaba que ese arco tuviese mas ó ménos antigüedad, cuando él ofrecia á mi alma el cuadro terrible que desenvuelven aquellas dos palabras proferidas por un juez inicuo: *Ecce homo!* y la contestacion del pueblo deicida que invocó sobre su cabeza las maldiciones del Cielo, gritando con furor: « Caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos. »

Jesus, condenado á muerte, salió cargando su cruz con direccion al Calvario. Como mil trescientos veinte pasos distan uno de otro estos dos lugares, y su tránsito es el camino que llamamos de la *Amargura* ó *Via Crucis*. Seguido de sus acusadores y por una multitud de pueblo, salió del palacio, pasó debajo del arco donde acababa de ser presentado, y marchó bajando una especie de pendiente hasta desembocar la calle que viene de la puerta de Damasco. Á la iz-

quierda de esta misma calle se ve el lugar donde, segun la tradicion, le salió al encuentro su Santísima Madre, que luego vemos al pié de la cruz acompañándole hasta su muerte. Existió ántes en él un monasterio de religiosas, cuyos restos son aun bastante perceptibles. Al fin de la calle, oprimido el Salvador por el peso de la cruz, cayó por primera vez, y el sitio está señalado por una columna de mármol colorado quebrada, y cuya mitad cubre en parte la tierra; pero sabe muy bien descubrirla la piedad de los cristianos fervorosos. En este mismo lugar parece haber forzado los Judíos á Simon Cireneo á cargar la cruz con Jesus: Simon venia del campo, y probablemente habia entrado por la puerta de Damasco. Se sube luego á mano derecha una calle pendiente: en su parte baja los cristianos han hecho en la muralla un hueco que indica la segunda caida del Salvador, y el sitio donde encontró á las mujeres que le lloraban; en la parte alta se encuentra la puerta Judiciaria, donde concluia la ciudad en tiempo de Jesucristo. Aquí comienza el Gólgota, sitio destinado para la ejecucion de los sentenciados á muerte. Varios edificios construidos sobre él, algunos de los que pertenecen á los monjes griegos, impiden continuar la calle de la Amargura. En la parte alta del Calvario se eleva la iglesia del Santo Sepulcro; desde la puerta Judiciaria hasta allí habrá como doscientos pasos, y toda la calle de la Amargura podrá tener una milla de largo.

Los Judíos han contribuido sin pensar á que conozcamos mas bien los Lugares que señaló el Salvador con cada una de sus caidas durante este pasaje doloroso. Prescindiendo que el amor de los primeros cristianos tuvo cuidado de señalarles, como lo acreditan los escombros de templos, las columnas rotas y las hendiduras mismas abiertas en murallas seculares, aquellos los convirtieron en inmundas cloacas, creyendo llenar un deber religioso cada vez que arrojaban inmundicias sobre aquellas columnas ó sobre aquellos escombros de los arruinados edificios. Á tanto llega su preo-

cupacion, que hasta ahora se nota que ningun Judío atraviesa la calle de la Amargura sin arrojar salivas sobre los lugares donde se señalan las caidas del Salvador. Por este motivo les estuvo prohibido entrar en el templo del Santo Sepulcro hasta el año de 1840. Pero ese mismo desprecio que un pueblo ingrato y obcecado hace de su Salvador, viene á contribuir á su triunfo, conservando fresca la memoria de los lugares salpicados con la sangre que cayó sobre la cabeza de los que la derramaron. La generacion fiel que adora esa Víctima inocente viene á postrarse en los sitios por donde fué conducida al sacrificio, y sella con sus labios la tierra que roció con su sangre.

Subiendo una especie de terraplen sostenido por piedras medio destruidas, se ve el frente de la basílica que contiene los santuarios mas venerandos, imperfeccionado por edificios que levantaron los Griegos. Su campanario lo hizo derribar Saladino, y una de las dos grandes puertas por donde se penetra en su recinto, fué amurallada hace muchos años. El frontispicio del edificio manifiesta bien su antigüedad, que se remonta á las épocas mas lejanas de la arquitectura bizantina. Como desde su orígen fué destinada para cubrir diversos lugares santificados con los misterios de la Pasion, su plan es muy irregular. Forma no obstante una especie de cruz, que contiene ciento veinte pasos de largo y setenta de ancho. La gran cúpula que cubre el Santo Sepulcro sirve de centro á la iglesia, y le da una fisonomía suntuosa: su interior está rodeado de galerías que contribuirian á hermosearla, si no estuviesen cortadas por habitaciones y capillas que los Griegos y Armenios han fabricado en las naves colaterales, en las galerías mismas y en todas partes. Este lugar sacrosanto por sus misterios, tradiciones y remota antigüedad, devastado tantas veces por los Árabes y Persas, por los Turcos y los Egipcios, fué últimamente abrasado por un incendio á las tres de la madrugada del 12 de octubre de 1808, dos años despues que lo visitó el vizconde de Cha-

teaubriand. La relacion interesante de este incendio, orígen de infinitas cuestiones que han promovido despues los Griegos, protegidos por la Rusia contra los católicos, cuyos derechos representa la Francia, la ha publicado un ilustrado Trapisla, del que la copiamos. Los hechos que en ella se citan han venido á figurar despues en muchas notas diplomáticas, á que han dado lugar las pretensiones cada vez mas avanzadas del zar, protector de la *ortodoxia*.

«La mañana del 12 de octubre fué terrible; el recuerdo de este dia desgraciado arranca un grito de dolor á los corazones mas indiferentes, á los corazones mas empedernidos. Los católicos, los cismáticos y los herejes están afligidos, los Orientales y los Occidentales lloran, los mismos Judíos derraman lágrimas; nadie hay en la ciudad santa, de cualquiera nacion que sea, que no participe del dolor y de la consternacion general. ¡La iglesia del Santo Sepulcro, este monumento edificado por santa Helena y Constantino con una magnificencia imperial y conservado por la piedad de los cristianos, este templo, el mas augusto del universo, este templo, que causaba la admiracion de las naciones mas lejanas, acaba de ser consumido por las llamas! Todavía se ignora si es efecto de un accidente ó de la malicia; mas la rapidez del fuego ha sido tal que en el espacio de algunas horas las galerías, las columnas y los altares han sido destruidos. Hé aquí varios detalles de este deplorable acontecimiento :

» En la noche del 11 al 12 de octubre, hácia las tres de la mañana, principió á manifestarse el fuego en la capilla de los Armenios, situada sobre la galería ó terrado de la gran iglesia del Santo Sepulcro. El ayuda de sacristan de los religiosos de San Francisco, que iba á visitar las lámparas de la capilla del Calvario, fué el primero que se apercibió de ello; y como allí no habia alma viviente sino un pobre sacerdote armenio, anciano á quien la vista del fuego le habia como alterado la razon, corrió al momento á buscar socorros. Pero la rapidez de la llama los hizo inútiles; cuando llegaron,

aquella habia abrasado ya la capilla de los Armenios, su habitacion y tambien la de los Griegos, de las cuales una parte estaba construida con madera seca y pintada al óleo.

» Los PP. Franciscanos habian ido á descansar despues del oficio de média noche. Despertados por el ruido extraño que oyen en la gran iglesia, se levantán de priesa; ¡cuál es su terror!... Á pesar de mil peligros van al fuego... La puerta está cerrada; y lo que pone colmo á su desesperacion es que, pocos momentos despues, las llamas que salen del lado de los Griegos y de los Armenios, del de los Sirios, de los Abisinios y de los Coftos, amenazan la cúpula del templo, construida con vigas enormes, cubiertas con plomo, y elevada perpendicularmente sobre el monumento, en el cual se encuentra el Santo Sepulcro. Las vigas de que acabo de hablar habian sido traidas del monte Líbano, gastando mucho, al principio del siglo pasado, cuando los príncipes cristianos hicieron levantar aquella média naranja, verdadera obra maestra por su altura y por lo atrevido de su construccion.

» Todos huyeron... Los PP. Franciscanos, que permanecieron solos y privados de instrumentos necesarios, procuran pasar por una ventanilla para ir á avisar al monasterio de San Salvador y á los ministros del gobierno turco. En este intervalo los jóvenes Árabes católicos se arrojan de fuera al interior, y arrostran las llamas, para salvar, si es posible, algunos objetos. Pero en este instante el fuego llega á la cúpula, á los altares de la Santísima Virgen y al órgano: la iglesia parecia un horno. Bien pronto las pilastras se desploman con estrépito, y con ellas los arcos y las columnas que rodean el Santo Sepulcro, que es inundado de una lluvia de plomo; el fuego es tal que se rasgan las mas gruesas columnas de mármol · lo mismo sucede con el pavimento y con el mármol que cubre el sagrado monumento. En fin, entre cinco y seis la gran cúpula cae con un ruido espantoso, y arrastra tras de sí todas las gruesas columnas y las pilastras

que sostenian la galería de los Griegos, así como tambien las habitaciones de los Turcos que se hallaban cerca de la média naranja.

» El Santo Sepulcro está enterrado bajo una montaña de fuego que parece destruirle para siempre; la iglesia ofrece el espectáculo de un furioso volcan.

» Despues de la relacion de un infortunio tan grande, me considero dichoso al poder consolar vuestra piedad, refiriéndoos la eficacia de la asistencia divina en favor de los religiosos de San Francisco.

» Habiéndose quemado la puerta de madera que separa el altar de María Magdalena de la capilla del coro de la gran basílica, las llamas han respetado la sacristía, todos los objetos que contiene nada han padecido; y el pequeño monasterio de estos venerables Padres, las celdas que encierra y su capilla no han recibido la menor lesion.

» Ningun mármol del sitio en que Jesucristo se apareció á María Magdalena despues de su Resurreccion se ha echado á perder, aunque el fuego fué muy activo en esta parte, quemó el órgano, y rompió y calcinó el mármol que lo rodeaba.

» Una de las capillas del Santo Sepulcro que es servida por los Franciscanos, aun cuando colocada bajo la cúpula y por consiguiente en el centro del fuego, no ha sufrido en su interior : se han encontrado las sederías que la adornaban, y aun los cordones de las lámparas; el magnífico cuadro sobre tela de la Resurreccion, que cierra el Santo Sepulcro, estaba intacto, aunque la capilla de Nuestra Señora de los Dolores de los Coftos, que estaba junto al monumento, ha sido reducida á cenizas.

» De la capilla del Ángel, que se halla á la entrada del Santo Sepulcro, solo se ha quemado la mitad de los terciopelos que la adornaban; los muros y el pavimento han quedado intactos.

» En la capilla del Calvario se ha podido salvar ilesa la

estatua de la Vírgen Santísima de los Dolores, que se encontraba entre el altar de la Invencion y el de la Exaltacion de la Cruz. Esta estatua es una donacion del rey de Portugal.

» El sitio en que Nuestro Señor fué crucificado y pertenece á los católicos ha sido poco maltratado. No se puede decir lo mismo del en que estuvo elevada la Cruz, y poseen los Griegos. Lo que hay que observar mas, es que á pesar del viento violento que soplaba, á pesar de la proximidad de una ventana que podia favorecer los estragos del incendio, nada ha padecido la capilla contigua y exterior de Nuestra Señora de los Dolores.

» Esta capilla, construida en el lugar en que se encontraba la Santísima Vírgen con las otras Marías, cuando los Judíos enclavaban á su Hijo en la cruz, ha permanecido intacta; y el cuadro que la representa, aunque tan cerca del fuego, ha quedado tambien sin detrimento.

» Á las seis, la violencia del fuego principió á calmarse; y á las nueve no era ya ni peligroso, ni amenazador.

»El dia siguiente, luego que pudieron quitarse los escombros, se percibió con nueva admiracion, que la santa piedra que cubre la de la Uncion, y que se creía estar calcinada, no habia sufrido. Nadie ha perecido; algunos hermanos han sido heridos (1). »

« Este acontecimiento deplorable, continúa otro viajero aleman, se atribuyó á maledicencia, y los Griegos y los Armenios fueron acusados como sus actores. Lo cierto es que los Armenios ningun derecho tenian á la iglesia ántes del incendio, ni poseían en ella mas que una capilla ruinosa, para cuya reparacion la Puerta les habia negado el permiso constantemente. Por esta misma capilla comenzó el incendio, y de allí se comunicó al resto del edificio. Los Griegos mismos á ellos imputan crímen tan odioso (2). » «En cuanto

(1) Geramb, tom. I.
(2) *Les Lieux saints*, tom. II. (Mislin.)

á estos, dice un escritor concienzudo y por su carácter oficial perfectamente informado de los sucesos de Oriente, que desde muy atras han ido preparando la situacion actual; ellos pusieron fuego á la gran cúpula del Santo Sepulcro. Sabian perfectamente que los recursos de Tierra Santa estaban agotados en aquel momento, que carecia de medios para emprender su reconstruccion, y que hecha esta por ellos legitimaria su pretension á ser propietarios del templo á una con los Latinos; pretension que jamas habia sido admitida. Bien sabido es que el incendio devoró toda la parte que ocupaban los Griegos, sus atrevidos profanadores, respetando con admiracion universal cuanto pertenecia á los religiosos latinos, sorprendidos y consternados; podria muy bien haberse dicho ser este un discernimiento del fuego dirigido por Cristo, que defiende los legítimos guardianes de su Sepulcro (1). » Las pérdidas de los católicos en este incendio fueron inmensas, pues olvidada la Tierra Santa de la Europa, envuelta en todo género de calamidades, el Sepulcro del Salvador quedó á merced de los Griegos y Armenios, que abundaban en riquezas, con las que obtuvieron de la Puerta firmanes que perjudican enormemente los derechos de aquellos. Las ruinas venerables del templo mas augusto de la tierra fueron abandonadas á arquitectos orientales, y las manos que habian aplicado sin escrúpulo tizones encendidos á la cúpula y capillas de la sagrada basílica encargadas de su reconstruccion, destruyeron cuanto perdonó el fuego. Las inscripciones antiguas, los viejos epitafios y los adornos latinos desaparecieron. El monumento mismo que cubre el Santo Sepulcro, y no osaron tocar las llamas devoradoras, fué degradado con ornamentos de mal gusto é inscripciones griegas destinadas á probar en los siglos venideros derechos que no existian hasta entónces. Las

(1) M. Eugène Boré, ancien consul général de France à Alexandrie d'Egypte.

tumbas del invencible Godofre de Bullon y del valiente rey Balduino fueron arrasadas tambien; y la bella iglesia que edificara santa Helena volvió á renovarse, pero sin aquella hermosura que la hacia célebre entre las mas suntuosas catedrales del catolicismo.

La guardia turca fué lo primero que se me presentó al entrar: el divan de los soldados está en el interior del templo; en él comen, fuman y conversan, y su cabo cobra el derecho que han de pagar á la entrada todos los que no son Francos. Una ventanilla, cerrada con gruesa reja, es el único lugar que permanece siempre abierto para dar entrada á los artículos necesarios para la vida de los que moran dentro.

Los peregrinos católicos entran por primera vez acompañados de un religioso, y atravesando derecho la nave principal, van á arrodillarse en la capilla latina llamada de la Aparicion: allí esperan hasta las cuatro de la tarde, hora en que el toque de una pequeña campana anuncia que principia la visita de los Lugares santos; y en la inmensa basílica resuenan las armonías del coro de los monjes que cantan las Completas con majestuosa gravedad. Acabadas estas, se distribuyen cirios encendidos, y cantando los himnos mas elocuentes de la Iglesia, principia la tierna ceremonia por adorar postrados á Jesus, autor de la redencion humana y presente en el Divino Sacramento.

En esta capilla, al lado izquierdo del altar mayor, se venera una parte de la columna del Pretorio, á que fué atado Jesucristo durante su flagelacion por órden de Pilato, y en ella se hace la primera estacion.

Luego el canto melancólico de los sacerdotes anuncia que los peregrinos se dirigen á la prision donde fué encerrado, en oscura cárcel, y detenido con crueles ligaduras El que marchaba á libertar un mundo entero (1); y la procesion

(1) Lux mundi, lumen gentium,
In fœdus datur populi;

desciende efectivamente á un lugar estrecho, donde se cree haber estado Jesucristo miéntras se hacian los preparativos para su condenacion y ejecucion. Esta capilla perteneció á los Georgios, pero hoy la poseen los Griegos.

De allí se dirigen al lugar donde los soldados dividieron los vestidos ensangrentados del Salvador. José, sacado por sus hermanos de la cisterna, despojado de su túnica y condenado á morir, son las imágenes que en este momento representan al vivo esa parte de la historia de la Pasion.

La Invencion de la Cruz se ofrece inmediatamente, y en un profundo subterráneo, al que se baja por veinte y ocho gradas, se visita el lugar donde la piadosa madre del emperador Constantino encontró el Árbol santo en que consumó el Redentor su sacrificio para rescatar á los hombres. Este lugar pertenece á los Latinos, y en él celebran misas los sacerdotes.

Saliendo de allí, se visita una capilla de los Griegos, dedicada á la misma santa Helena, y pocos pasos adelante se presenta con todos sus recuerdos dolorosos el lugar de los improperios. En un pequeño altar se mira un trozo de piedra oscura, en la que sentado Jesucristo, estuvo expuesto al escarnio y afrentas de los soldados; en ella sufrió la cruel coronacion de su cabeza con espinas, y vendados sus ojos, toleró á los que con bárbara irrision dándole bofetadas, le decian: « *Dios te salve, Rey de los Judios.* » Este santuario perteneció á los Abisinios, y hoy lo posecn tambien los Griegos.

Andando pocos pasos mas principia el Calvario, ácuya altura se sube por un doble escalon de mármol blanco que cuenta veintiuna gradas. Miéntras que las voces acordes de los monjes recordaban á los peregrinos á David y á los pro-

Ut lacu clausos extrahat,
¡Heu! prius hic detruditur.
(*Manuale.*)

fetas, que anunciaron el sacrificio que ofreció el Cristo de sí mismo en aquel monte (1), yo leía en el *Manual* aquel pasaje del Evangelio: « Pilato lo entregó para que fuese crucificado, y ellos tomando á Jesus le sacaron fuera; y llevando su cruz á cuestas, salió para aquel lugar que se llama Calvario, y en hebreo Gólgota. » ¡Qué impresiones tan profundas recibe el alma colocada en el mismo lugar que presenció ese terrible suceso!

Pronto estuvimos sobre la plataforma del Calvario, dividida hoy en dos capillas suntuosamente decoradas, y que se comunican por arcos: la del lado del medio (2) es el lugar donde Jesus fué enclavado en el madero de la cruz. ¡Jesucristo, Salvador y Maestro, subió aquí sobre el altar del sacrificio! El entendimiento se representa vivamente el espectáculo único que ofrece la crucifixion: ve la paciencia, la dulzura y el silencio de Jesucristo, entre el furor, la hipocresía y ceguedad de sus enemigos; ve al inocente perseguido, coronada con espinas su cabeza, horadados sus piés y manos, y próximo á espirar en el suplicio. La fe y el corazon: « Ese es tu Dios, » le dicen; ¿podréis quejaros cuando sin su inocencia sufrais persecuciones? « Ese es tu Dios, » que va á morir sumergido en un mar de penas; ¿juzgaréis insoportables las amarguras de la vida? El entendimiento se confunde, las tinieblas que cubrian la tierra cuando se ofreció este sacrificio le oscurecen.... « Ese es tu Dios » es la voz única que escucha para correr, como Moises, y adorar la majestad de ese Dios, no ya velada por resplandecientes llamas, sino con sangre y esputos asquerosos, con espinas y cruz ignominiosa. Este pensamiento creo

(1) Impleta sunt quæ concinit
David fideli carmine, etc.

Hoc Isaias dixerat
Corpus percutientibus, etc.
(*Manuale.*)

(2) Capilla de los Latinos.

que dominará á todos los cristianos en la imponente subida del Calvario. Yo ví á los concurrentes enmudecer; algunos de ellos jóvenes alegres, miembros de una legacion diplomática, y marinos otros que, sin ser católicos, quisieron asistir con estos á la procesion, no estaban ménos conmovidos.... Los monjes se postraron uniendo su rostro con la tierra; miéntras dos de ellos, arrodillados, cantaron:

O Crux, ave, spes unica!
Hic Christi tendens brachia,
Auge piis justitiam,
Reisque dona veniam.

Se postraron estos luego tambien: un silencio profundo siguió al canto, y durante algunos minutos no se oyeron sino suspiros, gemidos y sollozos. Mas el sacrificio aun no concluye; la cruz fué elevada en lo mas alto del Calvario, y allá corre el cristiano para contemplar las postreras agonías del Hijo de Dios. Aquí perfeccionó el Salvador la obra de la redencion; el Sacerdote Sumo ofreció su vida, y el único Maestro del género humano dió las últimas lecciones. « Aquí clamando Jesus con grande voz, entregó su espíritu. El sol se oscureció, el velo del templo se dividió en dos partes, tembló la tierra, se hendieron las piedras, se abrieron los sepulcros. » ¡Jesus espiró! palabra que encierra los misterios mas profundos de la Bondad Divina y el exceso mas abominable de la malicia humana... Si la mera consideracion de este suceso hace experimentar dolorosos sentimientos al corazon que conserva todavía algun rayo, aunque sea débil, de la fe, ¿cuáles serán los que se prueban en el sitio mismo donde se oyó aquel grito doloroso y penetrante, sobre la tierra conmovida y abismada en pena, confusion y llanto, y entre las peñas abiertas por el gemido que daba la naturaleza toda?

En esta capilla (1) se ve, cerca del agujero donde dicen

(1) La poseen hoy los Grieges.

los Griegos que fué plantada la cruz, una hendidura larga y profunda que abre la roca hasta la extremidad del Calvario. El Evangelio refiere que al espirar Jesucristo, *las piedras se rasgaron;* y naturalmente este prodigio debió sentirse en el Gólgota con mas fuerza que en ningun otro lugar, y la abertura que hoy miramos es indudablemente una de aquellas. En este mismo sentido hablan los viajeros protestantes mas juiciosos, especialmente Millar, Maundrell, Fleming y Schubert. Mislin cita el siguiente pasaje de Addisson, que nosotros copiamos á la letra.

«Un gentilhombre inglés, muy estimable, que habia viajado por la Palestina, me aseguró que su compañero de viaje, deista de talento, trataba de ridiculizar las relaciones que les hacian los sacerdotes católicos acerca de los Lugares santos. Con tales ideas fué á visitar las hendiduras de la roca que muestran en el monte Calvario, como el efecto del temblor de tierra sucedido despues de la muerte de Jesucristo, y que se ve hoy encerrada en la vasta cúpula construida por el emperador Constantino. Pero cuando examinó aquellas aberturas con la exactitud y la atencion de un naturalista, dijo á su amigo: *Comienzo á ser cristiano.* Hago, continuó, un largo estudio de la física y de las matemáticas, y estoy seguro que las roturas de la roca no han sido producidas por un terremoto ordinario y natural. Á la verdad, tal sacudimiento hubiese separado las diversas capas de que está compuesta la masa; pero hubiera sido siguiendo las venas que las distinguen, y rompiendo su ligazon por los sitios mas débiles. He observado que así sucede en las rocas que han levantado los temblores de tierra, y nada nos enseña la razon que no esté conforme con ello. Aquí es muy diferente: la roca está dividida trasversalmente, la rotura cruza las venas de una manera extraña y sobrenatural. Veo pues clara y demostrativamente que es el puro efecto de un milagro, que no podian producir ni el arte ni la naturaleza. Por esto, añadió, doy gracias á Dios por haberme conducido aquí para

contemplar este monumento de su poder maravilloso, monumento que pone tan á las claras la divinidad de Jesucristo. »

Para mí hay otro testimonio todavía, que vale tanto como el que mas. Tres siglos despues de rotas esas piedras á la voz espirante del Hijo de Dios, un obispo las mostraba al pueblo de Jerusalen, diciéndole : « Si quisiera yo negar que fué crucificado Jesucristo, esta montaña del Gólgota en que nos encontramos reunidos me lo probaria (1). »

Las capillas del Calvario están cubiertas de mármol, y adornadas con infinitas lámparas de oro, plata y otros metales preciosos colgadas por la devocion de diversos príncipes cristianos. La hendidura de que hemos hecho mencion es lo único que permanece descubierto y visible para cuantos quieren estudiarla detenidamente. En el Calvario mismo se nos ofrecen pruebas de las supercherías de los Griegos : el agujero que estos muestran hecho por la cruz del Salvador, no es el mismo que existió ántes. Despues del incendio de 1808, ellos removieron el pavimento del Calvario, y sacaron la gran piedra que veneró la fe de los cristianos durante diez y ocho siglos, que regó con lágrimas et fervor y la piedad de mil generaciones, y á la que arrimaron sus espadas cien legiones de cruzados ántes de ir á postrarse al pié del Santo Sepulcro. Poniendo otra en su lugar, mandaron aquella á Constantinopla : Dios maldijo este sacrílego atentado; el buque que la conducia naufragó en las costas de Siria, y con él los dos popes que la custodiaban (2).

Segun la tradicion, Jesus crucificado tenia su frente al Occidente y Jerusalen á sus espaldas. Dos piedras redondas indican el lugar donde fueron colocadas las cruces de los malhechores. Segun estas, las tres cruces no estuvieron formando una línea recta, sino mas bien un triángulo, en el que Jesucristo podia mirar á los dos ladrones.

(1) *Catech. Commun.*, 13. (Cyrill. Hierosolym.)
(2) Véase á M. Eug. Boré.

Bajando del Calvario, el primer objeto que se divisa es la piedra de la Uncion, sobre la que el cuerpo del Salvador fué embalsamado con mirra y aloe por José de Arimathea y Nicodémus ántes de darle sepultura. Esta piedra mide ocho piés de largo y dos de ancho, y se levanta algunas pulgadas sobre la superficie del pavimento. Como la devocion imprudente de algunos peregrinos la deterioraba, fué cubierta con una gran tabla de mármol rojo con adornos de metal en sus cantos. Diez lámparas arden sobre ella constantemente, y en su rededor están colocados algunos enormes candelabros que sostienen cirios tan elevados como no he visto jamas otros iguales. La procesion se detiene aquí algunos instantes, y el alma se siente conmovida por esa esperanza celestial que la inunda oyendo: «¿Qué se hizo, ¡oh muerte! tu victoria? decidnos ¿dónde ha ido á ocultarse tu poder (1)?» La muerte no responde, porque ha sido vencida y encadenada por Cristo... Los cánticos de la Iglesia inspiran desde este momento intenso regocijo, los pasos del peregrino se dirigen al centro de la basílica, y sus ojos van á descansar en el Santo Sepulcro. El monumento que encierra este se encuentra en el centro de la cúpula; su forma es la de una capilla separada del resto del templo, construida con mármol blanco y amarillo, y que mide exteriormente veinte y nueve piés de largo y diez y ocho y medio de ancho. Despues de subido un pequeño vestíbulo se entra en el atrio del Santo Sepulcro llamado *Capilla del Ángel*. Una piedra que se ve en su centro indica el lugar desde donde el Espíritu celestial, despues de haber removido la que cubria

(1) Ubi tua, mors, est palma?
Tuus ubi stimulus?
Mors absorpta vita jacet,
Cur Satan erigeris?
Tolle portas, Rex virtute
Suâ Christus advenit.
(*Manuale.*)

la entrada del sepulcro, sentado sobre ella dijo á las mujeres: « No temais: sé que buscais á Jesus, el que fué crucificado; no está aquí, resucitó; venid y ved el lugar donde » habia sido puesto. » La capilla del Ángel brilla constantemente con la claridad de innumerables lámparas, cuya luz recibe por una pequeña puerta; penetrando esta se ha llegado al lugar de inefable gozo, al Santo Sepulcro de Jesus: la capilla que lo encierra mide apénas dos metros; el lado derecho lo ocupa el Sepulcro, y en el izquierdo podrán arrodillarse á un tiempo apénas cuatro personas. Toda ella está adornada con lámparas de oro y plata, con pinturas de maestros célebres que representan el misterio de la Resurreccion, y con otros infinitos adornos. Las flores y los perfumes, que se renuevan sin cesar, la llenan de fragancia deliciosa; pero nada es comparable á la satisfaccion que goza el alma que postrada delante del Sepulcro puede decir como Jacob : « Anduve peregrinando, hasta que he llegado al lugar de mi Señor. »

Dejado el Sepulcro, la procesion se detiene en el lugar donde María Magdalena lloraba la muerte de Jesus. « ¿Por qué lloras, mujer? le dijeron los ángeles. — Porque quitaron, respondió ella, el cuerpo de mi Señor, y no sé dónde lo han puesto. — Diciendo esto aun, volvió el rostro, y vió á Jesus, pero sin conocerle.... María, le dijo Él...; á cuya voz la feliz arrepentida, corriendo hácia Él : ¡*Rabboni!* (Maestro) exclamó. » Una gran piedra de mármol incrustada en el suelo señala este lugar, que pertenece á los Latinos. La procesion vuelve á entrar en la capilla del Sacramento de donde salió, y cada uno de los peregrinos conserva el cirio que llevó en su mano durante la imponente y tierna ceremonia. Cuando despues de surcar las ondas de los mares y atravesar millares de leguas, el viajero fije su vista en ese cirio, ¡oh, qué sentimientos tan tiernos y penetrantes ha de recordarle! Las bóvedas del santuario resuenan en fin con el canto sublime del *Regina cœli*, y el alma, llena de ine-

fable gozo, alcanza á comprender cuál sentiria en aquel lugar la mas pura y amante de las madres.

Apénas ha concluido la visita de los santuarios, que dura cerca de dos horas, cuando los guardianes turcos hacen una señal, que indica va á cerrarse la puerta del templo: los peregrinos salen; mas yo quedé allí. Al dejar el seno de la patria pedí alas como de paloma para alejarme huyendo; estaba en la soledad y quise descansar. Un pequeño convento subterráneo donde no entra casi jamas la luz del sol, encierra doce cenobitas, cuyo oficio es velar constantemente sobre el Sepulcro del Salvador: me retiré á vivir como estos en una pequeña celda, cuyas ventanas daban á la nave principal de la basílica. Allí el sonido de la campana nos juntaba en el coro á média noche, y en el Santo Sepulcro ántes que amaneciese el dia. ¡Qué horas todas estas tan llenas de impresiones! El silencio profundo, el resplandor perenne que sale del Sepulcro iluminado con infinitas lámparas, la confusa claridad que reina en el resto de las naves, las lamparitas solitarias que arden en el fondo de los santuarios arrojando sobre sus alrededores una luz vaga é incierta, y en medio de este conjunto de objetos que producen un todo indescribible, el sonido grave del órgano que acompaña el canto de Maitines, y la pausa de la salmodia en que Israel y Jerusalen son nombrados á cada paso, llevan la imaginacion á los profetas, de cuyo pensamiento inspirado salieron los cánticos y los salmos. El alma cree verlos, y que ellos son los que reunidos sobre las ruinas de Jerusalen cantan la Justicia eterna, que cumplió sus amenazas sobre un pueblo incrédulo é insensato.

Durante los Maitines, yo ví atravesar por las sombrías naves de la basílica tres figuras misteriosas, vestidas con dalmáticas orientales, que caian sobre un ropaje albo como la nieve; una larga cabellera cubria los hombros de las dos primeras, cuya barba llegaba á la cintura; la última era de un Etíope, y tenia sus piés descalzos: todos traian incensa-

rios en sus manos, y de estos pendian muchas campanillas. Al principio el humo del incienso me los dejaba ver solo confusamente, y cual si fuesen fantasmas que vagasen por el templo en un círculo de nubes. Fueron acercándose poco á poco en tiempos diferentes, y entrando en el coro de los monjes se arrodillaron, incensaron los santuarios de la capilla, y haciendo profundas inclinaciones volvieron á desaparecer, del mismo modo que el humo de sus incensarios desvanecido al traves de las columnas. Eran los diáconos de las comuniones disidentes de Griegos, Coftos y Armenios, que recorren los Lugares santos á la média noche, y honran con el humo del incienso la Divinidad que allí deshonraron los Judíos. Los oficios de los Latinos concluyen á las dos de la mañana, y yo despues de ellos experimentaba un verdadero placer al atravesar solo las naves oscuras del templo solitario. ¡Cuántas generaciones las anduvieron ántes que yo! ¡Cuántos hombres de todos los pueblos de la tierra vinieron á hincar su frente en este mismo suelo desde que Jesucristo lo consagró, eligiéndolo para colocar el altar de su sacrificio! Este mismo Jesucristo, los sucesos de su dolorosa Pasion, sus agonías y su muerte, ¡con qué viveza hieren la imaginacion! En el monte Calvario encontré várias veces católicos orientales que lloraban; ellos buscaron sin duda, como yo, el silencio de la média noche para engolfarse en sus meditaciones. En el Calvario sus lágrimas eran dulces, pues nacian de amor y reconocimiento, y se derramaban donde Jesus virtió su sangre para consolarnos. En el Santo Sepulcro fueron siempre á concluir mis estaciones: allí el alma encuentra nuevos motivos de alegría; esa piedra caida le señala abierta la sepultura de su Dios, en ella quedaron abismadas la muerte, la miseria y la culpa; la gracia, la vida y la inocencia resucitaron con Cristo. Si el alma se enternece por la abundancia del mismo gozo, si el corazon sensible se deshace en llanto, la voz del Ángel le dice desde la peña: « No llores; Jesus resucitó, y está con-

tigo. » Diez veces he hecho esta visita solitaria, y ni una sola he dejado de sentir las mismas impresiones.

Los sacerdotes de las diversas sectas que guardan el Santo Sepulcro, celebran tambien sus oficios despues que los Latinos; pero sus ritos distan mucho de la majestad grandiosa que se percibe en las ceremonias del culto católico. Ninguna de ellas usa el órgano, que solo es peculiar de la Iglesia occidental; los Griegos en su lugar tienen tímpanos, y los Armenios una especie de pandero. El oficio de los Griegos principia con el dia, y tres popes cantan con precipitacion salmos alternados con innumerables *Kyries*, oraciones y lecciones. Dos de ellos entran al Santo Sepulcro, y celebran la misa, que oficia el otro desde fuera. El canto de los Griegos es desagradable, y en los ministros he observado descompostura y falta de dignidad. Los Armenios siguen el rito siro-armenio, y celebran sus oficios cotidianos en una capilla que poseen en el templo: jamas los vi oficiar solemnemente en el Santo Sepulcro. Los Coftos poseen un pequeño oratorio, formado á la espalda del monumento, y que lo imperfecciona visto de lado; en él celebran cada dia, y entre todos los disidentes del catolicismo que rodean el Sepulcro de Jesucristo, estos pobres Etíopes son los mas recogidos, devotos y puntuales para sus ceremonias. Cuando todas las comuniones ofician á un mismo tiempo en sus lugares respectivos, cuando desde lo alto de la basílica, donde funcionan los monjes armenios, hasta lo mas profundo, que resuena con las voces del pope griego, cuando el templo todo se llena con el humo de los incensarios de tantos sacerdotes de ritos y naciones diferentes; entónces bajo sus bóvedas se escuchan á un tiempo las armoniosas entonaciones del Latino, la voz triste y desentonada de los Griegos, las preces del monje armenio, aquella especie de quejido del religioso cofto y los tímpanos abisinios. El órgano católico domina entónces mismo majestuosamente sobre tantas ceremonias y voces, y arrebata la atencion de los peregrinos orientales;

que dejan la capilla de su comunion para correr al lugar de donde salen aquellas armonías admirables. Los domingos particularmente necesitan los popes armenios y griegos ir repetidas veces á la capilla de los Latinos, para sacar de ella á sus creyentes, que contemplan extasiados la majestad de los ritos y el acento sublime de los cánticos sagrados. He visto á los Armenios, Griegos y Abisinios disidentes entrar de tropel en la capilla católica á la hora en que se cantaban las Completas, y permanecer atónitos de rodillas, hasta que sus popes vinieron á llamarlos, y volver luego que les dejaron libres, aun cuando les decian que *pecaban* concurriendo allí.

El coro de los Griegos se encuentra frente á frente del Santo Sepulcro, está decorado profusamente con relieves, molduras, dorados y pinturas; los dones del zar ocupan en su altar, que llaman *Santo de los Santos*, el primer lugar, y al señalarlos á los viajeros cuidan de advertirles que « fueron entregados por la mano misma del autócrata al pope que en su nombre los condujo hasta Jerusalen. » Pero esta magnificencia ningun efecto produce en el alma que no vino á la ciudad santa para contemplar dorados, ni soberbios relieves, sino á meditar su destino sobre la tumba de Jesucristo. Yo ví al patriarca Cirilo celebrando de pontifical, vestido de seda, sobre un trono elevado, acompañado de tres obispos y de muchos protopopes y archimandritas. ¿No fué aquí mismo, me pregunté, donde Jesucristo nos enseñó prácticamente á despreciar ese boato?

Cuando visité esta capilla con un pope que me hacia observar atentamente su magnificencia, le pregunté qué significaba un círculo que se ve en medio del coro y un punto en su centro que llama la atencion de todos. « Este es, me dijo, el centro de la tierra, y en ese punto se parará el Ángel, cuando llame á los muertos al juicio de Dios. » Nada me admiran, despues de esto, las historias que cuentan los monjes griegos á sus peregrinos sobre cada piedra y sobre cada palmo de terreno de sus santuarios.

Diez dias despues de mi entrada dejé el convento del Santo Sepulcro; á mi salida habria querido visitar las tumbas de los reyes cristianos: la de aquel Godofre de Bullon, terror de los mahometanos, que desafió mil veces la muerte en cien batallas, que conquistó la ciudad santa, y proclamó á Jesucristo por rey único de Jerusalen, rehusando coronar con oro su cabeza donde el Salvador del mundo la tuvo martirizada con espinas, y la de Balduino, su hermano, terror de los enemigos de la Cruz. Mas en vano hubiera preguntado por ellas: los Griegos, al reedificar la iglesia, no solamente descuidaron estos preciosos monumentos, que respetaron las devastaciones de los soldados y la voracidad del fuego, sino que los arrasaron; y hasta sus epitafios, que el viajero no podia leer sin sentirse conmovido, hicieron borrar con cal. Estos monumentos pertenecian á los Latinos, y sus inscripciones, que contaban ocho siglos, eran título imprescriptible de sus derechos á los Lugares santos. Ved ahí el único motivo de un acto tan injusto, de una violacion tan sacrílega. El grito unánime de los que hacen justicia á los héroes cristianos se alza para condenar la conducta de los ingratos que arrasaron las tumbas de los guerreros invencibles que conquistaron Jerusalen. La espada y espuelas de Godofre, que conservan los PP. de la Tierra Santa, y sirven para armar los caballeros del Santo Sepulcro, es cuanto queda del primer conquistador y rey de Jerusalen.

CAPÍTULO XVI.

Ocupacion de los sacerdotes disidentes en Jerusalen. — Sus hospicios. — Afluencia de peregrinos. — ¿Qué hacen estos? — Explotaciones sacrílegas. — Medida del autócrata. — Proclamas de los popes. — Profanacion de los santos Lugares. — El fuego sagrado. — Mision protestante. — El obispo anglo-prusiano. — Cuestiones que suscitó en el clero anglicano su institucion y su propaganda. — Misioneros entre los Árabes. — Ocupacion del obispo. — El hospital de Bethanias. — Escuela anglo-prusiana. — Viajeros instruidos por M. Gobat.

El sacerdote cristiano tiene una mision particular que llenar en cualquiera punto de la tierra que se encuentre, y no es la de adquirir bienes perecederos, ni la de conquistarse puestos elevados: ganar para sí y para los demas la posesion de la patria eterna, subir al trono que nos promete la fe; vedla ahí toda. La experiencia nos demuestra que separado el sacerdote de su centro de accion, su virtud se agota, su espíritu se debilita, su palabra deja de ser poderosa, y sus obras sin eficacia para aquella empresa. Los popes y los monjes orientales nos ofrecen este triste ejemplo, de un modo tan concluyente que jamas podrá ponerse en duda la verdad de este juicio, que no es por cierto mera conjetura. Sensible nos es tocar de nuevo á estos hombres que son religiosos y sacerdotes, aunque separados de la Iglesia, cuya voz no obedecen, cuyo poder desconocen, y cuya doctrina alteran; pero el deber que impone la causa del género humano, la gran causa de la verdad religiosa, que á todos interesa sin excepcion, me obliga á descender á hechos que, aun

cuando todo el Oriente los presencia y ciento del Occidente los escribieron ántes que yo, repugnan no obstante; tal es su gravedad.

Los monjes orientales disidentes que vinieron de Armenia, de Abisinia, de la Grecia, de la Georgia y de otros países del Oriente para vivir cerca del Sepulcro de Jesucristo, tan léjos de honrarlo consagrándose á los oficios del culto y á evangelizar la multitud de individuos de su comunion que llega dia por dia á Jerusalen, profanan su ministerio, convirtiéndolo en instrumento de provecho personal. Esos monjes que llenan la ciudad no les encontraréis postrados delante del Sepulcro, no les veréis predicando la reforma de costumbres á sus peregrinos, no les hallaréis empeñados en establecer asilos para tantos infelices que llegan á la ciudad santa, ni escuelas para niños, hijos de estos y tan desgraciados como sus padres. Ni la vírgen, ni la viuda pasan por su mente para procurar su alivio, y sus cuidados van todos á parar á un solo fin: — ganar dinero. Por eso los hospicios se entregan al monje que da por él mas cantidad, ni mas ni ménos como se hace en los países civilizados con los ramos de impuesto que forman la hacienda pública; por eso la guardianía de los santuarios se concede tambien á la mejor postura, y por eso todos los puestos que tienen relacion con los peregrinos no se obtienen sino mediante sumas de dinero. Á nadie asombrará la opulencia de los patriarcas griego y armenio de Jerusalen, ni las grandes riquezas de que disponen, si observa que en sus arcas van á derramarse ingentes cantidades que produce el comercio sacrílego de las cosas santas.

Sus hospicios no están abiertos sino para los de su comunion, y aun de estos mismos para ninguno que no tenga cómo pagar su alojamiento y su comida. El pobre, el que nada tiene va á trabajar en los grandes edificios que fabrican constantemente los monjes para utilizar sus arriendos. El pope y sus dependientes calculan perfectamente las facultades del

peregrino que llega, y le previenen lo que debe dar por su hospedaje.

Los peregrinos que acuden son numerosísimos; en cada uno de los últimos años se han calculado de diez á doce mil entre Griegos, Armenios, Abisinios, Sirios y demas provincias orientales. Los padres acuden á Jerusalen, acompañados regularmente de sus hijos, de suerte que cuando llegan muchos á la vez, los hospicios de los monjes parecen grandes campamentos ó poblaciones orientales, tributarias de aquellos religiosos.

¿Pero qué hacen estos peregrinos en Jerusalen? Oidlo.— Apénas han llegado, se dirigen al protopope que les ha de confesar, y arreglan con él las cuentas de su conciencia: una cédula que reciben, si son ricos, les absuelve, no solo de las culpas cometidas, sino que les garantiza de los efectos que pudieran temer de las por cometer. Cada uno de los archimandritas y obispos tiene su virtud particular para disponer á este hombre *que desea salir bendito de Jerusalen;* y cuando ha pasado por el tribunal de cada uno, se le introduce al templo, donde le reciben segun sus facultades, ó el portero ó los custodios de su comunion. Doce piastras (1) tiene que pagar por su entrada, otras doce por cada vez que pernocte allí, y otras muchas por los cirios y perfumes que le venden los guardianes para ofrecerlos luego por conducto de los mismos vendedores en el Calvario y en el Sepulcro. El hecho es que los puestos todos de estas comunidades de Armenios y Griegos que cuidan los santuarios son tenidos como muy lucrativos, y los protopopes que los sirven salen de ellos con el dinero suficiente para procurarse la dignidad episcopal. Los peregrinos armenios llegaron á tres mil en 1850: y calculando con datos dignos de fe lo que cada uno dejó entre los monjes de su comunion, resultan cier. *thalers* por persona, que unidos forman una exorbitante

(1) Medio peso poco mas ó ménos.

cantidad (1). Los Griegos por su parte, cuyo número de peregrinos es doble todavía, los despojan á veces hasta de sus ropas, para pagarse de sus simonías, dejando á los devotos sin medios para volver á su país.

El autócrata, protector tan celoso de los popes que á la sombra del Sepulcro del Salvador cometen tales exacciones, informado de ellas, ordenó á sus cónsules en Siria que no permitiesen á ningun ciudadano raso penetrar en Palestina, sin haber depositado ántes en el consulado la cantidad necesaria para volver al lugar de su residencia. Llegó á sus oidos sin duda el clamor de tantos vasallos despojados por los guardianes de los Lugares santos, cuyos pretendidos derechos él defiende con su espada.

En el Santo Sepulcro estos hombres no reciben tampoco instruccion alguna: los veréis recorrer en tropel los santuarios, tocar con la mano las murallas y los altares, hacerse luego mil cruces en el rostro y por todo el cuerpo, besar el suelo, dar alaridos, repetir *Kyries* como sus popes, despues de haberse descalzado al entrar en las capillas, como los santones al penetrar en sus mezquitas; nada mas hacen. Ninguno he visto meditando retirado en los rincones oscuros de la basílica, ni ninguno con aquel reposo que inspira la penetracion de los solemnes misterios obrados en aquellos Lugares santos. Religion exterior, ceremonias palpables; ved ahí todos los ejercicios de estos peregrinos. ¡Qué campo tan vasto encontrarian los popes dedicándose á instruir esos millares de hombres que acuden á Jerusalen del septentrion de la Europa, del interior de Asia, de la Abisinia y de la Etiopia, si en vez de explotar sus bolsillos sondeasen su corazon, y en lugar de grabarles las impresiones siniestras del interes y la codicia les ilustrasen con la doctrina y los ejemplos de la perfecta caridad! Pero desgraciadamente no sucede así; explotarlos, ved ahí la única mision

(1) Hacen la suma de ciento cincuenta mil pesos aproximativamente.

que parece tener esa multitud de monjes y de sacerdotes que rodean á los peregrinos cismáticos del Oriente y de la Rusia.

Si aquellas exacciones de dinero se disfrazasen con servicios materiales, podria decirse que ellas no eran sino una compensacion exagerada de los servicios que prestan los monjes en los hospicios; mas cuando, como hemos indicado, se exige dinero por los beneficios espirituales que se dispensan, cuando la absolucion misma de los pecados recibe paga á veces, y algunas monedas aparecen arrancando garantías á Dios en favor del que cometerá delitos, el vicio se presenta con los colores mas feos; y la maldicion que una voz eterna fulmina contra la simonia y el sacrilegio, nos señala pendiente sobre los monjes cismáticos la espada que castigó á los hijos de Heli, profanadores del santuario.

Cuando existe reunido un número considerable de peregrinos, visitan estos solemnemente los santuarios de la basílica: el archimandrita, vestido entónces de capa pluvial, preside á los monjes que ocurren con este objeto de los conventos de Jerusalen, y los peregrinos le siguen, llevando encendidos los cirios que les compraron de antemano. Al detenerse en cada uno de los santuarios, les refiere sus tradiciones; y en los que ocupan las católicos añade alguna vez: « Estos los tienen usurpados los Latinos, protegidos por las potencias europeas. » Esta voz, que escuchan hombres idiotas y fanáticos en el recinto del lugar mas santo, produce efectos bien palpables. Nadie ignora el odio profundo que abrigan contra los Latinos los peregrinos orientales, y es efecto de las proclamas que dirigen los archimandritas y popes á los que debian inspirar las virtudes de aquel Dios que murió víctima de amor por los hombres.

Casi todos los viajeros en Palestina nos hablan de la constante guerra en que viven todos los monjes de comuniones disidentes con los religiosos latinos en Jerusalen. El lugar mas venerable ha sido frecuentemente campo de batalla

donde la sangre de los sacerdotes ha corrido derramada por apóstatas del cristianismo, del mismo modo que corrió vertida por los musulmanes. Los Latinos, que ganaron los Lugares santos rescatándolos del poder de los infieles con el precio de su vida, que los compraron otras tantas con su oro á los sultanes, y los han conservado heróicamente desafiando peligros de todo género, ven á intrusos sin otro título que su audacia, ni mas pretexto que el vil interes, disputarles su posesion de seis siglos, apoderarse de los puestos que ellos guardaron con fidelidad, y que les arrojan con violencia de esos mismos sitios, donde combatiendo murieron sus hermanos. Cinco siglos se conservaron tranquilos en posesion de los Lugares santos los PP. Franciscanos; las tentativas de los cismáticos por introducirse en los santuarios fueron rechazadas en el divan de Constantinopla durante ese largo período, mediante la oposicion constante de la Francia y de la España. Mas una época hubo harto desgraciada en que la Europa católica, luchando con mil elementos de revolucion y de desórden y envuelta en mil guerras interiores y exteriores, se olvidó de Jerusalen y de sus Lugares santos. Los disidentes, aprovechando la oportunidad, obtuvieron con dinero firmanes que les señalaban posesion en el Santuario, y abrasando luego á este con fuego sacrílego, alcanzaron el honor de ser sus reparadores mediante nuevas sumas enviadas al divan. Los Griegos y los Armenios mismos aseguran que pasan de catorce millones de piastras (1) los gastos emprendidos para obtener estos firmanes. Así escribia un hombre tan respetable por su amor á la verdad como por la imparcialidad severa que manifiesta en todas sus informaciones (2). Desde aquel momento, al ruido de las piedras que derribaban los restauradores de la basílica que redujeron á cenizas ellos mismos,

(1) Cerca de un millon de pesos.
(2) *Pèlerinage à Jérusalem*, tom. I. (Geramb.)

se unió el grito insolente de los que la dominaron, del mismo modo que el criado altanero, elevado por una vuelta de la fortuna caprichosa, se venga del amo que no le permitió ántes libertades indebidas. Los religiosos de la Tierra Santa, guardianes de todos los santuarios, se vieron despojados de estos, y los Griegos, los Armenios, los Sirios y los Coftos entraron á poseerlos por las intrigas y el dinero, sin haber tenido valor para guardarlos en los dias del peligro, y cuando en Jerusalen dominaba la espada del Kanimirio ó el fusil del soldado árabe. Desde aquel momento, repetimos, los religiosos Franciscanos, para conservarse en los Lugares santos, tuvieron que luchar, no solo con los musulmanes y los Beduinos, sino tambien con los disidentes. La prensa europea ha denunciado repetidas veces las riñas sangrientas sucedidas sobre el Calvario, y en las que los Griegos han perseguido á puñaladas á los religiosos latinos que, usando de su derecho, querian funcionar allí; Jerusalen ha visto á Mehemet-Pachá desenvainar la espada dentro del templo para contener á aquellos mismos revoltosos, que atropellando las resoluciones del sultan resistian armados la visita cotidiana que hacen los católicos al mismo monte; y el mundo entero vió con asombro la resolucion tomada por Abdul-Mejild de hacer *á su costa* las reparaciones de la gran cúpula del Santo Sepulcro, que destruyeron los Griegos arrancando las planchas de plomo que la cubrian. Un espectáculo nuevo habria presentado por cierto el jefe de los musulmanes reparando los templos cristianos; mas afortunadamente las potencias católicas no aceptaron tan generoso ofrecimiento. Muy importante seria para el cristianismo que cesasen estas verdaderas profanaciones de los Lugares santos, y los viajeros que nos hablan de las eternas quejas de los religiosos, «á las cuales ellos nada comprendieron,» prestarian un importante servicio á la paz, á la civilizacion y á la Religion trabajando porque triunfe la justicia.

Concluyamos esta serie de profanaciones con la famosa del *fuego sagrado,* que el Sábado santo de cada año presencian millares de hombres que van expresamente á Jerusalen para verlo bajar del cielo á la poderosa voz de sus obispos. Un gran número de viajeros de todas las naciones europeas han hablado ya de este pretendido milagro, ó, diciendo con mas propiedad, de este verdadero escándalo. Á las ocho de la mañana, en presencia de los patriarcas griego y armenio y de todas las grandes dignidades de las comuniones orientales disidentes de Jerusalen, un obispo, que por este motivo llaman del *fuego*, rodea tres veces el monumento del Santo Sepulcro, acompañado por dos archimandritas, muchos popes y todos los monjes sirios, rusos, armenios, griegos, coftos y abisinios. Concluida esta ceremonia, el obispo del *fuego* se encierra con sus dos asistentes dentro de la capilla del Santo Sepulcro, miéntras los demas arrodillados con la multitud cantan, rezan y gritan, pidiendo, como los sacerdotes de Baal sobre las alturas del Carmelo, que baje el *fuego sagrado.* No tarda este en aparecer, y el obispo del *fuego* se presenta en la puertecilla del sagrado monumento, teniendo en sus manos algunos cirios encendidos. Los peregrinos gritan entónces: « *¡Milagro !!!* » y el impostor que, como Mahoma, hace creer á aquella muchedumbre ignorante que acaba de recibir favores celestiales y de presenciar un estupendo prodigio, ve agolparse en rededor á las murallas del monumento aquella multitud ansiosa de alumbrar sus cirios con la *llama* que cayó del cielo. « Testigo de estas ridículas supercherías y de los gritos y desórdenes entre que estas se ejecutan, no puedo ménos de confesar que si algo me pareció *prodigioso*, fué la inconcebible estupidez de los que eran burlados tan groseramente. » Cuando la razon piensa que á mediados del siglo diez y nueve suceden todavia lances semejantes, en los que millares de hombres son juguete de bajas supercherías que se cometen á nombre de la Religion, en el lugar mas santo

de la tierra, y haciendo intervenir á la Divinidad misma, no alcanzamos á comprender cuáles puedan ser los motivos tan poderosos que influyen en un monarca, que se dice *cristiano*, para proteger estos sacrílegos desórdenes. Vendrá dia en que esa fe, burlada hoy á mansalva por ministros que la traicionan, ilustrada por doctrina y por ejemplos de otra especie que los que dan los popes, convertirá la conciencia de ese pueblo que sirve de víctima contra los sacerdotes que desertaron del único Santuario de Jesucristo, y contra ese soberano que los protege por convenir así á sus intereses; denunciarán su malicia á todo el género humano, y serán los primeros en denostarlos con el apodo humillante de impostores. Esto es lo que principia á suceder ya, y los prelados que abusaban de la ignorancia de sus correligionarios los ven sublevarse en su contra y publicar sus engaños para abrir los ojos á los demas, que viven ciegos como ellos tambien lo estaban.

« ¡ Cosa extraordinaria! exclamaba un ilustrado viajero : los Católicos, los Griegos, los Armenios, los habitantes del Líbano, en una palabra, todas las comuniones cristianas tienen sus representantes en Jerusalen, cuya voz se eleva sin cesar entre el humo del incienso hácia Dios, que sacrificó su único Hijo para salvar al mundo : una sola voz no pronuncia allí el nombre de Jesus... y es la del protestante (1).» Pero esta observacion que hizo Geramb en 1832 quedó reparada en 1840, cuando un Judío convertido á la reforma de Lutero entraba en Jerusalen con grande aparato y acompañado de hijos y mujer. Los Latinos, los Griegos, los Mahometanos, los Judíos, los Armenios, todos preguntan : «¿Quién es este viajero tan rico que entra en la ciudad santa con comitiva semejante á un bajá ó á un general?—Es un obispo.» Pero era un obispo casado : espectáculo nuevo para todas aquellas comuniones que no habian visto subir al trono episcopal

(1) *Pèlerinage à Jérusalem*, tom. II. (Geramb.)

sino hombres célibes. El nuevo obispo venia á fundar una iglesia tambien nueva, no en rededor del Sepulcro del Fundador del cristianismo, ni sobre el Calvario ó el Olivete, testigos de su muerte y de su triunfo, sino sobre las ruinas del palacio de Heródes, donde un rey lascivo, hipócrita y sanguinario ordenaba prolijas pesquisas y providencias crueles, á fin de hacer morir al Mesías prometido. En efecto, miéntras las otras sectas cristianas se disputaban los santuarios, el representante del protestantismo allí echó los cimientos de su iglesia y edificó su palacio. Él no venia á adorar á Jesucristo en los Lugares santos, ni estos valian en su concepto « mas que las demas piedras que cubren el suelo en todas partes; » venia á convertir á los Judíos, sus antiguos correligionarios, « y á predicarles el Evangelio en las alturas del monte Sion y en las colinas de Jerusalen. » El éxito de su mision fué muy conocido; un protestante que visitaba despues la Palestina lo refiere del modo siguiente: « El protestantismo ensaya establecer en Jerusalen un foco de propaganda; la ciudad santa encierra por primera vez dentro de sus muros una sede episcopal protestante. Inútil es decir que las tentativas del obispo Alejandro, ex-judío enviado á Palestina bajo los auspicios del rey de Inglaterra y el de Prusia, no han tenido hasta aquí suceso alguno entre los antiguos correligionarios del nuevo apóstol (1). » El obispo Alejandro murió, y su silla fué ocupada por otro convertido, no del judaísmo como aquel, sino de la reforma alemana á la anglicana, escogido por el rey de Prusia é instituido por el arzobispo de Cantorbery para ocupar la silla de Jerusalen.

Las graves cuestiones que esta institucion provocó entre los miembros del episcopado anglicano, y en las que divididos estos desconocieron no pocos la facultad del primado de su comunion para instituir obispos en Jerusalen, y pro-

(1) *Palestine.* (Munk.)

testaron contra la consagracion del doctor Gobat llamándola « violacion flagrante de las leyes de la Iglesia (1), » es un hecho reciente y muy conocido. Mas el electo, sin ocuparse de la cuestion de jurisdiccion, que poco parecia importarle, no cuidó mas que de asegurar su silla; y entrando en Jerusalen con su familia, principió con empeño la empresa abandonada por la muerte de su antecesor. Pero mal podia un extranjero convertir á esos Israelitas, que dejó por obstinados un connacional. « Sin esperanza alguna de convertir Judíos, el obispo Gobat aplicó sus esfuerzos á formar prosélitos en el seno de las otras comuniones cristianas de Jerusalen. En una comunicacion publicada por la *Gaceta eclesiástica de Lóndres*, se alababa él mismo de conquistas hechas entre los Griegos y Armenios; mas esto era obrar contra las órdenes que habia recibido de no hacer propaganda entre individuos de las comuniones orientales (2). » Esta fué la señal de una nueva lucha, y en la que una multitud de dignidades de las comuniones anglicanas protestaron nuevamente contra el obispo de Jerusalen, sostenido por los metropolitanos de Cantorbery, York, Armagh y Dublin. Jamas se habia oido salir del seno del clero anglicano una voz que tan enérgicamente mostrase la escision en que viven sus miembros, como esta que aquellas suscribian : « Protestamos contra los actos del obispo Rdo Dr Gobat, como que emanan de él solo y no tienen la sancion de nuestra Iglesia; rechazamos y condenamos especialmente su proselitismo como una violacion de las instrucciones que se le han dado y de los cánones eclesiásticos. » El primado anglicano condenó esta protesta, firmada por mil y cien ministros; tres obispos la condenaron con él tambien, y otro, ántes de pronunciar su opinion, preguntaba en el ministerio de Estado: « Si el gobierno de la Gran Bretaña se proponia influir en

(1) *Lord Bishop of Exeter.* 25 mai 1846. (The Rev. Herry Exeter.)
(2) *Morning-Chronicle.*

los negocios de Oriente manteniendo un obispo en Jerusalen (1). » ¡La intencion ó los planes del gobierno debian servir de nivel á su conducta, cuando se trataba de la jurisdiccion de un individuo instituido obispo!

Pero el temor que los Anglicanos abrigaban oyendo el clamor que indignados levantaron los Griegos y los Armenios contra la propaganda de M. Gobat, carecia de fundamento: todos sus esfuerzos no han podido reunir arriba de cincuenta creyentes, Judíos unos, Griegos otros y Europeos algunos. La fe de los primeros es digna de notarse; todos saben que los Judíos procuran adquirir dinero por cuantos medios son imaginables; la mision protestante de Jerusalen, concediendo algunas piastras á sus fieles cada dia desde que abrazan el protestantismo y ademas una cama en su hospital en caso de enfermedad, estimula fuertemente su codicia, y les hace profesar una fe que no aman sino como medio de ganar monedas; mas su conversion es tan pasajera como lo es su permanencia en Jerusalen. Estas conversiones se operan entre los Israelitas vagos que recorren la Palestina, y tan pronto viven en Hebron como en Tiberíades, en Jafa ó Jerusalen; la ocurrencia siguiente las explica todavía mejor, como asimismo el celo de los ministros anglo-prusianos que las opera. « Un Judío que se habia hecho anglicano y recibia un chelin diario, fué trasportado enfermo al hospital de aquellos. Viendo que su muerte se aproximaba, hizo llamar al rabino, y confesó su apostasía; volvió á entrar en el judaismo, y murió luego. Se trataba pues de saber á quién pertenecia sepultar el cadáver, que se disputaban Judíos y protestantes. Aquellos entraron en el hospital por la noche, le robaron y enterraron en su cementario. De allí mandó sacarlo el obispo anglo-prusiano y trasladarlo al suyo: los Judíos volvieron á desenterrarlo, y despues de viajar el cadáver várias veces durante un dia entero desde

(1) El obispo de Oxford.

el valle de Josafat al cementerio protestante, el bajá le dió al fin reposo, mandando sepultarlo en un lugar neutro (1).» De los Judíos venidos de Oriente y de Occidente buscando el valle de Josafat y el sitio de su antiguo templo, claro es que ninguno irá á alistarse ni por dinero ni promesas en la religion que predica el obispo anglo-prusiano. En cuanto á los otros afiliados, exceptuando el personal de los consulados de Prusia, de Inglaterra y de los Estados Unidos, son esa especie de Judíos errantes que forma la poblacion flotante de Jerusalen; mas su número es tan pequeño y tan eventual, que no llama la atencion. Ved ahí el resultado de la propaganda establecida con tanto aparato sobre los escombros del palacio de Heródes: ella no ha podido satisfacer los deseos de sus promotores, y por eso mismo tambien los hombres influyentes de la Gran Bretaña no se manifiestan dispuestos para sostenerla.

« Mas hoy esta mision varía de aspecto, escribe una mujer presumida y sin criterio; el obispo de Jerusalen marcha con prudencia, pero con firmeza al mismo tiempo... Él ha dispuesto que los Árabes sean evangelizados en sus mismas tribus (2). » Este es en efecto el gran proyecto que preocupó al doctor Gobat, y para realizarlo salió de Jerusalen, no él ni alguno de los dos ministros que le acompañan, sino un jóven árabe que recorre el desierto arreando un camello cargado de Biblias que distribuye á los Beduinos, los que sin entenderlas las dan á sus niños, que convierten sus fojas en cuernos, caracoles y pequeños juguetes. De ninguna tribu se ha oido que pida el bautismo al nuevo evangelista, ni que llegue á Jerusalen preguntando por la morada del caritativo pontífice que les envió su ministro para que les enseñase el camino de la vida eterna. En la puerta del templo del Santo Sepulcro se encuentra otro agente de la comunion

(1) Mislin.
(2) *Journal d'un voyage au Levant*, tom. III.

del obispo evangélico : este no da, como aquel Árabe, las Biblias, sino que las ofrece en venta á los peregrinos. « La experiencia nos demuestra que cuando se dan, los que las reciben las emplean en cornetas, » escribe el cronista de las misiones del R^{do} Gobat; y ya hemos indicado que tenia bastante razon para decirlo. Juzgando por lo que noté durante mi permanencia en Jerusalen, la venta de las Biblias producirá muy poco á sus vendedores, porque los peregrinos orientales, léjos de querer comprarlas, las rechazan como obra del demonio. Es digno de notarse que miéntras el clero anglicano se ha empeñado en mostrar sus simpatías á los patriarcas cismáticos de Oriente, en asegurarles « vivir con ellos estrechamente unidos por la fe pura del Evangelio, y que al enviar su obispo á Jerusalen pensó rendir el honor debido á su autoridad (L), » aquellos se muestran muy distantes de aceptar y mucho mas de corresponder sus *fraternales relaciones*. Á los Latinos odiaron siempre los protopopes, denunciándolos como papistas, y á las otras sectas separadas de su comunion las llaman herejes; pero á cuantos pertenecen á la mision pruso-anglicana no les conceden ni el nombre de cristianos : su fe para ellos es indefinible.

El obispo evangélico que envia sus jóvenes árabes á distribuir Biblias á las tribus del desierto, se ocupa miéntras tanto de otros trabajos cuya utilidad para su mision á mí me es desconocida. Yo lo encontré una mañana midiendo los muros de la ciudad santa... Cuando M. Gobat publique el diario de sus trabajos evangélicos en Jerusalen, como lo hizo con el de sus misiones apostólicas en Abisinia, leeremos en él en vez de : « Cuando yo veo á este hombre, decia un Abisinio, me pregunto si realmente es hombre ó si es un ángel. — Veo sus blancos cabellos que flotan sobre sus espaldas, su barba larga y rubia y su rostro blanco lo hacen superior al arcángel Miguel... » « Y á la verdad, continúa ahora M. Gobat, si yo quisiese pasar por un ángel, apénas quizá habria la décima parte de mi auditorio que pusiese en

duda mi palabra. Tan bien dispuestos se manifiestan todos *á recibir la verdad* (1). » En lugar de esto leeremos que al verle midiendo los muros de la ciudad santa, le tuvieron los Árabes instruidos por sus Biblias por el ángel que mandó Dios á medir los muros de Jerusalen. No sé qué lugar ocuparán entónces en la vision su hija, que le acompañaba á caballo, y sus hijos, que llevaban las cuerdas y otros instrumentos.

Un hospital y una escuela completan la mision anglo-prusiana : el primero se sostiene con asignaciones de la Prusia, que lo encomendó á sus Bethanias, como era natural. No fué larga la duracion de estas en Jerusalen; las dos hermanas hallaron ocupacion mas ventajosa, y la una siguió viajando para el Egipto, miéntras que su compañera volvió en busca del suelo natal. El hospital pasó entónces á personas que no son *hermanas* como las Bethanias, y son las que primero se presentan al consulado de Prusia, que tiene en él intervencion directa. La escuela anglo-prusiana está á cargo de una institutriz alemana contratada al efecto por un número determinado de años. Los Orientales, que se alimentan mucho de las inspiraciones de su imaginacion, no comprenden cuál pueda ser el motivo porque aquel obispo y esta mujer no usen un traje peculiar, como lo llevan los eclesiásticos de todas las comuniones y las religiosas francesas, cuyos hospitales y escuelas, establecidos hace mucho tiempo en aquellas regiones, les son ya muy conocidos. Ese hábito de ver siempre contraidas á la enseñanza á personas separadas de los demas por costumbres, estado y ocupaciones y hasta vestido diferentes, lo echan ménos tambien en los miembros que componen la mision protestante, y es uno de los inconvenientes que se oponen á su progreso.

No puedo ménos de lamentar un fruto positivo y manifiesto que recoge la mision protestante de Jerusalen, y es

(1) *Journal d'un séjour en Abyssinie.* (Rév. Dr Gobat.)

efecto del ridículo á que entrega los Lugares santos en el ánimo de algunos de los individuos de su comunion que los visitan. Desgraciadamente vemos á ciertos viajeros que, poco instruidos en los sucesos históricos, y ménos instruidos aun de las maneras que enseña una esmerada educacion, se pasean por la basílica sin ningun respeto, y echando apénas una mirada desdeñosa sobre los sitios que la historia, las averiguaciones científicas y una tradicion no interrumpida señalan como santos. El Rev. Gobat, que, siguiendo el ejemplo de su antecesor, llama « piedras consagradas con tradiciones inciertas » á los Lugares santos, puede asegurar que en este punto ha llenado perfectamente su mision. Los que estáticos contemplaron las ruinas de Balbec y de Palmira, que recuerdan escenas abominables, envilecimiento verdadero de la dignidad del hombre, los que descubrieron su cabeza al divisar el Parthenon y el Acrópolis, manchados mil veces con injusticias é ingratitudes por los Griegos, y los que saludaron inclinando su frente las orillas del Nilo donde los sacerdotes quemaron incienso á los inmundos cocodrilos; miran con sonrisa irónica el Calvario, donde el Hijo de Dios regeneró al linaje humano, y no inclinan siquiera su cabeza delante del Sepulcro que acataron mil generaciones de hombres ilustres como el mismo donde el Autor del Evangelio confirmó la divinidad de su doctrina. ¡ Juzgue el mundo tan monstruosa inconsecuencia de los protestantes!



EL JARDIN DE LOS OLIVOS

CAPÍTULO XVII.

Salida fuera de los muros de Jerusalen. — Valle de Josafat. — El torrente Cedron. — Lugar del martirio de S. Estéban. — Sepulcro de la Vírgen María. — Jardin de los Olivos. — Gruta de Gethsemaní. — Sentimiento que experimenta el corazon cristiano. — Ósculo de Júdas. — Una monja griega. — Subida al Olivete. — Cima del monte. — Los mueslines asistiendo á la misa. — Los picos del Olivete. — Tumbas de profetas. — Gruta de Jeremías. — Sepulcros de los Reyes y de los Jueces. — Monte del Mal Consejo. — Hacéldama. — Siloé. — Los monumentos. — Muros actuales. — Las puertas de Jerusalen.

Salgamos ahora fuera de los muros de Jerusalen por la puerta de S. Estéban (1), y visitemos los campos que la rodean sembrados de tumbas, de grutas y de escombros que recuerdan hombres y sucesos eternamente célebres. Pocos lugares hay que exciten en la imaginacion ideas mas terribles que el valle de Josafat, tan lleno de misterios, y donde, segun el profeta Joel, todos los hombres han de comparecer algun dia ante el Eterno Juez. Parece que este valle sirvió siempre de cementerio á Jerusalen, y en él se encuentran los monumentos de los siglos mas remotos y de los tiempos mas modernos: á él viénen para ser sepultados los Judíos de las cuatro partes del mundo, «y un extranjero les vende á peso de oro un poco de tierra para cubrir sus cadáveres en la posesion que fué de sus abuelos (2).» Contrista verda-

(1) Birket-Hamman-Sitti-Mariam la llaman los mahometanos.
(2) *Itinéraire de Paris à Jérusalem.* (Chateaubriand.)

deramente mirar este valle: el Olivete lo cierra por el Oriente, miéntras que en el lado de Occidente se eleva una loma caliza, sobre la cual descansan las murallas de Jerusalen. Aquel monte y esta loma son áridos y sin vegetacion alguna; en sus vertientes solitarias se ve de cuando en cuando algun tronco ennegrecido y bosquecillos de olivos tristes y marchitos. El cementerio de los Judíos se ve en el fondo al pié de la loma del Olivete, que se llama *Monte del Escándalo;* sus lápidas parecen montones de ruinas, y algunas casuchas de Árabes que viven cerca de las tumbas para insultar á los Israelitas, aun despues de muertos, apénas pueden distinguirse de los sepulcros. En este vasto campo de desolacion sobresale un monumento que se dice Tumba de Josafat, y del que tomó su nombre el valle. Contemplando la tristeza de la ciudad santa, la soledad de aquellos montes, el silencio profundo del valle, los montones de ruinas, los sepulcros deshechos, las pirámides caidas, los árboles arrasados y la naturaleza toda pálida y moribunda, parece que va á oirse aquella voz formidable que grita: « *Llegó la hora del juicio de Dios.* » En lo hondo del valle corre el torrente Cedron, que no lleva agua sino en invierno, y deposita en el mar Muerto, despues de atravesar un territorio el mas salvaje que puede concebir una imaginacion exaltada.

No léjos del nacimiento del Cedron se muestra el sitio donde fué apedreado el protomártir del cristianismo S. Estéban. Su fortaleza fué el primer ejemplo que se dió al mundo de ese valor y grandeza de alma que inspira el Evangelio á sus creyentes, é hizo decir á los paganos: « Van al cadalso tan alegres como si marchasen á tomar asiento en un espléndido convite (1). » Una consideracion influiria eficazmente para aumentar el intenso gozo que regocijaba el corazon del generoso confesor de Jesucristo entre los sufri-

(1) Cartas de Plinio, tomo I.

mientos de su martirio. El Salvador habia iniciado su Pasion en aquel mismo lugar... habia muerto no léjos de allí... y en aquel mismo momento él «le veía vestido de gloria y sentado á la derecha de Dios.»

Pasado el puente del Cedron, se encuentra á pocos pasos el sepulcro de la Vírgen María en el interior de una iglesia subterránea, á la que se desciende por bellísimas escalas de mármol; esta no es hermosa, pero su construccion indica su antigüedad: ántes perteneció á los católicos, como se ha probado recientemente; usurpada mas tarde por los Griegos, estos tienen en ella sus capillas; fuera de ellos las tienen tambien los Coftos, los Sirios, los Armenios y aun los musulmanes, que al entregarla á los cismáticos conservaron un lugar para celebrar sus rezos y abluciones cerca de la tumba de María. Inmediatos á la puerta se ven dos sepulcros que se cree ser los de S. Joaquin y santa Ana, abiertos en la roca como aquel.

Á pocos pasos de esta iglesia se entra en el huerto de los Olivos. En él se detuvo Jesucristo cuando, despues de celebrada la Pascua con sus discípulos en el Cenáculo, pasó el Cedron dirigiéndose á Gethsemaní. La simple inspeccion de estos lugares explica bien la narracion que hacen los Evangelistas de los primeros misterios de la Pasion. Vemos el lugar del Cenáculo de donde sale el Salvador, encontramos luego el torrente Cedron, y á pocos pasos de este Gethsemaní con sus olivos, orígen de su nombre (1). El huerto hoy está cerrado por los PP. Latinos, á quienes pertenece: en una de sus extremidades existen ciertos peñascos disformes, y de estos «como á un tiro de piedra» una gruta ó cavidad. Entre los olivos se distinguen ocho, de los que hablando un viajero no católico dice: «Pertenecen sin duda á la mas remota antigüedad; los Turcos mismos los miran con piadoso respeto, y á nadie permiten estropearlos. Su aspec-

(1) *Gethsemaní* significa VALLE DE ACEITE.

to, unido á la consideracion de la gran vejez de que el olivo es capaz, autoriza el juicio de los que datan su orígen en siglos muy distantes (1).» «Estos ocho olivos, añade el mariscal de Marmont, son probablemente los mismos que existian en tiempo de Nuestro Señor: dos de ellos tienen veinte y cinco piés de circunferencia. Bien sabido es que el olivo vive largo tiempo, así como que es muy lento para crecer y desarrollarse. Es sin duda bajo de su sombra donde Jesucristo reposó, conversó con sus discípulos, fué preso y abandonado por los Apóstoles, que huyeron sorprendidos (2).» «Estos olivos asistieron á todas las revoluciones de Jerusalen; de ellos se habla en las piadosas relaciones de los antiguos peregrinos; se contaban nueve en el siglo diez y siete, pero hoy no se encuentran mas que ocho; no están guardados mas que por un sencillo muro de piedra; nadie se atreverá sin embargo á arrebatar sus frutos, que convertidos en santas reliquias respeta todo el mundo como testigos de los misterios de un Dios y contemporáneos de Jesucristo. Algunos escritores objetaron contra esto que Tito mandó cortar todos los árboles de los alrededores de Jerusalen; pero es muy sabido que el olivo renace de su cepa y de sus raíces (3).» Lamartine participó de estas mismas ideas. «Recogí, dice el poeta, del fruto de estos árboles para llevar á mis amigos... Yo concibo bien qué dulce debe ser para el cristiano orar tocando con sus dedos los huesos de las olivas cuyas raíces regó quizá Jesucristo con sus lágrimas cuando oraba por última vez sobre la tierra (4).» La muralla con que despues de infinitas diligencias consiguieron los Franciscanos cerrar este jardin, hoy se ve decorada por una hermosa *Via sacra* obsequiada por la España. El terreno

(1) Schubert, tom. II.
(2) *Voyage de M. le maréchal duc de Raguse*, tom. III.
(3) *Correspondance d'Orient*, tom. IV.
(4) *Voyage en Orient*, tom. I.

cerrado por la muralla mide ciento sesenta piés de largo y diez ménos de ancho.

La constante tradicion que conservan todas las comuniones asegura que el Salvador, llegado al huerto, dejó á los tres discípulos que le acompañaban sentados entre aquellos peñascos que indicámos, y donde poco despues les sorprendió un profundo sueño. Él, retirándose á la gruta distante como un tiro de piedra, se puso en oracion. Esta gruta es de forma irregular, y creemos que la que conserva es su primitiva, que la mano del hombre no ha alterado sustancialmente. Un altar colocado en el fondo señala el sitio en que sacrificó Jesucristo su voluntad al Eterno Padre. Allí Él, como hombre, se estremeció en presencia de la muerte, le turbó la espantosa catástrofe en que iba á servir de Víctima, y si posible hubiese sido evitarla sin mengua de las disposiciones de la justicia inmutable de los Cielos, ruega al Padre que lo haga; pero á este efecto natural vence presto su sumision á las disposiciones de Dios, y protesta no querer mas que el cumplimiento de la voluntad eterna de los Cielos. *Non mea voluntas, sed tua fiat.* El Padre aceptó el sacrificio de Jesus, y el Justo, que habia luchado con sus propias inclinaciones para ofrecerse en sacrificio, tuvo que soportar todo el rigor de la indignacion divina. Una mortal congoja le asaltó desde que su alma agonizante se vió en presencia del terrible Juez cargada de todos los delitos del género humano. Se cubre de confusion su rostro venerable, oprime el tedio su corazon inocente, y agobiada su carne con el peso infinito de tantas penas entre dolores acerbos y desfallecimiento mortal, riega la tierra con sangre que brota de los poros de su cuerpo. ¡Á cuántas meditaciones profundas se entrega el entendimiento cuando contempla este misterio de la infinita humillacion del Hijo de Dios en el jardin de los Olivos! No hay rayo que pueda iluminar tan vivamente la inteligencia y el corazon del hombre como lo que se lee avanzando dos pasos del altar hácia el término

de la gruta : HIC FACTUS EST SUDOR EJUS, SICUT GUTTÆ SANGUINIS DECURRENTIS IN TERRAM (1).

La gruta que sirvió de teatro á lances tan dolorosos no está decorada como quisiera la fervorosa piedad de los cristianos; se distinguen con claridad reliquias de las pinturas que la hermosearon en otro tiempo, se ven los cimientos del templo que estuvo erigido sobre esa misma gruta, testigo de tantos misterios del abatimiento de Dios, que reparaba los males causados por la soberbia del hombre; pero todo esto contribuye para que sea todavía mas notable su degradacion actual. Los Latinos, á quienes pertenece, han pretendido en diversas épocas restituirle su antiguo esplendor... ¡Vano pensamiento! tienen á su frente un enemigo formidable que abunda en riquezas, y las emplea en obtener firmanes de la Puerta para impedir á los católicos decorar sus santuarios. Aquel enemigo son los Griegos disidentes, cuyos derechos protege el zar al frente de medio millon de hombres con las armas en la mano.

Saliendo de la gruta, se muestra el sitio en que Júdas dió el beso de paz á Jesus para entregarle á los Judíos. Dista poco de la entrada y solo doce pasos de las piedras en que dormian los Apóstoles : se concibe muy bien que Jesus, oyendo el tropel de los que se acercaban para prenderle, fué á sus discípulos para dispertarles, y se adelantó luego para recibir al traidor y su comitiva.

Cuando yo salia del huerto de los Olivos la primera vez que entré en él, encontré en la puerta una monja griega que venia á visitarlo; pertenecia á la comunidad de la Santa Cruz, y solicitó permiso del religioso que me acompañaba para entrar. Tendria aquella sesenta años, vestia hábito negro como los popes, cubria su cabeza con un bonetillo tambien negro del mismo modo que estos, tenia un gran

(1) Aquí « fué su sudor como gotas de sangre, que corria hasta la tierra. » (S. Lúcas, cap. XXII.)

libro atado al manto; me dijo en italiano ser de Corfú, y llamarse Cirila. Así que salió de la gruta, entablé conversacion con ella y le pregunté: Qué opinion formaba sobre la Iglesia latina. — « Ninguna, me dijo, porque nuestro protopope, cuando alguna vez mostramos duda, nos dice que *todo es lo mismo :* Todos somos cristianos, nos repite; asi es que no sé cuál sea la diferencia entre Griegos y Latinos, aunque mucho lo he deseado. He oido que los Latinos son herejes, pero esto no lo creo desde que en Corfú, siendo yo niña, ví sus oficios muy devotos. — ¿Por qué no procura V. informarse de aquella diferencia hablando con los clérigos del seminario á con los PP. de la Tierra Santa? — Eso es imposible, porque si nuestro protopope ó algun otro me viese hablando con los sacerdotes latinos, me impondria penitencia.... me voy presto, porque temo venga alguno... » Se fué aquella infeliz religiosa, que habia perdido hasta su libertad para buscar remedio en las dudas de su conciencia y agitaciones de su corazon. Volví á encontrarla despues en el templo del Santo Sepulcro, pero buen cuidado tuvo de retirarse así que observó que yo la habia visto. Las penitencias de su protopope podian mas en su ánimo que el consejo que de mí habia recibido para instruirse.

Subiendo un poco mas el Olivete, me fijé luego en los restos de un templo que existió sobre el lugar donde Jesucristo recomendó de nuevo á sus Apóstoles la oracion del *Padre nuestro,* que les habia enseñado en Galilea. No distante de allí muestran el lugar donde lloró volviendo la vista sobre Jerusalen, cuyos males preveía, y el mayor de todos su ceguedad. Allí mismo anunció tambien el juicio final y su descripcion terrible: « Vendrá el Hijo del hombre en medio de nubes, y se congregarán delante de él todos los hombres; » jamas pueden causar sensaciones tan profundas como cuando se meditan, teniendo á la vista la desolacion del valle de Josafat, sitio del proceso formidable, la destruccion de Jerusalen castigada por el Juez, y bajo la

impresion de terror y de amargura que inspira todo el país que se descubre desde allí.

Cincuenta pasos mas arriba se ven las ruinas de una iglesia que, á pesar del tiempo y de las infinitas vicisitudes que ha experimentado, deja ver la magnificencia de su plan en sus fundamentos que subsisten, en las basas de sus columnas y en los mármoles de algunas de estas, que tirados acá y allá inspiran tristeza en el lugar destinado á llenar de gozo el corazon del cristiano donde habita la esperanza. Son aquellas las ruinas del templo edificado en el siglo cuarto, para señalar el sitio donde el Salvador, en presencia de su Santísima Madre y de ciento veinte personas, subió al cielo cuarenta dias despues de su Resurreccion. Entre las ruinas se eleva una mezquita, y entrando se ve sobre una piedra durísima impresa perfectamente la huella del pié derecho de un hombre. Todas las relaciones antiguas de los peregrinos en la Tierra Santa refieren que en los primeros siglos existian las huellas de los dos, hasta que los mahometanos cortaron la mitad de la piedra para colocarla en la mezquita de Omar. San Paulino, Sulpicio Severo, Beda y san Jerónimo, escritores de los primeros siglos, nos hablan de este vestigio como estampado por la planta de Jesucristo al subir al cielo; y los cristianos de todas las comuniones lo veneran tambien como tal. Atendiendo á todos estos respetables testimonios, se infiere que el Salvador subió al cielo vuelto hácia el Norte.

Cuando los santones que cuidan la mezquita vieron que me dirigia á esta, vinieron á mostrar el sagrado vestigio, y quitándose sus turbantes me lo señalaban con respeto. Me permitieron ademas celebrar la misa en su recinto, mediante una buena suma de dinero, y ví de rodillas á unos mueslines y sentados en tierra otros miéntras la celebracion del tremendo sacrificio. ¡ Ah ! las naciones se glorian levantando monumentos en los lugares donde sus armas alcanzaron victorias memorables, donde nacieron ó murieron

sus hijos mas ilustres, y donde realizaron cualquiera accion que añade á su historia una página brillante; miéntras tanto el sitio donde el Redentor del mundo, el Regenerador del linaje humano, el Hijo de Dios cerró el curso maravilloso de su vida, elevándose majestuosamente de la tierra al cielo, sirviendo á sus piés de trono los ángeles y de tapete resplandecientes nubes, permanece en poder de los mahometanos y como olvidado de las naciones cristianas. La Francia, la España, la Italia, la Alemania católica y las Repúblicas de América votan de continuo ingentes cantidades para levantar estatuas á sus hombres célebres, y para decorar lugares que recuerdan hechos señalados; pero ni una de las naciones cristianas ha dedicado alguna cantidad pequeña para reparar el monumento caido que nos trae á la memoria aquel hecho único en la historia de la fe: « Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio á toda criatura.... Cuando esto hubo dicho, viéndolo ellos, se fué elevando; y le recibió una nube que le ocultó á sus ojos. »

El monte Olivete tiene tres picos, de los cuales el mas elevado es el del medio, y en él se realizó el misterio de la Ascension; al del Norte llaman *Monte de Galileos* (1); y al del Mediodía *Monte de escándalo*, porque fué en sus alturas y delante del templo de Dios donde Salomon casi al fin de su vida, corrompido por mujeres paganas, erigió templos y ofreció incienso á los ídolos de sus amigas.

Bajando del Olivete hácia el Sur, se ven algunos sepulcros abiertos en la piedra viva, y que son distinguidos con el nombre de *Tumba de los profetas*. Conocida es la suerte que cupo á cada uno de estos; muchos fueron muertos y todos perseguidos: la verdad ha tenido siempre sabor amargo para los que de ella deben alimentarse. Dirigiéndome al Oeste subí la gruta de Jeremías, allí donde el solitario de Anathot y cantor del duelo de Jerusalen hizo oir

(1) *Viri Galilei* lo llaman vulgarmente en Palestina.

sus dolorosas *Lamentaciones;* la gruta del profeta está desierta, y en todos sus alrededores no vi ni una sola persona: presto me acordé que él ya lo habia predicho. Penetré su interior, aunque con dificultad, y desde allí mirando aquella Jerusalen á quien él dirigia su voz, ya formidable y amenazadora, ya tierna y suplicante, me parecia verle sentado sobre el polvo y la ceniza, cantando con voz afligida y ronca: «¿Á quién te compararé, oh hija de Jerusalen? ¿á quién te igualaré, oh vírgen hija de Sion? Grande es como el mar tu quebranto. ¿Quién te remediará? Vosotros los que pasais, ¡mirad y ved si hay dolor como mi dolor!.... » Á poca distancia de esta gruta se ve la cisterna en que los Judíos, irritados contra él por las terribles predicciones con que los amenazaba dia por dia, le arrojaron para hacerle morir.

Marchando enfrente de la puerta de Efrain llegué al suntuoso cementerio de los Reyes, distante de la ciudad como una milla. Este grandioso edificio, que atribuyen muchos á Heródes el Tetrarca, es uno de los monumentos mas grandiosos entre los innumerables que rodean á Jerusalen consagrados á los muertos. Bajando á esta sombría mansion de muertos, se entra en un atrio cavado en la peña viva, y en su ángulo izquierdo se divisa un gran pórtico que da entrada á las tumbas: sus adornos, de admirable primor, fueron en parte destruidos por un rico é influyente viajero de Inglaterra, que pretendió arrancar algunas de las piedras en que están trabajados. Á los salones de los sepulcros no se puede llegar sin gran trabajo por los muchos escombros que se han ido amontonando en sus entradas. La arquitectura dórica de este monumento no permite atribuirle antigüedad mas remota que la que hemos señalado ántes.

De los sepulcros de los Reyes me dirigí á visitar otros que llaman de los Jueces, no porque alguno de los caudillos de Israel hubiese sido sepultado allí, sino, segun se cree, porque estaban destinados para los miembros del sanhedrin.

Son estos sepulcros como grandes salones cavados en la piedra, y contiene cada cual un crecido número de nichos donde reposan los cuerpos. La antigüedad de este cementerio es fuera de toda duda. Á su entrada, bajo los arcos naturales de aquella inmensa gruta, tienen sus habitaciones los buhos y otras aves solitarias entre una especie de enredadera blanquizca que crece sobre las piedras, y penetra hasta el interior de sus aberturas.

Me dirigí en seguida al monte del Mal Consejo, así llamado porque en su cima estaba la casa del pontífice Caifas, donde reunidos los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los fariseos, resolvieron la muerte de Jesucristo. Allí ha existido sin duda una poblacion posterior á aquel hecho, cuyos cimientos aun se reconocen fácilmente.

Bajé de aquí al Hacéldama, que recuerda la venta traidora hecha del Salvador por uno de sus discípulos y favorecidos. El Hacéldama es un valle estrecho; conté en él cinco olivos delgados y marchitos, y su tierra sirve hasta hoy para fabricar vasos, de la misma manera que servia cuando escribió el Evangelista: « Júdas, movido de arrepentimiento, volvió á los príncipes de los sacerdotes las treinta monedas de plata que habia recibido... y estos, habiendo deliberado, compraron con ellas el campo de un alfarero para sepultura de los extranjeros; por lo que se llama aquel lugar Hacéldama ó Campo de Sangre hasta el dia de hoy. » Jeremías, contemplando la historia de esta sangrienta tragedia muchos siglos ántes que fuese representada: « Tomaron, dijo, las treinta monedas de plata, precio del apreciado al cual apreciaron los hijos de Israel, y las dieron por el campo de un alfarero. » Á la derecha del Hacéldama existió el cementerio donde los Templarios daban sepultura á los peregrinos que morian en Jerusalen. Continuando en la misma direccion, encontré una gruta donde suponen algunos haber estado ocultos los Apóstoles miéntras Jesucristo sufria su Pasion. El Evangelio nos dice que « abandonando á su Maestro, hu-

yeron; » y pudo muy bien suceder que el temor á los Judíos les llevase á esa gruta, que oscura y profunda les ofrecia muchas ventajas.

Entrando luego en una especie de estrechura formada por lomas que saliendo de los mismos cerros se extienden y prolongan formando aberturas y grietas espantosas, visité el lugar del martirio de Isaías, mandado aserrar por Manases, rey de Judá, cuyos vicios reprendió con la libertad del justo y la severidad del profeta. Jerusalen está como rodeada de testigos que echan en cara á Israel sus prevaricaciones, y dan testimonio de la obstinacion de un pueblo que en cada lugar de la tierra de promision dejó estampados los vestigios de su ingratitud y de su dureza. Isaías aserrado por un rey cuyo padre fué sanado por mediacion de este profeta, Jeremías arrojado en la cisterna, Zacarías cubierto de piedras, no eran mas que un antecedente de la mas horrenda de las injusticias que cometió despues en la muerte del Redentor.

Desde aquí me dirigí á Siloé, cuya fuente es memorable en el Viejo y en el Nuevo Testamento; su situacion queda al pié del monte Sion; y las prolijas investigaciones de diversos viajeros, muy conocidos por su ciencia, han probado que sus aguas son intermitentes (1).

El Natatorio ó gran fuente donde muere la vertiente se hizo célebre en el Evangelio por el ciego de nacimiento á quien ungió el Señor los ojos con lodo, y mandó luego que fuese á lavarse á la piscina de Siloé; « fué, se lavó, y volvió con vista. » En memoria de este prodigio, el Natatorio fué decorado por los cristianos con obras de mármol cuyos restos se ven aun. De allí volví á entrar en el valle de Josafat, y me detuve para contemplar un rato el sepulcro de Zacarías, que no se sabe positivamente á cuál de los sacerdotes y profetas que llevaron este nombre pertenece, y el de San-

(1) *Palestine*, tom. II. (Robinson.)

tiago el Menor, que es una bóveda formada en la piedra del cerro. Un monumento muy notable sigue á continuacion de este, y lleva el nombre de Absalon; fabricado de piedra y rodeado de pilastras, remata en un cónico elegante. Se ignora si este monumento encerró alguna vez el cuerpo de aquel príncipe, ó si en su orígen fué la columna de mármol que él mismo se hizo levantar para engrandecer su nombre y perpetuar su memoria. Se ve tambien otro monumento sin nombre abierto en la peña en forma de aposento; está casi destruido, y su frontispicio es solamente el que hace distinguirlo: avanzando un poco mas y dejando á la espalda el valle de Josafat, llegué á la misma puerta por donde habia salido.

Volney sufria cuando, segun nos dice, « no daba un paso en Palestina sin que le refiriesen los milagros de un santo, la muerte de un profeta, ó le señalasen la tumba de un mártir. » Nada extraño parece esto cuando se considera que la historia de los Israelitas cuenta casi cuatro mil años, que Dios los eligió para que fuesen su pueblo, que depositó en su seno los secretos de la revelacion, cuyo conocimiento no se hizo extensivo á las otras naciones de la tierra, y en fin, que desde Moises hasta Jesucristo conservó Dios en la Palestina una serie jamas interrumpida de profetas y de justos, que fueron como antorchas vivas encendidas para señalar al pueblo su camino, ó como los libros abiertos para que aprendiese en ellos sus obligaciones. Cada suceso de ese pueblo es un misterio, y cada uno de sus pasos envuelve un secreto que no viene á ser explicado sino dos mil años despues, cuando el Mesías prometido declara que pasaron las profecías y las figuras que acababan de cumplirse en su persona. Toda esa sucesion de hombres y de prodigios que forman la historia de la Religion desde el principio del mundo hasta la vuelta del Salvador al cielo, allí se ha realizado, agrupándose, por decirlo así, en rededor de Jerusalen y á la sombra de las colinas y de los valles de la tierra

de promision ; ¿qué mucho es pues que toda esta aparezca vestida y encubierta con esos velos misteriosos que detienen el pensamiento del hombre y mortifican su natural curiosidad? Jamas Dios parece tan grande ni el hombre tan pequeño como cuando desde la cumbre del Thabor ó desde las alturas del Olivete la imaginacion se remonta hasta ver la majestad del Verbo Divino penetrar el aire entre resplandores eternos, pisando las alas del viento, y entrar en el cielo sirviéndole de tapete los tronos mas encumbrados de la gloria. Muy mal podria la Palestina ser la cuna de la Religion y el país de misterios durante veinte siglos, si no estuviese salpicada por los recuerdos de esos mismos hechos que, como libros perpetuos, los han de trasmitir hasta las generaciones mas remotas.

Jerusalen, rodeada de muros que no datan mas que desde la época de Soliman, hijo de Selin, que los levantó el año de 1534, tiene siete puertas, cuyos nombres leemos en el ilustre autor del *Itinerario de Jerusalen.*





IMP. SIMON RAÇON.

BELEN

CAPÍTULO XVIII.

Contrato con un cabo de Beduinos. — Bethphage. — Bethania. — Sepulcro de Lázaro. — Parábola del Samaritano. — Jericó. — Fuente de Eliseo. — Desierto de los cuarenta dias. — Aspecto del Jordan. — Precauciones durante nuestra permanencia. — El mar Muerto. — Sodoma y Gomorra. — Monasterio de San Sábas. — Tiendas de Beduinos. — Belen. — Templo y gruta del Nacimiento. — Estrella robada. — Monumento de los Inocentes. — Tumba de S. Jerónimo. — Sepulcros de Sta Paula y Sta Eustoquio. — Gruta de los pastores.

La visita del Jordan y del mar Muerto es la expedicion mas peligrosa entre las que suelen hacerse por las cercanías de Jerusalen. Inmediatos estos lugares á los desiertos que sirven de morada á las tribus errantes, los Árabes los recorren con frecuencia, y en sus correrías despojan al viajero que no puede resistirles presentando fuerzas al ménos iguales á las suyas. Con el objeto de obviar en lo posible estos inconvenientes, se unen muchas personas para marchar juntas, y contratan ademas un cabo de Beduinos, que mediante una cantidad que recibe, se obliga ¡cosa inaudita! á conducir con seguridad á los viajeros por lugares peligrosos, respondiendo con su persona por la de aquellos. Este contrato se firma en el consulado frances, y el viajero se consigna al cabo, por decirlo así, entregándole con su individuo sus intereses y cuanto lleva consigo.

Salimos de Jerusalen muy de mañana, y caminámos con direccion á Bethania, pasando por el valle de Bethphage, de cuyo pueblo hoy apénas se ve el sitio que ocupó cubierto de

piedras; algunas higueras y otros árboles frutales en muy corto número existen tambien en este mismo lugar.

Bajando cerca de média milla, llegámos á Bethania, que tendrá difícilmente veinte casas muy miserables de familias árabes. En medio de la aldea se ven esparcidos muchos restos de murallas, y entre estos se muestra el sepulcro de Lázaro abierto en la piedra, y con várias divisiones que explican muy bien el pasaje del Evangelio que refiere la resurreccion del piadoso hermano de Marta y de María.

Por una escala de veinte y cuatro gradas bajámos á una sala pequeña, que sirve de atrio á la tumba; esta sigue luego, y tiene su entrada angosta y fácil de cubrirse con una piedra, como la presenta el Evangelio. Los PP. Franciscanos, para celebrar sus oficios en este sepulcro dos veces cada año, compraron á los Turcos el derecho de entrar en él por una cantidad considerable de dinero.

Dejando atras la fuente que llaman de los Apóstoles, y donde suponen algunos que estos se detenian cada vez que siguiendo á Jesucristo iban de Jerusalen á Jericó, entrámos en un camino que corre al pié de cerros altos y blanquizcos y por una sucesion de desfiladeros en parte peligrosos. En estos lugares coloca el Salvador el ejemplo admirable de caridad dado por un Samaritano, y parecen en efecto los mas á propósito para hechos como aquel en que era víctima el infeliz robado y maltrado. Los Romanos, para proteger á los viajeros de los ladrones que ya en su tiempo infestaban este camino, levantaron un fuerte en Adominin, del que aun se ven algunos restos. El camino se hace mas peligroso y de peor condicion cuanto mas se aproximan los valles del Jordan atraviesa siempre un territorio desierto donde el Evangelio coloca la penitencia del Salvador con las solemnes escenas del Bautista, y la Historia eclesiástica la vida edificante de los Padres del yermo.

Al fin, despues de seguir durante algunas horas este camino, tan imponente por sus recuerdos como por su fiso-

nomía, principiando á bajar al lado opuesto de los montes que van á morir en el mar Muerto, divisámos el valle de Jericó y las verdes riberas del Jordan. En medio del valle existió ántes la ciudad de Jericó; pero hoy nada se ve, fuera de una miserable poblacion árabe que llaman *Richa*. Un agá, que es en esta el gobernardor, el jefe militar, el cabo de los Beduinos y el verdadero señor de la villa y de sus alrededores, mandó á uno de sus subalternos para que indicase el lugar en que podia armarse nuestra tienda, miéntras que él permaneció tranquilo en medio de algunos niños y mujeres que recogian el fruto do los olivos de un jardin inmediato, que no plantó él ni sus padres ciertamente.

Un calor sofocante nos molestaba sobre manera, y un aire espeso que venia del mar Muerto hacia pesada la respiracion; cuando el sol hubo declinado un poco, marchámos acompañados por dos Beduinos para subir el monte de la Cuarentena, y visitar á su pié la fuente ilustrada por los prodigios de Eliseo, cuyo nombre conserva todavía. Á una legua escasa de Richa encontrámos esta, la mas abundante, la mas frondosa y mas amena de cuantas he visto en Palestina. De su seno nace un arroyo copioso que, dividiéndose despues en muchos, podria fecundizar el valle de Jericó y trasformar en huertos y jardines deliciosos el que es hoy un árido y espantoso desierto. El libro de los Reyes nos da la historia de esta fuente, cuyas aguas fueron ántes impotables. Los moradores de Jericó dijeron á Eliseo : La situacion de esta ciudad es buena, pero sus aguas son muy malas y su tierra estéril. El profeta de Dios, arrojando sal sobre la fuente : « Esto dice el Señor, pronunció en alta voz : Sané estas aguas, y jamas habrá en ellas muerte ni esterilidad. Las aguas quedaron buenas, y la tierra no fué estéril en adelante (1). » Este milagro de Eliseo embaraza mucho á los

(1) Lib. IV, cap. II.

racionalistas modernos : en unas montañas cuya tierra contiene gran cantidad de sal, como son todas las que rodean al mar Muerto, la de Eliseo brota agua dulce y cristalina que prueba algun accidente que alteró su naturaleza primitiva. « Los profetas de Israel, dice uno de aquellos, eran aventajados químicos, y Eliseo, para hacer este cambio, ha debido valerse de medios naturales, pero que nosotros no conocemos todavía (1). » Apreciando como merece aquella ridícula observacion, otro viajero aleman : « Es muy triste ciertamente, dice, que á pesar de los grandes progresos hechos en las ciencias naturales, no tengamos todavía un método para purificar hasta sanar las aguas que corren en las entrañas de la tierra, y para hacer durable el efecto de una sola operacion dos mil seiscientos años, porque la que ejecutó Eliseo dura todavía. Yo he bebido mucho de esta agua, encontrándola muy buena (2). »

El monte que comencé á subir, pocos minutos despues de separarme de la fuente de Eliseo, no tiene árbol alguno : es rápido y pendiente, y las manadas de cabras que pacen en el valle de Jericó no lo suben sino con dificultad ; mas existe un camino abierto por la industria humana, que aun cuando pendiente y trabajoso, puede por él irse hasta la cima. Ántes hubo otro que se llamó de Santa Helena, y por el que cientos de hombres que profesaban vida anacoreta subian y bajaban ; pero este fué borrado. Entrando en cuatro de las innumerables grutas que rodean el cerro formando una sucesion de estancias ó aposentos subterráneos, percibí en todas muchas cruces grabadas en la piedra, y en una un pequeño nicho que serviria quizá al que lo hizo para colocar alguna devota imágen. Desde la cima dominaba mi vista el desierto, que se prolonga como una sucesion de cerros fragosísimos del todo impracticables, y de valles angostos, are-

(1) Winers Biblisches Realwdeterbuch, I.
(2) *Les saints Lieux*, tom. II. (Mislin.)

nosos, sembrados de peñascos y llenos como aquellos de oscuras cavernas. Lo escarpado de los montes, la esterilidad de los planes y lo profundo de las quebradas que asustan la vista de quien las contempla, parece que alejasen al hombre de sus contornos, y repeliesen la planta del atrevido que quisiera elegir en su seno habitacion; pero no es así. Ni una sola de esas grutas dejó de tener su morador, ni una sola de esas quebradas dejó de llevar estampada la huella de los solitarios, y los picos mas altos de los cerros fueron celdas de los imitadores de Climaco y del Stilita. La historia nos descubre en el seno de esa vasta soledad los sucesos mas tiernos y candorosos que puede ofrecer el corazon inocente del hombre que abandona un mundo empeñado en mancharle con los desórdenes de sus vicios. En el siglo once los Árabes degollaron cuatrocientos anacoretas en estos desiertos, y en tiempos mas recientes degollaron tambien á los sucesores de aquellos. El corazon alza un grito de horror contra un atentado semejante propio de Bárbaros y sanguinarios; la civilizacion, la sociedad toda le acompañan para execrar un delito tan atroz cometido contra aquellos inocentes solitarios... pero miéntras tanto nosotros presenciamos otros atentados no ménos bárbaros, que se cometen, no por Árabes sino por Europeos y en presencia de las naciones mas civilizadas de la tierra. Las matanzas de religiosos hechas por los progresistas de Reus, de Barcelona y Madrid, ¿son acaso ménos crueles que las de los solitarios del Jordan? ¿ó la barbarie de los que á sangre fria degollaron tantas víctimas en el monasterio de los Carmelitas de Paris no excedió á la de aquellos Beduinos? Cuando el individuo que conoce la dignidad humana recuerda hechos semejantes, se siente humillado por la voz de su conciencia, que le dice: «En el seno de naciones civilizadas existen hoy mismo hombres tan crueles y sanguinarios como los Bárbaros.»

Bajando de la montaña tenia enfrente el Jordan, y muy de mañana me dirigí á él atravesando un terreno llano donde

estuvo Galgala, pueblo célebre de los Israelitas. Dos horas de marcha fueron menester para pasar este valle, durante las que mi imaginacion recordaba los campamentos de Israel, que siguió el mismo camino precedido del Arca santa. Yo venia de Jericó, cuyos muros se desploman y caen al sonido de las trompetas sacerdotales, é iba para las riberas del Jordan, cuyas aguas abiertas á la voz de los caudillos y profetas, dieron paso enjuto tantas veces por en medio de su cauce á los servidores de Dios. Mas aquellos caudillos, el rio, sus aguas y sus recuerdos todos se inclinan, se abaten y confunden delante de la majestad de Dios, que publica la gloria de su Hijo en el seno del Jordan, y hace resonar sus bosques y sus grutas con el eco de la voz celestial: « *Este es mi Hijo amado, en quien tengo mis complacencias.* » Poseido de estos pensamientos que el silencio hacia mas profundos, ví brillar en los bosquecillos del rio los primeros rayos del sol, que se elevaba sobre las altas montañas de la Arabia. No tardé en llegar, y parado un rato sobre las ruinas de un templo, contemplé al Jordan, tan famoso en ambos Testamentos, y cuyas aguas consagró el Hijo de Dios cuando lavaba la degradacion del hombre. Yo habia visto rios infinitamente mayores, cruzadas sus aguas por mil embarcaciones, hermoseadas sus riberas por soberbios palacios ó por selvas espesas, y ligado su nombre á hechos famosos en la historia politica de las naciones. Nada de esto encontraba en el Jordan. Él bajó del Antilíbano, depositó sus aguas en el Genezareth, volvió á salir de allí para correr cincuenta leguas casi siempre entre montañas, y morir luego en el mar Muerto. Sus riberas carecen de los árboles robustos que son el orgullo del Misisipí y del Valdibia, ni están ocupadas por palacios como las del Tíber y del Tímes; y corre silencioso sobre un suelo cubierto de arena amarillenta que da á las aguas el mismo color. Sin embargo yo habia atravesado aquellos rios tan pintorescos de América y de Europa sin sentir las emociones que me causaba este. Las aguas infini-

tas del Danubio que contemplé desbordadas é inundando como un mar inmensos territorios, y las del Trollatan y del Niágara que miré con asombro caer precipitadas en el opuesto septentrion de los dos mundos, recordadas en este momento, me parecian arroyos que serpenteaban saludando la magnificencia y gloria del Jordan. No podia mirarlo sin profundo respeto; en el silencio de sus corrientes me parecia leer la narracion de su historia misteriosa, y en la soledad de los desiertos que recorre, la imponente majestad de Dios que descendió sobre sus aguas. Teniendo allí en mis manos el orígen de la santificacion humana obrada en el Jordan, comprendia bien hasta dónde se encumbra la dignidad que restituyó al hombre Jesucristo lavando sus manchas con el bautismo. Nada importaba que los Beduinos no penetrasen los misterios que yo celebraba en su presencia sobre un altar erigido con piedras del Jordan: ¿acaso el Salvador del mundo, cuya gloria publicó allí el Padre, fué tampoco conocido de los hombres que le deshonraron? Yo ofrecia á Jesucristo sobre aquel altar, por el contacto del Santo de los santos mas venerando que el Arca del Testamento que abrió las aguas del rio, y mas eficaz que la voz de Elías y Moises que tambien las dividieron. Dejé con pena las riberas del Jordan, que continúa su marcha hácia los montes de Arabia, y entra en el mar Muerto para donde me dirigí.

Los Árabes habian cometido en aquellos dias algunos atentados en las orillas del Jordan, y el cabo que nos conducia, tomando precauciones para salvar su responsabilidad, segun decia, habia triplicado sus fuerzas. Yo veía llegar á cada momento partidas de Beduinos, tan desagradables por su fisonomía y sus modales como los que cruzan los valles del Jordan y las playas del mar Muerto, despojando á los viajeros. El llano por donde caminábamos está cubierto de arena blanquizca impregnada de sustancias salitrosas que exhala sin cesar el mar poco distante: « Este es lugar muy

peligroso,» me repetia el cabo á cada momento; y los Beduinos, en efecto, como si hubiera realmente algun peligro, se dividieron en dos grandes partidas, y marchando unos á vanguardia y los demas á retaguardia, nos colocaron á nosotros en el centro. Puede ser que en realidad temiesen algo, mas lo dudo; pues que pasada una sucesion de lomas formadas por arena y desde donde principiámos á bajar á la playa del mar Muerto, las dos partidas de Beduinos echaron á correr á escape, y en lugares donde el terreno es escabroso, dieron las muestras de agilidad y destreza en el manejo de la lanza y el caballo que sorprendieron al Sr de Lamartine, y como él á tantos otros Europeos. Yo no las admiré recordando aquellas no ménos difíciles y mucho mas atrevidas que cantó Ercilla en su *Araucana*, y presencié en los deliciosos *llanos* de Cudico y Daghllipull. Las partidas de Beduinos que acababan de lidiar se vinieron á nosotros para pedirnos la recompensa de aquel obsequio que nos habian hecho sin solicitarlo, y fué recompensado, en efecto, mas caro de lo que valia. Los Beduinos recibieron el dinero, y quedando solamente ocho, tomaron los demas la direccion de Jericó. «¿Pero no me dice V. que es este el lugar mas peligroso? dije al cabo. — Acabamos de pasarlo,» me respondió. No tocábamos aun las playas del mar Muerto, donde se suponia haber peligro, los soldados no obstante se retiraban con el dinero que habian recibido; y esto me hacia conocer que el peligro era fingido por el interes de explotar el bolsillo de los viajeros.

La posicion y fisonomía de los médanos que rodean al mar Muerto manifiestan que fué este mucho mayor en otro tiempo, por la mas abundante cantidad de aguas que en su seno depositaba el Jordan: en la actualidad mide como veinte leguas de largo y de cinco á seis de ancho; pero considerando sus antiguos vestigios, parece que tuvo una extension mayor. La Escritura lo llama unas veces *mar de Sal*, otras *mar Saladísimo*, y la Historia ya *lago Oriental*, *lago de*

Asfalto, *mar de Sodoma*, y *mar del Desierto*; los Árabes, recordando sin duda los sucesos de Lot, lo distinguen con el nombre de *lago de Lot* (1); hoy generalmente se le llama MAR MUERTO, nombre que corresponde perfectamente á su tristísima fisonomía. Sus playas están cubiertas de una especie de betun pegajoso, y este mismo se percibe aun en las piedras que continuamente son bañadas por las aguas. Químicos aventajados, antiguos y modernos, nos han dado el análisis completo de estas, y demostrado que tanto su calidad como sus efectos son resultado de las sustancias que contienen. Un vapor pesado se levanta de su seno continuamente; el olor de sus contornos no es el que se respira en las playas de los otros mares, sino fuerte é incómodo; el gusto de sus aguas es detestable, y en mí provocó náuseas; lo encuentro aun peor que el de las sales químicas mas amargas desleidas en un poco de agua: hacen sufrir por largo tiempo al paladar desagradables sensaciones, y mucho mas al estómago todavía. No encontré ningun ser viviente en sus alrededores, ni los descendientes de las golondrinas que dice Volney haber visto, pues que moririan probablemente luego que tomaron aquellas aguas *para confeccionar con ellas sus nidos*; ni los patos del Dr Lynch, que habian venido sin duda de los bosquecillos del Jordan, donde existen en gran número y haciendo de vez en cuando sus excursiones hasta las playas del mar, para recoger los insectos que se crian entre la sal que las cubre.

Observaciones hechas por diferentes naturalistas han probado que los pescados llevados al mar Muerto mueren luego que son echados allí, y que los pececillos que asomaron alguna rara vez en sus orillas habian sido arrastrados por la creciente del Jordan cerca de cuya embocadura fueron vistos, y no producidos en el seno del mismo mar. Nada puede compararse con el aspecto que ofrece en este la naturaleza

(1) Barrei-Louth.



muerta; esa inmensa masa de aguas casi inmobles del todo, las montañas de arena que las circundan por todas partes, el silencio profundo que reina en sus alrededores y la ausencia de todo ser viviente, producen el espectáculo mas triste, y que no podrá explicarse sino poniendo delante aquel cuadro de desolacion que nos representa el libro del Génesis en estas pocas palabras : « El Señor llovió azufre y fuego sobre Sodoma y Gomorra, destruyó estas ciudades y todo el territorio al contorno, todos sus moradores y todo lo verde de la tierra (1). »

Este país, « el mas salvaje que puede presentar la naturaleza, » como lo llama con razon Volney (2), fué el lugar donde existieron aquellas ciudades nefandas que arrasó Dios con sus moradores, sus campos y cuanto les pertenecia, destruyéndolas con un diluvio de fuego, y envolviendo con ellas en las llamas tres poblaciones mas, cómplices de sus delitos abominables. Ántes del terrible castigo con que hirió Dios á Pentápolis, era él tan fértil, y sus bosques, sus huertos y sus jardines regados por el Jordan eran tan deliciosos, que la Escritura los encuentra muy superiores á las vegas feraces del Egipto, y los llama *Paraiso del Señor*. ¿Y qué es ahora todo este país? No respondamos nosotros; no digamos lo que vieron nuestros propios ojos; responda otro que nadie podrá llamar preocupado, oigamos á Volney: « Nada verde se ve en las inmediaciones de este lago;... la tierra toda impregnada de sal se niega á producir plantas, y aun el aire cargado de vapores, de azufre y de betun no puede convenir á la vegetacion. De aquí el aspecto de muerte que reina en su rededor (3). » De suerte que podríamos decir que la reprobacion no solo confundió en el abismo de las

(1) Cap. XIX.
(2) *État politique de la Syrie.* — Lamartine no obstante, encontrando en él inspiraciones poéticas, lo compara ¡á los lagos mas bellos de la Suiza!
(3) *Idem*, cap. II.

aguas á la bella Pentápolis con sus ciudades y habitantes, sino que vive estampada aun sobre las comarcas vecinas.

Algunos creyeron haber visto las ruinas de estas ciudades, y Volney mismo, que desconoce la mano de Dios, castigando los delitos de Sodoma, Gomorra, Seboin, Adama y Segor, se adhiere á las relaciones de los viajeros que miraron sus escombros. Hoy estos no se ven, ni nada mas se encuentra en sus playas y campos vecinos que terror, desolacion y la viva imágen de la muerte.

Tomando desde el mar Muerto la direccion de San Sábas, tuve que atravesar la parte oriental del desierto, entre cuyos cerros en el lugar mas espantoso se ve como incrustado sobre elevadísimas colinas el monasterio de aquel santo. Para llegar á este anduvimos ocho horas, durante las cuales no encontrámos mas que peñas, ni vimos sino arena, rocas escarpadas y profundos precipicios; ni un solo hombre, ni una sola planta, ni una ave, ni aun de aquellas solitarias que interrumpen de cuando en cuando con sus gemidos el silencio profundo de otros valles, ví en esta larga travesía. San Sábas, considerado como el padre de los monjes de Palestina, fué el fundador del antiquísimo monasterio que hoy habitan cuarenta religiosos griegos disidentes de la órden de San Basilio. Cuando nos acercámos al monasterio, cerrado con muros y fuertes torreones, dejaron caer de la torre una cuerda atada á la que habia una canasta : en esta puse una carta del patriarca cismático, en que me recomendaba al abad del monasterio; sin esta circunstancia la entrada en él á nadie se permite. Despues de haber pasado dos puertas fuertísimas y bajado muchas escalas hechas en la roca, llegámos al fin al claustro, donde ví algunos monjes que leían sentados unos á la sombra y cavaban otros el suelo, no sé con qué objeto; algunos mas trabajaban arriba del cerro á un lado del monasterio, componiendo el camino. El edificio no es regular, pues está construido sobre una serie de escalas formadas en la piedra de las colinas, y

que se comunican unas con otras por medio de puentes, ramblas y escaleras. Las celdas son estrechas, á excepcion de aquellas que están destinadas para recibir á los huéspedes. Dos monjes me condujeron al sepulcro de san Sábas; yo les observé que habia visto en Venecia las cenizas de este santo; me replicaron que efectivamente habian sido trasladadas á aquella ciudad, pero que presto las tendrian de nuevo allí. Me condujeron en seguida á la celda de san Juan Damasceno, me señalaron en ella la mesa donde escribió sus libros admirables y el tintero que le sirvió para el mismo objeto; uno y otro mueble escasamente podrán tener dos siglos. « ¿Dónde está su cuerpo? pregunté á los monjes. — No está aquí, » me respondieron. ¡Cosa singular! parece que san Sábas y el Damasceno, los dos hombres mas célebres de este antiguo monasterio, lo abandonaron cuando el cisma entró á ocupar en él el asiento de la caridad. Innumerables grutas, cavadas en las rocas y en las que un hombre recostado cabe escasamente, se ven por todas partes, no solo dentro sino tambien fuera del convento; todas estuvieron ocupadas durante cinco siglos, y su número tan crecido manifiesta la verdad del hecho prodigioso que leemos en las crónicas de la Iglesia católica de Oriente, á saber: que mil monjes vivian en este monasterio en tiempo de su abad san Sábas. En una capilla se exhiben infinitos huesos humanos, que parece pertenecen á los anacoretas y ermitaños que los Árabes han muerto en diferentes épocas; mas, póco escrupulosos los monjes, segun se dice, mezclan con las reliquias venerandas de los mártires los despojos de otros individuos muertos en el cisma y colocados en los altares por la declaracion de los obispos, segun se acostumbra en las Iglesias disidentes del Oriente.

Tres horas despues de dejado el monasterio de San Sábas llegué á Belen: esta pequeña ciudad, de tantos atractivos para el espíritu, colocada en medio de colinas y de valles, ofrece un aspecto agradable; sus campos, divididos por

murallas de piedra, están mejor cultivados que los otros de Palestina, y las higueras y los olivares abundan en sus alrededores. Pisando esta tierra donde apareció la bendicion del Cielo, recordaba las escenas inocentes que nos ofrece la historia de los patriarcas, el cuadro admirable del caritativo Booz, el candor de Ruth que recoge espigas, el sencillo David que apacienta los rebaños de su padre, y la tierna Raquel que interrumpe con lamentos el silencio de la noche, llorando la muerte de sus hijos. Yo no vi las ruinas de Ramá, donde aquella madre afligida hizo oir sus gemidos, pero tenia delante otras que me las dibujaban perfectamente, y donde otra madre venida de Roma suspiró tambien como aquella : son las que aun se perciben del famoso monasterio de Santa Paula. En sus inmediaciones se levanta el gran templo dedicado al Nacimiento del Verbo Divino, y que contiene la gruta donde nació hecho hombre para habitar entre los hombres : su construccion es en forma de cruz, y sus naves están sostenidas por cuarenta y ocho columnas de mármol de diez y ocho piés de alto cada una. Los mosáicos y frescos con que la decoraron tantos reyes cristianos aun se dejan percibir, como los últimos rayos que despide el sol al ocultarse entre los nubarrones de la tormenta : si esta iglesia, que fué ántes exclusivamente de los Latinos, estuviese en otras manos, seria sin duda bella, y su esplendor en nada inferior al de las mas suntuosas de América y Europa. Mas sucede lo contrario : los Griegos la usurparon á los Latinos, y dividiéndose de ella con los Armenios, dejaron á los musulmanes la nave principal, que les sirve de bazar para hacer sus ventas de artículos de comercio.

Á mano derecha del templo tienen los Griegos un monasterio de monjes Basilios que hacen el servicio de su comunion en los santuarios, y contiguo á este otro los Armenios. Á la izquierda existe el convento de Franciscanos, y en él hospedan gratúitamente á los Europeos que llegan á Belen.



La gruta donde nació el Salvador sirvió en tiempo de este, como las otras que vemos hoy en los contornos de Belen, de establo á las bestias y á veces de refugio á los labradores en la estacion de lluvias. En los lugares altos, como Jerusalen, Nazareth y Belen, estas grutas son abrigadas y libres de humedad; no es extraño pues que la Vírgen María, no encontrando posada en la ciudad, entrase en una para abrigarse en la estacion mas lluviosa y cruda de Palestina, cual es el mes de diciembre. El Dr Schubert ha vindicado victoriosamente la autenticidad de la gruta de Belen que algunos de sus correligionarios pusieron en duda, sin dar para esto mas razon que presunciones (1). Para los católicos existian ya otros testimonios que consignan la Historia de la Iglesia, las obras de los SS. Padres, los monumentos eclesiásticos y la tradicion no interrumpida de diez y nueve siglos. Esta gruta es comun para todas las creencias desde el año de 1847, en que el sultan lo declaró así, favoreciendo á los Griegos, que ántes podian visitarla pero no celebrar en ella sus oficios. Tiene dos entradas que la comunican con la capilla católica de Santa Catalina y con la de los Griegos. Por aquella entré yo: bajando largas escalas, atravesando callejones estrechos y tortuosos abiertos en la piedra, y pasando sucesivamente várias capillas y monumentos que despues visitaré, llegué á la gruta de la Natividad, que por su belleza y luz me hizo recordar la Jerusalen viviente que vió el profeta de Páthmos descender del cielo iluminada con la claridad de Dios. *¡Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!* me parecia oir penetrando en esta gruta, mansion del resplandor eterno. En su fondo hácia el Oriente ví un círculo de plata, las señales de una estrella que lo cubrió ántes, y en su alrededor escrito con grandes letras de oro: «HIC DE VIRGINE MARIA JESUS CHRISTUS NATUS EST.» Una

(1) *Reis in das Morgenland*, tom. III.

losa de mármol blanco sostenida por airosos pedestales forma un altar sobre este lugar santo. Quince lámparas de plata arden perennemente, y entre todas sobresale por su hermosura una obsequiada por Luis XIII, rey de Francia. Á pocos pasos hácia el Mediodía estuvo el pesebre en que fué reclinado Jesus recien nacido : á este sitio mas bajo que el resto de la gruta se desciende por dos gradas. Es una especie de bóveda formada naturalmente en la piedra y cubierta de ricas colgaduras de seda; en el sitio donde estuvo colocado el pesebre se ve un altar de mármol blanco y sobre él una magnífica pintura de la escuela española, puesta en un cuadro de plata macizo, y que representa á los pastores adorando al niño Dios recien nacido. Frente á frente del pesebre está el lugar donde la tradicion constante de los fieles coloca á María con Jesus entre sus brazos durante la visita de los Magos. Los reyes cristianos consideraron siempre como su deber adornar el pesebre de Jesucristo con lo mas precioso que poseían; de aquí proceden las ricas ofrendas que han venido á amontonarse en esta sagrada gruta. Sus preciosas colgaduras y sus hermosos tapetes, sus lámparas y sus blandones se cambian cada semana, para alternar de esta manera los que han presentado diferentes soberanos. Toda la cueva está revestida con mármoles, alabastros y pinturas : en cada uno de estos dos últimos santuarios arden tambien muchas lámparas, y otras muchas mas están distribuidas en toda la extension de la gruta principal, que tiene treinta y siete piés y medio de largo, once y tres pulgadas de ancho y nueve de alto. Pero todo este esplendor nada vale para el corazon que se alimenta de otras imágenes todavía mas grandes, mas sublimes y que en belleza exceden infinitamente á todo cuanto puede representar el ingenio mas aventajado. El Criador de todos, hecho hombre por amor al hombre; el Verbo del Padre, que todo lo sostiene por solo su querer, hecho niño; y el resplandor del Cielo, que viste de hermosura á las obras de sus manos, en-

vuelto en pobres pañales: ved ahí el espectáculo que allí se contempla y el que con mas precision da idea de la bondad de Dios y de la dignidad del hombre. Las ofrendas que los Magos pusieron á los piés de este Dios hecho niño explican los movimientos del alma mejor que las palabras. ¿Ni qué podrá decir nuestro pobre corazon meditando estos prodigios inefables?

Dije que existió una estrella de plata colocada por los católicos en el lugar donde nació Jesucristo; sus inscripciones latinas eran título que no admitia contradiccion de los derechos de aquellos para la posesion del santuario, que les disputaban los Griegos. En diversas ocasiones habian pretendido estos robarla; así lo manifestaron los clavos encontrados flojos y las abolladuras mismas de la hermosa pieza golpeada durante la operacion. Al fin el robo se realizó, y la estrella desapareció una média noche (1), para no ser ya vista jamas, sino por los que la entraban procesionalmente y como en triunfo por la puerta del monasterio de San Sábas.

Algunos monumentos venerables rodean la gruta del Salvador, y prescindiendo del que se ve en la capilla subterránea de los Inocentes, los otros guardaron los despojos de personas insignes que vinieron á buscar desde tierras lejanas la gruta donde el Salvador nació, y á descansar postrados al pié de su pesebre. La capilla de los Inocentes es una cueva contigua á la del Nacimiento, y en la que aseguran algunos escritores que fueron arrojados los tiernos cuerpos de los niños sacrificados por Heródes, empeñado en hacer morir á Jesucristo. Saliendo de esta se sigue un oscuro callejon que conduce al oratorio de San Jerónimo, y es el aposento en que aquel doctor insigne trabajó su version Vulgata de la Santa Escritura, que la Iglesia declaró auténtica. Allí vivió treinta y ocho años, trabajando cons-

(1) 11 de octubre de 1847. *Question des Lieux saints.* (M. Boré.)

tantemente con el espíritu en la meditacion, y con el cuerpo y el espíritu en la redaccion de sus obras admirables. De este oratorio sigue otra capilla donde se ve su sepulcro, y á su lado el de su célebre discípulo el abad Eusebio; frente á estos los de dos matronas ilustres, descendientes de los Gracos y de los Scipiones, santa Paula y su hija Eustoquio : ambas dejaron los placeres de Roma para vivir y morir en Belen practicando las virtudes monásticas. Esta capilla encierra, fuera de tantos monumentos célebres, excelentes pinturas, y entre estas algunas en que los inteligentes han creido divisar el pincel inspirado de Murillo. El que representa muertas y en un mismo ataud á santa Paula y su hija santa Eustoquio produce admirable efecto. « Es una idea muy tierna la que tuvo el pintor de hacerlas en todo semejantes, dice Chateaubriand, diferenciándose solo la hija de la madre en ser mas jóven y tener un velo blanco : la una anduvo mas tiempo, y la otra corrió mas de priesa el camino de la vida; pero las dos llegaron al mismo puerto (1). » Al salir, en fin, del subterráneo se ve una capilla dedicada á san José, que con tanto celo desempeñó en estos lugares el honroso cargo de tutor de Jesucristo y custodio de María. Tres veces por semana se visitan todos estos santuarios solemnemente.

Vecina à la ciudad se encuentra la gruta de los Pastores. « En aquellos alrededores, dice el Evangelio, habia pastores que dormian en el campo, guardando su rebaño durante la noche. El Ángel del Señor se les apareció de repente, y rodeándolos con luz divina : No temais, les dijo, vengo á anunciaros una nueva que será de gran gozo para el pueblo, y es que ha nacido hoy en la ciudad de David un Salvador, que es el Cristo y Señor. Y esta os será la señal : Hallaréis al Niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre. Al mismo tiempo se juntó con el Ángel una mu-

(1) *Itinéraire de Paris à Jérusalem.*

chedumbre de la milicia celestial, alabando á Dios y diciendo: *Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.* » La cueva que servia de habitacion á aquellos pastores afortunados, fué convertida en capilla que debió ser ántes magnífica, y hoy es muy pobre: el pope que la sirve nos hizo notar individualmente cada cosa, y al atravesar por un huerto de olivos, me aseguró haberse observado que morian inmediatamente los que hurtaban la fruta de aquellos árboles. Tendrá esto sus excepciones, no pude ménos de replicarle, pues los que hoy poseen este lugar no son sus dueños legítimos... No hizo el pope mucho caso de mi respuesta, ocupado en animar á sus hijos para que nos compeliesen á darles dinero, despues que ya habia él tomado como custodio de la gruta el que decia corresponderle. Despues de haberle oido que « algunos de los olivos de aquel jardin databan del tiempo de los pastores, » y haberlo visto mostrar el árbol « debajo del cual hablaron los Ángeles, » no podia espantarme la terrible sentencia que notificaba contra los defraudadores de los frutos del huerto, ni ménos la *caritativa* exhortacion que hacia á sus hijos de seguirnos hasta sacar monedas. ¡Ved ahí todo el fin de tantas historias!



CAPÍTULO XIX.

Estanques de Salomon. — Fuente sellada. — Jardin cerrado. — Pais desierto. — Ruinas sin nombre. — Hebron. — La caverna doble. — Pozo de los patriarcas. — Engaddi. — Thecua. — El laberinto. — Monte Franco. — Nebo. — Convento de la Santa Cruz. — Vuelta á Jerusalen. — Un divan en el Santo Sepulcro. — Últimos sucesos de la Tierra Santa. — Emaus. — Mil lugares célebres en la Escritura. — Ramla. — Torre de los Cuarenta Mártires. — Joppe y sus tradiciones. — ¿Cuál será el porvenir de la Palestina? — ¿Qué nos revela la marcha de los sucesos actuales?

Las obras que aun se conservan de los Judíos se suponen pertenecer á la época en que el reino de Israel, cual cedro frondoso del Líbano, elevó su nombre sobre todas las monarquías de Asia, é hizo oir la magnificencia de su esplendor en las regiones mas remotas de la tierra. Saliendo de Belen y marchando hácia Hebron encontré *los estanques*, una de esas grandiosas construcciones que se atribuyen á Salomon, y que en efecto parecen datar de una remotísima antigüedad; abiertos en la piedra y divididos en tres grandes piscinas, la primera comunica sus aguas á la segunda, y esta á la postrera. Sus dimensiones son desiguales, pues miéntras que la superior tiene solo cuatrocientos tres piés de largo, la segunda mide quinientos sesenta y dos, y la tercera seiscientos diez y nueve; el ancho de todas es de doscientos cincuenta y tres piés, y su profundidad varía desde veinte y cinco hasta cincuenta. Ellas no recibian el agua de alguna fuente, sino tan solo la de las lluvias recogida en la montaña por diver-

sos canales que la conducian hasta los mismos estanques. Un conducto que lleva el agua de estos á Jerusalen subsiste todavía, pero su antigüedad no es la misma que la de aquellos, y su construccion parece mas bien obra de Romanos que de Judíos.

Pocos pasos dista de aquellos la *fuente sellada*, que Salomon nombra en el Cántico de los cánticos. Bajando por una larga escala se encuentran dos salas de bóveda, sostenidas por arcos antiquísimos; en el centro de las salas se ve la fuente cuyas aguas tienen su orígen un poco mas arriba. Estas eran conducidas á Jerusalen por un conducto subterráneo del que aun existe una parte, y servian para los menesteres del templo.

Subiendo un poco mas las montañas de Belen ví, no sin sorpresa, el delicioso valle que la Escritura llama *Huerto cerrado:* cuando atravesando tantos lugares no se ha visto sino montes áridos, peñascos y terrenos abrasados por el sol, el aspecto de un valle verde, cultivado, lleno de huertos y jardines, y poblado de naranjos, mansanos, higueras, palmeras y granados, no puede ménos de causar admiracion y gozo al mismo tiempo. Si hoy, cuando este pequeño valle constituye la propiedad de tres aventureros de los Estados Unidos de América, parece un verdadero Eden, ¿cuál seria su belleza cuando sirvió de lugar de recreo á un monarca poderoso y el mas grande de su época? El valle está rodeado perfectamente de altas montañas, y de aquí le vino el nombre de *Huerto cerrado.*

Dejando á un lado este delicioso verjel, continué la ruta por un país seco, desierto y cortado por una sucesion de cerros, secos tambien y pedregosos. Yo no encontré en el camino otros seres vivientes que dos tribus de Beduinos que mudaban sus tiendas. Un muchacho montado en un asno pequeño tiraba el primer camello, y los demas iban uno en pos de otro atados todos por la cola y formando una larguísima cadena. Los Orientales han observado que el ca-

mello es dócil á la voz del muchacho, á la vez que resiste obedecer al hombre: yo ví á uno de aquellos animales echarse cansado, permanecer de este modo no obstante que su amo le apaleaba furiosamente, y pararse tan luego como le fué mandado por un niño; la inocencia y el candor tienen influjo aun en los brutos. Los asnos siguen á los camellos y los esclavos racionales á los irracionales, uno en pos de otro, cargando las tiendas y los muebles de la familia. Las mujeres arrean el ganado, y el dueño marcha entre estas á caballo, siguiendo el paso lento de la caravana: á excepcion de él y el niño que dirige al primero de los camellos, todos los demas caminan á pié, aun cuando las bestias de carga marchen vacías. Las mujeres cubrian su rostro luego que me acercaba, y sus largos velos caidos sobre sus espaldas me hacian recordar la fisonomía de Sara y de Rebeca que habitaron las tiendas de Abrahan y de Isaac en aquellos mismos lugares.

Várias ruinas creo haber reconocido en las faldas de los cerros que forman algunas veces valles muy angostos; pero difícilmente podria hoy asegurarse si son las de Lachis, de Eglon ó de Bethcour, que la Biblia coloca en este camino, y fueron ciudades mas ó ménos importantes en tiempo de los Israelitas.

Dos millas ántes de llegar á Hebron el terreno se encuentra mejor cultivado, y se ven algunas viñas y arboledas. La ciudad ocupa una colina baja, y no se la percibe sino casi cuando se comienzan á atravesar sus calles. Estas son tortuosas, muy estrechas, y en su pavimento parece que el hombre jamas puso su mano para hacerlo mas fácil de caminar. Sus pobladores llegan apénas á cino mil, y la extension que llenan sus edificios es ciertamente mucho mayor que la que puede necesitar un número tan reducido. Todos son Turcos, á excepcion de cuatrocientos Israelitas; ningun cristiano vive allí, y la intolerancia de unos y otros se extendia ántes hasta no permitir á los Europeos atravesar por

las calles de la ciudad. Hoy lo permiten, y el médico del pueblo da alojamiento en su casa mediante una buena recompensa á los rarísimos viajeros que penetran su recinto, preguntando por el valle de Mambré y por la tumba de Abrahan. La poblacion está dividida en tres partes, y cada una de estas encierra monumentos de la mas remota antigüedad; tales son la piscina que sus habitantes llaman de David, y pretenden ser la misma sobre la que hizo este colgar las manos y los piés de los asesinos de Isboseth, una portada y los restos de una vieja muralla que hacen subir hasta el tiempo de aquel rey, de cuyo palacio dicen que fueron parte.

Sobre la doble caverna que la Escritura nos pinta sirviendo de sepulcro á los patriarcas, estuvo construida la iglesia de San Abrahan en tiempo de los cruzados, en que Hebron poseyó un obispo : hoy la vemos convertida en mezquita, y su entrada está prohibida á todo el que no sea mahometano. Un escritor árabe (1) ha dado la importante descripcion que copiamos :

« Los sepulcros de Abrahan y de su familia están en un templo que antiguamente fué iglesia griega. Para llegar á ellos, se sube una escalera ancha y hermosa que conduce á una larga galería, de la cual se entra en un patio pequeño; á la izquierda hay un pórtico sostenido por pilares cuadrados. El vestíbulo del templo tiene dos aposentos : uno á la derecha que contiene el sepulcro de Abrahan, y otro á la izquierda que encierra el de Sara. En el cuerpo de la iglesia, que es gótica, entre dos gruesos pilares que hay á mano derecha, se ve una casita aislada, en la que está el sepulcro de Isaac, y en otra igual hácia la izquierda el de su mujer. Esta iglesia, convertida en mezquita, tiene su *mehereb*, ó tribuna para la predicacion de los viérnes, y otra para los *muddens* ó cantores. Á la otra parte del patio hay otro ves-

(1) Aly-Bey.

tíbulo, que tiene tambien un aposento á cada lado. En el de la izquierda está el sepulcro de Jacob y en el de la derecha el de su mujer.

» Á la extremidad del pórtico del templo, hácia la derecha, una puerta conduce á una especie de larga galería que sirve aun de mezquita; de allí se pasa á otro cuarto en el que se encuentra el sepulcro de José, muerto en Egipto, y cuyas cenizas fueron traidas por el pueblo de Israel. Todos los sepulcros de los patriarcas están cubiertos con ricos tapetes de seda verde, bordados de oro magníficamente; los de sus mujeres son encarnados y tambien están bordados. Los sultanes de Constantinopla dan estos tapetes, que renuevan de cuando en cuando. Conté nueve uno encima de otro en el sepulcro de Abrahan. Los cuartos en que se hallan las tumbas tambien están cubiertos con ricas alfombras; la entrada está interceptada por medio de rejas de hierro y puertas de madera ensambladas de plata con cerraduras y candados del mismo metal : para el servicio del templo hay mas de cien empleados y criados. »

Todos los alrededores de Hebron están llenos de lugares que recuerdan las virtudes de los patriarcas y los ascendientes de David; mas en el valle de Mambré la Biblia nos pinta á los Ángeles conversando con Abrahan y hospedados por este repetidas veces á la sombra de sus encinas y bajo el techo de su tienda. Él es fértil, abunda en árboles y jardines, y el agua de sus pozos es copiosa y cristalina. En las faldas de los cerros que lo circundan pacen rebaños numerosos; entre estos me parecia mirar á Isaac meditabundo alzar sus ojos, y viendo venir Eliezer, correr á su encuentro para recibir á una esposa que no conocia aun. Cuando comparamos la sencillez de estas costumbres con las nuestras, conocemos cuánto ha marchado el mundo alejándose de su orígen, y cuánto ha perdido tambien durante su larga travesía de las virtudes que fueron su dote primitivo.

Las encantadoras viñas de Engaddi, que regalaban los

bellos racimos que sirvieron á Salomon para comparar la hermosura de la esposa, fueron destruidas durante la guerra de los Judíos con los Romanos; plantadas de nuevo por estos hoy no existen, ni ninguno de sus árboles aromáticos se ve, desde que no hay quien los cultive. Los Beduinos recorren este campo, en otro tiempo bello, y el viajero fatigado en vano busca un árbol á cuya sombra reposar algun instante : levantando su vista no divisa mas que montañas escarpadas y cubiertas de rocas arenosas, extendiéndola en su rededor encuentra los desiertos de Ziph y de Moab, y bajándola sus ojos se lastiman en la arena esparcida por los vientos que soplan del lado del mar Muerto y abrasada por los rayos del sol.

De esta misma fisonomía participan tantos otros lugares que son célebres en la Biblia, y en vano preguntaríamos hoy por su situacion precisa. Las ruinas mas considerables que ví á mi vuelta de Hebron son las de Thecua, patria de Amos, y que ocupan al ménos média legua de extension. Mas estas ruinas se encuentran tan removidas por los terremotos y tan gastadas por el tiempo, que seria difícil indicar á qué clase de edificios pertenecieron. Geramb vió, segun nos dice, algunos fragmentos que indicaban haber existido allí un templo cristiano; pero estos no existen hoy.

Laberinto llaman á una multitud de grutas pendientes y profundas, obra de la naturaleza, y que miradas desde su entrada horroriza tanto su oscuridad como su longitud, que aun no se conoce positivamente.

El monte Franco sirvió á los cruzados de fortificacion despues de la toma de Jerusalen por los mahometanos : aun se ven los restos de los reparos construidos para hacer todavía mas fuerte ese lugar, que de por sí es inexpugnable. Su altura domina todas las cercanías del mar Muerto : de pié sobre ella, tenia yo enfrente al monte Nebo, sobre cuya cumbre oyó Moises la palabra de Dios que le decia : « Ved ahí el pais que prometí á vuestros padres; le veréis, pero no en-

traréis en él. » ¿Y qué es hoy todo este país que vió aquel célebre caudillo como verjel florido? La vasta tumba de un pueblo ingrato que pereció sublevado contra el bienhechor que le diera en él la posesion mas deliciosa de la tierra.

Á mi vuelta á Jerusalen, pasando de nuevo por Belen, visité el monasterio de la Santa Cruz, donde mora una comunidad de religiosas Basilias, sometidas al patriarca griego cismático. No sé cuál sea la ocupacion de estas mujeres en su convento, pues que ellas salen frecuentemente, no para asistir alguna escuela ó algun otro establecimiento de caridad, sino para recorrer las calles de Jerusalen pidiendo limosna á los peregrinos de su comunion. Conocemos muy bien las ocupaciones de los individuos que pertenecen á las asociaciones de mujeres en el seno del catolicismo, bien sea que pertenezcan á la vida activa ó á la contemplativa; en el primer caso visitamos sus establecimientos y palpamos sus obras, al paso que en el segundo las vemos encerrarse voluntariamente y cortar con sus votos heróicos toda comunicacion con los demas hombres; mas aquellas religiosas sin establecimientos ni clausura, sin ocupaciones ni abnegacion, ignoro cuál sea su objeto, ni cuáles las ventajas que ellas y los demas puedan reportar de su instituto. El protopope me mostró el lugar donde fué cortado el madero de la Cruz y de la que tomó su nombre el monasterio.

Miéntras permanecí en Jerusalen, tuve ocasion de presenciar un divan en el que delante de un magistrado venido expresamente de Constantinopla se leyeron algunos de los firmanes relativos á la reparacion de la basílica. Esta reunion tuvo lugar á las dos de la tarde en un sitio entre el Santo Sepulcro y el coro de los Griegos. En grandes almohadones preparados de antemano se colocaron los miembros llamados á componer la reunion en el órden siguiente : el pachá tomó el primer asiento, y á su derecha se sentaron el patriarca latino, el custodio y el procurador de la Tierra Santa, el cónsul general de Francia y los patriarcas disidentes

griego y armenio; el lado izquierdo lo ocuparon el comisionado venido de la Puerta y el cadí y ulemas que forman el consejo del gobernador (1). El cadí leyó los firmanes expedidos por la Puerta relativos á la reconstruccion de la cúpula que pretendian los Griegos; el patriarca latino y el cónsul frances hicieron alguna observacion : los patriarcas cismáticos que en esta ocasion no lograron el objeto que se proponian destruyendo la cúpula (2) nada dijeron; pero sus monjes servian con profusion dulces y refrescos al pachá y su comitiva, lenguaje para los Turcos mas significativo que el de las razones que no conocen, y los Griegos no respetan.

Mas este divan no tenia por objeto sino algunos incidentes lijeros de las graves cuestiones promovidas por los cismáticos, apoyados por la Rusia, y empeñados en legalizar la usurpacion que hicieron á los católicos de ciertos Lugares cuando abandonados aquellos á sí mismos no contaron con la proteccion de ningun gobierno. No se trataba de obligar á los popes á colocar en su lugar la estrella de plata que hurtaron, y cuyas inscripciones latinas antiquísimas eran testimonio evidente del derecho de los Latinos al santuario de Belen, ni de hacerlos salir de lugares que ocupan sin pertenecerles, ni de poner coto á las profanaciones con que dia por dia manchan los santuarios, ni de terminar las riñas que frecuentemente se excitan en Jerusalen y en Belen entre los ministros de las distintas comuniones; de nada de esto se trataba, porque la Rusia, empeñada en realizar sus planes de conquista en Asia y en Europa, desconcertaba en el divan de Constantinopla las medidas que la Francia arrancaba á duras penas y en virtud de sus derechos evidentes. Triste es decirlo, pero no es por eso ménos cierto que el gobierno turco se ha mostrado regularmente sordo á los reclamos de

(1) El zar pretende que su cónsul en Jerusalen tenga tambien lugar en este divan como el de Francia, pero el sultan no lo ha concedido.

(2) « Yo he visto á los Griegos rompiendo el plomo que cubre la cúpula del Santo Sepulcro. » (Mislin.)

los católicos en las cuestiones relativas á los Lugares santos: no se crea, sin embargo, que atribuimos toda la culpa á los miembros superiores del gobierno, no; cuando llegan á este los informes de sus subalternos son viciados por el dinero de los Griegos, las intrigas de los Armenios y los manejos de la Rusia; los hechos no aparecen entónces sino desfigurados, y las pretensiones mas odiosas y los vejámenes mas atentatorios puestos en la balanza de la justicia tienen ménos peso que el oro y las promesas de los delincuentes, y que las amenazas formidables de un monarca que era creido omnipotente.

Los últimos sucesos que ha presenciado la Palestina, de los que hablaron con indignacion los diarios de toda la Europa, así católicos como protestantes, liberales como conservadores, no permiten juzgar de otra manera la conducta de la Puerta. Las persecuciones experimentadas por el patriarca Valerga tenian su orígen en el patriarcado griego; el oro de los peregrinos orientales compró los asesinos que descargaron sus fusiles sobre aquel en Bed-Jala; el cadí y los ulemas que formam el consejo del pachá vendieron tambien su poder por el dinero de los popes; el patriarca latino vió sobre sí los asesinos, miéntras que sus misioneros fueron maltratados (1). Los Griegos querian impedir que se estableciese una parroquia en aquel pueblo, que cuenta un número crecido de católicos: Monseñor Valerga pidió á la justicia que protegiese su vida, pidió amparo para sus derechos, y sin pronunciar una sola palabra contra sus perseguidores, no buscó mas que proteccion para su empresa que interesaba á la fe, de que es uno de los mas nobles y mas esforzados propagadores. Pero Monseñor Valerga no fué oido, el divan de Jerusalen estuvo cerrado para él, el cadí y los ulemas tenian vendida á los popes la justicia; y la vida del patriarca latino, apreciada en una cantidad de monedas, como lo fué allí mismo la de Jesucristo, hubiera espirado en el

(1) 8 de diciembre de 1853.

martirio á no intervenir el brazo poderoso de la Francia, cuyo cónsul, invocando las leyes y las convenciones conculcadas ignominiosamente por magistrados y dignidades, por jueces y sacerdotes, obligó al pachá á iniciar el proceso que reveló las maniobras mas sucias, las intrigas mas escandalosas que pueden abortar la justicia vendida al interes y el sacerdocio armando el brazo de los asesinos. La Puerta destituyó, es verdad, al pachá, mandó castigar á los jueces venales, y aplicar todo el rigor de la ley á los delincuentes. ¿Pero cuándo? Despues que el pachá habia muerto, despues que el cadí y los ulemas tenian tomadas sus providencias para inutilizar toda especie de pesquisas, despues que el archimandrita y otros popes habian dejado la Palestina por la expulsion de los Griegos súbditos del rey Othon, y despues que el oro de los cismáticos habia hecho desaparecer á los principales agentes del delito. Sin embargo, los reos descubiertos y conducidos á la prision por la activa solicitud del cónsul frances, han ratificado todo aquel tejido de crímenes, cuyo conocimiento hizo levantar un grito de horror al mundo entero. Este suceso ha abierto los ojos de la Puerta; quizá ha podido verlo sin el anteojo que le ponia ántes la influencia de la Rusia, y sin los colores de que le vistieran las intrigas de las dignidades expulsadas de Jerusalen. Pero esta justicia tardía, y alcanzada despues de tantos sacrificios sufridos por el celoso patriarca, despues de tanta solicitud de los agentes diplomáticos del imperio frances, y despues que la proteccion del que habria cobijado bajo su sombra á los delincuentes habia perecido en el divan de Constantinopla, ofrecerá una nueva muestra de las dificultades que experimentaron siempre los católicos para alcanzar justicia en los negocios de los Lugares santos. Preciso es que desaparezca para siempre este penoso estado de cosas contrario á la justicia, que debe servir de regla á las naciones así como á los individuos : preciso es que triunfen el derecho y las leyes pisoteadas dia por dia en Palestina.

Dejé á Jerusalen, cuyos recuerdos conservaré siempre, saliendo por la puerta de Jafa, á cuyo puerto me dirigí. En este camino unos cuantos jefes, á quienes los Turcos llaman *cheiks*, han sido acusados frecuentemente de hostilizar á los viajeros exigiéndoles contribuciones indebidas. Uno de los grandes servicios hechos por Ibrahim Pachá á la Palestina fué purgarla de tales gabelas, mas despues de la retirada de los Egipcios no es raro ver despojados allí á los pasajeros que van ó vienen de Jerusalen.

Atravesé por el sitio de Emaus, donde existió una iglesia edificada por los cristianos en la casa de Cleofas, uno de los discípulos que conversaron con el Salvador resucitado. Hoy no se ven de aquella mas que los escombros, último resto del que fué un pueblo importante.

En Ramathain-Sophin de la Biblia, patria de Samuel y límite de las tribus de Benjamin, existen algunas casas miserables que llevan el nombre de aquel juez de Israel. Abajo de este, en otra especie de pueblo que algunos pretenden ser el Cariathiarin de la Escritura y otros Anathot, patria de Jeremías, vi una bella iglesia medio destruida que estuvo dedicada á este profeta, y hoy sirve de establo á las bestias de un cheik árabe. Cuando yo pasaba por este lugar, una multitud de mujeres árabes, grandes y pequeñas, conducian en triunfo á una recien desposada de Ramatha á Cariathiarin al son de panderos y de tambores; mas me pareció tan melancólico el sonido de estos instrumentos y tan triste el baile de las que danzaban al son de ellos, que creí ver representado el cuadro de las doncellas de Israel llorando la hija de Jephté en esos mismos montes. Avanzando un poco mas comencé á subir las montañas de Efrain, que ya habia pasado otra vez, y admiré de nuevo con todo el solemne recogimiento que inspiran las adversidades y las desgracias de que son testigos y recuerdan cada una de sus piedras. Gabaon, Bethsames y Nob elevaron sus casas, sus castillos y sus muros en las inmediaciones de Efrain, y el Arca santa

pasó sus colinas sobre los hombros de los sacerdotes cuando quedó cautiva por los Filisteos. Muchas generaciones de hombres no bastarian para remover la arena que cubre tantas ciudades célebres que ocuparon un espacio en los valles dominados por los montes de Efrain. El entendimiento se abisma cuando no encuentra mas que polvo donde existieron grandes pueblos, y arena donde se cultivaron bellísimos jardines. Me acercaba á Ramla, la antigua Arimathea, tenia á mi vista á Modin, la patria de los Macabeos, y pisaba los alrededores de Lidda, ilustrada primero por los prodigios del Príncipe de los Apóstoles y despues por el martirio de san Jorge, cuyo nombre ha venido á ser uno de los mas célebres de la Iglesia, tanto en Oriente como en Occidente. ¡ Cuántos pensamientos no dispiertan y cuántas ideas no alimentan sobre la futilidad de lo humano ! Uno solo reinará siempre, uno solo cuyo imperio es eterno y en cuya mano están todos los reinos de la tierra.

Ramla tiene tres mil habitantes, su mayor parte mahometanos, algunos Judíos y pocos cristianos de todas las comuniones. Los católicos poseen fuera del pueblo un hospicio para los peregrinos, y una bella iglesia dedicada á José de Arimathea, sobre cuya casa está edificada, según se dice. Uno de los religiosos desempeña ademas la mision recien establecida en Gaza, y que principia á propagarse en el seno de un pueblo cuyos habitantes ni toleraban ántes que se nombrase á Cristo en su presencia.

No distante de Ramla existe la célebre torre de los Templarios, llamada de los *Cuarenta Mártires*, y que se deja ver desde muy distante en las llanuras de Sarona. Aun se puede subir hasta su cuerpo principal por la escala formada con ciento veinte y cinco gradas de mármol blanco que subsiste todavía, y contemplar desde su altura la extension de los valles que inmortalizó Sanson con sus hazañas, y donde en tantas batallas memorables combatieron dos pueblos que no existen. Una iglesia subterránea que pertenecia á los

mismos caballeros y se encuentra al pié de la torre, y un hermoso claustro embellecido con árboles seculares y rodeado de pórticos hermosísimos, completan esta obra de los cruzados, la mejor conservada que he visto de la edad média en Palestina. Los mahometanos la convirtieron en mezquita, y la abandonaron despues por falta de suficientes devotos que contribuyesen con limosnas para sostener sus santones. Ví la tumba de uno de estos levantada en el cementerio de los caballeros, y entre los escombros de tumbas decoradas con la cruz.

Á tres leguas de Ramla principié á atravesar los hermosos jardines de Joppe, que son sin contradiccion los mas bellos de Palestina : se extienden cerca de una legua á ambos lados del camino, y en su recinto crecen toda especie de árboles frutales, y se producen los flores mas hermosas y las plantas mas fragantes. En uno de estos huertos colocan algunos la resurreccion de Tabita por la oracion de san Pedro, y á él hacen los Griegos una peregrinacion el domingo despues de Pascua, en memoria de este prodigio.

Jafa, la antigua Joppe, nada tiene de venerable sino su antigüedad, ni bello mas que sus recuerdos; nace ántes del diluvio, se restablece en la época que los hijos de Jacob se dividen la tierra prometida, y recibe el Evangelio del Príncipe de los Apóstoles, que en ella aprende en vision maravillosa que el seno de la Iglesia cristiana está abierto para los hombres de todos los países y naciones de la tierra. Los Turcos, que la poseen, la tienen fortificada, pero sus muros se abren por todas partes, y sus baterías, como las de Ródas y de Tiro, se desploman, sin que nadie cuide su reparacion. Su interior es animado, su comercio considerable, y su poblacion llega á diez mil personas, de las que seiscientas son católicos y las restantes Griegos, Armenios y mahometanos. La mision y convento de Franciscanos que recibe á los viajeros europeos que van á Jerusalen, es uno de los mejores edificios de la ciudad, y á sus puertas ví agolparse

á todas horas muchos pobres que reciben la limosna de los religiosos, único auxilio de que viven. En la escuela de niños conté ochenta y nueve individuos y ciento siete en la de niñas dirigida por las religiosas de S. José, entre las que habia una jóven árabe admitida á la profesion de este instituto.

La casa de Simon, donde se hospedó S. Pedro durante su permanencia en Joppe, no es el sitio que ocupan los Franciscanos como creyó algun viajero (1), ni estos religiosos lo pretenden, sino que al contrario acordes con la constante tradicion, señalan una pequeña mezquita ú oratorio musulman no léjos del mar como el lugar donde el Apóstol recibió la visita de los domésticos de Cornelio, que le pedian en nombre de su amo fuese á evangelizar en Cesarea.

Iba ya á salir de Palestina, y paseando sobre las lomas que rodean á Jafa, daba mi adios á la patria de los profetas y cuna del cristianismo, revolvia su historia de cuatro mil años, veia su actualidad, y para el porvenir ¿cuál será su suerte? me preguntaba. La Europa católica, olvidada de la Tierra Santa, que le fué tan cara en la edad media, la abandanó hace casi un siglo, perdiendo los derechos que con las armas en la mano ganaron nuestros abuelos. Un conquistador famoso que paseó la Europa casi entera al frente de sus formidables batallones desembarcando en Palestina, no se dirigió á Jerusalen para ofrecer sacrificios, como Alejandro, á quien igualó en gloria, sino al contrario declaró que « Jerusalen no entraba en su línea de operaciones, » porque á Jerusalen como á toda la Tierra Santa no habia llegado aun la época de sacudir el pesado yugo que la oprime. La España, que largo tiempo contó como una de sus obligaciones mas sagradas proteger los Lugares santos, oprimida por una serie de desgracias, dividida por la guerra civil, invadida por el socialismo, despedazada por el furor

(1) M. Mislin entre otros.

de los revolucionarios y presa de la anarquía, exánime y sin arbitrios para levantarse de su postracion, mira la Palestina con la misma indiferencia que sus bellas posesiones del Occidente, que perdió á una con el prestigio que le daban sus escuadras dominadoras del Océano. La Francia, recien salida de las agitaciones y de los trastornos, consecuencia de la gran revolucion, ve subir al trono de S. Luis una rama de los Borbones: á este vuelven sus ojos los cristianos de Tierra Santa; pero el sucesor de aquel piadoso rey, que todo lo sacrificaba por ganar el Sepulcro de Jesucristo, no responde al llamamiento que le hace la Palestina recordándole compromisos de seis siglos que pesan sobre la Francia, sino enviando su retrato, para que fuese colocado en la basílica del Santo Sepulcro, allí donde tienen su lugar los de S. Luis, Balduino y Godofre de Bullon. ¡Como si él hubiese podido alegar el mismo mérito que alguno de estos! Nápoles y el Piamonte luchando con la anarquía y la revolucion, y la Inglaterra separada de la unidad católica, ningun rayo de esperanza podian ofrecer del restablecimiento de la influencia cristiana en el país donde nació la fe de Cristo; y la voz augusta que unia á los príncipes cristianos para combatir contra los profanadores de los Lugares santos, apénas podia percibirse entre las de una muchedumbre de ateos y de incrédulos, apoderados del poder en casi todos los reinos de la Europa. En medio de una época tan calamitosa para la Palestina y para todo el catolicismo, el Pontífice fué el único soberano que no olvidó existir Jerusalen, y que era ella la cuna de la fe y la tierra de sus misterios. Él veía acercarse el terrible sacudimiento que conmovió la ciudad eterna; pero sin temerlo, lleno de confianza en una promesa que vale mas que el poder unido de todos los ejércitos, se sentó tranquilo sobre la cátedra de S. Pedro, restableció solemnemente el patriarcado de la ciudad santa, é impuso las manos sobre la cabeza del elegido para sucesor de S. Macario y S. Cirilo. La República se proclama en Francia, y

un deudo del conquistador famoso que declaró « no entrar en sus planes de conquista libertar Jerusalen, » elevado á presidente por el libre sufragio de los pueblos, vuelve sus ojos al Oriente, y se informa del estado de los Lugares santos; oye con atencion las relaciones del venerable patriarca, y le promete proteger con todo su poder los derechos del catolicismo, usurpados por los Griegos y conculcados por los musulmanes. La Francia, llena de entusiasmo, abraza entónces la causa de los Lugares santos, y la República sostiene con energía los derechos del catolicismo, que olvidaron los reyes. La República, y permítase repetirlo á quien es hijo y ciudadano de un país libre, la República, que restableció al Papa en su trono pontifical, vindicó para la Francia la proteccion de los Lugares santos, que miraron con desden tantos sucesores de Luis IX. La marcha que trazó siendo presidente de la República, claro es que continuará siendo emperador Luis Napoleon; sus hechos lo indican bastante claro. El gobierno austríaco miéntras tanto, siguiendo sus tradiciones de tantos siglos, vuelve su vista constantemente sobre Palestina, y socorre con generosidad los Lugares santos; instituye como la Francia un cónsul en Jerusalen, y le encarga servir con celo á los religiosos súbditos del imperio, ocupados en la custodia de los santuarios. No pensamos equivocarnos al creer que la suerte de estos va á cambiar; cómo ó de qué modo, difícil será preverlo. Un escritor hacia á este propósito las siguientes reflexiones, que nos será permitido reproducir:

« Tan pronto como fué necesario socorrer á los Turcos contra la Rusia, el pensamiento de libertar los Lugares santos del yugo musulman se ha pronunciado uniforme en todo el imperio frances; todos esperan de esta guerra el renacimiento del reino cristiano de Palestina.... Al lanzarse en el campo de batalla la Francia y la Inglaterra á combatir por la Turquía, han declarado, es verdad, con abnegacion y generosidad sin ejemplo, que nada quieren, ni nada reci-

birán de esta, ni aun como indemnizacion de los enormes gastos emprendidos para hacer la guerra. Mas la Turquía por su parte puede realizar por la Europa cristiana un acto que acredite su reconocimiento por aquellos sacrificios. La parte del imperio turco que los cristianos llaman Tierra Santa no produce al sultan sino cantidades insignificantes; ninguna posicion militar importante, ninguna fortaleza de primer órden, ni punto alguno encierra que sea esencial para la defensa del imperio. Su interes, al contrario, es todo relativo á los cristianos: en ella nació y murió Jesucristo, en ella se realizaron los misterios mas augustos del cristianismo, y por eso es ella tan cara para todos los que tienen fe. Á esta tierra corrió la Europa entera en la edad média para librarla del poder musulman: los cruzados no llenaron su objeto sino á médias, y fueron forzados luego á retirarse abandonando sus conquistas; mas el pueblo cristiano no ha cesado de lamentar la pérdida de la Tierra Santa, dominada por hombres que desconocen y desprecian á Jesucristo.

» La Inglaterra jamas tuvo derecho alguno que alegar á la posesion de Palestina, ni ménos la Prusia, aun cuando haya enviado despues un obispo mixto á Jerusalen. El nuevo poder que llegaria á instalarse, atendida la naturaleza de los habitantes de Tierra Santa, toleraria todos los cultos, y los trabajos apostólicos de los misioneros europeos no tardarian en borrar la supersticion de los cismáticos y el fanatismo de los mahometanos. Con esta condicion nada tendrian que perder la Prusia ni la Inglaterra, y probablemente consentirian con toda su voluntad en la cesion de Palestina.

» No quedan sino la Francia y el Austria, dos naciones católicas y ligadas con mil vínculos á la Santa Sede, que podria ser muy bien el depositario de los Lugares santos. ¡Cuántas pruebas de amor filial, cuántas señales las mas profundas de veneracion no ha dado el actual emperador

de Austria al Sumo Pontífice ! ¡ Y cuántos nobles sacrificios no ha hecho la Francia en tantos siglos por la conquista de Palestina y por el Papa !

» Si la civilizacion actual no permite una cruzada, el deseo dominante en las naciones católicas de ver libre la Palestina de la dominacion otomana no es por eso ménos vivo, ni ménos entusiasta. Volver la Tierra Santa á los cristianos seria colmar de alegría á esos pueblos que abren sus tesoros y envian sus ejércitos para socorrer al sultan. No seria un simple don, bien entendido, sino una cesion en virtud de indemnizaciones pecuniarias, queá la vez llenaria los deseos del cristianismo entero y seria un medio de socorrer las arcas extenuadas de la Puerta (1). »

¡ Ojalá que estas consideraciones tan populares en la Francia y en la Alemania católicas influyan en el ánimo de los que dirigen la política de los Estados poderosos de la Europa ! Desde que la guerra de Oriente ha preocupado todos los espíritus de los políticos en el Viejo Mundo, el pensamiento católico, convertido tambien al Oriente, ha abrigado las esperanzas mas risueñas del porvenir de la Palestina. ¡Ojalá, repetimos, veamos realizadas estas esperanzas, auxiliadas por el sentimiento unánime del catolicismo del Viejo y del Nuevo Mundo !

(1) *Appel aux Catholiques*, (M. J. Michel.)



CAPÍTULO XX.

El desierto. — Alejandría de Egipto. — Los recuerdos de Cleopatra al frente de otros consagrados á una heroína de Alejandría. — Institutos de beneficencia. — La Mezqnita de los Setenta. — Estado del cisma griego. — Reflexion hecha al pié de la columna de Pompeyo. — El Nilo. — Llegada al Gran Cairo. — Fisonomía de la ciudad. — Gran mezquita de Mehemet Alí. — Los oficios de los ulemas. — Cuatrocientas mezquitas. — El pozo de José. — Generosidad de Abdul-Mejild. — Catedral cofto-católica. — Sencillez de los presbíteros negros. — Escuelas de propaganda. — El sicomoro y los monjes. — Gran depósito de esclavos. — Redencion de estos por el catolicismo. — Ruinas de Ménfis. — Fisonomía imponente de las Pirámides.

El sol iluminaba con sus postreros rayos las montañas de Efrain y de Saron, y la cumbre del Carmelo se veía muy distante cuando yo contemplaba quizá por última vez la Palestina. Gaza, poco despues el desierto y los altos cerros de la Arabia ofrecen un paisaje melancólico; mas cuando la imaginacion penetrando sus vastas soledades coloca á un lado las imponentes escenas del Sinaí y del Horeb, los prodigios de la vara de Moises, ve al cielo que se abre para enviar comida, á las piedras que brotan agua y á la tierra codornices; y mira en otro al pueblo que recibe favores tan singulares elevar un becerro y quemarle el incenso reservado para Dios, murmurar contra su caudillo, y desconocer aquellos mismos beneficios; entónces ni acierta, ni puede dominar los movimientos del corazon que condena la dureza de los Israelitas para ser fieles á un Dios, que sabe mostrarse grande en la malicia de los hombres y bueno en

las miserias y debilidades mismas de sus criaturas. Estas reflexiones, hechas en presencia del desierto, me lo ofrecian grande por la magnificencia de los sucesos de que fué testigo durante cuarenta años.

Alejandria me presentó otro aspécto muy diverso : esta gran ciudad, que ostenta jardines primorosos y bosques de palmeras, decorada con grandes palacios y defendida con gruesas fortificaciones, puede decirse que une en su seno los diversos panoramas que ofrecen los pueblos de Oriente y de Occidente. La vieja Alejandría, criatura de Alejandro el Grande y corte de Cleopatra y Tolomeo, tiene toda la fisonomía del Oriente, á la vez que la moderna habitada por Europeos posee la de una ciudad de Europa. Así es que no es raro encontrar chozas miserables al lado de los palacios, ver mezclado el lujo con la miseria, y atravesar coches elegantes entre tropas de camellos y dromedarios; y enfrente de un barrio bullicioso y donde á toda hora se deja percibir el ruido que causan los negocios y los placeres, ofrecerse otro silencioso y cuyas calles sucias y desiertas están sembradas de ruinas y sepulcros. Estas son las reliquias de Alejandría pagana arruinada por conquistadores tambien paganos, y aquella la Alejandría que se levanta regenerada por el cristianismo. En medio de esta nueva y hermosa poblacion vi sobre la gran cúpula de un soberbio templo elevarse la cruz; y ese símbolo de salud para el género humano, que jamas contemplé triunfante sino en los países civilizados, me dió del Egipto ideas mas aventajadas que del imperio turco, donde jamas la ví sobre las torres ni los frontispicios de las iglesias cristianas. Aquel magnífico templo fué construido en gran parte á expensas del emperador de Austria sobre un terreno elevado, que poco há era un suburbio de la poblacion, y hoy aumentada esta inmensamente ocupa el centro del barrio europeo, y domina toda la famosa Alejandría. Rodeado de jardines y de paseos, y teniendo su frente sobre una gran plaza, se ofrece lleno de majestad á

la vista de un pueblo en quien lo grande y lo magnífico produjeron siempre efectos admirables.

Subsisten todavia en Alejandría algunas reliquias de la grandeza de los monumentos que la hicieron célebre, cuando fué corte de una reina tan memorable por su belleza como por su talento para seducir; y tan espléndida en el boato de sus palacios, como trágica en el desenlace de sus extravíos : he visto obeliscos de una pieza, de los cuales uno solo queda en piê, y el otro, caido y medio cubierto por tierra, piedras y escombros de edificios, nos está mostrando que nada es subsistente en la vida de los pueblos, y que estos mueren como los hombres que los forman. Traidos de Ménfis á Alejandría cuando aquella dejó de existir, serán trasportados á la América, á la Oceania ó á la Australia, cuando en la costa de África no se miren mas que el polvo y las excavaciones hechas por los viajeros buscando las ruinas de la ciudad de Alejandro. Ví tambien algunas piedras informes sobre una playa solitaria, ví palmeras esparcidas acá y allá en una extension considerable de terreno, y ví cerca de estas algunas hendiduras hechas en las rocas. «Allí, me dijeron, estuvo el palacio de Cleopatra, aquellas palmas nacieron donde sus esclavos cultivaban con esmero sus jardines; y aquellas hendiduras, que la mano del hombre abrió con trabajo increible en las rocas del mar, muestran el sitio de sus baños tan conocidos en la historia. » Ved ahí cuanto queda de la reina Cleopatra, cuyo lujo eclipsó al de los mas famosos conquistadores de Asia, cuyas flaquezas tantos cambios produjeron en la política del imperio romano, cuyos encantos triunfaron de tantos vencedores célebres, cuya inconstancia trasformó la existencia de tantas naciones, y cuya muerte, dada por áspides que devoraron su seno, correspondió bien á los remordimientos que despedazaban su alma, albergue de la infidelidad, del orgullo y de la ambicion. El nombre de Cleopatra sobrevive miéntras tanto á sus monumentos, pero acompañado de la memoria

de los vicios que hicieron tristemente célebre á la reina del Egipto : subsiste, pero como personificacion de la voluptuosidad y de la traicion, que aborrece todo corazon noble y generoso. Ningun monumento erigió la posteridad sobre su tumba, y el polvo de la prisionera del jóven Augusto, confundido con el de sus vasallos que despreció con su orgullo proverbial, no vale mas que el de los áspides que despedazaron sus entrañas. Miéntras tanto, no léjos de los sitios que fueron su morada real, se levantan templos, estatuas y mil otros monumentos á una vírgen de Alejandría, cuyo mérito publica la historia, cuya singular erudicion refutó los argumentos de la falsa filosofía de su siglo, y cuya grandeza de alma supo hollar bajo su pié el cetro y manto real que le ofrecia un monarca empeñado en triunfar de su inocencia y de sus convicciones. Nada vale todo el esplendor de Cleopatra en presencia de este infinitamente grande, admirable y sublime que ofrecen al mundo los hechos de Catalina de Alejandría. Tres templos suntuosos, y que pertenecen á distintas comuniones cristianas, llevan su nombre : en uno de estos se indica el lugar de su martirio, y en todos se ven expuestas sus estatuas á la veneracion pública, sus virtudes se proponen como modelo grandioso, miéntras que sus alabanzas se repetirán sin cesar en toda la tierra donde haya penetrado la luz del Evangelio. ¡Tan cierto es que solo este puede hacer inmortales á los hombres! En la catedral católica, en presencia de todos los agentes consulares de Europa y de infinito pueblo, vi celebrar como un dia de triunfo el aniversario de su muerte, y del mismo modo que un pueblo entero habria solemnizado la victoria que le emancipase de un yugo ignominioso y duro. ¿Y quién irá á recordar el dia en que Cleopatra bajó á la tumba? ó ¿qué camino de esperanza ni de gloria encontrarán los pueblos abierto por la reina del Egipto? No hay en el Oriente un nombre tan popular como el de Catalina entre los cristianos, y su culto, derramado por el Occidente, lo hace esclarecido en la Iglesia

universal. Es privilegio de la virtud heróica sobrevivir á los siglos y á las generaciones, y conservar un nombre eterno en todos los pueblos de la tierra.

En un monasterio de Basilios cismáticos muestran el lugar donde aquella ínclita vírgen selló con su muerte la preciosa carrera de su vida, recibiendo la palma del martirio bajo el reinado de Magencio y Maximino. Este lugar está decorado con mármol, pero sin gusto ni suntuosidad; algo influirian al principio en semejante descuido las persecuciones que experimentaba el cristianismo, mas este motivo hace muchos años que no existe.

En Alejandría, como en todos los grandes pueblos orientales, se deja sentir la influencia católica por medio de los establecimientos de beneficencia. En una visita hecha al colegio de los Hermanos de las escuelas cristianas experimenté las mas dulces emociones, viendo las pruebas de habilidad que daban trescientos niños, muchos de los cuales eran de la poblacion mahometana, y sin este auxilio habrian permanecido tan bárbaros y desgraciados como son sus padres. La escuela, gratúita para todos los pobres, es sostenida por los misioneros de Tierra Santa, á quienes pertenece tambien la magnífica catedral latina de que hemos hecho mérito. El colegio de los Lazaristas tiene cerca de doscientos alumnos, y poco ménos el de los Oblatos de María : en ambos se enseñan los idiomas principales de Europa, las matemáticas, los elementos de otras ciencias y las bellas artes. Los colegios y las escuelas para niñas están á cargo de las Hermanas de la caridad, que cuentan cerca de cuatrocientas discípulas. Tambien lo están un vasto hospital y una dispensaría, á cuya fundacion han contribuido eficazmente los misioneros Franciscanos. Las religiosas que con tan ejemplar abnegacion sirven allí á los pobres de todos los países y de todas las creencias, tenian no obstante en medio de sus afanes que recibir las continuas visitas de uno de los cónsules europeos, que entraba en el establecimiento, no para

informarse del estado de sus connacionales, sino para preguntar á estos ¡si las monjas les aconsejaban hacerse católicos!...

Las infinitas mezquitas de Alejandria son sucias, y ninguna ví que mereciese el nombre de hermosa ni de bella, muchas, sí, ruinosas y en armonía con la fe del islamismo. Una de estas, llamada de los *Setenta*, conserva el recuerdo solemne de la reunion de los rabinos enviados á Tolomeo de Filadelfia por el sumo sacerdote Eleazar para trabajar en la traduccion de los Libros sagrados.

El cisma oriental presenta en Egipto una decadencia semejante á la del islamismo, y sus causas no son difíciles de conocerse: la ignorancia del clero y la inaccion de los obispos fueron poco á poco perdiendo á los cristianos afiliados en el cisma, quienes ó han vuelto al seno del catolicismo, ó abrazaron los errores del islamismo, ó se hicieron herejes en concepto de los mismos cismáticos, adhiriendo á la creencia de Eutíques, que les enseñaban sacerdotes venidos de Abisinia. El hecho es que estando á datos que suministran escritores de su misma comunion, no existen en todo Egipto mas que diez mil individuos de la Iglesia griega, y dos obispos que reconocen como su patriarca al metropolitano de Alejandría (1). Despues de la muerte del patriarca Doroteo (2), sus cólegas de Constantinopla, Antioquía y Jerusalen dieron á aquel un sucesor, que no quisieron admitir los popes ni los fieles de la diócesis vacante, sino ántes bien eligiendo otro de su agrado, pidieron á aquellos fuese consagrado, como lo fué efectivamente, sin servir de obstáculo la institucion del primero.

La columna de Pompeyo, testigo de tantas alternativas, cambios y revoluciones que alteraron y variaron la suerte

(1) *Parole de l'Orthodoxie catholique au Catholicisme romain*, traduit du russe par A. Popowitski.
(2) 1850.

del Egipto durante una larga sucesion de siglos, me inspiraba sérias reflexiones sobre la fugacidad que resalta en cuanto constituye la suerte de las naciones y de sus individuos. ¿Cuántos soberanos no se sucedieron en Egipto despues que se elevó esta soberbia columna? Tolomeo, los Romanos, los emperadores de Oriente, los Bizantinos, los Árabes y los Otomanos pasaron uno á uno: su gobierno, su administracion, sus leyes y sus hombres pasaron tambien, dejando lugar á otros nuevos que pasarán del mismo modo...

El Nilo atraviesa vastas llanuras, y á sus orillas saliendo de Alejandría se ven bellísimos jardines y suntuosos edificios que pertenecen á sus vecinos ricos; mas alejándose un poco, en vez de aquellos se encuentran pueblos miserables, cuyos habitantes, pobrísimo su mayor número, inspiran compasion. Las fértiles llanuras del Nilo estaban aun en muchas partes cubiertas por las aguas que suplen la falta de lluvia; mas en otras la tierra, ya enjuta por el calor de un sol ardiente, se veía sembrada de trigo, de maíz y de hortalizas. Si el Egipto estuviese mas poblado, pocos países habria que pudiesen competir con él en abundancia de producciones agrícolas; pero á su falta de poblacion se añade todavía que la que existe vive sumida en la ignorancia, en la barbarie y en los vicios, consecuencia necesaria de los principios del islamismo.

El Gran Cairo con sus trescientos mil habitantes ocupa una vastísima extension de terreno dominado por várias colinas, donde sus soberanos han fabricado palacios que pueden bien competir con los que sirven de morada á los reyes europeos. La entrada en el Cairo es pintoresca á causa de sus calles de árboles, de sus bosques de palmeras y de sus jardines, que perfuman el ambiente; pero penetrando su interior, esta fisonomía cambia para ser sustituida por otra de calles estrechísimas, tortuosas, disparejas y sucias. Aunque la capital del Egipto está infinitamente mas civilizada que la Turquía, sin embargo dista mucho de tener la

apariencia de una poblacion de Europa. Mujeres cubiertas con velos blancos que arrastran hasta el suelo, montadas en asnos lijeros enjaezados ricamente; esclavos que las acompañan llevando en su mano un baston de plata, muestra del rango de sus señoras; negros opulentos venidos de la Nubia, vestidos con telas preciosas y seguidos de esclavos que forman su cortejo miserable; coches elegantes que llevan algun miembro de la familia real ó á otro alto personaje del gobierno, y caballos ataviados con ricas monturas de seda bordadas de plata y oro, en que montan los hijos de familias opulentas y á veces los domésticos de los palacios de los grandes; ved la mitad del espectáculo que ofrecen las calles del Cairo. Poned ahora enfrente de esta la otra mitad para que sea completa su fisonomía : mirad mendigos desnudos enteramente que no tienen un rincon que les asile, y perecen carcomidos por la miseria ántes que por enfermedades físicas; tropas de esclavos que llegan de la Nubia y marchan al mercado unidos todos por alguna cuerda, y á veces por una cadena que no les deja separarse uno de otro; sobre estos infelices no encontraréis otras ropas que aquellas indispensables que exige la honestidad; derswiches repugnantes que sirven trescientas mezquitas y explotan á mansalva al pueblo bajo ignorante y crédulo : algunos de estos oráculos de su religion van medio desnudos, otros vestidos con pieles de animales, y alguno ciñe su garganta ó su cintura con inmundas culebras que educadas desde pequeñas con este objeto, les hacen aparecer en el entendimiento del vulgo como seres privilegiados, cuya existencia respetan los animales ponzoñosos. Aquel lujo frente á esta pobreza, el esplendor brillante de los coches y de las monturas puesto al lado de los que perecen devorados por el hambre, y aquella sombra de civilizacion al lado de esta barbarie real y positiva, prueban mas y mas el juicio de los que han creido ser imposible la civilizacion verdadera sin que tenga por base el cristianismo.

Pero este conjunto de civilizacion y de barbarie me pareció todavía mas repugnante viéndolo aplicado al culto, y encontrando instituido en una gran mezquita un remedo del oficio divino de los católicos. Mehemet Alí, á cuyo nombre se ligan muchos acontecimientos memorables para el Egipto, echó los cimientos de la mezquita que lleva hoy su nombre, y es sin contradiccion el mas bello y suntuoso de los edificios que existen consagrados por los mahometanos á su culto. ¡Cosa singular! al mismo tiempo que Ibrahim Pachá hacia azotar y expulsaba á los derswiches de Damasco, Mehemet Alí, su padre, hacia levantar una mezquita soberbia al culto del profeta que predican los derswiches, y les permitia engañar al pueblo en la capital de sus Estados. Misterios son estos que explica la política que tantas veces hace servir á la Religion y á sus ministros como instrumento para realizar sus miras. Para este edificio se han empleado los mármoles mas preciosos de que abundan la Nubia y el Alto Egipto, y con tanta profusion que ningun otro material entra en su fábrica. En el atrio, semejante á una gran plaza rodeada de arcos, se ven muchas fuentes para las abluciones de los devotos, y la falta de aseo de los que las hacian cuando yo la visitaba, de ningun modo correspondia con la belleza de los portales, ni con la brillantez cristalina de los preciosos mármoles; ni mucho ménos correspondia el monton de zapatos dejados en la puerta por los que oraban dentro de la mezquita, con la suntuosidad y lujo que brillan en el interior de esta. El estilo de su construccion es árabe, los pasajes del Alcoran están grabados en mármol con letras doradas, tambien árabes, y el pulpito es muy rico. Mas como los arquitectos árabes y sus oficiales están distantes de ser buenos artistas, la mezquita, despues de ser inmensa y rica, dista tambien mucho de ser una obra acabada, á pesar que en ella se empleó el material mas hermoso y de mas precio en Egipto.

Entrando, está á la mano derecha la capilla de Mehemet

Alí; el cuerpo de este virey y general reposa cerrado en un ataud, puesto sobre una especie de altar cubierto con un manto de terciopelo colorado, guarnecido con galones de oro, y en su rededor arden várias lámparas.

Veinte y cuatro ulemas se alternan para decir un oficio en honor de Mehemet Alí várias veces cada dia : yo los ví entrar en la capilla, llevando sobre el traje blanco que acostumbran una especie de capote colorado; dejaron como todos los musulmanes los zapatos al entrar, y luego puestos sobre ricos almohadones comenzaron sus rezos, descubriendo su cabeza, rasurada á navaja, á excepcion de la parte superior, cuyo cabello conservan sin tocar jamas. Yo no comprendia nada de lo que rezaban en coro, leyendo en unos grandes libros; pero veía que sentados sobre sus talones, hacian inclinaciones unas veces con la cabeza, doblaban otras el cuerpo hasta tocar con la frente el suelo, hacian visajes con los ojos, y finalizaron con un canto muy desagradable, poniéndose todos de pié y besando al fin por turno el manto que cubre el ataud de Mehemet Alí. Sabido es que los musulmanes no tienen otro culto público que ciertas oraciones, á las que los viérnes añaden la predicacion que hacen los ulemas : este oficio diario fué una novedad entre los mahometanos, que hizo ganar entre el pueblo bajo del Egipto gran partido á su político institutor.

Á cuatrocientas llegan las mezquitas del Cairo; algunas de ellas son hermosas, pero las mas, á juzgar por su exterior, son sumamente miserables. La plebe del Cairo es por lo general intolerante, pero al mismo tiempo respeta á los Europeos, y en sus calles hay agentes de policía que no le permiten desman alguno. Pero así el Cairo como Alejandría se encuentran invadidos hoy por una especie de Árabes que, arrojados de las costas de Italia, se precipitaron sobre las de Asia y África, desmintiendo en todas partes con sus hechos los principios que habian publicado en sus programas. Sin conciencia religiosa desprecian el culto cristiano así como

el mahometano, é intolerantes como los segundos burlan á los misioneros cuando llegan á encontrarles en la calle. Intolerancia vergonzosa, principalmente en hombres que se dicen liberales y defensores de la libertad individual.

Fuera de las mezquitas existen en el Cairo otros lugares santos para los musulmanes, tales como el pozo de José, cisterna profunda que suponen aquellos ser obra hecha por aquel patriarca miéntras fué ministro de los Faraones; mas es fuera de duda ser obra de Saladino, quien lo hizo excavar para tener agua cerca de su palacio: los devotos musulmanes hacen no obstante en su rededor abluciones, con la misma fe que los Griegos señalan con mármol el *punto céntrico de la tierra* en medio de su capilla patriarcal de Jerusalen.

Entre las diferentes comuniones cristianas del Cairo, la católica es la mas numerosa, y tiene obispos del rito latino y del cofto ó abisinio. La catedral latina, aunque hermosa, era insuficiente para recibir el número cada dia mayor de fieles, y fué necesario emprender la construccion de otra: desgraciadamente el virey Abbas Pachá ni tenia la política de Mehemet Alí ni el talento de Ibrahim Pachá; así es que se opuso á la construccion de una nueva que los PP. Franciscanos disponian. El Austria, cuyo emperador Francisco José tantas muestras de fe y de piedad tenia dadas ya, quiso en esta circunstancia añadir una nueva, tomando á su cargo allanar las dificultades suscitadas por el virey, lo que hizo efectivamente, lográndose por este medio sustituir al antiguo templo uno suntuoso que acaba de concluirse. Á la sombra de esta catedral existe un convento de Franciscanos, entre cuyos religiosos ví al obispo viviendo con la misma sencillez que los otros individuos de la comunidad. Este religioso venerable contaba cuarenta y siete años pasados en Oriente, y habia recorrido como misionero todos los países del Levante; las provincias interiores del Alto Egipto le eran conocidas, y el idioma árabe muy familiar.

El obispo cofto, indígena de la Nubia, oficia en un templo elegante construido por la Propaganda de Roma; mucha novedad me causó, no puedo negarlo, ver al obispo oficiando rodeado de sus presbíteros negros y con las vestiduras pontificales propias de su rito. Habia visto ya un obispo cismático del mismo color, vestido de hábitos groseros y sin educacion ni dignidad alguna, entrar en mi celda cuando estaba yo en el convento del Santo Sepulcro, para pedirme tabaco; mas en aquel, educado en el colegio de la Propaganda, encontré maneras finas, mucha dignidad en la ejecucion de las ceremonias y nobleza en su trato particular.

Los presbíteros coftos se maravillaban al ver un sacerdote del Nuevo Mundo, quizá tanto como este mirando las ceremonias de su rito, sus ornamentos y su oscura fisonomía. « Siempre habia deseado hablar á un Americano, me decia uno de ellos, para preguntarle si la fe Jesucristo presenta en aquellos países remotos tantas divisiones como entre nosotros; á mí me parece que los herejes no irán á predicar allá, que sus habitantes estarán libres de las sectas que por acá nos dividen, y que no habrá entre los cristianos mas que un solo corazon y un solo espíritu. » Él se referia á las antiguas herejías; nunca habia oido que los sacerdotes cismáticos saliesen de su país para misionar en tierras extranjeras, y mucho ménos en América, en cuyos habitantes veía sus antípodas. Pero los errores que abundan en el Nuevo Mundo, tan contrarios á la fe cristiana como el cisma y las herejías que invadieron el Oriente, á él eran desconocidas, porque no han llegado aun al Alto Egipto ni á la Nubia; y la indiferencia y el materialismo, aun cuando tuvieron siempre prosélitos numerosos entre aquellos pueblos idiotas, no estuvieron erigidos en sistema, como lo están hoy para muchas gentes del nuevo continente.

Los Latinos y los Coftos poseen buenas escuelas; las de mujeres se encuentran bajo la direccion de las Hermanas

del Buen Pastor, que tienen un hermoso establecimiento con trescientas niñas.

Visitando las casas religiosas de los disidentes, me encontré en un convento de monjes abisinios, que llaman de San Sergio. La extension de este es vastísima, pero los individuos que lo habitan son en número muy escaso. En el interior existe una iglesia pobre y desaseada, y desde su presbiterio se baja por una escala doble á una gruta que se supone habitó la santa Familia durante su peregrinacion en Egipto. Yo nada he visto que asegure la identidad de este lugar, sí presencié visitándolo escenas que me parecieron en extremo chocantes. El sacerdote que nos señalaba aquellos sitios referia mil patrañas sucedidas, segun él, miéntras fueron habitacion de Jesus y de María. Habiéndole pagado el estipendio debido por nuestra visita, tratábamos de salir por entre una multitud de niños y mujeres que se habian juntado, y nosotros creíamos eran devotos que aprovechaban aquella oportunidad para visitar los mismos lugares. Mas no era así: esos individuos eran moradores del monasterio, que nos pedian *bakchis*, ni mas ni ménos como los Árabes, y que se disponian á acometernos como los de Caná de Galilea, experimentando nuestra negativa. El Sr Ibargüengoitia, Mejicano respetable, con quien me acompañaba desde mi salida de Jerusalen, habló al monje con energía, representándole lo impropio de este lance que sucedia en el templo; pero mal podia este aplicar remedio, cuando él y otros de su misma casa animaban á aquella multitud para que nos hiciese dar dinero. Pudimos con pena salir hasta la puerta, en donde un agente de policía llamado por nuestro dragoman hizo retirarse á la turba de niños y mujeres. Aquellos mismos monjes han hecho esfuerzos desde muy atras por apoderarse de un sicomoro respetado por los Orientales, y bajo cuya sombra suponen estos que la Vírgen María descansó ántes de entrar al Cairo antiguo, donde se encuentra aquella casa, convertida en monasterio de S. Ser-

gio. Aquel árbol, á pesar de ser bastante grueso, presenta su tronco cubierto de nombres de individuos de todas las naciones que lo visitaron.

Por doloroso que me sea recordar las imágenes que ofrece el grân depósito de esclavos, referiré lo que ví, experimentando el horror é indignacion al mismo tiempo que excitan la justicia públicamente hollada, los derechos mas sagrados del hombre conculcados y su dignidad de ser racional vilipendiada del modo mas ignominioso. Lo que sucede en el Cairo es lo mismo que ví en Alejandría, lo mismo que se ve en Constantinopla y en todas las grandes ciudades del imperio otomano. Atravesando callejuelas estrechas y sombrías y un bazar donde se hacen los contratos de esclavos, llegué á un grande y antiguo edificio, cuyo interior, semejante á una plaza, está rodeado de salas bajas, sucias y poco ventiladas; algunas puertas de estas estaban abiertas, y mirando para dentro se veían muchachos de los dos sexos, desnudos y echados sobre la tierra : el mismo espectáculo ofrecian ciertos grupos de estos seres infelices que se percibian en diferentes puntos de aquel gran patio. Mas de quinientas personas puestas en venta encerraba aquel dia este depósito, y en ninguno de tantos individuos dejé de notar la afliccion y el dolor mas vivo, mezclado en no pocos con la desesperacion. Pocos hay que tienen todavía veinte años, y ninguno que pase de veinte y cinco. El malísimo alimento, el cruel trato, la afliccion y la penosa travesía que hacen ántes de llegar al Cairo acarrea á muchos la muerte, que sin pena ven llegar. La mayor parte de los esclavos negros son traidos de Kordofan, de Sennaar y de Darfur : estas caravanas conducen millares de individuos arrancados sin piedad de su patria, de sus afecciones mas queridas, de las costumbres en que se criaron, y sin responder á sus gritos y lamentos mas que con amenazas y castigos. Nadie podrá imaginar lo que sufren estos desgraciados, atravesando los desiertos en número tan considerable : jóvenes que parecian robustos y

niñas en la flor de su edad quedan caidos en la arena extenuados por el cansancio y la debilidad. El calor les abrasa, mueren maldiciendo á sus verdugos, y sus blancos huesos son presto reducidos á polvo por las pisadas de los Bárbaros, que conducen otras víctimas al Cairo por el mismo camino. Los de Darfur y de la Nubia, mas sensibles que todos los demas, se lamentan con mayor viveza, lloran sin consuelo á cada instante, y piden á cuantos ven que les saquen de allí y les vuelvan á su patria. ¡ Qué importa que nadie entienda su lengua, si el dolor y las lágrimas explican una misma cosa en todos los idiomas! Pero esa misma pena que moverá á compasion á toda alma generosa, léjos de alcanzar para ellos la piedad de sus guardianes, les gana un trato todavía mas cruel, como si quisieran ahogar un dolor con otro nuevo, ó hacer ménos perceptibles los sufrimientos pasados aumentando los presentes.

Un inspector de la casa me llevó por todos los departamentos. « Este es, me decia, el de las que ya son madres, este el de los que no han cumplido todavía doce años; aquí están los de la Nubia, estos son de Darfur, y aquellos vienen de Abisinia y pagan en la cadena que soportan la bravura que les distingue, hasta el extremo de venir con nosotros á las manos alguna vez. Los de aquella sala son sanos y robustos, los de aquella otra de calidad inferior, y aquellos que juegan por el patio están ya destinados; irán á las casas de los grandes potentados, pues tienen una calidad que les da precio muy subido...... » La naturaleza se estremece contemplando semejantes espectáculos, y el pudor y la dignidad humana imponen silencio cuando se trata de referir sus pormenores. Yo distribuí unas pocas monedas entre aquellos desgraciados; mas aun no salia todavía del sitio, cuando ya otro empleado se las quitaba á viva fuerza. En la oficina principal se efectuaba la venta de tres muchachas blancas y dos niños negros de pocos años : todos cinco temblaban, iban á dejar una prision insoportable; mas ¿quién

podria asegurarles que su suerte de por vida no seria igual á esta? — Un comprador registraba miéntras tanto á su placer á aquellos seres infelices, miéntras que los otros disputaban á gritos sobre el precio, poniendo tachas al efecto como á cualquiera de las mercancías del bazar.

Conociendo hasta qué extremo de degradacion llega el hombre sometido por la adversidad y la barbarie á esta cruel y afrentosa situacion, sabrá apreciarse mejor la accion del catolicismo, que principia á sentirse en esos mismos lugares, empeñada en rescatar á unos y en aliviar siquiera la situacion de los demas, ya que no tiene arbitrios para romper las cadenas de todos.

Una casa de Trinitarios acaba de establecerse en el Cairo, y otra se establecerá presto en la Nubia : en 1853 han rescatado setenta y cinco niños, que fueron enviados á Europa para ser educados por diversas congregaciones. De esta manera un instituto que tan distinguidos servicios prestó á la Religion cristiana en la edad média y en la época azarosa de las guerras de España con los Moros, hoy se hace útil nuevamente; y los que atravesaban el Mediterráneo para ir á ocupar el lugar de los cautivos que rescataban en Túnez y en Argel, hoy van al Egipto y á la Nubia buscando hombres que redimir de una afrentosa esclavitud. Á la Francia católica cabe el honor de esta gloriosa empresa, pues de su seno salieron los individuos que la han acometido, y que con la bendicion del Cielo y su abnegacion ejemplar la llevarán á cabo, no solamente para rescatar á los que soportan la esclavitud material, sino tambien á los esclavos de la ignorancia y del interes, que especulan en aquel tráfico inicuo.

Cuando Tébas dejó de ser corte de los Faraones, que trasladaron su residencia á Ménfis, esta ocupó el primer lugar entre las ciudades de Egipto. Sus riquezas inmensas, su poblacion innumerable, sus palacios habitados por príncipes, sus monumentos de toda especie, sus instituciones avanzadas, su política ilustrada . el talento de sus soberanos

y la sabiduría de sus leyes le prometian una duracion eterna. Pero al mismo tiempo que envanecida por su esplendor se creía inmortal y todopoderosa, una voz que le echaba en cara los vicios que ocultaba bajo su ropaje de oro, le decia que caeria y caeria presto, que sus palacios serian reducidos á polvo y anonadadas sus estatuas gigantescas, que sus reyes perecerian, y que de Ménfis toda apénas quedaria la angustia que sucede á la desolacion. Yo he atravesado el sitio de sus plazas y palacios, de sus templos y monumentos, de sus baños y jardines, de sus fábricas y talleres que asombraban, ¡sin encontrar ni aun escombros que detuviesen el galope de los asnos! He reconocido su grandísima extension desde Sákara hasta Gise, campos que le servian de grandes cementerios, y nada encontré fuera de esos montes colocados por la mano de hombres empeñados en halagar su vanidad hasta mas allá de la vida. Yo subí la gran Cheops (1), y desde su cima mi vista se esforzaba por descubrir alguno de los grandiosos monumentos de la orgullosa Ménfis. ¡Trabajo vano! No veía sino los cementerios, que luchando con los huracanes viven para atestiguar que murió, y que reducida á polvo los vientos esparcieron este confundido con las arenas del desierto. No ví mas que esas ciudades de muertos, abiertas hoy por la avaricia de los hombres que turban la paz de los sepulcros para adquirir monedas en cambio de esqueletos humanos. Pisaba las cenizas de tantas dinastías, veía á mis piés reducida á la nada su grandeza, y del fondo de los salones sepulcrales que cubre esta enorme pirámide, me parecia oir salir una voz solemne que retumbando en los vecinos desiertos de Libia y de la Nitria dejaba oir: « El tiempo huye, los hombres pasan, Dios solo es eterno. »

No he visto imágen tan viva de ese movimiento á que vive sometido el hombre, como el que representan las arenas

(1) La mas alta de las pirámides de Egipto, que tiene cuatrocientos sesenta y un piés de altura.

del desierto movidas por el viento; parece que toda la tierra se conmueve y se trastorna, que los cerros varian de lugar, que las pirámides quedan sepultadas, y que el caudaloso Nilo va á desaparecer enterrado bajo los promontorios que arroja la tierra de su seno. Yo contemplaba este imponente espectáculo teniendo enfrente al desierto conmovido y á mis espaldas los silenciosos campos del Egipto; el viento azotaba la gran pirámide que hace cuarenta siglos ve morir dia por dia á su pié las olas de arena en que los huracanes amenazan sofocarla.



CAPÍTULO XXI.

Los desiertos. — Impresiones y recuerdos. — Contradiccion monstruosa. — Ruinas de Tébas. — Misiones del Alto Egipto. — Religiosos en traje de Árabes. — Vuelta á Alejandría. — Última reflexion sobre la Iglesia oriental. — Malta. — Orígen de sus grandes monumentos. — Seminario protestante. — Exámen sobre sus misiones de la India. — Sus resultados comparados con los de la mision católica. — El obispo de Corfú, Malta y Gibraltar.

¡Los desiertos del Egipto! ved ahí una palabra que me habla con fuerza y dispierta en mi corazon imágenes llenas de poesía mas sublime que la de Homero, y que retrata la inocencia y el candor con mas perfeccion que los bellos cuadros cantados por Virgilio. Y no es el espectáculo imponente y majestuoso de las arenas conmovidas por el huracan, ni la aridez eterna que se percibe en los montes lejanos de Libia y de la Nubia, ni los bosques de palmeras que se encuentran en las oasis, sino otro que me dibujaban las riberas del Nilo y las soledades del desierto. No hay en la historia pasajes que revelen mejor el espíritu que animó á los cristianos primitivos como los que recuerdan aquellos lugares: la Nitria y la Tebáida se hicieron famosas, como lo fueron despues los páramos del Líbano y de Palestina, desde que millares de personas iban á esconder su inocencia entre las colinas, y á encomendar á las bestias feroces la defensa de un tesoro que los hombres se empeñaban en arrebatarles. La dignidad humana se enorgullece recordando cuadros tan bellos como el que ofrece la vida de estos ilustres solitarios.

Oigamos cómo los dibuja uno que los contempló de cerca durante largos años: « Las rocas escarpadas ó las cavernas profundas son su morada, se encierran en los montes como tras de inaccesibles murallas, la tierra es su mesa, y su comida ordinaria las yerbas que ella misma produce; las aguas que llevan los arroyos, ó las que brotan las aberturas de las rocas, les dan refrigerio. Para ellos son templos todos los lugares del universo, su oracion es continua, y en su ejercicio santo pasan los dias enteros. Las alabanzas son los sacrificios que ofrecen al Señor en las concavidades de sus grutas, y allí ellos mismos son el sacerdote y la víctima. Ellos ignoran lo que es ser grande entre los hombres, ni imaginaron jamas abrirse camino para llegar á los primeros puestos del siglo; su bajeza es su gloria, y en su vida humilde trabajan por ser fieles al que siendo rico se hizo pobre por amor nuestro. En la cumbre de los cerros están como refulgentes antorchas que alumbran á los que vienen á buscarles, movidos por su piedad sincera; en medio de la soledad es esta su muro impenetrable, para defender la tranquilidad constante de sus almas; como palomas reposan sobre las colinas, y como águilas se levantan sobre la cima de las rocas mas altas: si alguna vez fatigados van á tomar un instante de reposo, es sobre la tierra, y para alzarse al momento con nuevo fervor y hacer resonar cual trompetas sonoras los desiertos y los montes, las colinas y los collados con sus cánticos á Dios.... Su muerte ni es ménos dichosa, ni ménos admirable que su vida; ningun cuidado tienen de hacerse construir tumbas: crucificados al mundo, la violencia del amor que les une á Jesucristo les ha dado el golpe y abierto la herida mortal; el mismo sitio que eligieron para pasar su vida de penitencia será tambien el de su sepultura. Muchos, en medio de su oracion fervorosa, cerraron sus ojos como con un sueño dulce; y otros, que vivian como unidos con las rocas que los sostenian, pusieron su espíritu voluntariamente en las manos de Dios. Unos

haciendo su ejercicio ordinario, murieron en las montañas que les sirven de tumba; y otros, conociendo haber llegado para ellos su última hora, murieron recostándose sobre su sepulcro, sin otra compañía que la de una cruz que apretaban sus manos. Todos esperan la voz del Arcángel, que mandará á la tierra entregar los muertos que Dios le confió, y cuando este instante llegue, renacerán como el blanco lirio para resplandecer con candor inmortal (1). » Estas escenas eran las que recordaba en presencia de los desiertos y en las orillas de aquel Nilo que vió reunidos en una ocasion doce mil monjes salidos de los arenales y montañas vecinas, para recibir al invencible Atanasio expulsado de Alejandría, y huyendo de los cismáticos, que le perseguian con furor sin ejemplo. Hoy cuando las ideas han variado, sin que las costumbres hayan dejado de adolecer de vicios peores que los de aquellos siglos lejanos, los que se llaman libertadores de los hombres disputan á estos el derecho de separarse de los demas, y persiguen á los que usando de su libre voluntad quieren vivir como los solitarios de Egipto. ¡ Contradiccion incomprensible ! Se reconoce en el individuo el derecho de ser ateo, mahometano ó judío, y se le niega el que tiene para profesar la perfeccion cristiana; se mira como atentado poner en duda la libertad del ciudadano para reunirse en clubs y en sociedades que pueden comprometer el órden público, y se sancionan y ejecutan al mismo tiempo leyes formidables contra esos mismos ciudadanos cuando pacíficamente se reunen para ocuparse de intereses mas nobles que los terrenos. Cuanto mas se piensa en contradicciones semejantes, tanto mas monstruosas se presentan. Los modernos reformadores de la sociedad jamas podrán lavarse de la mancha que contrajeron invadiendo los derechos individuales, cuando perseguian á los monjes y arrancaban de su retiro á las religiosas... Esa libertad que vindicaban

(1) *Vit. monast.* (Ephren Syrus.)

para los demas tambien debian tenerla estos, pues no es justo darla á unos y despojar de ella á otros al mismo tiempo. Es una política bárbara y cruel pretender obligar á otros á vivir en medio del bullicio cuando su voluntad les lleva á la soledad : el hombre tiene algo sagrado, y cuya posesion nadie sobre la tierra puede disputarle ; esta es su voluntad dirigida por la conciencia y la justicia de la ley : quien extienda hasta allá su mano, quien toque ese santuario, ultraja los derechos mas sagrados del hombre, es injusto, es temerario. Á los ateos de nuestro siglo de Francia, España, Suiza, Piamonte, Nueva Granada y Venezuela puede hacerse con justicia este reproche.

Las ruinas de Tébas, como las de todas las grandes ciudades que pasaron, hoy apénas nos dejan contemplar en esqueleto la famosa corte de los Faraones. Pero si se sorprende el hombre recordando que aquellos edificios arruinados cobijaron legisladores experimentados, guerreros famosos, sabios profundos y príncipes que protegieron las letras y las artes, si enmudece contemplando que esa Tébas fué en Oriente emporio del saber, y que todas las naciones contemporáneas la consideraron como el pueblo mas civilizado del universo; jamas podrá comprender mejor las variaciones á que están sometidos los hombres como cuando mira saliendo de entre los chapiteles enjambres de sabandijas, enroscadas en los trozos de mármol culebras ponzoñosas, y paseando por las cavidades de las ruinas los lobos y las hienas que acechan el momento favorable para devorar alguna de las bestias que habitan los sitios que fueron morada de los reyes mas ilustrados del Oriente. La condicion de Tébas debió ser verdaderamente régia; sus vestigios ocupan un espacio inmenso, sus vastos cementerios, sus tumbas, sus obeliscos, sus palacios, sus templos, todo nos indica el esplendor de su opulencia y á la vez la magnitud de su caida. Como en Sákara, los naturales se ocupan en excavar los sepulcros y sacar las momias, que venden á los extranjeros... ¡ llegará

dia en que ni un sepulcro de las inmensas necrópolis de Sákara, Gise, Tébas, Heliópolis y demas de Egipto deje de haber sido profanado, y los tranquilos moradores de esas ciudades de la muerte, despues de haber pasado cuarenta siglos en silencio profundo, atravesarán mares que nunca conocieron, y se encontrarán expuestos á la expectacion del universo en los museos de todas las naciones.

En casi todos los pueblos considerables del Alto y del Bajo Egipto, diseminada la doctrina católica por el celo fervoroso de sus misioneros, se encuentran iglesias y escuelas que son como su semillero. He visto á estos misioneros, vestidos como los Árabes, viajar en camellos como estos, atravesar los desiertos, y caminar sin defensa alguna contra los rayos del sol sentados en barcas descubiertas que suben las corrientes del Nilo. Dos cosas admiré principalmente entre los muchos objetos que ofrecieron á mis observaciones la fisonomía, el carácter y las costumbres de aquellas gentes, salidas de los montes de la Nubia, de la Abisinia y de las oasis del desierto. Fué la primera el desprecio que hacen de la dignidad humana, que no conocen : oid un suceso que palpé. En una de las embarcaciones en que bajé el Nilo, un Egipcio conducia veinte esclavos de los dos sexos, que por su figura me parecieron todos de la Nubia; llegados á bordo, metió algunos en la estrecha bodega de la embarcacion, y recostándose él sobre cubierta á la sombra de un rico toldo, miró impasible cerrar la puerta de la escotilla y colocar luego sobre esta diversas mercancías, que debian depositarse en un pueblo que estaba á muchas horas de distancia. No pude permanecer tranquilo viendo tal crueldad : fuí al patron de la embarcacion, y le hice decir por mi intérprete que seis muchachos iban á perecer en la bodega por falta de aire, si no hacia abrir la escotilla cargada de sacos. Incómodo el patron con el dueño de los esclavos, se contentó con injuriarlo; pero « perderá su plata, dijo al mismo tiempo, pues no los sacaré hasta que lleguemos. »

La razon se ofusca y el corazon palpita cuando se presencian tales lances; no faltó quien abriese su bolsa, y pagase el trabajo de arrimar aquellos sacos para salvar la vida á tantos infelices que no fueron esclavos sino por la injusticia de los hombres. Frente á este desprecio de la nobleza del ser racional, admiré la solicitud con que otros, que profesan principios religiosos diferentes, trabajan por remover las fuertes barreras levantadas por la ignorancia para servir de trinchera á los vicios, fuente de la degradacion humana. Esos sacerdotes que recorren el desierto, que atraviesan el Nilo en toda direccion, que suben los montes escarpados de la Nubia, vestidos como los Árabes, con su piel ennegrecida como los Abisinios, y soportando la fatiga que producen los viajes en un temperamento ardiente y propenso á fiebres, no se proponen otro fin que combatir por todas partes las empresas de los que degradan individuos de nuestra propia especie, redimir á estos de la opresion y salvarlos de la injusticia, ya derramando sobre todos la luz de que carecen, y ya tambien abogando por los esclavos en presencia de los grandes, de los poderosos y de los magistrados mismos cuando es posible. Para conseguirlo, los he visto sometidos al aprendizaje de idiomas difíciles para los Europeos, y hechos niños con los niños recibir á veces lecciones de estos mismos, porque no se les proporcionaba otra clase de maestro. Es necesario convenir que para someterse á tales pruebas se necesita una vocacion celestial, pero á la vez es necesario convenir tambien que esta no se encuentra sino en el seno del catolicismo.

Bajando el Nilo volví á Alejandría, y podia decir que daba mis últimas miradas á la Iglesia de Oriente, que habia observado en su territorio de Europa, Asia y África. Desde que en la corte del rey de Holanda ví por primera vez á los sectarios de Focio (1), desempeñando las funciones del mi-

(1) Capellanes de la reina madre, princesa de Rusia.

nisterio sagrado, hasta la última ocasion que entré en su templo de Alejandría, he procurado observar sus ceremonias y visitar sus iglesias, he entrado alguna vez en sus rarísimas escuelas y en conversacion con ellos mismos cuando he tenido oportunidad. Triste es decirlo, aun cuando sea cierto; la muralla de separacion alzada entre los cismáticos y la comunion católica es tanto mas fuerte, cuanto aquellos presentan en su ignorancia, en su fanatismo, en sus preocupaciones y en su falta de disposicion para buscar la verdad, baterías formidables que sostienen aquella y la hacen casi impenetrable al celoso esfuerzo de los que trabajan por abatirla. Si la discusion razonada y juiciosa fuese posible, si existiese entre los sacerdotes, y aun en la mayoría de los obispos mismos, ciencia suficiente para sostener la controversia, y si estuviesen dispuestos alguna vez para entrar en esta de buena fe, la reunion del infeliz cisma de Oriente á la Iglesia universal dejaria lugar á muchas esperanzas. Pero cuando esto no sucede, y en vez de discutir les vemos declarar que no debe entablarse conferencia alguna con individuos de otras comuniones, contestar con persecuciones odiosas á los llamamientos caritativos del catolicismo, y responder los obispos con injurias soeces á la voz augusta que les hacia presente el estado lamentable de su comunion y les amonestaba volver á la unidad, no abrigamos por ahora aquella esperanza, y creemos que el tiempo en que este ramo cortado del árbol que plantó Jesucristo debe unírsele de nuevo no ha llegado aun. Ella continuará representando todavía el triste espectáculo del hombre que muere lentamente consumido por una enfermedad larga. Vemos las sillas patriarcales disputadas frecuentemente por dos ó mas obispos, como la de Constantinopla. Vemos dejada la de Jerusalen como herencia por Atanasio á Doroteo, que se presenta á tomar posesion del báculo de su antecesor, sin otro título que la voluntad significada por aquel en su testamento; y rechazado Doroteo por los monjes y sus afilia-

dos, vemos entónces subir al patriarcado de la ciudad santa á Cirilo, que desde el humilde puesto de portero de la basílica habia subido ya hasta el de obispo de Lidda. Vemos luchar á los tres patriarcas por instituir en la sede de Alejandría á un monje, que no obstante haber recibido ya la consagracion episcopal, era rechazado por el rebaño que se le encomendaba y habia elegido para sí otro pastor; y el estado de la Iglesia de Antioquía bien se manifiesta cuando á la muerte de Metodio, penúltimo patriarca cismático, tuvieron, para darle sucesor, que ocurrir sus sufragáneos al patriarca de Constantinopla, pidiéndole que nombrase uno que no fuese de la provincia, único medio de cortar rivalidades y competencias. El que pretendió la mitra de Jerusalen como heredero testamentario, fué entónces designado para sucesor de Metodio en Antioquía. Estos hechos son contemporáneos, y viven aun los individuos que desempeñaron en ellos el primer papel. ¿Y podrá decir alguno que es legítima y cristiana la subsistencia de un órden de cosas semejante? ¿La institucion del Verbo Divino podrá producir un desórden tan monstruoso? Injurian á la Divinidad los que pretenden demostrarlo. La Iglesia oriental lleva estampada en su frente la marca de reprobacion, la lleva estampada en sus vicios, en su ignorancia y en su degradacion lamentable. Mas una Providencia existe y siempre en vela por la conservacion de la unidad cristiana; bien puede la ambicion de los hombres dividirla en provecho suyo, bien puede prolongar su obra de iniquidad, pero no llegará á triunfar jamas: la voz de Jesucristo habló por su Vicario á esta porcion extraviada de su rebaño, no para insultarla en su desgracia, ni para avergonzarla echándole en cara sus llagas ignominiosas, sino para llamarla al camino del que le apartan sus desórdenes, y para que buscase en la unidad el único remedio que podrá sanarla de sus males (M). Esta voz no ha sido escuchada, ya lo hemos dicho; pero esperamos que lo será mas tarde, y la Iglesia de Dios no tendrá sino

un Pastor, así como no reconoce mas que un solo Fundador.

Malta fué el primer punto que toqué volviendo de Alejandría para Europa, y sus inexpugnables fortificaciones están en armonía con la fe tambien inexpugnable de su poblacion eminentemente católica. Puedo repetir por experiencia lo que en 1849 escribia un viajero aleman: « Los habitantes de Malta han sido siempre los mas fieles al catolicismo. » Mas de cincuenta años hace que está sometida á la Inglaterra, y aunque la política de esta nada ha intentado directamente para combatir las creencias del pueblo, la Sociedad bíblica no obstante ha trabajado en su propaganda protestante con libertad y bajo la egida de un gobierno que tambien lo es. Pero á pesar de todo esto, de ningun suceso favorable puede gloriarse hasta hoy: el catolicismo ha pasado por severas pruebas, es verdad, ha tenido que llorar apostasías y sufrir las heridas profundas que le abrieran los escándalos de los apóstatas; mas no eran estos fruto de exhortaciones de los ministros anglicanos que trasformasen algun católico en protestante, puseísta ó evangélico, no por cierto; eran apóstatas que aprovecharon las tempestades políticas de Italia para desertar del Santuario, y escapando luego del castigo que les amenazaba, arribaron á las playas de Malta como aquellos inmundos pólipos que arroja el mar sobre la costa despues de las tormentas, ó como los cocodrilos sofocados que deja el Nilo despues de sus creces, y apestan á los vivos causándoles á veces la muerte con su hedor. Á siete ú ocho llegó el número de aquellos, entre los que se contaban los mismos en cuyos nombres se glorió mas tarde el protestantismo anglicano, aquellos que enroló en sus filas con el romántico epíteto de *Mártires de la Inquisicion* (1).

Buena prueba ofrecen del catolicismo de los Malteses los

(1) Véase el capítulo XII del tomo I.

insignes monumentos religiosos que encierra la isla, y dan á sus grandes ciudades un esplendor que puede competir con el de las primeras capitales de la Europa; ahora mismo se concluye en Musta, á una legua de Lavalette, un vasto templo bajo plan semejante al célebre Panteon de Roma, pero mas vasto que este todavía: tal obra, que será insigne cuando se haya concluido, no ha tenido sin embargo mas elemento para erigirse que el celo de un párroco y el devoto entusiasmo de sus feligreses, que emplean los dias festivos en cincelar sus piedras y levantar sus arcos y murallas. Todos los establecimientos públicos que posee Malta, todos aquellos monumentos que le hacen tanto honor, los debe al catolicismo; sus colegios de educacion, su universidad, sus bibliotecas públicas, sus insignes catedrales y sus basílicas suntuosas, todas nacieron del espíritu católico, del mismo modo que las semillas llevadas por el viento hicieron nacer árboles hermosos y plantas olorosas en las oasis del desierto. Yo experimentaba una satisfaccion interior cuando al entrar en la magnífica biblioteca pública de Lavalette, en la suntuosa iglesia de los Caballeros, en la soberbia catedral de Città-Vecchia y en todos sus establecimientos públicos, veía al frente de sus fundadores los obispos y las congregaciones religiosas.

Hemos indicado que el protestantismo anglicano desarrolla en Malta sus empresas de propaganda bíblica; y en efecto, en Lavalette tienen las *sociedades cristianas* de Lóndres instituido un seminario para formar los misioneros de la India. Es el primero que se abre con este objeto especial, y el primero tambien que ha manifestado la ineptitud del protestantismo para esta clase de empresas. En él se educan constantemente de ciento cincuenta á ciento setenta jóvenes, nacidos en la India su mayor parte é hijos tambien de misioneros ingleses; se les procura formar el corazon en la lectura de la Biblia comentada por ellos mismos, no se les aplica á ningun ejercicio de piedad fuera del servicio del

domingo, pueden á su arbitrio cultivar las relaciones que les inspire su voluntad, y con la instruccion del latin y de la teología protestante se les prepara para evangelizar á los pueblos, como si el latin ó la teología inspirasen por sí mismos otras virtudes que necesita el apóstol, y no se alcanzan sino por el vencimiento del individuo, por la mortificacion de la voluntad, por la abstraccion de los negocios del siglo y por la aplicacion constante de las acciones al ejercicio de la caridad. No debe pues maravillarnos el poco fruto que ha dado el seminario anglicano de Malta, y el escaso que dará tambien cualquiera otro que se instituya bajo sus mismas bases. Examinemos aquel, valiéndonos de los datos oficiales que hemos recogido, y que están por lo mismo léjos de toda sospecha de parcialidad.

Teniendo á la vista las relaciones publicadas por diversos meetings de las sociedades de propaganda que existen en Lóndres y Edimburgo, resulta que estas pagan en la India, Australia y en otros países mas de mil misioneros y cerca de seiscientos agentes subalternos, que dan á cada uno de aquellos cien libras esterlinas por año cuando prestan sus servicios en América, doscientas cuarenta á los de Asia, aumentándose esta pension cuando son casados á razon de veinte libras por cada uno de sus hijos, y trescientas á los de África; resulta igualmente que el gobierno británico ha dotado con munificencia sedes episcopales en Bengala, en Calcuta y en otros puntos, cuyos obispos gozan la enorme suma anual de cinco mil quinientas libras esterlinas (1), y que los arciprestes y ministros inferiorees poseen tambien pingües rentas; y resulta, en fin, que tanto aquellas sociedades como el gobierno invierten cantidades ingentes de dinero en esta propaganda. ¿Pero cuáles son sus frutos miéntras tanto? « Ninguna nacion cristiana poseyó jamas, dice un misionero anglicano, un campo tan extenso para

(1) 27,500 pesos.

propagar la fe cristiana como el que nos proporciona nuestra influencia sobre cien millones de naturales del Indostan, ni hubo otra nacion que tuviese tales proporciones para extender su fe, como la que nos concede el gobierno de un pueblo pasivo que condesciende con sumision á nuestro suave influjo, respeta nuestros principios y reconoce estar en nuestras manos su felicidad (1). » Y sin embargo de estas ventajas, que *ninguna otra nacion* ha tenido ciertamente para propagar su fe, sin embargo de aquellas cantidades que con mano pródiga derraman sus sociedades de propaganda, y sin embargo del número tan erecido de sus agentes y ministros, ¿cuál es el resultado, repito, que da esta reunion de circunstancias felices para el protestantismo? La respuesta la recibimos de los datos oficiales y de las relaciones de los propagandistas á sus meetings respectivos : « El número de los convertidos, que algunos aumentan con ponderacion, es considerable, dice un obispo anglicano, pero se compone principalmente de las viudas de los soldados europeos... En grandes distritos conquistados por las armas británicas, y que tienen mas de medio millon de habitantes, apénas se encuentran cien convertidos despues de un siglo de dominacion : en Bengala, donde mejor se experimenta la influencia de los misioneros, el número de los naturales que abrazaron el protestantismo no llega á quinientos, y en proporcion es este mismo el resultado de la propaganda en las demas provincias de la India (2). » Cuando el obispo Hever visitaba estas bajo la impresion de relaciones publicadas por los misioneros, sus correligionarios, y pensando encontrar floreciente el protestantismo como lo presentaban aquellas, experimentó el triste desengaño de la esperanza

(1) *Memoir or the expediency of an Ecclesiastical Establishment in British India.* 2ª. ed., p. 48. (Dr Buchanan.)

(2) *Narrative of a Journey through the upper provinces of India.* 2ª. ed., vol. I and III.

que le hicieron concebir falsas exageraciones, viendo por sus ojos que el número total de convertidos en la India del Sur podria alcanzar apénas á cuarenta mil, y á quince mil los de la parte del Norte : fruto ciertamente escasísimo, cuando se considera haberse recogido en un campo que ofrece cien millones de habitantes, muchos cientos de misioneros protegidos por las circunstancias mas favorables que jamas pudieron presentarse á otra nacion cristiana para ejercer su propaganda, y la influencia de un Estado poderoso, que sabe hacer respetar á los individuos que sirven á sus empresas. El mismo obispo se queja « de recientes disputas nacidas entre los pastores y sus congregaciones, así como del proceder fanático y duro de los primeros (1). » Si quisiésemos extendernos en este particular, podríamos formar una recopilacion de infinitos datos que arrojan las memorias anuales que hemos citado ántes; mas el que la desee, en ellas mismas podrá encontrar la repeticion extensa de los que nosotros no hemos hecho sino indicar apénas.

Ni son mas espléndidos los triunfos de los misioneros en Ceilan, donde en vez de crecer el número de convertidos, no existe hoy ni la tercera parte de los protestantes que hubo en otro tiempo. Si en la India, *donde todas las circunstancias favorecen la propaganda bíblica*, sus frutos son tan reducidos, los que recogen los misioneros anglicanos en Siam, Persia, Turquía, Egipto y Abisinia, nadie podrá extrañar que sean desconocidos totalmente. Observaremos tan solo que despues que con tanto aplauso de las naciones protestantes fueron establecidas sociedades de *propaganda cristiana* en Inglaterra y en Escocia, sus resultados positivos para nadie son perceptibles, ni el número de cristianos en todos los países donde predican los misio-

(1) *Narrative of a journey through the upper provinces of India.* 2ª. ed., vol. III.

neros asalariados que ellas envian, excede de los individuos que componen las familias de los Ingleses europeos ó Americanos residentes en esos lugares. Miéntras tanto es verdaderamente asombroso el número de Biblias que se derraman, y asombra tambien tanto como esto el candor con que las sociedades se persuaden que todos esos ejemplares « son distribuidos entre personas que los solicitan con santo fervor y los leen con aprovechamiento. » Por lo que yo he presenciado y como yo presencian mil dia por dia, veo que no sucede así, y que las cien mil libras esterlinas que se gastan anualmente en Inglaterra y Norte-América en publicaciones del Viejo y Nuevo Testamento, son tan útiles como los sacos de oro que un hombre loco arrojase en medio del Atlántico.

Pongamos ahora al frente del resultado de los trabajos del clero anglicano en la India el que logran los sacerdotes católicos, repitiendo lo que sobre esto han informado los disidentes, cuyo testimonio citamos ántes.

« Los católicos romanos son mucho mas numerosos que los protestantes, dice uno de los obispos anglicanos, y en los distritos donde apénas se cuentan muy pocos de esta comunion, aquellos tienen muchos miles de prosélitos (1). » Segun el cálculo hecho por uno de los comités de la Cámara de los Comunes, la totalidad de católicos existentes en la península del Indostan no debia valuarse en número menor que el de seiscientos mil individuos naturales del país (2). Mas la cifra de este cálculo que se hacia en 1832 aparece mucho mayor en 1852, es decir, veinte años despues, en que llegó aproximativamente á setecientos mil el número de católicos naturales de aquel mismo país. Esta no fué obra por cierto del oro de las sociedades de propaganda de Lóndres ó de Edimburgo, que pagaban un crecido nú-

(1) Ring Rev. Dr Hever.
(2) *Colonial intelligencer*. June 1832.

mero de misioneros para cincuenta y cinco mil protestantes, ni lo era ménos del cuidado del gobierno por un número tan crecido de súbditos que le fueron siempre fieles, no por cierto; pues ni aquellas sociedades ni el gobierno británico, al distribuir sus crecidas cantidades de dinero para propagar el cristianismo en el Indostan, se acordaron que allí existian setecientos mil individuos que profesaban la fe de Cristo, de la misma manera que la profesó Inglaterra desde S. Agustin hasta la reforma, y que la defendieron sus reyes desde Guillermo I hasta Enrique VIII. Miéntras se dota con profusion obispos en Bombay y en Calcuta, gravando al Erario público con fuertes cantidades de libras esterlinas destinadas al pago de funcionarios eclesiásticos que no cuentan mas que cincuenta mil creyentes en un territorio habitado por cien millones de individuos, ni un penique se ha dado á diez y seis obispos católicos que dirigen en ese mismo país á setecientos mil fieles. Se han edificado mas de doscientas capillas anglicanas, metodistas, baptistas y puseístas, todas ellas á expensas del gobierno y en beneficio de sus súbditos; pero ninguna se ha reparado siquiera de las que con su dinero han construido los católicos, comunion inmensamente mas numerosa que todas las protestantes juntas que existen en la India inglesa. La Gran Bretaña, que tan liberal y tolerante se muestra en sus colonías del Canadá y de Australia, comete todavía otra injusticia en sus vastos Estados de la India, sancionando una desigualdad enorme en el pago que concede á los capellanes de su ejército permanente, y permítasenos citar este hecho, porque él aun prueba mejor cuán distante está la mision católica de tener ni la mas mínima parte de la proteccion que goza la propaganda protestante. Cada uno de los ministros de la comunion anglicana que sirven en el ejército recibe anualmente ochocientas noventa y una libras, mil ochenta los de la reforma escocesa, y solo setenta los de la Iglesia católica romana. Cualquiera, poniendo la mano sobre su concien-

cia, podrá decir si es justa una diferencia tan disforme (1).

No obstante, á pesar que los católicos hallaron contradicciones en vez de auxilio, é injusticia en vez de proteccion, se han aumentado y continúan aumentándose como la simiente milagrosa derramada por el padre de familia, y que produce el árbol á cuya sombra han de cobijarse todas las naciones. La propaganda católica no necesita el auxilio humano : el oro de los ricos y las bayonetas de los gobiernos no tienen influjo esencial para darle incremento; la proteccion del Cielo es su alma, y la paciencia y caridad, que dejó Cristo como herencia preciosa á sus apóstoles, el único tesoro de que vive : bien pueden los hombres perseguirla, negarle sus derechos y condenarla á morir... pero ella vivirá, porque es inmortal como El que dijo : « Yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los tiempos. » Los Jesuitas, sin mas oro ni mas poder que sus Breviarios y su palabra, y los Capuchinos, descalzos y cubiertos de un hábito grosero, han alcanzado en la India victorias que no reportan mil ministros protestantes auxiliados con el poder y el oro de la Gran Bretaña.

Concluiremos nuestras observaciones acerca de la propaganda protestante de Malta con una consideracion sobre el obispo á cuya direccion está confiada. Un obispo anglicano para una poblacion eminentemente católica parece delirio, pero es un delirio que la Inglaterra realizó al crear un prelado cuya jurisdiccion es vastísima, y comprende territorios tan distantes unos de otros como Gibraltar, Malta y Corfú. Para servir una diócesis tan dilatada y dividida por las aguas del Mediterráneo son necesarias sin duda una movilidad continua y una actividad á toda prueba. El obispo á quien se ha confiado no ha tenido ocasion de dar pruebas de poseerla, pues su ministerio no se necesitó en Corfú,

(1) Véanse los estados presentados al comité de directores de la Compañía de Indias por el Sr Cosme Melville. 1851.

donde la guarnicion inglesa se cambia con frecuencia, ni en Malta sino para imponer alguna vez las manos á sus seminaristas que marchan á Calcuta : su residencia ordinaria es en Lóndres, y solo alguna rara vez ha dado vuelta á su Iglesia, tan vasta en territorio como escasa de creyentes.



CAPÍTULO XXII.

Efectos de la revolucion en Sicilia. — Esplendor de los monumentos religiosos de Nápoles. — La sangre de san Jenaro. — El clero y sus seminarios. — Moralidad. — Instituciones de beneficencia. — Bibliotecas. — Los manuscritos de santo Tomas de Aquino. — Reflexion sobre las ruinas de Pompeya y Herculano.

Las costas de Sicilia, dibujadas por la mitología con bellos colores, inmortalizadas por Virgilio con tantas escenas poéticas y llenas de recuerdos de los Cartagineses y Romanos, llevan hoy estampados otros recuerdos ni poéticos ni hermosos, sino al contrario repugnantes para el que los medita, y dolorosos para los que sienten sus efectos. Al grito de revolucion, Palermo, Mesina y todas las poblaciones importantes de Sicilia fueron invadidas por una muchedumbre de aventureros que codiciaban la fortuna de los demas y se apoderaban de los empleos de la nacion como de propiedades que les perteneciesen; emancipaban al pueblo del yugo de uno para imponerle el de muchos, destruían las leyes sancionadas con madurez para dictar otras nuevas acordes con sus propios intereses, y obligaban por la fuerza á conformarse con sus resoluciones despóticas al mismo tiempo que proclamaban la libertad. Estas inconsecuencias, de que por desgracia tantos ejemplos ha recibido nuestro siglo, forman especialmente la crónica de las revoluciones de Italia en 1848. Las impresiones funestas que dejan en los pueblos son para estos tanto mas dolorosas cuanto les colocan mas

distantes de alcanzar aquella libertad que servia de pretexto para pisotear las leyes á los que persiguieron ciudadanos indefensos, impusieron nuevas contribuciones, arrebataron los bienes de las iglesias, violaron las garantías de los ciudadanos, y se constituyeron en verdaderos tiranos de los pueblos. Este es el primer efecto que produjo la revolucion de Sicilia; los otros son mas fáciles de percibirse en las ciudades de la costa bombardeadas, en el comercio arruinado y en los campos sin cultivo.

Habia yo calculado llegar á Nápoles ántes del 19 de setiembre, dia en que sucede la liquefaccion de la sangre de S. Jenaro, y efectivamente me encontré en aqualla ciudad tan célebre por su esplendor el 15 al anochecer. El espíritu religioso que desde muy atras ha distinguido á los Napolitanos, se manifiesta en esa multitud de templos magníficos adornados con soberbias estatuas y ricos mármoles que se encuentran en todos sus barrios, en todas sus calles, á cada paso, y de todas las edades y de todos los siglos, desde el tiempo de Constantino el Grande hasta nuestros dias. No ménos que la grandeza de estos sorprende la suntuosidad con que se oficia en todos ellos.

Mucho se ha escrito y mucho mas se ha hablado sobre la liquefaccion de la sangre de S. Jenaro; y hombres eminentes por su saber y de crítica sólida y juiciosa, han llevado sus investigaciones para averiguar el orígen de este hecho sorprendente hasta el último grado (1). Yo no entraré en averiguacion de ningun género, y referiré simplemente lo que he visto. Á las siete de la mañana me dirigí á la famosa catedral de San Jenaro, y aunque con gran trabajo, pude colocarme pegado al altar en que debia hacerse la liquefaccion. Los canónigos condujeron hasta este en procesion una caja pequeña de plata, que fué abierta con tres llaves, de las cuales una tenia el dean, y las restantes dos personas,

(1) Véase la coleccion de los *Bolandos*. 19 de setiembre.

una del gobierno y otra de la nobleza. Abierta la caja en presencia de todos, el dean sacó de ella una ampolleta de cristal, engastados en oro sus cantos, y despues de haber dejado ver durante una hora la sangre del santo coagulada y seca enteramente, la puso sobre la mesa del altar, donde estaba colocada la cabeza de S. Jenaro en una rica estatua de oro y plata que representa al mismo santo. Los clérigos rezaron los salmos penitenciales, las letanías y otras preces de la Iglesia, miéntras que una multitud de extranjeros de todas las naciones europeas, agolpados sobre el altar, no quitaban la vista de la ampolleta; média hora pasó en esta expectativa, y yo, mirando á muchos curiosos que, no contentos con haber subido la grada del altar, tenian la mitad de su cuerpo sobre este, recordé frecuentemente aquel dicho: «Esta generacion quiere ver prodigios, y no se le concederá otro que el del profeta Jonas;» pero la perplejidad cesó al fin, y la sangre comenzó á liquidarse con lijereza, hasta quedar como la que vierte un hombre vivo cuando recibe en su cuerpo alguna lastimadura. Yo veía esto con mis ojos, lo veían todos, del mismo modo que yo, y no podia presumirse ninguna superchería desde que el proceder estaba sujeto á la inspeccion universal. *El milagro está hecho*, dijo el oficiante, y tomando en sus manos la ampolleta, la dió de nuevo á besar á cuantos quisieron ó pudieron acercarse. La impresion que esto produjo en los extranjeros que observaban no sé cuál sería: á un Inglés, que se encontraba á mi lado, oí que decia á su compañero: «Yo he visto el hecho, y no admite duda alguna.» Por lo que hace á mí, tampoco la tenia; y puedo repetir lo que un célebre literato escribió á este mismo respecto: «Por mas atencion que puse en observar la operacion de aquel milagro, no pude descubrir posibilidad de engaño, ni de causa natural capaz de contribuir á tal efecto. La gritería, la libertad de los circunstantes, la condescendencia de los sacerdotes que acompañan á la operacion del milagro, es verdad que res-

frian la devocion, no solo de los que acuden por mera curiosidad, como ordinariamente sucede, sino aun de los que tienen las mejores disposiciones interiores (1). » El repique general de campanas anunció al pueblo que la sangre de S. Jenaro se habia liquidado, y el arzobispo á la cabeza de su clero la condujo en procesion de la capilla á la basilica, donde quedó expuesta toda la octava, concluida la cual volvió á su estado natural.

Algunos viajeros ponderan la disolucion de costumbres que dicen reinar en Nápoles como en ninguna otra ciudad de Europa. Para conocer la inexactitud de este juicio, basta comparar las notas estadísticas de otras grandes poblaciones de Europa y de América que se encuentran en el mismo caso que Nápoles. « Los que viajan preocupados por ideas que les fueron inspiradas, y recibieron con entusiasmo, sin atreverse siquiera á dudar de su verdad, viven casi siempre engañados : por eso jamas debemos emitir un juicio sino despues de haber buscado la verdad en su fuente, » escribia un filósofo.

El clero de Nápoles es numerosísimo, y para su instruccion existen varios grandes y pequeños seminarios en diversos puntos del reino. De los primeros visité el de Nápoles, dirigido por religiosos de la Compañía de Jesus, y sus programas de estudios tienen proporciones muy vastas, y que realizadas no podrán ménos que formar un clero ilustrado y digno del alto ministerio que está llamado á ejercer. De los segundos he visitado varios, pero el que me dejó recuerdos mas satisfactorios fué el de Morfeta sobre la costa del Adriático. Este excelente establecimiento no solo tiene completas todas las clases que necesita para formar eclesiásticos de provecho, sino aun todas las conveniencias que podria proporcionar un buen colegio de Francia ó Inglaterra para los estudios de la física. Posee una biblioteca copiosa,

(1) Abate Andres, carta XII.

un museo de historia natural y profesores de diversos idiomas antiguos y modernos. He dedicado estas pocas líneas á dos seminarios establecidos en las costas opuestas del reino de Nápoles, para que sirvan de refutacion á las que escribiendo otros, pintaron injustamente con pálidos colores la instruccion del clero napolitano. Añadiré todavía que este clero siendo numeroso da anualmente muchos individuos para las misiones de Propaganda, y en Moldavia, en Palestina y en Egipto he encontrado yo un número muy considerable de ellos.

En ningun país del mundo tanto como en Italia son necesarios los establecimientos de beneficencia, pues por la influencia del clima el pueblo no tiene hábitos de trabajo; y consuela verdaderamente encontrar abiertos por la caridad tantos cuantos pueden necesitar las miserias de sus numerosas poblaciones. En Nápoles existen excelentes hospitales servidos con ese esmero que distingue á las Hermanas de la caridad; y visitando yo el que llaman *Hospital Real*, por tener su orígen en la munificencia de los soberanos, que lo dotaron con sus rentas, no pude ménos que admirar el espectáculo que presentan quinientos enfermos, servidos con tal esmero y caridad como si fuese uno solo. En las dos casas de niños expósitos, confiadas á congregaciones religiosas, noté el mismo cuidado que en los hospitales; y en los talleres establecidos para enseñar algun oficio á cada huérfano, ví colocados como maestros artistas venidos de países extranjeros para formar útiles artesanos. El hospicio para pobres, uno de los edificios de caridad mas vastos en Europa, ha sido reputado tambien durante mucho tiempo como uno de los establecimientos mas bien administrados; hoy si ha decaido, el motivo fueron los trastornos políticos del reino, la dominacion de un príncipe extranjero y el menoscabo que sufrieron durante la revolucion todos los bienes pertenecientes á instituciones piadosas. Considerando la larguísima fila de ventanas, la interminable muralla de

su frente, sus infinitos corredores, sus grandiosas escaleras, sus vastísimas oficinas y sus infinitos aposentos, se puede apreciar la grandeza del plan que presidió en la realizacion de esta obra, que puede llamarse verdaderamente *régia.*

Visitando las numerosas bibliotecas de Nápoles, en la de los PP. Dominicos tuve en mis manos con harta complacencia algunos manuscritos de un genio extraordinario, que levantándose en el siglo trece á una altura inmensa sobre todos los hombres de su tiempo, desembrollando, añadiendo, clasificando é ilustrando, sacó como de una indigesta mole el cuerpo de la verdadera ciencia. « Santo Tomas de Aquino, decia Bálmes, es sin contradiccion uno de los entendimientos mas claros, mas vastos y mas penetrantes con que puede honrarse el linaje humano. Siendo su mérito tan esclarecido, parece á veces que estuvo mal colocado en el siglo trece, y como que uno se duele de que no viviera en los posteriores para disputar la palma á los hombres mas ilustres de que puede gloriarse la Europa moderna. Sin embargo, cuando se reflexiona mas profundamente, se descubre ser tanta la extension del beneficio dispensado por él al entendimiento humano, se conoce tan á las claras la oportunidad de que apareciese en la época en que vivió, que el observador no puede ménos de admirar los profundos designios de la Providencia.

» ¿Qué era la filosofía de su tiempo? La dialéctica, la metafísica, la moral ¿adónde hubieran ido á parar en medio de la torpe mezcla de filosofía griega, filosofía árabe é ideas cristianas? Afortunadamente se presentó este grande hombre : de un solo empuje hizo avanzar la ciencia en dos ó tres siglos.... y alcanzando una superioridad indisputable, hizo prevalecer en todas partes su método y su doctrina, se constituyó como centro de un gran sistema, al rededor del cual se vieron precisados á girar todos los escritores escolásticos, reprimiendo de esta manera un sinnúmero de extravíos, que de otra suerte hubieran sido poco ménos que inevitables.

Halló las escuelas en la mas completa anarquía, y él estableció la dictadura, dictadura sublime de que fué investido por su entendimiento de ángel, ennoblecido y realzado con su santidad eminente. Así comprendo la mision de santo Tomas, y así la comprenderán cuantos se hallan ocupados en el estudio de sus obras... Este hombre era católico, y es venerado sobre los altares en la Iglesia católica; y sin embargo su mente no se halló embarazada por la autoridad en materias de fe, y su espíritu campeó libremente por todos los ramos del saber, reuniendo tal extension y profundidad de conocimientos que parece un verdadero portento, atendida la época en que vivió. Raciocinó mucho, pero se conoce que desconfía de la razon con aquella desconfianza cuerda que es señal inequívoca de verdadera sabiduría. Hizo servir para la defensa de la Religion la filosofía de su tiempo, y en sus obras se encuentran á cada paso trozos tan luminosos sobre los puntos mas complicados de ideología, ontología, cosmología y psicología, que parece estamos oyendo á un filósofo que escribiera despues que las ciencias han hecho los mayores adelantos. En su tratado de leyes y de justicia se nota tanta solidez de principios, tanta elevacion de miras, un tan profundo conocimiento del hombre, que no asentarian mal en las mejores obras de legislacion que se han escrito en los tiempos modernos. Sus tratados sobre las virtudes y vicios en general y en particular agotan la materia; y bien se podria emplazar á todos los escritores que le han sucedido para que nos presentasen una sola idea de alguna importancia que allí no estuviese desenvuelta ó al ménos indicada. Lo que brilla sobre todo en sus obras, y esto es altamente conforme al espíritu del catolicismo, es una moderacion, una templanza en la exposicion de las doctrinas, que si la hubiesen imitado todos los escritores, á buen seguro que el campo de las ciencias se hubiera parecido á una academia de verdaderos sabios, y no á una ensangrentada palestra donde combatian encarnizada-

mente furibundos campeones. Es tanta su modestia que no recuerda un solo hecho de su vida privada ni pública; allí no se oye mas que la palabra de la inteligencia que va desenvolviendo sosegadamente sus tesoros; pero el hombre, con sus glorias, con sus adversidades, con sus trabajos y con todas esas vanidades con que nos fatigan generalmente otros escritores, todo esto allí desaparece (1).» Todas estas ideas recordaba revolviendo las preciosas fojas en que el admirable sabio sancionó, por decirlo así, las leyes que habian de dirigir al entendimiento humano para correr sin vacilar la carrera oscura y difícil de las ciencias. Estos manuscritos pertenecen á sus libros luminosos de teología y controversia. La habitacion donde elaboró obras tan admirables está al lado de la biblioteca, trasformada en una pequeña capilla.

Despues de tener en mis manos aquellas páginas que recuerdan las brillantes apologías con que el Doctor angélico vindicó la santidad sublime del cristianismo, los vicios del paganismo que representan al vivo las ruinas de Pompeya y Herculano me parecian todavía mas repugnantes. Porque, en efecto, los restos de pinturas que allí vemos en los templos de los ídolos, los aposentos de los sacerdotes paganos y las estatuas indecentes de los falsos dioses hacen pasear la imaginacion por campos donde reinan la sensualidad, la disolucion y la avaricia llevadas hasta el refinamiento mas excesivo de que es capaz la corrupcion. La pureza sublime del Evangelio jamas parece tan santa é hija del Cielo como cuando se la contempla teniendo delante los vicios autorizados por la religion de Vénus y Cupido, y estimulados por las ascenas lúbricas á que se entregaban mezclados con el pueblo los sacerdotes de aquellas divinidades; y la verdad de la doctrina que Jesucristo enseñó á los hombres se aprecia mas cuando se observan los embustes que desterró del mundo, y cuyas trazas percibimos claramente en el templo

(1) *El protestantismo*, etc., tomo II.

de Isis. Pero esta religion de tinieblas que autorizaba lances tan repugnantes á la dignidad del hombre, que ajaba y degradaba, por decirlo así, no ha perdido todavía todos sus afiliados. En nuestro siglo, y en el seno mismo de las naciones civilizadas, se encuentran hombres que á una señal correrian á levantar los muros arruinados de los templos de Isis y de Vénus, se juzgarian ilustrados cuando doblasen sus rodillas delante de los simulacros y cumpliesen delante del mundo atónito las ritualidades degradantes de aquel culto. Las orgías inmundas de que tantos vestigios nos conserva la *Historia de la revolucion francesa*, la secta de Mourmon que se propaga en los Estados Unidos y la de los Hermanoscristianos que principia á extenderse en Alemania, garantizan bien nuestro juicio. La historia del género humano y la experiencia de nosotros mismos demuestran que el hombre abandonado á su razon, sin capacidad para elevarse, no hace mas que descender, y sin luz ni conocimiento para distinguir lo bueno de lo malo, marcha á ciegas y tropezando hasta caer en el abismo de la degradacion que nos recuerdan los templos y las estatuas de Pompeya. Pero sin embargo de esta evidencia, séame permitido expresar una observacion hecha en muchas ocasiones. Los hombres que están plagados de aquella ceguedad dolorosa, esos mismos que desearian ver renovadas las escenas vergonzosas de las ritualidades paganas, alzan el grito para llamar ignorante á la infinita mayoría de personas sensatas é ilustradas que les condenan como corrompidos; y acusan de intolerancia y despotismo á las autoridades, porque les persiguen como perjudiciales á la moral pública. Esto, á mi ver, no puede ser sino efecto del extravío de su razon; pues condenar como hijos de preocupaciones los anatemas de los pueblos y de sus magistrados, de la religion y de las leyes, y querer que á despecho de todos prevalezca su juicio y el de un estrecho círculo de hombres que adolecen de sus mismos defectos, parece realmente insensatez. Cuando así

pensais; podemos decirles, sois ciegos, porque no veis el espíritu del mal que se pasea sobre vuestro corazon, agitado por las furiosas tormentas de vuestras pasiones; ciegos, porque un vértigo incomprensible se ha apoderado de vuestras cabezas, y en medio del delirio que os produce, juzgais ver camino llano donde existen horrendos precipicios, y prados amenos en las cuestas escabrosas. Sois ignorantes, porque llamais virtudes á los vicios y apreciais el mal real como verdadero bien; é ignorantes tambien, porque vuestro entendimiento, confundido en un abismo de tinieblas, lo mismo que la tierra en el dia de su creacion, vaga perdido acá y allá, sin divisar ni un rayo de luz que brille para redimirlo del espantoso cáos que lo encierra. Cuando aquel aparezca, entónces vosotros mismos, horrorizados reprobando la obra de vuestras manos, daréis un paso atras y alzaréis un grito para unir vuestra voz á la del género humano ilustrado por la fe.







J. BALMES

CAPÍTULO XXIII.

España. — Su aspecto despues de la guerra civil. — Situacion religiosa. — Ojeada sobre las causas que la agravan. — Consecuencias deplorables. — Influencia de la revolucion sobre el clero. — Bases ilegales presentadas para su reforma. — Mision de los regulares en España. — ¿Quiénes son sus enemigos? — Reforma de las comunidades. — ¿Por qué no se hizo? — Una reflexion. — Impresiones en Pedralvez y Monserrate. — Los revolucionarios no respetan las artes, las ciencias, ni el dolor. — Manresa, cuna de los Jesuitas. — ¿Por qué temen á estos? — Consecuencia lógica.

La vida de los pueblos, como la de los individuos, ofrece una mezcla de hechos brillantes unos, sombríos otros, gloriosos aquellos y vergonzosos estos para sus autores. La España, cuyo pabellon dominó todos los mares, cuyos atrevidos capitanes surcando océanos desconocidos abrieron paso para un Nuevo Mundo, y cuyas armas manejadas por ejércitos de héroes conquistaron regiones tan dilatadas, que pudo decirse con verdad que «jamas se ponia el sol en los dominios de Cárlos V;» España, repetimos, cuyos monarcas fueron estimados como modelos de valor, prudencia y liberalidad, cuyo poder temieron todas las naciones de la tierra, y cuya amistad se disputaban á la vez la Francia y la Inglaterra, no ha quedado exenta de aquella fatal necesidad á que somete á los Estados y á sus individuos, á las naciones y á sus gobiernos, la miseria inseparable de cuanto tiene relacion con el hombre. Causas mil reunidas á la vez influyeron en su descenso gradual; todo el mundo las veia y las

deploraba, miéntras que fué ella la última en conocerlas, y cuando quizá era tarde para aplicar al mal remedios oportunos. Otros las han señalado, y yo no las repetiré, ofreciendo en mi silencio una muestra de respeto á mi antigua madre, para mí tanto mas interesante cuanto mas perseguida por la adversidad. Séame permitido, sí, consignar aquí mis observaciones escritas del modo respetuoso con que el hijo presenta á sus hermanos las desgracias de la comun madre, para que les sirvan de escarmiento. No me ocupan sus luchas políticas, ni los partidos encarnizados que forman de su bello territorio un vasto campo de batalla; su situacion moral y religiosa es lo único que interesa á mi propósito.

Para recoger mis notas, he atravesado Cataluña, he visitado el reino de Valencia, y conozco la Andalucía, las Castillas, Galicia y las Provincias Vascongadas, que fueron durante tantos años uno de los principales teatros de la guerra civil. Las trazas de esta bien se dejan percibir todavía en toda la Península; pero mas patentes están los vestigios de otros combates que mancharon el Santuario convertido en blanco de furor por la plebe alucinada, y que obraba bajo impresiones no difíciles de inspirar á una multitud propensa á exaltarse, y sin instruccion suficiente para apreciar las cosas por sí misma. Ruinas de monasterios y de templos, trazas de establecimientos que sostuvieron las congregaciones religiosas, lugares manchados con sangre inocente vertida en momentos de furor impío, multitud de hombres condenados á vivir en la miseria, y sus bienes puestos en manos extrañas, enriqueciendo á los que no los adquirieron con el sudor de su rostro, ni con el talento y actividad de su industria; ved ahí lo que he visto en todas partes. He encontrado los templos convertidos en teatros, trasformados en posadas los monasterios, en plazas públicas los que fueron claustros silenciosos, y en haciendas de particulares circundadas con gruesos muros los huertos y campos de los

monjes, que estuvieron siempre abiertos para el pobre que ganó en ellos el sustento.

Atendido el principio religioso dominante despues de tantos siglos en España, tal espectáculo indica un gran trastorno, un cambio de ideas, en una palabra, una verdadera revolucion: y en efecto, esta es la que habrá de lamentar la España durante tantos años cuantos necesita para curar las hondas heridas que han abierto en la conciencia y en la moral del pueblo los principios propagados durante la revolucion. Los que en los actos que publican aquellos atentados no quieren ver mas que la exaltacion de pocos individuos preparados por impíos y revolucionarios, y cuya consecuencia, aunque sensible, no ha sido trascendental al pueblo, se equivocan. Aun cuando la mayoría de los Españoles mirase con horror los lances sangrientos de julio de 1834, ocurridos en Madrid, Reus, Barcelona, Valencia, Murcia y en otras ciudades de la Península, no obstante el escándalo recibido por gentes acostumbradas á acatar religiosamente su fe y cuanto con esta tiene relacion, la intolerancia impasible que mostró el gobierno, y la sancion que les dió suprimiendo los institutos monásticos, y apoderándose de los bienes de la Iglesia, desviaron la conciencia de ese mismo pueblo, revelándole que los atentados que miraba como sacrílegos no tenian tanta gravedad, y que por consiguiente el principio que le enseñaba á respetar lo que tiene relacion con la fe puede variarse, ni mas ni ménos que todo lo que es invencion humana. Este es el mal profundo que deja sentirse en España, y que, dia por dia cundiendo cual gangrena que corrompe y disuelve los miembros del cuerpo humano, prepara nuevos elementos de desórden religioso y disolucion social. El mundo conoce hasta dónde llegó la extension del trastorno que presenta violados los templos, usurpados los bienes de las iglesias, aplicados los eclesiásticos al servicio militar, confinados los obispos que rehusaron someterse á disposiciones ilegales, é instituidos

en el gobierno de las iglesias hombres que carecian de jurisdiccion legítima para gobernarlas. Tal estado violento cesó en parte despues del concordato de 16 de marzo de 1851; pero sus consecuencias eran difíciles de repararse, y se sienten y sentirán cada vez con mas violencia, hasta que estén llenos los vacíos que dejaron los atentados cometidos por el espíritu revolucionario.

¿Quién desconoce que la falta de instruccion se siente hoy especialmente en los campos, donde el pueblo bajo concurria ántes á recibirla en los monasterios y en las escuelas de los curas? ¿quién desconoce que en esas escuelas, aun cuando así atrasadas y semibárbaras, como quieren suponerlas los modernos reformadores de la España, se aprendian siquiera los conocimientos que son indispensables al hombre, aquellos que forman su conciencia, ilustran su fe y le enseñan á llenar los deberes que tiene para con la sociedad á que pertenece? ¿y quién desconoce, en fin, que para los setenta mil individuos que educaban gratúitamente los frailes en sus escuelas y monasterios, no se han abierto otros establecimientos que les reciban despues que desaparecieron aquellos? Y si léjos de combatirse la ignorancia, elemento el mas activo para acarrear toda suerte de males sobre las naciones, se la protege, si decirse puede, ¿se habrá removido el primero y principal de los que carcomen el corazon de la nacion española? Una experiencia harto dolorosa ha demostrado á los gobiernos que la Religion es la base única sobre que puede descansar la felicidad de los pueblos; que todo apoyo cuyo fundamento no sea la conciencia, no es mas que cimiento cavado en arena movediza y sin fuerza para resistir ese choque constante producido por los intereses opuestos que combate las instituciones de los pueblos. Los compromisos políticos, las relaciones personales, los antecedentes de familia, los vínculos mismos de la gratitud y del deber no son ordinariamente mas que simulacros; y hoy distan mucho de recibir los inciensos que les tributó,

especialmente en España, una hidalguía llevada hasta la exageracion. La conciencia ilustrada por la fe es la única que puede dar garantías, y por eso las sociedades que la abandonaron no presentan esperanzas de seguridad ni de paz. « En pos de los sofismas vienen las revoluciones, y tras de los sofistas los verdugos, » decia un diplomático esclarecido (1).

Aquel elemento inapreciable, á pesar de los golpes mas recios que podia recibir, se ha salvado en España, es verdad; el dogma católico que hiciera el blason glorioso de la noble España se ha salvado, repetimos, pero del mismo modo que el ejército vencedor, despues de haber luchado con un enemigo astuto, que le disputa palmo á palmo la posesion del campo y divierte sus fuerzas con mil maniobras ingeniosas y atrevidas; venció, pero estropeado, debilitado y extenuado por lo largo del combate y lo caro de la victoria. Esas escenas del furor impío que arrasó iglesias y conventos, esa apatía de las autoridades que vieron sin conmoverse las profanaciones del Santuario, ese desprecio que arrojó la prensa sobre las cosas santas, esa Religion que ofreció en todas partes á los ojos del pueblo espectáculos humillantes para la fe y conciencia católicas, no podia ménos que dejar profundas heridas en el corazon de ese mismo pueblo; estas son las que piden remedio, y este remedio no se aplica : el mal toma cada dia mayores proporciones, la conducta de la muchedumbre bien lo dice, y sus efectos los percibe todo el mundo. Esa España, que dominó todos los mares y dictó leyes en el Viejo y Nuevo Mundo, luchando con mil elementos de desórden que lleva en sus entrañas, se ahoga mas en la tormenta que le causan sus males domésticos, que en algun huracan suscitado por los intereses de enemigos extraños; mas en las aguas borrascosas que congregó el furor

(1) *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, cap. 1. (Donoso Cortés.)

anárquico de reformadores sin fe, que en una de esas tempestades que forman frecuentemente las luchas de soberanos que se disputan al frente de ejércitos aguerridos el derecho de imponer su voluntad sobre los pueblos. Bien podíamos agregar otras causas que obran particularmente en la situacion de España: un carácter fuerte y difícil de retroceder, una constancia á toda prueba en las empresas que se propone, y esa presuncion á nada comparable que se percibe regularmente en los individuos, hacen mas grave el principio de sus males, como tambien mas difícil su curacion. La multitud debemos convenir ademas que no estaba preparada para recibir las ideas nuevas que le predicaban sus reformadores; fué por eso mismo fácil para creer y fácil para obrar bajo sus primeras impresiones.

Las consecuencias de aquellos mismos atentados aprovecharán, es verdad, á la reaccion religiosa que puede salvar la España del abismo en que se hunde. Un pueblo que se ve engañado por los pretendidos reformadores, que le incitaron á los atentados sacrílegos de 1834; que ve convertida en beneficio de pocos individuos la riqueza inmensa que formaba la masa de bienes eclesiásticos, y que echa ménos al mismo tiempo el auxilio que le proporcionaban sus legítimos poseedores; que siente aumentarse progresivamente el peso de las contribuciones, sin que el producto de aquellos influya para disminuirlas ni un ápice; que ve á sus hijos privados de instruccion, porque las escuelas y las casas de educacion no se aumentaron á la vez que eran suprimidos los instituitos regulares que la concedian gratúitamente; y en fin, que acosado muchas veces por la indigencia va á tocar la puerta de sus instigadores y consejeros, que viven en la opulencia, y recibe un duro rechazo; ese pueblo, repetimos, conoce que ha sido engañado, y duro por carácter y altivo por efecto de este mismo, concibe una aversion profunda contra los que le hicieron servir de instrumento para labrar su propio mal. De aquí nacen tantos

odios profundos que abrigan corazones donde en otro siglo vivieron sentimientos los mas nobles y resoluciones las mas caballerescas. Los instigadores de las asonadas impías temen el furor de esa misma muchedumbre que conmovieron, y que les ve gozando propiedades que en otro tiempo contribuian al bienestar general. Yo he advertido varios hechos que me hacen conocer la verdad de esta observacion. Pero es claro que á la administracion toca aprovechar tan favorables circunstancias que se le ofrecen para salvarse del precipicio adonde la conduce la anarquía. Los pueblos mas duros por carácter se hacen dóciles y fáciles de dirigir, cuando la administracion que los rige procura con celo remover las causas que hacen mala su situacion. ¡Oh, qué campo tan vasto encontraria el gobierno español para ganarse la confianza y el amor de la nacion, si enderezase sus cuidados á ese objeto!

Entre los muchos efectos deplorables que sus trastornos políticos acarrearon á la España, el clero es uno de los cuerpos que los sintieron mas de cerca y desde muy atras. Enrolado un número considerable de sus individuos en las filas de los ejércitos en diversas épocas de la guerra civil, y premiados con piezas eclesiásticas sus servicios militares, no pudo conservar toda la dignidad y noble independencia propia del sacerdocio. Bien pudo cada cual tener sus convicciones, bien pudo sostenerlas con su influjo y su palabra, si las creía justas; esto no es vedado al ministro de Dios, siempre que no pase mas allá de las vias pacíficas. Desgraciadamente sucedió en España todo lo contrario, y operada una reaccion con la vuelta de Fernando VII al trono como monarca absoluto, la influencia de aquel abuso se dejó sentir demasiado sobre el clero. El mal ha sido todavía mas grave, cuando suprimidos los institutos monásticos en 1835 fueron expulsados de sus claustros, y puestos en la calle millares de religiosos sin ocupacion que les entretuviese honestamente, ni renta de que vivir. Los que dejaron correr

su pluma para tiznar al clero español legitimando la reforma irregular que pretendió introducir la regencia durante la menor edad de Isabel II, no han tomado la historia de esos males que abultaban desde su verdadero principio, y exagerando sus consecuencias han olvidado sus causas verdaderas. El orígen de los defectos que se han echado en cara al clero estuvo en el gobierno, que tantas veces se constituyó juez en materias que competian á los obispos; en el gobierno, que ponia coto á las disposiciones del Pontífice que tendian á reformar los abusos; y en el gobierno, que legislaba sobre el sacerdocio con tanta libertad como pudiera hacerlo sobre el ejército.

Cuando en medio de esas agitaciones convulsivas que sacudieron la Península en nuestro tiempo, las cortes procedieron á reformar el clero, no fué de una manera legal, y por lo mismo ningun provecho podian poducir sus disposiciones. Las cortes de 1834, marchando por el mismo camino que trazaron las de 23, decretaron la reforma; y la reina gobernadora, órgano de su voluntad, reprodujo en las instrucciones dadas á los miembros de una junta comisionada para discutirla, los artículos de la famosa constitucion civil del clero frances, condenada por Pio VI. No era esta la manera de proceder legalmente; y por eso, repetimos, todas esas medidas, léjos de abrir camino al clero para llenar con dignidad el ministerio que está llamado á ejercer, le arrebataron los medios; léjos de reformarlo, lo destruyeron, y léjos de darle vigor y vida, lo aniquilaron. ¿Á qué le vemos reducido hoy? Los hechos lo dirán mejor que las palabras: sin recurso para vivir, porque sus rentas, que no habian sido donaciones del gobierno sino de los particulares, le fueron secuestradas; para no morir de hambre, tiene que procurarse arbitrios á fin de adquirir su subsistencia; sin seminarios suficientes para instruirse, no será extraño que los que se formen en lo sucesivo no tengan toda la ciencia que necesita el sacerdote, especialmente en

la época que atravesamos; y sacada una multitud de sus miembros de los claustros, donde su disciplina estaba sometida á una regla fija y á la vigilancia continua de superiores que vivian entre ellos mismos, tampoco creemos difícil que algunos relajen el fervor propio de la vida sacerdotal. ¡Ved ahí el resultado de la reforma del clero español! La naturaleza de este escrito no me permite profundizar una materia sobre la que podria formar muchos volúmenes.

Todos los institutos regulares tenian en España su mision particular, y todos la llenaron, preciso es confesarlo, con mayor ó menor exactitud, con mayor ó menor celo. El curso de los siglos fué haciendo desaparecer las causas que dieron motivo á la institucion de algunas, esto tambien es cierto; pero sus individuos fueron aplicados á los ministerios generales del sacerdocio cristiano, de modo que su existencia fué siempre útil á la sociedad, que reconoció alguna vez sus servicios, y á la Iglesia, que supo siempre apreciarlos. Esos cuerpos no eran inútiles ni formados de miembros muertos, sino útiles á la Religion, porque sus individuos estaban consagrados al culto de Dios y vivos para el ejercicio de las virtudes perfectas del cristianismo; y útiles á la sociedad, que en ellos aseguraba la enseñanza, la predicacion, la hospitalidad y la práctica de las obras de misericordia. Todos mantenian escuelas públicas de primeras letras; daban ocupacion en sus casas, en sus templos y en sus establecimientos á maestros y oficiales de todas las artes, mantenian innumerables fábricas que se ocupaban de elaborar los paños y las telas de sus hábitos, artesanos, labradores y mendigos hallaban recurso en sus monasterios; y con datos positivos se puede afirmar que treinta mil religiosos que existian en España, proporcionaban subsistencia á trescientos mil Españoles. Los que piden al hombre acciones positivas no pueden desconocer estas tan manifiestas y palpables que dejaron sentir los institutos religiosos en España. Los que experimentaron los efectos de esta benefi-

cencia aun viven, y el recuerdo continuo que hacen de sus bienhechores es la mas brillante apología que de los religiosos españoles puede hacerse. Por otra parte, á pesar que la mano inexorable de la revolucion nada respetó, y que el puñal y la tea incendiaria iniciaron la obra sacrílega que consumó despues una ley injusta, la España está sembrada todavía de preciosos monumentos, honra de las artes, hermosura de sus pueblos y verdadera prueba del talento y del poder humano, capaces de ejecutar obras tan atrevidas como S. Pablo de Valladolid, la cartuja de Miraflóres, el famoso monasterio de las Huélgas, la célebre abadía de Monserrate, los claustros de Pedrálvez, S. Pedro de Cardeña y tantas otras que salvaron de la ruina general que abismó á las órdenes monásticas, á sus conventos, monasterios é instituciones. La España no verá alzarse ya monumentos tan primorosos, tan valientes, tan acabados como estos que levantaron los regulares con esplendor de la nacion, con honra de las artes y provecho de mil artistas, cuyo ingenio y conocimiento encontraron allí su recompensa. Quien haya mirado con indiferencia estos inmensos edificios medio arruinados, sin evocar de la tumba las sombras de los cenobitas que vivieron y murieron allí; quien recorra friamente los corredores y estancias de esos conventos demolidos, sin que se agolpen en su mente interesantes recuerdos; quien sea capaz de fijar su vista sobre esos trabajos prolijos sin alterarse, sin que en su alma se excite siquiera la curiosidad de examinar; « bien puede cerrar los anales de la historia, bien puede abandonar sus estudios sobre lo bello y lo sublime; para él no existen ni fenómenos históricos, ni belleza, ni sublimidad: su entendimiento está en tinieblas y su corazon en el polvo, » decia el inmortal Bálmes.

« Los claustrales, se ha repetido, necesitaban reforma; su disciplina no era la fervorosa de los primitivos monjes, ni su celo obraba los prodigios que el de san Bernardo, santo Domingo y san Ignacio de Loyola; se mezclaban con fre-

cuencia en negocios extraños á su profesion, se introducian en los palacios, hacian sentir su influencia en la política, y su vida vino á ser perjudicial ántes que provechosa para el pueblo.» Cuando en 1834 se hacian estos cargos contra los institutos monásticos de España, se repetian los que se hicieron allí mismo en 1823, los que se repitieron en Francia al iniciarse la gran revolucion, y los que han repetido en todo el mundo los enemigos del monacato. Pero si observamos ántes que la causa de los males del clero se encontraba en el mismo gobierno que estorbaba las medidas legales que hubieran producido su esplendor, é impulsaba cuanto produce efectos contrarios, la de la decadencia de los regulares no debe buscarse tampoco en distinto orígen. El gobierno español, que procuró establecer en su corte el centro de cada uno de los institutos extendidos en sus dominios, separándolos de esta manera del único que deben tener; que no permitia á sus jefes comunicarse directamente con los superiores de Roma sino por el ministerio de Estado, ni ejecutar las prescripciones de aquellos sino despues de haberlas revisado, modificado y aun reglamentado á veces; que se constituía juez en sus cuestiones, arrogándose derechos que competen á funcionarios de distinto órden, fué la primera y principal de las causas que influyeron en la relajacion de su espíritu religioso. Cuando observo á los reyes dictando providencias para hacer brillar la observancia entre los claustrales de sus vastísimos Estados de Europa y de América, repartiendo órdenes y dando reglamentos para este efecto á sus vireyes y capitanes generales, he creido que sus medidas ni eran eficaces ni eran acertadas, y que dando mas bien un paso atras, debieran haber renunciado esa autoridad que ejercian solo de hecho, y ponerla toda en manos de los superiores de los mismos institutos á quienes la arrebataron. La experiencia demuestra hasta dónde fueron eficaces las medidas de los reyes para reformar monjes, y la historia nos hace ver que ellos

mismos borraban hoy lo que habian escrito ayer, y revocaban con facilidad la cédula que habian expedido despues de meditar con madurez. La Iglesia nunca se opuso á la reforma; al contrario, cuando la marcha de los siglos, cuando el trastorno mismo de los Estados imprimia en los claustros las sombrías señales de la revolucion, los Papas acudieron presto á restaurar el esplendor perdido por las piedras del Santuario, y á restablecer entre estas el órden y fervor primitivo que las hizo hermosas entre la variedad de adornos que realzan la majestad grandiosa de la obra de Dios por excelencia. Para conocer hasta qué punto esto sea efectivo, no se necesita revolver mucho las páginas de la historia, sino abrirla simplemente; y despues de leer los efectos de los grandes sacudimientos causados en Europa y de las agitaciones por que atravesó la América despues de su emancipacion, leeremos tambien la solicitud de los Pontífices por reparar los males ocasionados á la disciplina por efecto de aquellos mismos. Si esta solicitud no ha llenado su objeto, la culpa no ha sido de la Iglesia, que no tiene otros medios para hacer escuchar sus resoluciones que los ruegos y la amonestacion. Las leyes de la Iglesia existen; y si han ido á sepultarse entre los infinitos protocolos que llenan los gabinetes de los políticos, suya no es la culpa, ni á ella deben achacarse las consecuencias, ni ménos preguntarle : « *¿Por qué no se reforman los frailes?* »

Muchas veces he tenido ocasion de observar que los institutos monásticos viven hoy en estado floreciente de regularidad y disciplina en todos los países donde la accion de su centro se deja sentir directamente, como en Francia, Bélgica, Inglaterra y Estados Unidos, por ejemplo; y que al contrario no es semejante en las naciones donde la comunicacion con sus respectivos superiores les está prohibida por disposiciones civiles. Esto es muy natural : un cuerpo cualquiera no puede existir aparte de su centro, ni ninguna máquina moverse separada de su muelle real. Los gobiernos que

infinitamente suspicaces consignaron entre sus leyes la prohibicion de comunicar estos cuerpos con su legítima cabeza, sancionaron en tal proceder el vicio y la muerte de esas mismas congregaciones, calculadas para producir en cada país los bienes que ya produjeron durante una larga serie de siglos con tanto provecho del género humano. En lo que está nivelado por leyes que forman la naturaleza de la cosa, las modificaciones no son posibles sin alterar, sin variar, sin desvirtuar la cosa misma.

Hablando concienzudamente, no puede decirse que la expulsion de los regulares fuese obra de la nacion española. Esa nacion séria, circunspecta y reposada en sus resoluciones, adherida como ninguna otra á sus usos y costumbres, no fué la que levantó su voz para pedir la proscripcion de institutos nacidos en su seno, y cuyos anales de quince siglos formaban un solo cuerpo, por así decir, con la historia nacional. Cuando un decreto real abolia los institutos monacales, «por pedirlo la nacion y por desearlo los pueblos,» como él decia, esa misma nacion expresaba una voluntad contraria, los pueblos representaban querer á todo trance conservar sus claustrales, y la mayoría infinita hacia oir en todos los ángulos de la Monarquía las quejas que le arrancaba este suceso. Odio contra los institutos religiosos no abrigaban sino los protestantes y los filósofos, y estos se han señalado siempre por su intolerancia contra la institucion y por la crueldad contra sus miembros.

Contemplando el célebre monasterio de Miraflóres, contemplando en él tantos trabajos primorosos, tantos esfuerzos del arte y de la industria del hombre, tanta constancia y paciencia que acreditan la ejecucion, y tanta liberalidad para desarrollar el ingenio que pudo realizar monumentos tan admirables como este, podia apreciar la magnitud del mérito que ganaron sus autores. Este mismo sentimiento de respeto por sus fundadores, de reprobacion á la injusticia que les persiguió, y de tristeza por el abandono en que yacen

obras que harán eternamente el orgullo de las artes nacionales, me inspiraban las imponentes ruinas de Monserrate y los desplomados muros y estropeadas cornisas de Pedrálvez. Todos estos inmensos edificios, cuyas piedras describian la historia de los tiempos mas bellos de la Monarquía española, arruinados y desiertos, arrancan al alma un suspiro, pero un suspiro mezclado de indignacion; pues no fueron los Árabes quienes los destruyeron, no las tribus del desierto quienes amontonaron como piedras de barricadas los materiales de su preciosa construccion, sino hombres civilizados, y que si no amaban las instituciones ni los individuos que les dieron ser, debieron respetar al ménos el talento y las artes que brillaban en los edificios materiales. Cuando vemos las grandes ruinas de Tébas y Balbec, participamos de la pena que inspira naturalmente el recuerdo de tantas generaciones de hombres que allí vivieron, de sus vicisitudes, de sus transiciones y de sus desgracias; pero no vemos allí miéntras tanto sino obrando la mano del tiempo ó de la barbarie para amontonar escombros y sepultar entre ellos los esfuerzos de la civilizacion y del progreso de los pueblos. Acá es al contrario : á las ideas melancólicas que excitan las ruinas, acompaña la mas triste aun que ofrecen los hombres retrogradando de la cultura á la barbarie, y combatiendo á mano armada por precipitar al mundo en el cáos de que le sacaron las luces de la fe y de la civilizacion. El sentimiento de horror que inspiran estos testigos de la devastacion á que se entregaron los pueblos, encuentra á cada paso motivo para renovarse en España.

Los que reformando los institutos monásticos con el puñal y las hogueras se mostraban enemigos de la humanidad que inspira compasion hasta para con los delincuentes, los que manifestaban odio á las artes abrasando, destruyendo ó abandonando los suntuosos monasterios, no lo mostraron menor á las ciencias destruyendo las grandiosas bibliotecas que con infinitos sacrificios juntaron los religiosos en una larga su-

cesion de años. Sabido es que los conventos, por pobres que fuesen, poseían bibliotecas, y que algunas de estas ocupaban lugar entre las mas célebres del mundo por la rareza de sus obras y lo precioso de sus manuscritos. Todos tenian ademas hermosas pinturas, compradas unas por las comunidades y dadas otras por los devotos. Preguntad : ¿qué se hizo toda esta riqueza? ¿dónde están tantos preciosos depósitos del saber y del talento artístico del hombre? Yo os responderé que he visto trasportada á la América una infinita cantidad de aquellos libros, que vendian en sus almacenes los libreros, sin borrar siquiera el nombre de la biblioteca de donde fueron arrancados; que he visto bellos lienzos de Murillo, de Ribera y de Velázquez, que hermosearon un dia los templos de los regulares, adornando los palacios de los lores en Inglaterra, y las casas de los comerciantes ricos de New-York, Baltimore y Valparaíso; que he visto montones de libros guardados en Barcelona en salones húmedos y medio arruinados á la sombra de una iglesia tambien ruinosa, y que hacinados como piedras ó ladrillos no habian sido tocados en veintiun años. Un museo de pinturas he visto formado en Valencia de las que escaparon del vandalaje, pero ninguna de ellas era buena, porque las de esta clase no entraron á los museos públicos ni al poder de la nacion; ved ahí todo lo que se salvó de las preciosas bibliotecas y magníficas pinturas de dos provincias florecientes, y quizá las mas ricas de España. La revolucion jamas podrá lavarse de estas manchas, que dia por dia le echa en cara la civilizacion del siglo en que vivimos.

Despues de ultrajar las ciencias y las artes, no respetaron ni el dolor, los que se decian « redentores de una sociedad llagada. » Cuando hubieron arrancado á las vírgenes inocentes de sus celdas silenciosas y obligádolas á vivir en el bullicio de que huyeron, cuando las dejaron en la calle sin darles ni asilo, ni socorro para vivir, fueron á arrancar del corazon de los montes á los anacoretas que vivian entre las

aberturas de las rocas y en las oscuras cavernas de los profundos precipicios : ¿ y para qué ? para decirles *en nombre de la libertad* que no podian continuar un método de vida que abrazaron voluntariamente... ¡ Monstruosa contradiccion ! Ese hombre devorado por acerbas aflicciones, que ama la soledad porque en ella puede libremente desahogar su pena, que rehusa la compañía de los demas porque le recuerdan sus extravíos, y apénas sale de su cueva alguna rara vez durante la oscuridad de la média noche, para ir á confesar sus faltas y pedir consejo al ministro de Dios; á ese hombre se le saca de su gruta por fuerza, se le condena á vivir de la manera que resisten sus inclinaciones, y se le insulta cruelmente en su afliccion : ¡ y todo *en nombre de la libertad !*

Visité á Manresa, cuna de uno de los institutos mas célebres y mas perseguidos por los reformadores sociales, y contemplé una gruta donde el fundador de la Compañía trazaba el plan de su obra, que combatida sin cesar por elementos de todo género habrá de vivir no obstante como el sólido edificio que fundó el arquitecto hábil sobre roca indestructible. El nombre de esta órden religiosa es conocido en todas partes, pues en todas han penetrado sus individuos surcando los mares, atravesando los desiertos y trepando las montañas; y es respetado en los anales de todas las ciencias, pues sobre todas ha derramado sus luces, recorriendo con noble magisterio las numerosas escalas de la inteligencia humana. Desde la teología hasta la física, y desde los ramos de administracion y de política hasta las matemáticas, todas las ciencias son deudoras á este instituto de una multitud de obras, cuyo número y celebridad prueban en su favor el mérito del saber mejor que todas las apologías. Cuando considero unidos á este hecho tantos otros que demuestran vivir entre ellos el celo noble y generoso del apóstol, la caridad viva é intrépida del mártir y el piadoso entusiasmo por la gloria de Dios que inspira la abnegacion perfecta de sí mismo, propia de los confesores de Cristo, no

puedo apreciar otros motivos para su persecucion que en unos la incredulidad, en otros el concepto erróneo que se formaron del Jesuita, y en los mas la corriente que les arrastra á participar de ideas concebidas no por ellos mismos, sino inspiradas por la lectura de inculpaciones falsas y de hechos desfigurados.

Ni ménos encuentro por qué temer á este instituto, pues aun cuando se le viese desplegar la fuerza atlética con que lo pintaban Pombal y el conde de Aranda, la experiencia nos demuestra que ninguna es capaz de derrocar á los gobiernos apoyados en la justicia y rectitud de principios; y al contrario, que cuando no es esta su base, el soplo de un niño es suficiente para inflamar una nacion entera. La España, despues de expulsar la Compañía por primera vez, ha vuelto á restablecerla y expulsarla en dos ocasiones sucesivamente: unos políticos no veían para la nacion los peligros que divisaban otros; unos y otros se decian no obstante liberales, y todos ellos habian suscrito programas progresistas. Debe, no obstante, notarse que los mas liberales al mismo tiempo que los suprimian, los condenaban á sufrir destierro en las islas Baleares, sin haberlos procesado, sin acusarles de algun delito, y sin respetar las garantías individuales que las leyes de todo país civilizado aseguran á los ciudadanos sin excepcion. Un proceder tan irregular arroja esta consecuencia lógica: un gobierno que lleva sus temores hasta el extremo de quebrantar las leyes, y que por sospechas preocupadas traiciona sus deberes, no se apoya en la fuerza moral. El gobierno cuanto es mas liberal debe ser mas tolerante; mas hoy este principio se traduce de otro modo.

CAPÍTULO XXIV.

Reliquias salvadas de la borrasca. — Institnciones de beneficencia. — El colegio de Ocaña. — Sus misiones de Asia. — Sus seminarios. — Sus monasterios en la China. — Conducta evangélica de sus individuos durante la revolucion de España. — Colegio de Valladolid. — Los Jesuitas de Loyola. — ¿Dónde está la libertad? — Idea desfavorable que dan los reformadores españoles de sí mismos. — Una voz en las cortes. — Bálmes y Donoso Cortés — Visita á la famosa basílica de Santiago. — Miseria que se divisa en todas partes. — Rasgo brillante de caridad. — Ojeada sobre Portugal. — Cuestiones y sumision.

Entre las trazas sangrientas que el furor de una exaltacion impía estampó en el suelo español, en medio de ruinas de conventos desiertos, de templos arrasados y de vastos edificios consumidos por las llamas, vemos al espíritu católico que renace como el fénix de sus propias cenizas, y alimenta con el ejemplo de sus sufrimientos, como el pelícano á sus hijos con la sangre de sus venas. Este ejemplo de grandeza de alma y de caridad á toda prueba nos permite contemplar en España escenas de igual naturaleza á las que presentaba el cristianismo recien salido de sus grandes persecuciones. Allá, un mundo atónito veía á los diáconos socorrer con limosna al que acababa de verter la sangre inocente de sus hermanos, lavar las heridas que hicieron las fieras en los que les instigaban á despedazar los cuerpos de los mártires, y recoger á las viudas y huérfanos de los verdugos mas encarnizados de los confesores de Cristo. Acá, los Españoles que no cubren sus ojos para no ver, miran á la Hermana de la caridad llena dé ternura curar los males de los que alimentan odios

profundos contra el Santuario, que se abren colegios donde son recogidos los hijos de los enemigos de la Iglesia, y que nacen en el seno de la nacion diversas asociaciones cuyo objeto es derramar luces sobre un pueblo trabajado por la ignorancia. Cuando la imaginacion retrocede, y recuerda las escenas sangrientas de 1834, en las que servian de víctimas los sacerdotes; cuando ve expulsadas de sus claustros y mendigando el pan para no morir las religiosas; y cuando, en fin, los incendios humean todavía, aquella sangre está fresca, vivas las heridas, y ve á la caridad cristiana hacerse superior á todo y abrazar á sus enemigos prodigándoles las ternuras de su amor, cree que renace la edad de oro del cristianismo, y que el sol alumbra los bellos dias que presenciaron las virtudes admirables de los mártires. Esta impresion me causaban las religiosas del Sagrado Corazon, de Nuestra Señora de Loreto, de la enseñanza y de la caridad, que trabajan en los hospitales, en las casas de huérfanos y en la educacion de los niños en las ciudades; y las Hijas de María y las Hermanas de la Concepcion, que educan á los pobres en los pueblos pequeños y en el campo. Pero miéntras que en Francia, en Austria, en Inglaterra mismo y en todos los países ilustrados de Europa se dispensa toda especie de proteccion á las asociaciones de caridad, en España se somete á las religiosas que han de ocuparse en educar las niñas del pueblo á un exámen prolijo delante de jueces legos, y del mismo modo que rendiria sus pruebas de aptitud cualquier especulador venido de país extranjero para dar lecciones á la juventud española. Estas asociaciones, respetadas en todos los países de la tierra, á cualquier religion ó culto que pertenezcan, elogiadas hasta el entusiasmo por los diarios mas liberales de los Estados Americanos y Europeos, y cuyos individuos fueron recibidos como en triunfo en los países mejor gobernados del Nuevo Mundo, en España es solo donde no encontraron la acogida que merecen y que debia prometerles un Estado que se ha distinguido con el renom-

bre de CATÓLICO. Mas si las contradicciones que la frialdad de los hombres suscita á las empresas de la caridad, sirvieron siempre de crisol para conocer el mérito de esta, las que experimenta en España, sin debilitar ni enervar su espíritu, lo dejan conocer sufriendo la presion que detiene su movimiento.

Una institucion la mas antigua y generosa que abrigó España y la mas constante en realizar sus proyectos, hijos de la caridad heróica; una institucion cuyas tradiciones se remontan al siglo diez y seis, y cuya gloria no se eclipsó jamas; una institucion, en fin, que al penoso oficio de propagar el Evangelio da las probabilidades del martirio á los individuos que á ella pertenecen, tal es el colegio de Ocaña. En medio de la revolucion sangrienta que trastornó la majestad de las instituciones religiosas, que echó por tierra fundaciones que nacieron con la Monarquía, y sembró desolacion, terror y muerte en los sitios que abrigaban los elementos de la regeneracion del mundo por la caridad cristiana, lo vemos sostenerse añadiendo dia por dia nuevas páginas gloriosas en los anales de la Iglesia y de la civilizacion. He visitado este colegio, y he experimentado la austeridad de vida de sus individuos y su religiosa observancia del instituto dominicano; del fervor de su caridad nos rinden testimonio bastante claro los progresos de sus misiones de Asia, los ochenta y siete confesores que sellaron en nuestros dias con su sangre la fe de Cristo en el Tonkin (1), y los bienes inmensos que derraman en China, Tonkin, Cochinchina é islas Filipinas. Cuando yo lo visitaba, salian de él para embarcarse en Cádiz veinte religiosos con direccion al Asia, á cuyas misiones les destinaban sus superiores: entre estos habia un individuo que trocaba su puesto de rector de un seminario eclesiástico distinguido (2) por el

(1) En 1838.
(2) De Logroño en la Rioja.

humilde hábito monacal, y los ascensos á las dignidades á que le abrian paso sus brillantes aptitudes por la corona de mártir que iba á buscar entre los Bárbaros de Ituy y Paniquí, ó bajo la canga de los soberanos de la China y de Tonkin. Los demas eran jóvenes, y aun cuando no habrian renunciado un porvenir brillante, la carrera sin embargo que abrazaban les ofrecia otro, cuya fisonomía es muy triste para el hombre que escucha la voz de su egoísmo, y sobre todo la de sus intereses materiales. ¿Para quién dejó de ser sombría una vida sembrada de peligros, y cuyo descanso final en el seno mismo de la patria no serán sino la humillacion, el desprecio, el hambre y quizá la muerte recibida por mano de asesinos? No pude ménos que conmoverme al ver dando aquellos individuos el abrazo de despedida á sus hermanos. « Nos volveremos á ver allá en el cielo, encomendémonos á Dios, » fueron las únicas palabras que les oí. Recordando que estos religiosos marchaban á ocupar los puestos que dejaban vacíos la persecucion sangrienta de un tirano de Cochinchina, el puñal alevoso de los infieles en el Cebú y la fiebre que inmola con frecuencia tantas víctimas en todas las regiones de Asia y Filipinas, me parecia contemplar en este espectáculo alguna de aquellas tiernas despedidas que nos refieren los Hechos de los Apóstoles, y en las que se daban los discípulos de Cristo el postrer adios para marchar en busca de las persecuciones y suplicios que les ofreció su Maestro como único premio en este mundo. Los anales de aquellas misiones contienen la serie de sacrificios que los religiosos de Ocaña hacen por redimir de la barbarie naciones enteras, introduciéndoles la fe de Jesucristo, sin la que la civilizacion es imposible. Todo el mundo conoce que en 1838 murieron mártires dos obispos y un número crecido de sacerdotes esparcidos en las provincias del reino de Tonkin; y leyendo las actas de la provincia de los Dominicos de Filipinas, se ve como continuaron hasta hoy sacrificándose víctimas, porque los tiranos no dejaron el pu-

ñal. ¿Quién no lee con ternura la serie de padecimientos del religioso José Han, que recorre á pié todos los pueblos del Tonkin oriental, y preso por los mandarines cuando contaba ochenta años de edad, oye tranquilo la sentencia de muerte, que fué conmutada despues en destierro penoso? ¿Y quién no admira todavía aun mas ver á este anciano impertérrito hacer su propaganda en el destierro mismo, y lavar con las aguas de la penitencia mas de dos mil y quinientos convertidos el último año de su vida (1)? Los hechos del Sr Carpena, obispo en Fokien de la gran China durante cincuenta años, y los del P. Álamos, que convirtió millares de infieles en Ituy y Paniquí, exceden toda ponderacion. De los del segundo, que tantos Bárbaros civilizó, tantas provincias revolucionadas pacificó, y á tantos delincuentes alcanzó perdon, hablan con entusiasmo las relaciones formadas por las autoridades políticas de Filipinas, y mas que estas todavía su nombre dado por el gobierno á uno de los pueblos que habia él conquistado para Jesucristo con sus fatigas, sus peregrinaciones, poniendo su vida en riesgos inminentes, y muriendo por último á consecuencia de sus trabajos. Él habia penetrado solo, hasta donde los ejércitos del rey de España no llegaron jamas; él habia pacificado provincias enteras, que no sometieron las amenazas de los soldados; y á su voz deponiendo las armas las naciones de Cauayan, de Gaddana y Mayoyao, mostraron tener sobre ellos mas ascendiente el ministerio del apóstol que el fusil ó la bayoneta del soldado. Estos hechos, que merecen alternar con los mas esclarecidos de la propaganda cristiana en los siglos apostólicos, nada valen para muchos sin embargo, ni leidos les causan siquiera la impresion que las relaciones de cualquier aventurero que atravesó las costas de Asia, disfrutando en ellas mas ó ménos comodidades. No sucede así á los que por conciencia y por principio rinden á la jus-

(1) *Acta provinciæ Philippinarum*. 1851.

ticia el homenaje debido: en concepto de estos, dos millones y medio de hombres rescatados de la barbarie valen algo; provincias enteras ilustradas con la luz del cristianismo merecen al ménos la atencion de los que aman el progreso intelectual y el bien moral del linaje humano; cien individuos que soportaron gustosos el martirio en la ejecucion de esta noble propaganda, y cien mas que corrieron alegres á sucederles en los puestos que su muerte dejó vacantes, dignos son siquiera del recuerdo que tributamos á los hombres que se distinguen por acciones generosas. Pero desgraciadamente no es esto lo que sucede en España, donde tales hechos pasan desapercibidos, el mérito heróico de los hombres que los ejecutan es desconocido, y la institucion que los produce es ignorada por la mayoría. Miéntras que en Francia hasta los niños del pueblo referirán al viajero los sucesos gloriosos de sus sacerdotes de las Misiones extranjeras, de sus Jesuitas del Maduré y Lazaristas de Pekin, en Madrid, Valencia y Barcelona oí yo repetir con extrañeza: «*¡Aun quedan fraíles en España!*» Sí, aun quedan; ese idioma español que un dia se oyó en todas las regiones del globo, se habla hoy en el centro de la China y en las grandes ciudades de los Anamitas, no por viajeros españoles que han ido á estudiar las costumbres de esos países remotos, ni por sabios que dejaron el hermoso suelo de la Península para extender el caudal de sus conocimientos, ni ménos por algun filantrópico que partió de Cádiz ó Barcelona para ir á propagar en China las luces de la civilizacion: no, á ninguno de estos debe la España el honor de que su hermoso idioma se hable en el seno del Asia, ni el de que sus nacionales derramen las luces de la civilizacion en el imperio mas antiguo de la tierra. Lo debe, sí, á los religiosos, que no publicarán en los diarios sus viajes, ni compondrán folletines de los lances penosos que dia por dia necesitan correr para no abandonar su empresa: sin embargo que uno solo de los que la Providencia ó la casualidad des-

cubre y publica es mas bello y mas poético que cuantos rasgos de pretendido patriotismo vemos decorar con cruces y medallas; mas bello y admirable que los hechos de esos héroes, que desmienten á cada instante los sentimientos puros y el corazon generoso que protestaron guiarles al realizar sus empresas. Yo habia leido en un diario de New-York que uno de los misioneros de Ocaña habia dado vuelta al mundo dos ocasiones por negocios de su mision, que sus viajes excitaban la admiracion de los Norte-Americanos, que hablaba algunos de los idiomas de Asia que son en Europa casi desconocidos, y que, « cual geografía ambulante, daba noticias exactas de un gran número de países del Viejo y del Nuevo Mundo, que habia visitado y conocia perfectamente. » Estas noticias tan honrosas para la España se reproducian en todos los diarios de la costa del Pacífico; sin embargo, cuando entré en la Península, pregunté por este hombre nada comun, por este individuo cuyo nombre figuraba como muy notable en los diarios de las Repúblicas del Nuevo Mundo. ¡Nadie me dió noticia de él hasta que llegué á Ocaña! Este religioso sin embargo habia pasado catorce años en la China, recorrido Méjico y los Estados Unidos, surcado las ondas del cabo de Hórnos, atravesado el mar de la India, y todo por la gran causa de la humanidad. Acabado por los achaques, concluido por las fatigas, extenuadas sus fuerzas por tan largas peregrinaciones, el rincon de una celda y la abnegacion de un instituto riguroso, desde donde trabajaba aun escribiendo en beneficio de las misiones de Asia, era todo el descanso y todo el premio que habia de recibir en este mundo. Cuando yo leía las actas de sus misiones en Asia: « ¿Por qué no se publican estos hechos tan gloriosos para el catolicismo? » le pregunté: — « Nuestras leyes lo prohiben, me respondió; Dios es quien ha de premiar nuestras obras, y él las ve.... » Esto es lo mas sublime de la abnegacion: cuando los hombres han llegado á imperar sobre su voluntad y

sobre su corazon hasta ese punto, son verdaderos héroes.

Al colegio de Ocaña se deben diversos seminarios abiertos en sus misiones de Asia. Fuera de dos colegios que dirige en Filipinas, tiene el muy floreciente de Loyen en el Fokien, donde estudiaban en 1851 cerca de cien jóvenes, y varios pequeños seminarios donde los sacerdotes naturales del país viven en comunidad bajo la direccion de religiosos europeos, saliendo de estos establecimientos á los pueblos vecinos cuando lo exigen las necesidades de los fieles. Los religiosos indígenas que desempeñan las misiones de esta vasta provincia de la gran China pasan de sesenta. Aumentado sobre manera el número de las conversiones en el Tonkin, fué necesario dividir en dos obispados el territorio confiado á los Dominicos de Ocaña, y así lo hizo efectivamente el Papa Pio IX. La persecucion constante que sufren los sacerdotes en este reino, no ha impedido la enseñanza de jóvenes indígenas, y que de estos salgan sacerdotes y religiosos perfectos que sostienen su fe en presencia de los mandarines, y arrostran el martirio con resolucion y valor heróico. Á mil llegaban los templos católicos del Tonkin en 1838 : la gran persecucion que en ese año sufrió el cristianismo arrasó una gran parte, asi como las casas que servian de residencia á las misioneros; mas hoy se han reparado y abierto tambien de nuevo dos seminarios para la educacion del clero (1).

Pero lo que mas asombra todavía es ver propagados en estas misiones los monasterios de mujeres y auxiliando estas los esfuerzos de los misioneros, especialmente para bautizar á los niños moribundos, y rescatar de la muerte á los que, ya por falta de medios para mantenerlos, ó ya por crueldad matan sus padres. Leyendo los rasgos tan celosos, tan

(1) Véanse las interesantes obras *Missioni del Tunguino* por el R. P. Guillelmoti, bibliotecario de la Minerva; y *Memoria de las Misiones católicas del Tonkin* por el R. P. Amado, que añadió á la anterior los sucesos mas recientes.

esforzados, tan heróicos de algunas de estas mujeres para quienes el cristianismo es nuevo, por decirlo así, no se puede ménos que bendecir la Providencia, árbitra para hacer fructífera la tierra mas árida, y que puebla con jardines las oasis del desierto. Sin estas instituciones los infanticidios serian en China todavía mas frecuentes, perecerian sin bautismo sinnúmero de párvulos á quienes las religiosas lo administran, no podrian recibir consuelo alguno en los calabozos los confesores de Cristo á quienes ellas los introducen, y en fin, la Religion no extenderia con tanta profusion su beneficencia en aquellos países, donde tanto se necesita. Sentimos verdaderamente que la naturaleza de esta obra no permita extendernos en pormenores que referiríamos, y acreditan vivir entre los individuos que forman estos institutos la grandeza de alma, la caridad heróica y el fervor cristiano á toda prueba. Ellas fueron muchas ocasiones expuestas á la vergüenza, atadas á los postes en las plazas públicas, arrastradas por las calles, sometidas á prolijos interrogatorios, y sufrieron cárceles y destierros con la fortaleza de espíritu que los confesores de Jesus. Á veinte y cinco llegaban en 1838 los conventos de monjas establecidos en el Tonkin, de los que veinte y dos eran de la órden de Santo Domingo y los tres restantes de las Amantes de la Cruz, institucion de orígen frances. Cuando en aquel mismo año vieron arrasados sus monasterios y removida hasta la última piedra de sus muros, se sentaron á llorar sobre los escombros, y sus lágrimas conmovieron á sus mismos perseguidores. Los monasterios volvieron á nacer formados de chozas miserables, y las santas vírgenes á ocuparse en su antigua tarea de hacer bien á esos mismos ingratos que las perseguian. En 1851 su número habia aumentado un tercio mas, y en cada monasterio habitaban veinte y cinco monjas. Fuera de estas, que prestan á la Propagacion de la fe servicios tan activos, recientemente se han establecido otras grandes asociaciones de mujeres bajo las constitucio-

nes de aquellos mismos institutos, pero sin votos solemnes: las asociadas abren escuelas, se introducen en las familias, recogen los niños que peligran, y prestan otros servicios eminentes á la propaganda cristiana (1). Sin querer nos hemos extendido en la obra colosal que tiene á su cargo el colegio de Ocaña, y que realiza con tanta abnegacion, con tanto fervor y con fruto tan abundante. ¡Oh, cuánto mas seria todavía este, si pudiese él contar con la proteccion del gobierno que tan justamente merece! Cuando vemos á la Francia que pone sus infinitas líneas de vapor á disposicion de sus misioneros para trasportarlos gratúitamente de un extremo al otro de la tierra, sin mas requisito que el certificado de uno de sus cónsules que acredite ser efectivamente misionero de propaganda, la *católica* España nos ofrece el extremo opuesto, es decir, nada de proteccion, nada de auxilio para esos mismos misioneros. Estos seguirán sin embargo su marcha penosa, atravesando una senda sembrada de escollos: ¡qué importa! El camino de la Cruz jamas fué bello como los jardines de la mitología, ni dulce como las ilusiones de los poetas: trabajarán hasta llenar su carrera; y cuando el poder de las tinieblas, conmoviendo la obra majestuosa de su institucion, arruine sus edificios materiales, arrebate sus escasas rentas, y reduzca á cenizas sus templos, escuelas y bibliotecas, los que han de sobrevivir á la devastacion convertirán en seminarios las cuevas de Monserrate y Sierra Morena, saldrán de ellas para atravesar los mares en las embarcaciones miserables que podrá proporcionarles su escasez de recursos; y desde el centro de la China ó del Tonkin alzando la Cruz: « Triunfó, dirán á sus perseguidores, la obra del Señor sobre todos vuestros esfuerzos. » Ya se vió durante el furor de la revolucion que jamas estos religiosos interrumpieron sus celosas tareas, sus

(1) En un solo obispado del Tonkin fueron bautizados en los años 1849 y 50 treinta y cinco mil párvulos, de los que viven mil trescientos.

viajes á China y Filipinas no sufrieron retardos, y su monasterio haciendo sacrificios infinitos distribuía los alimentos necesarios á las monjas de su pueblo, que despojadas de sus rentas hubieran perecido sin este recurso.

Valladolid conserva todavía su colegio de Agustinos descalzos, que sirve de noviciado á las misiones de estos PP. en Filipinas. La revolucion le ha hecho infinitos males disminuyendo el número de sus individuos, pero no su fervor y disciplina monástica, que observan rigorosamente.

Las misiones de los Franciscanos sufrieron mas todavía que las de los Agustinos, pues que durante la revolucion sus noviciados quedaron cerrados, y sus individuos sin medios para proveer las vacantes de los que morian tanto en Filipinas como en Tierra Santa. El gobierno mandó al fin establecer para ellos un colegio en Aranjuez (1).

Casi al mismo tiempo eran restablecidos los Jesuitas, y aunque con mil restricciones y reservas volvian á ocupar su casa de Loyola, de la que apénas escaparán los edificios, pues ya sus huertos y jardines habian sido enajenados. ¿Mas para qué se les reponia? Para expulsarles dos años despues, condenándoles á destierro como si hubieran sido convictos de crímenes cometidos contra la nacion, sus leyes ó su soberano. Yo no sé dónde buscar la definicion del principio de libertad que dicen sostener los reformadores españoles, pues que con procederes como estos y tantos otros que cometen, minan y echan por tierra la única verdadera libertad que conocemos. Los Jesuitas de Loyola eran Españoles y ciudadanos españoles como todos los demas, vivian bàjo la garantía de las leyes como cualquier otro súbdito de la reina de España, tenian ademas la garantía particular que les concedia un decreto de esta, y la voluntad del pueblo, que los pide por medio de sus representantes en las cortes; pero nada de esto vale para los libertadores de España.

(1) 1853.

Destierran á los Jesuitas á las islas Baleares, persiguen ciudadanos españoles colocados bajo la salvaguardia de las leyes, asesinan de esta manera la libertad, y desmienten con el lenguaje de los hechos, el mas elocuente y expresivo que conocemos, todas las teorías que consignan en sus programas. Sin embargo, á vista de contradicciones semejantes, y recordando la historia de la revolucion española, séanos permitido repetir lo que escribia un profundo político frances: « La España, permaneciendo durante largo tiempo extraña á los grandes movimientos europeos, dominada por influencias exóticas é imaginarias, impulsada fuera de su esfera normal... está ahora donde estuvimos nosotros, tropezando en las piedras y cayendo en los escollos de donde nos hemos levantado. Segura despues de la invasion de Napoleon de su dignidad y de su fuerza, de que un miserable despotismo la hacia dudar; sumida despues en los horrores sangrientos de la guerra civil, ha visto al catolicismo sobrevivir al despojo de su Iglesia, á la profanacion y al incendio de sus conventos y al asesinato de sus monjes. Las *ideas nuevas* de filosofía y de religion nada mas le han dado que parodias y despreciables remedos, cuyas noticias no pasaron los Pireneos sino para excitar la risa de los maestros en el arte (1). »

Tales hechos nada dicen á la verdad que sea favorable para los reformadores de España : la palabra LIBERTAD todos la entendemos, y en las Repúblicas donde se goza de la mas ilimitada, allí se abstendrian bien los que dirigen los negocios públicos de cometer actos como aquellos. « Sabeis, decia un sabio, por qué los políticos llaman á la América país de porvenir? No es precisamente porque sea ella una tierra vírgen, fértil y vasta, sino porque carece de leyes que envilecen cerrando las puertas á la verdad. Tampoco proscribe el error; mas cuando este no goza los privilegios

(1) *Des intérêts catholiques*, etc. (M. le comte de Montalembert.)

del monopolio, presto desaparece para dejar lugar á la verdad. Nuestra civilizacion corrompida no puede tolerar la idea de la verdad, porque le falta el valor de la virtud. La jóven América admite uno y otro; ella vivirá (1).» Ved ahí una doctrina que no conocieron los libertadores de España al escandalizar á unos y hacer reir á otros con ese tejido repugnante de hechos contradictorios que forma la larga cadena de males que hacen pesar sobre un pueblo noble y digno por cierto de mejor suerte. La libertad no existe ni existirá jamas donde las leyes ninguna garantía prestan á los ciudadanos, donde en nombre de la libertad son atacadas las personas y se oprime á los pueblos con enormes impuestos, donde se despojó de sus bienes á la Iglesia para enriquecer á pocos particulares, donde el derecho que el hombre tiene para vivir, ó asociado en comunidad, ó solitario en los desiertos, es perseguido hasta en las entrañas y cavernas de los montes; y donde la Religion, en fin, vejada, humillada y pisoteada por los impíos, sirve repetidas veces de blanco á los tiros mismos de una administracion que dia por dia cambia de sistema y de color político.

Una voz se levantaba en las cortes no hace mucho tiempo para combatir este desórden, y luchando con espíritus tan faltos de principios como abundantes en preocupaciones, y tan llenos de ignorancia como de presuncion: «La reaccion religiosa, decia, es el elemento que salva á los pueblos conmovidos, y humilla las pasiones exaltadas que les conduce á su ruina... Si nace la reaccion religiosa, veréis, señores, como á medida que sube el termómetro religioso, natural, espontáneamente y sin esfuerzo alguno de parte de los pueblos, empieza á bajar el termómetro político, hasta marcar el hermoso dia de la verdadera libertad de las naciones (2).»

(1) *De la liberté et de l'avenir de la République française.* (M. Rendu.)
(2) *Cartas y discursos*, etc. (Donoso Cortés.)

Los dos mas grandes políticos que ha producido España en nuestros dias, Bálmes y Donoso Cortés, combatieron por esta misma idea. Bálmes, jurisconsulto, filósofo, historiador, y sobre todo político profundo, con su vasta capacidad y luminoso entendimiento, manifestó que la libertad de los pueblos y la solidez de los gobiernos no podian asegurarse con teorías ni doctrinas exageradas, sino tan solo fundadas sobre la verdad y la justicia; manifestó tambien que las doctrinas del catolicismo eran la mejor salvaguardia de los derechos de los pueblos; y que la España jamas fué tan libre como cuando dominando el espíritu católico en los consejos de su gobierno y en las altas regiones de su política, un simple religioso levantaba sin algun obstáculo su voz para decir al rey en un libro que dedicaba á él mismo: «El soberano no domina á sus súbditos como á esclavos á manera de los tiranos, sino que los gobierna como á hombres libres; y habiendo recibido del pueblo la potestad, cuida muy particularmente que durante toda su vida se le conserve sumiso de buena voluntad (1).» Oigámosle desarrollar su pensamiento á este respecto: «Arraigar profundamente en los ánimos la religion y la buena moral, hé aquí el primer paso para prevenir las revueltas y la desorganizacion; cuando aquellos sagrados objetos predominen en los corazones, ningun recelo deben causar la mayor ó menor latitud de las opiniones políticas. Los daños de la sociedad no dimanan principalmente de las ideas ni de los sistemas políticos; la raíz está en la irreligion, y si esta no se ataja, será inútil que se proclamen los principios mas rígidos de gobierno (2).» Á Bálmes hasta hoy nadie acusó de retrógrado, nadie negó sus talentos, ni nadie dudó que era liberal tanto cuanto el Evangelio inspira: los liberales mismos han honrado su memoria á una con los pueblos que mandaban diputaciones

(1) *De Rege*, etc., lib. I. (Mariana.)
(2) *El protestantismo*, etc., tom. II.

que les representasen en al acto de inaugurar el magnífico monumento que le alzó Vich, su patria. Donoso Cortés no lo era ménos, y sin embargo sus opiniones á este respecto fueron las mismas que las de Bálmes, como tantas veces y con tanta nobleza y energía lo manifestó de palabra y por escrito en las cortes y por la prensa. ¡Ojalá los políticos de España aprovechen las luces que derraman en su patria y en todos los países civilizados los escritos de estos dos hombres eminentes!

Ántes de salir de España quise visitar uno de los lugares mas famosos del cristianismo, y al que corrieron en otro tiempo gentes de todas partes para venerar el cuerpo del primer Apóstol de los Españoles. Pero la basílica de Santiago no es hoy lo que ántes fué : la magnificencia que decoró en siglos pasados la tumba del Apóstol ha desaparecido, y del mismo modo la afluencia de peregrinos que venian á visitarla representa apénas la sombra lijera de lo que en otro tiempo fué. Los despojos sacrílegos y los atentados cometidos contra el Santuario dejaron por todas partes estampado su rastro siniestro, y es lo primero que percibe el que visita esta basílica como todas las otras célebres de España. Á los recuerdos de la pompa pasada veía sustituida la miseria real que afligia al pueblo gallego, cuyas cosechas se habian perdido. ¡Oh, qué cuadros tan dolorosos y patéticos presenta la pobreza en todas partes! Pero la voz que la indigencia alzó en el seno del catolicismo jamas fué infructuosa; ese clero, despojado de sus rentas, pobre y abatido, fué el primero que respondió al clamor de los infelices, el primero que corrió á tocar las puertas de los ricos, y á solicitar la caridad de todo el mundo. Por todas partes oía yo á los desgraciados recordar las porterías de los monjes, que se abrian para ellos en todas las calamidades, y por todas echar ménos los recursos que proporcionaban al pobre aquellos que hoy no existen.

Un rasgo brillante de caridad contempló entónces el pue-

blo español, en medio del hambre y de la miseria que afligia al reino de Galicia. Un príncipe desterrado, privado de sus rentas y de sus honores, agotaba sus escasos recursos, para aliviar las desgracias de un pueblo agobiado bajo el peso de las calamidades (1); jamas brilla tan bien la magnanimidad cristiana como cuando las miserias de nuestros semejantes dan lugar á rasgos tan hermosos como este.

No es mas próspero el estado del catolicismo en Portugal que en España: allí como en esta existen aun muchos hombres que viven de esas ilusiones que la filosofía y las luces de la época que atravesamos destierran de los otros países. Partiendo de este punto, nada debemos extrañar el yugo humillante que ha soportado allí la Iglesia, ni las calamidades á que ha vivido sometida largo tiempo. El Portugal ha seguido regularmente los mismos pasos que la España; en las escenas de la guerra civil y religiosa ambos tienen poco mas ó ménos la misma fisonomía. Mas los sucesos graves relativos al cisma de Goa han dado un fuerte sacudimiento al espíritu católico, adormecido en el territorio portugues. La India, posesion portuguesa en otro tiempo, recibia obispos que nombraba el Papa á presentacion del rey fidelísimo, que les dispensaba su proteccion, dotaba sus catedrales con magnificencia, y llenaba todos los compromisos que habia contraido con el soberano Pontífice, al otorgarle aquella prerogativa; mas cuando aquellas causas cesaron, cuando otra nacion es dueña de la mayor parte de la India, cuando el Portugal ni puede proteger, ni nada concede para tantos obispados católicos que se han erigido en aquellas vastísimas regiones, pretender los derechos de patron, ni era justo ni debido. La conducta de un obispo fomentó el espíritu cismático que abrigaban ya algunos Portugueses; pero cuando en el parlamento llegaron á sentarse proposiciones poco católicas, cuando algunos de sus

(1) El Sr Conde de Montemolin.

miembros propalaron doctrinas ofensivas á la jurisdiccion divina del Sumo Pontífice, un grito de horror resonó en todo Portugal: los obispos y las dignidades, el clero y el pueblo, los nobles y los plebeyos: «Nosotros, dijeron, somos católicos sinceros, y queremos vivir unidos á Roma; moriremos ántes que separarnos del Vicario de Jesucristo y único centro de la Iglesia cristiana; protestamos contra los que extravían la nacion obrando en contra de su voluntad, de sus opiniones y de sus verdaderos intereses (1).»

Esta conmocion general puso en trasparencia los verdaderos sentimientos que conserva la inmensa mayoría de la nacion portuguesa: los que se proponian extraviarla se sintieron detenidos, y el obispo mismo, que pudo contribuir quizá sin pensarlo á abortar un cisma, se humilló delante del Vicario de Jesucristo y retractó sus errores. ¡Quiera Dios sea este el principio de la bonanza que haga brillar de nuevo el esplendor que ostentó la Iglesia de Portugal en los bellos dias de Bartolomé de los Mártires y Alejo de Menéses!

(1) *Manifesto de la Naçao*, 1853.




VITTORIO EMANUELE
BIBLIOTECA IN ROMA



EL P. LACORDAIRE

CAPÍTULO XXV.

Aspecto religioso de la Francia. — Treinta años atras. — Fisonomía actual. — Venció el catolicismo. — ¿Será decisiva su victoria? — Venció combatiendo. — Su ruina fué preparada por la opresion y su victoria por la libertad. — Frutos del triunfo. — Libertad de enseñanza. — Libertad de asociacion. — Este triunfo se hizo sentir en las cámaras legislativas y en el pueblo. — Pero sus enemigos trabajan. — Armas indignas. — Ojeada sobre los autores de estas.

Nada hay sobre la tierra que revele con tanta precision la impotencia del hombre para triunfar de las obras de Dios como el éxito de sus proyectos desbaratados, de sus planes deshechos y de sus esfuerzos rotos, sin haber conseguido otro resultado decisivo que demostrar mas y mas la verdad de la voz eterna, que decia: «Formaron planes insensatos contra Dios; el Señor los vió, y los deshizo con su soplo.» La historia de todas las persecuciones de la Iglesia es por eso la historia de sus triunfos, y la mas brillante apología de su divinidad son las armas de sus enemigos amontonadas á sus piés. Jamas creyeron los *espíritus fuertes* haber derribado sobre la Iglesia golpes tan duros y certeros como cuando suprimian en Francia el culto de Dios, prohibian el ejercicio de la fe, y exterminaban con el puñal y la guillotina sus ministros. Estos hechos no son de la época de los emperadores romanos, no; los han visto muchos de los que viven aun, y sus efectos duran y se sienten todavía. Ninguna página se registra en la historia moderna de los pueblos tan sombría como esta; y sin embargo, ¿de qué aprovechó ese furor que embriagaba á una plebe alucinada? ¿de qué las

sangrientas tragedias que salpican la historia de la revolucion francesa, y cuyas víctimas eran obispos, dignidades, sacerdotes y monjes? La sucesion de los hechos responde con harta elocuencia y energía. La impiedad pudo jactarse de su obra, pero su gloria fué efímera; veréis primero perseguida la fe, reducidos á cenizas los monasterios, profanados y vendidos los templos; veréis despues restablecido el culto, pero esclava la Iglesia, despreciados sus ministros, envilecidos sus fieles servidores, y confundidos y pisoteados como el polvo todos sus derechos, sin exceptuar los mas augustos y sacrosantos de su dogma. Pero la humillacion no pudo mas que el exterminio, ni las cadenas con que insensatamente se quiso atar el brazo de Dios valieron tampoco mas que las voraces llamas para destruir su obra por excelencia. Recorred la Francia, y veréis cuánto pudo la impiedad en medio siglo de exaltacion furiosa ó de indiferencia y menosprecio; veréis trasformados en cuarteles de tropa los monasterios de religiosos, en plazas y caminos los conventos de monjas, en teatros y conservatorios muchos de los templos que perdonó el fuego; veréis degradadas las mas bellas catedrales por el furor impío que estampara su mano temeraria sobre valientes producciones del primor artístico; y veréis, en fin, como consecuencia de estos estragos que sufrió la Religion en el seno de un pueblo cuya mayoría inmensa se preció de cristianísima, una raza de hombres que nada creen y burlan en su interior la fe de los demas. Ved ahí todo lo que encontraréis despues de un trabajo tan obstinado, tan atrevido y desempeñado por sus autores y afiliados con ahinco indescribible. Pero mirad á la vez el espectáculo que ofrece hoy esa misma fe; hoy, repetimos, cuando apénas ha salido de la persecucion encarnizada con que pensaban exterminarla sus enemigos declarados, y de la opresion humillante á que la sometieron sus adversarios secretos.

Quien haya recorrido las provincias de Francia habrá tenido ocasion de contemplar la fisonomía que en ellas ofrece

el catolicismo; habrá visto las antiguas catedrales que se restauran, los nuevos templos que se dedican, y los monasterios que se fundan al lado de los sitios donde existian los que arruinó la revolucion. Pero aun mas todavía: habrá visto á ese clero cuya influencia no mucho ántes era combatida sin cesar por los políticos, á ese clero contra quien dia por dia empleaban los escritores *de moda* los apodos mas viles y las diatribas mas calumniosas; á ese mismo clero, repetimos, aparecer hoy mas animado, mas vivo y mas intrépido que jamas. Todos los hombres que sucesivamente toman las riendas de la administracion pública procuran su apoyo y trabajan por ganar sus simpatías; todos le muestran el respeto que merecen sus virtudes, su ciencia y el celo por la Religion que le distingue sobre todas sus nobles cualidades, y todos se disputan el honor de apoyar su influencia como garantía del bienestar general, y de remover las preocupaciones creadas contra él por sus enemigos, como injustas é hijas del interes mas vil y despreciable. Él habia sido atado por cadenas fuertes que ponian trabas á su accion, y estas cadenas se cortan; él estaba sometido á la inspeccion inmediata del poder lego en las funciones augustas de su ministerio santo, y se le emancipa; él no tenia libertad para alzar su voz y enseñar las ciencias y la doctrina que forman una parte muy principal de la mision que se le confió, y este derecho se le restituye. Los fieles corren á poner sus hijos á disposicion de los obispos para que dirijan su educacion, y los colegios abiertos por el clero, aunque muy numerosos, no son suficientes para contener el número crecido de los que solicitan recibir en ellos su educacion científica. La intolerancia de los que viven de preocupaciones no podia sufrir la vista de un religioso, ni aun en los campos de las provincias mas remotas: contra ellos se dispertaban las viejas susceptibilidades nacidas durante la revolucion, y se esparcian rumores despreciables que no pueden encontrar eco sino en almas innobles ó en espíritus imbéciles; pero ved cómo aparecen

de nuevo esos monjes, no en los campos sino en las ciudades mas populosas del imperio, no en los desiertos ni en las entrañas de los montes, que les sirvieron de refugio durante la persecucion, sino en los púlpitos de las grandes catedrales y en las cátedras de los colegios y de los seminarios. Esos religiosos, objeto particular de ira y menosprecio para los racionalistas, salen uno por uno del abismo en que sus enemigos creian haberles confundido para siempre, y marchan con paso firme, pero modesto, á conquistar las almas que sublevó contra Dios el genio del mal. Mirad los Jesuitas refutando en todas partes las calumnias de sus enemigos con su celo, su paciencia y su caridad; mirad los Benedictinos caminando por la luminosa senda que describe su instituto en los anales de todas las ciencias; mirad á los sucesores de san Bernardo mas numerosos y austeros hoy todavía que lo fueron en la Trapa de Rancé; mirad los Dominicanos restablecidos por un hombre «que fué religioso santo ántes de ser orador admirable,» restaurando con sus tareas el esplendor glorioso de que les vistieron en Francia la ciencia y las virtudes de sus ilustres progenitores; y mirad á los Capuchinos, cuya humildad y pobreza excita la simpatía y admiracion de todos. ¡Ved los monjes en el suelo de Francia! Preguntad: ¿Qué hacen? una muchedumbre, asombrada de sus trabajos y reconocida á sus beneficios, os responderá: «Entrad en las cárceles y en los presidios, y los veréis regenerando el corazon de los malhechores; atravesad los campos, y encontraréis que sus trabajos para alimentar al pobre exceden al de los jornaleros mas aventajados; acercaos á los púlpitos, y oiréis la elocuencia de algunos que igualan á los mas célebres oradores; rodead los confesonarios, y veréis la multitud de hombres y mujeres que se agolpan para desahogar sus conciencias, ilustrar sus almas y tranquilizar sus corazones.» Esta es la respuesta mas categórica que puede darse, y la victoria mas espléndida que los regulares pueden alcanzar en la batalla que dia por dia les

libra el orgullo de los racionalistas y la necia presuncion de los incrédulos.

Colocad ahora al lado de estos batallones aguerridos de la Iglesia las congregaciones de mujeres que, semejantes á un ejército innumerable, se derraman por todas las provincias; y despues de llenar hasta en el rincon mas escondido de la patria el ministerio celestial de la caridad, atraviesan los mares y van á distribuir los mismos beneficios en Asia, África y América. ¡Ah, cuántas veces me ha sucedido encontrar al lado del viejo monasterio trasformado en cuartel uno nuevo que se levanta; al costado del templo convertido en museo una casa de asilo abierta por religiosas, y sobre el sitio que contuvo una iglesia servida por regulares, construida una nueva donde predican sacerdotes regulares tambien! Este es el espectáculo que ofrecen todas las ciudades de Francia desde Burdeos hasta Besanzon, y desde el Havre hasta Marsella. Penetrad ahora dentro de esos templos que pocos años há se veían desiertos, y los encontraréis llenos durante los oficios; esa multitud que los invade no viene por cierto á profanar sus misterios como en otras ocasiones, sino á tributar los homenajes humildes que le inspiran su fe y sus convicciones. Una juventud ilustrada sale presurosa de la universidad y de las academias, de los conservatorios y colegios, para llenar las naves que el célebre Lacordaire y el fervoroso Ravignan hacen resonar combatiendo con voz elocuente los frios argumentos del escepticismo y las frívolas razones de la falsa filosofía. Por todas partes se asocian esos mismos jóvenes para practicar sus deberes religiosos, animándose mutuamente con el ejemplo, y para propagar entre los demas el espíritu católico, tan susceptible de recibir las impresiones pálidas de la tibieza, y las mas sombrías aun de la relajacion. Cuando la Religion se vea sometida á nuevas pruebas, cuando en Francia la Iglesia de Jesucristo tenga que arrostrar nuevos sacrificios, de estos círculos saldrán los soldados aguerridos que

derramarán luz, constancia y valor en los inmensos grupos de afiliados que el catolicismo se ha conquistado y conquista cada dia en la juventud. « Entrad en el interior de las casas, y notaréis que pasó el tiempo en que el respeto humano reinaba despóticamente, no ya tan solo en los lugares públicos y en los salones de las tertulias, sino en el seno de las familias; allá cuando una madre ó una esposa cristiana apénas se atrevia á reclamar para sí el derecho de libertad para ser buen católico, dejando para la hora de su muerte ó para el acto de leer su testamento recordar á sus hijos y á su esposo que ellos tambien lo eran, y como tales tenian deberes que llenar. Este estado de cosas puede existir todavía en ciertos círculos sociales y en las reuniones y familias de ciertos individuos cuyos ojos aun no dispiertan; pero yo aseguro que en una infinidad de familias aquel estado de cosas no es conocido ya hoy sino por la tradicion. Preguntad á nuestras madres y á nuestras abuelas lo que sucedia en su tiempo, y las oiréis maravillarse de la facilidad con que sus hijos y nietos cumplen sus obligaciones religiosas, y llenan las prácticas que inspira la piedad que mamaron con la leche y sus padres olvidaron (1). » Así discurre un espíritu despreocupado y que observa paso á paso los movimientos sociales de la Francia con el tino del político y la prudencia del cristiano.

¡Ved ahí, podemos exclamar, la verdadera revolucion que hemos visto realizarse en nuestros dias, y cuyo influjo han de sentir todos los hombres que están en contacto con la Francia! Revolucion santa, revolucion regeneradora y la única que puede hacer grandes y felices á los pueblos. Ningun espectáculo puede llenar como este los deseos del corazon católico, ni ninguno lleva en sí síntomas tan hermosos, tan especiales y tan consoladores. Es esta la gran victoria de la fe en los tiempos modernos, victoria que ciertamente no

(1) *Des intérêts catholiques.* (M. de Montalembert.)

da el poder, no los consejos, ni la sabiduría humana, sino la fuerza irresistible que inspirara Dios á su obra perpetuamente.

¿Mas será acaso decisiva esta victoria? Nadie podrá asegurarlo, siendo, como es, de luchas y combates la vida de la Religion. La herencia que dejó Dios á su Iglesia fué la persecucion, y triunfar de esta perpetuamente la marca celestial y divina que le imprimió. Á nadie se oculta existir, en Francia sobre todo, tantos elementos aglomerados por la herejía y la incredulidad para combatir la fe; mas el catolicismo triunfará siempre, combatiendo hoy con el mismo vigor que ayer y el último dia de los tiempos con igual fuerza que en el primer momento de su existencia. Las sociedades humanas caen gastadas por los siglos, aun cuando hayan sido siempre respetadas por el hombre; las invenciones de estos mismos, á pesar que cuenten con el apoyo y con las simpatías del poder, se gastan y caen tambien despues de haber recorrido un período mas ó ménos extendido; mas las obras de Dios llevan en sí mismas el sello de la eternidad. Desafiarán las borrascas, resistirán todos los choques, triunfarán de todos los combates y permanecerán vivas y en pié eternamente como símbolos de la duracion infinita de su Autor.

El catolicismo triunfó combatiendo, hemos dicho, y en Francia como en todas partes vivirá siempre combatiendo. Su persecucion fué preparada por la esclavitud á que se le sometió por un poder que todo lo queria; y orgulloso de su grandeza se empeñaba por extenderlo, traspasando límites que le son vedados. Esa Religion muda que, semejante al prisionero sumido en un calabozo, ni levanta su voz para vindicar sus derechos, ni hace sentir su fuerza para manifestar que vive, es la circunstancia mas favorable que pueden desear los que combaten la fe, como que la presentan atada y semejante al esclavo puesto á merced de su tirano. Este era el espectáculo que ofrecia en Francia la Iglesia ántes de la gran revolucion, y el que ofreció

despues durante el imperio y la restauracion. Pero la Religion, conmovida como la nave por recias tempestades, conoce que en la libertad está su triunfo, y trabaja con celo y redobla sus esfuerzos hasta conseguirla. Cuando ella salió de un vergonzoso pupilaje, cuando pudo gritar con libertad reclamando sus derechos ultrajados, su majestad vilipendiada, su jurisdiccion desconocida, entónces se la vió, llena de vida, entrar á obrar con la conciencia de su propia dignidad. Los frutos siguieron al triunfo, como que eran su resultado natural; la Religion jamas combate en vano, ni entra á medir sus fuerzas con sus enemigos, sino cuando median intereses preciosos que no puede abandonar sin hacerse criminal. Estos intereses son los de la fe, nobles y preciosos para quien conoce su valor infinito.

La libertad de enseñanza, ó, hablando con mas propiedad, la cesacion del monopolio universitario, ved ahí el primer triunfo de esa Iglesia libre y que combate. La universidad de Francia no enseñando ni practicando religion alguna, y dirigiendo á la vez la instruccion científica de la juventud, formaba una generacion sin fe y en esta la base de los males políticos que sufrirá la Francia todo el tiempo que duren aun los efectos de aquel mal. « Esta es la fuente, exclamaba un político, donde las generaciones venideras beberán el veneno que seca hasta su raíz la disposicion natural que existe en el hombre para servir y adorar á Dios. » ¡Con cuánta energía combatió la Iglesia aquel monopolio, verdadero abuso, usurpacion monstruosa del derecho que tiene cada ciudadano para buscar su instruccion donde encuentre las simpatías de su conciencia y de su fe! Oigamos á uno de los obispos y apreciemos su voz enérgica como el sentimiento de todo el episcopado frances: « Parece increible que despues de tantas demostraciones actuales, flagrantes é incomparables por su fuerza y su evidencia del espíritu anticristiano y anticatólico que inspira la universidad á sus alumnos, se vean forzados millones de padres católicos

á conducir sus hijos á esta fuente, donde sacarán doctrinas directamente contrarias á su fe. No temo decir que esta prueba, aunque exenta de las violencias exteriores de la persecucion declarada, es la mas peligrosa y la mas terrible á que fueron sometidos jamas los miembros de la verdadera Iglesia (1). » Voces tan elocuentes y tan celosas tenian eco en toda la nacion; la universidad perdió su injusto monopolio, y esta vindicacion de un derecho consignado, aunque ilusoriamente, en la constitucion del Estado, fué el primer fruto del triunfo de la fe. Comparad lo que sucedia en la calle de las Bellas Artes de Paris en 1830, cuando la voz imponente de un comisario de policía ordenaba retirarse á los alumnos de un colegio abierto por tres jóvenes de inmenso porvenir invocando las garantías constitucionales (N); comparad lo que pasaba entónces mismo cuando estos jóvenes eran condenados como trasgresores de la ley, con lo que pasa hoy cuando los colegios de los obispos y de los Jesuitas, de los Benedictinos y Oratorianos no pueden recibir todos los alumnos que concurren. Ese mismo Lacordaire, que era entónces arrastrado á juicio con Montalembert y de Coux, cuenta hoy mas de mil alumnos en sus grandes colegios de Oullins y de Sorèze, dirigidos por individuos de una órden fundada por él mismo.

Ni triunfó ménos la libertad de asociacion : digan lo que quieran los enemigos del monacato, los derechos del hombre ni son ménos sagrados, ni están ménos garantidos cuando el ciudadano se asocia para llenar deberes religiosos, que cuando se reune para discutir cuestiones de política, ó para impulsar negocios de especulacion. La libertad bien entendida consagra en todas partes la asociacion de los corazones y de las conciencias para la oracion, para el ejercicio de la caridad y demas virtudes; y de esta libertad depende principalmente el progreso social. Algunos de los liberales de nuestro siglo no lo entendieron así : reclamaron la libertad

(1) *L. tre publique du* 22 *mai* 1843. (Mgr de Chartres.)

para organizar sus sociedades políticas, la reclamaron aun para que no se les inquietase en el desarrollo de sus planes, abiertamente contrarios á las instituciones de órden; mas cuando hubieron llegado al poder, objeto verdadero de sus planes, contradiciendo todos sus antiguos principios y condenando con hechos lo que habian sostenido de palabra, prohibieron las asociaciones pacíficas, en cuyo seno mil ciudadanos reunidos discutian empresas de utilidad general y de interes moral. Estas contradicciones flagrantes las ha presenciado todo el mundo, en los países donde llegó la anarquía á ser gobierno; y no nos tomaremos por eso el trabajo de puntualizar los lugares ni los hechos. Quien quiera leer su larga y molesta cronología, registre la historia de Francia, de España, del Piamonte, de Suiza y de la Nueva Granada, y la encontrará tan monstruosa como es el despotismo, y tan repugnante como fué siempre la arbitrariedad. Pero en Francia no tardó la Iglesia en conquistar para sus fieles el derecho de asociacion, del mismo modo que ganó el de libertad para enseñar. Mirad el fruto de su tarea, que colma la medida y aventaja las esperanzas mas lisonjeras; mirad cómo desde las grandes capitales de provincia hasta los pueblos mas pequeños de la campaña, todas las ciudades y todas las villas tienen sus asociaciones de caridad, sus cofradías devotas, sus congregaciones, y los fieles se reunen para tratar sus verdaderos intereses, con la misma libertad que los pretendidos liberales salieron un dia de sus asambleas para disolverlas, corriendo á puñaladas á los asociados en Paris, Nancy, Ruan y en otros puntos de la Francia. Ardua tarea se propondria quien emprendiese numerar todas las congregaciones que existen en Francia, instituidas por la caridad, sostenidas por la fe y movidas por esa voluntad noble y generosa que produce en el hombre el deseo de llenar su mision mas sagrada sobre la tierra: la de hacer bien (1). La infancia, la adolescen-

(1) Quien desee saber el número y objeto de estas asociaciones, consulte la obra *Manuel des œuvres et institutions de charité de Paris.*

cia, la juventud, la ancianidad y la decrépita vejez, que sufren los achaques que les son especiales, son el objeto de esas asociaciones grandes y pequeñas, y en las que un número increible de afiliados no se propone otro interes ni otro provecho que hacer bien. Los efectos que producen sobre las clases menesterosas todas estas instituciones son su mejor y mas estimable garantía.

Pero los triunfos de la Religion, como victorias de la verdad que nunca permanece oculta, porque su centro es lo visible y su elemento la luz, debian ostentarse en todos los rangos del poder social de Francia; y la fuerza que adquirió la fe con la libertad que se conquistó, debia sentirse en los bancos mismos de las asambleas elegidas por los que ménos garantias parecian darle. ¡Un monje aclamado miembro de la Constituyente por los republicanos de Paris! ved ahí una prueba del terreno que la Religion habia ganado ya en 1848. Este mismo monje habia dicho á la inmensa multitud que oía sus conferencias en Nuestra Señora de Paris: « En el siglo diez y ocho se atacó á la Religion con la risa y el menosprecio. La risa pasó de los filósofos á los cortesanos y de las academias á los salones; no se detuvo en estos, sino que, avanzando siempre, llegó á tocar las escalas del trono; apareció sobre los labios del sacerdote, y tomó asiento en el santuario del lugar doméstico entre la madre y sus hijos. ¿Y de qué se reian todos estos? ¿de qué se reian? ¡gran Dios! ¡de Jesucristo y del Evangelio!.... Pero la Francia traicionaba entónces su historia eminentemente cristiana (1). » Esta era una verdad: ese mismo monje que habria sido burlado con risas picantes y corrido por una chusma impía en el siglo diez y ocho, era proclamado á la mitad del diez y nueve representante por ese mismo pueblo; y vestido de su hábito humilde tomaba asiento entre los diputados á la Constituyente. ¡Y quién era tan digno de llenar esta mision

(1) *Conférences.* (Lacordaire.)

como el que con la elocuencia que le caracteriza: «Miéntras que una sola alma justa, habia dicho, quede que pueda abrir sus labios sin temor, estará inquieto el despotismo, y se agitará sospechando que la eternidad conspira contra él (1).»

Mas quedan aun enemigos á la fe, y trabajan por ganarle el terreno que se conquistó. Dia por dia vemos aparecer tantas producciones inmorales, impías, calumniosas y calculadas para causar mal, no al que con juicio claro y entendimiento instruido llame los principios y los hechos que allí se citan, ante el tribunal de la historia y de la sana filosofía, no para el que con calma echa mano del conocimiento del hombre que dan la experiencia y la instruccion, y no mil veces para el que poseido radicalmente de los dogmas y deberes del cristiano encuentra en su conciencia viva y radiante la antorcha que le señala los vicios de que adolecen aquellas producciones miserables. Son las armas que hieren solo á los incautos que encuentran halagadas sus pasiones, servidos sus intereses y espedito para ellos un porvenir semejante á los soñados *Eliseos* que abrian los paganos para las almas de sus justos. Nada de discusion, nada de controversia científica, nada de deducciones filosóficas encontraréis en ellas; la ciencia tenebrosa, el ateísmo inmoral, la filosofía de los sentidos personificados en folletines y en historietas como las de Dumas y de Sue, que entretienen á personas inexpertas y pervierten á individuos sin cautela, ved las armas mas indignas y ménos nobles que puede manejar un campeon valiente para defender sus opiniones y combatir las ajenas. Pero no hay que admirarse; preguntad: ¿Dónde están sus autores? Preguntadlo en Paris mismo, donde todos ellos moran. La respuesta nada os dirá que les sea favorable ni propio para inspirar confianza al que lee sus producciones.

(1) *Oracion fúnebre de O'Connell.* (Lacordaire.)

CAPÍTULO XXVI.

Los efectos de la reaccion católica de Francia son de consecuencia universal. — Propagacion de la fe. — Los Jesuitas en las colonias francesas. — Sus misiones del Maduré, Madagascar y la gran China. — Los Lazaristas de Pekin. — Colegio de las Misiones extranjeras. — Mision de los Dominicos en África. — Misiones de las islas de la Oceania. — Número que asombra. — Los Hermanos de las escuelas cristianas. — Las mujeres asociadas á esta gran mision. — ¿Cómo la desempeñan? — Memorias de una monja. — ¿Qué puede responderse al argumento que arrojan todos estos hechos? — Conclusion.

Los efectos de una gran victoria obtenida por las armas ó por la diplomacia son ordinariamente cambiar el curso de la política de los gobiernos, ó trastornar la situacion de los Estados. Los triunfos de la fe son de otra naturaleza: victorias pacíficas no trastornan sino los corazones para purificarlos, ni cambian sus sentimientos mas que para enderezarlos; realizan trasformaciones, pero en el interior del hombre, allá donde las leyes no imperan, ni las armas intimidan, ni la política puede influir en el mas lijero de los movimientos. Esta victoria, la mas decisiva y noble que puede alcanzarse sobre el individuo, realizada en el corazon de la Francia, extiende su influjo y opera cambios admirables en todos los paises y bajo todos los climas de la tierra. Para conocerlo, no necesitamos meditar mucho, ni fatigarnos para encontrar las obras que realiza y que todos admiran con entusiasmo: contemplemos esa empresa eminentemente católica de la Propagacion de la fe, recorramos

esas misiones en que el clero de Francia, derramado sobre toda la tierra, ofrece á todos los pueblos tantas virtudes que admirar y tantas luces que recibir; oigamos los pasos de esa Hermana de caridad que penetra así en Asia como en África, y va á levantar hospicios y hospitales en los pueblos de los Árabes y cerca de las caravanas del desierto, para ofrecer á la imaginacion ruda de los Bárbaros, en imágenes palpables, la filosofía de la religion que predica el cristianismo; abrid, en fin, los anales de la Santa Infancia, y leed algunas líneas de las relaciones admirables y consoladoras que refieren, y entónces comprenderéis bien hasta dónde se extienden las consecuencias de la reaccion católica de Francia.

La obra de la Propagacion de la fe, dije; y esta es indudablemente una de las asociaciones mas vastas que se conocen, y se han realizado hasta hoy en el seno del catolicismo. Nació en los suburbios de Lyon, en el humilde aposento de una pobre mujer, que juntaba á sus amigas para orar por los misioneros que predican entre los infieles, y pedia limosna á los obreros para socorrerles en la grande empresa de convertir el mundo á la Religion de Jesucristo. Pero, obra de Dios, que de un grano de mostaza forma árboles cuyos copos se pierden entre las nubes, presto la vimos derramada por todo el mundo, y contrarestando con su influjo el oro de las Sociedades bíblicas de Inglaterra. Hoy se la cuenta entre las grandes instituciones de la Iglesia católica, y su providencia proporciona educacion y sosten á los Apóstoles de la fe, consuela á los católicos de Escandinavia y del Oriente, y fomenta el cristianismo bajo las selvas del Oregon y en las márgenes del Misisipí; predica la Religion en las playas de Australia y Oceanía, y alimenta á los confesores de Cristo en Polinesia y en Tonkin. ¡Prodigio singular de la Providencia de Dios! Cinco céntimos que los pobres obreros y los cristianos humildes depositan cada semana en la caja de su parroquia, sin aparato ni solemnidad alguna, pueden mas que millones de libras esterlinas dis-

tribuidas entre el ruido de *meetings* numerosos, y en cuyo seno se pronuncian discursos tan llenos de esperanzas como faltos de realidades. Al darse cuenta de la inversion de estas sumas ingentes, jamas ha podido decirse todavía: «Vuestro oro alimentó las empresas de un misionero que ha sido muerto predicando;» miéntras tanto aquellos céntimos dia por dia socorren á los mártires que derraman su sangre sellando la fe de Jesucristo. Véanse los *Anales de la Propagacion de la fe*, y júzguese despues del mérito de esta obra, que tantas otras alimenta en su seno, como madre prodigiosamente fecunda.

¿Y qué diremos de las misiones del clero de Francia que no sea bello y sublime, como es el objeto mismo á que se dirigen? Asombra por cierto ver diseminados cerca de cuatro mil sacerdotes inspirados por la caridad mas pura, mas noble y mas intrépida; pero mas debe admirarnos todavía observar que á su noble celo nada detiene, que su resignacion profunda todo lo soporta, y que su caridad evangélica hasta hoy no ha encontrado obstáculos que la detengan en ningun país del mundo. Mirad los Sulpicianos, que despues de dirigir los primeros seminarios donde se forma el clero frances y una parte muy considerable del de Alemania y Estados Unidos, envian colonias para fundar otros en el Canadá y servir de muro al protestantismo, empeñado en pervertir la fe de esa seccion floreciente del catolicismo. Su famoso colegio de San Sulpicio, de cuyo seno salieron tantos obispos célebres, tantos sabios profundos, tantos sacerdotes perfectos y tantos hombres apostólicos, ha presenciado todas las alternativas modernas de la Religion en Francia, ha sufrido duras pruebas como esta, se ha visto condenado á morir; pero su fe no desfalleció jamas, y sus pruebas de adhesion á la Iglesia católica son las mas concluyentes, con especialidad en los tiempos actuales. Mirad los Jesuitas, que, desafiando los peligros de todo género que les rodeaban en la patria, pudieron sostenerse en épocas harto

azarosas, y ya ocultos en las casas de los particulares, ya reunidos en sus propios conventos conservar el espíritu de su órden, salir de sus colegios florecientes para servir á la sociedad misma que les rechazaba, evangelizando en las colonias francesas al otro lado del Mediterráneo y del Atlántico. El gobierno les encarga las misiones de Argelia, y unos corren á predicar á los mahometanos, al mismo tiempo que otros van á inspirar la reforma de costumbres á los presidarios de la Guayana. El éxito de estas misiones ya lo anunciaron los documentos oficiales, las relaciones de los obispos, y mejor que todo, su éxito mismo. Agreguemos las que sirven en Maduré, cuya historia ocupa muchos volúmenes; las que hacen en Madagascar y las de Nankin, donde emplean actualmente treinta y ocho individuos; y agreguemos, en fin, que en todos estos puntos, remotísimos los unos de los otros, tienen que luchar con el clima, las costumbres, los idiomas, los peligros y á veces con la muerte misma; que sus recursos dependen de la caridad y que no pueden llegarles siempre con la regularidad que desearian, y se comprenderá bien si son meritorios los individuos que las sirven, y útil por consiguiente el cuerpo que los produce.

Cuando yo he visto discutirse por la prensa cuestiones relativas á los Jesuitas, cuando he oido las largas apologías que de ellos hacen unos y las refutaciones de otros, he creido que debiera mejor guardarse silencio en materias que son de suyo odiosas y reducirse toda la discusion á este solo punto: ¿Es útil ó no la Compañía? ¿Llena ó no su ministerio? ¿Corresponde ó no á las esperanzas que se propuso realizar la Iglesia al restablecerla? No dudo que habria alguno que respondiese negativamente: el espíritu del mal es atrevido, quiso mezclar la luz con las tinieblas, y no le acobardó en su propósito la presencia del Hacedor mismo. Mas necesario es al que niegue alguna de aquellas tres preguntas romper mil páginas de la historia contemporánea, con-

denar al fuego mil escritos útiles, imponer silencio á tantos predicadores elocuentes y teólogos profundos, cerrar colegios y misiones en Asia, África, América y Europa, desbaratar los elementos de civilizacion aglomerados por Jesuitas en países lejanos, é imponer á sus desgraciados habitantes un sello de reprobacion, condenándoles á vivir bárbaros como lo fueron hasta aquí; y despues de llenar uno á uno los capítulos de este vasto programa de proscripcion, devastacion y muerte, es necesario todavía cerrar los ojos para no ver y los oidos para no oir los monumentos y los elogios, las obras y los encomios, que atestiguan en todas partes el celo de la Compañía.

No trabajan con menor empeño los Lazaristas en Pekin, Levante, Egipto y Norte-América: el cristianismo debe mucho á sus misiones, pero no les debe ménos la sociedad, á la que tantas vias de comunicacion han abierto, tantas noticias importantes procuraron, y tantos miembros útiles dieron en sus colegios y escuelas de propaganda. Estos no son secretos desconocidos, y los viajeros en Oriente tienen motivos á cada paso de palpar lo que la modestia y el desinteres evangélico se empeñan siempre por ocultar.

Una de las mas bellas instituciones del catolicismo en Francia es el colegio de Misiones extranjeras: en él multitud de jóvenes de todos los países del globo mandados por los obispos recibe educacion eclesiástica, y bajo la direccion de profesores hábiles y sacerdotes ejemplares, se instruye para misionar cada uno con fruto en el país que se le señale por lugar de su apostolado. Este seminario, que desde su institucion ha producido mas de dos mil misioneros y un número muy crecido de obispos, tiene á su cargo diversas misiones de Asia, entre las que ocupan lugar muy distinguido las del Tonkin occidental.

Los Dominicos, aunque recien establecidos en Francia por el P. Lacordaire, corren á la costa de África y auxilian las misiones de Holanda, que ejercen su apostolado en el

cabo de Buena Esperanza. Nada mas edificante que la devocion y recogimiento de sus noviciados, ni nada mas austero que la vida que hacen en estos los que se proponen por modelo al santo fundador de los Hermanos predicadores.

La Oceania, las posesiones francesas de la India, las islas Marquesas y de Pascua y otros muchos países del globo reciben predicadores de los Oblatos de María, de la congregacion de Picpus ó SS. Corazones, de los Redentoristas, de los Clérigos de la mision y de otras instituciones establecidas en diversas provincias de Francia. Á vista de tantas congregaciones empleadas en la propaganda, nada debe asombrarnos que los buenos principios que se arraigan y propagan en el seno de una gran nacion, que ninguna especie de sacrificio rehusó jamas por la causa católica, se arraiguen y se propaguen tambien en todos los países de la tierra por el ministerio de tres mil sacerdotes ciudadanos suyos que trabajan en la dilatacion del Evangelio. Este número admira ciertamente, y hace comprender muy bien con cuánta razon la Francia católica fué llamada *el pais de sacrificios.*

¿Y qué diremos de esas otras falanges de misioneros que salen de Francia para todos los países, y que sin poseer el augusto carácter del sacerdocio, trabajan con no ménos abnegacion y celo que aquellos que lo tienen? Yo he visitado los Hermanos de las escuelas cristianas en los Estados Unidos y en Egipto, en el Levante y en otros puntos de Asia, África y América, y no recuerdo haber ni una sola vez dejado de encontrar algun Frances entre los individuos de la comunidad. Sus trabajos han sido elogiados por oradores nada sospechosos (1), que han recomendado su abnegacion constante, su virtud acrisolada y su contraccion á toda prueba en el cumplimiento de sus deberes. Á la sombra de las iglesias yo les he visto reuniendo los niños para ins-

(1) *Discours à l'Oratoire.* Mai 1852. (M. Guizot.).

truirles en los deberes del hombre, sentados en medio de ellos enseñarles los primeros rudimentos de las letras, y desarrollando á su vista el *mapa mundi* abrirles un mundo que ignoraban, enseñarles idiomas que desconocian, y revelarles el carácter, el genio y las costumbres de pueblos que no sabian existiesen.

El sexo débil se asocia á esta gran mision, y los *Ángeles de la Francia,* como llamó un escritor liberal á las religiosas de Caridad, vuelan por toda la tierra para aliviar los males del género humano. Esas hijas del Cielo, que envidian á la Francia todos los países, llamadas por su instituto á hacer toda suerte de sacrificios y á practicar toda especie de buenas obras, se han ejercitado en Argel, en Túnez y Marruécos en servir cárceles, asilos y hospitales, del mismo modo que en California, Chile y el Brasil. África y América, Australia y Oceania son pequeñas comparadas con la extension de su fervor, y desde el centro de la unidad de fe que liga íntimamente á todas las naciones, las veréis dilatarse por el universo, cual cordon infinito que estrecha el mundo al corazon inflamado de la caridad. Las cortes de los soberanos y las casas de los príncipes no tienen para ellas mas atractivo que los desvanes de los pobres y las chozas de los labradores, ni alguna preferencia los que nadan en riquezas sobre los que carecen absolutamente de fortuna.

Yo he visto desempeñar esta mision á las Hermanas de la Caridad, á las Hijas de la Misericordia, á las religiosas de San José, de Santo Domingo, de San Agustin, de San Cárlos, del Corazon de Jesus, de la Providencia, del Sacramento, de San Juan, de Santa Clara, del Buen Pastor, y á tantas otras que nacen y se multiplican como las estrellas del cielo en el firmamento de la Iglesia. Desde la religiosa de San José, que suspira en las inmediaciones del Gólgota y riega con sus lágrimas el Sepulcro de su Amado, despues que derramó bálsamo sobre las llagas del Beduino, y refrigeró al Árabe abrasado por la calentura, hasta la hija de San

Vicente de Paúl, que sirve á los enfermos en el país abrasado de Fernambuco y en las regiones vecinas al cabo de Hórnos, ni una sola de tantas congregaciones extravia su propósito, ni trastorna las miras de su santa institucion. Los que en los proyectos del hombre no quisieron ver siempre mas que egoísmo miserable, y en sus acciones nobles y generosas leyeron la sombría inspiracion del propio interes, acérquense á cualquiera de estas verdaderas casas de refugio para la humanidad afligida, estudien sus constituciones y sus leyes, observen las prácticas de sus individuos, pregunten á los beneficiados lo que experimentaron, y digan despues con la mano puesta sobre su conciencia. Estoy seguro que si la pasion no ahoga los sentimientos de su espíritu, si las preocupaciones no ofuscan la luz de su inteligencia, y si prevenciones indignas no hacen rechazar todo lo que es obra de una fe que miran de reojo, la voz que saldrá de sus labios será una apología tan elocuente de las Hijas de caridad como son hermosas sus obras y caritativas sus intenciones. De propósito no hemos llamado la atencion sobre los trabajos de aquellas congregaciones en los países donde, al lado de la civilizacion europea mas avanzada, curan las heridas y sanan tantos males en los individuos que forman el cuerpo social; nada hemos dicho sino de sus empresas fuera de Europa, porque estas demuestran de un modo mas perfecto la abnegacion que sirve de base al majestuoso edificio de su caridad; porque aquellas están á la vista de todos, y porque uno solo habria apénas en Francia, Inglaterra, España, Italia y Alemania que no conociese el beneficio inestimable de tales institutos. Mil memorias se han publicado y publican de estos dia por dia, y muchas escritas por plumas no católicas; á ellas me remito para que nadie pueda dudar de su imparcialidad. Mas entre los bellos retratos de la caridad cristiana, que dibujan tantos hechos que serán eternamente gloria del catolicismo, quiero dedicar dos líneas á la memoria de uno de esos verdaderos héroes que conquistan

durante su tránsito sobre la tierra una corona inmortal para ellos, una página brillante para la historia y un ejemplo luminoso para el género humano. El corazon palpita y la imaginacion se conmueve, cuando en las márgenes del Doubs se contempla á una mujer desafiando la muerte en cierta batalla, á trueque de socorrer los heridos que perecian, retirando del combate á los moribundos, cargándoles á veces sobre sus hombros, y derramando consuelos sobre todos con la caridad mas tierna y generosa. Besanzon ve á esta humilde paisana, expelida de su monasterio por la revolucion, dejar su hábito religioso, y sin que ningun peligro la detuviese jamas, entrar en los calabozos, en las prisiones y en los hospitales y hacer de todos los asilos de beneficencia y de todos los lugares donde habia miserias que socorrer el vasto teatro de su prodigioso celo. No bien la tolerancia permite de nuevo las casas religiosas en Francia, cuando la humilde habitacion de la paisana de Thoraise se trasformaba en monasterio, y sor Marta, acompañada de algunas niñas, hacia prodigios de caridad. Ella derramaba socorros entre los pobres de Besanzon, recorria la campiña luchando con la miseria y la epidemia, y se la encontraba en todas partes donde habia desgracias que consolar y peligros que combatir. Cuando las llamas consumieron un barrio cerca de las puertas de Besanzon, la intrépida religiosa, sin que le intimidase la voracidad del incendio, salvaba tres víctimas atravesando por entre el fuego y perdiendo parte de sus dedos en accion tan heróica. Sin saber nadar, arrebató de la corriente del Doubs un niño que se ahogaba; y cuando Besanzon recibia en su seno ejércitos de Ingleses, Españoles y Alemanes trabajados por la peste, el hambre y las heridas, la infatigable religiosa, hecha *todo para todos*, acudia á todos, consolaba á todos y socorria á todos los extranjeros, del mismo modo que lo habia hecho con sus compatriotas. Las distinciones y los honores la buscan en su retiro. El gobierno frances le envia la gran cruz; los emperadores de

Austria y de Rusia le remiten condecoraciones; los reyes de España y de Prusia le mandan medallas de honor, que recibe con reconocimiento, pero sin que le causen gozo particular. Llevada á la presencia de Luis XVIII, instada por el rey para que pida una gracia: « *Señor*, dice, *los pobres labradores del Franco Condado sufren todavia mucho á consecuencia de la guerra.* » El oro que recibe de la mano generosa de aquel soberano se derrama presto por los campos del Franco Condado, y un rincon oscuro de los claustros de las Visitandinas recibe á la religiosa heróica, cuyos hechos brillantes, como el sol mas hermoso, se referian por Europa en todos los idiomas. Aquel mismo rincon recibió su postrer aliento, cuando su alma volaba de la tierra al cielo, buscando el seno del Dios que amó, en las regiones de la eternidad (1). La historia no ofrece rasgos mas bellos que estos, donde encontramos dibujado con los colores mas vivos aquel noble carácter de la caridad ardiente, « Ninguno tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos. » Mas estos hechos, heróicos en la mayor extension de la palabra, no son aislados ni pertenecen á un individuo solamente; las congregaciones de caridad no tienen cronistas, ni historiadores que se ocupen en redactar sus obras preciosas de cada dia; ved ahí el motivo porque ignoramos muchas ó las mas de estas. Su crónica viviente son los corazones, donde durará sellada la memoria de sus beneficios, sus páginas los individuos que arrebataron á la muerte, y sus comentarios la veneracion profunda que sus virtudes les merecen de la sociedad entera. Mas cuando á pesar de la repugnancia invencible que manifiestan para que sus obras sean conocidas, llegamos á percibir algunas, estas pocas podrian formar por cierto la mas generosa y la mas heróica de todas las crónicas. Mirad al Asia, las encontraréis condecoradas por los sultanes, que premian con honores que

(1) Murió sor Marta en 1824.

ellas no usarán jamas la caridad con que curaron á sus vasallos apestados; mirad por Europa, y las veréis sobre las playas del mar Negro cuidando de los heridos en el campo de batalla, y arrebatando la admiracion de los oficiales ingleses, que les tributan los elogios mas entusiastas; mirad á la América, y en un rincon de esos grandes navíos semejantes á ciudades, que flotan sobre el mar llevando en su seno mil individuos sedientos de oro, encontraréis unas pocas mujeres, que tambien dejan su patria, no para adquirir riquezas de la tierra sino bienes imperecederos, no para amontonar oro sino para inspirar desprendimiento en corazones trabajados por la avaricia. Por todas partes se extiende esta raza noble y generosa, con tanta presteza como los males mismos que van á sanar. Todas las naciones experimentan el influjo vital del cristianismo que ellas enseñan prácticamente, y los hombres que lo palpan corren presurosos á cobijarse bajo la sombra del árbol robusto que tiene la virtud de producir tan portentosos frutos.

Ningun argumento existe tan fuerte como el de los hechos para probar la naturaleza de las obras y de las instituciones; y si alguno dudase á vista de tantos, preciso es que sus ojos no vean y su corazon no sienta; preciso es que no simpatice con el resto del género humano, y que su alma, viviendo en lucha constante, se niegue á tomar parte en el voto universal que se eleva por la felicidad de estos heróicos institutos. Por lo que á mí toca, concluiré que sin el testimonio que se levanta de todos los confines de la tierra, y ateniéndome tan solo á las observaciones hechas por mí mismo, no cesaré de bendecir la adorable Providencia, que en un siglo de tantas miserias ha dado en aquellas instituciones recursos tan abundantes á la afligida humanidad.

Hemos considerado con rapidez los efectos que la reaccion católica de Francia produce en el resto de la tierra; en la serie de nuestras observaciones habrá percibido cualquiera el renacimiento de la fe en el corazon de la nacion mas grande

y mas ilustrada de Europa, con tanta fuerza y esplendor cual tuvo allí jamas. Como árbol majestuoso que elevaba hasta el cielo su frondoso copo fué cortada bruscamente; pero siendo como era su vida inmortal, de su tronco brotaron mil retoños que crecen y dan frutos de que se alimentan todos los pueblos del universo.




VITTORIO EMANUELE
BIBLIOTECA IN ROMA



IMP. SIMON RAÇON.

EL CONDE DE MONTALEMBERT

CAPÍTULO XXVII.

Resultado de los trabajos del protestantismo en Francia. — Visita al Norte. — La voz mas elocuente. — La estatua de Dijon. — Curso por el Mediodía. — Su decadencia en el Centro. — ¿Le faltó la proteccion del gobierno? — El galicanismo. — Carácter especial del renacimiento católico. — Ojeada sobre la Bélgica. — Sus tradiciones primitivas fielmente conservadas. — Universidad de Lovaina. — Propaganda protestante en Bélgica. — ¿Cuál ha sido su éxito? — Espectáculo que ofrece allí el catolicismo. — Una solemnidad en Gand. — Voz de un orador elocuente.

Cada vez que el protestantismo no ha podido contar con un apoyo especial, sus pasos fueron vacilantes, sus dias muy cortos, y los rastros que estampó, aunque infinitamente dolorosos por sus consecuencias individuales, tan lijeros y vagos que el tiempo los borraria por sí solo, aun cuando los reflejos de la luz y la influencia del buen ejemplo nunca interviniesen. Lo vemos sostenerse en Inglaterra, donde todo el poder de la administracion le presta su influjo poderoso, donde el oro de la Gran Bretaña es el elemento de su vida, y donde durante largo tiempo la coincidencia de mil circunstancias favorables le concedieron, por decirlo asi, el monopolio de las conciencias. Pero en Francia no sucedió del mismo modo : protegido como cualquiera otra religion por las leyes del Estado, rentados sus ministros como lo están los católicos y los rabinos, con libertad para hacer su propaganda como cualquier otro culto, léjos de medrar pierde, probando con sus agonías conocidas de todos que el error no subsiste sino viviendo del monopolio.

Nadie hay que ignore los trabajos del protestantismo en Francia: heredero y representante legítimo de todas las herejías que la devastaron tantas veces, él tambien la dividió, la revolvió, introdujo el desórden, sembró la discordia entre las familias, inspiró odio al poder, protegió la indiferencia religiosa, y sirvió de precursor al materialismo y á la incredulidad que tan caros costaron á la nacion. Pero si buscamos miéntras tanto lo que él ganó en esos combates, revoluciones y movimientos, apénas hallaremos alguna victoria pasajera, que no nacia de convicciones que triunfasen en el corazon, ni ménos de resoluciones fruto de la madurez y del entendimiento desapasionado, sino de la irritacion que estudiosamente se hacia nacer en todas partes contra el antiguo culto y sus ministros. No leeremos una línea en la historia de Francia, ni podremos recorrer el mas pequeño de sus períodos sin convencernos hasta la evidencia de esta verdad. Pero la exaltacion de pasiones debia desaparecer luego que se apagasen los elementos volcánicos que la combinacion de mil circunstancias reunidas habian aglomerado; los espíritus volver á su estado normal, luego que la calma les permitiese ver las cosas en su fisonomía verdadera; y la razon libre para dar una ojeada tranquila sobre los hechos y sus antecedentes, no podia dejar de arribar al fallo que dió realmente, condenando innovaciones repugnantes para la conciencia que juzga sin pasion. Tal fué el resultado final del protestantismo en Francia.

Preguntad en el Norte cuál es su estado, allí donde por su inmediacion á la Alemania, teatro de la reforma y de los hechos de fanatismo que la abortaron, allí donde la constante comunicacion con la Suiza, que abriga el protestantismo con toda su exaltacion é intolerancia primitivas, allí donde los vaivenes y sacudimientos políticos con que amenazaba el protestantismo, eran mas inminentes y sus consecuencias mas formidables; allí el pueblo frances, marchando sobre la senda que le trazaron cien generacio-

nes de católicos fervorosos, conserva en su pureza y vigor primitivos todos los dogmas de la Iglesia universal, sin abandonar ni aun la mas pequeña de sus tradiciones. En Strasburgo, en medio del desórden y de la confusion, el protestantismo arroja á los monjes de sus monasterios y al clero con su obispo de la catedral, forma un fondo ingente de sus rentas, y luego satisfecho de su victoria se sienta tranquilo para disfrutarla. Mas el error cae, el culto despojado de sus templos por los intrusos los recobra, y aquellos se contentan con retener las rentas que deben su orígen al desprendimiento y abnegacion que inspira el catolicismo y desconoce del todo el protestantismo. Recorred el Franco Condado, desde donde hace dos siglos un cardenal, político profundo, desconcertaba las intrigas de los protestantes de los Países Bajos, y hallaréis un pueblo que se gloría en mantenerse fiel á la unidad católica, un pueblo devoto cuyo ejemplo edifica á los disidentes que dia por dia atraviesan el Jurá viniendo de Helvecia. La revolucion pudo quemar y arrasar las iglesias, trasformar en cuarteles los monasterios que producian Pontífices, y afligir al católico fiel con el triste espectáculo que ofrecieron Besanzon, Dijon y tantos otros pueblos situados en la Borgoña y sobre las márgenes del Doubs, que conservan hasta hoy frescos los rastros de la devastacion impía; pero nada mas pudo. El protestantismo, que aprovechó las revueltas para hacer su propaganda, que levantaba su voz en los templos católicos que perdonaban el fuego y la devastacion, pudo simpatizar muy bien con los edictos hostiles al catolicismo, y esto era natural, pues él nació entre horrores de la misma naturaleza, y fué educado en su infancia teniendo á la vista espectáculos iguales; pero no gloriarse miéntras tanto de vencer á su adversario, que atravesaba una época calamitosa, ni vestirse con despojos que le ganara en el campo de batalla y luchando con él cuerpo á cuerpo. En Besanzon, ciudad de cuarenta mil almas, y donde desde la introduccion del protestantismo en

Francia ha hecho su propaganda, cuenta apénas cinco mil afiliados y de estos son Suizos su mayor parte. ¡Ah! que los bellos países que fueron teatro de las gloriosas tareas del abad de Claraval no podian olvidar las trazas gloriosas de piedad ferviente que estampó aquel; ni los cerros y los valles que recorre el Doubs dejar de repetir las bellas sentencias que su voz de trueno les imprimia en el siglo doce.

Cuando atravesaba Dijon y preguntaba por la abadía de Claraval: «No existe,» oí responder; un movimiento involuntario, una sensacion de tristeza experimentó mi alma, recordando las brillantes escenas de que fué teatro aquella escuela de sabios y seminario de santos. El monasterio fué arrasado, es verdad, pero esa fe que abrió sus cimientos y colocó las primeras piedras de sus muros subsiste. Dijon, en cuyas plazas retumbaba el eco de la voz mas elocuente y persuasiva que se levantó en el siglo doce, la conserva tan intacta sino tan fervorosa como cuando era instruida con la palabra admirable del mas noble de sus hijos, el fervoroso san Bernardo.

La voz de otro monje, salido de Flavigny en el siglo diez y nueve, como aquel de Claraval en la edad média, resonaba en Dijon, de quien tambien es hijo; su predicacion conmovia á los filósofos, convencia á los protestantes, y convertia á los incrédulos; «el pueblo lo llamó *nuevo profeta* (1) y respetó su doctrina como si realmente lo fuese.» Él renovó en Dijon los recuerdos del sabio abad de Claraval, y á su insinuacion erigieron á este los ciudadanos una bella estatua en la plaza de su nombre.

No es mas halagüeña la situacion del protestantismo en el mediodía de la Francia. La historia del siglo trece nos pinta ese hermoso país convertido en vasto campo de batalla por el furor de fanáticos que discutian la fe con las armas en la mano; y los anales del diez y ocho y diez y nueve nos

(1) *Les Contemporains. Lacordaire.* (E. de Mirecourt.)

pintan con vivos colores hasta qué punto subió la exaltacion de los que adhirieron á la reforma y á la impiedad allí mismo: por eso debe admirarnos mas la bella fisonomía que ostenta el catolicismo en Lyon, en Aviñon, en Montpeller, Perpiñan y Tolosa. Cuando yo visitaba los templos de estas poblaciones, me edificaba el fervor del pueblo; y el trabajo continuo de su clero, dibujado en tantas bellas obras que lo publican, me manifestaba bien habitar en su seno «ese Espíritu cuyo soplo vivifica, y cuya accion nunca muere.» Uno de los síntomas que indican mejor el descenso del protestantismo en estos lugares, es el número de sus templos que se han cerrado en los últimos años, por faltar el número suficiente de feligreses que exige la ley para que el pastor pueda cobrar estipendio del Tesoro público. Desde el año de 1849 hasta el de 54 van cerradas cuatro iglesias disidentes en el mediodía de Francia, sin embargo que el número de fieles pedido á cada una no pasa de ciento cincuenta. ¿Y quién no admira en estos mismos lugares las sociedades que nacen y se desarrollan en el seno del pueblo, como la corriente de los rios mansos y cristalinos que atraviesan los valles derramando sobre la tierra fecundidad? Preguntad en Perpiñan por las humildes religiosas del Sacramento, y todos os responderán que sus obras son bien conocidas, que recogen á sus huérfanos, que educan á sus niños y socorren á sus pobres; preguntad en Montpeller y Nímes por la sociedad de San Vicente de Paúl, y no habrá uno solo del pueblo que deje de conocerla y os asegure que su influjo alcanza á todas partes y se extiende á toda clase de personas, que los enfermos son asistidos en sus casas con medicinas cuando por circunstancias particulares no pueden ir á un hospital, que la viuda vergonzante recibe limosnas secretamente, que las discordias que dividian las familias son pacificadas y los secretos descarríos de muchos individuos reparados en silencio; quedando sin detrimento el honor del que cometió delito mas por debilidad que por malicia. ¡Qué obras

todas estas tan hermosas! Ninguna, sin embargo, os presentará el protestantismo, porque carece de poder para crear y de corazon para ejecutar; y si en el norte de la Francia (en Strasburgo, por ejemplo) muestra ufano algun establecimiento de caridad, la invencion no fué suya, ni ninguna parte tuvo en su ejecucion: lo arrebató al catolicismo como los templos que posee, y lo conservó con el mismo derecho que lo ocupó, cuando aquel, perseguido, vejado y humillado en todas partes, parecia sucumbir bajo los crudos golpes de sus furiosos adversarios. El mediodía de la Francia era el territorio que naturalmente le ofrecia circunstancias mas favorables para su propaganda. Allí tenian sus principios simpatías que contaban siglos de antigüedad; sus reformas habian sido proclamadas por una sucesion de hombres que recorrieron desde los Pirineos hasta los Alpes y desde el siglo trece hasta el aparecimiento de la gran revolucion; el culto de las imágenes habia sido combatido por todos los heresiarcas que pulularon en el Langüedoc, en la Provenza y en todas las provincias de la Lorena; y en fin podia decirse muy bien, que si algun país ofrecia apoyo á los Reformados, á los Evangélicos, á los Apostólicos y á las demas sectas disidentes del catolicismo, era la Francia, donde sus doctrinas habian encontrado eco y provocado sangrientas luchas en diferentes ocasiones. Pero no ha sucedido asi: los templos protestantes se cierran, porque sus creyentes disminuyen; los dogmas del catolicismo imperan sobre las abstractas teorías del protestantismo, y la augusta verdad del Evangelio, que no puede hallarse sino en la Iglesia católica, una y santa, que instituyó Jesucristo, ve entrar en su seno dia por dia á los que desertan del roto pendon de la Reforma y de la herejía. Atravesad los caminos, entrad en los pueblos, seguid las calles, deteneos en las plazas, y encontraréis en todas partes monumentos gloriosos que os lo demuestran. ¡Ved la estatua de María, que se alza en todas partes por el entusiasmo devoto de los fieles! ¡Ved ahí el idioma vivo y enér-

gico que os refiere las prodigiosas conquistas de la verdad en ese país devastado por el error! ¡Recordad que una simple cruz elevada en el campo enfurecia á hombres intolerantes por sistema, y que la imágen del Redentor que murió en ella, era despedazada allí á tiros de fusil! ¿Acaso las profanaciones de Lyon y de Abbeville no se repitieron por toda la Provenza y el Langüedoc con mayor furor é impiedad todavía que en aquellos mismos lugares?

Recorriendo las calles de Aviñon, de aquel Aviñon en otro tiempo célebre, residencia de los papas durante medio siglo, é importante por tantos sucesos famosos en la historia, ¡cuántas reflexiones hice inspiradas por la decadencia que á primera vista se percibe en sus templos y palacios! Las tumbas de Juan XXII y de Benedicto XII, encerradas en su catedral que ha visto pasar nueve siglos, dejándole impresas las señales venerables de la vejez, se conservan, es verdad; mas el palacio de Juan XXII, decorado con frescos, estatuas y relieves, ¿dónde está? El suntuoso edificio es hoy un gran cuartel: un sarjento me condujo al que fué habitacion de los papas, y mostrándome salones vastos reparados simplemente para que puedan servir: « Aquí vivieron los Pontífices, me decia, este palacio fué soberbio; sus frescos y sus estatuas, sus mármoles y colgaduras, sus puertas y sus decoraciones fueron robadas durante la revolucion; hasta esa época todo se conservó, pero entónces todo fué saqueado, y ahora no quedan sino las murallas y los techos tan estropeados como V. los ve... » ¿Quién asegura á Roma que no correria la misma suerte que Aviñon, colocada bajo las mismas circunstancias, es decir, bajo el imperio de la revolucion? Los que saquearon el palacio de Aviñon, á pretexto que tres siglos ántes sirvió de habitacion á los papas, ¿dejarian en pié los ricos monumentos que decoran la ciudad eterna, cuando todos han sido ó levantados ó reparados por los papas? ¿ó el furor por destruir es acaso ménos pronunciado en los revolucionarios de Italia que en los rojos de

Francia? Lo contrario manifestaron durante el tiempo que fueron señores de Roma. Á intimaciones enérgicas del general frances se debió la salvacion del Vaticano y de San Pedro, obras maestras y que no tienen semejante; pero miéntras tanto el Quirinal fué robado, y no fué por cierto el pueblo quien se enriqueció con sus despojos.

Fijémonos ahora en el centro de la Francia y preguntemos por el protestantismo, por ese mismo protestantismo que ha gozado de la mas absoluta tolerancia de parte del gobierno, cuyos afiliados ocuparon los ministerios de Estado y cuyos funcionarios jamas pudieron quejarse con justicia de recibir ni la mas mínima repulsa del poder administrativo. Preguntemos cuáles son sus obras, cuáles sus empresas, cuál su propaganda, cuál su beneficencia y cuáles sus efectos; él nada responderá, pues nada de esto le ocupa, ni fuera de las instituciones que paga la caridad oficial para sus miembros ningunas otras tiene. Sus afiliados han elogiado el celo de algunos institutos, y con voz elocuente pintaron sus trabajos, sus progresos, sus nuevas fundaciones; pero esos institutos eran católicos: eran los Hermanos de las escuelas cristianas y las religiosas que dirigen la educacion de las mujeres los que colmaba de elogios M. Guizot (1). Cuando el culto católico reaparecia en Francia y sus templos volvian á abrirse, el catolicismo tenia que luchar con diversas sectas nacionales nacidas durante los trastornos religiosos, y que se proponian armonizar los intereses y las pasiones humanas con los derechos sagrados de la fe una é indivisible. De esta mezcla brotaron diversas secciones que han ido muriendo mas tarde ó mas temprano, segun eran durables mas ó ménos tambien los intereses que las sostenian. El error no se deja vencer en un solo combate, ni los triunfos que reporta la verdad se ganan en un solo dia, sino gradualmente y poco á poco. Las aguas que fecundizan los

(1) *Discours à l'Oratoire*, en mai 1852.

campos no son las de los aluviones, ni corren precipitadas como las de los torrentes, sino que se derraman con suavidad y mueven dulcemente el débil tallo de la pequeña planta, que producirá flores fragantes y frutos deliciosos.

Pero la victoria del catolicismo no es tan solo completa respecto á sus enemigos extraños, sino que ha vencido tambien una multitud de preocupaciones, doctrinas, opiniones y prácticas que eran perjudiciales á la unidad. Mirad el galicanismo, que tuvo campeones tan ilustres como Bossuet, la Luzerne y Frayssinous: no se encontrara hoy un solo obispo que pretenda defender todas sus pretensiones, ni hacer la apología de los extravíos á que él ha conducido mas de una vez á los espíritus. Este es uno de los caractéres mas hermosos y del todo especial de los triunfos modernos de la unidad: robustecer, dar vida y aumentar la energía del catolicismo. Todos los que son hijos sinceros de la Iglesia son á la vez celosos defensores de su unidad, pues no pueden concebirla ni por un momento triunfante sobre los espíritus ni fecunda para derramar bienes sobre los hombres, sin verla libre de las trabas con que estos la atan y emancipada de la tutela injusta á que quieren someterla. Las heridas que recibió la Iglesia del protestantismo, ó de los cismáticos que se le separaron abiertamente, no le fueron tan dolorosas como las que sufre cuando sus mismos creyentes tendiéndole lazos para atarla impiden su accion y la hacen esclava, á la vez que se apellidan católicos, cristianísimos y fidelísimos. El espíritu católico lleva á la unidad, porque allí ve la salvacion de un mundo amenazado y de una sociedad vacilante; para él Iglesia hispana, lusitana, galicana y germánica no son mas que ilusiones que tenian su orígen en el orgullo de pocos individuos, en la falsa doctrina de algunos doctores y en las pretensiones siempre crecientes del poder temporal. No ve mas que las revoluciones de los pueblos, de las ideas y de las doctrinas, los trastornos sociales, los cambios repentinos y esa situacion vio-

lenta que parece conducir al abismo á los imperios y á las repúblicas, á los tronos y constituciones, á las leyes y monarquías; y en el gran libro de la experiencia aprende que la única medicina que puede curar radicalmente un mal de tan vastas proporciones es la unidad. Una sola Iglesia católica sometida á una sola cabeza que le dió su Fundador legítimo, ved ahí el voto universal del catolicismo entero. Este es, repetimos, el carácter especial del renacimiento católico que se experimenta en Francia y en todos los países europeos.

Echemos una ojeada sobre la Bélgica, y encontraremos que ella conservando fielmente sus creencias, tradiciones y costumbres católicas, ha estado por eso ménos expuesta que ningun otro país de Europa á los trastornos y á los movimientos, despues de haber conquistado heróicamente su emancipacion. Á pesar de los esfuerzos de una prensa empeñada en restablecer las tradiciones *josefinas* y en hacer cundir entre todos las ideas materialistas, á pesar de discusiones que diputados que se llaman liberales entablaban en el seno de las cámaras legislativas, y á pesar de diversas circunstancias azarosas que atravesó la Iglesia; esta ha continuado su marcha majestuosa, dominando las conciencias de un extremo al otro de la Bélgica, no con la dominacion despótica con que los soberanos de la tierra imponen su voluntad, sino con la dulce influencia que ejercen sobre los corazones la luz de la fe y los beneficios de la caridad. La Iglesia no tiene en Bélgica ninguna de las trabas que encuentra en otra parte; su accion es enteramente libre, el Sumo Pontífice elige los obispos y los hace instalar en sus iglesias, se comunica con ellos libremente, y les imparte las órdenes y las advertencias que juzga oportunas para el gobierno de los fieles que encomendó Dios á su cuidado. ¿Y cuándo tuvo mas libertad la Bélgica? ¿acaso cuando Guillermo I mandaba poner en vergüenza pública al obispo de Gand, porque no se sometia á obedecer decretos arbitrarios,

ó cuando Napoleon el Grande incorporaba violentamente los seminaristas belgas á los regimientos de su ejército; ó cuando el papa nombra los obispos y se comunica con estos sin traba de alguna especie? No necesitamos responder nosotros, puesto que la historia nos dice bastante claro que nunca fué la Bélgica tan esclava como cuando se la sometia á aquellas duras pruebas combatiendo por su fe, ni jamas tan libre ni dichosa como hoy cuando la domina el sentimiento católico.

Bajo la salvaguardia de esa misma libertad la Europa ha visto renacer en 1834 la célebre universidad de Lovaina, que ocupó durante muchos siglos uno de los primeros puestos en el mundo literario, y dar á luz su programa de estudios que han elogiado escritores nada apasionados al catolicismo. « Los esfuerzos de la Universidad se dirigen á llenar dignamente su alta mision, inspirando en la juventud no tan solo amor á las ciencias, sino tambien á los principios que aseguran eficazmente la paz de los Estados. Principios que, ya se les considere política ó ya religiosamente, están consignados en esta palabra: *respeto á la autoridad* (1). » En 1853 la cifra de los estudiantes que seguian los cursos universitarios llegaba casi á ochocientos, sin comprender el colegio de humanidades que depende de ella misma (2).

La propaganda protestante conocida bajo el nombre de *Sociedad evangélica Belga*, y reputada como sucursal de la Sociedad bíblica de Lóndres (3), se empeña en abrir escuelas y en distribuir en estas sus libros á los niños. En el comité reunido para centralizar la accion de estas escuelas y

(1) *Discours de M. de Ram*, recteur de l'Université, le 12 septembre 1852.

(2) El número total de los estudiantes que han seguido los cursos de la Universidad católica de Lovaina desde su abertura en 1834 hasta el fin de 1852, es el de 11,198. (*Annuaire de l'Université catholique de Louvain*, 1853.)

(3) Véase *De la propagande protestante à Bruxelles*.

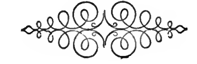
oir la relacion de los trabajos de los ministros, no se dieron detalles particulares; nosotros hemos visitado un domingo dos de sus capillas en Bruselas, que, á pesar de ser muy pequeñas, estaban vacías; no tenemos por consiguiente medios ciertos para indicar el éxito de sus empresas.

El espectáculo que ofrece el catolicismo es, sí, visible para todos: ved esos templos bellísimos, honor de las artes y de la piedad, que resistieron intactos á las borrascas y á los empellones furiosos de la revolucion, vedlos invadidos por un pueblo ardiente y lleno de fe; ved á los obispos asociarse en sínodos y dirigir á los fieles con celo comparable al de los Padres de la Iglesia; ved los hospitales y los asilos que en todas las ciudades y todos los pueblos dirigen religiosas belgas de San Agustin, con abnegacion tan fervorosa que asombra y enternece; ved los conventos y monasterios que renacen de sus escombros, y las comunidades de Jesuitas y Dominicanos, Carmelitas y Capuchinos, que edifican los pueblos con sus virtudes. Es esta la respuesta mas concluyente que puede darse á los que preguntan: ¿Cuáles son en Bélgica los progresos del protestantismo?

Pero si se quieren hechos individuales y que nosotros de propósito hemos omitido así en Bélgica como en Francia, por ser tan conocida de todo el mundo la situacion brillante de la Religion en estos dos países; juntando nuestra voz á la de un orador elocuente, repetiremos lo que este decia en presencia del Nuncio del Papa, de cinco obispos y de millares de hombres reunidos para solemnizar con toda la pompa religiosa la dedicacion del templo mas suntuoso construido en Bélgica en los tiempos modernos (1): « La generacion volteriana se ha guardado bien de cantar victoria en el desarrollo y en la ejecucion de sus proyectos contra Dios

(1) La magnífica iglesia gótica construida en Gand por los Hermanos predicadores en el local que sirvió antiguamente á monjas de San Benedicto, fué dedicada el primero de octubre de 1854, predicando el elocuente P. Souaillard.

y contra su Iglesia, porque el mal tiene su lógica y su ley, que es la del talion: ojo por ojo, diente por diente; la autoridad de Dios reprimia su orgullo, y ellos pretendieron destruirla en el corazon de las masas: ¡ el hombre del pueblo se elevó sobre sus ruinas y sobre los escombros del trono!... Ese mismo pueblo pisará vuestra autoridad, como habeis pisoteado vosotros la de Dios, y se reirá de vuestros proyectos, como os reisteis de aquel. Mas él tendrá la franqueza de que careceis vosotros, pues marchará derecho á su fin: no es esta una amenaza, es la leccion que nos da la historia del pasado, la que nos dan tambien las sociedades modernas, y lo que fermenta en lo mas profundo de las convicciones de ese mismo pueblo que sublevasteis contra Dios.... La Iglesia católica no será su víctima; esta es inmortal, y se levantará en todas partes como este templo de las ruinas sobre que pasearon tanta multitud de furiosos, de impíos y sacrílegos. »



CAPÍTULO XXVIII.

El monte San Bernardo. — Monjes expulsados. — Nueva especie de libertad establecida en Suiza. — Lucha sangrienta. — La Iglesia combatiendo por el mas sagrado de los derechos. — Suceso curioso y que explica las convicciones. — El Piamonte adopta el mismo sistema que la Suiza. — La libertad pisoteada en cada uno de sus capítulos. — La persecucion contribuirá al triunfo de la Iglesia. — Contraste doloroso. — Reformas. — ¿Qué influjo han tenido en Europa las del Piamonte? — Individuos perjudiciales á la sociedad y á la Iglesia.

La historia imparcial señalará algun dia hechos que, escuchando hoy el género humano entre el ruido sordo de las naciones agitadas, de los pueblos conmovidos y de la sociedad toda colocada en una pendiente, no alcanza á penetrar ni todo el horror que inspiran, ni toda la injusticia que revelan. Tales son los que la Suiza en una succsion de impiedades y de luchas, de persecuciones y despojos, ha cometido con ultraje de la civilizacion y de la libertad que falazmente proclama, y con indignacion de cuantos aman la justicia, base esencial del sistema republicano. La sociedad, que ha oido simplemente que los monjes de San Bernardo fueron arrojados con violencia de su monasterio, fundado entre la nieve, rodeado de precipicios y donde solo el interes de salvar la vida á los viajeros extraviados podia inspirar la resolucion heróica de sepultarse en él á los fervorosos hijos del santo abad de Claraval; que ha oido se obligaba á los ciudadanos á viva fuerza á sufragar por hombres que rechazaba su conciencia y el espíritu de partido que-

ria elevar á los primeros puestos; y que ha visto arrastrar á una prision y encerrar en un calabozo al obispo de Losana y de Ginebra porque hacia á sus fieles advertencias que juzgó á propósito, no conoce toda la gravedad de tales hechos, no obstante que así aislados como se refieren, ya se divisan como manifiestas infracciones de las garantías mas preciosas que concede la libertad.

Yo, atravesando el monte San Bernardo, examinaba cuál podria ser el orígen de la devastacion que se percibe en aquel monasterio venerable: los monjes á nadie perturbaban viviendo en su soledad; servian al público salvando á los pasajeros sorprendidos por los temporales en la montaña, y cubiertos muchas ocasiones por la nieve, de donde les sacaban y frecuentemente con peligro de su propia vida; ellos daban hospitalidad á cuantos la pedian, y en las inmediaciones de la montaña los pueblos, de cualquiera creencia que fuesen, les amaban y respetaban como á seres privilegiados y como ángeles tutelares de la especie humana. Ellos ninguna resistencia hicieron á la autoridad, ningun atentado cometieron contra las leyes, ni de ninguna conjuracion se les acusó contra la patria; sin embargo una órden les mandó disolverse, otra cerrar el monasterio, y una partida de tropa introduciéndose en este arrojó á viva fuerza á los monjes y á sus huéspedes: ¡Porque vestian aquellos un traje determinado! ¡porque hacian voto de castidad, de pobreza y de obediencia! ¡ porque eran monjes, en fin! Nada les valieron millares de hombres salvados de la muerte, nada las condecoraciones que muchos de los monjes habian recibido de gobiernos mas justos, y en recompensa de servicios prestados á sus nacionales, ni nada su beneficencia que bendecian todos cuantos aman la humanidad. Para un gobierno que contradice dia por dia los principios de libertad que sirven de base á la existencia de las naciones, nada de esto vale; ni la reprobacion general que le acarreó acto tan inhumano es mas, segun su juicio, que « preocupacio-

nes que atrasan á los pueblos separándolos del sendero de la ilustracion. » Segun esto la Suiza sola es ilustrada; y la Inglaterra, la Francia, los Estados Unidos y las demas naciones, que hasta hoy condenan aquel atentado cometido contra la humanidad y contra la libertad, son naciones retrógradas que marchan extraviadas de la senda que las luces del siglo trazan á los pueblos.

La libertad que el gobierno suizo asegura á los ciudadanos de los cantones confederados no es la noble independencia que constituye al hombre dueño de si mismo y tal como salió de las manos del Criador, no es la que le garantiza el uso de su inteligencia y de su voluntad, ni la que al mostrarle la ley sancionada por el libre querer de la nacion, le deja tranquilo gozar el fruto de su bienestar. No; sus propios actos nos lo señalan hostilizando abiertamente la libertad de conciencia, que garantiza á cada ciudadano el libre ejercicio de su religion : persiguiendo los individuos en su domicilio, molestando su persona, atacando sus propiedades, y desentendiéndose cuando reclamaban la proteccion que conceden las leyes. Él ha perseguido encarnizadamente el culto católico en los cantones cuya mayoría lo profesa, ha condenado á los ciudadanos pacíficos porque pedian la observancia de las leyes, y ha pisoteado el derecho de asociacion, uno de los principios de la libertad. ¡Ved ahí cómo comprenden esta los republicanos de Ginebra, que alguno estimó como padres de la libertad y modelo de gobiernos libres! ¿Qué dirian en Norte-América si allí se vieran alguna vez rodeadas de bayonetas las mesas electorales é insultados con golpes por los agentes del poder los ciudadanos pacíficos porque no sufragaban por los candidatos de este? ¿Qué dirian si viesen un suceso tan alevoso como el de Leu, ó tan despótico como la prision y el destierro del obispo de Friburgo Monseñor Marilley? ¿Qué dirian, en fin, si vieran entregado al ciudadano á la merced de agentes de policía que invaden su casa para sacar por fuerza al capellan de ella, « por ser mi-

nistro de un culto distinto del que profesaba el juez del distrito?» ¿Podrá decirse que hay libertad donde prevalece un órden de cosas semejante? De ningun modo; y solo por ironía alguno lo dirá si pone la mano sobre su conciencia ántes de responder.

Las naciones europeas han visto á los pueblos agobiados por despotismo tan cruel lanzarse para combatirlo; si la fortuna no les fué propicia, y si la demagogia conservó su puesto al frente de los negocios públicos y oprimiendo á cuantos se atreven á contradecir su sistema de opresion, sus corazones ni son por eso ménos leales á su conciencia, ni sus esfuerzos serán infecundos.

Mas no son estos combates en los que la Iglesia triunfó jamas, sino otros que si en Suiza dejan estampadas trazas sangrientas, la culpa es de la administracion que entregó al martirio los ciudadanos que trabajaban por realizar el triunfo de la ley sobre el despotismo, y de la República verdadera sobre la tiranía espantosa de los radicales. ¿Quién no recuerda horrorizado el asesinato del diputado Leu, alma del partido católico de Suiza y campeon el mas intrépido de la fe y de la libertad? Al radicalismo molestaba su influencia y le condenó á muerte: lisonjeándose que el espíritu del justo pereceria con él, hizo inmolar la víctima en su mismo lecho (1). Leu pagó el delito imperdonable para los rojos de ser popular, respetar la Iglesia y combatir con abnegacion las bastardas empresas de los radicales. El radicalismo descubrió su culpa tratando de manchar la conciencia del muerto; y el grito unánime de los cantones indicó al verdugo que emplearon los rojos como instrumento. Para vergüenza de la humanidad se vió entónces á la prensa roja hacer la apología del delito, y al poder tratando de salvar á los verdugos que habian confesado el crímen con todos sus detalles (O). ¿Y quién no ve con el mismo horror el tejido de

(1) 20 de julio de 1845.

injusticias que forma el proceso iniciado por los radicales contra el obispo Marilley, arrastrado á la cárcel, sepultado en los calabozos y condenado al destierro con desprecio de cuantas garantías concede la constitucion á los ciudadanos? Mas cuando Leu era asesinado por un vil verdugo, á quien otros aun mas viles prometieron oro é impunidad; y cuando el obispo de Ginebra y Friburgo era encerrado en la prision, del lóbrego rincon de un calabozo del viejo castillo de Chillon salia una voz enérgica y noble que decia al gobierno: « En una época de libertad como la nuestra en que se combate y destruye el absolutismo político de los gobiernos pasados, se quiere con desprecio de todos los derechos y de todas las garantías conservar el despotismo religioso, que introdujeron aquellos gobiernos á despecho del reclamo enérgico del obispado entero... Ni la agitacion del pueblo, ni los conflictos que han sucedido, nada detiene á los que por su base minan las instituciones de un Estado libre. Esos pueblos que se han levantado á nadie atacaron, y si combatieron fué defendiéndose en su propio territorio contra una agresion que estimaban injusta y contraria á los derechos de su libertad (1). » El que así hablaba era un obispo; quien con tanta abnegacion defendia los derechos de sus conciudadanos estaba preso, y en vísperas de marchar al destierro; ¿y por qué? Oigamos cómo lo condenaban sus mismos enemigos: « Protesta contra la expulsion de los Jesuitas y demas comunidades regulares que el gobierno ha arrojado, y protesta tambien contra decretos que emanan del poder llamándolos cismáticos (2). » ¡Y porque un funcionario protesta, aun cuando sea con toda la energía de que es capaz el hombre, sin ofender empero la ley ni el decoro de la magistratura, se le castiga! ¡y esto en una República! ¡y

(1) *Note au conseil exécutif du canton de Berne*, le 2 novembre 1848. Mgr Marilley.

(2) *Le conseil d'Etat du canton de Fribourg*, etc. 19 octobr : 1848.

bajo un gobierno que se llama ultraliberal! Libre Dios al mundo de semejantes repúblicas y á las naciones de tales magistrados.

Esta clase de gobiernos que parecen calculados para castigar en los pueblos extravíos pasados, desmienten con sus actos sus bellas teorías, entronizando bajo el nombre augusto de la libertad, que respeta y ama la sociedad entera, el mas ominoso y duro despotismo. Cuando era preguntado el asesino del magistrado Leu por qué se habia alistado en las banderas del radicalismo, él respondia con franqueza : « Yo ignoro del todo lo que sea radicalismo; pero se me ha asegurado que los Jesuitas tienen reunidas enormes cantidades de dinero, y que estas serian distribuidas segun las circunstancias. Nada mas pensé ni examiné alguna otra cosa al afiliarme entre los rojos (1). » ¡Hé ahí explicado todas las convicciones y todos los programas de la libertad que dan los resultados que pesan sobre los cantones de la antigua Helvecia! ¡hé ahí la libertad que tan caro cuesta á los bravos y patriotas montañeses del San Bernardo y del Gothard! Mas á pesar de la guerra atroz que el radicalismo ha hecho al catolicismo y á sus creyentes, á los obispos y á sus sacerdotes; á pesar que las iglesias fueron despojadas unas y cerradas otras, el catolicismo vive, y ese país donde los discípulos de Calvino pudieron decir un dia : « Aquí no se habla ya de papa ni de papismo, » hoy existen periódicos religiosos que sostienen los derechos de la Iglesia, cuyo jefe es el papa, y esto sucede en la ciudad mas adicta á los errores de la reforma.

Pasemos ahora el monte San Bernardo, y entremos en el Piamonte; allí donde esa casa ilustre de Saboya tantos ejemplos de fe y de piedad diera á sus vasallos en otro tiempo; allí donde la sala del consejo del rey se mira rodeada de príncipes de la familia real que la Iglesia colocara sobre los

(1) *Histoire du Sonderbund.* Fribourg, 1850.

altares, y un dia acordaban bajo sus doradas bóvedas las leyes que causaron la felicidad del monarca y de sus gobernados; allí donde sin embargo de épocas azarosas para la Religion y para los Estados de Italia, se conservaron tan bellos recuerdos de la munificencia de los soberanos como la Superga y la célebre basílica de la Anunciacion. Cuando se comparan estos vestigios que dejaron al pasar tantos piadosos príncipes, tantos personajes santos y tantos hombres cuya memoria vivirá eternamente en el corazon del pueblo de que fueron padres, con las sombras siniestras que estampan los hechos que presenciamos, se comprende bien la enorme distancia que existe de una época á la otra, y lo completo del trastorno que han sufrido las ideas de los hombres llamados al gobierno del Piamonte. Separándose estos de sus tradiciones que les unian á la Francia, se constituyen en torpe remedo de los que dan leyes á los cantones de Suiza tiranizando la Iglesia y ganando votos con amenazas y castigos.

« El gobierno se lanza por un sendero liberal para satisfacer los justos deseos de los pueblos que piden libertad, » decia un órgano oficial del gobierno de Turin, al mismo tiempo que ese gobierno conculcaba todos los artículos que forman el gran código de la libertad justamente demandada por los pueblos.

Él ha violado la libertad civil atacando la propiedad directamente; ha violado las garantías individuales haciendo ilusorio el derecho de asociacion; ha violado la libertad de conciencia combatiendo de frente la Religion católica, que es el culto nacional; y ha violado la libertad de la prensa hostilizando las publicaciones católicas, porque hacian oposicion á sus principios. Estos son los artículos esenciales que forman la libertad del hombre que vive en sociedad, y estos son tambien los que el gobierno del Piamonte ha violado á la faz de la Europa y del mundo entero. No somos nosotros quienes le juzgamos sino la sociedad toda, sirviendo

de proceso sus propios hechos. Séanos permitido, sin embargo, notar que el estruendo de los combates á que la Iglesia ha sido provocada injustamente pueden contribuir á su triunfo, y el suplicio afrentoso á que la arrastraban sus ciegos y obstinados adversarios convertirse en espléndida victoria. Ese espectáculo que ha ofrecido á Turin un metropolitano, anciano venerable que abraza con resignacion el destierro ántes que autorizar los vejámenes con que se injuria á la Iglesia, edificando con sus virtudes al país hospitalario que le recibió en su seno; ese espectáculo, repetimos, que ofrecen los obispos protestando á una contra las disposiciones ilegales del gobierno, y los fieles secundando las enérgicas, pero respetuosas, reclamaciones de sus pastores, han dispertado el espíritu católico adormecido durante largo tiempo en una tranquilidad semejante á esa calma pesada y molesta que suele ser precursora del huracan. Los católicos del Piamonte sintieron este repentinamente, y han visto cerrados los seminarios, suprimidos los monasterios, disminuidas las diócesis, ocupados los bienes de las iglesias, llevados á la cámara los enemigos declarados del catolicismo, proclamados sin rebozo alguno los principios protestantes, insultada la dignidad del sacerdocio y vejadas las prerogativas mismas del Vicario de Jesucristo. Su fe se ha excitado al mismo tiempo; comprendieron ser necesario combatir por la defensa del mas precioso de los intereses, y prestar sin temor los servicios que pedian la Religion pisoteada y la nacion en peligro de vivir en cisma con el Padre comun de los cristianos. Hemos visto con cuánta lealtad en el seno del parlamento y en los periódicos religiosos se han alzado voces elocuentes para combatir aquellos abusos de la administracion; hemos visto asociarse los ciudadanos para sostener con vigor los ataques frenéticos dirigidos contra la fe, y esperamos ver á esta triunfante y triunfantes tambien los nobles esfuerzos de sus defensores. De esta manera los golpes bru-

tales que hirieron el hermoso cuello de la Esposa de Dios, vendrán á contribuir para dar mayor realce á su divinidad.

Miéntras tanto yo observé en Turin uno de esos contrastes dolorosos para el alma que cree y aprecia los espléndidos monumentos que trazan desde los siglos mas remotos la gloriosa carrera de su fe; esa noble marcha que dibujan la célebre Superga, la magnífica catedral de San Juan Bautista y la Anunciata, cual rayo de luz que recorre y atraviesa entre las generaciones y los siglos, dando movimiento y fuerza á los entendimientos y á los corazones. Ví suprimida la Superga y abolidas las asociaciones de sabios que tanto honraban al Piamonte; el edificio suntuoso que los reunia en su seno decae y pierde todo su esplendor primitivo, y de sus ricos mármoles y delicados relieves dentro de algun tiempo nada quedará que no tenga estampada la pesada é inexorable mano de la revolucion. Ví en los templos el fervor del pueblo; no obstante que á este falta el estímulo del ejemplo, de ese ejemplo que recibia de soberanos que decoraban los altares con oro, plata y piedras preciosas, y edificaban á los pueblos con otras obras mas hermosas que los metales y mas meritorias que donaciones no trabajosas para el poderoso. Cuando veía sin embargo las ricas estatuas de mármol y alabastro que adornan aquellas iglesias y leía en sus incripciones que fueron erigidas por los príncipes con piedad ejemplar, cuando recordaba que hoy se ve perseguida esa piedad, se arruinan esos monumentos, se aniquila lo que creó el fervor de tantos siglos, y se destruye sin reparo alguno lo que edificaron tantos soberanos, no podia ménos que sentir la oposicion de este contraste.

El gobierno del Piamonte, como fastidiado de la paz y prosperidad de que goza, se ha lanzado de una manera despótica á la ejecucion de reformas eclesiásticas que, políticamente hablando, destruyen la mas bella garantía de su paz, excitando los espíritus, sin recoger mas fruto que elementos de revueltas y agitaciones intestinas; y en sentido

religioso envuelven todo lo que hay de mas opuesto á los principios católicos, que fueron siempre la mas noble divisa del Piamonte.

¿Qué influjo producen aquellas reformas en Europa? Fueron celebradas con entusiasmo por la prensa de los radicales de Suiza; los rojos de Francia tambien las saludaron con vivas entusiastas, dispensando á los hombres de Estado que las emprendian elogios expresivos, pero nada honrosos, considerado el órgano que los emite. Los revolucionarios de Italia, de Francia y de Austria se asociaron tambien á aquellas ovaciones, y en las proclamas de todos estos, que para el hombre honrado valen tanto como la basura de los muladares, el incienso se ha prodigado para dar culto á la libertad del Piamonte. Mas allá no pasaron ni los elogios, ni los aplausos: los que aman de corazon la causa de la libertad, los que comprenden bien la extension de los derechos del hombre, y los que estiman la paz como el primer elemento de prosperidad social, las condenaron como viciosas, las despreciaron como absurdas, y el viejo campeon del protestantismo inglés y mas antiguo de los diarios europeos las llamó *intempestivas y revolucionarias*. Este desengaño que los reformadores sardos experimentaron, no es para ellos ménos amargo que cruel para la Iglesia su persecucion.

Los malos católicos que extraviaron su juicio ahogando los convencimientos de su razon y las voces de su conciencia, los que sacrifican su fe al ídolo vano de la lisonja ó al vil simulacro del interes, tienen demostrado en todas partes ser los enemigos mas temibles de la Iglesia, cuyos principios traicionan. Los efectos de su conducta, derramados en la sociedad, son para esta un elemento destructor que la roe y la devora; su ejemplo arrastra á muchos, y las deserciones entre los creyentes no vienen á ser un hecho singular ni extraordinario. Mas cuando la traicion mancha el Santuario, cuando los domésticos de Dios no solo abando-

nan su puesto para defender los intereses sagrados que se les confiaron, sino que toman parte en los ataques y ocupan lugar entre la multitud de ateos y reformadores que lo persiguen, un grito de horror se levanta de lo mas profundo de la conciencia; y no es maravillando lo nuevo del espectáculo, no lamentando lo acerbo de sus consecuencias, ni ménos alarmando contra el criminal los espíritus de los fieles de cuyas filas deserta, sino reprobando hechos que, á pesar de ser repetidos, no dejan por eso de ser monstruosos ni lamentables. Los que en Suiza y Piamonte quisieron renovar las escenas de Teodoro de Brescia, á saber, Gioberti y los demas que hemos visto figurando entre reformadores, ateos y malos católicos, levantando como estos la voz para declamar contra los derechos de la Iglesia, son los que ocupan el primer puesto entre sus enemigos mas perjudiciales. La Iglesia sin embargo les tratará con indulgencia cuando hayan vuelto, miéntras que los que hoy halagan sus oidos con adulaciones bajas, mañana les prodigarán insultos hasta la ignominia (P).



CAPÍTULO XXIX.

La Lombardía. — Catedral de Milan. — Estatua de san Cárlos Borromeo. — Los hombres célebres de Padua. — Visita á un asilo de jóvenes estudiantes. — Recuerdos de Venecia. — Impresiones en su catedral. — Isla de San Lázaro. — Rasgo brillante de caridad presenciado en Ferrara. — Memorias del Tasso. — Bolonia asilo de las letras. — Su esplendor pasado y decadencia presente. — Las cenizas de un apóstol honradas por el príncipe de los artistas. — Vestigios de los trastornos en Florencia: — Servicios del clero. — Propaganda protestante y sus mártires. — Sus efectos. — Una reflexion en Pisa.

Ni un paso puede avanzarse en la Lombadía sin encontrar bellos monumentos que atestiguan la accion religiosa que un dia alzara todos esos pueblos, desde el polvo sobre que descansan sus fundamentos, hasta el alto grado de majestad y esplendor que representan construcciones tan soberbias como la catedral de Milan, Santa Justina de Padua y Santa María Novella de Florencia; asociaciones de sabios tan célebres como las universidades de Padua y de Pavía, y establecimientos tan benéficos como los antiguos hospitales de Milan, que en época pasada ocuparon uno de los primeros lugares entre los de su clase. Muchas son las causas porque estos pueblos han perdido parte de su importancia; las mas recientes nadie las ignora, y las otras no es de mi órgano tocarlas. Sí, notaré que ellos han decaido desde que la accion religiosa fué ménos viva, desde que la revolucion suprimió sus monjes y desde que á nombre de la reforma eran cerradas las casas de beneficencia y desaparecian uno tras otro los institutos científicos y literarios. Al escribir

estos renglones me creo exento de preocupaciones, y obedezco al influjo de la conviccion mas íntima que me inspira esa sucesion de hechos que va marcando con sombrías líneas el descenso de esta bella parte de la Italia.

Jamas Milan fué tan opulento, ni tan felices sus ciudadanos como en la época que un obispo abria los cimientos de la octava maravilla del mundo, como llama un viajero contemporáneo á su catedral, comparable á ninguna otra del universo, exceptuada la de San Pedro en Roma. Lo vasto de su plan, la magnificencia imponderable de su construccion, la grandeza que brilla en el conjunto de toda la obra, explica bien cuán grandes debieron ser los recursos que sus fundadores tenian á su disposicion, y cuánta la opulencia de un pueblo en cuyo seno podia ejecutarse un monumento tan vasto, tan suntuoso, tan admirable, y que habia de oscurecer á cuantos de su género se han edificado en toda la tierra. Si yo me hubiese propuesto dar descripciones de edificios, la de este seria sin duda una de las primeras; las tres mil estatuas de mármol blanco que le adornan, sus infinitas columnas, su frente majestuoso que concluyó Napoleon I, y el conjunto de tantos trabajos del ingenio, de la paciencia y de la constancia de tantos hombres en la serie de muchos siglos, me prestaria materia abundante para formar largos episodios. Si hoy se concibiese en Milan un plan semejante al de su catedral, su realizacion seria tan difícil como derribar con un soplo el monumento soberbio que subsistirá demostrando al mundo el poder inmenso de la Religion para ennoblecer los pueblos donde su fe vive.

La estatua de bronce de san Cárlos Borromeo, arzobispo de Milan, colocada en la plaza que lleva su nombre, recuerda una serie de beneficios que debe la Italia toda á aquel prelado, uno de los mas insignes por su ilustracion y su virtud en los tiempos modernos. Milan sobre todo está lleno de ellos, y en rededor de cada cual parece que giran los de tantos otros que le sucedieron en el episcopado y tra-

taron de imitarle en la beneficencia. Yo recordaré que la biblioteca, una de las mas célebres por sus manuscritos, fué instituida por uno de aquellos, y las riquezas inestimables que encierra consumieron el rico patrimonio de un cardenal que era ya príncipe ántes de vestir la púrpura.

Pocas ciudades de Italia presentan con mas viveza su descenso que Padua; bien conocidos son no obstante sus antecedentes, y todos sabemos el rango que ocuparon sus sociedades de sabios. Aun cuando la gratitud de sus conciudadanos no les hubiese consagrado estatuas, el mundo todo conoce el mérito de Galileo, Pontedera y Facciolati, no ménos que el de otros muchos de sus célebres profesores que principian á darse á conocer en el mundo literario desde el siglo catorce. Lo que me llamó particularmente la atencion en Padua fué un establecimiento sostenido y dirigido por el clero, y que recibe en su seno cientos de jóvenes que acuden de toda la Lombardía á vivir en él. El objeto que se propusieron sus fundadores fué asilar los pobres que de las provincias vecinas ocurrian á Padua para estudiar: no los admiten, verdad es, gratúitamente; pero la paga es tan corta, que por muy moderado que sea el tratamiento que reciban sus pupilos, queda bien notoria la beneficencia que encontró medios de llenar el déficit que resulta entre lo que el pensionista da y lo que recibe. El nombre de *instituto filial* que lleva esta casa le corresponde perfectamente, pues sus alumnos, educados con esmero en la virtud y dirigidos en la carrera de las ciencias gratúitamente, reciben de la caridad los servicios mas interesantes al hombre, y que deciden ordinariamente de su porvenir. Ni el hijo puede reclamar á su padre otro mas noble y de mas importancia. Cuando yo recordaba que de un establecimiento semejante salián los primeros profesores que hicieron demostraciones anatómicas y establecieron con este objeto un laboratorio en la universidad de Padua, comprendia hasta dónde pueden extenderse los resultados de una institucion tan modesta

por su nombre, como fecunda en bienes inapreciables para la sociedad. Establecimientos como este no detienen quizá ni por un instante las miradas del viajero, que contempla extasiado los soberbios palacios de Venecia, las antigüedades de Roma y las vastas instituciones de Francia; pero al encontrarlos recuerde siquiera que ellos cobijaron los primeros pasos dados en las ciencias por tantos hombres ilustres que son la honra del linaje humano. Para mí da á Padua tanto realce su antiguo establecimiento para educar jóvenes bajo la influencia de la beneficencia cristiana, como el que posee por haber sido patria de Tito Livio y residencia del Petrarca.

Los palacios de Venecia, que algunos hacen subir hasta ochocientos, sus plazas, sus largas sucesiones de edificios públicos que se extienden sobre la *Rivera de los Eslavos*, el puerto lleno de naves que dominaban ántes el Adriático y el Mediterráneo, los soberbios templos llenos de mármoles y de pinturas que pertenecen á todos los estilos y á todas las edades, los bellos pórticos, las columnas y las estatuas hacen majestuosa la perspectiva de aquella ciudad, *señora* de los mares y capital de una república cuyo gobierno civil al tocar su término era el mas antiguo de la Europa. Ningun alma habrá tan insensible que al atravesar la gran plaza de San Márcos, al contemplar sus estatuas de bronce y al mirar por todas partes el leon alado, bello emblema de un gobierno republicano que balanceó las naciones mas poderosas, supo conservar el decoro propio de un gran Estado político, gobernar provincias marítimas y de tierra firme, é influir en los destinos de las monarquías, no experimente esa conmocion que el corazon siente cuando meditamos sobre recuerdos grandiosos de glorias que pasaron para no volver quizá. Esa vasta catedral, magnífica muestra de la devocion con que la República dedicaba los mas ricos frutos de sus conquistas al culto de Dios, prueba inequívoca de su poder, que arrancaba del Egipto y de la Grecia cuanto en-

contró precioso y capaz de servir á la construccion de un templo, y monumento colosal elevado por la Religion de un país libre al Árbitro y Señor de los imperios y de las repúblicas, encierra en su seno las mas bellas obras de la arquitectura pagana, así como los primeros trozos de mármol cincelado por el fervor cristiano. Sus bóvedas y cúpulas están cubiertas de mosáicos de infinito precio por su antigüedad; su pavimento, sus pilastras, columnas, corredores y murallas, todos son de mármol de colores diferentes, y en todos se ve infinita profusion de ornamentos y riqueza.

Esta gran fábrica, que excita la admiracion universal y estudian los inteligentes como libro voluminoso donde se describe en imágenes de bulto la historia artística de todas las edades y de todos los pueblos, en mí inspiraba respeto á la nacion cuyo patriotismo allí se descubre. Los Venecianos, entre el ruido de las armas y de las conquistas, no olvidaban su patria, y recogian de todas partes cuanto pudiera contribuir á su magnificencia y esplendor. Ellos no omitieron sacrificio para hacerla grande, y la generosidad de los individuos apareció en competencia con la del gobierno cuando se trataba de añadir nuevo realce al brillo nacional. Si á todos los republicanos animasen iguales sentimientos, el mundo estaria cuajado de obras tan bellas como las de Venecia, y la historia careceria de muchas páginas oscuras que refieren actos de vandalismo perpetrados en Europa y en América por hombres que se decian patriotas y republicanos. La antigua República de Venecia es quizá la nacion que ha dejado mas bellos modelos de patriotismo que imitar en los siglos modernos, sobre todo ántes que sus instituciones se viciasen por circunstancias extrañas á su sistema. El tesoro de San Márcos, las ricas bibliotecas y los museos daban mas fuerza á esta impresion, harto agradable para quien se complace en los bellos resultados que produjeron gobiernos tan sabios, poderosos y justos como el de la República de Pedro Urseolo.

En medio de las islas que pueblan las pintorescas lagunas de Venecia, se encuentra la de San Lázaro, célebre por una institucion que hemos indicado ántes. Esta isla, cuyo primitivo destino fué un hospital construido para los enfermos de males contagiosos, hoy es célebre por la abadía de San Lázaro fundada por el abad Melchitar en 1717. El monasterio de Melchitaristas, semejante á un vastísimo pueblo, encierra no solamente los claustros de monjes armenios benedictinos, sino el noviciado de jóvenes, una hermosa imprenta con todos sus adherentes, grandes almacenes de libros impresos para exportar al Asia y á todos los lugares de la tierra donde existen Armenios que ilustrar. Visitando este grandioso establecimiento ví á los monjes, trabajando unos como cajistas, corrigiendo otros las pruebas que salian de las prensas, y dirigiendo algunos los trabajos de infinitos jóvenes que hacian el aprendizaje del arte tipográfico al lado de los religiosos y á la sombra de sus claustros silenciosos. Ví igualmente un número crecido de obras publicadas sobre historia, geografía, literatura y religion, escritas en armenio por individuos de la misma comunidad; pero entre tantos libros los mas preciosos son sin duda la Biblioteca de las obras de los Santos Padres de la Iglesia armenia, que traducidas al latin á vista de textos adquiridos con infinito trabajo, y cuya autenticidad es indudable, añaden nuevos testimonios en favor de la Iglesia católica. Es muy crecido el número de los escritores armenios de la abadía de San Lázaro en el siglo presente, algunos de los cuales merecen lugar distinguido en el mundo literario.

Ferrara me ofreció en un rasgo insigne de caridad un espectáculo mas bello que sus hermosos templos y mas edificante que sus recuerdos del desgraciado Tasso. Ví á su obispo (1) distribuir en limosna dia por dia todo el producto de sus rentas, hecho pobre por alimentar á los pobres y

(1) Monseñor Vanicelli, cardenal arzobispo de Ferrara.

oficiar en el templo con edificacion de todos. Rasgos como estos no deben pasar inapercibidos en un siglo en que resfriada la devocion necesita ejemplos fervorosos que la rehabiliten.

En la prision del Tasso leí escritos de letra de Byron los versos que dedicó este al tierno cantor de la *Jerusalen libertada*. El lord inglés parece conmovido de la suerte del poeta italiano: sin embargo, cuando se compara el desenlace de las escenas trágicas de ambos poetas, el de Byron, dominado siempre por pasiones impetuosas, parece todavía mas desgraciado, así como los tiznes que dejan los desarreglos de su vida son tambien mas feos y repugnantes.

Aunque todas las ciudades de Italia fueron célebres por sus literatos y sus artistas, Bolonia fué una de las que marcharon á la vanguardia, y su universidad tuvo con sobrado mérito un puesto avanzado entre las primeras de Europa. Su instituto, aun despues de erigidos los de las grandes capitales de Francia é Inglaterra, era considerado igual á estos á fines del siglo pasado. « Los de otras ciudades, escribia un literato eminente, le superan sin duda alguna en uno ú otro ramo particular; pero creo que todos deben ceder á este en el conjunto. Las bellas artes poseen sus salas, sus maestros, su academia y sus premios; la astronomía su observatorio; la obstetricia, la anatomía, la química, la física experimental, el arte militar, la náutica, la geometría, la historia natural en todas sus clases, la anticuaria, y en fin todas las ciencias tienen sus salas provistas y sus profesores públicos. Posee ademas una rica biblioteca, y en fin todo cuanto puede contribuir para estudiar con provecho las artes y las ciencias, y para cultivar de todos modos el entendimiento humano (1). » Asombra cuando se lee la relacion que un literato tan competente como el célebre autor de la *Historia de la literatura* hacia en 1785 de las infinitas sociedades lite-

(1) *Cartas*, tomo II. Andres.

rarias que tenia Bolonia y de los grandes hombres que en ellas figuraban así nacionales como extranjeros (1). Esto pasaba en la época de los papas y cuando en los Estados pontificales tranquilos los que cultivaban las ciencias y las artes podian entregarse á sus estudios. No ha sucedido así despues que las agitaciones políticas turbaron la paz de Italia y el bullicioso estruendo de las armas alteró el silencio de que necesitan los que aman y buscan la sabiduría. Si hoy la universidad de Bolonia ha perdido algo de su primitivo lustre, la causa existe en las circunstancias políticas que dominan en Italia, y no en los papas, los mas decididos protectores de las luces. Mirad á Benedicto XIV, arzobispo de Bolonia, inteligencia elevada, sabio profundo, amigo y protector de los sabios; recorred una á una las fundaciones literarias que instituyó, las cátedras que dotó y las leyes que sancionó para proteger los progresos de la inteligencia humana; recorred la historia de los que le sucedieron en la silla de san Pedro, y veréis á todos proteger las letras uno por uno hasta Pio IX, que abre en Roma su colegio Piano é instituye en Sinigaglia un instituto literario. Quien haya atravesado los inmensos salones de cada una de las infinitas bibliotecas, museos, colegios, seminarios, escuelas y universidades, y leido las inscripciones que decoran á cada uno en Roma, Bolonia, Ferrara, Ravena, Viterbo, Ancona, en cada villa y en cada pueblo de los Estados pontificales, podrá conocer hasta qué punto fueron los papas protectores de las ciencias y de las artes.

Las mismas causas que intervinieron para detener el rápido vuelo del entendimiento, obraron á la vez para resfriar los sentimientos de religion que distinguian á los Italianos en general; bien es verdad que estos viven intactos en la mayoría, pero tambien lo es que en los demas no sucede

(1) Entre estos figuran dos Americanos: Clavijero, autor de la *Historia de Méjico*, y Molina de la de *Chile*.

así. Yo pude juzgar de aquellos mirando la multitud que invadia las calles de Bolonia, acompañando la imágen de Nuestra Señora que llaman de San Lúcas, conducida en procesion de su iglesia á la catedral. Vi tambien dia por dia renovarse coronas, lámparas y luces sobre el sepulcro del patron de Bolonia. ¡ Oh ! y esta misma tumba donde los ingenios de Miguel Ángel y Nicolas de Pisa tan buena muestra dieron de capacidad para honrar las cenizas del Apóstol de Europa, santo Domingo, ¿ no es una prueba de la devocion ardiente que distingue todavía al pueblo italiano ? Los asilos de Florencia visitados por señoras de la nobleza que consuelan á los pobres, ofrecen una prueba mas, no ménos que los peregrinos que dia por dia llegan á cumplir sus votos al pié de los altares en Nuestra Señora de la Anunciata.

Florencia es quizá el pueblo de Italia donde mayores males causa el gérmen revolucionario que se propaga por toda esta. La Iglesia ménos accion tiene para resistir alli donde subsisten aun en vigor tantas disposiciones tomadas del código de José II : no debe por eso maravillarnos encontrar sin vida muchas instituciones, y moribundas otras que pudieran existir llenas de vigor.

Comparando los servicios que allí prestó la Iglesia cuando estuvo sin las cadenas que le pusieron en los siglos pasados los *Magnificos*, tan intolerables como las que le remacharon despues los Soberanos, conocemos fácilmente cuánto pierde aquella de su vigor cuando se ponen trabas á su libertad. Sin fijarnos en los monumentos cristianos, obra exclusiva del clero ; sin fijarnos en las infinitas bibliotecas de los regulares, entre las que solo la de San Márcos tenia doce mil manuscritos ; sin contar los innumerables cuadros que fueron sacados de los claustros para formar museos públicos ; sin contar las célebres producciones del pincel de Fray Angélico, que bastan por sí solas para ennoblecer á Florencia, y tomando solamente en consideracion los servicios

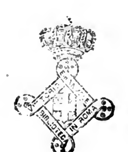
que prestaba á la educacion de la juventud que le estuvo confiada, se comprende la extension vastísima de aquellos servicios y el vacío infinito que han dejado. Ni se diga que « el espíritu humano estuvo en aquella época esclavo, que sus directores no le permitian la expansion de que necesitaba, ni ménos batallar por esa libertad que justamente se le debe; » pues esto es falso, y el clero católico ha sido y es en todas partes el primer apoyo de la verdadera libertad. ¿Tuvo esta alguno mas esforzado en Florencia que Savonarola? ¿Y quién era este sino un monje y muy amante de su instituto, segun lo pinta la historia contemporánea? Yo no entro en detalle de ningun género acerca de este hombre, á quien unos acusan como demagogo y otros veneran como virtuoso; mas él como otros que en Florencia misma combatieron contra los abusos de la autoridad, son prueba flagrante que el sacerdocio ni fué enemigo de esta, ni sofocaba en la juventud las ideas nobles de la libertad que inspira al hombre la Religion de Cristo. Hay tanta distancia de la libertad á la licencia y del órden á la demagogia, como de observar las leyes á infringirlas; la Iglesia abogó siempre por la libertad, jamas por la licencia; apoyó el órden y la ley que le sostiene, á la vez que reprimió la demagogia que lo trastorna.

Muy conocidas son por todos las empresas del protestantismo en Toscana y los lances á que ha provocado su propaganda, especialmente en Florencia. Numerosos agentes de las *Sociedades cristianas* de Inglaterra se diseminaron cargados de Biblias para buscar prosélitos. Ellos no lograron formar secta, pero sí dar á luz un *mártir*. Extraño parece el título de *mártir* cuando se trata del protestantismo, que manteniendo un número increible de misioneros, á ninguno de estos hasta hoy ha visto tolerar el martirio por la fe de Jesucristo; y no somos nosotros quien se lo damos, sino los meetings de las *Sociedades cristianas*, los mismos que llamaron mártires á Achilli y demas apóstatas refugiados en

Lóndres. Aquel fué mártir, no porque su fe sufriese persecuciones, pues que ninguna sufren en Italia los protestantes, sino porque á pretexto de ser protestante violaba las leyes contando quedar impune. Él pensaba que siendo anglicano de religion, dejaba de ser súbdito de Toscana; las autoridades de esta le hicieron sentir lo contrario, y los clubs de sus correligionarios y de los refugiados en Inglaterra le llamaron *mártir*.

Otros efectos y muy funestos produce la propaganda protestante, y es fomentar la rebelion, así en Toscana como en Piamonte, así en los Estados del Papa como en todos los demas de Italia. En pueblos invadidos por la revolucion no es difícil derramar invectivas contra la autoridad, y ménos todavía hacer circular diatribas contra la Religion, que predica obediencia al poder legítimo. El protestantismo, cuyo orígen fué la rebelion, toma esta en Italia por tema de su propaganda, y sus resultados son mas políticos que evangélicos. En Livorno, donde tiene templos, como los Israelitas y toda otra secta, ¿cuál es su progreso? ¿dónde está el número de sus afiliados que crezca dia por dia?

Visité en Pisa las bellas obras de los Templarios, de esos cruzados cuyas trazas en Oriente, cual rayo de clarísima luz, abren al entendimiento campo vastísimo en que meditar; ¡cuánto mas en Pisa, donde tantos monumentos están mostrando sus penosas fatigas, su poder extendido y su esplendor glorioso! Cuando los caballeros poseían Pisa y sus importantes posesiones de Oriente, la sociedad veía realizado un pensamiento que hoy parece monstruoso á muchos y que sin embargo dió á la Europa paz é independencia. Este fué el de los cruzados, que bajo la coraza de hierro conservaban un corazon lleno de ardor por la fe de Jesucristo, y renunciando los bienes de la tierra se entregaban sin reserva á la defensa de los intereses de la Religion.


BIBLIOTECA
IN ROMA



PIO IX, P. M.

CAPÍTULO XXX.

Roma pagana. — Roma subterránea. — Roma cristiana. — Imperio de la Iglesia. — Su dominacion espiritual. — Su propaganda. — El Vaticano. — El Papa.

Dejaba atras Sena y Viterbo con sus soberbias catedrales, atravesaba campiñas fértiles, miraba mil pequeños pueblos y me acercaba á la ciudad eterna. No tardé en divisar la famosa cúpula de San Pedro, la mas elevada del universo, la mas célebre del cristianismo y la obra por excelencia de Miguel Ángel; poco despues estaba en Roma y veía por mí mismo la obra de todas las edades, el conjunto de los monumentos de todos los siglos, la corte de los Césares que dominaron al mundo por la fuerza, y despues la residencia de los Papas que gobiernan las conciencias por la fe.

Roma pagana despliega una grandeza que admira los sentidos; pero miéntras tanto sus monumentos no tienen vida para el alma, ni hablan al corazon el idioma sublime de la virtud y de la inmortalidad. Recorredlos todos, y ni uno hallaréis que no esté manchado con los tiznes de la avaricia, de la crueldad y disolucion. Entrad en el anfiteatro Flavio, cuyas proporciones asombran al viajero que considera á ochenta mil personas reunidas en su recinto para divertirse en el espectáculo que ofrecian los juegos de los gladiadores y los combates sangrientos de las bestias feroces. ¡Ved ahí un placer que apénas se comprende! Un esclavo luchando con leones, un confesor de Cristo devorado por la

pantera, un hombre que agoniza tendido en la arena, y los miembros de otros esparcidos acá y allá : ¡ oh qué espectáculo tan monstruoso ! ¡ Él sin embargo regocijaba á ochenta mil hombres agolpados en el Coliseo ! El cristianismo proveía de víctimas que inmolar á la ferocidad de las bestias, y al placer de un pueblo mas feroz todavia que estas mismas. La historia del siglo segundo de la Iglesia nos representa una de esas luchas á que eran condenados los mártires de Jesucristo para divertir al pueblo romano. Un anciano venerable fué conducido desde Antioquía hasta Roma, atado con cadenas y rodeado de guardias mas crueles que leopardos y mas sanguinarios que hienas. « El delito que para ellos tengo es mi fe, escribia en medio de sus padecimientos... ¡ Ojalá lleguen presto las bestias con que me amenazan !... Si no quisiesen venir, yo las obligaré. » Guardado en la prision, ántes del suplicio, oyendo el rugido de los leones con quienes habia de luchar : « Soy grano, exclama, destinado para ofrecerse á Cristo, y molido por los dientes de las bestias seré encontrado digno de ser presentado en el altar. » La multitud de espectadores queda atónita cuando ve á Ignacio octogenario esperando á los leones sentado sobre la arena, pero mas aun cuando divisándolos hinca sus rodillas, pone su alma en manos de Dios y recibe tranquilo las heridas mortales de las bestias hambrientas que le despedazan. ¡ Ved ahí el espectáculo de placer ! En él hay algo grande y sublime, verdad es ; pero no lo que halagaba á un pueblo brutal, sino la fortaleza de ese anciano que entra en la arena inundado de gozo, espera las bestias sin perturbarse y recibe sus golpes no lanzando un grito de dolor siquiera.

Quien haya visitado la Rotunda del Monte Celio, consagrada en templo de San Estéban, habrá observado recuerdos de otras escenas pasadas en el anfiteatro semejantes á las de san Ignacio, y habrá visto tambien los lugares en que eran cebadas las bestias que habian de devorar á los mártires de

Jesucristo. Los caminos subterráneos por donde pasaban las fieras se conservan todavía, y el conjunto que forman aquellos recuerdos y estos vestigios elevan el pensamiento hasta aquellos siglos en que el Coliseo era testigo de escenas tan horribles. ¿ Mas qué es hoy este lugar entónces de placer? Vastas ruinas conservadas cuidadosamente, para que sirvan de monumento al triunfo que obtuvieron esos mismos que morian en su recinto devorados por las fieras. El nombre de su autor apénas se recuerda : huesos de tigres, osos y elefantes han sido encontrados en él alguna vez haciendo excavaciones; pero de sus fundadores ni el polvo subsiste, miéntras que las reliquias de los mártires que contribuyeron muriendo á la diversion de los concurrentes, reciben culto en los templos de esa misma Roma que les expuso á la ignominia pública y les hizo morir del modo mas cruel para regocijar á la muchedumbre. ¿ Y cuál de los monumentos de Roma pagana no conserva estampados rastros mas ó ménos sombrios dejados por un pueblo que hasta en sus vicios fué grande? Ellos representan las glorias y el esplendor, la magnificencia y cultura del pueblo romano, grande, generoso é invencible; pero tambien nos recuerdan los hechos mas repugnantes para la razon y la moral.

Mas esta Roma guardó en su seno durante tres siglos los elementos de su regeneracion. Esas calles profundas que atravesamos, cuyo cielo son las bóvedas, los sepulcros sus casas y los cadáveres sus habitantes, esas ciudades oscuras donde el corazon se siente oprimido, y los ojos no ven luz, ocultaban la semilla de vida y de regeneracion que habia de cambiar las costumbres de Roma variando su fe. ¡Las catacumbas! ved ahí el nombre de los pueblos subterráneos, donde se encerraban los confesores de Cristo para profesar su fe, viviendo entre los muertos á trueque de evitar las persecuciones de los vivos. Los paganos hicieron en Roma grandes excavaciones que llamaron *Arenarios ;* pero no son estos las catacumbas, y no fueron los mártires á buscar asilo

en las obras paganas, sino que ellos mismos labraron sus cavernas para esconderse y celebrar sus misterios sin temor de ser sorprendidos por sus enemigos. En efecto, ellos construyeron pueblos enteros, cuyas calles, ya rectas ó ya tortuosas, serpenteando unas veces y atravesando otras, se cortan y se enlazan hasta lo infinito. Los sepulcros de las catacumbas en nada se parecen á los que vemos en los cementerios; á un lado y otro de los oscuros y estrechos callejones se ven como nichos horizontales colocados en órden unos sobre otros, en cinco y aun seis diferentes hileras. Cada uno de los nichos guardó un cadáver, y algunas veces muchos; cuando un nicho recibia un cuerpo era cerrado cuidadosamente, unas veces con mármoles y otras con cal preparada de manera que el trascurso de muchos siglos ningun deterioro le ha causado. El nombre del mártir se escribia á veces sobre la tumba, y los instrumentos de su martirio se grababan sobre las piedras para memoria. Cuando un callejon estaba lleno, cerraban su entrada con tanto cuidado como el labrador rico tapia las puertas de los graneros que guardan el fruto de sus largas fatigas. Nuevas calles se abrian entónces, y como el número de mártires era prodigioso, el número de estas tambien lo era; y las catacumbas fueron formando esa inmensa Roma subterránea, hija del valor de los primitivos fieles y de su constancia para conservar la fe. Como retirados estos en las catacumbas necesitaban proporcionarse arbitrios para practicar su religion, encontramos en medio de las calles subterráneas y en el fondo de las hileras de sepulcros los templos en que celebraban los presbíteros la misa, recibian los fieles la comunion, predicaban los obispos, y confesaban sus pecados los arrepentidos. Los de mayor proporcion recibieron el nombre de criptas, y los mas pequeños el de cubículos. Aquellos pertenecian á todos los cristianos indistintamente, pero estos á familias particulares que los fabricaban á sus expensas. Algunas veces se encuentran muchos cubículos reunidos en

rededor de una cripta, del mismo modo que vemos hoy las capillas comunicándose con las naves de una grande iglesia, y esta circunstancia hizo decir al escritor mas competente sobre esta materia en los tiempos modernos : « Que cada cubículo era una parte y la cripta el todo » de aquellos templos subterráncos (1). La forma de estos no es siempre la misma; los hay rotundos y triangulares, y los hay octógonos y cuadrados. El altar para el sacrificio, cuya víctima consolaba y robustecia á aquellos cristianos perseguidos, ocupa siempre el primer lugar. ¡Pero qué altares tan sencillos y tan venerables al mismo tiempo! La tumba de un mártir sirve de fundamento; una losa de mármol ó una construccion de piedras y cal elevada sobre este era la mesa, y algun arco formado en el muro, en cuyo hueco se ven pintadas ya la imágen del Salvador, ya la de María, ya de los santos del antiguo Testamento, son todo su adorno. En algunas criptas vemos el coro para el clero tras del altar, en casi todas la silla del pontífice á la derecha de este fabricada de piedra, y en algunas el sitio destinado para la confesion auricular, que ya se administraba en las catacumbas con la solemnidad que hasta hoy prescribe la Iglesia Romana. Á la entrada del templo se ve el lugar donde conservaban el agua bendita, y en rededor al altar una especie de grada para protegerlo de las piadosas invasiones de la muchedumbre.

Cuando visitaba las catacumbas de Santa Ines, San Calixto y San Pretextado, la idea de su antigüedad, de sus gloriosos recuerdos y tiernas escenas, la vista de sus infinitas tumbas y los sagrados huesos de millares de mártires que encierran estas, inspiraban en mi alma sentimientos profundos de amor y respeto á los generosos atletas cuyos despojos allí descansan. Pisaba el primer territorio que ganó el cristianismo en la capital de los Césares, pisaba esa tierra regada con sangre de cien mil mártires despedazados en el

(1) R. P. Marchi.

Coliseo, de cien mil mas degollados por los verdugos y de cien mil otros muertos en catastas, enclavados en cruces, arrastrados por las calles y azotados en las plazas. Me parecia ver salir de las tumbas una virtud misteriosa, y que el aire que respiraba contenia un gérmen de vida que se derramaba en mi alma. Á la luz de una antorcha veia por mí mismo las reliquias de los mártires, y léjos de horrorizarme los huesos descarnados, las coyunturas deshechas y esa disolucion total del cuerpo humano que en otros casos asusta, los contemplaba envidiando su suerte... Esos despojos, decia mi alma, resucitarán un dia, el polvo que piso volverá á vivir, todos estos cuerpos se levantarán, resplandores del cielo ornarán sus sienes, y gloria inmortal les ha de vestir en la eternidad. Quien tenga corazon y fe no puede visitar sin conmoverse las catacumbas, y quien las examine cuidadosamente con deseo de estudiar el cristianismo desde su principio, en ellas no solo conocerá hasta dónde inspira resoluciones heróicas el Evangelio, sino que tambien verá con asombro que los misterios, las tradiciones y los usos que practica hoy el catolicismo son los mismos que practicaban los fieles primitivos escondidos en el seno de la tierra.

La semilla del Evangelio, fecundizada con sangre de mártires, era el elemento què destinaba el Cielo para operar la trasformacion de Roma; esos cristianos que vivian escondidos en los subterráneos y entre los sepulcros, salen para ocupar los templos y los palacios, las calles y las plazas y hasta el mismo Capitolio de Roma. La cruz, oculta hasta entónces en las catacumbas, se levanta sobre el Panteon y la Minerva, y la imágen del Salvador de los hombres se expone á la adoracion del pueblo romano en frente del palacio de sus emperadores, y no léjos del Coliseo que recibió la sangre de los mártires: las catacumbas dieron el elemento regenerador, y Roma pagana se hizo cristiana.

Observando la multitud de templos que habia erigido en

Roma el paganismo, se comprende bien la fuerza con que sus ideas estuvieron arraigadas en el pueblo, y cuán fuerte debió ser el sacudimiento que operó aquel maravilloso cambio. Las consecuencias de este son bien perceptibles; Roma sin el cristianismo habria tocado su fin como todos los pueblos de su tiempo, cuyas ruinas en Oriente y Occidente apénas se perciben : las fábricas cristianas han sucedido á las paganas, y la fe ha sostenido todos los edificios de la antigua Roma que conocemos, y son los mejor conservados de cuantos erigió el paganismo durante su larga dominacion sobre la tierra. Mas esa grandeza de Roma pagana que algunos echan ménos pasó, no dejando otras huellas que las bien manchadas que hoy se distinguen; no así el cristianismo, que despues de limpiar los vestigios impuros de la idolatría, hace aparecer el suelo de Roma cubierto de edificios que encierran elementos de vida y de salvacion para el género humano. Mirad esos templos, todos magníficos, donde dia por dia se da culto á Dios; mirad tantos institutos para socorrer al hombre apénas aparece sobre la tierra; el rico y el pobre, el noble y el huérfano encuentran casas abiertas que les reciben para educarles y hacerles útiles á la sociedad; entrad en sus colegios, donde junto con la ciencia se inspira la virtud, y los hombres sabios dan á su doctrina nuevo realce con sus ejemplos; visitad las universidades, esa *Sapientia* tan distinguida y á la que respetaron Oxford y la Sorbona en los dias de su mayor esplendor. Encontraréis en la Propaganda sabios que hablan los idiomas de todas las naciones, en los liceos profesores de todas las ciencias y en las academias hábiles maestros de las bellas artes. Contad el número de sus hospicios, asilos, hospitales, casas de caridad y de cuantas instituciones de beneficencia nacieron hasta hoy, y encontraréis que su número excede al de todos los otros países (1).

(1) Para conocer la verdad de esta proposicion, veáse la obra *Degl' istituti di beneficenza in Roma.* (*Morichini.* 1842.)

Desde el hospicio de Santa Galla, el mas antiguo del mundo, hasta el que establecieron las *Hermanas de los pobres* en 1854, no cesan de abrirse continuamente otros; pudiendo decirse con toda verdad que no hay necesidad que en Roma no esté prevista, ni miseria que no encuentre recurso. Preguntad por los seminarios, y los veréis instituidos para todas las naciones. ¡Qué hermoso contraste forma este conjunto de obras de beneficencia con el frio egoísmo de la antigua Roma! ¿Qué importaban todos esos mármoles cuya belleza deslumbra, si á la voz de un tribuno vemos correr á millares los pobres vestidos de andrajos, y al traves de las estatuas y de los palacios llamar injusto al gobierno que los erigia, dejando al pueblo perecer de hambre?

Pero no son aquellas instituciones toda la gloria de Roma cristiana; es su imperio, mas glorioso que el de los Césares, mas dilatado que el de todos los conquistadores y mas durable que el de cuantas monarquías y repúblicas conocemos. ¡La Iglesia católica! ved ahí la gran nacion cuyo centro es Roma, cuyo imperio se dilata por toda la tierra llevando en su espacioso seno reinos y repúblicas. Ninguna institucion existe que á ella pueda compararse, su historia reune en un solo cuerpo las dos mas grandes épocas de la civilizacion; ni ménos existe otra cuyos anales comprendan tiempos tan remotos de los nuestros como aquellos en que la pantera y el oso saltaban en el anfiteatro Flaviano, y el humo del sacrificio se elevaba del Panteon de Roma. Las mas antiguas é ilustres estirpes de reyes son de ayer puestas en presencia del pontificado. Desde el Papa que coronó á Napoleon en el siglo diez y nueve hasta el que coronó á Pipino en el octavo, y desde el tiempo de Pipino subiendo todavía muchos siglos, encontraremos esa augusta dinastía sin sufrir alteraciones ni variaciones. La República de Venecia fué el Estado que se le acercó mas en antigüedad; pero Venecia murió, miéntras que el pontificado vive, y no envejecido sino lleno de vigor y robustez juvenil. La Iglesia católica

que manda hoy misioneros celosos al extremo mas remoto de la tierra, es la misma que envió los que con san Agustin llegaron á Kent; y la que arrostra hoy los peligros que le suscitan reyes enemigos, la misma cuyo Pontífice detuvo á Atila en las puertas de Roma. El número de sus hijos es ahora mayor que en ningun otro tiempo, y sus adquisiciones en el nuevo mundo le han compensado con mucho exceso sus pérdidas en el viejo. «Su poder espiritual, decia un célebre literato inglés, se dilata sobre los paises vastísimos que se extienden entre el Misouri y el cabo de Hórnos; paises que, un siglo mas tarde, no es improbable que contendrán poblacion tan numerosa como la que hoy tiene Europa. Los miembros de esta Iglesia no bajan de ciento cincuenta millones. Ninguna señal ni aun la mas remota nos indica que el término de su largo dominio vaya aproximándose: ella vió el principio de todos los gobiernos, de todos los poderes y de todas las comuniones eclesiásticas que ahora existen sobre la tierra, y nadie podrá asegurar que no está destinada á presenciar tambien el fin de todos. Ella fué respetada ántes que el Saxon hubiera sentado su pié en la Bretaña, ántes que el Franco pasase el Rhin, cuando la elocuencia griega florecia en Antioquía, cuando los ídolos eran aun adorados en la Meca; y existirá todavía con el mismo vigor y fuerza que hoy, cuando el viajero que venga de Nueva Zelanda, atravesando una vasta soledad, se pare sobre un arco roto del London Bridge, «puente de Lóndres,» para dibujar desde él las ruinas de la catedral de San Pablo (1).»

Su dominacion espiritual no presenta un aspecto ménos imponente que su antigüedad. Todas las naciones sufren cambios frecuentes en sus instituciones, sus leyes varian segun las exigencias y segun los caprichos, algunas veces, de los que dirigen su administracion; solo las leyes de la

(1) *Ranke's History of the Popes*, by Th. B. Macaulay.

Iglesia católica presentan una invariable sucesion que asombra y conmueve á quien la contempla. Sus códigos no son la sancion del hábil político que no pudo penetrar mas allá del círculo estrecho que le descubre su inteligencia, son las tradiciones de veinte siglos, son las trazas de doscientos cincuenta y nueve Pontífices, que marchan por un mismo sendero, y sin revocar uno las sanciones de otro. Esta autoridad se extiende sobre los espíritus y liga las conciencias, pero no á un yugo molesto ni bajo un peso oneroso, sino al suave dominio de la Religion. Tal circunstancia hace el imperio de la Iglesia tanto mas noble, cuanto es elevado el espíritu, é independiente la conciencia. Jesucristo señaló los límites de este imperio; y cuantos esfuerzos hagan los hombres para modificarlo ó reducirlo, para aniquilarlo ó desprestigiarlo, serán vanos. El Papa es en él el depositario del poder, lo recibe de Jesucristo y lo administrará con fidelidad del mismo modo que Aquel por cuya virtud lo ejerce.

Todas las grandes naciones que tienen en su seno miembros de la Iglesia católica están representadas en la ciudad eterna por sus agentes diplomáticos. La Francia, el Austria, Prusia y los Estados Unidos, España, Rusia, Bélgica y Baviera, Holanda, Portugal, Nápoles y el Piamonte mantienen sus ministros cerca del Papa, no obstante que en algunas de estas naciones no es católica la mayoría de los ciudadanos. Casi todas han celebrado sus concordatos y arreglan por ellos sus negocios eclesiásticos; se muestran llenas de deferencia á la silla de San Pedro, y las mas poderosas son hoy las primeras que cortan esas despóticas tradiciones que atan las manos é impiden su accion al Vicario de Cristo. El Austria deroga las leyes de José II, la Francia deja á los obispos en libertad para comunicarse con el Pontífice y obedecer sus órdenes, la Bélgica le reconoce el derecho de nombrar sus obispos, la Holanda no pretende regalía alguna á pesar que paga el culto católico como uno de los tres reconocidos

por la nacion, y la Prusia, en fin, no se ocupa ya de agitar cuestiones que levanten muros de separacion entre el Papa y los que le obedecen. Estas cuestiones hoy no existen sino para España, que las hizo suyas y las dejó por herencia á toda su raza. ¡Herencia maldita como la fruta vedada que en manjar dulce ofreció el brebaje que corrompió al hombre y le colmó de males! Las repúblicas de la América española, llevando sus pretensiones á mayor altura que su antigua madre, no han llegado aun á celebrar concordatos; dos de las mas pequeñas los obtuvieron tan ventajosos como podian prometerse: Costarrica lo ratificó, Bolivia no lo ha hecho aun. No parece justo ni republicano que se exijan al Papa privilegios que no debe otorgar, ni ménos procurar arrancarle concesiones que hoy renuncian los Estados poderosos que le sirvieron de apoyo en sus recientes conflictos. Si existe deseo sincero de celebrar concordatos, debe ante todo reconocerse «que en materia de privilegios no hay derechos que alegar cuando se trata con el que lo tiene para negarlos ó concederlos.» Yo comparaba la conducta diplomática de algunos enviados de América que al iniciar concordatos pretendian imponer condiciones al Papa, y la de un general, representante de la República francesa, que le decia en nombre de su gobierno: «Su Santidad resuelva, seguro que su voluntad será acatada por la nacion.» ¡Esto decia el plenipotenciario del país que habia restablecido á Pio IX en su trono pontifical! Si los gobiernos quieren celebrar tratados de alianza, de comercio y de navegacion con el rey de Roma, están en su derecho al imponer condiciones y al exigir ventajas; pero si tratan con el Pontífice en los negocios de la Iglesia que le encomendó Cristo, las condiciones suenan mal y las exigencias no son admisibles sino hasta un punto dado.

El Vaticano, residencia ordinaria de los papas, es el centro de accion del gobierno de la Iglesia; pero siendo uno de los edificios mas célebres del mundo, y uno de los palacios

mas grandes de Europa, en la residencia del Papa no hay ni lujo ni esplendor, brilla al contrario la simplicidad formando contraste con el boato de otros soberanos. Cuando yo atravesaba los salones del Papa por primera vez, nada miraba que me sorprendiese, ni nada que no fuese sencillo y modesto; allí la veneracion la imprime la fe, y esta no se alimenta de vanas exterioridades. Fuí introducido por un camarero al gabinete de Su Santidad: la misma modestia, el mismo candor encontré en su persona, que en los grandes salones que dejaba atras. El Papa estudiaba, el Papa escribia, el Papa se ocupaba de su ministerio. ¡Ved ahí el Papa! Un crucifijo y la imágen de la Virgen tenia delante, y en los conflictos del pesado cargo que la Providencia le encomendó, sin duda su alma, derramada á los piés de Aquel que le instituyó su vicario, le pedirá un rayo de luz celestial que le ilumine.



CAPÍTULO XXXI.

Las puertas del infierno se estrellan contra él. — Billete misterioso. — El Pontífice fugitivo. — Escenas crueles. — Triunfo del pontificado en toda la tierra — Agitacion universal. — Ejército católico. — El Papa restablecido en su trono.

« Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, » dijo el divino Fundador de la Iglesia católica al confiar su direccion á uno de sus discípulos, y despues de él á los que habian de sucederle. Esta promesa es el espíritu que la anima y el alma de su existencia : las borrascas se sucederán, los huracanes soplarán con violencia indescribible, el mundo conmovido furiosamente amenazará disolverse; pero miéntras tanto la Iglesia subsistirá como una de esas inmensas moles que los esfuerzos de cien generaciones elevaron en los arenales del Egipto. Nosotros hemos visto en medio de la agitacion universal, entre los trastornos políticos de peor carácter que ha experimentado la Europa, y del grito de horror que levantó el catolicismo entero, salir fugitivo el Sumo Pontífice, caer Roma en manos de hombres sin religion, y manchadas las calles de la ciudad eterna con la sangre de ministros ejemplares del santuario. Todo esto hemos visto, y quizá verán mas todavía las generaciones que nos han de suceder. ¿Pero de qué aprovecharon la combinacion de tantos trabajos, el desarrollo de tantos proyectos y el furor sin ejemplo de tantos impíos?

El mundo vió, en medio del estruendo que producian

las pasiones agitadas, los tronos que rodaban, el poder pisoteado y la multitud representando un simulacro de autoridad, levantarse el Pontífice y dirigir su voz á los pueblos conmovidos, diciéndoles en nombre del Cristo: «¡Desgraciado el que no oye la voz de Dios en el viento que mece, quiebra y arranca los cedros y las cañas! ¡Desgraciado el orgulloso si atribuye á las faltas ó al mérito de algun hombre las asombrosas revoluciones que presenciamos, en vez de adorar los designios secretos de la Providencia, ya se revelen en las obras profundas de su justicia, ya en las inefables de su bondad, de esa Providencia que tiene en sus manos los imperios de la tierra!... Puedan nuestros ruegos elevarse hasta Dios y conseguir para todos ese espíritu de prudencia, fortaleza y sabiduría del que es fuente y orígen el temor de Dios...» Esta voz, intérprete de la voluntad divina, quedó sepultada entre el bullicio de una multitud armada que se lanzaba á los combates. Las cabezas del movimiento, ciegos de furor por reveses experimentados, vuelven sus armas contra la Iglesia; y en torno al Quirinal, de donde salian voces tan dulces y tan pacíficas, se oyen los gritos de la sedicion y el estampido de los fusiles. La situacion del Papa fué cada vez mas crítica, los anarquistas estaban dispuestos á atropellar por todo; pero en medio del peligro aquel no perdió la calma de espíritu, ni la tranquilidad le abandonó un solo instante. De rodillas en su oratorio buscando inspiraciones al pié del crucifijo, no dejaba la oracion sino para conferenciar con los representantes de todas las potencias, «presentes allí, segun la bella expresion del embajador español (1), para formar con sus personas una muralla que defendiese al Vicario de Jesucristo, insultado por la revolucion.» En estas circunstancias recibe un billete que por los momentos en que llegaba pareció misterioso, y abriéndole lee conmovido las siguientes

(1) Martinez de la Rosa.

líneas: « Santísimo Padre, durante las peregrinaciones de su destierro en Francia y sobre todo en Valenciennes, donde murió y reposan su corazon y sus entrañas, el gran Pontífice Pio VI llevaba la santa Eucaristía sobre su pecho ó sobre el de sus prelados domésticos que estaban con él en su coche. Él sacaba de este augusto sacramento luz para su conducta, fuerza para sus penas, consuelo para sus dolores, y esperaba hallar el viático para la eternidad. Poseo de un modo auténtico é indubitable el pequeño depósito (pyxide) destinado á un tan tierno como religioso y memorable uso. ¡Me atrevo á presentarlo á Vuestra Santidad! Heredero del nombre, de la sede, de las virtudes, del valor y (casi) de las tribulaciones del gran Pio VI, Su Santidad sabrá apreciar esta modesta, pero interesante reliquia, á la que, segun espero, no será necesario dar el mismo destino. ¿Quién conoce, sin embargo, los designios de Dios en las pruebas que su Providencia prepara á Su Santidad? Ruego por ella con amor y fe. Dejo la pyxide en la misma bolsa de seda que la contenia cuando servia á Pio VI, y se encuentra absolutamente en el mismo estado que cuando se hallaba suspendida al pecho del inmortal Pontífice... Conservo preciosos recuerdos y un profundo reconocimiento á las bondades recibidas de Vuestra Santidad en la época de mi viaje á Roma el año último, dignaos todavía añadir la de vuestra bendicion, que espero postrado á vuestros piés. — Pedro, obispo de Valenciennes. » Enternecido Pio IX cree ver en este billete un aviso del Cielo, y se dispone á partir llevando en su pecho la santa Eucaristía de la misma manera y en el mismo depósito que el ilustre preso de Valenciennes. El Papa deja la ciudad eterna ocultamente, y del mismo modo que Jesucristo salió de Jerusalen cuando el tiempo de su Pasion no habia llegado aun. Durante el silencio de la média noche atraviesa el Estado pontifical y se refugia en la fortaleza de Gaeta, en el reino de Nápoles. El conde de Spaur, ministro de Baviera, le acompaña en su travesía, participando con él

de los riesgos de su situacion; miéntras que el duque de Harcourt, embajador de Francia, expone su persona heróicamente por ocultar en Roma la partida del Pontífice. Apénas este ha llegado á Gaeta cuando el rey de Nápoles, advertido de los acontecimientos por una carta de Pio IX, que el conde de Spaur puso en sus manos, corre á echarse á los piés del ilustre fugitivo. Un historiador de la revolucion de Roma nos pinta este cuadro tan interesante: « En el momento, dice, que Fernando II saltaba á tierra, se le presentaron el duque de Harcourt, embajador de la República francesa, y el cardenal Antonelli, diciéndole que Su Santidad estaba en la posada del jardin; convinieron presto que para evitar el concurso de la muchedumbre iria el Papa, guardando su incógnito, al palacio del gobernador, á donde para recibirlo se dirigió el rey inmediatamente. La entrevista fué de las mas tiernas; Fernando, su mujer, sus hijos y todos los príncipes se arrodillaron á los piés del Pontífice, derramando lágrimas de alegría y dando gracias á la Providencia, que llevó sano á los Estados de Nápoles al representante de Cristo sobre la tierra. El Santo Padre, conmovido profundamente por estas señales tan manifiestas como sinceras de veneracion, hizo levantar á los miembros de la familia real despues de concederles su bendicion, la primera que daba despues de su salida de Roma (1). »

Los enemigos del pontificado lanzados miéntras tanto en la revolucion, presentaban en Roma escenas las mas crueles y lances tan repugnantes que la pluma se resiste á referir sus pormenores. Cuando los republicanos de Roma con cinismo sin ejemplo llamaban *Revolucion sin mancha* sus movimientos demagógicos, la Religion y la naturaleza, la fe y la sociedad les formaban proceso, el mas feo que puede presentarse en los tiempos modernos. La Religion lloró sus templos profanados, sus misterios vilipendiados pública-

(1) *Histoire de la révolution de Rome.* (A. Balleydier.)

mente, y sus ceremonias augustas entregadas al ridículo del modo mas ignominioso. Los claustros vieron protegida la apostasía, menospreciada la virtud y combatida su existencia; hasta los silenciosos asilos de las religiosas fueron invadidos, los unos por soldados que hacian salir á sus piadosos moradores, y los otros por damas entusiastas que iban á ofrecerles la relajacion de sus votos por la república y la devolucion de su libertad, ¡como si las monjas estuviesen por fuerza en los monasterios! Ni una hubo que quisiese salir de mas de mil y quinientas que contienen los claustros de Roma. La moral se escandalizó presenciando sociedades de mujeres que tenian á su cabeza á Gavazzi y á la Belgiojoso, y bajo el nombre de « Hermanas de caridad, » envueltas en seda y ricos encajes, se empeñaban por extender el proselitismo de la voluptuosidad entre los militares franceses retenidos en Roma por una traicion de los republicanos. ¡Qué contraste formaban aquellas con las verdaderas Hermanas de la caridad, que en union de algunas nobles Romanas derramaban consuelos entre los desgraciados! La humanidad alzó un grito horrorizada al contemplar hechos como el del párroco de la Minerva (1), sacado de su convento por un agente de la república á pretexto de visitar un moribundo y asesinado luego á sangre fria sobre las ruinas de San Calixto. Catorce sacerdotes corrieron en el mismo dia igual suerte, sin ser procesados ni sentenciados, sino por el simple dicho de un agente del triunvirato, que hacia á la vez de soldado, juez y verdugo. La fe y la sociedad miraron con horror las bases en que se apoyaba el sistema del triunvirato, que compendiándolas podemos reducir á los siguientes capítulos : — Abolicion de garantías individuales. — Desprecio del derecho de gentes. — Violacion de la propiedad.

(1) « Sacerdote excelente, padre de los pobres y amigo de los desgraciados, » le llaman los historiadores. Quien desee ver todos los pormenores de estos sucesos lea « *Histoire de la révolution de Rome*, par Balleydier, » 2 vol. in-8°.

— Asesinatos alevosos y régimen despótico establecido en sus mas vastas proporciones.

Pero miéntras que Roma era teatro de escenas tan monstruosas, vergüenza eterna de los falsos republicanos, Gaeta lo era de otras que representaban el triunfo del pontificado en toda la tierra, y no solo sobre las conciencias de los católicos, sino en los consejos de los gobiernos y en la política de los gabinetes. Francia, Austria, España y Nápoles emprenden la defensa de los derechos del Papa y marchan á ocupar la ciudad de Roma; Portugal ofrece al Pontífice el concurso de sus esfuerzos para el restablecimiento de su trono, y pone á su disposicion el palacio de Mafra, una de las residencias reales mas bellas de Europa. Las naciones del Viejo y Nuevo Mundo envian á Gaeta representantes que aseguren al Papa su fidelidad, adhesion cordial y profundo respeto. Desde el otro lado del Atlántico el jefe de una República escribe al Vicario de Jesucristo : « Las naciones católicas de Európa se habrán honrado ofreciendo cada una en su territorio magnífica hospitalidad al Padre comun de los fieles, ahora que la ingratitud le ha obligado á ausentarse temporalmente de la insigne ciudad donde fijó su silla el primer Pontífice cristiano. Mas si en los decretos de la Providencia estuviera que uno de sus sucesores hubiese de ilustrar con su presencia las regiones del Nuevo Mundo, Vuestra Santidad, Beatísimo Padre, encontraria en Méjico siete millones de hijos llenos de amor y veneracion hácia su sagrada persona, y que tendrian á ventura recibir inmediatamente de sus manos la bendicion paternal (1). » No eran ménos generosos los sentimientos de los católicos en los Estados Unidos que en Chile, y desde el Canadá hasta el cabo de Hórnos uno solo era el sentimiento y uno mismo el deseo de los pueblos y gobiernos : el triunfo de la cabeza de

(1) L'*Orbe cattolico a Pio IX, Pontefice Massimo.* — Lettera del Presidente della Republica Messicana.

la Iglesia sobre los enemigos del pontificado. Leyendo la coleccion de notas oficiales dirigidas al Papa fugitivo en Gaeta (1), puede conocerse la uniformidad del pensamiento católico en aquella circunstancia azarosa para la Iglesia. Los magistrados de los pueblos, los senados de las repúblicas con muy raras excepciones, los obispos de todo el mundo, los cabildos, las congregaciones religiosas, los hombres mas notables de Europa, todos se apresuraron á describir en sus cartas el prodigioso movimiento, y la ansiedad infinita que experimentaba el cuerpo católico con las amarguras de su cabeza. Ni la imaginacion mas fecunda de los poetas ni el pincel mas valiente de los artistas pueden representar triunfo tan espléndido, tan imponente y tan extenso como este que dibuja el pensamiento universal, y representa al jefe de la Iglesia triunfante y venerado en toda la tierra, por el corazon, por la conciencia y por la voluntad de todos los pueblos. No pocos gobiernos protestantes se asociaron á estas manifestaciones, echando en cara con su noble conducta la traicion de algunos que, contradiciendo los sentimientos del pueblo, quedaban fuera del movimiento general.

Ejércitos de católicos no tardan en precipitarse sobre las costas de Italia; la iniciativa de restablecer al Papa en su trono nadie podrá disputar á España (Q), ni la gloria de llevar a cabo la empresa á la República francesa. La España desembarcaba un ajército en Terracina, Nápoles combatia en Velletri, el Austria ocupaba Ferrara y Bolonia, cuando Francia dominó en fin los muros de Roma y penetró las calles de la ciudad eterna, cuyas llaves volvió al Pontífice fugitivo, tan perseguido por ingratos como honrado por el cristianismo entero. Los que miraron de reojo la intervencion armada de los gobiernos católicos en los Estados pontificales, no querrian, por cierto, la continuacion de aquellos san-

(1) Impresas en l'*Orbe cattolico* a Pio IX, Pontefice Massimo, esulante da Roma; 2 vol., Napoli, 1850.

grientos episodios, lances inmorales, robos, sacrilegios y desórdenes que salpican la historia de la república romana, tan corta por su duracion como larga por los males que acarreó. No es la agitacion de pocos individuos el representante de la voluntad nacional, ni los demagogos que ven en su puñal su única ley son los que están llamados para dirigir los destinos de un pueblo. La restauracion del Papa sobre el trono de Roma era la voluntad universal, la voluntad de la mayoría inmensa de los Romanos mismos, significada por repetidos actos que deben apreciarse tanto mas, cuanto los ciudadanos bajo el sistema republicano no fueron libres ni en Roma ni en Bolonia para hacer demostraciones espontáneas. Mas á pesar de esto, las dimisiones dadas por los miembros mas honorables del congreso, y por los ciudadanos mas ilustres enrolados en la guardia cívica, luego que el Papa se retiró de Roma, dejan ver harto claro la opinion de los llamados naturalmente á representar la del pueblo.

La vuelta del Papa á Roma es uno de esos hechos providenciales que no entran en las previsiones ni en los cálculos humanos; jamas imaginaron los demagogos de Italia haber de combatir contra los republicanos franceses, ni tampoco que en medio de ese desquiciamiento social que atónito contemplaba el mundo, se levantasen cuatro ejércitos de hombres aguerridos que se disputaban el honor de castigar con espada en mano á los insolentes que, despues de arrogarse los derechos del pueblo, pisoteaban la fe, ultrajaban su cabeza visible y se constituían en verdaderos déspotas. Mas lo que no entraba en las combinaciones políticas estaba escrito en el libro de Dios. La República francesa que combatia por el Papa, el Austria que castigaba con mano de hierro á los sediciosos en la Romania, el rey de Nápoles que entraba á la cabeza de un ejército en los Estados del Papa, y la España que ocupaba Terracina y se dirigia sobre Velletri, no eran mas que el instrumento de Dios que cumple sus fines em-

plcando los elementos que el hombre rechaza como ménos á propósito. Cien mil personas que se agolpan en las calles de Roma á la vuelta del Papa, cien mil gritos que hacen retumbar en las cornisas de las viejas basílicas y en los chapiteles de los palacios *Viva la Religion, viva el Pontífice*, nubes de flores que se derraman por la senda que sigue el Papa, el toque majestuoso de mil campanas y el bronco estampido del cañon de San Ángel completarian este cuadro no delineado por mano de hombre, si no se ofreciese aun otro espectáculo mas imponente y maravilloso. El Papa entra en el Vaticano (1), y la inmensa basílica que hace tantos siglos se viste de gala para recibir al Vicario de Cristo que que va á oficiar sobre la tumba del primer Pontífice, abre sus puertas á Pio IX, que vuelve á ocupar su trono pontifical escoltado por el ejército de Francia y seguido de los representantes de todos los gobiernos de Europa y América. La majestad del pontificado, ajada y pisoteada por demagogos, debia presentarse de nuevo con todo el esplendor majestuoso, con toda la pompa solemne de que le viste su elevada dignidad. El ejército frances, formado en batalla en la plaza del Vaticano, apénas podia contener la muchedumbre del pueblo que se agolpaba de todas partes. El cuerpo diplomático, los príncipes y cardenales, sacerdotes y militares precedian al Papa, que subia á la elevada galería de San Pedro : esa misma Roma que acababa de atravesar el período mas desgraciado que contará su historia en los tiempos modernos, era objeto que miraba con ternura el Padre de los cristianos, al levantar su mano para bendecir al mundo por primera vez despues de su destierro. Ya el numeroso clero de Roma ha desfilado, el colegio de cardenales ha desfilado tambien, y el Papa, en fin, vestido de blanco se presenta en el balcon en medio del clamor de las voces mas entusiastas que lo victorean, del ruido de los ca-

(1) 12 de abril de 1850.

ñonazos y del sonido de las campanas. Al bullicio sucede instantes despues un profundo silencio : solo se escucha la voz del Papa, que pide auxilios al Cielo para bendecir á los hombres que Dios le encomendó. Al eco de esta voz que pronuncia palabras misteriosas, todas las frentes se inclinan, todos los hombres se encorvan, y en Roma ni un ruido se siente que perturbe su silencio solemne. Un ejército de valientes recibe rodilla en tierra la bendicion del Pontífice, y esas espadas que brillaron en toda Europa, dobladas esta vez, tributaban el homenaje debido al jefe de la Religion. Un solo hombre queda en pié, y este es el Papa, es el Vicario de Jesucristo, es la viva imágen de Dios, es el alma y cabeza del catolicismo. La bendicion del Cielo se derrama sobre los fieles por la mediacion del santo Pontífice, y la Iglesia católica, que atravesó diez y nueve siglos de combates siempre triunfante, se prepara para sostener con ella diez y nueve mas, en los que vencerá tambien. Así triunfa Dios dia por dia de los espíritus soberbios que decretan realizar proyectos insensatos sin tener en cuenta su debilidad. «Mi Iglesia, dice la Voz de los cielos, será eterna; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.»



CAPÍTULO XXXII.

Conclusion y Protesta.

Dije que al principiar mi larga travesía no me propuse otro objeto que « conocer por mí mismo las tendencias del movimiento que se realiza en el viejo continente; » y al concluirla creo haberlo llenado, no del modo que merece la infinita majestad con que se dilata por todo el mundo el movimiento católico, sino de la manera que permiten lo vasto de la empresa y las pequeñas fuerzas del que la acomete.

Mis observaciones, apoyadas sobre hechos visibles, palpables y evidentes para todos, manifiestan que la sociedad, fatigada de los infinitos males que la agobian, busca en la unidad católica el único remedio que puede curarla; que el catolicismo, haciendo sentir su accion maravillosa en todo el mundo, se presenta hoy para combatir al ateísmo, lleno del vigor y de la energía con que se presentaba cuando salió del pensamiento eterno para renovar la faz de la tierra manchada por el inmundo cieno del politeísmo; y en fin, que miéntras él retoña y florece como esos cedros frondosos del Líbano que sobrevivieron á los siglos, á sus movimientos y trastornos, ofreciendo bajo el follaje de sus ramos sombra en que reposar el viajero fatigado de trepar riscos y pendientes, sus disidentes sucumben agobiados por sus propios males, ofreciendo al género humano una demostracion mas de la miseria é insuficiencia del hombre, de cuyas pasiones son hijos.

En las deducciones de los hechos que he referido, ó en las cuestiones que he tocado de paso, pudiera haber aventurado alguna proposicion disconforme al sentir de la Iglesia católica; si así hubiese sucedido, desde luego la retracto, pues ahora y siempre he sometido y someto mi juicio al de la Iglesia, cuya cabeza es el Romano Pontífice.



NOTAS

DEL TOMO SEGUNDO.

Nota A, página 34.

En el libro parroquial de Ramla, antigua Arimathea, tomé apuntes del siguiente pasaje :

« Yo Yacub Maciaurs, cristiano católico, siendo niño de diez años, fui seducido á la apostasía de mi Religion por Abunabut, gobernador de Jafa, mahometano fanático é insigne perseguidor del cristianismo. Depuesto Abunabut do su gobierno, emprendió la peregrinacion á la Meca, llevándome consigo : fuí introducido por mi amo al cadí de la Meca, quien me hizo santon derswiche, y me confió despues uno de los empleos de la mezquita del profeta. Treinta y siete años permanecí en la Meca, y durante este largo tiempo fui iniciado en todos los secretos de la profesion ; jamas viví tranquilo, y mis remordimientos secretos á toda hora me echaban en cara mi apostasía miserable, de tal modo que en medio de los tormentos que experimentaba mi conciencia, ocurria muchas veces á encomendarme á la santísima Virgen María, cuya devocion me inspiró mi madre desde muy pequeño. Resuelto á dejar mi puesto, á volver á los mios y á entrar sobre todo en el seno de mi Religion que habia abandonado, dejé la Meca, y vestido con mis hábitos do derswiche, trayendo conmigo mis culebras (pues de otro modo me hubieran muerto los mahometanos mismos de la Meca), volví peregrinando hasta Acre, dondo habitaba mi familia ; mas encontré quo ya toda esta habia muerto. Me dirigí entónces á Ramle, donde me he echado á los piés del misionero Fr. Mariano Villardel, quien me ha recibido misericordiosamente ; y despues de sometermo á penitencias durante diez

meses, me ha reconciliado con la Iglesia católica. He entregado los títulos do santo y santísimo que tenia del cadi de la Meca, he muerto una culebra que me acompañaba, y do la quo usaba para mis supercherías, y doy gracias á Dios porque despues de tantos años de apostasía me ha traido nuevamente al seno de su fe y de su Religion. Conozco qne á su divina misericordia debo esto beneficio, por la intercesion do María Santísima, á quien he clamado con todo mi corazon repetidas veces, pidiéndole su podorosa proteccion. — Julio 25 de 1851. »

Nota B, página 52.

« Jeremías, por la gracia de Dios, arzobispo de Constantinopla, Nueva Roma, patriarca ecuménico;

» Atanasio, por la gracia de Dios, patriarca de la ciudad de Dios do Antioquía;

» Crisanto, por la gracia do Dios, patriarca de la ciudad santa de Jerusalen;

» Al santo y santificante sínodo de Rusia, salud en Cristo y bendicion apostólica.

» Respondemos á la pregunta quo nos habeis hecho relativa á los habitantes de Inglaterra. Habiendo leido su segunda proposicion y considerádola muy atentamento, os podemos escribir con latitud recomendándoos la explicacion y doctrina do la fe ortodoxa que se profesa en la santa Iglesia católica oriental. Y conteniendo esta misma explicacion una respuesta á todas las objeciones hechas por aquellos, no tenemos que responderos ni deciros mas que lo siguiente: Habiendo nosotros tenido en depósito esta doctrina de la fe y conservádola siempre *con todo el corazon y con toda el alma*, como la profesamos en la santa Iglesia Oriental do N. S. Jesucristo, aconsejamos á vuestra fraternidad que os sirvais continuar sin error en estos dogmas do la ortodoxia, en sus límites, en sus preceptos y en sus disciplinas; y que las Iglesias subordinadas á vuestra jurisdiccion no entren jamas en discusion, ni con respecto á la doctrina de la fe, ni acerca de la ortodoxia, con los mencionados Ingleses, porque los dogmas de nuestra ortodoxia han sido establecidos despues de un ma-

duro exámen en los concilios ecuménicos y en los SS. Padres, *que nos los han trasmitido* sin interrupcion y sin mancha. Así de esta manera han sido profesados por nuestra Iglesia, y no está permitido añadirles ni quitarles. Sobre este fundamento descansa toda la doctrina de los SS. Padres, quienes por la profesion de esta fe se han adquirido la bienaventuranza eterna. Si teneis la intencion de responder á esos mismos Ingleses, escribidles conforme lo enseña nuestra Iglesia oriental, como ya lo habíamos hecho en aquella profesion de fe que les trasmitimos en otra ocasion. Solo de este modo y no de otro se puede tratar de una reunion; esto es, consintiendo ellos en admitir toda nuestra doctrina. ¡Ojalá Dios, que quiere la salvacion de todos los hombres, conceda á los dichos Ingleses inteligencia y buena voluntad de unirse á nosotros, si esta es la intencion de la Providencia de Dios, por el bien de sus almas y de su salvacion! Es todo lo que decimos acerca de este asunto. Y la Providencia Divina sea con vosotros.

» Dado en Constantinopla en el mes de setiembre de 1723. »

Nota C, página 53

Las misiones establecidas en Constantinopla son las siguientes.

1°. Los Menores conventuales ó Franciscanos. Esta mision data de 1219, y fué fundada por el bienaventurado Benito de Arezzo. — 2°. Los Dominicos establecidos en Constantinopla tambien desde el siglo trece. — 3°. Los PP. Capuchinos. El primer religioso de esta órden que vino á Constantinopla fué S. José de Leonissa. — 4°. Los Recoletos. Estos misioneros se establecieron en Constantinopla en 1642. — 5°. Los Menores observantes tienen un hospicio en Constantinopla, cuyo superior está encargado de tratar los negocios de Tierra Santa; se titula comisario de Tierra Santa. — 6°. Los Lazaristas, quienes en 1776 sucedieron á los Jesuitas; estos ocuparon en Galata el establecimiento é iglesia de San Benedicto desde 1583 hasta 1773, época de su supresion. — 7°. Los PP. Capuchinos, arrojados por órden del gobierno ruso de la provincia de Tiflis (Georgia rusa)

hace tres años poco mas ó ménos, han fundado establecimientos en Trebisonda, Samsoun y Sinope.

Nota D, página 153.

« La casa del nacimiento de María, consagrada á los divinos misterios, fué trasladada primero del poder de los infieles á Dalmacia por ministerio de los Ángeles, y despues al campo de Loreto en la provincia Picena, siendo papa S. Celestino V; y es la misma en que el Verbo se hizo carne y habitó con nosotros, segun se comprueba no solo por los diplomas pontificios y celebérrima veneracion de todo el orbe, sino tambien por la virtud continua de los milagros y por la gracia de los beneficios celestes. Viendo pues Inocencio XII el culto tan fervoroso que consagraban los fieles á la Santísima Virgen, mandó se celebrase anual y solemnemente la Traslacion de la casa santa, venerada en toda la provincia Picena, con Misa y oficio propio. »

« Las palabras de esta Leccion, dice Benedicto XIV, nos hacen conocer claramente el motivo sobre que se ha fundado la Congregacion de Ritos, y la prudencia que ha empleado en su dictámen al Soberano Pontífice, á quien pide su aprobacion. La razan principal que la ha determinado es la autoridad de los decretos pontificales, en los que se afirma que la casa de Loreto es en la que María nació, fué saludada por el Ángel y concebido por el Espíritu Santo el Salvador del mundo: lo que resulta sin ninguna duda de las cartas apostólicas de Paulo II (1471), de Julio II (1507), de Leon X (1519), de Paulo III (1535), de Paulo IV (1565), y sin hablar de otras muchas, de la Constitucion de Sixto V (24, § 4, Bular., tom. II). En cuanto á la veneracion solemne del universo y al poder continuo de los milagros, continúa Benedicto XIV, el asunto es conocido de tal modo que no tiene necesidad de prueba alguna. »

Nota E, página 155.

Traditio continua est, et nunquam interrupta apud omnes nationes orientales, hanc petram dictam *Mensa Christi*, illam ipsam esse petram super quam Dominus noster Jesus Christus cum suis discipulis comedisse ante et post suam resurrectionem á mortuis...

Nota F, página 268.

Los Evangelistas dicen solamente que la Trasfiguracion de Nuestro Salvador se realizó sobre una alta montaña, sin nombrarla; S. Cirilo, obispo de Jerusalen, que murió en 386, Eusebio y S. Jerónimo son los autores mas antiguos que nos han señalado el Tabor como lugar en que pasó este acontecimiento. No es posible tener testimonios mas dignos de fe; así es que son admitidos en general. Algunos les opusieron la existencia de una ciudad en la cima del monte Tabor, diciendo que Nuestro Salvador eligió sin duda para esta divina manifestacion un sitio retirado y solitario mas bien que habitado, tanto mas cuanto que queria permaneciese aquella oculta hasta despues de su muerte. Mas ninguna prueba hay que tal ciudad existiese en tiempo de Jesucristo, y al contrario sabemos por Flavio Josefo que cuando Vespasiano vino á Galilea, los Judíos insurrectos ocuparon las ciudades y los lugares fuertes, pero teniendo luego que abandonar el Tabor por falta de agua. « Una gran multitud, dice, se reunió en el monte Tabor; Josefo rodeó con murallas la cúspide de la montaña, y empleó cuarenta dias en este trabajo. Como no habia agua en este lugar elevado, excepto la que caia del cielo, se le proveyó de otra parte con los materiales necesarios. Miéntras que Vespasiano sitiaba á Gamala, envió á Plácido contra los Judíos que se habian fortificado en aquel monte. Este general empleó la misma estratagema que en otro tiempo Antioco : atrajo los Judíos al llano, les derrotó é impidió ocupasen de nuevo la montaña. Parte de los que en ella permanecieron la abandonaron para retirarse á Jerusalen, los demas se en-

tregaron á Plácido, porque estaban faltos de agua. » Muy mal se puede concebir pues la existencia de una ciudad en un lugar donde no habia agua.

Nota G, página 188.

Segun el Dr Schultz, hé aqui cómo se dividen todos los Israelitas de Palestina :

Jerusalen	7,120
Hebron.	400
Saphed.	400
Tiberíades	300
Naplusa	150
Schavram	75
Total. . .	8,445

Nota H, página 190.

Como la mezquita de Omar ha excitado la curiosidad de todos, sin duda por el mismo hecho de ser tan difícil penetrarla, copiamos la descripcion que nos ha dado un viajero que la visitó con firmanes del sultan :

« Cada puerta de esta mezquita tiene un portal adornado con molduras, y seis columnas con sus pedestales y sus chapiteles, todo de mármol y de pórfido. El interior es de mármol blanco, y el pavimento mismo está forrado con grandes piezas de mármol de diferentes colores ; tanto el pórfido como las columnas de mármol y de bronce fueron tomadas de la Iglesia de Belen, de la del Santo Sepulcro y de las otras demolidas por los Turcos. Treinta y dos son las columnas que puestas en dos órdenes sostienen la bóveda. Sobre el suelo se ve una piedra que parece de mármol negro, de dos piés y medio en cuadro, elevada un poco mas que el resto del pavimento.

En ella se ven hechos veinte y tres agujeros, donde parece hubiese habido clavos en otro tiempo; su objeto yo no lo conozco, ni aun lo saben los mismos mahometanos, bien quo ellos firmemente creen que sobre esta piedra ponian los piés los profetas cuando bajaban del caballo para entrar en el templo, y que fué tambien sobre esta misma piedra donde bajó Mahoma cuando volvia de la Arabia Feliz, despues de su viaje al paraiso para tratar con Dios gravisimos negocios. »

Nota I, página 194.

MISIONES DE TIERRA SANTA.

1ª. Alejandría de Egipto con una comunidad y un colegio dirigido por Hermanos de las escuelas cristianas. 2ª. Mision de Jafa, con seis religiosos y una escuela. 3ª. Mision de Ramle, con tres religiosos. 4ª. S. Juan de Judea, con seis religiosos. 5ª. Nazareth, con una comunidad completa. 6ª. S. Juan de Acre, con tres religiosos. 7ª. Saida, con tres religiosos. 8ª. Beyrouth, con tres religiosos. 9ª. Alepo, con tres religiosos. 10ª. Damasco, con seis religiosos. 11ª. Tripoli, con tres religiosos. 12ª. Nicocia, con tres religiosos. 13ª. Larnica, con tres religiosos. 14ª. Lariza, con tres religiosos. 15ª. Rosetta, con tres religiosos. 16ª. Belen, con comunidad completa; todos estos conventos tienen templo y escuelas para hombres y mujeres. 17ª. Cairo, con una comunidad completa. 18ª. Jerusalen, que es el centro de todas estas misiones, tiene en su seno dos conventos: el del Santo Sepulcro con doce religiosos, y el de San Salvador con sesenta; sostiene ademas los colegios de hermanas de San José y sus hospitales, y auxilia al patriarcado y seminario.

Nota J, página 197.

Relacion de los ingresos que ha tenido la Tierra Santa durante los años 1850 y 1851:

	Pesos.
De Brasil	6,500
España	16,650
Génova	4,200
Turin	3,500
Francia	450
Calcuta	500
Milan	2,850
Nápoles	14,500
Baviera	5,000
Viena	4,000
Manila	2,200
Sicilia	4,800
Liorna	5,000
Ministro general	48,000
Total	118,150

Nota. — En la remesa del ministro general están comprendidas todas las cantidades de América, Estados Pontificios y otros diversos puntos de Europa.

Las salidas igualan á la entrada, y en ellas se comprenden el sosten de doscientas trece familias de pobres mantenidas en Tierra Santa por las misiones, el sosten de estas mismas y de los establecimientos de que se hace mérito en la nota anterior.

Nota K, página 197.

Al salir el Sr de Lamartine de Beyrouth á Jerusalen, escribió lo siguiente : « Montado á caballo con *diez y ocho caballos* de acompañamiento ó de bagajo que formaban la caravana... » (*Viaje á Oriente*, etc., tomo I, pág. 271). Ordinariamente se toman mas hombres que caballos; pero admitamos un número igual : hé aqui pues diez y ocho personas y diez y ocho bestias de carga.

El Sr de Lamartine llegó á Nazareth el 12 de octubre de 1832, y salió el 21, lo que hace un intervalo de ocho dias; deduciendo los

dias 14 y 15, empleados en ir á Tiberíades, resultan seis dias enteros, durante los que permaneció en el convento. Ordinariamente, aun cuando se haya convenido con los arrieros que la manutencion es por cuenta de ellos, el uso exige que recibiendo la hospitalidad en los conventos, en la casa de los obispos ó en la de los cheiks ó emires, las gentes que acompañan tambien sean alimentadas como los huéspedes, pues no siempre encuentran medio de vivir con lo suyo. Hé ahí pues diez y ocho personas de acompañamiento del Sr de Lamartine asistidas por espacio de seis dias en el convento, lo que es igual al gasto de ciento ocho personas en un dia.

Al partir el Sr de Lamartine dió quinientas piastras (125 francos), lo que hace 1 franco 60 céntimos por el alojamiento y alimento de cada uno. No se han comprendido los caballos en esto cálculo, ni las provisiones de viaje de que habla el Sr de Lamartine. « Todos los PP. españoles é italianos del convento, dice, reunidos en el patio (en el momento de marchar) están de pié en rededor de nuestros caballos, y miéntras que unos nos ofrecen votos y oraciones para el viaje, otros nos dan provisiones frescas, buen pan *cocido durante la noche,* aceitunas y chocolate de España. » (Tom. I, pág. 221.)

Todos convendrán en que los Padres, á pesar de la munificencia de 1 franco 60 céntimos por dia, tenian algun derecho á un poco de tabaco, aunque no hubiera sido mas que por el chocolate de España y por el pan que habian cocido de intento en la noche; y es poco digno de un hombre que pasaba por el *príncipe de los Francos* echarles en cara un puñado de piastras (*monedas de 25 céntimos*), principalmente cuando arrojaba *piezas de oro* á dos jóvenes Sirias, porque se desnudaban y vestian delante de todos.

Nota L, página 240.

CARTA DEL CLERO ANGLICANO Á LOS PATRIARCAS CISMÁTICOS.

« Al santísimo señor Anthimo, arzobispo de Constantinopla, Nueva Roma, y patriarca ecuménico; al santísimo señor Doroteo, papa y patriarca de Alejandría, juez ecuménico; al santísimo se-

ñor ***, patriarca de Antioquía y do todo el Oriento; al santísimo señor Cirilo, patriarca do la ciudad santa de Jerusalen y de toda la Palestina; al santisimo sínodo gobernador de todas las Rusias; al santísimo sínodo del reino de Grecia;

» Los infrascritos obispos, presbíteros y diáconos do la Iglesia católica de Inglaterra, Escocia é Irlanda y otros miembros de su comunion, salud en Nuestro Señor.

» Santísimos PP. en Jesucristo, la unidad de la fo que liga íntimamente los diferentes ramos de la santa Iglesia católica, hace que, como dice el Apóstol, *cuando un miembro padece, todos los miembros sufran en él.* Poro el padecimiento viene á ser mas doloroso cuando un hermano da motivo de escándalo á otro hermano. Esto es precisamente lo que ahora sucede; porquo aunque no conozcais la Iglesia do Inglaterra, esto no la impide simpatizar con vosotros de una manera fraternel con respecto á los escándalos ocasionados por nosotros en Oriente. No estamos dispuestos do modo alguno á usar de represalias cuando se nos injuria; y preferimos, como cristianos y católicos, devolver ol bien por el mal. Por esto es necesario trazar una reseña de lo que ba sucedido, á fin de que confesando francamente nuestra falta, podamos mostrar con claridad nuestra propia inocencia, y hacer quo nuestra defensa se comprenda mas fácilmente.

» En el año 1841 de Nuestro Señor pareció conveniente al R^mo^ Padre en Dios Guillermo, en aquella época, por la permision de Dios, metropolitano de la santa iglesia do Cantorbery, y primado de toda la Inglaterra, onviar á Jerusalen cierto obispo con la mision de cuidar los Ingloses residentes en Palestina y en Siria. Pero la autoridad dada á este obispo fué circunscrita á ciertos límites, acerca de los que no babia lugar á equivocarse, puesto que el mismo arzobispo metropolitano los precisaba claramente en las cartas de recomendacion dirigidas á vuestras santidades. « Temiendo, decia, » que alguno ignore por qué hemos enviado nuestro hermano, os » bacemos saber por las presentes quo le hemos invitado á no » usurpar de modo alguno la autoridad que os pertenece, á vosotros obispos y demas dignidados encargadas de gobernar las » Iglesias de Oriente; sino por el contrario á honraros como es » debido, y mostrarse siempre pronto á favorecer por todos los » medios que están en su poder el amor fraternal, las relaciones

» amistosas y la concordia. Estamos persuadidos que nuestro amado » hermano obedecerá *ex animo* concienzudamente y con fidelidad » nuestros mandatos presentes. Y os pedimos en nombre de N. S. » Jesucristo, recibirle como un hermano y asistirle con vuestros » buenos oficios, cuando se presente la ocasion de hacerlo. Espe- » ramos que vuestra santidad aceptará esta comunicacion como un » testimonio de nuestro respeto, de nuestro afecto y del cordial » deseo que nos anima para renovar estas relaciones de amistad con » las Iglesias de Oriente, que han estado suspensas por espacio » de tantos siglos, y cuya restauracion tendrá por consecuencia, » con la bendicion de Dios, poner término á las divisiones que » han acarreado á la Iglesia de Jesucristo las calamidades mas ter- » ribles. »

» El obispo que es hoy depositario de esta autoridad, descuidando enteramente las órdenes de nuestro último metropolitano, y traspasando los mandatos que limitan su autoridad, falta á la Iglesia ortodoxa de Oriente, hasta el punto de recibir prosélitos de su seno y formar con ellos congregaciones cismáticas.

» Por lo que la Iglesia anglicana es sospechosa en el espíritu de vuestras santidades, como si hiciese la guerra á la fe antigua y se atreviese á introducir secretamente nuevos dogmas.

» Asi nosotros infrascritos obispos, presbíteros y diáconos de la Iglesia anglo-católica, declaramos lo que sigue :

» Protestamos contra los actos consumados ó proseguidos en esto momento por eso obispo (el Rev. Dr Gobat), como que emanan de él solo y no han recibido sancion alguna de nuestra Iglesia; repudiamos especialmente su proselitismo como una violacion de la obligacion contraida en 1841, y como un acto que constituye infracciones á los cánones de la Iglesia.

» En consecuencia, rogamos á vuestras santidades no imputar tales escándalos ni á Nos, ni á nuestra Iglesia; y esperamos que esta explicacion será recibida en un espíritu amical, y que vuestras oraciones continuarán elevándose al Cielo para la felicidad de las santas Iglesias de Dios y por su union.

» Firmamos esta protesta en el mes de agosto de 1853. »

(Siguen mil cien firmas de obispos y presbíteros anglicanos.)

—

PROTESTA DE LOS METROPOLITANOS ANGLICANOS CONTRA LA NOTA PRECEDENTE.

« En vista de que algunos eclesiásticos han dirigido á los patriarcas y sinodos de Oriente una memoria, en la que el obispo anglicano de Jerusalen es acusado de haber traspasado el objeto de su mision, é introducido el cisma en las Iglesias de Oriente;

» Considerando que algunos de los nombres puestos en ese documento son de personas que ocupan posiciones oficiales en la Iglesia unida de Inglaterra é Irlanda, y que se podria suponer, al ménos en el extranjero, que una censura así impuesta contra dicho obispo, por haber obrado sin el consentimiento y la autoridad de su Iglesia, no puede emanar de personas que no están revestidas de ninguna autoridad;

» En consecuencia, nosotros los metropolitanos de la Iglesia unida de Inglaterra é Irlanda juzgamos oportuno publicar esta declaracion, para que se sepa que dicha memoria no emana de modo alguno de la referida Iglesia, ni de personas autorizadas por ella para pronunciar tales decisiones.

» Estamos decididos á dar este paso, por de pronto con el objeto de prevenir contra el peligro que podria resultar á nuestra propia Iglesia del ejemplo del procedimiento irregular y sin autoridad de los que han firmado la memoria en cuestion, y ademas porque simpatizamos con nuestro hermano el obispo anglicano de Jerusalen en su posicion embarazosa, y estamos seguros que su conducta, en las circunstancias en que está colocado, será siempre arreglada por la prudencia de su juicio y discrecion.

» 1° de noviembre de 1853.

» J.-B. CANTUAR (Cantorbery).
» T. EBOR (York).
» Juan-G. (Armegh).
» Ricardo (Dublin). »

Nota M, página 318.

FRAGMENTO DE UNA ENCÍCLICA DE PIO IX,
DE 6 DE ENERO DE 1848.

...Oid pues nuestra voz, vosotros todos, habitantes del Oriente y de los paises limítrofes, que os glorificais con el nombre de cristianos, pero que no estais en comunion con la Iglesia Romana; vosotros principalmente que, ejerciendo entre ellos las funciones sagradas, marchais á su cabeza por los honores eclesiásticos. Recordad la brillante posicion en que antiguamente se hallaban vuestras Iglesias, cuando estaban estrechamente unidas con las demas del universo por el lazo de la unidad, y ved despues de esto qué utilidad han sacado de sus disensiones; de esas disensiones que no solo impidieron la unidad con las Iglesias de Occidente, sino tambien la de doctrina y autoridad sagrada entre vosotros. Acordaos del símbolo de la fe que haceis profesion de creer con nosotros, « la santa Iglesia, Una, Católica y Apostólica, » y juzgad por ahí si esta unidad de la santa Iglesia Apostólica puede encontrarse en la infinita division de vuestras Iglesias, cuando vosotros mismos rehusais reconocerla en la comunion de la Iglesia Romana, bajo la que las demas innumerables Iglesias siempre han existido y existen en todo el universo, no formando mas que un solo cuerpo. Para comprender la razon de esta unidad, por la que debe brillar la Iglesia Católica, acordaos de la oracion que se refiere en el santo Evangelio de Juan (1), oracion que el Hijo Único de Dios dirige á su Padre en favor de sus discípulos: « Padre Santo, conservad en vuestro nombre á los que me habeis dado, para que sean uno como nosotros. » Despues añade: « No solamente ruego por ellos, sino tambien por los que han de creer en mí por su palabra, á fin de que todos juntos sean uno; como vos, Padre mio, estais en mí y yo en vos, que del mismo modo sean uno en nosotros, para que el mundo crea que me habeis enviado. Y yo les he dado la gloria que me habeis dado, con el fin de que sean uno, como nosotros somos

(1) S. Juan, cap. XVII, 11-20, etc.

uno. Estoy en ellos y vos en mí, con el objeto de que sean consumados en la unidad, y que el mundo conozca que me habeis enviado, y que les amais como me habeis amado. »

Nuestro Señor Jesucristo, autor de la salvacion de todos los hombres, colocó en Pedro, jefe de los Apóstoles, á quien ha dado las llaves del reino de los Cielos (1), el fundamento de su única Iglesia, contra la que no prevalecerán las puertas del infierno. Ademas ha rogado por él para que no falte su fe, mandándole que confirme tambien á sus hermanos (2); en fin, le ha encargado que apaciente sus corderos y sus ovejas (3), y por consiguiente lo ha confiado toda la Iglesia, que consiste en los verdaderos corderos y ovejas de Jesucristo. Todas estas prerogativas pertenecen á los Soberanos Pontífices de Roma, sucesores de Pedro, porque, despues de Pedro, la Iglesia no puede quedar privada del fundamento sobre que fué edificada por Jesucristo, y ha de durar hasta la consumacion de los siglos. Es por esto que san Ireneo, discípulo de Policarpo, que lo habia sido del apóstol Juan, y despues obispo de Leon, san Ireneo decimos, á quien todos los cristianos de Oriente y Occidente miran como una de las mas esclarecidas lumbreras de la antigüedad cristiana, queriendo exponer contra los herejes de su siglo la doctrina de los Apóstoles, cree inútil enumerar la sucesion de todas las Iglesias que tuvieron origen de los Apóstoles, asegurando que le basta citar contra ellos la doctrina de la Iglesia Romana, y dice: « Es necesario que toda la Iglesia, esto es, que todos los fieles de todo el universo se pongan de acuerdo con la Iglesia de Roma, á causa de la preeminencia de esta Iglesia, en la que, con respecto á todo lo que los fieles creen, ha sido conservada la tradicion trasmitida por los Apóstoles (4). »

Sabemos que todos vuestros cuidados tienden á velar sobre la conservacion de la doctrina de vuestros antepasados. Seguid pues á los antiguos obispos y á los fieles de las provincias de Oriente, entre quienes hay pruebas innumerables de haber reconocido con los Occidentales la venerable supremacía de los obispos de Roma.

(1) S. Mateo, cap. XVI, 18 y 19.
(2) S. Lúcas, cap. XXII, 31 y 32.
(3) S. Juan, cap. XXI, 15 y sig.
(4) S. Ireneo, lib. III *contra las herejías*, cap. III.

Entre los muchos ejemplos que apoyan este aserto (ademas del pasaje citado de Ireneo), manifestaremos aquí lo que pasó en el siglo cuarto en el juicio de Atanasio, obispo de Alejandría, tan célebre por su santidad, su instruccion y su celo pastoral. Condenado injustamente por algunos arzobispos de la Iglesia de Oriente, y echado de su silla por el sínodo de Tiro, vino á Roma, adonde llegaron igualmente otros obispos de Oriente, tambien arrojados injustamente de sus sillas. El Obispo de Roma (nuestro predecesor Julio) habiéndose enterado del asunto de cada uno y encontrádoles de acuerdo con la fe de Nicea, puesto que pensaban como él, les admitió en su comunion; y como en virtud de la preeminencia de la Santa Sede le corresponde el cuidado de todos, les devolvió sus Iglesias. Escribió ademas á los obispos de Oriente, « reprendiéndoles por no haber juzgado debidamente en este negocio, y por haber turbado la paz de las Iglesias (1). Al principio del siglo quinto, Juan Crisóstomo, arzobispo de Constantinopla, hombre muy ilustre, condenado injuriosamente en el concilio de Calcedonia, recurrió por medio de cartas y por enviados á esta Silla apostólica, y fué vindicada su inocencia por nuestro predecesor Inocencio (2). Otro ejemplo de la veneracion de vuestros padres por la supremacía de los Obispos de Roma se encuentra en el concilio de Calcedonia, en el año 451. Los obispos que se reunieron en él en número de seiscientos, que, con muy pocas excepciones, eran del Oriente, despues de la lectura de las cartas de san Leon el Grande, Soberano Pontífice de Roma, exclamaron en el segundo acto del concilio : « Es Pedro quien ha hablado así por la boca de Leon. » Despues, habiendo concluido el concilio sus trabajos bajo la presidencia de los legados del Soberano Pontífice, los Padres del concilio, al exponer sus actas á Leon, aseguran ser él quien presidia por medio de sus legados á los obispos reunidos, « como la cabeza preside á los miembros (3). »

(1) Sozomeno, lib. III, *Historia eclesiástica.* — El mismo S. Atanasio expone este asunto en su apología contra los Arrianos.

(2) Estas dos cartas de S. Crisóstomo á S. Inocencio y las de S. Inocencio á S. Crisóstomo, dirigidas al clero y al pueblo de Constantinopla, se encuentran en el tomo III de las *Obras del Crisóstomo*, edic. Maur., pág. 515 y sig.

(3) Tomo IV *de los Concilios*, edic. Labb., Venecia, p. 1235 y 1755.

Podríamos citar aun, no solo por las actas del concilio de Calcedonia, sino tambien por la historia de los demas antiguos concilios de Oriente, muchas otras pruebas que manifiestan evidentemente que los Obispos de Roma han obtenido el primer rango en los concilios, y principalmente en los generales, y que su autoridad ha sido invocada ántes y despues de la reunion de todos los concilios. Fuera de esto, podríamos citar otros muchos actos y escritos de los Padres y de los escritores antiguos de Oriente, que prueban que la supremacía de los Obispos de Roma estaba sólidamente establecida en Oriente entre vuestros antepasados. Pero como seria demasiado prolijo referir aquí todo esto, y bastando lo que hemos dicho para demostrar la verdad del hecho, recordaremos, para terminar, la conducta tenida por los fieles de Corinto en los tiempos mas remotos, es decir, en el siglo de los Apóstoles, y en medio de las disensiones que tanto turbaron esta Iglesia. Los Corintios entregaron cartas á Fortunato, que salia de aquella ciudad, exponiendo sus disensiones á S. Clemente, jefe supremo de la Iglesia Romana; habiendo examinado Clemente el asunto con cuidado, respondió por el mismo Fortunato y por sus legados Claudio, Eusebio, y Valero Viton, los que llevaron á Corinto la famosa carta del santo Pontífice de la Iglesia Romana; esta carta era tan memorable para los Corintios y demas cristianos de Oriente, que mucho tiempo despues la leian públicamente en algunas iglesias (1).

Por todas estas consideraciones os exhortamos y os rogamos volver, sin diferir mas, á la comunion con esta santa Sede de Pedro, que es el fundamento de la verdadera Iglesia de Jesucristo, como lo prueban la tradicion de vuestros antepasados y de los antiguos Padres y las palabras citadas de Nuestro Señor Jesucristo en los santos Evangelios; porque los que han querido separarse de aquella sólida piedra, sobre la que esta Iglesia ha sido divinamente edificada, no pueden estar en la comunion de la santa Iglesia, Una, Católica y Apostólica.

Ninguna razon existe que podais oponer para diferir vuestra vuelta á la verdadera Iglesia y á la comunion de esta santa Sede. Vosotros

(1) *Historia eclesiástica* de Eusebio, lib. III, cap. XVI, y Dionisio, obispo de Corinto, cuyo testimonio se encuentra en el mismo Eusebio, lib. IV, cap. XXIII.

sabeis que por lo que respecta á la confesion de la santa Religion, no hay mal que no deba soportarse, ya por la gloria de Jesucristo, ya en vista de la remuneracion eterna. En cuanto á nosotros, os aseguramos que no deseamos otra cosa mas que seguir la costumbre firmemente practicada por la santa Sede, abriéndoos nuestros brazos con ternura y con benevolencia paternal á vuestra vuelta á nuestra comunion, muy léjos de pensar en afligiros con alguna proscripcion cruel. No os imponemos mas cargo que estas cosas necesarias : á saber, al entrar en la unidad, poneros de ocuerdo con nosotros en la confesion do la verdadera fe que guarda y enseña la Iglesia católica, y conservar la comunion con esta misma Iglesia y esta santa Sede do Pedro. Con respecto á vuestro Ritual sagrado, es preciso poner á un lado todo lo que ha sido adoptado despues de la separacion y que está en contradiccion con la fe misma y la unidad católica; despues de haber desechado esto, os dejaremos intactas vuestras antiguas liturgias de Oriente, que honramos mucho, como hemos dicho, y que nuestros predecesores han honrado por su venerable antigüedad y sus ceremonias propias para conservar la devocion.

Hemos decidido ademas, en cuanto á los que han recibido las sagradas órdenes, sacerdotes y obispos de esos paises que efectúen su vuelta á la unidad católica, seguir el ejemplo de nuestros predecesores antiguos y modernos, conservándoles sus rangos y sus dignidades, á fin de emplear su cooperacion, juntamente con la del resto del clero católico de Oriente, para la conservacion y extension de la Religion católica entre sus compatriotas.

En fin, abrimos nuestros brazos con la misma benevolencia, no solo á los sacerdotes que vuelvan á entrar en nuestra comunion, sino tambien á los legos y á todos los católicos de Oriente. Muy agradable nos será emplear todos nuestros esfuerzos para dirigiros bien, en todo lo que os concierne.

¡Quiera el Dios de las misericordias dar fuerza poderosa á nuestras palabras! ¡Ojalá que Él bendiga los trabajos de nuestros hermanos y de nuestros amados hijos, que han tomado á su cargo la salvacion de vuestras almas! ¡Quiera Dios alegrar nuestra humildad mostrándonos la unidad católica restablecida entre los cristianos de Oriente, á fin de que, por esta unidad, recibamos un nuevo socorro para trasmitir la verdadera fe de Jesucristo á los paises extranjeros al Evangelio! No cesamos de pedir esta gracia en todas nuestras oraciones

y súplicas al Dios de las misericordias y Padre de las luces por la intercesion de su único Hijo y nuestro Salvador; y con este objeto no cesamos de invocar la proteccion de la Vírgen María, madre de Dios, de los santos Apóstoles, de los Mártires y de los santos Padres, cuyas predicaciones, sangre, virtudes y obras han hecho derramar y conservarse la Religion en el Oriente. Experimentamos un deseo muy vivo de felicitarnos con vosotros de vuestro regreso al seno de la Iglesia católica, y de bendeciros como nuestros hermanos y nuestros hijos. En estas disposiciones, seguimos con el ojo de un ardiente amor paternal á todos los cristianos de Oriente y de los paises limítrofes; y á los patriarcas católicos, metropolitanos, arzobispos, obispos, á los miembros del clero y á los legos, les damos con ternura nuestra bendicion apostólica.

Nota N, página 383.

Treinta estudiantes asistieron para oir los cursos de los SS. Lacordaire, de Montalembert y de Coux, profesores sin diploma de la Universidad. Esta reclamó é invocó sus privilegios, y muy pronto entró un comisario de policía con su insignia de tal en la escuela, calle de las Bellas Artes, y mandó callar á los maestros, y á los discípulos que se dispersasen.

El autor de los *Contemporáneos ilustres*, testigo de esta escena que tenia lugar en su vecindad, nos permitirá referir parte de su narracion :

« ¡En nombre de la ley, gritó el comisario, notifico á los jóvenes aquí presentes que se retiren ! — Lacordaire se volvió hácia estos y les dijo : ¡En nombre de vuestros patres, por quienes estoy autorizado, os mando permanezcais ! — Los dos requerimientos contradictorios se renovaron tres veces; los jóvenes no se movian. Por último, el comisario se vió en el caso de ir á buscar los agentes de policía, quienes hicieron evacuar la sala por la fuerza. Pusieron sellos sobre la puerta, y los tres profesores fueron citados ante los tribunales. En este intervalo, habiendo sido llamado el Sr de Montalembert á la dignidad de Par por la muerte de su padre, reclamó la

jurisdiccion de la cámara de que era miembro, y arrastró á ella sus coacusados. — Fueron condenados, dice el S[r] de Loménie; pero tuvieron la satisfaccion de pronunciar cada uno delante de la mas alta corte del reino un hermosisimo discurso contra Bossuet, las máximas galicanas, los concordatos y la tiranía del gobierno. »

El señor Lacordaire, hecho despues religioso y provincial de los Dominicos en Francia y Bélgica, ha fundado dos grandes colegios dirigidos por sacerdotes *del instituto docente de Santo Domingo*, del que es él superior en Francia.

Nota O, página 416.

« La política de Santiago Muller, asesino del consejero Leu, como la de otros muchos, se reducia á una ignorancia brutal. Su hermano y él acababan de declararse en quiebra. Hicieron brillar delante de sus ojos groseramente codiciosos algunas monedas de oro; se les persuadió que la impunidad les estaba asegurada de antemano, y Santiago Muller se decidió á dar el golpe que habia de enriquecerle. Sometido á la influencia de los revolucionarios, Husler, el coronel Ineichen, Schmidli, el capitan Corragioni y principalmente José Buhler le habian animado, instado y decidido á fuerza de promesas. Despues de muchas tentivas infructuosas, en la noche del 19 al 20 de julio consumó el crimen de que los cuerpos francos eran cómplices. Hé aquí de qué manera el mismo Muller lo ha referido en su último interrogatorio :

« Habiendo venido á Ebersol por tercera vez, fuí primero al sitio donde habia serrado la escalera de mano, y encontré las dos piezas apoyadas oblicuamente sobre una tijera. Esto me pareció curioso, y casi me desanimó. Escuché para saber si habia alguno de pié, mas todo estaba tranquilo. Tomé el pedazo inferior de la escalera de mano, que era el mas fuerte, y le coloqué cerca de la ventana de abajo, en la esquina del lado de Gunikon. Durante este tiempo habia dejado la carabina junto á un monton de leña. La ventana se dejó abrir muy fácilmente y sin hacer ruido. (Suspirando.) ¡ Ah! entónces entré por la ventana, que acababa de ser abierta. — Del

cuarto se puede llegar á la cocina, en la que vi una luz. De la cocina pasé al corredor. Entónces abri la puerta de la casa, y no tuve necesidad sino de tirar un cerrojo de hierro; la cerradura no estaba echada... La puerta se dejó abrir sin hacer el menor ruido; un raton nada hubiera oido. Despues traté de abrir la puerta del dormitorio de Leu. Esto se hizo lentamente; la puerta solo tocó la cuna en que estaba un niño. Vi á la izquierda vestidos de mujer colgados en la pared, tambien los habia en la primera cama; apercibi en la segunda á Leu. La claridad de la luna era tal que casi se veia tan claro en aquel cuarto como en este en que ahora me encuentro. Leu estaba acostado, y no cubierto del todo. La cubierta era blanca, si mal no me acuerdo. Despues de haberlo asi observado todo, salí de la casa, reflexioné aun de nuevo en lo que queria hacer, y tenia miedo. Entónces bebí como un vaso de *kirschwasser* que llevaba, y me dije: Es preciso sin embargo que esto suceda. En este medio tiempo vi que álguien pasaba de priesa por la calle cerca de la casa de Leu, y permaneci esperando en el corredor para el caso en que la persona quisiese entrar en la casa. ¡Si solamente hubiera sucedido esto! Mas vi que los pasos se alejaban de la casa, y entónces entré. Ya no ardia la luz que estaba en la cocina. Quizá la habia apagado el aire producido por las puertas abiertas. En la puerta del dormitorio, y con un pié en el cuarto y otro en el quicio, apunté con mi arma calculando el medio del cuerpo como pensaba, apreté el fiador... (Suspirando profundamente.) El tiro salió, y aun oí el grito: ¡Jesus, María! Crei que era Leu quien habia exclamado, y pensé que acaso podia no haberle herido mortalmente. Hui tan pronto como me fué posible. Corri cuanto pude por el camino ya indicado, y no me detuve en parte alguna. Á las tres, poco mas ó ménos, llegué á Stechenram. Entré por detras de la casa y por la misma puerta de la bodega por la que habia salido. Al momento subi al dormitorio, situado en lo alto de la casa, al ménos asi lo pienso; pero no puedo ya decirlo positivamente. (Llorando.) ¡Oh, si solamente hubiese sido el dinero!.....¡Soy extremadamente desgraciado (1)! »

(1) *Histoire du Sonderbund*, cap. IX.

Nota P, página 423.

Durante la cuarentena de tres dias á que fuimos sometidos en Alejandría de Egipto por la policía, yo y un jóven seminarista de San Sulpicio, Mr Bernard, que me acompañaba, tuvimos ocasion de presenciar uno de esos lances que descubren la conciencia de los individuos. Pasaban cuarentena en el mismo establecimiento que nosotros algunos refugiados de Toscana y de los Estados Pontificales; á estos mandaron de la ciudad algunos diarios, en los que leyeron la muerte súbita de Gioberti: el triste fin de este hombre, que con tanto calor habia defendido su causa, léjos de merecerles la menor señal de compasion, les hizo vomitar injurias y denuestos... Gioberti, que fué un héroe para ellos, ya no era sino un diablo y...!!!

Nota Q, página 455.

Circular del Gobierno español.

El Gobierno de S. M. está decidido á hacer por el Papa todo lo que sea necesario hasta colocarlo en el estado de independencia y dignidad que le permitan desempeñar sus sagradas funciones. Con este objeto el Gobierno español, informado de la huida del Papa, se dirigió al gobierno frances, quien le ha declarado estar dispuesto para sostener la libertad del Santo Padre. Estas negociaciones podrian no obstante considerarse como insuficientes cuando se mira el giro que han tomado los negocios de Roma; pero no se trata ya simplemente de proteger la libertad del Papa, sino de restablecer su autoridad de un modo permanente y de asegurarla contra toda violencia. V. E sabe que los gobiernos católicos han mirado siempre como sagrado garantir la soberanía del Papa y asegurar su posicion independiente. Esta posicion es de tal interes para los Estados cristianos, que de ningun modo puede quedar á merced de una parte tan pequeña del mundo católico como son los Estados Romanos. La España cree que las Potencias Católicas no querrán abandonar la libertad del Pontífice

á merced de la ciudad de Roma, ni permitirán que cuando todas las naciones católicas se apresuran para dar al Papa pruebas de profundo respeto, una ciudad de Italia ultraje su dignidad y pretenda ponerlo bajo una dependencia de que podria un dia abusar como poder religioso. Estas consideraciones comprometen al Gobierno de Su Majestad á invitar á las demas Potencias Católicas para discutir sobre los medios que conviene adoptar á fin de evitar males que vendrán despues, si las cosas quedan en el estado actual. Con este objeto el Gobierno de Su Majestad se ha dirigido á los gabinetes de Francia, Austria, Baviera, Cerdeña, Toscana y Nápoles, á fin de invitarlos á nombrar plenipotenciarios y á designar el lugar donde deberán reunirse. — Para evitar demoras Su Majestad ha señalado Madrid ó cualquiera otra ciudad de España situada sobre el Mediterráneo, tanto por la tranquilidad de que disfruta la Península como por la situacion de aquellas ciudades marítimas. Como se trata solamente de una cuestion católica, la España parece llamada naturalmente para estas negociaciones.

Madrid, etc. Pedro DE PIDAL.





TABLA DE MATERIAS.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

Besanzon. — Imprenta de la viuda Deis.

